



# Balzac

LA COMEDIA HUMANA

*LAS RIVALIDADES*

*La solterona*

*El gabinete de antigüedades*

*ILUSIONES PERDIDAS*

*Los dos poetas*



TOMO XI

Lectulandia

*«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana».*

Balzac

**Lectulandia**

Honoré de Balzac

**Las rivalidades & Ilusiones perdidas  
(1)**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XI**

ePub r1.0  
mandius 03.09.15

Título original: *Les Rivalités & Illusions Perdues*  
Honoré de Balzac, 1843  
Traducción: Juan Godó Costa  
Edición: Augusto Escarpizo  
Diseño de cubierta: Piolin

Editor digital: mandius  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## TOMO XI

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

*Las rivalidades:*

- 1) La solterona.
- 2) El gabinete de antigüedades.

*Ilusiones perdidas:*

- 1) Los dos poetas.



# **LAS RIVALIDADES**



# LA SOLTERONA

## I

### LA CASTA SUSANA Y SUS DOS ANCIANOS

Muchas personas han debido encontrar en ciertas provincias de Francia un número más o menos grande de caballeros de Valois, porque había uno en Normandía, otro en Bourges, otro florecía en 1816 en la ciudad de Alençon y quizá también el Mediodía poseía el suyo. Pero aquí carece de importancia todo ello. Estos caballeros, entre los cuales hubo sin duda algunos que eran Valois como Luis XV era Borbón, se conocían tan poco, que había necesidad de hablar de los unos a los otros. Por otra parte, todos ellos dejaban en completa tranquilidad a los Borbones en el trono, de Francia, porque es cosa segura que Enrique IV llegó a ser rey a falta de un heredero varón en la primera rama de Orleáns, llamada de Valois. Si existen Valois, proceden de Carlos de Valois, duque de Angulema, hijo de Carlos IX y de María Touchet, y cuya posteridad masculina se extinguió, salvo que se demuestre lo contrario, en la persona del abate de Rothelin; y los Valois-Saint-Remy, que proceden de Enrique II, se extinguieron a su vez en la famosa Lamothe-Valois, envuelta en el asunto del Collar de la Reina.

Cada uno de estos caballeros, si los informes son exactos, fue, como el de Alençon, un anciano gentilhomme alto, flaco y sin fortuna. El de Bourges había emigrado, el de Turena se había escondido, el de Alençon había guerreado en la Vendée, y hecho un poco de *chuán*. La mayor parte de la juventud de este último había transcurrido en París, donde la Revolución le sorprendió a la edad de treinta años en medio de sus conquistas. Aceptado por la alta aristocracia de provincias como un verdadero Valois, el caballero Valois de Alençon hacía distinguirse, como sus homónimos, por excelentes maneras, y parecía hombre de alta compañía. Comía todos los días fuera de casa y jugaba todas las noches. Pasaba por hombre muy inteligente merced a uno de sus defectos, que consistía en contar un gran número de anécdotas sobre el reinado de Luis XV y sobre los comienzos de la Revolución. Cuando uno oía estas historietas por primera vez, parecíanle bastante bien narradas. El caballero de Valois, por otra parte, tenía la virtud de no repetir sus ingeniosas frases personales y de no hablar nunca de sus amoríos; pero sus gracias y sus sonrisas cometían deliciosas indiscreciones. Este buen hombre usaba el privilegio que tienen los viejos gentileshombres volterianos de no ir nunca a misa, y la gente tenía una excesiva indulgencia para con su irreligión en favor de su abnegación por la causa monárquica. Una de sus gracias más notables era el modo, sin duda imitado de Molé, con que tomaba tabaco de una vieja cajita de oro adornada con el retrato de una

princesa Goritza, encantadora húngara, célebre por su belleza hacia el final del reinado de Luis XV. Aficionado en su juventud a esta ilustre extranjera, hablaba siempre de ella con emoción y habíase batido por ella contra el señor de Lauzun. Contando a la sazón unos cincuenta y ocho años, no confesaba más que cincuenta; podía permitirse este inocente engaño, ya que, entre las ventajas de las personas flacas y rubias, conservaba el aspecto juvenil que tanto en los hombres como en las mujeres retrasa la apariencia de la vejez. Sí, debéis saber que toda la vida, o toda la elegancia que constituye la expresión de la vida, reside en la esbeltez del talle. Al número de las propiedades del caballero hay que añadir la nariz prodigiosa de que le había dotado la naturaleza. Esta nariz dividía vigorosamente en dos secciones una cara pálida que parecían no conocerse la una a la otra, y de las que una sola se enrojecía durante el trabajo de la digestión. Este hecho es digno de notarse, en una época en que la fisiología se ocupa tanto del corazón humano. Esta incandescencia se situaba a la izquierda. Aunque las piernas altas y delgadas, el cuerpo flaco y la cara pálida del señor de Valois anunciaran que no gozaba de muy buena salud, sin embargo comía como un ogro y pretendía tener una enfermedad designada en provincias con el nombre de *hígado caliente*, sin duda para hacer disculpar su excesivo apetito. La circunstancia de sus colores rojos apoyaba sus pretensiones; pero en una región en la que las comidas se desarrollan sobre líneas de treinta o cuarenta platos, y duran cuatro horas, el estómago del caballero parecía una bendición concedida por la Providencia a aquella buena ciudad. Según algunos médicos, aquel color rojo situado a la izquierda denota un corazón pródigo. La vida galante del caballero confirma estos asertos científicos, cuya responsabilidad no pesa, afortunadamente, sobre el historiador. A pesar de estos síntomas, el señor de Valois poseía una organización nerviosa y, por lo tanto, vivaz. Si su hígado ardía, para emplear una vieja expresión, su corazón no era menos incandescente. Si su rostro ofrecía algunas arrugas, y si sus cabellos eran plateados, un observador advertido habría notado en ello las marcas de la pasión y los surcos del placer. En efecto, en su cara se advertían aquellas arrugas elegantes tan corrientes en la corte de Afrodita. En aquel caballero coquetón todo revelaba las costumbres del «hombre de mujeres» (*ladies man*): era tan minucioso en sus abluciones, que sus mejillas daban gusto de ser contempladas, parecían lavadas con un agua milagrosa. La parte del cráneo que los cabellos se negaban a cubrir, brillaba como marfil. Sus cejas, como sus cabellos, liaban la apariencia de juventud merced a la regularidad que les imprimía el peine. Su piel, ya blanca de por sí, parecía aún más blanca por efecto de algún secreto. Sin llevar perfumes, el caballero exhalaba una especie de perfume de juventud. Sus manos de aristócrata, cuidadas como las de una mujer coqueta, atraían las miradas por sus uñas rosadas y bien recortadas. En fin, sin su nariz magistral y superlativa habría parecido un ser en extremo acicalado. Hay que decidirse a estropear este retrato declarando que el señor de Valois era muy bajito. Este caballero se ponía algodón en los oídos y lucía aún en sus orejas dos pequeños pendientes que



representaban cabezas de negro, de diamantes, admirablemente hechos, por otra parte. Pero él justificaba este singular aditamento diciendo que desde que le habían perforado las orejas, le habían abandonado las jaquecas; ¡porque había tenido jaquecas! No queremos hacer pasar a este caballero por un hombre cabal; pero ¿no hay que perdonar a los viejos solterones, cuyo corazón envía tanta sangre al rostro, adorables ridículos, basados quizás en sublimes secretos? Por otra parte, el caballero de Valois rescataba sus cabezas de negro por medio de tantas otras gracias, que la sociedad había de hallarse suficientemente indemnizada. Se daba realmente un gran trabajo en ocultar sus años y agradar a sus amistades. Hay que señalar ante todo el cuidado extremado que dedicaba a su ropa blanca, la única distinción que pueden tener hoy día en el vestir las personas como es debido: la ropa blanca del caballero era siempre de una finura y blancura aristocráticas. En cuanto a su traje, aunque fuese de una notable pulcritud, estaba siempre usado, pero sin manchas ni arrugas. La conservación del traje rayaba en lo prodigioso para aquellos que notaban la elegante indiferencia del caballero sobre este punto; no llegaba al extremo de cepillarlo con vidrio, método inventado por el príncipe de Gales, pero el señor de Valois ponía en seguir los rudimentos de la alta sociedad inglesa una fatuidad personal que apenas podía ser apreciada por la gente de Alençon. ¿Acaso el mundo no debe consideración a aquellos que se esfuerzan en conservar la lozanía? ¿No hay en ello el cumplimiento del más difícil de los preceptos del Evangelio, a saber, el que ordena devolver bien por mal? Esta lozanía de *toilette*, este cuidado armonizaba muy bien con los ojos azules, con los dientes de marfil y la rubia persona del caballero. Únicamente que este Adonis retirado no tenía nada de masculino en su aspecto, y parecía emplear colorete para ocultar las ruinas ocasionadas por el servicio militar de la galantería. Para decirlo todo, la voz producía como una antítesis en la rubia delicadeza del caballero. A menos de que os adhirieseis a la opinión de algunos observadores del corazón humano, y pensarais que el caballero poseía la voz de su nariz, su órgano nos habría sorprendido por unos sonidos amplios y redundantes. Sin poseer el volumen de los colosales bajos cantantes, el timbre de esta voz agradaba por su acento parecido a los del cuerno inglés, resistentes y suaves, fuertes y aterciopelados. El caballero había repudiado la ridícula costumbre que conservaron algunos monárquicos, y se había modernizado francamente: aparecía siempre vestido con un traje marrón de dorados botones, un pantalón con hebillas de oro y un chaleco blanco sin bordados, una corbata apretada sin cuello de camisa, último vestigio de la antigua *toilette* francesa, a la que había podido tanto menos renunciar cuanto que de este modo podía mostrar su cuello de abate comanditario. Sus zapatos se recomendaban por unas hebillas de oro cuadradas, de las que la actual generación no conserva ningún recuerdo, y que se aplicaban encima de un cuero negro acharolado. El caballero dejaba ver dos cadenas de reloj que colgaban paralelas de cada uno de los bolsillos del chaleco, otro vestigio de las modas del siglo XVIII que los *increíbles* no habían desdeñado bajo el Directorio. Esta indumentaria de transición que unía dos

siglos entre sí, el caballero la llevaba con aquella elegancia de marqués cuyo secreto se perdió para la escena francesa el día en que desapareció Fleury, el último discípulo de Molé. La vida privada de este viejo soltero estaba en apariencia abierta a todas las miradas, pero era en realidad misteriosa. Ocupaba un modesto apartamento en la calle del Cours, en el segundo piso de una casa que pertenecía a la señora Lardot, la lavandera de ropa fina que más trabajaba en toda la ciudad. Esta circunstancia explicaba el esmero excesivo de su ropa blanca. La desgracia quiso que un día la ciudad de Alençon pudiese creer que el caballero no se había comportado siempre como tal y que en su día se hubiera casado secretamente con cierta Cesarina, e un niño que había cometido la impertinencia de venir al mundo sin que le llamasen.

—Dio la mano —dijo entonces un tal señor Du Bousquier— a aquella que durante tanto tiempo le había prestado la plancha.

Esta horrible calumnia apesadumbró tanto más los viejos días del remilgado gentilhomme cuanto que la escena actual lo presentará perdiendo una esperanza largo tiempo abrigada y por la cual había hecho muchos sacrificios. La señora Lardot alquilaba al caballero de Valois dos habitaciones en el segundo piso de su casa por la módica suma de cien francos anuales. El digno gentilhomme, que comía todos los días fuera de casa, sólo regresaba a ella para acostarse. Su único gasto era, pues, su almuerzo, que consistía invariablemente en una taza de chocolate, acompañada de mantequilla y fruta según la estación del año. No encendía lumbre más que en los inviernos más crudos, y solamente en el momento de levantarse de la cama. Entre las once y las cuatro paseaba, iba a leer los diarios y hacía visitas. Desde que se estableció en Alençon había confesado noblemente su miseria, diciendo que su fortuna consistía en seiscientas libras de renta vitalicia, único vestigio de su antigua opulencia que le entregaba trimestralmente su antiguo agente de negocios, en cuyas manos estaba el título de constitución. En efecto, se trataba de un banquero de la ciudad que recibía, cada tres meses, ciento cincuenta libras enviadas por un tal Bordin, de París, el último de los procuradores del Châtelet. Cada cual supo todos estos detalles a causa del profundo secreto que el caballero exigió a la persona a la cual el caballero hizo su primera confidencia. El señor de Valois cosechó los frutos de su infortunio: tuvo su cubierto en la mesa de las casas más distinguidas de Alençon y fue invitado a todas las veladas. Su talento de jugador, de narrador, de hombre amable y de buena compañía fue tan bien apreciado, que parecía como si faltara todo en las reuniones a las que no asistía. Los amos de casa y las damas tenían necesidad de su pequeña mueca de aprobación. Cuando una joven oía en un baile que el anciano caballero le decía: «Estáis encantadora con ese vestido» sentíase más dichosa por este elogio que por la desesperación que ocasionaba a su rival. El señor de Valois era el único que podía pronunciar bien ciertas frases de la antigua época. Las palabras *mon coeur*, *mon bijou*, *mon petit chou*, *ma reine*, todos los diminutivos amorosos del año 1770 adquirían una gracia irresistible en su boca; en fin, poseía el privilegio de los superlativos. Sus cumplidos, de los que por otra parte era avaro, le granjeaban las

simpatías de las viejas; adulaba a todo el mundo, incluso a los hombres administrativos, de los cuales no tenía necesidad. Su conducta en el juego era de una distinción que le habría hecho destacarse en cualquier sitio; no se quejaba nunca y alababa a sus adversarios cuando perdían; no reprendía jamás la educación de sus compañeros de juego demostrando el modo mejor de hacer una jugada. Cuando, en el momento en que se daban las cartas, se establecían repugnantes disertaciones, el caballero sacaba su cajita de rapé con un gesto digno de Molé, miraba a la princesa Goritza, levantaba dignamente la tapa y tomaba una pulgarada de tabaco; luego, cuando se habían repartido las cartas y había provisto de rapé los antros de su nariz, volvía a colocar la tabaquera en su chaleco, siempre a la izquierda. Únicamente un gentilhomme del *buen siglo* (por oposición al *gran siglo*) podía haber inventado esta transacción entre un silencio despectivo y la sátira que no habría sido comprendida. Su encantadora igualdad de humor hacía que muchas personas dijese: «Admiro al caballero de Valois». Su conversación, sus maneras, todo en él parecía rubio como su persona. Procuraba no contrariar a nadie, fuese hombre o mujer. Indulgente para con los defectos corporales como para con los defectos morales, escuchaba pacientemente, con ayuda de su tabaquera, a las personas que le referían las pequeñas miserias de la vida de provincias: el huevo mal cocido del almuerzo, el café cuya leche estaba agria, los detalles burlescos sobre la salud, los sobresaltos al despertar, los sueños y las visitas. El caballero poseía una mirada lánguida, una actitud clásica para fingir compasión que hacían de él un delicioso oidor; colocaba un *¡Ahí!*, un *¡Bah!* y un *Y vos, ¿cómo lo hicisteis?* con una maravillosa oportunidad. Murió sin que nadie hubiera sospechado jamás que durante estos aludes de bobadas él estaba rememorando los capítulos más ardientes de su idilio con la princesa Goritza. ¿Ha pensado nunca nadie en los servicios que un sentimiento puede prestar a la sociedad, cuán sociable y útil es el amor? Esto puede explicar por qué, a pesar de que ganaba constantemente en el juego, el caballero continuase siendo el niño mimado de la ciudad, porque nunca abandonaba un salón sin llevarse unas seis libras de ganancia. Sus pérdidas, que por otra parte no dejaba de pregonar, eran muy raras. Todos los que le habían conocido confiesan que jamás habían encontrado en ningún sitio, ni siquiera en el Museo egipcio de Turín, una momia tan simpática. En ningún país del inundo revistió el parasitismo formas tan graciosas. Nunca el egoísmo más concentrado se mostró más oficioso ni menos ofensivo que en aquel gentilhomme, y equivalía a una amistad abnegada. Si alguien iba a pedirle al señor de Valois que le hiciese un pequeño favor que podía molestar a éste, tal persona no se alejaba nunca del caballero sin haber quedado prendado de él, sin haberse convencido sobre todo de que el caballero no podía hacer nada por su asunto o que incluso podía estropearlo con su intervención.

Para explicar la problemática existencia del caballero, el historiador, a quien la verdad, era cruel libertina, pone el dogal en el cuello, debe decir que últimamente, tras las tristes y gloriosas jornadas de julio, Alençon supo que la suma ganada en el

juego por el señor de Valois ascendía por trimestre a unos ciento cincuenta escudos, y que el ingenioso caballero había tenido el valor de enviarse a sí mismo su renta vitalicia, para que no pareciera estar sin recursos en una región en la que a la gente le gusta lo positivo. Muchos de sus amigos (él había muerto, tened en cuenta este punto) han disputado *mordicus* esta circunstancia, la han tratado de fábula, teniendo al caballero de Valois por un respetable y digno gentilhomme al que los liberales calumniaban. Afortunadamente para los jugadores, en la galería se encuentran personas que les sostienen. Avergonzados de tener que justificar una cosa mal hecha, estos admiradores la niegan intrépidos; no les tildéis de obstinados; esos hombres tienen el sentimiento de su dignidad: los gobiernos les dan el ejemplo de esta virtud que consiste en enterrar por la noche a sus muertos sin entonar el *Te Deum* de sus derrotas. Si el caballero se permitió este rasgo de diplomacia, que por otra parte le habría valido la estima del caballero de Gramont, una sonrisa del barón de Foneste, un apretón de manos del marqués de Moneada, ¿era por ello menos el invitado amable, el hombre de ingenio, el jugador inalterable, el fascinante narrador que hacía las delicias de Alençon? Por otra parte, esta acción, que entra en las leyes del libre albedrío, ¿en qué es contraria a las costumbres elegantes de un gentilhomme? Cuando tantas personas se ven obligadas a servir rentas vitalicias a otro, ¿qué hay más natural que hacer una, voluntariamente, al mejor amigo que tienen uno? Pero Layo ha muerto... Al cabo de unos quince años de llevar este tren de vida, el caballero había amontonado diez mil y algunos centenares de francos. Al regresar los Borbones, uno de sus viejos amigos, el marqués de Pombreton, antiguo teniente de los mosqueteros negros, le había devuelto, según dicen, mil doscientas pistolas que le había prestado para que emigrase. Este suceso causó sensación; fue opuesto posteriormente a las bromas inventadas por el *Constitucional* sobre el modo de pagar las deudas algunos emigrados. Cuando alguien hablaba de este noble rasgo del marqués de Pombreton en presencia del caballero, el pobre hombre se sonrojaba hasta la mejilla derecha. Todo el mundo se divertía entonces a costas del señor de Valois, quien iba consultando a la gente de dinero sobre el modo en que debía emplear aquellos restos de fortuna. Confiando en los destinos de la Restauración, colocó su dinero en el Libro de la Deuda Pública, en el momento en que las rentas valían 56 francos 25 céntimos. Los señores de Lenoncourt, de Navarreins, de Verneuil, de Fontaine y de la Billardiere, de los cuales era conocido, hicieron que obtuviese una pensión de cien escudos sobre el arca del rey, y le enviaron la Cruz de San Luis. Nunca supo nadie por qué medio obtuvo el anciano caballero estas dos consagraciones solemnes de su título y de su calidad; pero es seguro que la Cruz de San Luis le autorizaba a tomar el grado de coronel retirado a causa de sus servicios en los ejércitos católicos del Oeste. Además de su ficción de renta vitalicia, de la que ya nadie se preocupaba, el caballero tuvo auténticamente mil francos de renta. A pesar de esta mejora, no cambió nada en su vida ni en sus maneras; únicamente la cinta roja sentó a maravilla a su traje marrón y completó, por así decirlo, la fisonomía del gentilhomme. A partir de 1802, el

caballero sellaba sus títulos con un sello de oro, muy viejo, bastante mal grabado, pero en el que los Casteran, los Esgrignon y los Troisville podían ver que llevaba *partido de Francia y gules con cinco losanges de oro rematados en cruz. El escudo entero, con jefe de sable con cruz de argent. Como sello, el casco de caballero. Como divisa: VALEO.* Con tan nobles armas, el pretendido bastardo de los Valois debía y podía montar en todas las carrozas reales del mundo. Muchas personas han envidiado la agradable existencia de este solterón, llena de partidas de *boston*, de tablas reales, de *revesino*, de *whist* bien jugadas, de comidas bien digeridas, de pulgaradas de rapé tomadas con elegancia, de tranquilos paseos. Casi todo Alençon creía que esta vida estaba exenta de ambición y de intereses graves; pero nadie tiene una vida tan sencilla como la que le hacen los que le envidian. Descubriréis en las aldeas más olvidadas ciertos moluscos humanos, rotíferos muertos en apariencia, que tienen la pasión de los lepidópteros o de la conchiliología, y que se buscan las mil y una molestias para obtener yo no sé qué clase de mariposas o la *concha Veneris*. No solamente el caballero tenía sus colecciones, sino que incluso alimentaba un ambicioso deseo con un tesón digno de Sixto V: quería casarse con una solterona rica, sin duda con la intención de servirse de ella como punto de apoyo para abordar las esferas elevadas de la corte. En ello residía el secreto de su empaque y de su estancia en Alençon.

Un miércoles, muy temprano, a mediados de la primavera del año 16, éste era su modo de hablar; en el momento en que el caballero se ponía su bata de viejo damasco oyó, a pesar del algodón de sus oídos, el paso ligero de una joven que subía la escalera. Pronto se oyeron tres golpes discretamente dados a la puerta; luego, sin aguardar respuesta, una hermosa joven deslizóse como una anguila dentro de la casa del solterón.

—¡Ah!, ¿eres tú, Susana? —dijo el caballero de Valois sin interrumpir la operación que había comenzado, que consistía en pasar la hoja de su navaja de afeitar sobre un cuero—. ¿Qué te trae por acá, picarueta?

—Vengo a deciros algo que quizás os cause tanta alegría como tristeza.

—¿Se trata de Cesarina?

—¡A mí qué se me da de vuestra Cesarina! —dijo la joven con aire a la vez travieso, grave y despreocupado.

Esta encantadora Susana, cuya cómica aventura había de ejercer tan grande influencia en el destino de los principales personajes de esta historia, era una obrera de la señora Lardot. Unas palabras acerca de la topografía de la casa.

Los talleres ocupaban toda la planta baja. El pequeño patio servía para tender mediante cuerdas los pañuelos bordados, los cuellos, los puños, las camisas, las corbatas, los encajes, los vestidos bordados, toda la lencería fina de las mejores casas de la ciudad. El caballero pretendía saber, por el número de canesús de la mujer del recaudador general, los detalles de sus intrigas; porque había camisas y corbatas en correlación con los canesús y los cuellos. Aunque pudiese adivinarlo todo por medio

de esta especie de teneduría por partida doble de las citas de la ciudad, el caballero jamás cometió una indiscreción, jamás dijo una sátira susceptible de hacer que se le cerrasen las puertas de una casa (y era lo suficientemente ingenioso para hacerlo). Así tomaréis al señor de Valois por un hombre de calidad superior y cuyo talento, como el de muchos otros, se ha perdido en un círculo reducido. Únicamente que, como era hombre, después de todo, el caballero se permitía ciertas ojeadas incisivas que hacían temblar a las mujeres; sin embargo, todas le amaron después de haber reconocido cuán profunda era su discreción, cuán grande era la simpatía que sentía por las lindas flaquezas. La primera obrera, el factótum de la señora Lardot, solterona de cuarenta y cinco años, fea que daba miedo, vivía frente por frente del caballero. Encima de ellos no había más que buhardillas en las que se secaba la ropa blanca en invierno. Cada apartamento se componía, como el del caballero, de dos habitaciones iluminadas; una de ellas daba a la calle, la otra al patio. Debajo del caballero vivía un anciano paralítico, el abuelo de la señora Lardot, antiguo corsario llamado Grevin, que había servido a las órdenes del almirante Simeuse en las Indias, y que era sordo. En cuanto a la señora Lardot, que ocupaba la otra vivienda del primer piso, sentía tan grande debilidad por las personas de condición, que podía pasar por ciega en cuanto se refiriese al caballero. Para ella, el señor de Valois era un monarca absoluto que todo lo hacía bien. Si una de sus obreras hubiera sido culpable de una felicidad atribuida al caballero, ella habría dicho: «¡Es tan amable ese hombre!» Así, aunque aquella casa fuese de vidrio, como todas las casas de provincias, en lo que se refiere al señor de Valois era tan discreta como una cueva de ladrones. Confidente nato de las pequeñas intrigas del taller, el caballero no pasaba nunca por delante de la puerta, que casi siempre permanecía abierta, sin dar algo a aquellas gatitas: chocolate, caramelos, cintas, encajes, una crucecita de oro, toda clase de chucherías por las que se pirran las jóvenes. Así, el buen caballero era adorado por todas aquellas muchachas. Las mujeres poseen un instinto que les hace adivinar a los hombres que las quieren por el mero hecho de que llevan faldas, que se sienten felices al lado de ellas, y que no piensan nunca en pedir neciamente el interés de su galantería. Las mujeres tienen en este punto el olfato del perro, que en un grupo de personas va derecho hacia el hombre para el cual los animales son sagrados. El pobre caballero de Valois conservaba de su primera vida la necesidad de protección galante que distinguía antaño al gran señor. Siempre fiel al sistema de la pequeña casa, le gustaba enriquecer a las mujeres, únicos seres que saben recibir, porque siempre pueden devolver. ¿No es extraordinario que en una época en que los escolares, al salir del colegio, tratan de desentrañar un símbolo o interpretar mitos, nadie haya explicado todavía a las jóvenes del siglo XVIII? ¿No era el torneo del siglo XV? En 1550, los caballeros se batían por las damas; en 1750 exhibían a sus queridas en Longchamp; hoy hacen correr sus caballos; en todas las épocas, el gentilhombre ha procurado crearse una manera de vivir que le fuese exclusiva. Los zapatos de punta retorcida del siglo XV eran los tacones rojos del siglo XVIII, y el lujo de las queridas era en 1750 una

ostentación parecida a la de los sentimientos de la caballería andante. Pero el caballero ya no podía arruinarse con una querida. En lugar de caramelos envueltos en billetes de banco, ofrecía galantemente una bolsita de carquiñosles. Digámoslo en honor de Alençon: aquellos carquiñosles eran aceptados con mayor alegría que la que en otro tiempo pudo experimentar la Duthé al recibir un vestido o algún carruaje del conde de Artois. Todas aquellas jóvenes habían comprendido la majestad venida a menos del caballero de Valois y le guardaban el profundo secreto de sus familiaridades interiores. Si en la ciudad las interrogaban en algunas casas acerca del caballero de Valois, ellas hablaban gravemente del gentilhombre, le hacían más viejo de lo que era; convertíase en un señor respetable cuya vida era una flor de santidad; pero en la casa, ellas se le habrían subido a los hombros como loritos. Les gustaba saber los secretos que descubren las lavanderas en el seno de los hogares; iban, pues, por la mañana a contarle las intrigas de Alençon; él las llamaba gacetas ambulantes, folletines vivientes; nunca el señor de Sartines tuvo espías tan inteligentes ni menos caros, y que hubiesen conservado tanta honra desplegando tanta picardía. Observad que durante el almuerzo, el caballero se divertía como un bendito.

Susana, una de sus favoritas, inteligente, ambiciosa, tenía madera de Sofía Arnould; era, por otra parte, bella como la más bella cortesana que jamás haya invitado Ticiano a posar sobre un terciopelo negro para ayudar a su pincel a crear una Venus; pero su rostro, aunque fino en el dibujo de los ojos y de la frente, pecaba en la parte baja por unos contornos vulgares. Era la belleza normanda, fresca, lozana, llena; la carne de Rubens que habría que casar con los músculos del Hércules Farnesio, y no la Venus de Médicis, esa graciosa mujer de Apolo.

—Bien, hijita, cuéntame tu pequeña o tu gran aventura.

Lo que de París a Pekín hubiera hecho distinguir al caballero era la dulce paternidad de sus maneras con aquellas muchachas; ellas le recordaban a las jóvenes de antaño, a aquellas ilustres reinas de la Ópera, cuya celebridad fue europea durante un buen tercio del siglo XVIII. Es seguro que el gentilhombre que vivió antaño con esa nación femenina olvidada como todas las grandes cosas, como los jesuítas o los filibusteros, como los abates y los arrendatarios de contribuciones, ha conquistado una irresistible simpatía, una facilidad graciosa, una negligencia desprovista de egoísmo, todo el incógnito de Júpiter en casa de Alcmena, del rey que arroja al diablo toda la superioridad de sus rayos y quiere carcomer a su Olimpo con locuras, con pequeñas cenas, con profusiones femeninas, sobre todo lejos de Juno. A pesar de su bata de damasco verde, a pesar de lo desmantelada que era la pieza en la cual recibía, y cuyo suelo estaba cubierto por una mala alfombra, con unas viejas butacas grasientas, donde las paredes tapizadas con un papel de fonda ofrecían aquí los perfiles de Luis XVI y los miembros de su familia trazados en un sauce llorón, allá el sublime testamento impreso en forma de urna, en fin, todos los sentimentalismos inventados por el realismo bajo el Terror; a pesar de sus ruinas, el caballero de Valois, afeitándose delante de un viejo tocador adornado con malos encajes, respiraba el

siglo XVIII... Todas las gracias libertinas de su juventud reaparecían, parecía rico de trescientas mil libras de deudas. Era tan grande como Berthier comunicando, durante la derrota de Moscú, órdenes a los batallones de un ejército que ya no existía.

—Señor —dijo con ademán gracioso Susana—, me parece que no tengo nada que contaros, no tenéis más que ver.

Y Susana se puso de perfil, como para dar a sus palabras un comentario de abogado. El caballero bajó, sin dejar la navaja, el ojo derecho hacia la joven y fingió comprender.

—Bien, bien, encanto, vamos a charlar en seguida. Pero creo que te anticipas mucho.

—Pero, señor, ¿acaso debo esperar a que mi madre me dé una paliza y que la señora Lardot me expulse del taller? Si no me marchó en seguida de París, nunca podré casarme aquí, donde los hombres son tan ridículos.

—Hija mía, ¡qué quieres!, la sociedad cambia; las mujeres no son menos víctimas que la nobleza del espantoso desorden que se prepara. Después de los trastornos políticos vienen los trastornos de las costumbres. ¡Ay!, dentro de poco, la mujer ya no existirá (se quitó el algodón para arreglarse las orejas); perderá mucho al arrojarse al sentimiento; se retorcerá los nervios y ya no tendrá aquel buen placer de nuestro tiempo, deseado sin vergüenza, aceptado sin cumplidos, y del que sólo se empleaban los vapores como un medio de llegar a sus fines; harán de ello una enfermedad que acabará en infusiones de hojas de naranjo. (Se echó a reír.) En fin, el matrimonio se convertirá (cogió las pinzas para depilarse) en algo muy aburrido, ¡con lo alegre que era en mis tiempos! Los reinados de Luis XIV y de Luis XV, fíjate bien, hija mía, han dicho adiós a las más bellas costumbres del mundo.

—Pero, señor —dijo la joven—, se trata de las costumbres y de la honra de vuestra pequeña Susana, y espero que no la abandonaréis.

—¡Cómo! —exclamó el caballero terminando de peinarse—. Preferiría perder mi apellido.

—¡Ah! —dijo Susana.

—Escuchad, pequeña —dijo el caballero acomodándose en una gran poltrona a la que antaño se daba el nombre de *duquesa* y que la señora Lardot había terminado por encontrar para él.

Atrajo a la magnífica Susana, cogiéndole las piernas entre sus rodillas. La hermosa joven le dejó hacer; ella, tan altiva por la calle; ella, que veinte veces había rehusado la fortuna que le ofrecían ciertos hombres de Alençon. Susana tendió entonces su pretendido pecado con tanta audacia hacia el caballero, que este viejo pecador, que había sondeado muchos otros misterios en vida mucho más audaces, comprendió todo el asunto de una sola mirada. Sabía muy bien que ninguna muchacha se burla de una deshonra real; pero desdeñó echar por el suelo la armazón de aquella linda mentira, y por ello se abstuvo de intervenir.

—Te estás calumniando —le dijo el caballero sonriendo con inimitable



diplomacia—, eres prudente como la hermosa joven de la cual llevas el nombre, puedes casarte sin temor; pero no quieres vegetar aquí, tienes sed de París, donde las encantadoras criaturas se hacen en seguida ricas, si son inteligentes, y tú no eres tonta. Quieres, pues, ir a ver si la capital de los placeres te ha reservado jóvenes caballeros de Valois, una carroza, diamantes, un palco en la Ópera. Los rusos, los ingleses, los austríacos han aportado millones, con los cuales mamá te ha asignado una dote haciéndote hermosa. En fin, eres patriótica, quieres ayudar a Francia a recobrar su dinero en el bolsillo de esos caballeros. Vamos, vamos, diablillo, todo eso no está mal. El mundo en que vives protestará quizás un poco, pero el éxito lo justificará todo. Lo que está muy mal, hija mía, es carecer de dinero, y he aquí la enfermedad tuya y mía. Como tenemos mucha inteligencia, hemos imaginado sacar partido de nuestra dicha atrapando a un viejo solterón; pero este viejo solterón, pequeña mía, conoce el alfa y la omega de los ardidés femeninos, lo cual quiere decir que te sería más fácil colocar un grano de sal en la cola de un gorrión que hacerme creer que tengo algo que ver en tu asunto. Ve a París, pequeña mía; ve a París a expensas de la vanidad de un viejo soltero, no te lo impediré; te ayudaré incluso en ello, porque el solterón, Susana, es la caja fuerte natural de una joven. Pero no me metas en líos. Escucha, reina mía, tú que comprendes tan bien la vida, podrías causarme un gran perjuicio y un gran pesar. ¿Un perjuicio? Podrías impedir que me casara en una región en la que la gente se aferra a las buenas costumbres. ¿Un pesar? En efecto, pasarías muchos apuros porque debo confesarte, ratoncito, que no tengo dinero, que soy más pobre que una rata. ¡Ah!, si me casara con la señorita Cormon, si volviera a ser rico, te preferiría, por supuesto, a Cesarina. Tú siempre me has gustado y creo que has nacido para hacer feliz a un gran señor. Te creo tan inteligente, que la jugarreta que me estás haciendo no me sorprende en absoluto, incluso la esperaba. Pero para una muchacha eso equivale a arrojar la vaina de su espada. Para actuar así, ángel mío, hay que tener, por supuesto, ideas superiores. De modo que puedes contar con todo mi aprecio.

Y diciendo esto, le dio en la mejilla la confirmación al modo de los obispos.

—Pero, caballero, os aseguro que os engañáis, que...

La joven se sonrojó, sin atreverse a continuar; el caballero, con una sola mirada, había captado todo su plan.

—Sí, ya entiendo; tú quieres que yo te crea. Bien, pues te creo. Pero sigue mi consejo: ve a la casa del señor Du Bousquier. ¿Acaso no le llevas la ropa blanca al señor Du Bousquier desde hace cinco o seis meses? Bien, no te pregunto lo que hay entre los dos; pero le conozco, tiene amor propio, es solterón, muy rico. Tiene dos mil quinientas libras de renta y no gasta siquiera ochocientas. Si eres tan inteligente como supongo, podrás ver París a sus expensas. Vamos, pequeña, ve a embaucarle; es un hombre que teme el escándalo, y si ha dado pie para... en fin, ya me comprendes, amenázale con dirigirte a las damas de la oficina de beneficencia. Además, es ambicioso. Bien, un hombre debe llegar a todas partes por medio de su mujer. ¿Acaso

no eres lo suficientemente hermosa, lo suficientemente inteligente para hacer la fortuna de tu marido? Vamos, que, si quieres, puedes eclipsar a una mujer de la corte.

Susana, iluminada por las últimas palabras del caballero, ardía en deseos de correr a casa de Du Bousquier. Para no salir demasiado bruscamente, hizo algunas preguntas al caballero acerca de París mientras le ayudaba a vestirse. El caballero adivinó el efecto de sus instrucciones y favoreció la salida de Susana rogándole que dijese a Cesarina que le subiera el chocolate que todas las mañanas le hacía la señora Lardot. Susana se marchó para ir a la casa de su víctima, de la cual ofrecemos al lector la siguiente biografía.

Nacido de una vieja familia de Alençon, Du Bousquier ocupaba el lugar intermedio entre el burgués y el hidalgo de gotera. Su padre había ejercido las funciones judiciales de teniente de lo criminal. Encontrándose sin recursos a la muerte de su padre, Du Bousquier, como toda la gente arruinada de la provincia, había ido a hacer fortuna a París. Al iniciarse la Revolución había emprendido negocios. A despecho de los republicanos, que defienden a capa y espada la probidad revolucionaria, los negocios en aquel tiempo no eran muy claros. Un espía político, un agiotista, un hombre que hacía confiscar, de común acuerdo con el síndico del municipio, los bienes de emigrados para comprarlos y volverlos a vender; un ministro y un general, todos ellos estaban igualmente metidos en los negocios. De 1793 a 1799, Du Bousquier fue empresario de los víveres de los ejércitos franceses. Tuvo entonces un magnífico hotel, fue uno de los peces gordos de las finanzas, hizo negocios con Ouvrard, tuvo casa abierta, y llevó la vida escandalosa de la época, una vida de Cincinato con sacos de trigo cosechados sin esfuerzo, raciones robadas, casitas repletas de queridas, en las que se daban hermosas fiestas a los dirigentes de la República. El ciudadano Du Bousquier fue uno de los amigos íntimos de Barras, de Fouché, de Bernadotte, y creyó llegar a ministro arrojándose plenamente al partido que secretamente actuó contra Bonaparte hasta Marengo. Estuvo a punto de llegar a gran hombre de Estado. Fue uno de los funcionarios superiores del gobierno inédito que a causa de la buena fortuna de Napoleón tuvo que volver a los bastidores en 1793.

La victoria obtenida con tenacidad en Marengo constituyó la derrota de este partido, que poseía proclamas impresas para volver al sistema de la Montaña, en el caso de que el primer cónsul hubiera sucumbido. En la convicción en que se encontraba de la imposibilidad de triunfo, Du Bousquier jugó a la baja la mayor parte de su fortuna y conservó dos correos en el campo de batalla: el primero partió en el momento en que Melas había salido victorioso; pero por la noche, a cuatro horas de distancia, el segundo vino a proclamar la derrota de los austríacos. Du Bousquier maldijo a los causantes de su mala fortuna y no se atrevió a maldecir al primer cónsul, que le debía millones. Esta alternativa de millones a ganar y de ruina real privó al abastecedor de todas sus facultades y quedóse como un estúpido durante varios días; había abusado de la vida con tantos excesos, que este golpe fulminante le

encontró sin fuerzas. La liquidación de sus créditos sobre el Estado le permitía conservar algunas esperanzas; pero, a pesar de sus regalos corruptores, encontróse con el odio de Napoleón contra los suministradores que habían especulado con su derrota. El señor de Fermon, apodado con gracia *Fermons la caisse*, dejó a Du Bousquier sin un céntimo. La inmoralidad de la vida privada, las relaciones de este proveedor con Barras y Bernadotte disgustaron al primer cónsul aún más que su juego de la Bolsa; le tachó de la lista de los recaudadores generales, a la que, por un resto de crédito, se había hecho inscribir para Alençon. De su opulencia conservó Du Bousquier mil doscientos francos de renta vitalicia inscritos en el Libro de la Deuda Pública, lo cual le salvó de la miseria. Ignorando el resultado de la liquidación, sus acreedores no le dejaron más que mil francos de renta consolidados; pero fueron pagados todos ellos por los recobros y por la venta del hotel de Beauséant que poseía Du Bousquier. Así, el especulador, después de haber rozado la quiebra, conservó íntegro su nombre. Un hombre arruinado por el primer cónsul, precedido de la reputación colosal que le habían creado sus relaciones con los jefes de los gobiernos pasados, su tren de vida y su reinado pasajero interesó a la ciudad de Alençon, donde dominaba secretamente el realismo. Du Bousquier, furioso contra Bonaparte, refiriendo las miserias del primer cónsul, los desenfrenos de Josefina y las anécdotas secretas de diez años de revolución, fue muy bien acogido. Hacia esa época, aunque ya era un cuarentón, Du Bousquier se conducía como un hombre de treinta y seis años, de mediana estatura, rasgos muy pronunciados, nariz chata, con ventanas pobladas de pelos; unos ojos negros, de cejas espesas, y de mirada astuta como la del señor de Talleyrand, pero algo apagada. Sus manos, enriquecidas por ramilletes de pelos en cada falange, ofrecían la prueba de una buena musculatura por medio de gruesas venas azules, salientes. En fin, poseía el pecho del Hércules Farnesio y unos hombros como para sostener la renta. Actualmente sólo se ve esa clase de hombros en Tortoni. Este lujo de vida masculina venía descrito admirablemente por una expresión que estuvo en uso durante el siglo pasado y que apenas se comprende actualmente: en el estilo galante de la otra época, Du Bousquier habría pasado por un verdadero «pagador de atrasos». Pero, como en el caso del caballero de Valois, había en Du Bousquier ciertos síntomas que contrastaban con el aspecto general de la persona. Así, el antiguo abastecedor no tenía la voz de sus músculos, sin que su voz fuese ese tenue hilo que a veces sale de las focas de dos pies; al contrario, una voz fuerte, pero ahogada, de la que únicamente puede darse una idea si se la compara con el ruido que produce una sierra en una madera tierna y mojada; en fin, la voz de un especulador arruinado.

Du Bousquier conservó durante algún tiempo la indumentaria que estuvo de moda en la época de su gloria: las botas de campana, las medias de seda blanca, el pantalón corto de paño asargado y color canela, el chaleco a lo Robespierre y el traje azul. A pesar de los títulos que el odio del primer cónsul le había proporcionado cerca de las personalidades monárquicas de la provincia, el señor Du Bousquier no fue recibido

en el seno de las siete u ocho familias que componían el Faubourg Saint-Germain de Alençon y a las que visitaba el caballero de Valois. Había tratado al principio de contraer matrimonio con la señorita Armanda, hermana de uno de los nobles más considerados de la ciudad, pero de quien contaba Du Bousquier sacar un gran partido para sus proyectos ulteriores, porque soñaba con un brillante desquite. Fue rechazado, sin embargo. Consolóse de esta decepción con las indemnizaciones que le ofrecieron una docena de familias ricas de Alençon, que poseían pastos o bueyes, que realizaban el comercio al por mayor de telas y en las que acaso pudiera encontrar un buen partido. El solterón había, en efecto, concentrado sus esperanzas en la perspectiva de un feliz casamiento que sus diversas capacidades, por otra parte, parecían prometerle, ya que no carecía de cierta habilidad financiera de la que se aprovechaban varias personas. Parecido al jugador arruinado que dirige a los neófitos, indicaba las especulaciones, deducía los medios, las oportunidades y la conducta. Pasaba por ser un buen administrador, y a veces se habló de nombrarle alcalde de Alençon; pero el recuerdo de sus sucios manejos en los gobiernos republicanos le perjudicó, y jamás fue admitido a la prefectura. Todos los gobiernos que se sucedieron, incluso el de los Cien Días, se negaron a nombrarle alcalde de Alençon, cargo que ambicionaba y que, de haberlo obtenido, habría hecho que concertase su boda con una solterona en quien ya había puesto sus miradas. Su aversión hacia el gobierno imperial lo había arrojado de momento al partido realista, en el que permaneció a pesar de las injurias que en él recibía; pero cuando, al primer regreso de los Borbones, su exclusión fue mantenida en la prefectura, este último rechazo le inspiró contra los Borbones un odio tan profundo como secreto, porque permaneció fiel a sus opiniones. Convirtiéndose en el jefe del partido liberal de Alençon, director invisible de las elecciones, y causó un mal prodigioso a la Restauración por la habilidad de sus sordas maniobras y por la perfidia de sus manejos. Du Bousquier, como todos los que no pueden vivir más que por la cabeza, llevaba en sus sentimientos de odio la tranquilidad de un arroyo tranquilo en apariencia, pero inagotable; su odio era como el del negro, tan apacible, tan paciente, que burlaba al enemigo. Su venganza, incubada durante quince años, no fue saciada por victoria alguna, ni siquiera por el triunfo de las jornadas de julio de 1830.

No sin intención enviaba el caballero de Valois a Susana a la casa de Du Bousquier. El liberal y el realista se habían adivinado mutuamente, a pesar del sabio disimulo con que escondían su común esperanza a la ciudad. Aquellos dos solterones eran rivales. Cada uno de ellos había forjado el plan de casarse con aquella señorita Cormon, de la que el señor de Valois acababa de hablar a Susana. Los dos, agazapados en su idea, escondidos bajo el caparazón de la indiferencia, aguardaban el momento en el que azar les entregase aquella solterona. Así, aun cuando aquellos dos solteros no hubieran estado separados por toda la distancia que ponían entre ellos los sistemas de los cuales ofrecían una viva expresión, su rivalidad habría echo de ellos dos enemigos. Las épocas dejan su marca en los hombres que las atraviesan. Estos

dos hombres demostraban la verdad de este axioma por la oposición de los matices históricos impresos en sus fisonomías, en su modo de hablar, en sus ideas y en su manera de vestir. El uno, abrupto, enérgico, de maneras bruscas, de palabra breve y nula, de cabellos y mirada negros, de aspecto terrible, representaba muy bien a la República. El otro, suave y cortés, elegante, cuidado, logrando sus fines por los medios lentos, pero infalibles de la diplomacia, fiel al gusto, era una imagen del antiguo régimen cortesano. Estos dos enemigos se encontraban casi todas las noches en el mismo terreno. La guerra era cortés y benigna en el caballero, pero Du Bousquier ponía en ella menos consideraciones, conservando las conveniencias impuestas por la sociedad, ya que no quería perder la posición en que se encontraba. Los dos se comprendían muy bien. A pesar de la perspicacia de la gente provinciana para descubrir los pequeños intereses del ambiente en que vive, nadie sospechaba la rivalidad que existía entre aquellos dos hombres. El caballero de Valois ocupaba un puesto superior; jamás había pedido la mano de la señorita Cormon; mientras que Du Bousquier había fracasado en su empeño. Pero el caballero suponía aún grandes posibilidades en su rival para asestarla un golpe de Jarnac tan profundamente clavado con una hoja templada y preparada como era Susana. El caballero había arrojado la sonda en las aguas de Du Bousquier; y como vamos a ver, no se había engañado en ninguna de sus conjeturas.

Susana caminaba con paso ligero por la calle del Cours, por la calle de la Porte-de-Séz y por la calle del Bercail, hasta la calle del Cygne, donde, desde hacía cinco años, Du Bousquier había comprado una casita de provincias. El antiguo abastecedor habíase instalado con mayor holgura que cualquier otro personaje de la ciudad, porque había conservado algunos muebles de la época de su esplendor; pero las costumbres de la provincia habían oscurecido insensiblemente los rayos de sol de aquel sardanápalo caído. Los vestigios de su antiguo lujo producían en su casa el efecto de una hermosa araña de salón brillando en medio de un hórreo. La armonía, vínculo de toda obra humana o divina, brillaba por su ausencia tanto en las cosas grandes como en las pequeñas. Como la época que representaba Du Bousquier, esta casa ofrecía un confuso amasijo de suciedades y de cosas magníficas. Considerado como un hombre de buena posición, Du Bousquier vivía como un caballero; y siempre será rico aquel que no gaste sus ingresos. Tenía por todo doméstico a un muchacho de la región, bastante tonto, modelado lentamente a las exigencias de Du Bousquier, quien le había enseñado, como a un orangután, a fregar el suelo, limpiar los muebles, cepillar los trajes, ir a buscarle por la tarde con la linterna cuando el cielo estaba encapotado y con zuecos cuando llovía. Como ciertos seres, este muchacho no tenía más que un vicio: era goloso.

—Por aquí, señorita —dijo René a Susana al verla entrar—. Hoy no es vuestro día; no tenemos ropa blanca que dar a la señora Lardot.

—Animal —le dijo Susana riendo.

La joven subió la escalera, dejando que René terminase de comer un plato de

sopa. Du Bousquier, todavía en la cama, meditaba sus proyectos de fortuna, porque no le quedaba más remedio que ser ambicioso, como todos los hombres que han exprimido demasiado la naranja del placer. La ambición y el juego son insaciables. Así, en un hombre bien organizado, las pasiones que proceden del cerebro sobrevivirán siempre a las pasiones procedentes del corazón.

—Ya estoy aquí —dijo Susana sentándose en la cama y haciendo rechinar los cortinajes con un movimiento de brusco despotismo.

—¿Qué hay, pequeña? —dijo el solterón incorporándose.

—Señor —dijo gravemente Susana—, sin duda se sorprenderá verme venir así; pero me encuentro en circunstancias que me obligan a no preocuparme del qué dirán.

—¿Qué ocurre? —dijo Du Bousquier cruzándose de brazos.

—Pero ¿es que no me comprendéis? —dijo Susana—. Ya sé —prosiguió con un gracioso mohín— que es muy ridículo para una pobre muchacha ir a molestar a un hombre por una cosa a la que vosotros consideráis como una bagatela. Pero si vos me conocieseis bien, señor; si supierais de cuánto soy capaz por el hombre que se uniera a mí, no tendríais que arrepentiros de haberos casado conmigo. No es aquí, por ejemplo, donde yo podría seros útil; pero, si fuésemos a París, veríais adónde yo conduciría a un hombre inteligente y de recursos como vos, en un momento en el que se está reorganizando completamente el gobierno y los extranjeros son los amos. En fin, dicho sea entre nosotros, ¿acaso es una desgracia lo que ocurre? ¿No es una dicha que vos pagaríais cara algún día? ¿Por quién os interesaríais, por quién trabajaríais?

—¡Por mí mismo! —exclamó brutalmente Du Bousquier.

—¡Viejo monstruo, nunca seréis padre! —dijo Susana dando a su frase el acento de una maldición profética.

—Vamos, Susana —dijo Du Bousquier—, basta de sandeces; creo estar soñando todavía.

—Pero ¿qué realidad es la que os hace falta? —exclamó Susana poniéndose en pie.

Du Bousquier frotóse la cabeza con su gorro de algodón con un movimiento de rotación tan enérgico que indicaba una prodigiosa fermentación de sus ideas.

«Entonces, lo cree —dijo Susana para sus adentros—, y se siente halagado por ello. ¡Dios mío, cuán fácil es atrapar a esos hombres!»

—Susana, ¿qué demonios quieres que haga? Es tan extraordinario... Yo que creía... Lo cierto es que... Pero no, esto no es posible...

—¡Cómo! ¿No podéis casaros conmigo?

—No es por eso; es que tengo compromisos.

—¿Con la señorita Armanda o con la señorita Cormon, las cuales os dieron calabazas? Oídmeme, señor Du Bousquier, mi honra no tiene necesidad de gendarmes para llevaros a la alcaldía. No me faltarán maridos, y no quiero un hombre que no sepa apreciar lo que valgo. Un día quizá tengáis que arrepentiros de la forma en que os comportáis, porque nada en el mundo, ni oro ni plata, hará que os devuelva vuestro

bien si hoy os negáis a tomarlo.

—Pero, Susana, ¿tan segura estás de que...?

—¡Ah, señor! —dijo la joven refugiándose en su virtud—, ¿por quién me tomáis? Yo no quiero recordaros la palabra que me disteis y que ha perdido a una pobre muchacha cuya única falta fue la de tener tanta ambición como amor.

Du Bousquier hallábase presa de mil sentimientos opuestos: la alegría, la desconfianza, el interés. Había decidido desde hacía mucho tiempo contraer matrimonio con la señorita Cormon, porque la Carta, sobre la cual acababa de reflexionar, ofrecía a su ambición las magníficas perspectivas políticas de la diputación. Ahora bien, su boda con la solterona había de situarle tan alto en la ciudad, que adquiriría en ella una gran influencia. Así, la tempestad desencadenada por la picara Susana le sumió en una gran confusión. Sin aquella secreta esperanza habríase casado con Susana sin reflexionar siquiera. Se habría situado abiertamente al frente del partido liberal de Alençon. Después de tal boda renunciaba a la primera sociedad para volver a caer en la clase burguesa de los negociantes, de los fabricantes ricos, de los ganaderos, que ciertamente le llevarían en triunfo como a su candidato. Du Bousquier preveía ya la parte contraria. No ocultaba aquella deliberación solemne, se pasaba la mano por la cabeza y retorció el gorro que escondía su desastrosa desnudez. Como todas las personas que rebasan su objetivo y encuentran más de lo que esperaban, Susana habíase quedado boquiabierta. Para disimular su asombro adoptó la postura melancólica de joven engañada ante su seductor; pero en su interior se reía.

—Hija mía, yo no me dejo pescar.

Tal fue la breve frase con la que el antiguo abastecedor puso fin a su deliberación. Du Bousquier se jactaba de pertenecer a aquella clase de filósofos cínicos que no quieren dejarse *pescar* por las mujeres y consideran que todas pertenecen a una misma clase *sospechosa*. Estos espíritus fuertes, que son generalmente los hombres débiles, poseen un catecismo para el uso de las mujeres. Para ellos, todas, desde la reina de Francia hasta la modista, son esencialmente libertinas, astutas, asesinas, embusteras e incapaces de pensar más que en fruslerías. Para ellos, las mujeres son bayaderas maléficas a las que hay que dejar bailar, cantar y reír; no ven en ellas nada santo ni nada grande; para ellos no se trata de la poesía de los sentidos, sino de la sensualidad grosera. Se parecen a estos golosos que tomarían la cocina por el comedor. En esta jurisprudencia, si la mujer no es constantemente tiranizada, ella reduce al hombre a la condición de esclavo. A este respecto, el señor Du Bousquier era todavía la contrapartida del caballero de Valois. Al decir aquella frase arrojó el gorro al pie de la cama, como habría hecho el Papa Gregorio con el cirio que derribaba al fulminar una excomunión, y Susana se enteró de este modo de que el solterón llevaba un tupé postizo.

—Acordaos, señor Du Bousquier —respondió majestuosamente Susana—, de que al venir a veros he cumplido con mi deber; acordaos de que he debido ofreceros mi

mano y pediros la vuestra; pero acordaos también de que he puesto en mi conducta la dignidad de la mujer que se respeta: no me he rebajado a llorar como una tonta, no he insistido, no os he atormentado. Ahora ya conocéis mi situación. Ya sabéis que no puedo permanecer en Alençon; mi madre me molerá a palos; la señora Lardot me despedirá. No soy más que una pobre obrera. ¿Tendré que ir al hospital? ¿Iré a mendigar el pan? No, antes me arrojaré al río. Pero ¿no resulta más sencillo ir a París? Mi madre podrá encontrar un pretexto para mandarme allá; será un tío el que me llame, una tía a punto de morir. Sólo se trata de tener el dinero necesario para el viaje y para todo lo que vos sabéis...

Esta noticia tenía para Du Bousquier mil veces más importancia que para el caballero de Valois; pero sólo él y el caballero estaban en el secreto, el cual no será revelado más que por el desenlace de esta historia. Por el momento, baste decir, que la mentira de Susana introducía una tan grande confusión en las ideas del solterón, que éste era incapaz de una reflexión seria. A no ser por esta turbación y por su alegría interior, habría creído que una joven honrada como Susana, cuyo corazón aún no estaba corrompido, habría preferido cien veces la muerte antes que entablar semejante conversación y pedirle dinero.

—¿Vas a ir, pues, a París? —le preguntó.

Al oír esta frase, Susana vio su rostro iluminado por un rayo de alegría, pero el bueno de Du Bousquier no se dio cuenta de nada.

—Pues sí, señor.

Du Bousquier comenzó a lamentarse: acababa de efectuar el último pago de su casa, tenía que pagar al pintor, al albañil, al carpintero; pero Susana no hacía caso, aguardaba la cifra. Du Bousquier ofreció cien escudos. Susana dirigióse entonces hacia la puerta.

—Bueno, ¿adonde vas? —dijo Du Bousquier inquieto—.

He aquí la vida de un soltero —se dijo—. Que el diablo me lleve si me acuerdo de haberle tocado más que la orilla del vestido... Y he aquí que ella se permite una broma para lanzarme una letra de cambio a quemarropa.

—Está bien, señor —dijo Susana llorando—. Me iré a ver a la señora Granson, la tesorera de la Sociedad maternal, quien, que yo sepa, sacó del apuro a una pobre muchacha que se encontraba en un caso como el mío.

—¿La señora Granson?

—Sí —dijo Susana—, la parienta de la señorita Cormon, la presidenta de la Sociedad maternal. Las damas de la ciudad han creado una institución que impedirá a muchas pobres criaturas destruir a sus hijos, por lo cual, una de ellas, Faustina de Argentan, hace tres años fue condenada a muerte en Mortagne.

—Toma, Susana —dijo Du Bousquier, tendiéndole una llave—, abre tú misma el secreter y toma la bolsa que contiene todavía seiscientos francos; es todo cuanto poseo.

El antiguo abastecedor mostró, con su aire abatido, cuán poca gracia le hacía todo



aquello.

«Viejo ladrón —díjose Susana—, ya verás cómo hablo de tu tupé postizo.»

La joven comparaba a Du Bousquier con el delicioso caballero de Valois, que no le había dado nada, pero que la había comprendido, la había aconsejado y llevaba a las jóvenes en su corazón.

—Mira que si me robas, Susana —exclamó viéndole la mano en el cajón—, tú...

—Pero, caballero —interrumpióle la joven con majestuosa impertinencia—, ¿acaso no me lo daríais si os lo pidiese?

Una vez llamado al terreno de la galantería, el abastecedor tuvo un recuerdo de sus buenos tiempos y dejó oír un gruñido de adhesión. Susana tomó la bolsa y salió, dejándose besar en la frente por el solterón, que parecía pensar: «He aquí un derecho que me cuesta muy caro. Vale más esto que verse atormentado por un abogado, como el seductor de una muchacha acusada de infanticidio.»

Susana escondió la bolsa en una canasta que llevaba y maldijo la avaricia de Du Bousquier, porque ella habría querido mil francos. Una vez obsesionada por un deseo, y cuando ha puesto el pie en el camino de las bribonadas, una muchacha va lejos. Cuando la bella planchadora iba por la Rue du Bercail pensó que la Sociedad maternal, presidida por la señorita Cormon, quizá le completaría la suma en la que había cifrado sus gastos y que para una joven de Alençon era considerable. Además, odiaba a Du Bousquier. El solterón parecía temer que ella revelase su pretendido crimen a la señora Granson; ahora bien, Susana, exponiéndose a no recibir un céntimo de la Sociedad maternal, quiso, al abandonar Alençon, dejar al antiguo abastecedor enredado en las lianas inextricables de una intriga provinciana. Hay siempre en las jóvenes un poco del espíritu maléfico del mono. Susana entró, pues, en casa de la señora Granson fingiendo una desolación que no sentía.

La señora Granson, viuda de un teniente coronel de artillería muerto en Iena, poseía por toda fortuna una pensión de novecientos francos, cien escudos de renta de ella, y además un hijo cuya educación y mantenimiento habían devorado sus economías. Ocupaba en la Rue du Bercail una de aquellas tristes plantas bajas que al pasar por la calle principal de las pequeñas ciudades el transeúnte abarca de una sola ojeada. Era una puerta encima de tres peldaños piramidales; un corredor de entrada que llevaba a un patio interior y en cuyo extremo se encontraba una escalera cubierta por una galería de madera. En un lado del corredor, un comedor y la cocina; en el otro, un salón para todo y el dormitorio de la viuda. Atanasio Granson, joven de veintitrés años, alojado en una buhardilla situada encima del primer piso de aquella casa, aportaba a la economía de su pobre madre los seiscientos francos de un pequeño cargo que la influencia de su parienta, la señorita Cormon, le había obtenido en la alcaldía de la ciudad, en el registro civil. Después de estas indicaciones, cada cual puede imaginarse a la señora Granson en su frío salón de cortinas amarillas, de muebles terciopelo de Utrecht amarillo. Era una buena mujer, vestida con sencillez burguesa, en consonancia con su cara pálida y como consumida por la pena. La

rigurosa modestia de la pobreza se dejaba sentir en todos los accesorios de aquel hogar, donde, por otra parte, se respiraba las costumbres honradas y severas de la provincia. En aquel momento, el hijo y la madre estaban juntos en el comedor, donde tomaban su desayuno, consistente en una taza de café con mantequilla. Para que el lector comprenda el placer que la visita de Susana iba a causar a la señora Granson, hay que explicar los secretos intereses de la madre y del hijo.

Atanasio Granson era un joven flaco y pálido, de mediana estatura, de rostro hundido, en el que sus ojos negros, centelleantes de inteligencia, parecían dos manchas de carbón. Las líneas algo torturadas de su rostro, las sinuosidades de su boca, su barbilla bruscamente torcida hacia arriba, el corte regular de una frente de mármol, una expresión de melancolía debida al sentimiento de su miseria, en contradicción con el talento del que él era consciente, indicaban que se trataba de un hombre inteligente que se hallaba aprisionado. Así, en cualquier otra parte que no fuera Alençon, el aspecto de su persona habríale valido la ayuda de los hombres superiores o de las mujeres que reconocen al genio escondido. Si no era el genio, era la forma que éste asume; si no era la fuerza de un gran corazón, era el destello que esta fuerza imprime en la mirada. Aunque pudiera expresar la sensibilidad más elevada, la envoltura de su timidez destruía en él incluso las gracias de la juventud, al igual que el hielo de la miseria impedía que su audacia pudiera abrirse paso. La vida de provincias, sin salida, sin aprobación, sin aliento, describía un círculo en el que moría este pensamiento, que aún no había tenido tiempo de desarrollarse. Por otra parte, Atanasio poseía aquel salvaje orgullo que exalta la pobreza en los hombres selectos, que les hace crecer durante su lucha con los hombres y las cosas, pero que, desde el comienzo de la vida, constituye un obstáculo para su llegada. El genio procede de dos maneras: o toma su bien, como hicieron Napoleón y Molière, tan pronto como lo ve, o aguarda a que vengan a buscarle, cuando se ha revelado pacientemente. El joven Granson pertenecía a la clase de los hombres de talento que se ignoran y se desaniman fácilmente. Su alma era contemplativa, vivía más por el pensamiento que por la acción. Quizás habría parecido incompleto a los que no conciben el genio sin las crepitaciones apasionadas del francés; pero era poderoso en el mundo de la inteligencia y había de llegar, por una serie de emociones que escapan al vulgo, a las súbitas determinaciones que hacen decir a los necios: «Está loco».

El desprecio que la gente dedica a la pobreza estaba matando a Atanasio; el calor enervante de una soledad sin corriente de aire distendía el arco siempre tenso, y el alma se fatigaba en aquel horrible juego sin resultado. Atanasio era hombre capaz de situarse entre los primeros puestos de Francia, pero aquel águila, encerrada en una caja y hallándose en ella sin alimento, iba a morir de hambre después de haber contemplado con ardiente mirada las vastas extensiones en las que planea el genio. Aunque sus trabajos en la biblioteca de la ciudad escapasen a la pública atención, sepultaba en su alma sus pensamientos de gloria, porque podían perjudicarle; pero aún tenía más profundamente sepultado el secreto de su corazón, una pasión que

hacía que sus mejillas se hundiesen y palidciera su frente. Amaba a su parienta lejana, a aquella señorita Cormon, acechada por el caballero de Valois y por Du Bousquier, sus rivales desconocidos. Este amor fue engendrado por el cálculo. La señorita Cormon era considerada como una de las personas más ricas de la ciudad: el pobre muchacho había sido, pues, llevado a amarla por el deseo de la felicidad material, por el deseo mil veces concebido de dorar la vejez de su madre, por el deseo del bienestar necesario a los hombres que viven del pensamiento; pero este punto de partida muy inocente deshonoraba a sus ojos su pasión. Temía, además, el ridículo con que la gente cubriría el amor de un joven de veintitrés años por una mujer de cuarenta. Sin embargo, su pasión era verdadera, ya que todo lo que en este género puede parecer falso en otras partes se realiza en provincias. En efecto, al carecer allí las costumbres de azares, de movimiento, de misterio, hacen necesarios los casamientos. Ninguna familia admite a un joven de costumbres disolutas. Por muy natural que pueda parecer, en una capital, la relación de un joven como Atanasio con una muchacha hermosa como Susana, en provincias asusta y disuelve de antemano el casamiento de un joven pobre allí donde la fortuna de un partido rico disimula cualquier molesto antecedente. Entre la depravación de ciertas relaciones y un amor sincero, un hombre de corazón sin fortuna no puede vacilar: prefiere las desgracias de la virtud a las desgracias del vicio. Pero, en provincias, las mujeres de las que un joven puede enamorarse son raras: una joven hermosa y rica no podría obtenerla en una región en la que todo es cálculo; una joven hermosa y pobre le está prohibido amarla: sería, como dicen los provincianos, casar el hambre con la sed; en fin, una soledad monástica es peligrosa para los jóvenes.

Éstas reflexiones explican por qué la vida en provincias está basada tanto en el matrimonio. Así, los genios cálidos y vivaces, obligados a apoyarse en la independencia de la miseria, deben todos ellos abandonar las frías regiones en las que el pensamiento es perseguido por una brutal indiferencia, donde una mujer no puede ni quiere convertirse en hermana de la caridad al lado de un hombre de ciencia o de arte. ¿Quién se dará cuenta de la pasión de Atanasio por la señorita Cormon? No serán ni los ricos, esos sultanes de la sociedad, que encuentran en ella verdaderos harenes; ni los burgueses, que siguen el camino trillado de los prejuicios, ni las mujeres, que, no queriendo concebir las pasiones de los artistas, les imponen el tali3n de sus virtudes, imaginando que los dos sexos se rigen por las mismas leyes.

Aquí tal vez sea preciso apelar a los jóvenes que sufren sus primeros deseos reprimidos en el momento en que todas sus fuerzas se hallan en tensi3n, a los artistas cuyo talento queda sofocado por la miseria, al genio que, perseguido al principio y a menudo carente de apoyo y de amigos, acaba triunfando sobre la doble angustia del alma y del cuerpo. Aquellos conocen bien los lacerantes ataques del c3ncer que devoraba a Atanasio; ellos han agitado esas largas y crueles deliberaciones hechas en presencia de fines tan grandiosos para los cuales no se encuentran medios; experimentaron esos abortos desconocidos en que la fuerza del genio cubre una

grava estéril. Aquéllos saben que la magnitud de los deseos se halla en proporción a la extensión de la imaginación. Cuanto más arriba suben, más bajo llegan a caer, ¡y cuántos lazos no se rompen con estas caídas! Su vista penetrante ha descubierto, como Atanasio, el brillante porvenir que les aguardaba y del que sólo se creían separados por una tenue gasa; esta gasa que no era obstáculo a sus miradas, la sociedad la convertía en un muro de bronce. Impulsados por una vocación, por el sentimiento del arte, también trataron a veces de crearse un medio de sentimientos que la sociedad materializa sin cesar. ¡Cómo! ¿La provincia calcula y arregla el matrimonio con la finalidad de crearse un bienestar, y le estaría vedado a un artista pobre, a un hombre de ciencia, el darle al matrimonio un doble destino, el de hacerle servir para salvar su pensamiento asegurando al propio tiempo su existencia?

Agitado por estas ideas, Atanasio Granson consideró al principio su matrimonio con la señorita Cormon como un medio para dar consistencia y seguridad a su vida; podría lanzarse hacia la gloria, hacer feliz a su madre, y él se sabía al propio tiempo capaz de amar fielmente a la señorita Cormon. Pronto, sin que él mismo se diera cuenta, su propia voluntad creó una pasión real; púsose a estudiar a la solterona, y como consecuencia del prestigio que ejerce la costumbre, terminó por no ver más que las bellezas y olvidar los defectos. En un joven de veintitrés años el fuego del amor produce una especie de prisma entre sus ojos y la mujer. A este respecto, el abrazo con que en escena estrecha Querubin a Marcelina contra su pecho es un rasgo de genio en Beaumarchais. Pero si pensamos que en la profunda soledad en que la miseria dejaba a Atanasio, la señorita Cormon era la única figura sometida a sus miradas, que la luz del día daba de lleno sobre ella, ¿no se encontrará natural esta pasión? Este sentimiento tan profundamente escondido hubo de crecer día tras día. Los deseos, los sufrimientos, la esperanza, las meditaciones iban aumentando en la calma y el silencio el lago en el que cada hora depositaba su gota de agua y que iba extendiéndose en el alma de Atanasio. A medida que aumentaba el círculo interior que describía la imaginación ayudada por los sentidos, iba haciéndose más impresionante la señorita Cormon, y más iba creciendo la timidez de Atanasio. La madre lo había adivinado todo. La madre, como mujer de provincias, calculaba ingenuamente en ella misma las ventajas del asunto. Decíase que la señorita Cormon podría considerarse dichosa de tener por marido a un joven de veintitrés años, lleno de talento, que haría honor a su familia y a la región; pero los obstáculos que la escasa fortuna de Atanasio y la edad de la señorita Cormon presentaban a esta boda le parecían insuperables: sólo imaginaba la paciencia para poder vencerlos. Al igual que Du Bousquier, al igual que el caballero de Valois, ella tenía su política, aguardaba la hora propicia con la astucia que procede del interés y de la maternidad. La señora Granson no desconfiaba del caballero de Valois; pero había supuesto que Du Bousquier, aunque rechazado, conservaba pretensiones. Hábil y secreta enemiga del viejo abastecedor, la señora Granson le hacía un mal extraordinario para servir a su propio hijo, a quien, por otra parte, todavía no había dicho nada acerca de sus sordos

manejos. Ahora, ¿quién no comprenderá la importancia que iba a adquirir la confianza de la mentira de Susana, una vez hubiera sido hecha a la señora Granson? ¡Qué arma tan terrible en manos de aquella dama de la caridad, tesorera de la Sociedad maternal! ¡Con qué perfidia iría a llevar la noticia, mientras pedía ayuda para la casta Susana!

En aquel momento, con los codos pensativamente apoyados en la mesa, Atanasio hacía jugar con aire distraído su cuchara en la taza vacía, contemplando aquella pobre sala de rojos ladrillos, sillas de paja, bufete de madera pintada, cortinas rosa y blanco que semejaban un tablero de damas, tapizada con un viejo papel de taberna y que comunicaba con la cocina por medio de una puerta con vidriera. Como se hallaba arrimado a la chimenea, frente a su madre, y la chimenea se encontraba casi delante de la puerta, aquel semblante pálido, iluminado por la luz de la calle, enmarcado por unos hermosos cabellos negros, aquellos ojos animados por la desesperación e inflamados por las ideas matutinas, ofrecieron de pronto a las miradas de Susana. La joven, que ciertamente poseía el instinto de la miseria y de los sufrimientos del corazón, experimentó aquella chispa eléctrica, salida no se sabe de dónde, que es negada por ciertos espíritus fuertes, pero cuyo golpe simpático ha sido percibido por un gran número de mujeres y de hombres. Se trata a la vez de una luz que ilumina las tinieblas del futuro, un presentimiento de los goces puros del amor compartido, la certidumbre de comprenderse mutuamente. Se trata sobre todo de un toque hábil y fuerte realizado por una mano de maestro en el piano de los sentidos. La mirada queda fascinada por una irresistible atracción, el corazón es conmovido, las melodías de la felicidad resuenan en el alma y en los oídos, una voz grita: *¡Es él!* Luego, a menudo, la reflexión arroja sus duchas de agua fría sobre esta hirviente emoción, y todo queda dicho. En un instante tan rápido como un rayo, Susana recibió un alud de pensamientos en el corazón. Un relámpago de amor verdadero quemó las malas hierbas abiertas al soplo del libertinaje y la disipación. Comprendió cuánto estaba perdiendo en grandeza ella misma. Lo que el día antes no era más que una broma a sus ojos convirtióse en una grave sentencia con ella misma. Retrocedió ante su éxito. Pero la imposibilidad del resultado, la pobreza de Atanasio, una vaga esperanza de enriquecerse y de volver de París con las manos llenas, diciéndole: «¡Yo te amaba!», la fatalidad, si se quiere, secó aquella lluvia bienhechora. La ambiciosa joven preguntó con aire tímido si podía hablar un instante con la señora Granson, la cual la llevó a su dormitorio. Cuando Susana, salió, miró por segunda vez a Atanasio, le encontró en la misma postura y reprimió las lágrimas. En cuanto a la señora Granson, estaba radiante de alegría. Tenía por fin una terrible arma contra Du Bousquier, podría infligirle una mortal herida. También había prometido a la pobre joven seducida el apoyo de todas las damas de la caridad, de todas las comanditarias de la Sociedad maternal; entreveía una docena de visitas a hacer que iban a ocupar su jomada y en el transcurso de las cuales se formaría sobre la cabeza del solterón una tempestad espantosa. El caballero de Valois, aunque preveía el cariz que iba a tomar

el asunto, no se prometía tanto escándalo como el que en realidad había de producirse.

—Hijo mío —dijo la señora Granson a Atanasio—, ya sabes que hemos de ir a comer en casa de la señorita Cormon; procura arreglarte un poco. Haces mal en descuidar tu aseo personal, pareces un facineroso. Ponte tu hermosa camisa de chorrera y tu traje verde de paño de Elbeuf. Tengo mis razones —añadió con aire malicioso—. Por otra parte, la señorita Cormon se dispone a partir para el Prebaudet y habrá mucha gente en su casa. Cuando un joven va a casarse, debe servirse de todos sus medios para agradar. Si las muchachas quisieran decir la verdad, hijo mío, le sorprendería saber qué es lo que las enamora. A menudo es suficiente que un hombre haya pasado a caballo, al frente de una compañía de artilleros, o que se haya exhibido en un baile con ropa bien ceñida al cuerpo. A menudo, cierto gesto con la cabeza, una actitud melancólica, hacen suponer toda una vida; nos forjamos una novela conforme al protagonista; a veces no es más que un animal, pero la boda ya está hecha. Examina al caballero de Valois, estúdialo, adopta sus maneras; fíjate cómo se presenta con naturalidad; no tiene el aire ficticio como tú. Habla un poco; cualquiera diría que no sabes nada, ¡tú que te sabes el hebreo de memoria!

Atanasio escuchó a su madre con aire asombrado, pero sumiso; luego se levantó, cogió la gorra y se dirigió al Ayuntamiento, diciéndose:

—¿Habrá adivinado mi madre mi secreto?

Pasó por la calle del Val-Noble, donde vivía la señorita Cormon, pequeño placer que se daba todas las mañanas, y decíase entonces mil cosas fantásticas:

«Ciertamente no sospecha que en este momento pasa por delante de su casa un joven que la amaría mucho, que le sería fiel, que jamás le daría ningún disgusto, que le dejaría disponer de su fortuna sin mezclarse en sus asuntos. ¡Dios mío, qué fatalidad! ¡En la misma ciudad, a dos ¡lasos la una de la otra, dos personas se encuentran en las condiciones en que nos encontramos nosotros, y nada puede aproximarlas! ¿Y si esta noche yo le hablara?»

Entretanto, Susana regresaba a la casa de su madre pensando en el pobre Atanasio; y como muchas mujeres han podido desear para hombres adorados más allá de las fuerzas humanas, se sentía capaz de proporcionarle con su hermoso cuerpo un estribo por medio del cual pudiera alcanzar rápidamente su corona.

Ahora es necesario entrar en casa de aquella solterona hacia la cual tantos intereses convergían y en la que habían de hallarse aquella misma noche reunidos los actores de esta escena, con excepción de Susana. Esta joven, alta y hermosa, bastante audaz para quemar sus naves, como Alejandro, en el comienzo de la vida, y para iniciar la lucha con una falta inventada, desapareció de escena después de haber introducido en ella un violento elemento de interés. Por otra parte, sus votos fueron cumplidos. Abandonó su ciudad natal unos días más tarde, provista de dinero y de hermosas chucherías, entre las cuales se encontraba un magnífico vestido verde y un delicioso sombrero verde forrado de rosa, que le regaló el señor de Valois, presente

que ella prefería a todo lo demás, incluso al dinero de las damas de la Sociedad maternal. Si el caballero hubiese ido a París en el momento en que ella brillaba en la ciudad, ciertamente lo habría abandonado todo por él. Semejante a la casta Susana de la Biblia, a la que los viejos apenas habían visto, establecióse feliz y llena de esperanzas en París, mientras todo Alençon deploraba su desventura, por la que las dos damas de las dos Sociedades de caridad y de maternidad manifestaron una viva simpatía. Si Susana puede ofrecer una imagen de esas bellas normandas que un sabio francés ha dicho que constituían una tercera parte del consumo que en este género efectúa el monstruoso París, permaneció en las regiones más elevadas y más decentes de la galantería. En una época en la que, como decía el señor de Valois, la mujer ya no existía, Susana fue solamente *la señora de Val-Noble*; en otro tiempo habría sido la rival de las Rhodope, de las Imperia, de las Ninon. Uno de los escritores más distinguidos de la Restauración la ha tomado bajo su protección; tal vez se case con ella; es periodista, y por lo tanto se halla por encima de la opinión, puesto que sobre ella fabrica una novela cada seis años.

## II

### LA SEÑORITA CORMON

En Francia, en casi todas las prefecturas de segundo orden, hay un salón en el que se reúnen personas considerables y consideradas que, sin embargo, no constituyen aún la flor y nata de la sociedad. El dueño y la dueña de la casa figuran entre los personajes más conspicuos de la ciudad y son bien recibidos dondequiera que quieran ir; no se da en la ciudad una fiesta o un banquete diplomático a los que no sean invitados; pero la gente de castillo, los pares que poseen hermosas tierras, la gran compañía del departamento no va a su casa, y permanece en relación con ellos en los límites de una visita hecha de una parte y de otra, de una comida o de una velada aceptadas y devueltas. Este salón mixto, en el que se encuentran la pequeña nobleza de cargo fijo, el clero y la magistratura, ejerce una gran influencia. La razón y la inteligencia de la comarca residen en esta sociedad sólida y sin fausto, en la que cada cual conoce los ingresos del vecino, en la que se profesa una completa indiferencia en lo que se refiere al lujo y a la *toilette*, juzgados como niñerías en comparación con un campo de diez o doce arapendes cuya adquisición fue incubada durante años y que dio lugar a inmensas combinaciones diplomáticas. Inquebrantable en sus prejuicios, buenos o malos, este cenáculo sigue un mismo camino sin mirar hacia adelante ni hacia atrás. No admite nada de París sin un prolongado examen, rechaza tanto las cachemiras como las inscripciones en el Libro de la Deuda Pública, se burla de las novedades, no lee nada y quiere ignorarlo todo: ciencia, literatura, inventos industriales. Obtiene el cambio de un prefecto que no conviene, y si el administrador resiste, lo aísla a modo de las abejas que cubren de cera un caracol que haya ido a parar a su colmena. En fin, en ese salón las habladurías se convierten a menudo en solemnes sentencias. Así, aunque allí no se efectúen más que partidas de juego, las mujeres jóvenes aparecen de vez en cuando; van a buscar allí una aprobación de su conducta, una consagración de su importancia. Esta supremacía concebida a una casa hiere a menudo el amor propio de algunos naturales de la región, que se consuelan calculando los gastos que ella supone y de los que ellos mismos se aprovechan. Si no se encuentra una fortuna bastante considerable para tener casa abierta, los personajes conspicuos eligen como lugar de reunión, como hacían los de Alençon, la casa de una persona inofensiva cuya vida parece haberse detenido, cuyo carácter o posición hace que la sociedad quede dueña de ella, no proyectando sombra sobre las vanidades ni sobre los intereses de nadie. Así, la alta sociedad de Alençon se reunía desde hacía tiempo en casa de la solterona cuya fortuna, sin que ella lo supiera, era codiciada por la señora Granson, prima suya, y por los dos solterones cuyas secretas esperanzas acababan de ser descubiertas. Esta señorita vivía con su tío materno, un antiguo vicario del obispado de Séz, en otro tiempo tutor suyo, y de quien ella había de heredar. La familia que entonces representaba Rosa María Victoria Cormon figuraba en otro



tiempo entre las más considerables de la provincia. Aunque plebeya, rozaba con la nobleza, con la que a veces se había aliado; había suministrado antaño intendentes a los duques de Alençon, buen número de magistrados y varios obispos. El señor de Sponde, el abuelo materno de la señorita Cormon, fue elegido por la nobleza para los estados generales, y el señor Cormon, su padre, por el tercer estado; pero ni uno ni el otro aceptaron tal misión. Desde hacía un siglo, las jóvenes de la familia se habían casado con nobles de la provincia, de suerte que esta familia se había difundido tanto por el ducado, que abarcaba todos los árboles genealógicos. Ninguna otra burguesía se parecía más a la nobleza.

Construida en tiempos de Enrique IV por Pedro Cormon, intendente del último duque de Alençon, la casa en que vivía la señorita Cormon había pertenecido siempre a su familia, y entre todos los bienes visibles, éste estimulaba particularmente la codicia de sus dos viejos amantes. Sin embargo, lejos de dar ingresos, aquella casa era ocasión de gastos; pero es tan raro encontrar en una ciudad de provincias una vivienda situada en lugar céntrico, sin mal vecindario, bella en su aspecto exterior, cómoda en su interior, que todo Alençon compartía aquella envidia. Este viejo hotel estaba situado precisamente en mitad de la calle del Val-Noble. La casa era notable por la sólida arquitectura que produjo María de Médicis. Aunque construida en granito, piedra difícil de trabajar, sus ángulos, los encuadros de las ventanas y los de las puertas estaban decorados con almohadillados tallados en punta de diamante. Se compone de un piso encima de una planta baja; el techo, muy alto, presenta ventanas salientes con tímpanos esculpidos. Entre cada una de las ventanas sobresale una gárgola que figura una garganta fantástica de animal sin cuerpo que vomita las aguas sobre grandes piedras con cinco agujeros. En la parte del patio, a la derecha, se encuentran las cuadras y los establos; a la izquierda, la cocina, la leñera y el lugar para la colada. Uno de los batientes de la puerta cochera permanecía abierto y provisto de una pequeña puerta baja, con campanilla y claraboya, que permitía a los transeúntes ver, en medio de un amplio patio, un parterre de flores cuyas tierras amontonadas eran retenidas por un pequeño seto de alheña. Algunos rosales de las cuatro estaciones, alhelíes, escabiosas, lirios y retama componían el macizo, alrededor del cual colocaban, durante la primavera, cajas de laureles, granados y mirtos. Sorprendido ante la pulcritud minuciosa que distinguía este patio y sus dependencias, un extraño habría podido adivinar la presencia de la solterona. El ojo que presidía todo aquello tenía que ser un ojo desocupado, conservador menos por carácter que por la necesidad de hacer algo. Solamente una solterona, encargada de llenar su jornada siempre vacía, era la que podía mandar arrancar la hierba que crecía entre las piedras del pavimento, limpiar la parte alta de los muros, exigir un continuo barrido. Sólo ella era capaz de introducir por falta de ocupación una especie de limpieza holandesa en una pequeña provincia situada entre el Perche, la Bretaña y la Normandía, región en la que con orgullo se profesa una crasa indiferencia para con el confort.

Nunca el caballero de Valois ni Du Bousquier subían los peldaños de la doble escalera que rodeaba la tribuna de la escalinata de aquel hotel sin pensar que este hotel era propio de un par de Francia o del alcalde de la ciudad. Una puerta-ventana coronaba aquella escalinata y entraba en una antesala por medio de una segunda puerta parecida, que daba a otra escalinata de la parte del jardín. Esta especie de galería de ladrillos rojos era el hospital de los retratos de familia enfermos: algunos tenían un ojo averiado, otros tenían averiado un hombro; éste sostenía el sombrero con una mano que ya no existía, aquél tenía amputada una pierna. Allí se dejaban los abrigos, los zuecos, los chanclos, los paraguas, las cofias y las pellizas. Era el arsenal en el que cada visitante habitual dejaba su bagaje al llegar y lo tomaba de nuevo al partir. Así, a lo largo de cada muro había una banqueta para sentarse los criados que llegaban provistos de linternas, y una gran estufa con objeto de combatir el aire que llegaba a la vez del patio y del jardín. La casa estaba, pues, dividida en dos partes iguales. Por un lado, sobre el patio, se hallaba la caja de la escalera, un gran comedor que daba al jardín, luego una pieza por medio de la cual se comunicaba con la cocina; por el otro lado, un salón con cuatro ventanas, junto al cual había dos pequeñas estancias, la una que daba al jardín y la otra que recibía luz del patio y servía como gabinete. El primer piso contenía el apartamento completo de un hogar y unas habitaciones en las que vivía el anciano abate de Sponde. Las buhardillas debían ofrecer sin duda un vasto albergue desde hacía tiempo a las ratas y a los ratones, cuyas hazañas nocturnas eran contadas por la señorita Cormon al caballero de Valois, asombrándose de la ineficacia de los medios empleados contra ellos.

El jardín, de aproximadamente medio arapende, está bordeado por el Brillante, río que recibe este nombre de las partículas de mica que contiene su lecho, pero en todos los lugares menos en Val-Noble, donde sus aguas van cargadas de tinturas y desechos arrojados por las industrias de la ciudad. La orilla opuesta al jardín de la señorita Cormon, como en todas las ciudades de provincia en las que pasa un río, se halla cubierta de casas en las que se practican diversas profesiones; pero afortunadamente no tenía entonces frente a ella más que a personas tranquilas, burgueses, un panadero y unos ebanistas. Este jardín, lleno de flores, viene naturalmente rematado por una terraza que forma un muelle, en la parte baja de la cual se encuentran algunos peldaños para descender al Brillante. Sobre la balaustrada de la terraza, imaginad grandes jarrones de loza azul y blanca de los cuales se elevan hermosos alhelíes; a la derecha y a la izquierda, a lo largo de los muros vecinos, veréis un grupo de tilos. Con ello tendréis una idea del paisaje lleno de púdica serenidad, de castidad tranquila, de ideas modestas y burguesas que ofrecían la ribera opuesta y sus ingenuas casas, las aguas escasas del Brillante, el jardín y el venerable edificio de los Cormon. ¡Qué paz, qué tranquilidad y sosiego! Nada de pomposo, pero nada de transitorio: allí todo parece eterno. La planta baja pertenecía, pues, a la recepción. Allí todo respiraba la vieja e inalterable provincia.

El gran salón cuadrado, de cuatro puertas y cuatro ventanas, estaba modestamente

recubierto de madera pintada en gris. Un solo espejo rectangular se encontraba encima de la chimenea, y la parte alta del entrepaño representaba al Día conducido por las Horas, pintado en camafeo. Este género de pintura infestaba todas las partes altas de puertas en las que el artista había inventado esas eternas Estaciones que en buena parte de las casas del centro de Francia os hacen aborrecer a esos detestables Amores ocupados en segar, sembrar o arrojar flores mutuamente. Cada ventana estaba adornada por cortinas de damasco verde. Los muebles tapizados, cuyas maderas pintadas y barnizadas se distinguían por las formas contorneadas tan de moda en el pasado siglo, presentaban en sus medallones las fábulas de la Fontaine. El techo estaba dividido en dos por una gruesa viga en medio de la cual pendía una vieja araña de cristal de roca, envuelta en una camisa verde. Encima de la chimenea había dos jarrones en azul de Sèvres, viejos candelabros de muchos brazos empotrados en el entrepaño y un reloj de pared cuyo tema, tomado de la última escena del Desertor, demostraba la fama prodigiosa de que había gozado la obra de Sedaine. Este reloj, de cobre dorado, componíase de once personajes, cada uno de los cuales medía cuatro pulgadas de altura: en el fondo, el desertor salía de la prisión entre unos soldados; en la parte de delante, la joven desvanecida. El hogar, las palas y las tenazas eran de un estilo parecido al del reloj de pared. Los paneles de la madera tenían como adorno los más recientes retratos de la familia, uno o dos Rigaud y tres pasteles de Latour. Cuatro mesas de juego, unas tablas reales y una mesa de juego de los cientos llenaban aquella inmensa estancia, la única, por otra parte, que estaba entarimada. El gabinete de trabajo, completamente recubierto de vieja laca roja, negra y oro, habría de adquirir años más tarde unos precios de locura, que la señorita Cormon no podía siquiera sospechar, pero aunque le hubiesen ofrecido mil escudos por panel, jamás lo habría vendido, porque tenía por sistema no desprenderse de nada. La provincia cree siempre en tesoros escondidos por los antepasados. El inútil gabinete estaba tapizado con esta vieja zaraza tras la cual corren hoy día todos los aficionados al género denominado Pompadour. El comedor, de baldosas negras y blancas, sin techo, pero de vigas pintadas, estaba provisto de esos formidables bufetes que exigen las batallas que en provincias se libran contra los estómagos. Las paredes, pintadas al fresco, representaban un arriate de flores. Las sillas eran de caña de Bengala barnizada y las puertas de madera de nogal natural. Todo completaba admirablemente el aire patriarcal que se respiraba en el interior y en el exterior de aquella casa. El genio de la provincia lo había conservado todo; nada era nuevo ni antiguo, joven ni decrepito. Una fría exactitud dejábase sentir por doquier.

Los turistas de la Bretaña y de la Normandía, del Maine y del Anjou deben haber visto todos, en las capitales de estas provincias, una casa que se parecía más o menos al hotel de los Cormon; porque, en su género, es un arquetipo de las casas burguesas de una gran parte de Francia, y merece tanto más su lugar en esta obra cuanto que explica unas costumbres y representa unas ideas. ¿Quién no advierte ya cuán tranquila y rutinaria era la vida en este viejo edificio? Había allí una biblioteca, pero

se encontraba alojada un poco por debajo del nivel del Brillante, y el polvo, lejos de perjudicarla, la hacía aún tener mayor valor. Las obras se conservaban en ella con el esmero que se da, en estas provincias desprovistas de viñedos, a las obras llenas de naturalidad, exquisitas, recomendables por sus perfumes antiguos y producidos por las prensas de la Borgoña, de la Turena, de la Gascuña y del Mediodía. El precio de los transportes es demasiado considerable para que se hagan llegar vinos malos.

La sociedad de la señorita Cormon estaba integrada por unas ciento cincuenta personas: algunas iban al campo, éstas estaban enfermas, aquéllas iban al departamento para sus negocios; pero había algunos fieles que, salvo en las veladas de invitación, venían todos los días, así como aquellas personas que por deber o por costumbre estaban obligadas a permanecer en la ciudad. Todos estos personajes se hallaban en la edad madura; pocos de entre ellos habían viajado, casi todos se habían quedado en la provincia y algunos habían tomado parte en la chuanería. Empezaba a poderse hablar sin temor de aquella guerra desde que las recompensas les llegaban a los heroicos defensores de la buena causa. El señor de Valois, uno de los promotores de la última toma de armas en la que perdió la vida el marqués de Montauran, entregado por su amante, en la que se cubrió de gloria el famoso Marché-à-Terre, que efectuaba tranquilamente por aquel entonces el tráfico de ganado en la parte de Mayenne, daba desde hacía seis meses la clave de algunas buenas pasadas jugadas a un viejo republicano llamado Hulot, comandante de una media brigada acantonada en Alençon de 1798 a 1800 y que había dejado recuerdos en la región. Las mujeres se arreglaban poco, salvo el miércoles, día en que la señorita Cormon ofrecía una comida y los invitados se ponían *in fiocchi*. Algunas mujeres traían sus labores, calceta, tapicería a mano; algunas jóvenes trabajaban sin rebozo en unos dibujos para punto de Alençon, con el producto de los cuales pagaban su sustento. Algunos maridos traían a sus mujeres; allí no se decía una palabra al oído sin que suscitara la atención; no había peligro alguno para un hombre joven ni para una mujer joven de oír alguna palabra de amor. Cada tarde, a las seis, la larga antesala se llenaba de sus objetos peculiares; cada contertulio traía quien su bastón, quien su abrigo, quien su linterna. Todas estas personas se conocían tan bien unas a otras, las costumbres eran tan familiarmente patriarcales, que si por casualidad el anciano abate de Sponde se encontraba bajo el porche y la señorita Cormon en su habitación, ni Joseta, la doncella, ni Jacquelin, el criado, ni la cocinera iban a advertirles. El primero que llegaba aguardaba al segundo; luego, cuando los contertulios eran en número suficiente para jugar a las tablas reales, al *whist* o al *boston*, empezaban a jugar, sin esperar al abate de Sponde o a la señorita. Si oscurecía, al oír la campanilla, Joseta o Jacquelin acudían y encendían la luz. Al ver el salón iluminado, el abate se apresuraba a acudir. Todas las tardes, las mesas de juego quedaban llenas, lo que daba un promedio de veinticinco a treinta personas, contando las que conversaban; pero a menudo había más de cuarenta. Jacquelin encendía entonces las luces del gabinete y la salita. Entre las ocho y las nueve, los domésticos empezaban a llegar a la antesala

para buscar a sus dueños; y a menos de que hubiera revolución, a las diez ya no quedaba nadie en el salón. A esa hora, los contertulios se marchaban formando grupos, comentando los lances del juego o continuando algunas observaciones relativas a los campos que ambicionaban, a los repartos de herencias, a las disensiones que se suscitaban entre herederos, sobre las pretensiones de la sociedad aristocrática. Era como en París a la salida de un espectáculo. Ciertas personas, que hablaban mucho de poesía y no entendían nada de ello, despotricaron contra las costumbres provincianas; pero reflexionadlo bien, y después de haberos iniciado en el conjunto suave y unido que presentan este paisaje, esta casa y su interior, la compañía y sus intereses aumentados por la pequeñez del espíritu, como el oro batido entre hojas de pergamino, preguntaos qué es en definitiva la vida humana. Tratad de pronunciaros entre el que ha grabado patos en los obeliscos egipcios y el que ha jugado al *boston* durante veinte años con Du Bousquier, el señor de Valois, la señorita Cormon, el presidente del tribunal, el procurador del rey, el abate de Sponde, la señora Granson, *e tutti quanti*. Si el retomo exacto y cotidiano de los mismos pasos en un mismo sendero no constituye la felicidad, la representa de un modo tan perfecto, que las personas a las que las tempestades de una vida agitada ha obligado a reflexionar sobre las ventajas de la calma dirán que aquello era la felicidad. Para cifrar la importancia del salón de la señorita Cormon bastará decir que, estadista nato de la sociedad, Du Bousquier había calculado que las personas que lo frecuentaban poseían ciento treinta y un votos en el colegio electoral y reunían mil ochocientas libras de renta en tierras en la provincia. Sin embargo, la ciudad de Alençon no estaba completamente representada por este salón; la alta compañía aristocrática tenía el suyo; luego, el salón del recaudador general era como una posada administrativa debida por el gobierno, en la que toda la sociedad bailaba, intrigaba, mariposeaba, amaba y cenaba. Estos otros dos salones se comunicaban por medio de algunas personas mixtas con la casa Cormon, y viceversa; pero el salón Cormon juzgaba severamente lo que sucedía en esos otros dos campos: se criticaba el lujo de las comidas, discutía la conducta de las mujeres, los vestidos, los inventos nuevos que en este aspecto se producían.

La señorita Cormon, especie de razón social bajo la cual se comprendía una importante camarilla, debía constituir, pues, el punto de mira de dos ambiciosos tan profundos como el caballero de Valois y Du Bousquier. Para el uno como para el otro, allí estaba la diputación, y por consiguiente la dignidad de par para el noble, un cargo de recaudador general para el abastecedor. Un salón dominador se crea con tanta dificultad en provincias como en París, y aquél ya estaba creado. Casarse con la señorita Cormon equivalía a reinar en Alençon. Atanasio, el único de los tres pretendientes de la mano de la solterona que ya no calculaba nada, amaba entonces a la persona tanto como a la fortuna. ¿No existía un drama singular en la situación de estos cuatro personajes? ¿No había algo peregrino en estas tres rivalidades silenciosamente apretadas en torno a una solterona que no les adivinaba, a pesar de

un espantoso y legítimo deseo de contraer matrimonio? Pero, aunque todas estas circunstancias hagan del celibato de esta mujer una cosa extraordinaria, no es difícil explicar cómo y por qué, a pesar de su fortuna y de sus tres enamorados, aún no se había casado. Ante todo, según la jurisprudencia de la casa, la señorita Cormon había deseado siempre casarse con un gentilhomme; pero, de 1789 a 1799, las circunstancias fueron muy desfavorables a sus pretensiones. Quería ser mujer de condición, pero tenía un miedo horrible al tribunal revolucionario. Estos dos sentimientos, de fuerza igual, la hicieron estacionaria por una ley que resultaba tan verdadera en estética como en estática. Este estado de incertidumbre, por otra parte, agrada a las mujeres mientras aún se creen jóvenes y con derecho a elegir marido. Francia sabe que el sistema político seguido por Napoleón tuvo como resultado el hacer muchas viudas. Bajo este régimen, las herederas fueron en un número muy desproporcionado con relación al de los muchachos casaderos. Cuando el Consulado trajo de nuevo el orden interior, las dificultades exteriores hicieron que el casamiento de la señorita Cormon resultase tan difícil como antes. Si, por una parte, Rosa María Victoria se negaba a casarse con un viejo, por otra parte el temor al ridículo y las circunstancias le vedaron casarse con un hombre muy joven; ahora bien, las familias casaban muy pronto a sus hijos, con objeto de sustraerlos a los efectos de la conscripción. En fin, por una obstinación de propietaria, ella tampoco se habría casado con un soldado; porque ella no se casaría con un hombre para devolverlo al emperador, sino que lo quería para ella sola. De 1804 a 1815 le fue, pues, imposible luchar con las jóvenes que se disputaban los partidos convenientes, cada vez más escasos por efecto de los cañones. Además de su predilección por la nobleza, la señorita Cormon tuvo la manía, muy excusable, de querer ser amada por ella misma. No podríais imaginar a qué extremos la había llevado este deseo. Había usado su inteligencia en tender mil trampas a sus adoradores, para poner a prueba los sentimientos de ellos. Sus trampas fueron tan bien tendidas, que los desdichados cayeron todos en ellas, y sucumbieron en las pruebas barrocas que ella les imponía sin que ellos se dieran cuenta. La señorita Cormon no los estudiaba, los espiaba. Una palabra dicha a la ligera, una chanza que ella comprendía mal era suficiente para que rechazase a tales pretendientes como indignos: éste no tenía sentimientos ni delicadeza, aquél mentía y no era cristiano; el uno quería hacerse rico casándose con ella, el otro no era de índole como para hacerla feliz; allí adivinaba alguna gota hereditaria; aquí unos antecedentes inmorales la asustaban: como la Iglesia, exigía un buen cura para sus altares; además, quería que se casaran por sus pretendidos defectos y su falsa fealdad, como las otras mujeres quieren que se casen con ellas por las cualidades que no poseen y por hipotéticas gracias. La ambición de la señorita Cormon tenía su origen en los sentimientos más delicados de la mujer: pensaba obsequiar a su amante revelándole mil virtudes después de la boda, tal como otras descubren las mil imperfecciones que cuidadosamente han mantenido ocultas; pero fue mal comprendida: la noble mujer no encontró más que almas vulgares en las que

reinaba el cálculo de los intereses positivos y que nada entendían de los hermosos cálculos del sentimiento. A medida que iba avanzando hacia esa época fatal tan ingeniosamente llamada *la segunda juventud*, iba en aumento su desconfianza. Afectó presentarse bajo la luz más desfavorable y desempeñó tan bien su papel, que los últimos pretendientes vacilaron en unir su suerte a la de una persona cuyo virtuoso juego de la gallina ciega exigía un estudio al que se entregan poco los hombres que quieren una virtud prefabricada. El temor constante de que no se casaran con ella más que por su fortuna la hizo volver inquieta, suspicaz en grado extremo; perseguía a los hombres ricos, y los ricos podían contraer ventajosos matrimonios; temía a los hombres pobres, a quienes negaba el desinterés del que ella tanto caso hacía en semejante asunto: de suerte que sus exclusiones y las circunstancias fueron enrareciendo extrañamente a los hombres de tal modo seleccionados. A cada boda frustrada, la pobre señorita, obligada a despreciar a los hombres, acabó viéndolos bajo un concepto equivocado. Su carácter contrajo necesariamente una íntima misantropía que proyectó cierto tinte de amargura en su conversación y algo de severidad en su mirada. Su celibato determinó en sus costumbres una rigidez creciente, porque trataba de perfeccionarse en desesperación de causa. ¡Noble venganza! Talló para Dios el diamante bruto que había sido rechazado por el hombre. Pronto la opinión pública le fue adversa, porque el público acepta la sentencia que una persona libre pronuncia sobre sí misma al no casarse, careciendo de partidos o rehusándolos. Cada cual juzga que esta negativa se basa en razones secretas, siempre mal interpretadas. Éste decía que ella estaba mal formada físicamente, aquél le atribuía defectos ocultos; pero la pobre mujer era pura como un ángel, sana como una niña y llena de buena voluntad, porque la naturaleza la había destinado a todos los placeres, a todas las dichas, a todas las fatigas de la maternidad.

La señorita Cormon no encontraba, sin embargo, en su persona el auxiliar obligado de sus deseos. No poseía otra belleza más que la tan impropriamente llamada *belleza del diablo*, y que consiste en una gruesa frescura de juventud que, teológicamente hablando, el diablo no podría poseer, a menos de que sea preciso explicar esta expresión por el constante afán que el diablo tiene de rejuvenecerse. Los pies de la heredera eran grandes y planos; su pierna, que ella a menudo dejaba ver por el modo en que, sin malicia, levantaba su vestido cuando había llovido y salía de su casa o de la iglesia de San Leonardo, no podía ser tomada por la pierna de una mujer. Era una pierna nervuda, de pantorrilla pequeña y apretada, como la de un marinero. Una gordura de nodriza, brazos fuertes y torneados, todo en ella armonizaba con las formas abombadas, con la crasa blancura de las beldades normandas. Unos ojos de color indeciso y a flor de cabeza conferían al rostro, cuyos contornos redondeados no poseían nobleza alguna, un aire de asombro y sencillez borreguil que por otra parte era adecuado a una solterona: si Rosa no hubiera sido inocente, lo habría parecido. Su nariz aguileña contrastaba con la pequeñez de su frente, porque es raro que esta forma de nariz no implique una frente hermosa. A pesar de unos gruesos labios rojos,

indicio de una gran bondad, aquella frente anunciaba demasiado pocas ideas para que el corazón estuviera dirigido por la inteligencia: había de ser bienhechora sin elegancia. Ahora bien, la gente reprocha severamente a la virtud sus defectos, en tanto que es muy indulgente con las cualidades del vicio. Unos cabellos castaños y de extraordinaria largura prestaban al rostro de Rosa Cormon esa belleza que resulta de la fuerza y de la abundancia, los dos rasgos principales de su persona. En la época de sus pretensiones procuraba colocar su rostro en posición de tres cuartos para mostrar una oreja muy linda que destacaba muy bien en medio del blanco azulado de su cuello y de sus sienes, realzado por su enorme cabellera. Vista así, en vestido de baile, podía parecer hermosa. Sus formas protuberantes, su talle, su salud vigorosa arrancaban a los oficiales del Imperio esta exclamación:

—¡Qué pedazo de mujer!

Pero con los años, la gordura, elaborada por una vida tranquila y prudente, habíase poco a poco repartido tan mal sobre aquel cuerpo, que había destruido de él las primitivas proporciones. En aquel momento no había corsé que pudiera hacer recobrar las caderas a la pobre muchacha, que parecía fundida de una sola pieza. La juvenil armonía de busto ya no existía, y su excesiva anchura hacía temer que al agacharse fuera arrastrada por sus masas superiores; pero la naturaleza la había dotado de un natural contrapeso. En ella, todo era muy verdadero. Al triplicarse, la barbilla había hecho disminuir la longitud del cuello y perjudicado a la elegancia de la cabeza. Rosa no poseía arrugas, sino pliegues; y los bromistas pretendían que para no cortarse ponía polvos en sus articulaciones, como se hace con los niños. Esta gruesa persona ofrecía a un joven lleno de deseos, como Atanasio, la clase de encantos que habían de seducirle. A las jóvenes imaginaciones les agrada tenderse sobre tales colchones vivos. Era la hermosa perdiz tentando el cuchillo del goloso. Un gran número de elegantes parisienses cargados de deudas se habrían resignado muy bien a hacer la felicidad de la señorita Cormon. ¡Pero la pobre mujer tenía ya más de cuarenta años! En aquellos momentos, después de haber luchado mucho tiempo por poner en su vida los intereses que constituyen a toda la mujer, y sin embargo, obligada a quedarse soltera, fortificábase en su virtud, por medio de las prácticas religiosas más severas. Había recurrido a la religión, esa gran consoladora de las virginidades bien guardadas. Un confesor dirigía de modo bastante necio desde hacía tres años a la señorita Cormon en la senda de las maceraciones; le recomendaba el uso de la disciplina, que, si hemos de creer a la medicina moderna, produce un efecto contrario al que esperaba aquel pobre cura, cuyos conocimientos de higiene no eran muy vastos. Estas prácticas absurdas empezaban a esparcir un tinte monástico en el rostro de Rosa Cormon, que a veces se desesperaba al ver cómo su tez blanca adquiría unos tonos amarillos que anunciaban la madurez. El ligero bozo de que estaba adornado su labio superior hacia las comisuras de la boca tendía a crecer y se dibujaba cada vez de un modo más perceptible. Era cierto en Alcnçon que la sangre atormentaba a la señorita Cormon, la cual hacía víctima de sus confidencias al



caballero de Valois, a quien mencionaba sus baños de pies, combinando con él unos refrescos. El astuto compadre sacaba entonces su petaca y, como conclusión, contemplaba la princesa Goritzá.

—El verdadero calmante —decía—, querida señorita, sería un marido guapo y bueno.

—Sí, pero ¿de quién debo fiarme? —respondía ella.

El caballero expulsaba entonces los granos de tabaco que se alojaban en los pliegues de su chaleco. Para todo el mundo, este gesto habría resultado muy natural, pero siempre inspiraba inquietudes a la pobre mujer. La violencia de su pasión sin objeto era tan grande, que Rosa ya no se atrevía a mirar a la cara a ningún hombre, tan grande era el temor de que se advirtiese en su mirada el sentimiento que la atormentaba. Por un capricho que quizá no era más que la continuación de sus antiguos procedimientos, aunque se sintiera atraída hacia los hombres que aún podían convenirle, tenía tanto miedo de ser tildada de locura al parecer que les hacía la corte, que les trataba con poca consideración. La mayor parte de las personas de su compañía, siendo incapaces de apreciar sus motivos, siempre tan nobles, explicaban su modo de ser con sus co-célibes como la venganza de un rechazo experimental o previsto. Cuando comenzó el año 1815, Rosa llegó a aquella edad fatal que ella no confesaba, la edad de cuarenta y dos años. Su deseo adquirió entonces una intensidad vecina de la monomanía, porque comprendió que toda esperanza de progenitura acabaría perdiéndose; y lo que en su celestial ignorancia deseaba por encima de todo era tener hijos. No había nadie en todo Alençon que atribuyese a esta virtuosa mujer un solo deseo de las licencias amorosas: ella amaba en bloque, sin nada imaginar del amor; era una Inés católica, incapaz de inventar una sola de las astucias de la Inés de Moliere. Desde hacía unos meses contaba con una casualidad. El licenciamiento de las tropas imperiales y la reorganización del ejército imperial operaban cierto movimiento en el destino de muchos hombres que regresaban, los unos con media paga, los otros con o sin pensión, cada cual a su región natal teniendo todos el deseo de corregir su mala suerte y efectuar un final que para la señorita Cormon podía representar un delicioso comienzo. Era difícil que entre aquellos que regresaban a los alrededores no se encontrase algún valiente militar honorable, válido sobre todo, de edad conveniente, cuyo carácter sirviera de pasaporte a las opiniones bonapartistas; quizás incluso se encontrase algunos que, para recobrar una posición perdida, se harían realistas. Este cálculo mantuvo aún, durante los primeros meses del año, a la señorita Cormon en la severidad de su actitud. Pero los militares que fueron a vivir a la ciudad resultaron ser todos ellos demasiado viejos o demasiado jóvenes, demasiado bonapartistas o demasiado malos sujetos, en situaciones incompatibles con las costumbres, el rango y la fortuna de la señorita Cormon, quien cada día iba desesperándose más. Los oficiales superiores habían aprovechado todos ellos sus ventajas, bajo Napoleón, para casarse, y aquéllos se hacían realistas en interés de sus familias. Por más que la señorita Cormon rogaba a Dios la gracia de enviarle un

marido con objeto de poder ser cristianamente feliz, sin duda estaba escrito que había de morir virgen y mártir, porque no se presentaba ningún hombre que tuviera visos de marido. Las conversaciones que se desarrollaban en su casa todas las noches ofrecían suficiente tema de información para que no llegase a Alençon un solo forastero sin que ella fuera instruida acerca de sus costumbres, fortuna y calidad. Pero Alençon no es una ciudad que atraiga a los forasteros, no se encuentra en la ruta de ninguna capital, no tiene casualidades. Los marinos que van de Brest a París ni siquiera se detienen en ella. La pobre mujer acabó comprendiendo que quedaba a merced de los indígenas: así, sus ojos adquirían a veces una expresión feroz, a la cual el malicioso caballero respondía con una mirada irónica, mientras sacaba su cajita de rapé y contemplaba la princesa Goritza. El señor de Valois sabía que en la jurisprudencia femenina, una primera fidelidad es solidaria del futuro. Pero la señorita Cormon, hemos de confesarlo, era poco inteligente: no comprendía nada en el manejo de la cajita de rapé. Ella redoblaba su vigilancia para combatir al espíritu maligno. Su rígida devoción y los principios más severos contenían sus crueles sufrimientos en los misterios de la vida privada. Todas las noches, al encontrarse sola, pensaba en su juventud perdida, en su marchita lozanía, en los deseos de la naturaleza burlada; y mientras inmolvaba al pie de la cruz sus pasiones, poesías condenadas a permanecer inéditas, prometíase a sí misma que, si por casualidad se presentaba un hombre de buena voluntad, no le sometería a prueba alguna y le aceptaría tal como fuese. Al sondear sus buenas disposiciones, en ciertas noches más ásperas las unas que las otras, iba incluso al extremo de casarse mentalmente con un subteniente, un fumador al que se proponía convertir, a fuerza de cuidados, de complacencia y de dulzura, en el mejor sujeto de la tierra; incluso estaba dispuesta a aceptarlo acribillado de deudas. Pero hacía falta el silencio de la noche para esas fantásticas bodas en las que se complacía en desempeñar el sublime papel de los ángeles custodios. Al día siguiente, si Joseta encontraba la cama de su dueña completamente revuelta, la señorita había recobrado su dignidad; después de desayunar quería un hombre de cuarenta años, un buen propietario, bien conservado, casi joven.

El abate de Sponde era completamente incapaz de ayudar a su sobrina en sus maniobras matrimoniales. Aquel buen hombre, de unos setenta años de edad, atribuía los desastres de la Revolución francesa a algún designio de la Providencia, afanosa de herir a una Iglesia disoluta. El abate de Sponde habíase lanzado, pues, al sendero mucho tiempo abandonado que antiguamente practicaban los solitarios para ir al cielo: llevaba una vida ascética, sin énfasis, sin triunfo exterior. Ocultaba al mundo sus obras de caridad, sus continuas oraciones y sus mortificaciones; pensaba que todos los sacerdotes debían obrar de tal modo durante la tormenta, y predicaba con el ejemplo. Mientras ofrecía al mundo un semblante tranquilo y risueño, había terminado por desairarse completamente de los intereses mundanos: pensaba exclusivamente en los desgraciados, en las necesidades de la Iglesia y en su propia salvación. Había dejado la administración de sus bienes en manos de su sobrina, la

cual le entregaba las rentas, y él le pagaba una módica pensión, con objeto de emplear el sobrante en limosnas secretas y en dones a la Iglesia. Todo el cariño del abate habíase concentrado en su sobrina, la cual le consideraba como a un padre; pero era un padre distraído, que no concebía las agitaciones de la carne y daba gracias a Dios de que mantuviera a su querida hija en el celibato; porque, desde su juventud, había adoptado el sistema de San Juan Crisóstomo, que escribió que *el estado de virginidad estaba tan por encima del estado de matrimonio como el ángel era superior al hombre*. Acostumbrada a respetar a su tío, la señorita Cormon no se atrevía a iniciarle en los deseos que le inspiraba un cambio de estado. El buen hombre, acostumbrado a su vez al rumbo de la casa, habría visto, por otra parte, con malos ojos la introducción de un dueño en ella. Preocupado por las miserias que aliviaba, perdido en los abismos de la oración, el abate de Sponde tenía muchas distracciones; poco hablador, poseía un silencio afable y benévolo. Era un hombre de estatura elevada, flaco, de maneras graves, solemnes, cuyo rostro expresaba sentimientos dulces, una gran calma interior, y que, por su presencia, imprimía a aquella casa una autoridad santa. Tenía un gran afecto al volteriano caballero de Valois. Aquellos dos majestuosos restos de la aristocracia y del clero, aunque de costumbres diferentes, reconocíanse por sus rasgos generales. Por otra parte, el caballero era tan suntuoso con el abate de Sponde como paternal se mostraba con sus muchachas.

Algunas personas podrían creer que la señorita Cormon buscaba todos los medios para llegar a su fin; que, entre los legítimos artificios permitidos a las mujeres, dirigíase a la *toilette*, que se escotaba, que desplegaba las coqueterías negativas de una magnífica exhibición de armas. Nada de eso. Era heroica e inmóvil como un soldado en su garita. Sus vestidos, sus sombreros, todo se confeccionaba en casa de unas modistas de Alençon, dos hermanas jorobadas que no carecían de buen gusto. Pese a las instancias de aquellas dos artistas, la señorita Cormon rehusaba los engaños de la elegancia; pero quizá las poco gráciles formas de sus vestidos armonizaban con su fisonomía. Que se burle quien quiera de la pobre solterona. Vosotras, almas generosas, que jamás os preocupáis por la forma que adopta el sentimiento, la encontraréis sublime y la admiraréis allí donde está.

Aquí, algunas mujeres ligeras tratarán quizá de poner en duda la verosimilitud de este relato, dirán que no existe en Francia ninguna mujer lo suficientemente tonta para ignorar el arte de pescar marido, que la señorita Cormon es una de esas excepciones monstruosas que el buen sentido prohíbe que se presenten como tipo; que la más virtuosa y la más tonta de las mujeres que quiere atrapar a un hombre encuentra aún un cebo con que armar su caña de pescar. Pero estas críticas caen por su propio peso si se piensa que la sublime religión católica, apostólica y romana está aún en pie en la Bretaña y en el antiguo ducado de Alençon. La fe y la piedad admiten esas sutilezas. La señorita Cormon andaba por la senda de la salvación, prefiriendo las desdichas de su virginidad infinitamente demasiado prolongada antes que la desdicha de una mentira, antes que el pecado de una astucia. En una soltera

armada de disciplina, la virtud no podía transigir; así, el amor o el cálculo habían de ir a su encuentro muy resueltamente. Además, tengamos el valor de hacer un comentario cruel en una época en que la religión no es considerada por los unos más que como un medio, como una poesía por los otros. La devoción ocasiona una oftalmía moral. Por una gracia providencial, quita a las almas en ruta para la eternidad la visión de muchas pequeñas cosas terrenales. Dicho de otro modo: las devotas son estúpidas en muchos puntos. Esta estupidez demuestra, por otra parte, con qué fuerza elevan su espíritu hacia las esferas celestiales, por más que el volteriano señor de Valois pretendiese que es sumamente difícil decidir si las personas estúpidas se hacen naturalmente devotas o si la devoción tiene por efecto el volver estúpidas a las muchachas inteligentes. Pensando bien, la virtud católica más pura, con sus amorosas aceptaciones de todo cáliz, con su piadosa sumisión a las órdenes de Dios, con su creencia en la huella del dedo divino en todos los aspectos de la vida, es la misteriosa luz que se deslizará en los últimos repliegues de esta historia para conferirle todo su relieve, y que ciertamente aumentará a los ojos de aquellos que aún tienen fe. Además, si hay estupidez, ¿por qué no habría de ocuparse uno de las desdichas de la estupidez, tal como hay quien se ocupa de las desdichas del genio? La una es un elemento social infinitamente más abundante que lo otro. Así, pues, la señorita Cormon pecaba a los ojos del mundo por la divina ignorancia de las vírgenes. No era observadora, y la conducta que seguía con sus pretendientes lo demostraba bastante. En aquel momento, una muchacha de dieciséis años, que aún no hubiese abierto una sola novela, habría leído cien capítulos de amor en las miradas de Atanasio; mientras que la señorita Cormon no veía nada en ellas, no reconocía en el temblor de su palabra la fuerza de un sentimiento que no se atrevía a manifestarse. Vergonzosa ella misma, no adivinaba la vergüenza en los demás. Capaz de inventar los refinamientos de grandeza sentimental que la habían perdido primitivamente, no los reconocía en Atanasio. Este fenómeno no parecerá extraordinario a las personas que saben que las cualidades del corazón son tan independientes de las de la mente, como las facultades del genio lo son de las noblezas del alma. Los hombres completos son tan raros, que Sócrates, una de las más hermosas perlas de la humanidad, convenía, con un frenólogo de su tiempo, en que él había nacido para ser un perfecto bellaco. Un gran general puede salvar a su país y entenderse con unos abastecedores. Un banquero de dudosa honradez puede resultar ser un hombre de Estado. Un gran músico puede concebir cantos sublimes y hacer una trastada. Una mujer de sentimientos puede ser una tonta acabada. En fin, una devota puede poseer un alma sublime y no reconocer los sonidos que emite un alma hermosa que se encuentra a su lado.

Los caprichos producidos por las deficiencias físicas se encuentran igualmente en el orden moral. Aquella buena criatura, que se desolaba de no hacer sus confituras más que para ella y para su tío, habíase vuelto casi ridícula. Aquellos que sentían simpatía por ella a causa de sus cualidades, y algunos a causa de sus defectos, se

burlaban de sus casamientos frustrados. En más de una conversación, la gente se preguntaba qué sería de unos bienes tan hermosos, tanto de las economías de la señorita Cormon como de la sucesión de su tío. Desde hacía mucho tiempo se sospechaba que en el fondo, a pesar de las apariencias, era una *mujer original*. En provincias no está permitido ser original: equivale a tener ideas que no son comprendidas por los demás, y se exige tanto la igualdad de la inteligencia como la igualdad de las costumbres. La boda de la señorita Cormon habíase convertido a partir del año 1804 en algo tan problemático, que *casarse como la señorita Cormon* fue en Alençon una frase proverbial que equivalía a la más burlona de las negaciones. Hace falta que el espíritu burlón sea una de las necesidades más imperiosas de Francia para que aquella excelente persona excitase algunas burlas en Alençon. No solamente recibía a gente de toda la ciudad, sino que era caritativa, piadosa, incapaz de decir nada malo; además, comulgaba con el espíritu general y con las costumbres de los habitantes, que la amaban como al más puro símbolo de la vida; porque se había enquistado en las costumbres de su provincia, jamás había salido de ella, tenía sus prejuicios, hacía suyos los intereses de la misma, adoraba el lugar donde vivía. A pesar de sus dieciocho mil libras de renta en tierras, fortuna considerable en provincias, permanecía al unísono con otras casas menos ricas. Cuando se trasladaba a sus tierras del Prébaudet, lo hacía en una vieja tartana de mimbre suspendida en dos sopandas de cuero blanco, tirado por una gruesa yegua asmática, y que apenas cerraban dos cortinas de cuero enrojecido por el tiempo. Esta tartana, conocida en toda la ciudad, era cuidada por Jacquelin con igual esmero que el más hermoso cupé de París. La señorita quería mucho aquella tartana, de la que se servía desde hacía doce años; hacía observar este hecho con la alegría triunfante de la avaricia feliz. La mayor parte de los habitantes le agradecían a la señorita Cormon que no les humillase con el lujo que habría podido permitirse; incluso hay que creer que si hubiera mandado traer de París una calesa, la gente habría hablado más de ello que de sus bodas frustradas. Por otra parte, el coche más brillante la habría llevado al Prébaudet lo mismo que la llevaba allá la tartana. Ahora bien, en provincias, donde se tiene presente siempre el fin, la gente se preocupa poco de la belleza de los medios, con tal de que sean eficientes.

Para completar la pintura de las costumbres íntimas de esta casa es preciso agrupar, alrededor de la señorita Cormon y del abate de Sponde, a Jacquelin, Joseta y Marieta la cocinera, que labraban la felicidad del tío y de la sobrina. Jacquelin, hombre de cuarenta años de edad, gordo y bajito, coloradote, moreno, con cara de marinero bretón, estaba al servicio de la casa desde hacía veintidós años. Servía la mesa, vendaba la yegua, trabajaba en el jardín, daba brillo a los zapatos del abate, hacía recados, aserraba la leña, conducía la tartana, iba a buscar avena, paja y heno al Prébaudet; por la noche quedábase en la antesala durmiendo como un lirón. Amaba, según dicen, a Joseta, mujer de treinta y seis años, a la que la señorita Cormon habría despedido si se hubiera casado. Así, aquella pobre pareja iba acumulando sus sueldos

y se amaba en silencio, esperando y anhelando el casamiento de la señorita, como los judíos esperan al Mesías. Joseta, nacida entre Alençon y Mortagne, era bajita y gorda; su rostro no carecía de inteligencia; decíase que gobernaba a su dueña. Joseta y Jacquelin, seguros de un desenlace, ocultaban una satisfacción que hacía presumir que los dos amantes tomaban a cuenta de lo que les reservaba el futuro. Marieta, la cocinera, que hacía quince años que servía en la casa, sabía preparar todos los platos que gozaban de prestigio en la región.

Quizás habría que incluir también en el grupo de la vieja yegua que llevaba a la señorita Cormon a sus tierras del Prébaudet, porque los cinco habitantes de aquella casa profesaban al animal un afecto realmente maníaco. Llamábase Penélope y servía desde hacía dieciocho años: estaba tan bien cuidada, servida con tanta regularidad, que Jacquelin y la señorita esperaban sacar partido de ella más de diez años todavía. Aquella yegua era un constante tema de conversación y de ocupación: parecía como si la pobre señorita Cormon, al no tener hijos en quienes volcar las ternuras de su maternidad, las dedicara a aquel bienaventurado animal. Penélope había impedido que la señorita tuviese canarios, gatos, perros, familia ficticia que se dan casi todos los seres solitarios en medio de la sociedad.

Aquellos cuatro servidores, porque la inteligencia de Penélope habíase elevado hasta la de aquellos buenos domésticos, así como éstos habían descendido hasta la regularidad muda y sumisa del animal, iban y venían todos los días en las mismas ocupaciones, con la infalibilidad de la mecánica. La señorita Cormon, como todas las personas nerviosamente agitadas por una idea fija, volvíase difícil, menos por carácter que por la necesidad de emplear su actividad. Al no poder ocuparse de un marido, de hijos y de los cuidados que éstos requieren, ocupábase de minucias. Hablaba durante horas enteras acerca de insignificancias, sobre una docena de servilletas numeradas con la letra Z, que ella encontraba colocadas antes que la O.

—¿En qué estará pensando Joseta? —exclamaba—. ¿Es que Joseta está distraída?

La señorita estuvo preguntando durante ocho días si a Penélope se le había dado la avena a las dos, porque una vez Jacquelin se había retrasado. Su pequeña imaginación se empleaba en bagatelas. Una capa de polvo olvidada por el plumero, rebanadas de pan mal tostadas por Marieta, el retraso de Jacquelin en ir a cerrar las ventanas sobre las cuales daba el sol, cuyos rayos comían los colores del mueble, todas estas grandes cositas suscitaban graves querellas en las que la cólera de la señorita se desataba. Todo cambiaba, pues, exclamaba; ya no reconocía a sus servidores de otros tiempos; se echaban a perder, porque ella era demasiado buena. Un día Joseta le dio la *Jornada del cristiano* en vez de la *Quincena de Pascua*. Toda la ciudad se enteró aquella noche de tal desgracia. La señorita viose obligada a regresar a su casa desde San Leonardo, y su salida precipitada de la iglesia, donde había desordenado todas las sillas, hizo suponer una enorme catástrofe. Viose, pues, obligada a decirles a sus amigos la causa de aquel incidente.

—Joseta —le dijo con mansedumbre—, que no vuelva a suceder semejante cosa.

Sin darse cuenta, la señorita Cormon era feliz con estas pequeñas querellas que le servían de válvula de escape a su malhumor. La mente tiene sus exigencias; posee, como el cuerpo, su gimnasia. Estas desigualdades de humor fueron aceptadas por Joseta y Jacquelin como las intemperies de la atmósfera son aceptadas por el labrador. Aquella buena gente decía «Hace buen tiempo» o «Está lloviendo» sin acusar al cielo. A veces, al levantarse por la mañana, preguntábanse con qué humor se levantaría la señorita, tal como un granjero consulta las brumas de la aurora. En fin, necesariamente, la señorita Cormon había terminado por contemplarse a sí misma en las insignificancias de su vida. Ella y Dios, su confesor y sus coladas, sus confituras que hacer y sus oficios que oír, su tío que cuidar, habían absorbido su débil inteligencia. Para ella, los átomos de la vida aumentaban de tamaño en virtud de una óptica particular a las personas egoístas por naturaleza o por casualidad. Su salud tan perfecta confería un valor espantoso al menor trastorno sobrevenido a los tubos digestivos. Vivía, por otra parte, bajo la férula de la medicina de nuestros abuelos, y tomaba al año cuatro medicinas de precaución que habrían hecho reventar a Penélope, pero que a ella la reanimaban. Si Joseta, al vestirla, descubría un granito en los omoplatos aún satinados de la señorita, era objeto de minuciosos cuidados en los diferentes platos de la semana. ¡Qué triunfo si Joseta recordaba a su dueña cierta liebre demasiado ardiente, que sin duda había hecho surgir aquel maldito grano! Con gran alegría decían ambas:

—No hay duda, es la liebre.

—Marieta le puso demasiadas especies —añadía la señorita—; siempre le digo que *haga dulce* para mi tío y para mí; pero, por lo visto, Marieta no tiene más memoria que...

—Que la liebre —decía Joseta.

—Es verdad —respondía la señorita—, no tiene más memoria que la liebre, tú lo has dicho.

Cuatro veces al año, al empezar cada estación, la señorita Cormon iba a pasar cierto número de días, a sus tierras del Prébaudet. Era entonces mediados de mayo, época en la que la señorita Cormon quería ver si sus manzanos habían *nevado* bien, palabra con que en la región se expresa el efecto producido bajo esos árboles por la caída de sus llores. Cuando el montón circular de los pétalos caídos se parece a una capa de nieve, el propietario puede esperar una buena cosecha de sidra. Al propio tiempo que de este modo aforaba sus toneles, la señorita Cormon vigilaba las reparaciones que el invierno había requerido; dictaba disposiciones relativas al jardín y al huerto, del que sacaba numerosas provisiones. Cada estación tenía su propia clase de asuntos. La señorita ofrecía antes de partir una comida de despedida a sus fieles, aunque hubiera de volver a encontrarlos tres semanas más tarde. La partida de la señorita Cormon era siempre una noticia que resonaba en todo Alençon. Sus contertulios iban entonces a verla; su sala de recepción estaba entonces abarrotada; todos le deseaban un feliz viaje, como si se dispusiera a partir para Calcuta. Luego, a

la mañana siguiente, los comerciantes estaban junto a la puerta de sus establecimientos. Pequeños y mayores contemplaban el paso de la tartana, y parecía como si se comunicasen una noticia al repetirse unos a otros:

—La señorita Cormon se va al Prébaudet.

En esto, uno decía:

—¡Esa sí que tiene la vida asegurada!

—¡Eh!, tú —respondía el vecino—, es una buena persona; si el bien cayera siempre en manos semejantes, la región no vería ni un solo mendigo...

Otro decía:

—¡Toma! No me extraña que nuestros viñedos estén en flor, puesto que la señorita Cormon parte para el Prébaudet. ¿Es que va a casarse?

—Yo me casaría con ella —respondía un bromista—. La boda está hecha a medias; hay una parte que consiente, pero la otra no quiere. ¡Bah!, es para el señor Du Bousquier liara quien se está calentando el horno.

—¿El señor Du Bousquier?... Pero si ella le ha dado calabazas.

Por la noche, en todas las reuniones, la gente decía gravemente:

—La señorita Cormon ha partido.

O bien:

—Entonces, ¿habéis dejado partir a la señorita Cormon?

El miércoles elegido por Susana para dar su escándalo era, por un efecto del azar, aquel miércoles de despedida, día en que la señorita Cormon tenía preocupada a lo seta por los paquetes que tenía que llevarse. Durante aquella mañana habíanse dicho y habían sucedido en la ciudad cosas que prestaban el más vivo interés a aquella reunión de despedida. La señora Granson había ido a llamar a la puerta de diez casas mientras la solterona deliberaba sobre los asuntos concernientes a su viaje, y el malicioso caballero de Valois efectuaba una partida de naipes en casa de la señorita Armanda de Gordes, hermana del anciano marqués de Gordes y reina del salón aristocrático. Si no era indiferente para nadie el ver qué cara pondría el seductor durante la velada, era importante para el caballero y para la señora Granson saber cómo tomaría la noticia la señorita Cormon en su doble calidad de mujer núbil y de presidenta de la Sociedad maternal. En cuanto al inocente Du Bousquier, estaba paseando y empezaba a creer que Susana se había burlado de él: esta sospecha le confirmaba en sus principios con relación a las mujeres.

En aquellos días de gala, la mesa ya se encontraba puesta en casa de la señorita hacia las tres y media. En aquel tiempo, la gente de moda de Alençon comía, como cosa extraordinaria, a las cuatro de la tarde. En tiempo del Imperio se comía aún, como antaño, a las dos de la tarde, pero luego se cenaba. Uno de los placeres que más deleitaban a la señorita Cormon, sin malicia, pero basado en el egoísmo, consistía en la indecible satisfacción que experimentaba al verse vestida como un ama de casa que va a recibir a sus huéspedes. Cuando de tal modo se encontraba bajo las armas, deslizábase en las tinieblas de su corazón un rayo de esperanza: una voz le decía que



la naturaleza no la había dotado tan abundantemente en vano y que iba a presentarse un hombre emprendedor. Su deseo se reanimaba de la misma manera que ella había reanimado su cuerpo; contemplábase con su hermoso vestido con una especie de embriaguez; luego esta satisfacción se continuaba cuando descendía para lanzar su temible ojeada al salón, al gabinete y al saloncito. Paseábase con la satisfacción ingenua del rico que piensa en todo momento que es rico y que nunca carecerá de nada. Miraba sus muebles eternos, sus antigüedades, sus lacas; decíase que cosas tan hermosas querían un dueño. Después de haber admirado el comedor, con la mesa rectangular en la que se extendía un mantel blanco como la nieve adornado con una veintena de cubiertos colocados a distancias iguales; después de haber comprobado el escuadrón de botellas que ella había indicado y que exhibían honorables etiquetas; después de haber comprobado meticulosamente los nombres escritos sobre unas cartulinas por la mano temblorosa del abate, único cuidado que se tomaba en el hogar y que daba lugar a discusiones acerca del lugar de cada invitado, entonces la señorita iba al encuentro de su tío, que en aquel momento, el más bello del día, se estaba paseando por la terraza, a lo largo del Brillante, escuchando el canto de los pájaros que tenían sus nidos en el porche, sin haber de temer a los cazadores o a los niños. Durante estas horas de espera, jamás abordaba al abate de Sponde sin hacerle algunas preguntas absurdas con objeto de inducir al buen anciano a una discusión que pudiera divertirlo. He aquí la razón de ello, porque esta particularidad debe acabar de describir el carácter de aquella excelente mujer.

La señorita Cormon consideraba el hablar como una de sus obligaciones; no es que fuera charlatana; desgraciadamente tenía demasiado pocas ideas y sabía demasiado pocas frases para poder discurrir; pero creía cumplir con ello uno de los deberes sociales prescritos por la religión, que nos manda ser agradables a nuestro prójimo. Esta obligación le costaba tanto esfuerzo, que había consultado a su director, el abate Couturier, sobre este punto de civilidad pueril y honesta. A pesar de la humilde observación de su penitente, que le confesó la rudeza del trabajo interior al que se entregaba su espíritu para hallar algo que decir, aquel anciano sacerdote, tan firme en la disciplina, hábale leído todo un pasaje de San Francisco de Sales sobre los deberes de la mujer, sobre la decente alegría de las piadosas cristianas, que debían reservar su severidad para ellas mismas y mostrarse amables en su casa y hacer que el prójimo no se aburriese. De tal modo penetrada de sus deberes, y queriendo a toda costa obedecer a su director, quien le había dicho que había de conservar con amenidad, cuando la pobre muchacha veía languidecer la conversación sudaba dentro de su corsé, tanto era lo que parecía al tratar de emitir ideas para reanimar las discusiones apagadas. Entonces soltaba proposiciones peregrinas como ésta: *Nadie puede hallarse en dos sitios a la vez, a menos de que sea un pajarillo*, por la cual un día suscitó, no sin éxito, una discusión en la que ella no entendió nada. Estos lances le merecieron en su sociedad el apodo de la *buena señorita Cormon*. En la boca de los listos que componían la sociedad, esta expresión indicaba que ella era ignorante como

una carpa y un poco *animal*; pero muchas personas tomaban el epíteto en su verdadero significado y respondían:

—¡Oh!, sí, la señorita Cormon es excelente.

A veces hacía preguntas tan absurdas, siempre para resultar agradable a sus huéspedes y cumplir sus deberes para con la gente, que la gente soltaba la carcajada. Preguntaba, por ejemplo, qué hacía el gobierno con los impuestos que cobraba desde hacía tanto tiempo; por qué la Biblia no se había impreso en la época de Jesucristo, siendo así que databa de tiempos de Moisés. Era de la clase de aquel *country gentleman* que, oyendo hablar siempre de la posteridad en la Cámara de los Comunes, se levantó para pronunciar aquel *speech* que se hizo célebre: «Caballeros, siempre oigo hablar aquí de la Posteridad; yo quisiera saber lo que esa potencia ha hecho, por Inglaterra».

En tales circunstancias, el heroico caballero de Valois llevaba en auxilio de la solterona todas las fuerzas de su ingeniosa diplomacia al ver la sonrisa que cambiaban entre sí algunos despiadados semisabios. El viejo gentilhomme, que gustaba de enriquecer a las mujeres, prestaba inteligencia a la señorita Cormon, sosteniéndola paradójicamente; cubría de un modo tan excelente su retirada, que a veces la solterona parecía no haber dicho una tontería. Un día confesó muy en serio que no sabía la diferencia que había entre los bueyes y los toros. El simpático caballero detuvo las carcajadas respondiendo que los bueyes no podían ser nunca otra cosa más que los tíos de las terneras. Otra vez, oyendo hablar mucho de la cría caballar y de las dificultades que este comercio entrañaba, conversación muy frecuente en una región en la que se encuentra el magnífico depósito de sementales del Pin, comprendió que los caballos procedían de las *montas*, y preguntó *por qué no se hacían dos montas en un año*. El caballero atrajo las risas.

—Es muy posible —dijo.

Los presentes le escucharon con atención.

—La culpa —dijo— la tienen los naturalistas, que aún no han logrado obligar a las yeguas a que su período de gestación sea inferior a once meses.

La pobre mujer ignoraba tanto lo que era una monta como la diferencia que había entre un buey y un toro. El caballero de Valois estaba sirviendo a una ingrata, puesto que la señorita Cormon jamás comprendió uno solo de sus caballerescos favores. Al ver reanimada la conversación, ya no se encontraba tan tonta como se creía. En fin, un día establecióse en su ignorancia como el duque de Brancas; ya que el protagonista del *Distraído* se acomodó en la fosa donde había ido a parar, de tal suerte que cuando fueron a sacarle de ella preguntó qué es lo que querían de él. Desde aquella época asaz reciente, la señorita Cormon perdió el miedo, adquirió un aplomo que daba a sus necias *salidas* algo de la solemnidad con que los ingleses efectúan sus tonterías patrióticas y que es como la fatuidad de la estupidez. Al llegar al lado de su tío con paso magistral meditaba, pues, una pregunta que pudiera hacerle para sacarle del silencio que a ella tanto preocupaba, porque creía que era efecto del aburrimiento.

—Tío —le dijo cogiéndole del brazo y arrimándose a él (era ésta otra de sus ficciones, pues pensaba: «Si yo tuviese marido, yo sería así»), si aquí abajo todo sucede por la voluntad de Dios, ¿existe entonces una razón para cada cosa?

—Ciertamente —dijo gravemente el abate de Sponde, quien, acariciando a su sobrina, dejábase siempre arrancar a sus meditaciones con angelical paciencia.

—Entonces, si me quedo soltera, es una suposición, ¿es que Dios lo quiere?

—Sí, hija mía —dijo el abate.

—Sin embargo, como nada me impide que me case mañana, ¿entonces su voluntad puede ser destruida por la mía?

—Eso sería verdad si conociésemos la verdadera voluntad de Dios —respondió el antiguo prior de la Sorbona—. Fíjate, pues, hija mía, que tú pones un *si*.

La solterona, que había esperado arrastrar a su tío a una discusión matrimonial por un argumento *ad omnipotentem*, quedóse estupefacta; pero las personas de inteligencia obtusa siguen la terrible lógica de los niños, que consiste en ir de respuesta a pregunta, lógica a menudo desconcertante.

—Pero, tío, Dios no ha hecho a las mujeres para que se queden solteras, porque entonces deberían ser o todas solteras o todas casadas. Hay una injusticia en el reparto de papeles.

—Hija mía —dijo el bueno del abate—, tú acusas a la Iglesia, que prescribe el celibato como la mejor senda para ir hacia Dios.

—Pero si la Iglesia tiene razón, y si todo el mundo fuera buen católico, el género humano se extinguiría, ¿no es verdad, tío?

—Eres demasiado inteligente, Rosa; no hace falta serlo tanto para ser feliz.

Estas palabras producían una sonrisa de satisfacción en los labios de la pobre mujer y la confirmaban en la buena opinión que empezaba a tener de sí misma. Y he aquí cómo la gente, tanto nuestros amigos como nuestros enemigos, se convierten en cómplices de nuestros defectos. En aquel momento, la conversación fue interrumpida por la sucesiva llegada de los invitados. En tales ocasiones, aquella escena local ocasionaba pequeñas familiaridades entre las personas de la casa y los huéspedes. Marieta le decía al presidente del tribunal, goloso de alto bordo, al verle pasar:

—¡Ah!, señor Du Ronceret, he hecho coliflor al gratén en vuestro honor, porque la señorita sabe cuánto os gusta, y me ha dicho: «No dejes de hacerlo, Marieta; tenemos al señor presidente».

—¡Esa buena señorita Cormon! —respondía el justiciero de la región—. Marieta, ¿lo habéis mojado con salsa en lugar de caldo? Resulta más succulento.

El presidente no desdeñaba entrar en la sala del consejo donde Marieta daba sus sentencias, y echaba allí la ojeada de gastrónomo y la opinión del maestro.

—Buenos días, señora —decía Joseta a la señora Granson, que cortejaba a la doncella—; la señorita ha pensado en vos, y tendréis un plato de pescado.

En cuanto al caballero de Valois, decía a Marieta, con el tono ligero de un gran señor que se familiariza:

—Bien, querido cordón azul, a quien yo daría la cruz de la Legión de Honor, ¿hay algún pedazo fino para el que valga la pena reservarse?

—Sí, sí, señor de Valois: una liebre enviada del Prébaudet que pesaba catorce libras.

—Buena chica —decía el caballero confirmando a Joseta—. ¡Ah!, pesa catorce libras.

Du Bousquier no había sido invitado. La señorita Cormon, fiel al sistema que ya conocéis, trataba mal a aquel quincuagenario, hacia quien experimentaba inexplicables sentimientos adheridos en los más profundos repliegues de su corazón; aunque ella le hubiera rechazado, a veces se arrepentía de ello, sentía al mismo tiempo una especie de presentimiento de que acabaría casándose con él y un terror que le impedía desear aquel matrimonio. Su alma, estimulada por estas ideas, se preocupaba de Du Bousquier. Sin confesárselo, se hallaba influida por las formas hercúleas del republicano. Aunque no se explicasen las contradicciones de la señorita Cormon, la señora Granson y el caballero de Valois habían sorprendido ingenuas miradas disimuladas, cuyo significado era bastante claro para que los dos trataran de arruinar las esperanzas ya frustradas del antiguo abastecedor y que él ciertamente había conservado. Dos invitados, cuyas funciones disculpaban de antemano, se hacían esperar: uno era el señor Du Coudrai, conservador de las hipotecas; el otro, el señor Choisnel, antiguo administrador de la casa de Gordes, el notario de la alta aristocracia, por la cual era recibido con una distinción que le merecían sus virtudes, y que, por otra parte, poseía una fortuna considerable. Cuando llegaron aquellos dos rezagados, Jacquelin les dijo, al ver que se dirigían al salón:

—Ya están todos en el jardín.

Sin duda los estómagos estaban impacientes, porque, al ver al conservador de las hipotecas, uno de los hombres más amables de la ciudad, cuyo único defecto era haberse casado, por dinero, con una vieja insoportable, y cometer enormes juegos de palabras, de los que él era el primero en reírse, elevóse el leve murmullo con que se acoge a los llegados últimos en semejantes ocasiones. Al aguardar el anuncio oficial del servicio, la compañía se paseaba por la terraza, a lo largo del Brillante, contemplando las hierbas fluviales, el mosaico del cauce y los lindos detalles de las casas de la otra orilla, las viejas galerías de madera, los jardincillos, el taller del carpintero, en fin, los detalles de pequeña ciudad a los que la proximidad de las aguas, un sauce llorón, unas flores y un rosal comunicaban cierta gracia, digna de los paisajistas. El caballero estudiaba todas las caras, porque se había enterado de que su intriga había prosperado, pero nadie hablaba aún en voz alta de aquella gran noticia, de Susana y de Du Bousquier. La gente de provincias posee en el más alto grado el arte de destilar las hablaturías: el momento de hablar de aquella extraña aventura aún no había llegado. Así, pues, decíanse al oído:

—¿Sabéis?

—Sí.

—¿Du Bousquier?

—Y la bella Susana.

—¿Sabe algo de ello la señorita Cormon?

—No.

—¡Ah!

Era el *piano* del chismorreo, cuyo *rinforzando* había de estallar cuando se dispusieran a probar el primer plato. De pronto, el señor de Valois vio a la señora Granson con su sombrero verde de ramilletes de orejas de oso, y cuyo rostro centelleaba. ¿Era por ganas de iniciar el concierto? Aunque semejante noticia fuese como una mina de oro a explotar en la vida monótona de aquellos personajes, el observador y desconfiado caballero creyó reconocer en aquella buena mujer la expresión de un sentimiento más extenso: la alegría causada por el triunfo de un interés personal... En seguida se volvió para examinar a Atanasio y le sorprendió en el silencio significativo de una concentración profunda. Pronto, una mirada lanzada por el joven hacia el busto de la señorita Cormon, que se parecía bastante a dos timbales de regimiento, produjo en el alma del caballero una súbita claridad. Este relámpago permitióle vislumbrar todo el pasado.

«¡Ah, diantre! —se dijo—. ¡A qué golpe de cabezón estoy expuesto!»

El señor de Valois se acercó a la señorita Cormon para poderle ofrecer el brazo al acompañarla al comedor. La solterona tenía para con el caballero una consideración respetuosa, porque ciertamente su nombre y el lugar que ocupaba en medio de las constelaciones aristocráticas del departamento hacían de él el más brillante ornato de su salón. En su fuero interno, desde hacía doce años, la señorita Cormon deseaba convertirse en la señora de Valois. Este apellido era como una rama a la que se adhería el enjambre de ideas que brotaban de su cerebro en lo que se refiere a la nobleza, al rango y a las cualidades exteriores de un partido; pero si el caballero de Valois era el hombre elegido por el corazón, por la inteligencia, por la ambición, aquella vieja ruina, aunque peinada como el San Juan de una procesión, asustaba a la señorita Cormon: si ella veía a un gentilhomme en él, la mujer no veía en él a un marido. La indiferencia fingida por el caballero en cuestión de matrimonio y sobre todo la pretendida pureza de sus costumbres en una casa poblada de jóvenes alegres perjudicaban grandemente al señor de Valois, en contra de sus previsiones. Aquel gentilhomme, que había visto de un modo tan certero el asunto de la renta vitalicia, se equivocaba en esto. Sin ella misma darse cuenta, los pensamientos de la señorita Cormon sobre aquel caballero demasiado prudente podían traducirse por estas palabras: «¡Lástima que no sea un poco libertino!» Los observadores del corazón humano han comprobado la inclinación de las devotas hacia los malos sujetos, extrañándose de esta afición, que creen opuesta a la virtud cristiana. Ante todo, ¿qué destino más hermoso podríais dar a la mujer virtuosa que el de purificar, a la manera del carbón, las aguas turbias del vicio? Pero ¿cómo no ha podido comprenderse que esas nobles criaturas, reducidas por la rigidez de sus principios a no infringir jamás la

fidelidad conyugal, deben desear naturalmente un marido de alta experiencia práctica? Los malos sujetos son hombres grandes en asunto de amor. Así, la pobre mujer gemía al encontrar su vaso de elección roto en dos pedazos. Solamente Dios podía soldar al caballero de Valois con Du Bousquier. Para que el lector pueda comprender bien la importancia de las pocas palabras que el caballero y la señorita Cormon iban a decirse, es preciso exponer dos graves asuntos que se agitaban en la ciudad, y sobre los cuales había discrepancia de opiniones. Du Bousquier, por otra parte, estaba misteriosamente implicado en ello.

Uno de los dos asuntos se refería al cura de Alençon, que en otro tiempo había prestado el juramento constitucional y que en aquellos momentos vencía las repugnancias católicas desplegando las más altas virtudes. Fue una especie de Cheverus, tan apreciado, que a su muerte toda la ciudad le lloró. La señorita Cormon y el abate de Sponde pertenecían a aquella pequeña Iglesia sublime en su ortodoxia, que fue en la corte de Roma lo que los extremistas iban a ser para Luis XVIII. Sobre todo el abate no reconocía a la Iglesia que había transigido con los constitucionales. Aquel cura no era recibido en la casa Cormon, cuyas simpatías eran para el cura de San Leonardo, la parroquia aristocrática de Alençon. Du Bousquier, aquel liberal furibundo escondido bajo la piel del realista, sabía cuántos puntos de enlace son necesarios para los descontentos que constituyen la trastienda de todas las oposiciones, y había ya agrupado las simpatías de la clase media alrededor de aquel cura.

He aquí el segundo asunto: bajo la inspiración secreta de aquel diplomático había nacido en la ciudad de Alençon la idea de construir un teatro. Los sectarios de Du Bousquier no conocían a su Mahoma, pero no por ello se mostraban más fervientes al creer defender su propia idea. Atanasio era uno de los más calurosos partidarios de la construcción de una sala de espectáculos, y desde hacía algunos días abogaba en los departamentos del Ayuntamiento por una causa que todos los jóvenes habían abrazado. El gentilhomme ofreció a la solterona su brazo para pasear; ella aceptó, no sin darle las gracias con una mirada complacida por esta atención, y a la que el caballero respondió señalándole a Atanasio con aire irónico:

—Señorita, vos que sois de tan sano juicio en la apreciación de las conveniencias sociales, y que estáis ligada a ese joven por vínculos de parentesco...

—Muy lejanos —interrumpióle la señorita Cormon.

—¿No deberíais —prosiguió el caballero— emplear el ascendiente que poseéis sobre su madre y sobre él para impedir que se perdiera? No es muy religioso, ya que se muestra partidario del cura que prestó el juramento; pero esto no es nada. He aquí algo mucho más grave: se arroja aturdidamente a una senda de oposición sin saber la influencia que su conducta actual ejercerá sobre su porvenir. Está intrigando para la construcción del teatro; en este asunto es víctima del engaño de ese republicano disfrazado, de ese Du Bousquier...

—Dios mío, señor de Valois —respondió la señorita Cormon—, su madre me

dice que es muy inteligente...

—¡Hola! —exclamó el conservador de las hipotecas—. Presento mis respetos al caballero de Valois —añadió saludando al gentilhombre con el énfasis atribuido por Henry Monnier a Joseph Prud'homme, el admirable tipo de la clase a la que pertenecía el conservador de las hipotecas.

El señor de Valois devolvió el saludo seco y protector del noble que guarda las distancias; luego remolcó a la señorita Cormon unos pasos más allá para que el interruptor comprendiese que no le gustaba que le espiesen.

—¿Cómo queréis —dijo el caballero en voz baja, inclinándose hacia el oído de la señorita Cormon— que tengan ideas los jóvenes que se han educado en esos detestables institutos imperiales? Son las buenas costumbres y los nobles hábitos los que producen las grandes ideas y los amores bellos. Al verle no es difícil adivinar que ese pobre muchacho se volverá completamente imbécil y acabará mal. Fijaos qué pálido está.

—La madre pretende que trabaja demasiado —respondió inocentemente la solterona—, que pasa las noches leyendo libros y escribiendo. ¿Qué provecho puede sacar un joven de escribir durante la noche?

—Esto le agota —repuso el caballero, tratando de llevar el pensamiento de la solterona hacia el terreno en que él esperaba que cobrase horror hacia Atanasio—. Las costumbres de esos institutos imperiales eran realmente horribles.

—¡Oh!, sí —dijo la ingenua señorita Cormon—. ¿Acaso no les llevaban a pasear con los tambores al frente? Sus maestros eran tan religiosos como puedan serlo los paganos. Y hacían vestir uniforme a esos pobres niños, lo mismo que si fueran soldados. ¡Qué ideas!

—Pues ya veis el fruto de ellas —dijo el caballero señalando a Atanasio—. En mis tiempos ¿se habría acaso avergonzado un joven de mirar a una mujer bonita? En cambio, él baja los ojos cuando os ve. Ese joven me asusta, porque me interesa. Decidle que no intrigue en favor de los bonapartistas, como lo hace por esa sala de espectáculos; aun cuando esos jovenzuelos no lo pidan insurreccionalmente, ya que esta palabra es para mí sinónimo de constitucionalmente, la autoridad la construirá. Además, decidle a su madre que vele por él.

—¡Oh!, ella le impedirá que frecuente las malas compañías, estoy segura. Voy a hablarle —dijo la señorita Cormon—, porque podría perder su puesto en el Ayuntamiento. ¿Y de qué vivirían entonces él y su madre?... Esto me hace estremecer.

Como decía el señor de Talleyrand de su mujer, el caballero díjose a sí mismo mirando a la señorita Cormon:

—¡Que me encuentren otra más estúpida! A fe de gentilhombre, la virtud que suprime la inteligencia ¿no es acaso un vicio? Pero ¡qué mujer tan adorable para un hombre de mi edad! ¡Qué principios! ¡Qué ignorancia!

Habéis de saber que este monólogo dirigido a la princesa Goritza se efectuaba

mientras el caballero estaba preparando una pulgarada de rapé.

La señora Granson había adivinado que el caballero hablaba de Atanasio. Ansiosa por conocer el resultado de esta conversación, siguió a la señorita Cormon, quien caminaba hacia el joven, poniendo seis pies de dignidad delante de ella. Pero en aquel momento vino Jacquelin a anunciar que la señorita estaba servida. La solterona llamó con la mirada al caballero. El galante conservador de las hipotecas, que empezaba a ver en las maneras del gentilhomme la barrera que por aquélla levantaban los nobles de provincias entre ellos y la burguesía, alegróse de arrebatarse la primacía al caballero; encontrábase cerca de la señorita Cormon; arqueó el brazo ofreciéndoselo a ésta, y ella viose obligada a aceptarlo. El caballero se precipitó, por política, hacia la señora Granson.

—La señorita Cormon —le dijo caminando lentamente detrás de todos los invitados—, mi querida señora, se interesa vivamente por vuestro querido Atanasio, pero este interés se desvanece por culpa de vuestro hijo: es irreligioso y liberal, intriga en favor del teatro, frecuenta los bonapartistas, se interesa por el cura constitucional. Esta conducta puede hacerle perder su empleo en la Alcaldía. ¡Ya sabéis con qué esmero se está depurando el gobierno del rey! ¿Dónde va a encontrar empleo vuestro querido Atanasio una vez destituido? ¡Que procure no ser mal visto por la Administración!

—Caballero —dijo asustada la pobre madre—, ¡cuán agradecida debo estaros! Tenéis razón, mi hijo es víctima de una mala camarilla, y debo advertirle.

El caballero, desde hacía tiempo, había penetrado con una sola mirada en el carácter de Atanasio, había reconocido en él el elemento poco maleable de las convicciones republicanas a las cuales a esa edad un joven lo sacrifica todo, enamorado de esa palabra *libertad*, tan mal definida, poco comprendida, pero que para las personas desdeñadas constituye una bandera de rebeldía; y para estas personas, la rebeldía es la venganza. Atanasio había de perseverar en su fe, porque sus opiniones estaban tejidas con sus dolores de artista, con sus amargas contemplaciones del estado social. Ignoraba que a los treinta y seis años, en la época en que el hombre ha juzgado a los hombres, las relaciones y los intereses sociales, las opiniones por las cuales al principio sacrificó su porvenir, deben modificarse en él como en todos los hombres realmente superiores. Permanecer fiel al lado izquierdo de Alençon era ganarse la aversión de la señorita Cormon. En esto el caballero andaba acertado. Así, aquella sociedad, tan apacible en apariencia, se hallaba internamente agitada como puedan hallarse los círculos diplomáticos en los que la astucia, la habilidad, las pasiones, los intereses se agrupan alrededor de las más graves cuestiones de imperio a imperio. Los comensales bordeaban al fin aquella mesa cargada del primer servicio, y cada cual comía como se come en los pueblos, sin avergonzarse de tener buen apetito, y no como en París, donde parece que las mandíbulas se mueven por leyes suntuarias que se imponen la obligación de desmentir las leyes de la anatomía. En París, la gente come con la punta de los



dientes, escamotea el placer; mientras que en la provincia las cosas ocurren naturalmente y la existencia quizá se concentra un poco con exceso en este grande y universal medio de existencia al que Dios ha condenado a sus criaturas.

Fue hacia el final del primer servicio cuando la señorita hizo la más célebre de sus *salidas*, puesto que se habló de ella durante más de dos años, y la cosa se cuenta aún en las reuniones de la pequeña burguesía de Alençon cuando se habla de su boda. La conversación, que habíase hecho muy animada, giraba alrededor del asunto del teatro y del cura constitucional. En la primera fase de fervor en la que se encontraba el realismo en 1816, aquellos a los que más tarde se llamó los jesuitas de la región querían expulsar de su parroquia al abate Francisco. Du Bousquier, de quien sospechaba el señor de Valois que fuese el apoyo de aquel sacerdote, el promotor de aquellas intrigas, y sobre cuyas espaldas, por otra parte, las habría cargado el gentilhombre con su acostumbrada habilidad, se encontraba acusado, sin abogado para defenderle. Atanasio, el único comensal bastante franco para apoyar a Du Bousquier, no se encontraba en condiciones de emitir sus ideas en presencia de aquellos potentados de Alençon, a los que, dicho sea de paso, hallaba estúpidos. Nadie más que los jóvenes de provincias guardan una actitud respetuosa delante de las personas de cierta edad y no se atreven a contradecirles demasiado. La conversación, atenuada por efecto de unos deliciosos patos con aceitunas, se vino súbitamente al suelo. La señorita Cormon, celosa de luchar contra sus propios patos, quiso defender a Du Bousquier, al que presentaban como un pernicioso artesano de intrigas.

—Pues yo —dijo— pensaba que el señor Du Bousquier sólo se ocupaba de niñerías.

En las presentes circunstancias, esta palabra tuvo un éxito prodigioso. La señorita Cormon tuvo un hermoso triunfo: hizo que la princesa Goritza diera de narices contra la mesa. El caballero, que no esperaba tal ocurrencia de su Dulcinea, quedó tan maravillado, que de pronto no halló palabras bastante elogiosas; aplaudió sin ruido, tal como se aplaude en los Italianos, simulando un aplauso con las puntas de los dedos.

—Es adorablemente inteligente —dijo a la señora Granson—. Yo siempre he pretendido que un día descubriría su artillería.

—Pero en la intimidad es encantadora —repuso la viuda.

—En la intimidad, señora, todas las mujeres son inteligentes —dijo el caballero.

Una vez apaciguada aquella risa homérica, la señorita Cormon preguntó cuál era la razón de su éxito. Entonces se inició el *forte* del chismorreó. Du Bousquier fue descrito bajo los rasgos de un monstruo que desde hacía quince años abastecía él solo el hospicio de niños encontrados; al fin quedaba desenmascarada su inmoralidad, una inmoralidad digna de sus saturnales parisienses, etc. Dirigida por el caballero de Valois, el más hábil director de orquesta en este género, la obertura de este chismorreó fue magnífica.

—Yo no sé —dijo con un aire bondadoso— lo que podría impedir a un Du Bousquier casarse con una señorita Susana *no sé cuántos*. Aunque vivo en casa de la señora Lardot, no conozco a esas muchachas más que de vista. Si esa Susana es una guapa moza alta, impertinente, de ojos grises, talle esbelto, pie pequeño, a la cual he prestado escasa atención, pero cuyos andares me han parecido muy insolentes, es muy superior en sus maneras a Du Bousquier. Por otra parte, Susana posee la nobleza de la belleza; en este aspecto, esta boda sería para ella una mala alianza. Sabéis que el emperador José tuvo la curiosidad de ver, en Luciennes, a la Du Barry; le ofreció su brazo para pasear con ella; la pobre joven, sorprendida ante tanto honor, no se atrevía a aceptarlo: «La belleza será siempre reina», le dijo el emperador. Observad que se trataba de un alemán de Austria —añadió el caballero—. Pero, creedme, Alemania, que aquí pasa por ser muy rústica, es un país de noble caballerosidad y bellas maneras, sobre todo hacia Polonia y Hungría, donde hay...

Aquí el caballero se detuvo, temiendo caer en una alusión a su felicidad personal; volvió a coger solamente su cajita de rapé y confió el resto de la anécdota a la princesa que le sonreía desde hacía treinta y seis años.

—Esas palabras eran muy delicadas para Luis XV —dijo Du Ronceret.

—Pero se trata, creo yo, del emperador José —repuso la señorita Cormon con cierto aire sabihondo.

—Señorita —dijo el caballero al ver que el presidente, el notario y el conservador cambiaban miradas maliciosas—, la señora Du Barry era la Susana de Luis XV, circunstancia bastante conocida de malos sujetos como nosotros, pero que no deben saber las personas jóvenes. Vuestra ignorancia demuestra que sois un diamante puro y sin tacha, a quien no alcanzan las corrupciones históricas.

El abate de Sponde miró amablemente al caballero de Valois e inclinó la cabeza en un gesto de aprobación elogiosa.

—¿La señorita no conoce la historia? —dijo el conservador de las hipotecas.

—Si me mezcláis a Luis XV con Susana, ¿cómo queréis que sepa vuestra historia? —repuso angélicamente la señorita Cormon, contenta de ver vacía la fuente de pato y la conversación tan animada, que al oír estas últimas palabras, todos los invitados reían a carcajadas.

—¡Pobre niña! —dijo el abate de Sponde—. Cuando ocurre una desgracia, la caridad, que es un amor divino, tan ciego como el amor pagano, ya no debe ver la causa. Sobrina, vos sois presidenta de la Sociedad de maternidad; hay que socorrer a esa muchacha, que difícilmente encontrará con quien casarse.

—¡Pobre niña! —dijo la señorita Cormon.

—¿Creéis que Du Bousquier se casará con ella? —preguntó el presidente del tribunal.

—Si fuese un hombre honrado, tendría que hacerlo —dijo la señora Granson—; pero realmente mi perro tiene costumbres más decentes...

En el momento de los postres, todavía se hablaba de Du Bousquier, que había

dado lugar a mil dichos graciosos que el vino volvía fulminantes.

—Silencio —dijo el conservador de las hipotecas—, oigo el ruido de las botas de Du Bousquier.

Sucede casi siempre que un hombre ignora los rumores que circulan sobre él mismo: una ciudad entera se ocupa de él, le calumnia, pero si él no tiene amigos, no se entera de nada. Ahora bien, el inocente Du Bousquier, el Du Bousquier que deseaba ser culpable y que Susana no hubiese mentido, estuvo soberbio de ignorancia: nadie le había puesto al corriente de las revelaciones de Susana y, por otra parte, a todo el mundo le parecía una impertinencia interrogarle sobre uno de aquellos asuntos en los que el interesado posee a veces secretos que le obligan a guardar silencio. Du Bousquier apareció, pues, ligeramente fatuo cuando los invitados salieron del comedor para ir a tomar el café en el salón, adonde habían acudido ya algunas personas para pasar allí la velada. La señorita Cormon, aconsejada por su vergüenza, no se atrevió a mirar al terrible seductor; habíase apoderado de Atanasio, a quien moralizaba soltándole los más extraños lugares comunes de cortesía realista y de moral religiosa. No poseyendo, como el caballero de Valois, una cajita de rapé adornada con princesa para aguantar aquellas duchas de tonterías, el pobre poeta escuchaba con aire estúpido a aquella que adoraba, mirando su monstruoso busto, que guardaba aquel reposo absoluto, atributo de las grandes masas. Sus deseos producían en él como una embriaguez que cambiaba la vocecilla clara de la solterona en un dulce murmullo y sus ideas chalas en razones llenas de agudeza.

El amor es un monedero falso que cambia continuamente las perras gordas en monedas de oro y que a menudo convierte también sus monedas de oro en perras gordas.

—Bien, Atanasio, ¿me lo prometéis?

Esta frase final hirió el oído del joven feliz tan como aquellos ruidos que nos despiertan con un sobresalto.

—¿El qué, señorita? —respondió.

La señorita Cormon se levantó bruscamente mirando a Du Bousquier, que en aquel momento se parecía al grueso dios de la Fable que la República ponía en sus escudos; se adelantó hacia la señora Granson y le dijo al oído:

—Pobre amiga mía, vuestro hijo es idiota. El instituto le ha perdido —dijo, acordándose de la insistencia con que el caballero de Valois había hablado de la mala educación de los institutos.

¡Qué mala pata! Sin saberlo, el pobre Atanasio había tenido ocasión de arrojar sus tizones encendidos en los sarmientos acumulados en el corazón de la solterona; si la hubiese escuchado, habría podido hacerle comprender su pasión: porque en la agitación en que se encontraba la señorita Cormon, una sola palabra era suficiente; pero aquella estúpida avidez que caracteriza el amor joven y verdadero le había perdido, como a veces un niño lleno de vida se mata por ignorancia.

—¿Qué le has dicho a la señorita Cormon? —preguntóle la señora Granson a su

hijo.

—Nada.

—Nada... Ya veremos —di jóse a sí misma, dejando para el día siguiente los asuntos serios, ya que dio poca importancia a esta palabra, creyendo a Du Bousquier perdido en el alma de la solterona.

Pronto las cuatro mesas quedaron ocupadas por sus dieciséis jugadores. Cuatro personas se interesaron por el juego de los cientos, el juego más caro y en el que se perdía mucho dinero. El señor Choisnel, el procurador del rey y dos señoras fueron a jugar una partida de tablas reales al gabinete de las lacas, rojas. Se encendieron los candeleros; luego la flor y nata de la sociedad de la señorita Cormon fue a extenderse delante de la chimenea, sobre las poltronas, alrededor de las mesas, después de que cada nueva pareja que llegaba hubo dicho a la señorita Cormon:

—¿De modo que mañana vais al Prébaudet?

—Sí, es necesario —respondía ella.

La dueña de la casa aparecía preocupada. La señora Granson fue la primera en darse cuenta del estado poco natural en que se encontraba la solterona: la señorita Cormon pensaba.

—¿En qué pensáis, prima? —le dijo al fin, hallándola sentada en el saloncito.

—Estoy pensando —respondió— en esa pobre muchacha. ¿Acaso no soy presidenta de la Sociedad maternal? Voy a buscaros diez escudos.

—¡Diez escudos! —exclamó la señora Granson—. ¡Pero si nunca habíais dado tanto!

—¡Pero, querida, es tan natural tener hijos!

Esta frase inmoral salida del corazón dejó estupefacta a la tesorera de la Sociedad maternal. Era evidente que Du Bousquier había crecido en el alma de la señorita Cormon.

—Verdaderamente —dijo la señora Granson—, Du Bousquier no es únicamente un monstruo, sino que es incluso un infame. Cuando se ha causado un perjuicio a alguien, ¿no hay que indemnizarle? ¿No le correspondería a él, más que a nosotras, el socorrer a esa pequeña, que, después de todo, me parece una bribona, ya que en Alençon había alguien mejor que ese cínico Du Bousquier? Hace falta ser muy libertina para dirigirse a él.

—¡Cínico! Vuestro hijo os enseña, querida, palabras latinas que son incomprensibles. Ciertamente, yo no quiero disculpar al señor Du Bousquier; pero explicadme cómo una mujer es libertina al preferir a un hombre antes que a otro.

—Querida prima, si os casaseis con mi hijo Atanasio, no habría en ello más que algo muy natural; es joven y guapo, con un gran porvenir, será la gloria de Alençon; únicamente que todo el mundo pensaría que habíais tomado a un hombre tan joven para ser muy feliz; las malas lenguas dirían que hacéis provisión de felicidad para nunca carecer de ella; habría mujeres celosas que os acusarían de depravación; pero ¿qué os importaría esto? Vos seríais amada mucho y de veras. Si Atanasio os parece

idiota, querida, es que tiene demasiadas ideas; los extremos se tocan. Vive ciertamente como una muchacha de quince años; no ha rodado en las impurezas de París... Pues bien, cambiad los términos, como decía mi pobre marido: lo mismo ocurre con Du Bousquier en relación con Susana. Vos seríais calumniada; pero en el asunto de Du Bousquier todo es verdad, ¿comprendéis?

—No más que si me hablaseis en griego —dijo la señorita Cormon, que abrió desmesuradamente los ojos desplegando todas las fuerzas de su inteligencia.

—Bueno, prima, puesto que hay que poner los puntos sobre las íes, Susana no puede amar a Du Bousquier. Y si el corazón no interviene en este asunto...

—Pero, prima, ¿con qué se ama entonces, si no es con el corazón?

Aquí, la señora Granson díjose a sí misma lo que había pensado el caballero de Valois:

—Esta pobre prima es demasiado inocente; esto pasa de la raya. Hijita —añadió en voz alta—, me parece que los hijos no se conciben únicamente por medio del espíritu.

—Sí, querida, porque la Virgen santísima...

—¡Pero, hijita, Du Bousquier no es el Espíritu Santo!

—Es verdad —respondió la solterona—, es un hombre; un hombre cuya conducta le hace bastante peligroso para que sus amigos le inviten a casarse.

—Vos podéis, prima, producir este resultado...

—¿Y cómo? —dijo la solterona con el entusiasmo de la caridad cristiana.

—No le recibáis más hasta que haya tomado esposa; vos debéis a las buenas costumbres y a la religión el manifestar en estas circunstancias una reprobación ejemplar.

—Cuando regrese del Prébaudet volveremos a hablar de este asunto, querida señora Granson; consultaré a mi tío y al padre Couturier —dijo la señorita Cormon volviendo a entrar en el salón, que en aquellos momentos se encontraba en su mayor animación.

Las luces, los grupos de mujeres bien vestidas, el tono solemne y el aire magistral de la reunión no hacían a la señorita Cormon menos orgullosa que a su sociedad de este ambiente aristocrático. Para muchas personas no se veía en París algo mejor que aquello. En aquel momento, Du Bousquier, que jugaba al *whist* con el señor de Valois y dos ancianas señoras, la señora de Coudrai y la señora Du Ronceret, era objeto de una curiosidad sorda. Habían llegado algunas mujeres que, con el pretexto de mirar cómo jugaban, le contemplaban de un modo tan singular, aunque disimuladamente, que el solterón acabó creyendo en algún olvido en su *toilette*.

—¿Acaso mi tupé postizo se hallará puesto de través? —se dijo, experimentando uno de esos sustos mayúsculos a que están sujetos los solterones.

Aprovechó un mal golpe que ponía fin a un séptimo *rubber* para abandonar la mesa.

—No puedo tocar una carta sin perder —dijo—; decididamente, soy demasiado

desgraciado.

—Pero sois afortunado en otras cosas —le dijo el caballero dirigiéndole una irónica mirada.

Esta frase dio naturalmente la vuelta al salón, donde todos se recrearon con el tono exquisito del caballero, el príncipe de Talleyrand de la comarca.

—No hay más que el señor de Valois para encontrar esta clase de cosas —dijo la sobrina del cura de San Leonardo.

Du Bousquier fue a mirarse en el pequeño espejo rectangular, encima del *Desertor*, y no halló nada extraordinario. Después de innumerables repeticiones del mismo texto variado en todos los modos, hacia las diez operóse la despedida a lo largo del embarcadero de la larga antesala, no sin algunos acompañamientos efectuados por la señorita Cormon a sus favoritas, a las que abrazaba en la escalinata. Los grupos se marchaban, los unos hacia la carretera de Bretaña y el castillo, los otros hacia la parte que mira hacia el río Sarthe. Entonces se iniciaban las conversaciones que desde hacía veinte años resonaban a aquella hora en aquella calle. Era inevitablemente:

—La señorita Cormon estaba muy bien esta noche.

—¿La señorita Cormon?... Yo la he encontrado singular.

—¡Cómo va perdiendo ese pobre abate! ¿Habéis visto cómo duerme? Ya no sabe dónde tiene las cartas; tiene muchas distracciones.

—Tendremos el disgusto de perderle.

—Hace muy buena noche; mañana tendremos buen día.

—Un buen tiempo para los manzanos.

—Nos habéis ganado en el juego, pero cuando estáis con el señor de Valois, vos no podéis ganar.

—¿Cuánto ha ganado?

—Pues esta noche ha ganado tres o cuatro francos. Nunca pierde.

—Sí; a fe mía, ¿sabéis que en el año hay trescientos sesenta y cinco días, y que a este precio su juego vale una granja?

—¡Qué golpes hemos sufrido esta noche!

—Estáis de suerte, caballero y señora mía; he aquí que vosotros ya habéis llegado a vuestra casa, en tanto que a nosotros todavía nos falta recorrer media ciudad.

—No os compadezco, porque podríais tener un coche y dispensaros de venir a pie.

—¡Ah!, caballero, tenemos una hija por casar que nos quita una rueda, y la otra nos la quita el hijo que tenemos en París y al cual hemos de mantener.

—¿Todavía continuáis haciendo de él un magistrado?

—¿Qué queréis que se haga de los jóvenes?... Y además, no se avergüenza de servir al rey.

A veces, una discusión sobre las cidras o sobre los linos, siempre planteada en los mismos términos y que volvía a las mismas épocas, era continuada por el camino. Si

un observador del corazón humano hubiera permanecido en aquella calle, siempre habría sabido en qué mes se encontraba, al oír aquella conversación. Pero en aquel momento, la conversación era exclusivamente divertida, porque Du Bousquier, que caminaba solo, delante de los grupos, tarareaba, sin darse cuenta de que le observaban, la tonada lamosa de *Mujer sensible*, *¿oyes tú los gorjeos?*, etc. Para los unos, Du Bousquier era un hombre muy fuerte, un hombre muy juzgado. Desde que había sido confirmado en su cargo por una nueva institución real, el presidente Du Ronceret se inclinaba hacia Du Bousquier. Para los otros, él abastecedor era un hombre peligroso, de malas costumbres, capaz de todo. En provincias, como en París, los hombres destacados se parecen a esa estatua del cuento alegórico de Addison, por la cual se pegan dos caballeros al llegar, cada cual por su parte, a la encrucijada donde se encuentra: uno dice que es blanca, el otro dice que es negra; luego, cuando están los dos en el suelo, la ven blanca por la derecha y negra por la izquierda; un tercer caballero viene entonces en su auxilio y la encuentra roja.

Al regresar a su casa, el caballero se decía:

—Ya es hora de hacer circular el rumor de mi boda con la señorita Cormon. La noticia saldrá del salón de los de Esgrignon, irá directamente a Sééz, a la casa del obispo, volverá por medio de los grandes vicarios a casa del párroco de San Leonardo, quien no dejará de transmitirla al padre Couturier; y luego se enterará del asunto la propia señorita Cormon. El viejo marqués de Esgrignon invitará al abate de Sponde a comer, con objeto de poner fin a la circulación de un rumor que perjudicaría a la señorita Cormon si yo me pronunciase contra ella, y a mí si ella me rechazase. El abate será debidamente agasajado; luego, la señorita Cormon no tendrá nada que objetar a una visita de la señorita de Gordes, la cual le hará ver el gran porvenir que presenta esta alianza. La herencia del abate vale más de cien mil escudos y las economías de la muchacha deben ascender a más de doscientas mil libras; ella tiene su hotel, el Prébaudet y quince mil libras de renta. Una palabra dicha a mi amigo el conde de Fontaine, y me convierto en alcalde de Alençon y diputado; luego, una vez sentado en los bancos de la derecha, llegaremos a la dignidad de par, gritando: «¡Al orden!»

Una vez de regreso en su casa, la señora Granson tuvo una viva explicación con su hijo, el cual no quiso comprender la relación que había entre sus opiniones y sus amores. Fue la primera querrela que turbó la armonía de aquel pobre hogar.

Al día siguiente, a las nueve, la señorita Cormon, en su tartana con Joseta, y destacándose como una pirámide sobre el océano de sus paquetes, subía por la calle de San Blas para dirigirse al Prébaudet, donde había de sorprenderla el suceso que precipitó su boda y que no podían prever ni la señora Granson, ni Du Bousquier, ni el señor de Valois, ni la señorita Cormon. El azar es el más grande de todos los artistas.

### III LAS DECEPCIONES

Al día siguiente de su llegada al Prébaudet, la señorita Cormon se halla muy inocentemente ocupada, hacia las nueve de la mañana, escuchando los diversos informes de su guarda y de su jardinero, cuando Jacquelin efectuó una vigorosa irrupción en el comedor.

—Señorita —dijo jadeante—, vuestro señor tío os manda un propio, el hijo de la tía Grosmort, con una carta. El muchacho ha salido de Alençon antes de que amaneciese y acaba de llegar. Ha corrido casi tanto como Penélope. ¿Hemos de darle un vaso de vino?

—¿Qué habrá podido suceder, Joseta? Acaso mi tío...

—No escribiría —dijo la doncella, adivinando los temores que sentía su dueña.

—¡Aprisa, aprisa! —exclamó, la señorita Cormon después de haber leído las primeras líneas—, que Jacquelin enganche a Penélope a la tartana. Arréglatelas, hija mía, para que todo vuelva a estar empaquetado dentro de media hora —dijo a Joseta—. Regresamos a la ciudad...

—¡Jacquelin! —gritó Joseta, alarmada por el sentimiento que expresó el rostro de la señorita Cormon.

Jacquelin, informado por Joseta, llegó diciendo:

—Pero, señorita, es que Penélope está comiendo su avena.

—¿Y eso qué me importa? Quiero partir inmediatamente.

—Pero, señorita, ¿y si llueve?

—Nos mojaremos.

—Hay fuego en la casa —murmuró Joseta, amoscada por el silencio que guardaba su dueña al acabar de leer la carta, leyéndola y volviéndola a leer.

—Acabad, por lo menos, de lomaros vuestro café con leche. Podéis enfermar. ¡Mirad qué colorada estáis!

—¿Que estoy colorada? —dijo yendo a mirarse a un espejo viejo que le ofreció la imagen de sus rasgos descompuestos—. ¡Dios mío! —pensó la señorita Cormon—. ¡Si me volviese fea! Vamos, Joseta, vamos, hija mía, vísteme. Quiero estar lista antes de que Jacquelin haya enganchado a Penélope a la tartana. Si no puedes volver a meter mis paquetes en la tartana, los dejaré aquí, antes que perder un minuto.

Si habéis llegado a comprender el exceso de monomanía al que el deseo de casarse había hecho llegar a la señorita Cormon, compartiréis su emoción. El digno tío anunciaba a su sobrina que el señor de Troisville, antiguo militar al servicio de Rusia, nieto de uno de sus mejores amigos, deseaba retirarse a Alençon, pidiéndole hospitalidad, fundándose en la amistad que unió al abate con su abuelo, el vizconde de Troisville, jefe de escuadra bajo Luis XV. El antiguo vicario general, asustado, rogaba con insistencia a su sobrina que regresara para ayudarle a recibir a su huésped



y hacerle los honores de la casa, porque la carta había llegado con algún retraso, y el señor de Troisville podía presentarse aquella misma noche. Al leer esta carta ¿podía pensar la señorita Cormon en los cuidados que requería su finca del Prébaudet? En aquel momento, el guarda y el granjero, testigos del azoramiento de su dueña, manteníanse silenciosos, esperando sus órdenes. Cuando la detuvieron al pasar para recibir de ella instrucciones, por primera vez en su vida, la señorita Cormon, la despótica solterona que todo quería verlo por sí misma en el Prébaudet, les dijo un *Como vosotros queráis* que les llenó de estupefacción; porque su dueña llevaba su celo administrativo hasta contar las frutas y las registraba según clases, con objeto de dirigir su consumo según el número de cada especie de fruto.

—Creo estar soñando —dijo Joseta al ver a su dueña volando por la escalera como un elefante al que Dios hubiese dado alas.

Pronto, a pesar de una copiosa lluvia, la señorita salió del Prébaudet, dejando a su gente con la brida en el cuello. Jacquelin no se atrevió a tomar la iniciativa de acelerar el pequeño trote habitual de la apacible Penélope, que, semejante a la hermosa reina cuyo nombre llevaba, parecía dar tantos pasos hacia atrás como daba hacia delante. Al ver esta marcha, la señorita ordenó con áspera voz a Jacquelin que hiciera galopar, a latigazos si fuera necesario, a la pobre yegua, asombrada; tanto era el miedo que tenía de no disponer del tiempo suficiente para arreglar de un modo conveniente la casa para recibir en ella al señor de Troisville. Calculaba que el nieto de un amigo de su tío no podía tener más de cuarenta años; un militar debe ser indefectiblemente soltero; prometíase, pues, con la ayuda de su tío, no dejar salir de su casa al señor de Troisville en el mismo estado con que entrara en ella. Aunque Penélope galopase, la señorita Cormon, ocupada en su *toilette* y soñando con una primera noche de bodas, dijo varias veces a Jacquelin que no avanzaba nada. Se movía en el interior de su tartana sin contestar a las preguntas de Joseta y hablaba consigo misma como una persona que está rumiando grandes proyectos. Finalmente la tartana llegó a la calle mayor de Alençon, llamada de San Blas, entrando en ella por el lado de Mortgage; pero a la altura del hotel del *Moro* toma el nombre de calle de la Porte-de-Séez y se convierte en la calle del Bercail al desembocar en la carretera de Bretaña. Si la partida de la señorita Cormon armaba gran revuelo en Alençon, puede imaginar el lector el ruido que armaría al día siguiente, cuando regresó del Prébaudet, y con una copiosa lluvia que le azotaba el rostro sin que ella pareciera preocuparse por tal cosa. Todos se dieron cuenta del galope de Penélope, del aire socarrón de Jacquelin, de lo temprano de la mañana, de los paquetes mal colocados, en fin, de la conversación animada que sostenían Joseta y la señorita Cormon, y la impaciencia de ambas sobre todo. Los bienes de la casa de Troisville se hallaban situados entre Alençon y Mortgage. Joseta conocía las diversas ramas de la familia de Troisville. Unas palabras dichas por la señorita al llegar a Alençon habían puesto a Joseta sobre la pista de la aventura; la discusión se había suscitado entre ellas, y ambas habían llegado a la conclusión de que el de Troisville esperado debía ser un gentilhombre

entre los cuarenta y los cincuenta años, soltero, ni rico ni pobre. La señorita ya se veía vizcondesa de Troisville.

—¡Y mi tío que no me dice nada, que no sabe nada, que no se informa de nada!... ¡Oh, cómo es mi tío! ¡Se olvidaría de su nariz si no formase parte de su cara!

¿No habéis observado que en estas circunstancias las solteras se vuelven, como Ricardo III, ingeniosas, feroces, audaces, prometedoras, y que al igual que clérigos embriagados ya no respetan nada? Inmediatamente la ciudad de Alençon, instruida en un momento, desde lo alto de la calle de San Blas hasta la puerta de Sééz, de aquel retorno precipitado, acompañado de circunstancias graves, viose perturbada en todas sus visceras públicas y domésticas. Las cocineras, los comerciantes y los transeúntes se comunicaron esta noticia de puerta en puerta; luego la noticia subió a la región superior. Pronto estas palabras, «¡La señorita Cormon ha vuelto!», estallaron como una bomba en todos los hogares. En aquel momento, Jacquelin abandonaba el banco de madera pulimentada por un procedimiento que ignoran los ebanistas y en el que estaba sentado en la parte delantera de la tartana; él mismo abría la gran puerta verde, redonda en su parte superior, cerrada en señal de luto, porque durante la ausencia de la señorita Cormon no se celebraban las reuniones. Los fieles festejaban entonces sucesivamente al abate de Sponde. El señor de Valois pagaba su deuda invitándole a comer en casa del marqués de Esgrignon. Jacquelin llamó familiarmente a Penélope, a la que había dejado en medio de la calle; el animal, acostumbrado a esta maniobra, dirigióse hacia la puerta y caminó por el patio con cuidado para no perjudicar al macizo de flores. Jacquelin la tomó de la brida y condujo la tartana hacia la escalinata.

—¡Marieta! —gritó la señorita Cormon.

—¡Señorita! —respondió Marieta, ocupada en cerrar el portal.

—¿No ha venido ese caballero?

—No, señorita.

—¿Y mi tío?

—Está en la iglesia, señorita.

Jacquelin y Joseta se hallaban en aquel momento en el primer peldaño de la escalinata y tendían las manos para maniobrar a su dueña, que acababa de salir de la tartana y se izaba por la vara agarrándose a las cortinillas. La señorita se arrojó en brazos de los dos sirvientes, porque desde hacía dos años no quería arriesgarse a servirse del estribo unido a la vara por medio de un horrible mecanismo de grandes pernos.

Cuando la señorita Cormon estuvo en lo alto de la escalinata, miró su patio con aire de satisfacción.

—Vamos, vamos, Marieta, dejad el portal y venid acá.

—La tea está que arde —dijo Jacquelin a Marieta cuando la cocinera pasó junto a la tartana.

—Veamos, hija mía, ¿qué provisiones tienen en casa? —dijo la señorita Cormon,

sentándose en la banqueta de la larga antesala, como una persona rendida de cansancio.

—Pues no tengo nada —dijo Marieta apoyando los puños en sus caderas—. Ya sabe la señorita que, durante su ausencia, el señor abate come siempre fuera de casa; ayer fui a buscarle a casa de la señorita Armanda.

—¿Dónde está, pues?

—¿El señor abate? Está en la iglesia; no regresará hasta las tres.

—Ese tío mío no piensa en nada. ¿Acaso no convenía que fuese al mercado? Marieta, ve tú al mercado; sin tirar el dinero, no repares en gastos; compra lo mejor que encuentres. ¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—¡Dios mío, Marieta, no pierdas el tiempo charlando con la gente! La persona esperada por mi tío puede llegar de un momento a otro. ¡Buena la haríamos si tuviéramos que darle algo para desayunar!

Marieta volvióse hacia Penélope, cubierta de sudor, y miró a Jacquelin con un aire que quería decir: «Esta vez la señorita pesca marido».

—Démonos prisa nosotras dos, Joseta —prosiguió la solterona—, porque hemos de preparar la cama para el señor de Troisville.

¡Con qué gusto fue pronunciada esta frase! *Preparar la cama para el señor de Troisville*. ¡Cuántas ideas encerraban estas palabras! La solterona se sentía inundada de esperanza.

—¿Queréis que se acueste en la habitación verde?

—¿La del señor obispo? No; está demasiado cerca de la mía —dijo la señorita Cormon—. En el caso de monseñor, que es un santo varón, es distinto.

—Dadle el apartamento de vuestro tío.

—Es tan sencillo, que no estaría bien.

—¡Por Dios, señorita!, mandad arreglar en un momento una cama en vuestro saloncito; hay en él una chimenea. Moreau encontrará en sus almacenes una cama que se parezca a la tela que cubre las paredes.

—Tienes razón, Joseta. Bien, corre a casa de Moreau; consulta con él sobre todo lo que deba hacerse; te autorizo para ello. Si la cama (¡la cama del señor de Troisville!) puede montarse esta noche sin que el señor de Troisville se dé cuenta, en el caso de que el señor de Troisville llegase mientras Moreau está allí, está bien. Pero si Moreau no hace lo que es debido, pondré al señor de Troisville en la habitación verde, aunque el señor de Troisville tenga que estar muy cerca de mí.

Joseta ya se marchaba cuando su dueña volvió a llamarla.

—¡Explica todo esto a Jacquelin! —gritó con voz formidable y llena de espanto—. Que él mismo vaya a casa de Moreau. ¡Tú tienes que arreglarme! ¡Si yo fuese sorprendida tal como voy, sin mi tío para recibirle! ¡Oh!, ¡mi tío, mi tío! Ven, Joseta, ven a vestirme.

—Pero ¿y Penélope? —dijo imprudentemente Joseta.

Los ojos de la señorita Cormon centellearon por única vez en su vida:

—¡Siempre Penélope! ¡Penélope por aquí, Penélope por allá! ¿Acaso es Penélope la que aquí manda?

—¡Pero está bañada en sudor, y aún no ha tomado su avena!

—¡Que reviente! —exclamó la señorita Cormon—. Pero yo me caso —pensó.

Al oír estas palabras, que le hicieron el efecto de un homicidio, Joseta quedó un instante desconcertada; luego bajó presurosa por la escalinata ante un gesto que le hizo su dueña.

—¡La señorita tiene el diablo en el cuerpo, Jacquelin! fueron las primeras palabras que Joseta pudo articular.

Así, todo se puso de acuerdo aquel día para producir el gran golpe de teatro que decidió la vida de la señorita Cormon. La ciudad se hallaba ya revuelta por efecto de las cinco circunstancias agravantes que acompañaban la súbita vuelta de la señorita Cormon, a saber: la lluvia copiosa, el galope tendido de Penélope, la hora matutina, los paquetes en desorden y el aire singular de la solterona. Pero cuando Marieta hizo su irrupción en el mercado para llevárselo lodo, cuando Jacquelin fue a casa del principal tapicero de Alençon, en la calle de la Porte-de-Séez, a dos pasos de la iglesia, para comprar una cama, hubo tema para las más graves conjeturas. Se comentó muchísimo esta extraña aventura en las casas, en los paseos; tuvo ocupado a todo el mundo, incluso a la señorita Armanda, en cuya casa se encontraba el caballero de Valois. En un espacio de dos días, la ciudad de Alençon había sido agitada por acontecimientos tan importantes, que algunas buenas mujeres decían: «¡Pero si es el fin del mundo!» Esta última noticia quedó resumida en todas las casas por la siguiente frase: «¿Qué ocurre, pues, en casa de los Cormon?» El abate de Sponde, al ser interrogado muy hábilmente cuando salía de San Leonardo para ir a pasear al Cours con el abate Couturier, respondió ingenuamente que esperaba al vizconde de Troisville, gentilhombre al servicio de Rusia durante la emigración, que volvía para habitar en Alençon. De las dos a las cinco, una especie de telégrafo labial estuvo funcionando en la ciudad, e hizo saber a todos los habitantes que la señorita Cormon había encontrado al fin un marido por correspondencia y que iba a casarse con el vizconde de Troisville. Aquí, unos decían: «Moreau ya está haciendo la cama». Allá, la cama tenía seis pies de largo. La cama era de seis pies, en la calle del Bercail, en casa de la señora Granson. Era una sencilla cama de reposo en casa de Du Ronceret, donde comía Du Bousquier. La pequeña burguesía pretendía que costaba mil cien francos. Marieta se había lanzado al mercado para llevarse cuanto podía. En lo alto de la calle de San Blas decían que Penélope había reventado. Esta defunción era puesta en duda en casa del recaudador general. Sin embargo, en la prefectura era verdad que el animal había expiado al entrar en el hotel Cormon, tanta era la velocidad con que la solterona había corrido a lanzarse sobre su presa. El guarnicionero, que vivía a la esquina de la calle de Séez, llevó su osadía al extremo de ir a preguntar si le había ocurrido algo a la tartana de la señorita Cormon, con objeto de ver si Penélope estaba

muerta. Desde lo alto de la calle de San Blas, hasta el extremo de la calle del Bercail, se supo que, gracias a los cuidados de Jacquelin, Penélope, aquella silenciosa víctima de la intemperancia de su dueña, vivía aún, pero, al parecer, padecía mucho. En toda la carretera de Bretaña, el vizconde de Troisville era un segundón sin un centavo, porque los bienes del Perche pertenecían al marqués de Troisville, par de Francia, que tenía dos hijos. Aquella boda era una buena fortuna para el pobre emigrado; el vizconde haría mucha suerte casándose con la señorita Cormon; la aristocracia de la carretera de Bretaña aprobaba la boda; la solterona no podía emplear de un modo mejor su fortuna. Pero, en la burguesía, el vizconde de Troisville era un general ruso que había combatido contra Francia, que regresaba con una gran fortuna ganada a la corte de San Petersburgo; era un *extranjero*, uno de los *aliados* odiados por los liberales. El abate de Sponde había sido el astuto mediador de este matrimonio. Todas las personas que tenían derecho a entrar en casa de la señorita Cormon como en su propia casa prometieron ir a verla aquella noche. Durante esta agitación transurbana, que casi hizo olvidar a Susana, la señorita Cormon no estaba menos agitada y experimentaba sentimientos totalmente nuevos. Al contemplar su salón, su saloncito, el gabinete, el comedor, viose presa de una aprensión cruel. Una especie de demonio le mostró aquel viejo lujo con aire burlón; las hermosas cosas que ella admiraba desde su infancia incurrieron en sospecha, fueron acusadas de vejez. Finalmente, tuvo aquel temor que se apodera de casi todos los autores en el momento en que leen una obra, que ellos creen perfecta, a algún crítico exigente o fatuo; las situaciones nuevas parecen gastadas; las frases mejor torneadas, las más cuidadas, aparecen bizcas o cojas; las imágenes hacen muecas o se contrarían, lo falso salta a la vista. Al mismo tiempo, la pobre mujer temblaba al ver en los labios del señor de Troisville una sonrisa de desprecio hacia aquel salón de obispo; temió verle arrojar una mirada fría hacia aquel antiguo comedor; en fin, ella temía que el marco hiciera viejo el cuadro. Todas aquellas antigüedades ¿no proyectarían quizás un reflejo de vejez sobre ella misma? Esta reflexión le puso carne de gallina. En aquellos momentos habría entregado la cuarta parte de sus economías para poder restaurar su casa en un instante por medio de una varita mágica. ¿Cuál es el general que no se ha estremecido la víspera de una batalla? La pobre mujer se encontraba entre un Austerlitz y un Waterloo.

—La señora vizcondesa de Troisville —decíase a sí misma—, ¡qué hermoso apellido! Por lo menos nuestros bienes irían a parar a una buena casa.

Hallábase presa de una irritación que hacía estremecer sus más finas ramificaciones nerviosas y sus papilas desde hacía tanto tiempo anegadas en la gordura. Toda su sangre, azotada por la esperanza, estaba en movimiento. Sentíase con fuerzas para conversar, si preciso fuera, con el señor de Troisville. Es inútil hablar de la actividad con que funcionaron Joseta, Jacquelin, Marieta, Moreau y sus mozos. Era el apresuramiento de unas hormigas ocupadas en sus huevos. Todo aquello que un esmero cotidiano hacía tan limpio, fue repasado, cepillado, lavado,

frotado. Las porcelanas de los grandes días vieron la luz. Las servilletas numeradas A, B, C, y D fueron sacadas de las profundidades en que yacían bajo una triple guardia de envolturas defendidas por formidables agujas. Los más preciosos estantes de la biblioteca fueron interrogados. En fin, la señorita sacrificó tres botellas de los famosos licores de madame Amphoux, la más ilustre de las destiladoras de ultramar, nombre caro a los aficionados. Gracias a la abnegación de sus lugartenientes, la señorita pudo presentarse al combate. Las diferentes armas, los muebles, la artillería de cocina, las baterías, los víveres, las municiones, los cuerpos de reserva estuvieron prestos sobre toda la línea. Jacquelin, Marieta y loseta recibieron la orden de ponerse sus mejores galas. El jardín fue limpiado de malas hierbas. La solterona lamentó no poder entenderse con los ruseñores alojados en los árboles para obtener de ellos los más bellos cantos. En fin, hacia las cuatro, en el mismo instante en que el abate de Sponde regresaba a casa, en que la señorita creía haber puesto en vano el cubierto más bello, preparado la más exquisita de las comidas, oyóse en el Val-Noble el ruido de un postillón.

«¡Es él!», dijo para sí misma, sintiendo los latigazos en su corazón.

En efecto, anunciado por tanto chismorreo, cierto cabriolé de posta en el que viajaba un caballero solo produjo tal sensación al bajar por la calle de San Blas y doblar por la calle del Cours, que algunos arrapiezos y personas mayores lo habían seguido y permanecían agrupados alrededor de la puerta del hotel Cormon para verle entrar. Jacquelin, que también olisqueaba su propia boda, había oído el ruido del coche en la calle de San Blas y abrió el portal de dos batientes. El postillón, conocido suyo, puso empeño en hacer girar el coche con elegancia y se detuvo exactamente junto a la escalinata. El abate salió a recibir a su huésped, cuyo coche fue despojado con la presteza con que habrían podido hacerlo unos bandoleros que tuvieran prisa. Fue llevado a la cuadra, cerróse el portal y pronto no quedaron vestigios de la llegada del señor de Troisville. Jamás dos sustancias químicas se casaron con más prontitud que la que puso la casa Cormon en absorber al vizconde de Troisville. La señorita, cuyo corazón palpitaba como el de una lagartija cogida por un pastor, permaneció heroicamente en su poltrona, junto a la chimenea. Joseta abrió la puerta, y el vizconde de Troisville, seguido del abate de Sponde, apareció ante los ojos de la solterona.

—Sobrina, he aquí al señor vizconde de Troisville, nieto de uno de mis compañeros de colegio. Señor de Troisville, he aquí a mi sobrina, la señorita Cormon.

«¡Ah, mi buen tío! —pensó Rosa María Victoria—. ¡Qué bien prepara las cosas!»

El vizconde de Troisville era, para pintarle en dos palabras, Du Bousquier gentilhomme. Había entre ellos toda la diferencia que separa el género vulgar y el género noble. Si hubieran estado allí los dos, habríale sido imposible al liberal más fanático negar la aristocracia. La fuerza del vizconde poseía toda la distinción de la elegancia; sus formas conservaban una dignidad magnífica; poseía ojos azules y cabellos negros, un color aceitunado, y no debía contar más de cuarenta y seis años. Habría dicho que era un apuesto español conservado en los hielos de Rusia. Las

maneras, los andares, la actitud, todo indicaba en él a un diplomático que había visto Europa. El señor de Troisville parecía fatigado; el abate le invitó a pasar a la habitación que le había sido destinada, y quedó pasmado cuando su sobrina abrió el saloncito transformado en dormitorio. La señorita Cormon y su tío dejaron entonces al noble forastero entregado a sus asuntos con la ayuda de Jacquelin, quien le trajo todos los paquetes de que tenía necesidad. El abate de Sponde y su sobrina fueron a pasear a lo largo del Brillante, aguardando a que el señor de Troisville hubiera acabado de arreglarse. Aunque el abate de Sponde estuviera, por un azar singular, más distraído que de costumbre, la señorita Cormon no estaba menos preocupada que él. Los dos caminaban en silencio. Nunca había encontrado la solterona un hombre tan seductor como el olímpico vizconde. Ella no podía decir, a la alemana: «He aquí mi ideal», pero sentíase emocionada de la cabeza a los pies, y se decía: «¡He aquí lo que me hace falta!» De pronto, voló al lado de Marieta para saber si la comida podía sufrir un retraso sin perder nada de su buena calidad.

—Tío —dijo al regresar—, ese señor de Troisville es muy amable.

—Pero, hija mía, si todavía no ha dicho nada —repuso riendo el abate.

—Pero se observa en su aspecto, en su fisonomía. ¿Es soltero?

—No sé nada de eso —respondió el abate, que pensaba en una discusión sobre la divina gracia, promovida entre el abate Couturier y él—. El señor de Troisville me ha dicho que deseaba adquirir aquí una casa. Si estuviera casado no habría venido solo —dijo luego con aire indiferente, porque no suponía que su sobrina pudiera pensar en casarse.

—¿Es rico?

—Es el menor de una rama menor —respondió el tío—. Su abuelo estuvo al mando de unas escuadras, pero el padre de ese joven hizo un mal matrimonio.

—¡Ese joven! —repitió la solterona—. Me parece, tío, que bien tendrá sus cuarenta y cinco años —dijo, porque experimentaba un excesivo deseo de relacionar la edad de él con la de ella.

—Sí —dijo el abate—. Pero para un pobre sacerdote de setenta años, Rosa, un cuarentón parece joven.

En aquellos momentos, todo Alençon estaba enterado de que el señor vizconde de Troisville había llegado a la casa de la señorita Cormon. El forastero fue pronto a reunirse con sus anfitriones y se puso a admirar la vista del Brillante, el jardín y la casa.

—Señor abate —dijo—, toda mi ambición consistiría en encontrar una casa parecida a ésta.

La solterona quiso ver una declaración en esta frase, y bajó los ojos.

—Debéis vivir muy a gusto en ella, ¿no es cierto, señorita? —repuso el vizconde.

—¿Cómo no? Pertenece a nuestra familia desde el año 1574, época en que uno de nuestros antepasados, administrador del duque de Alençon, adquirió este terreno y mandó edificar la casa —dijo la señorita Cormon.

Jacquelin anunció que la mesa estaba servida. El señor de Troisville ofreció el brazo a la feliz solterona, la cual procuró no apoyarse en él demasiado, tanto temía todavía el que pudiera parecer que se insinuaba.

—Todo es aquí armonioso —dijo el vizconde sentándose a la mesa.

—Nuestros árboles están llenos de pájaros que nos hacen música a poco precio; nadie les molesta, y todas las noches canta el ruiseñor —dijo la señorita Cormon.

—Yo estoy hablando del interior de la casa —hizo observar el vizconde, que no se tomó la molestia de estudiar a la señorita Cormon y no reconoció la nulidad de su inteligencia—. Sí, todo guarda relación: los tonos de los colores, los muebles, la fisonomía.

—Sin embargo, nos cuesta muchísimo dinero, los impuestos son enormes —respondió la excelente mujer.

—¡Ah! ¿Son altos los impuestos? —preguntó el vizconde, el cual, preocupado por sus propias ideas, no reparó en la vulgaridad de su anfitriona.

—No lo sé —dijo el abate—. Mi sobrina es la encargada de la administración de nuestras dos fortunas.

—Los impuestos son miserias para las personas ricas —repuso la señorita Cormon, que no quiso parecer avara—. En cuanto a los muebles, los dejaré tal como están y no haré cambiar nada, a menos que me case, porque entonces será preciso que lo que hay aquí sea del gusto del dueño.

—Profesáis los mejores principios, señorita —dijo sonriendo el vizconde—; haréis un feliz...

«Nunca me había dirigido nadie tan lindo cumplido», pensó la solterona.

El vizconde alabó a la señorita Cormon por el servicio, por su gobierno de la casa, confesando que él creía que la provincia vivía atrasada, y la encontraba muy confortable.

«¿Qué significará esa palabra, Dios mío? —pensaba la solterona—. ¿Dónde está el caballero de Valois para responder a ella? ¡Confortable! ¿Hay más de una palabra en ello? Vamos, valor —díjose a sí misma—; quizá se trate de una palabra rusa, y no tengo la obligación de contestar a ella.»

—Pero —repuso en voz alta, sintiendo desatada su lengua por la elocuencia que encuentran casi todas las criaturas humanas en circunstancias importantes—, caballero, aquí tenemos la más brillante sociedad. La ciudad se reúne precisamente en mi casa. Podréis juzgar de ello en seguida, porque algunos de nuestros fieles se habrán sin duda enterado de mi regreso y vendrán a verme. Tenemos al caballero de Valois, un señor de la antigua corte, hombre inteligentísimo; además al señor marqués de Esgrignon y a la señorita Armanda, su hermana —se mordió los labios y cambió de parecer—: una muchacha notable en su género —añadió—. Ha querido quedarse soltera para poder legar toda su fortuna a su hermano y a su sobrino.

—¡Ah! —dijo el vizconde—, sí, los de Esgrignon, ya los recuerdo.

—Alençon es muy alegre —prosiguió la solterona, una vez se hubo lanzado—.



La gente se divierte mucho, el recaudador general da bailes, el prefecto es hombre amable, el señor obispo nos honra a veces con su visita...

—Vamos —repuso sonriendo el vizconde—, he hecho bien, por lo que veo, en querer regresar, como la liebre, a morir en la madriguera.

—Yo también —dijo la solterona— soy como la liebre: muero en el lugar donde me gusta estar.

El vizconde sonrió.

«Vaya —se dijo la solterona—, todo va bien, puesto que me comprende.»

La conversación discurrió por el cauce de las generalidades. Por una de esas fuerzas desconocidas, indefinibles, la señorita Cormon encontraba en su cerebro, bajo la presión de su deseo de ser amable, todos los giros de frases del caballero de Valois. Era como un duelo, en el que el diablo parece ajustar él mismo el cañón de la pistola. Nunca hubo adversario que fuera objeto de más certera puntería. El vizconde de Troisville era demasiado hombre de buena compañía para hablar de las excelencias de la comida, pero su silencio constituía un elogio. Al beber los vinos deliciosos que le servía profusamente Jacquelin, parecía reconocer a unos amigos, volver a encontrarlos con vivo placer, porque el verdadero aficionado no aplaude, goza. Informóse con curiosidad de los precios de los terrenos, de las casas, de los solares; hizo que la señorita Cormon le describiera el lugar de la confluencia de los ríos Brillante y Sarthe. Extrañóse de que la ciudad fuera emplazada tan lejos del río; la topografía de la región le interesaba mucho. El silencioso abate dejó que su sobrina llevase la batuta de la conversación. Realmente, la señorita creyó ocupar al señor de Troisville, quien le sonreía con amabilidad, por lo cual, podéis imaginar, nunca huésped alguno fue tratado con mayor cariño y colmado de atenciones. Habría dicho que se trataba de un amante que regresaba al hogar cuya felicidad era obra suya. La señorita preveía el momento en que al vizconde le faltaría pan; no apartaba sus ojos de encima de él; cuando él volvía la cabeza, ella le ponía hábilmente en el plato un suplemento de la comida que creía que a él le gustaba; pero esto no era más que una bella muestra del amor que ella podía profesarle. La señorita Cormon no cometi6 la tontería de despreciarse a sí misma, sino que extendió valientemente todas sus velas, enarboló sus pabellones, asumió una actitud de reina de Alençon y alabó sus confituras. En fin, habló de sí misma como si todos sus trompetas estuvieran muertos. Diose cuenta de que agradaba al vizconde, porque su deseo la había transformado hasta el punto de haberse casi convertido en mujer. En el momento de los postres oyó con un dulce gozo interior idas y venidas en la antesala y ruidos en el salón que anunciaban que su compañía habitual iba llegando. Hizo observar a su tío y al señor de Troisville esta prisa por visitarla como una prueba del afecto que la gente le profesaba, cuando en realidad era efecto de la curiosidad ardiente que se había adueñado de la ciudad entera. Impaciente por mostrarse en todo el fulgor de su gloria, la señorita Cormon dijo a Jacquelin que tomarían el café y los licores en el salón, donde el criado fue, delante de toda la selecta minoría de la sociedad, a exhibir las

magnificencias de un servicio de Sajonia que no salía de su armario más que dos veces al año. Estas circunstancias fueron observadas todas por los allí reunidos.

—¡Demonio! —dijo Du Bousquier—. ¡Nada menos que los licores de madame Amphoux, que sólo se sirven en las cuatro fiestas principales del año!

—Decididamente se trata de una boda arreglada desde hace un año por correspondencia —dijo el presidente Du Ronceret—. El director de Correos recibe aquí, desde hace un año, cartas con sello de Odesa.

La señora Granson se estremeció. El caballero de Valois, aunque hubiese comido como cuatro, pálido hasta en la sección izquierda de su cara, presintió que iba a revelar su secreto, y dijo:

—¿No os parece que hace frío hoy? Yo estoy helado.

—Es la proximidad de Rusia —dijo Du Bousquier.

El caballero le miró con aire que quería decir: «Muy bien hablado».

La señorita Cormon apareció tan radiante, tan triunfante, que la gente la encontró bella. Este esplendor extraordinario no era debido solamente al sentimiento; toda la masa de su sangre estaba agitada en sus venas desde aquella mañana, y sus nervios estaban alterados por el presentimiento de una gran crisis: hacían falta todas estas circunstancias para habersele permitido parecerse tan poco a ella misma. ¡Con qué felicidad efectuó las solemnes presentaciones del vizconde al caballero, del caballero al vizconde, de todo Alençon al señor de Troisville, del señor de Troisville a los de Alençon! Por un azar bastante comprensible, el vizconde y el caballero, aquellas dos naturalezas aristocráticas, se pusieron al instante al unísono; se reconocieron, y ambos se miraron como dos hombres de la misma esfera. Se pusieron a conversar, de pie delante de la chimenea. Un círculo se formó delante de ellos, y su conversación, aunque *sotto voce*, fue escuchada en medio de un silencio religioso. Para poder captar bien el efecto de esta escena hemos de imaginarnos a la señorita Cormon ocupada en preparar el café de su supuesto pretendiente, con la espalda vuelta hacia la chimenea.

Señor de Valois. — ¿Dicen que el señor vizconde viene para establecerse aquí?

Señor de Troisville. — *Sí, señor, vengo a buscar una casa...* (La señorita Cormon se vuelve, con la taza en la mano.) *Y tiene que ser muy grande para alojar...* (La señorita Cormon tiende la taza) *a mi familia.* (Los ojos de la solterona se empañan.)

Señor de Valois. — ¿Estáis casado?

Señor de Troisville. — Desde hace dieciséis años, con la hija de la princesa Sherbellov.

La señorita Cormon cayó fulminada... Du Bousquier, que la vio tambalearse, precipitóse hacia ella, la recibió en sus brazos y le abrieron la puerta para que pudiera pasar sin obstáculo con aquel enorme fardo. El fogoso republicano, aconsejado por Joseta, encontró fuerzas para llevar a la solterona a su habitación, donde la depositó sobre la cama.

Joseta, armada de unas tijeras, cortó el corsé, desmesuradamente apretado. Du Bousquier arrojó brutalmente unas gotas de agua sobre el rostro de la señorita

Cormon y sobre su busto, que se extendió como una crecida del Loira. La enferma abrió los ojos, vio a Du Bousquier, y el pudor le hizo lanzar un grito al reconocer a aquel hombre. Du Bousquier se retiró, dejando entrar a seis mujeres, a la cabeza de las cuales iba la señora Granson, radiante de alegría. ¿Qué había hecho el caballero de Valois? Fiel a su sistema, había cubierto la retirada.

—¡Esa pobre señorita Cormon! —dijo al señor de Troisville, mirando a la concurrencia, cuya risa fue reprimida por sus miradas aristocráticas—. La sangre la atormenta horriblemente; no quiso hacerse sangrar antes de ir al Prébaudet (su finca) y ahí tienen ustedes el efecto de los movimientos de la sangre en primavera.

—Ha venido lloviendo, esta mañana —dijo el abate de Sponde—, y quizás ha pillado un resfriado que podría ser la causa de esa pequeña revolución a la cual está sujeta. Pero no será nada.

—Anteayer me dijo que no la había tenido desde hacía tres meses, añadiendo que esto le jugaría una mala pasada —repuso el caballero.

«¡Ah, eres casado!», pensó Jacquelin mirando al señor de Troisville, que tomaba su café a pequeños sorbos.

El fiel doméstico solidarizóse con la contrariedad de su dueña, adivinó lo que ésta sentía y se llevó de allí los licores de Madame Amphoux, ofrecidos al soltero, y no al marido de una rusa. Todos estos pequeños detalles fueron observados y dispusieron para la risa. El abate de Sponde conocía el motivo del viaje de Troisville; pero, por un efecto de su distracción, no había dicho nada, ignorando que su sobrina pudiera tener él más pequeño interés por el señor de Troisville. En cuanto al vizconde, preocupado por el objeto de su viaje, y como muchos maridos, con pocas prisas para hablar de su mujer, no había tenido ocasión de decir que estaba casado; por otra parte, creía que la señorita Cormon ya lo sabía. Reapareció Du Bousquier y fue interrogado a ultranza. Una de las seis mujeres bajó anunciando que la señorita Cormon ya estaba mucho mejor y que había llegado su médico; pero tenía que permanecer en cama y parecía urgente la necesidad de una sangría. Pronto quedó el salón lleno de gente. La ausencia de la señorita Gormon permitió a las señoras comentar la escena tragicómica, extendida, embellecida, historiadada, bordada, festonada, que acababa de tener lugar y que al día siguiente habría de hacer que todo Alençon hablase de la señorita Cormon.

—Ese bueno de señor Du Bousquier, ¡cómo os llevaba! ¡Qué fuerza! —dijo Joseta a su dueña—. Realmente, estaba pálido a causa de vuestra indisposición. Os sigue queriendo.

Esta frase sirvió de broche a aquella solemne y terrible jornada.

Al día siguiente, durante toda la mañana, las menores circunstancias de esta comedia corrían por todas las casas de Alençon y, digámoslo para vergüenza de esa ciudad, ocasionaban en ellas una risa universal. Al día siguiente, la señorita Cormon, a quien la sangría había hecho mucho bien, habría parecido sublime a los más intrépidos burlones si hubieran sido testigos de la noble dignidad, de la magnífica

resignación cristiana que la animó cuando dio el brazo a su mixtificador involuntario para ir a desayunar. Cruels burlones que la satirizabais, habríais debido verla cuando decía al vizconde:

—La señora de Troisville encontrará aquí difícilmente un apartamento que le convenga; hacedme el favor, caballero, de aceptar mi casa todo el tiempo que necesitéis para arreglaros una quinta.

—Pero, señorita, tengo dos hijas y dos hijos, y os daríamos demasiadas molestias.

—No me neguéis este favor —dijo la señorita Cormon con una mirada llena de atrición.

—Yo os la ofrecía —dijo el abate— en la respuesta que os escribí, pero no la habéis recibido.

—¡Cómo! Tío, ¿vos sabíais...?

La pobre mujer se interrumpió. Joseta lanzó un suspiro. Ni el vizconde de Troisville ni el tío se dieron cuenta de nada. Después de desayunar, el abate de Sponde llevó al vizconde, como habían acordado el día anterior, para mostrarle en Alençon las casas que podía adquirir o los solares adecuados para edificar en ellos.

Habiendo quedado la señorita Cormon a solas con Joseta en el salón, díjole a ésta en tono quejumbroso:

—¡Ay, Joseta! A estas horas estoy siendo la comidilla de toda la ciudad.

—¡Bien, señorita, casaos!

—¡Pero, hijita, si no me he preparado para hacer una elección!

—¡Bah! Si yo estuviera en vuestro lugar, me casaría con el señor Du Bourquier.

—¡Pero es que el señor de Valois dice que es tan republicano!...

—Esos señores vuestros no saben lo que se dicen: pretenden que él robaba a la República; entonces es que no la amaba —dijo Joseta, marchándose.

«Esa muchacha es muy inteligente», repuso la señorita Cormon, quedándose sola, presa de sus perplejidades.

Vislumbraba que una rápida boda era el único medio de imponer silencio a la ciudad. Este último fracaso, tan evidentemente vergonzoso, era como para hacerle tomar una decisión extrema, porque las personas desprovistas de inteligencia difícilmente se salen de los senderos, buenos o malos, en los que han entrado. Cada uno de los dos solterones había comprendido la situación en que debía encontrarse la solterona; así, ambos se habían prometido ir por la mañana a saber noticias de ella y laborar cada cual por su propia causa. El señor de Valois consideró que la circunstancia exigía una *toilette* minuciosa, y se dio un baño y se acicaló muchísimo. Por primera y última vez, Cesarina le vio ponerse con increíble habilidad un poco de colorete. Du Bousquier, aquel tosco republicano, animado por una férrea voluntad, no prestó la menor atención a su *toilette*, y acudió el primero. Estos pequeños detalles deciden la fortuna de los hombres, como de los imperios. La carga de Kellermann en Marengo, la llegada de Blücher a Waterloo, el desdén de Luis XIV por el príncipe Eugenio, el cura de Denain, todas estas grandes causas de fortunas o de desastres, la

historia las registra; pero nadie las aprovecha para no descuidar nada de los hechos pequeños de la vida. Así, ved lo que sucede a menudo. La duquesa de Lengais se hace religiosa por no haber tenido diez minutos de paciencia; el juez Popinot aplaza para el día siguiente el ir a interrogar al marqués de Espard; Carlos Grandet regresa por Burdeos en lugar de hacerlo por Nantes. ¡Y la gente llama a estos sucesos azares, fatalidades! Un poco de colorete mató las esperanzas del caballero de Valois; aquel gentilhomme no podía perecer más que de esa manera: había vivido a causa de las Gracias, había de morir por mano de ellas. Mientras el caballero estaba dando los últimos toques a su *toilette*, el grueso Du Bousquier entraba en el salón de la solterona desolada. Esta entrada se combinó con un pensamiento favorable al republicano, a través de una deliberación en la que, sin embargo, el caballero tenía todas las ventajas.

«¡Dios lo quiere!», se dijo la solterona al ver a Du Bousquier.

—Señorita, supongo que no tomaréis a mal mi apresuramiento; no he querido fiarme de ese animal de Renato para saber noticias vuestras, y he venido yo mismo.

—Estoy completamente bien —respondió la señorita Cormon con voz emocionada—. Muchas gracias, señor Du Bousquier —añadió tras una pausa—, por la molestia que os habéis tomado y por las que os di ayer...

Se acordaba de haber estado en brazos de Du Bousquier, y este azar le parecía sobre todo una orden del cielo. Había sido vista por vez primera por un hombre, con su corsé roto, sus tesoros violentamente arrojados fuera de su estuche.

—Os llevaba con tanto cariño, que os encontré ligera.

En esto, la señorita Cormon miró a Du Bousquier como no había mirado aún a ningún hombre en el mundo. Animado, el abastecedor lanzó a la solterona una mirada que le llegó al corazón.

—Es una lástima —añadió— que ello no me haya dado derecho a conservaros siempre para mí. (Ella le oía extasiada.) Desvanecida, ahí, sobre ese lecho, dicho sea entre nosotros, estabais deslumbradora; no he visto en mi vida una persona más hermosa, ¡y yo he visto a muchas mujeres!... Las mujeres gordas tienen esto de bueno, que resultan soberbias al verlas; triunfan sólo con mostrarse.

—Vos queréis burlaros de mí —repuso la solterona—, y no está bien, cuando toda la ciudad quizás está dando una mala interpretación a lo que ayer me sucedió.

—Tan cierto como que me llamo Du Bousquier, señorita, que no he cambiado de sentimientos con respecto a vos, y vuestra primera negativa no me ha descorazonado.

La solterona había bajado los ojos. Hubo un momento de silencio, cruel para Du Bousquier. Pero la señorita Cormon tomó su decisión y levantó los párpados; sus ojos estaban llenos de lágrimas y miró tiernamente a Du Bousquier.

—Si es como decís, caballero —le dijo con voz trémula—, prometedme solamente vivir como cristiano, no contrariar jamás mis costumbres religiosas, dejadme en libertad para elegir a mis directores, y os concedo mi mano —dijo tendiéndosela.

Du Bousquier cogió aquella manaza llena de escudos e imprimió en ella un ósculo santo.

—Pero —dijo la señorita Cormon dejando que le besara la mano— he de pedir os aún otra cosa.

—Está concedida, y si es imposible se hará. (Reminiscencia de Beaujon.)

—¡Ay! —repuso la solterona—, por amor hacia mí tenéis que hacer os cargo de un pecado que sé que es enorme, porque la mentira es uno de los siete pecados capitales; pero os confesaréis, ¿no es cierto? Los dos haremos penitencia... (Se miraron los dos tiernamente.) Por otra parte, quizás entre en la calle de las mentiras que la Iglesia llama oficiosas...

—¿Será acaso como Susana? —pensaba Du Bousquier—. ¡Qué felicidad! Bien, señorita, ¿de qué se trata? —dijo en voz alta.

—Se trata de que pudieseis encargarnos...

—¿De qué?

—De decir que esta boda había sido convenida entre los dos desde hace seis meses...

—Mujer encantadora —dijo el abastecedor con el tono de un hombre que se sacrifica—, estos sacrificios no se hacen más que por una criatura adorada durante diez años.

—¿Entonces, a pesar de mis rigores? —dijo ella.

—Sí, a pesar de vuestros rigores.

—Señor Du Bousquier, yo os había juzgado mal.

Y le tendió su gran mano roja, que Du Bousquier volvió a besar.

En aquel momento se abrió la puerta, los dos prometidos miraron quién entraba, y vieron al delicioso, pero tardío caballero de Valois.

—¡Ah! —dijo al entrar—, ya estáis de pie, hermosa reina.

Ella sonrió al caballero y sintió cierta presión en el corazón. El señor de Valois, notablemente joven y seductor, parecía Lauzun entrando en el Palacio Real, visitando a la princesa.

—¡Eh!, querido Du Bousquier —dijo en tono zumbón, tan seguro estaba de su éxito—, el señor de Troisville y el abate de Sponde examinan vuestra casa como unos tasadores.

—A fe mía —dijo Du Bousquier— que si el vizconde de Troisville la quiere, puede ser suya por cuarenta mil francos. Me resulta completamente inútil. Si la señorita me lo permite... Es preciso que esto se sepa... Señorita, ¿puedo decirlo?... ¿Sí? Pues bien, sed el primero, *mi querido caballero* (la señorita Cormon bajó los ojos), a quien comunique el honor —dijo el ex abastecedor—, el favor que me concede la señorita, que yo he guardado en secreto desde hace más de seis meses. Nos casaremos dentro de unos días; el contrato ya está redactado; mañana lo firmaremos. Comprenderéis que mi casa de la calle del Cisne no me sirve para nada. Yo buscaba comprador, y el abate de Sponde, *que lo sabía*, ha conducido

naturalmente a mi casa al señor de Troisville.

Esta gran mentira tenía tanto viso de verdad, que el caballero se tragó la píldora. *Mi querido caballero* era como el desquite tomado por Pedro el Grande sobre Carlos XII en Pultawa por todas sus anteriores derrotas. Du Bousquier se vengaba así deliciosamente de mil rasgos picantes que había recibido en silencio; pero en su triunfo hizo un gesto de hombre joven, se pasó la mano por el tupé postizo... y lo movió de sitio.

—Os felicito al uno y al otro —dijo el caballero con aire; simpático—, y deseo que terminéis como en los cuentos de hadas: *Y fueron felices y tuvieron muchos hijos*.

Y diciendo esto, preparaba una pulgarada de rapé.

—Pero, señor mío, olvidáis que... lleváis tupé postizo —añadió con voz burlona.

Du Bousquier se sonrojó; tenía el tupé postizo a diez pulgadas de distancia de su cráneo. La señorita Cormon levantó los ojos, vio la desnudez del cráneo y volvió a bajarlos por pudor. Du Bousquier lanzó al caballero la más venenosa mirada que jamás sapo alguno haya podido lanzar sobre su presa.

—Infames aristócratas que me habéis despreciado —pensaba—, algún día os aplastaré.

El caballero de Valois creyó haber recuperado todas sus ventajas. Pero la señorita Cormon no era persona para comprender la relación que el caballero ponía entre el tupé postizo y su propio deseo; por otra parte, aunque lo hubiera comprendido, su mano ya no le pertenecía. El señor de Valois se dio cuenta de que todo estaba perdido. En efecto, al ver la inocente mujer que aquellos dos hombres permanecían silenciosos, quiso darles una ocupación.

—Vayan ustedes a jugar una partida de cientos —dijo sin malicia alguna.

Du Bousquier sonrió y fue, como futuro dueño de la casa, a tomar la mesa de cientos. El caballero de Valois, sea que hubiera perdido la cabeza, sea que quisiera permanecer allí para estudiar las causas de su desastre y poner remedio a ello, se dejó conducir como un carnero al que llevan al matadero. Había recibido el garrotazo más fuerte que se le puede propinar a un hombre, y un gentilhomme podía quedar aturdido con mucho menos. Pronto regresaron el digno abate de Sponde y el vizconde de Troisville. En seguida, la señorita Cormon se levantó, corrió a la antesala, tomó aparte a su tío y le comunicó al oído su decisión. Al enterarse de que la casa de la calle del Cisne convenía al señor de Troisville, rogó a su futuro que le hiciera el favor de decir que su tío ya sabía que estaba en venta. No se atrevió a confiar esta mentira a su tío, temiendo una distracción por parte de éste. La mentira prosperó más que si se hubiese tratado de una acción virtuosa. Durante la velada, todo Alençon se enteró de la gran noticia. Desde hacía cuatro días, la ciudad estaba ocupada como en los días nefastos de 1814 y 1815. Los unos reían, los otros admitían la boda, aquéllos la censuraban, éstos la aprobaban. La clase media de Alençon estaba contenta, viendo en ello una conquista. Al día siguiente, entre sus amigos, el caballero de Valois dijo estas crueles palabras:

—Los Cormon terminan como empezaron: de administrador a abastecedor no hay más que la mano.

La noticia de la elección efectuada por la señorita Cormon llegó al corazón del pobre Atanasio, pero no dejó traslucir nada de las horribles agitaciones de que se hallaba presa. Cuando se enteró de la boda, se encontraba en casa del presidente Du Ronceret, donde su madre estaba jugando una partida de *boston*. La señora Granson miró a su hijo a través de un espejo y vio que estaba pálido; pero ya lo estaba desde la mañana, porque había oído hablar vagamente de aquella boda. La señorita Cormon era una carta a la que Atanasio jugaba su vida, y el frío presentimiento de un desastre ya le estaba envolviendo. Cuando el alma y la imaginación han abultado la desgracia, hacen de ella un fardo demasiado pesado para los hombros y para la frente; cuando una esperanza largo tiempo acariciada, cuyas realizaciones apaciguaron el buitre ardiente que roe el corazón, es frustrada, y el hombre no tiene fe en sí mismo, a pesar de sus fuerzas, ni en el porvenir, a pesar del poder divino, entonces se desmorona. Atanasio era fruto de la educación imperial. La fatalidad, esa religión del emperador, descendió desde el trono hasta las últimas filas del ejército, hasta los bancos del colegio. Atanasio fijó sus ojos en el juego de la señora Du Ronceret con un estupor que bien podía pasar por indiferencia, y la señora Granson creyó haberse equivocado en cuanto a los sentimientos de su hijo.

La aparente despreocupación de Atanasio explicaba el hecho de haberse negado a hacer a aquella boda el sacrificio de sus opiniones *liberales*, palabra que acababa de ser creada por el emperador Alejandro, y que procedía, me parece, de madame de Staël, a través de Benjamín Constant. A partir de aquella fatal velada, el desdichado joven fue a pasear al lugar más pintoresco del Sarthe, en una orilla desde donde los dibujantes que se han ocupado de Alençon han tomado sus puntos de vista. Allí hay unos molinos. El río alegra los prados. Las márgenes del Sarthe se hallan bordeadas de elegantes árboles. En aquel paisaje no faltan ciertos elementos bellos que distinguen a Francia, donde los ojos jamás están fatigados por una intensa luz oriental, ni entristecidos por brumas en exceso constantes. Aquel lugar era solitario. En provincias, nadie presta atención a una linda vista, quizá por falta de poesía en el alma. Si en los pueblos hay un lugar, un paseo, desde donde se descubre una magnífica perspectiva, nadie va a aquel sitio. Atanasio se aficionó a aquella soledad animada por las aguas, donde los prados verdeaban bajo las primeras sonrisas del sol primaveral. Aquellos que le veían sentado bajo un chopo y recibían su mirada profunda, dijeron alguna vez a la señora Granson:

—A vuestro hijo le sucede algo.

—Yo ya sé lo que está haciendo —respondía la madre con aire satisfecho, dando a entender que estaba meditando una obra importante.

Atanasio no intervino más en asuntos de política, ya no tuvo opinión alguna; pero apareció varias veces bastante alegre, alegre de ironía, como aquellos que a solas insultan a todo un mundo. Aquel joven, al margen de todas las ideas, de todos los



placeres de la provincia, interesaba a pocas personas, y ni siquiera era objeto de curiosidad. Si hablaron de él a su madre, fue a causa de ésta. No hubo un alma que simpatizase con la de Atanasio; ni una mujer ni un amigo fueron a él para secar sus lágrimas, y él las arrojó al Sarthe. Si la magnífica Susana hubiera pasado por allí, ¡cuántas desgracias no hubiera impedido su encuentro!, porque aquellos dos seres se habrían amado. Sin embargo, ella fue allá. La ambición de Susana tuvo por causa el relato de una aventura asaz extraordinaria que, hacia el año 1799, habíase iniciado en la posada del *Moro* y este relato había causado un gran impacto en su mente infantil. Una prostituta de París, hermosa como los ángeles, había recibido el encargo de la policía de hacerse amar por el marqués de Montauran, uno de los jefes enviados por los Borbones para mandar a los chuanes; ella le encontró precisamente en la posada del *Moro* a su regreso de su expedición de Mortagne: lo sedujo y lo entregó. Esta fantástica persona, este poder de la belleza sobre el hombre, todo, en el asunto de María de Verneuil y el marqués de Montauran, deslumbró a Susana; desde que tuvo uso de razón experimentó el deseo de burlarse de los hombres. Unos meses después de su fuga no rehusó, pues, cruzar por su ciudad natal para ir a la Bretaña en compañía de un artista. Quiso ver Fougères, donde se había producido el desenlace de la aventura del marqués de Montauran, y recorrer el teatro de aquella guerra pintoresca cuyas tragedias, aún poco conocidas, habían mecido su infancia. Además, quería pasar por Alençon con tan brillante acompañamiento y tan perfectamente metamorfoseada, que nadie pudiera reconocerla. Pensaba poner en un solo instante a su madre al abrigo de la desgracia, y enviar delicadamente al pobre Atanasio la suma que en nuestra época es para el talento lo que era en la Edad Media el caballo de combate y la armadura que Rebeca procura a Ivanhoe.

Un mes transcurrió en las más extrañas alternativas con relación a la boda de la señorita Cormon. Hubo un partido de incrédulos que negó la boda, y un partido de creyentes que la afirmó. Al cabo de quince días, el partido de los incrédulos tuvo un estrepitoso fracaso: la casa de Du Bousquier fue vendida por cuarenta y tres mil francos al señor de Troisville, que no quería más que una casa muy sencilla en Alençon; porque más tarde había de ir a París cuando la princesa Sherbellov hubiera fallecido. Pensaba esperar pacientemente aquella herencia ocupado en la reconstitución de sus tierras. Esto parecía algo positivo. Los incrédulos no se dejaron abrumar. Pretendieron que, casado o no, Du Bousquier hacía un excelente negocio; su casa no le había costado más que veintisiete mil francos. Los creyentes fueron derrotados por esta perentoria observación de los incrédulos. Choisnel, el notario de la señorita Cormon, aún no había oído hablar de la primera palabra referente al contrato, decían aún los incrédulos. Los creyentes firmes en su fe, obtuvieron, el día que hacía veinte, una señalada victoria sobre los incrédulos. El señor Lepressoir, notario de los liberales, fue a casa de la señorita Cormon, donde el contrato fue firmado. Éste fue el primero de los numerosos sacrificios que la señorita Cormon había de hacer a su marido. Du Bousquier profesaba un odio profundo a Choisnel; le

atribuía las primeras calabazas que le había dado la señorita Armanda, y la negativa de la señorita Armanda había dictado, según él, la de la señorita Cormon. El viejo atleta del Directorio causó tan buena impresión en la noble solterona, que creía haber juzgado mal el alma hermosa del abastecedor, que quiso expiar sus pasados yerros, y sacrificó su notario a su amor. Sin embargo, le comunicó el contrato, y Choisnel, que era un hombre digno de Plutarco, defendió por escrito los intereses de la señorita Cormon. Esta sola circunstancia hacía que el matrimonio se fuera aplazando. La señorita Cormon recibió varias cartas anónimas. Se enteró, con gran asombro de su parte, que Susana era una muchacha tan virgen como pudiera serlo ella misma, y que el seductor del tupé postizo no había de figurar nunca en semejantes aventuras. La señorita Cormon desdeñó las cartas anónimas, pero escribió a Susana con la intención de ilustrar la religión de la Sociedad de maternidad. Susana, que sin duda se había enterado de la futura boda de Du Bousquier, confesó su engaño, envió mil francos a la asociación y perjudicó muchísimo al antiguo abastecedor. La señorita Cormon convocó la Sociedad de maternidad, que celebró una sesión extraordinaria, en la que se adoptó la decisión de que la oficina no socorrería las desgracias por suceder, sino únicamente las ya sucedidas. A pesar de todas estas cosas, que inundaban la ciudad de chismes destilados con glotonería, en la iglesia y en la alcaldía se pregonaban las amonestaciones. Atanasio tuvo que preparar las actas. Como medida de pudor público y de seguridad general, la prometida se fue al Prébaudet, adonde Du Bousquier, flanqueado de atroces y suntuosos ramos de flores, se dirigía por la mañana y regresaba a comer al atardecer. Finalmente, un día lluvioso y triste de junio, a mediodía, celebróse la boda de la señorita Cormon con el señor Du Bousquier, en la parroquia de Alençon, a la vista de todos. Los novios se dirigieron de su casa a la alcaldía y de la alcaldía a la iglesia en una calesa, magnífica para Alençon, que Du Bousquier había mandado venir secretamente de París. La pérdida de la vieja tartana fue a los ojos de toda la ciudad una especie de desastre. El talabartero de la puerta de Sééz puso el grito en el cielo, porque perdía cincuenta francos de renta procedentes de las reparaciones. Alençon vio con espanto cómo se introducía el lujo en la ciudad a través de la casa Cormon. Todos temían que se encarecieran los productos, se elevaran los precios de los alquileres y se produjera la invasión del mobiliario parisiense. Hubo personas bastante curiosas que dieron propina a Jacquelin para que les dejara contemplar de cerca la calesa que de tal modo atentaba contra la economía de la región. También causaron un buen susto los dos caballos comprados en Normandía.

—Si nosotros mismos compramos así nuestros caballos —dijo la sociedad Du Ronceret—, ya no podremos venderlos a los que vienen a buscárnoslos.

Aunque estúpido, el razonamiento pareció profundo, en cuanto a que impedía que la región acaparase dinero de fuera. Para la provincia, la riqueza de las naciones consiste menos en el movimiento activo del dinero que en una estéril acumulación del mismo. En fin, la fatal profecía de la solterona se vio cumplida. Penélope sucumbió a

la pleuresía que había contraído cuarenta días antes de la boda y nada pudo salvarle la vida. La señora Granson, Marieta, la señora Du Coudral, la señora Du Ronceret, toda la ciudad observó que la señora Du Bousquier había entrado en la iglesia *con el pie izquierdo*, presagio tanto más horrible cuanto que ya la palabra *la izquierda* estaba adquiriendo una acepción política. El sacerdote encargado de leer la fórmula abrió casualmente el libro por el pasaje del *De profundis*. Así, esta boda fue acompañada de circunstancias tan fatales, tan tempestuosas, tan fulmiantes, que nadie auguró nada bueno para ella. Todo fue de mal en peor. Los recién casados partieron en seguida para el Prébaudet. Así, pues, las costumbres parisienses iban a triunfar sobre las costumbres provincianas, decía la gente. Por la tarde, Alençon comentó todas estas bobadas; hubo una indignación bastante general en las personas que contaban con una de aquellas bodas de Camacho que se celebran siempre en los pueblos de provincia, y que la sociedad considera como si le fueran debidas. La boda de Joseta y Jacquelin se celebró con toda alegría: fueron las únicas dos personas que contradijeron las siniestras profecías.

Du Bousquier quiso emplear la ganancia obtenida con su casa en restaurar y modernizar el hotel Cormon. Había decidido pasar dos estaciones del año en el Prébaudet, y llevó allá a su tío de Sponde. Esta noticia sembró el pánico en la ciudad, donde todos presintieron que Du Bousquier iba a arrastrar a la comarca por la funesta senda del confort. Este miedo fue en aumento cuando la gente de la ciudad vio, una mañana, a Du Bousquier que iba del Prébaudet al Val-Noble para inspeccionar sus trabajos en el tálburi tirado por un caballo nuevo, llevando a su lado a Renato vestido de librea. El primer acto de su administración había consistido en invertir todas las economías de su mujer *en rentas* sobre el Libro de la Deuda Pública, las cuales eran a 67 francos 50 céntimos. En el espacio de un año, durante el cual jugó constantemente al alza, labróse una fortuna personal tan considerable como la de su mujer. Pero aquellos fulminantes presagios, aquellas innovaciones perturbadoras fueron sobrepasadas por un acontecimiento que se relacionaba con su boda y que la hizo parecer aún más funesta. La tarde misma de la celebración, Atanasio y su madre se encontraban, después de comer, delante de una pequeña lumbre de leña menuda que la sirvienta les encendía en el salón en el momento de los postres.

—Bien, esta tarde iremos a casa del presidente Du Ronceret, puesto que nos hemos quedado sin señorita Cormon —dijo la señora Granson—. ¡Dios mío!, jamás me acostumbraré a llamarla señora Du Bousquier. Este nombre me desgarrá los labios.

Atanasio miró a su madre con aire melancólico. Ya no era capaz de sonreír, y quería saludar, por así decirlo, aquel ingenuo pensamiento que vendaba su herida sin curarla.

—Mamá —dijo, adquiriendo de nuevo su voz de la infancia, tan suave se hizo su voz, de suerte que empleaba de nuevo aquella expresión abandonada desde hacía algunos años—, querida mamá, no salgamos todavía. ¡Se está tan bien aquí, junto a la

lumbre!

La madre oyó, sin comprenderla, aquella suprema súplica de un dolor mortal.

—Quedémonos, hijo mío —dijo—. Prefiero ciertamente charlar contigo, escuchar tus proyectos, que hacer una partida de *boston*, en la que puedo perder dinero.

—Estás muy guapa esta tarde; me gusta mirarte. Además, se invade una corriente de ideas que armoniza con este pobre saloncito en el que tanto hemos sufrido.

—Y en el que continuaremos sufriendo, mi pobre Atanasio, hasta que tus obras triunfen. Yo ya estoy hecha a la miseria; pero tú, cariño mío, ¡ver cómo tu hermosa juventud transcurre sin placer! No hay más que trabajo en tu vida. Este pensamiento es una enfermedad para una madre: me atormenta por las noches, y por la mañana me despierta. ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué es lo que os he hecho? ¿Por qué crimen me castigáis?

Abandonó su poltrona, tomó una silla y se arrimó a Atanasio de forma que apoyó la cabeza contra el pecho de su hijo. Hay siempre elegancia en el amor de una maternidad verdadera. Atanasio besó a su madre en los ojos, en los grises cabellos, en la frente, con la santa voluntad de apoyar su alma dondequiera que se apoyaban sus labios.

—¡No triunfaré jamás! —dijo, tratando de engañar a su madre sobre la funesta resolución que se agitaba en su mente.

—Vamos, ¿es que vas a desanimarte? Como dice tú mismo, el pensamiento lo es todo. Con diez botellas de tinta, diez resmas de papel y su gran voluntad, Lutero revolucionó a Europa. ¡Bien!, tú te ilustrarás, y harás bien con los mismos medios que a él le sirvieron para hacer mal. ¿No has dicho esto tú mismo? Yo te escucho, ya lo ves: te comprendo más de lo que tú crees, porque aún te llevo en mi seno, y el más pequeño de tus pensamientos resuena en él como antaño el más leve de tus movimientos.

—No triunfaré lejos de aquí, ¿sabes, mamá?, y no quiero darte el espectáculo de mi alma lacerada, de mis luchas, de mis angustias. ¡Oh!, madre mía, déjame que me vaya de Alençon; quiero ir a sufrir lejos de ti.

—Quiero estar siempre a tu lado —repuso su madre con orgullo—. ¿Sufrir sin tu madre, tu pobre madre que será tu criada si es preciso, que se escondería para no perjudicarte si tú lo exigieras, que no te acusaría de ser orgulloso? No, no, Atanasio, no nos separaremos nunca.

Atanasio besó a su madre con el ardor de un agonizante que besa la vida.

—Lo quiero, sin embargo —repuso—. Sin ello, tú me perderías... Este doble dolor, el tuyo y el mío, me mataría. Es mejor que viva, ¿no es cierto?

La señora Granson miró a su hijo con aire azorado.

—Veo que me ocultabas algo. Ya me lo decían. ¿De modo que piensas marcharte?

—Sí.

—No te irás sin decírmelo todo. Necesitas ropa, dinero. Tengo unos lises cosidos en mi refajo. Tengo que dártelos.

Atanasio rompió a llorar.

—Era todo cuanto tenía que decirte —repuso—. Ahora voy a llevarte a casa del presidente; vámonos...

El hijo y la madre salieron. Atanasio dejó a su madre junto a la puerta de la casa adonde iba ella a pasar la velada. Miró un buen rato la luz que se escapaba por las rendijas de los postigos. Luego murmuró cuando se acercaba a la orilla del Sarthe:

«¡Pobre madre, cómo la he engañado!»

Llegó delante del hermoso chopo bajo el cual tanto había meditado desde hacía cuarenta días y adonde había llevado dos grandes piedras para sentarse. Contempló aquella bella naturaleza, entonces iluminada por la luna; volvió a ver en algunas horas todo su porvenir de gloria; pasó por las ciudades que se emocionaban al oír su nombre; oyó los aplausos de la muchedumbre, respiró el incienso de las fiestas, adoró toda su vida soñada, se arrojó a radiantes triunfos, erigió su estatua, evocó todas sus ilusiones para decirles adiós en un último banquete olímpico. Esta magia había sido posible durante un instante; ahora habíase desvanecido para siempre. En aquel momento abrazó su hermoso árbol, al que se había arrimado como a un amigo; luego puso una piedra en cada uno de los bolsillos de su levita y la abrochó. Había salido adrede sin sombrero. Fue a reconocer el lugar profundo que había elegido desde hacía tiempo; se deslizó en él resueltamente, procurando no hacer ruido, y fue muy poco el que hizo. Cuando, hacia las nueve y media, la señora Granson volvió a su casa, su criada no le habló de Atanasio, pero le entregó una carta; la señora Granson la abrió y leyó estas pocas palabras:

«Mi buena madre, he partido; no me guardes rencor.»

—¡Buena la he hecho! —exclamó—. ¿Y su ropa blanca? ¿Y el dinero? Me escribirá, y yo iré a reunirme con él. Estos pobres hijos se creen siempre más listos que su padre y que su madre.

Y se acostó tranquila.

El Sarthe había sufrido la mañana anterior una crecida prevista por los pescadores. Estas crecidas de aguas turbias aportan anguilas arrastradas desde sus riachuelos. Ahora bien, un pescador había tendido sus redes en el lugar donde se había arrojado el pobre Atanasio creyendo que nunca más sería encontrado su cadáver. Hacia las seis de la mañana, el pescador se llevó de allí aquel cuerpo joven. Las dos o tres amigas que tenía la pobre viuda emplearon mil precauciones para prepararla a recibir aquellos despojos. La nueva de este suicidio tuvo, como es fácil comprender, una gran resonancia en Alençon. El día antes, aquel pobre hombre de talento no tenía ni un solo protector: al día siguiente de su muerte, mil voces exclamaron: «¡Yo habría podido ayudarle tanto!» ¡Resulta tan cómodo asumir gratuitamente una actitud caritativa! Aquel suicidio fue explicado por el caballero de Valois. El gentilhomme refirió, con un espíritu de venganza, el ingenuo, sincero, hermoso amor de Atanasio por la señorita Connon. La señora Granson, iluminada por el caballero, recordó mil pequeñas circunstancias y confirmó los relatos del señor de

Valois. La historia resultó conmovedora, y algunas mujeres lloraron. La señora Granson tuvo un dolor concentrado, mudo, que fue poco comprendido. Hay para las madres en luto dos clases de dolor. A menudo, la gente está en el secreto de su pérdida; su hijo, apreciado, admirado, joven o guapo, con hermosas perspectivas y bogando hacia la fortuna o ya glorioso, suscita universales nostalgias; la gente se asocia al luto y lo mitiga al aumentarlo. Pero hay el dolor de las madres, que son las únicas que saben lo que era su hijo, las únicas que recibieron sus sonrisas, que observaron los tesoros de aquella vida prematuramente malograda; aquel dolor esconde sus negros crespones cuyo color hace palidecer el de los otros lutos; pero este dolor no se describe, y afortunadamente hay pocas mujeres que sepan cuál ha sido la cuerda del corazón que se ha roto para siempre. Antes de que la señora Du Bousquier regresara a la ciudad, la presidenta Du Ronceret, una de sus buenas amigas, había ido ya a arrojar aquel cadáver sobre las rosas de su alegría, a comunicarle el amor que se había negado a sí misma; derramó suavemente mil gotas de amargo ajeno sobre la dulce miel de su primer mes de matrimonio. Cuando la señora Du Bousquier regresó a Alençon encontró casualmente a la señora Granson en la esquina de Val-Noble... La mirada de la madre, agonizante de tristeza, llegó al fondo del corazón de la ex solterona. Fueron a la vez mil maldiciones en una sola. La señora Du Bousquier se asustó; aquella mirada le había predicho, le había deseado la desgracia. La misma tarde del desastre, la señora Granson, una de las personas más contrarias al párroco al pensar en la inflexibilidad de las doctrinas católicas profesadas por su propio partido. Después de haber envuelto ella misma a su hijo en una mortaja, pensando en la madre del Salvador, la señora Granson dirigióse con el alma agitada por terrible angustia a la casa del cura juramentado. Encontró al modesto sacerdote ocupado en almacenar los cáñamos y los linos que daba a hilar a todas las mujeres, a todas las jóvenes pobres de la ciudad, con objeto de que las obreras no careciesen nunca de trabajo, caridad bien entendida que salvó a más de un hogar incapaz de mendigar. El cura abandonó su cáñamo y se apresuró a llevar a la señora Granson a la sala, donde la madre desolada reconoció, al ver la cena del cura, la frugalidad de su propio hogar.

—Señor abate —le dijo—, vengo a rogaros...

Y se echó a llorar, sin poder continuar.

—Sé lo que os trae —respondió el santo varón—; pero confío en vos, señora, y en vuestra parienta, la señora Du Bousquier, para aplacar al señor obispo.

»Sí, yo rezaré por vuestro hijo desdichado y diré misas; pero evitemos todo escándalo y no demos pie a que la gente mala de la ciudad se congregue en la iglesia... Yo solo, sin clero, por la noche...

—¡Sí, sí, lo que queráis, con tal de que esté en tierra santa! —dijo la pobre madre cogiendo la mano del sacerdote y besándosela.

Hacia la medianoche, pues, un ataúd fue clandestinamente llevado a la parroquia por cuatro jóvenes, los compañeros más amados de Atanasio. Había en la casa

algunas amigas de la señora Granson, grupos de mujeres vestidas de negro y cubiertas con velos; luego los siete u ocho jóvenes que habían recibido algunas confidencias de aquel talento que había expirado. Cuatro antorchas iluminaban el ataúd cubierto por un crespón. El cura, asistido por un discreto monaguillo, dijo una misa mortuoria. Luego, el suicida fue llevado sin ruido a un rincón del cementerio, donde una cruz de madera ennegrecida, sin inscripción, indicó su lugar a la madre. Ninguna voz acusó al cura y el obispo guardó silencio. La piedad de la madre redimió la impiedad del hijo.

Unos meses más tarde, un atardecer, la pobre mujer, loca de dolor y movida por la inexplicable sed que sienten los desgraciados de sumergir los labios en su amargo cáliz, quiso ir a ver el lugar donde su hijo se había ahogado. Su instinto le decía quizá que bajo aquel chopo podría reanudar los pensamientos de su hijo; quizá también deseaba ver lo que su hijo había visto por última vez. Hay madres que morirían al contemplar este espectáculo; otras se entregan a él con santa adoración. Los pacientes anatómicos de la naturaleza humana no podrían cansarse de repetir las verdades contra las cuales se quiebran las educaciones, las leyes y los sistemas filosóficos. Hay que reconocer que es absurdo querer reducir los sentimientos a fórmulas idénticas; al producirse en cada persona, se combinan con los elementos que le son propios y adquieren su fisonomía.

La señora Granson vio de lejos acercarse a una mujer que exclamó, al hallarse en el lugar fatal:

—¡Es, pites, ahí!

Una sola persona estaba llorando allí como lloraba la madre: esa criatura era Susana. Habiendo llegado por la mañana al hotel del Moro, se enteró de la desgracia. Si el pobre Atanasio hubiese vivido, ella habría podido hacer lo que algunas personas nobles, sin dinero, sueñan hacer, y aquello en que nunca piensan los ricos; ella habría enviado unos miles de francos escribiendo encima: *Dinero debido a vuestro padre por un compañero que os lo devuelve a vos*. Este divino ardid lo había ideado Susana durante su viaje.

La cortesana vio a la señora Granson y se alejó precipitadamente después de haberle dicho:

—¡Yo le amaba!

Susana, fiel a su modo de ser, no abandonó Alençon sin antes haber cambiado en flores de nenúfar las flores de azahar que coronaban a la casada. Ella fue la primera en declarar que la señora Du Bousquier no pasaría nunca de ser la señorita Cormon. Con un golpe de lengua vengó a Atanasio y a su querido caballero de Valois.

Alençon fue testigo de un suicidio continuo digno de otra clase de compasión, porque Atanasio fue en seguida olvidado por la sociedad, que quiere y debe olvidar a sus muertos. El pobre caballero de Valois murió en vida, se suicidó todas las mañanas durante catorce años. Tres meses después de la boda de Du Bousquier, la sociedad advirtió, no sin asombro, que la ropa blanca del caballero había perdido su blancura y

sus cabellos estaban irregularmente peinados. El caballero de Valois ya no existía. Algunos dientes de marfil desertaron, sin que los observadores del corazón humano pudiesen descubrir a qué cuerpo habían pertenecido, si eran de la legión extranjera o indígenas, vegetales o animales, si la edad los arrancaba al caballero o si eran olvidados en el cajón de su tocador. La corbata se enrolló sobre sí misma, indiferente a la elegancia. Los cabellos palidieron al cubrirse de grasa. Las arrugas de la cara se ennegrecieron y la piel se apergaminó. Las uñas descuidadas quedaron a veces ribeteadas de un borde de terciopelo negro. El algodón de sus orejas sólo raras veces era renovado. La tristeza se alojó en aquella frente y deslizó sus tonos amarillentos hasta el fondo de las arrugas. En fin, las minas tan sabiamente contenidas agrietaron aquel hermoso edificio y mostraron cuánto poder tiene el alma sobre el cuerpo, puesto que el hombre rubio, el caballero, el joven elegante murió cuando le faltó la esperanza. El gentilhomme no salvó más que el estómago en aquel naufragio de todas sus esperanzas, puesto que si preparaba cada vez con menos entusiasmo sus pulgares de rapé, seguía comiendo con hambre canina. Adivinaréis el desastre que este acontecimiento acarrió a las ideas si os decimos que el señor de Valois conversaba cada vez más raramente con la princesa Goritza. Esta bancarrota de la elegancia fue terrible, os lo aseguro, e impresionó a todo Alençon. Aquel hombre casi joven que se había convertido en un viejo, aquel personaje que, bajo la derrumbe de su alma, pasaba de los cincuenta a los noventa años, asustó a la sociedad. Además, reveló su secreto: había esperado, había acechado a la señorita Cormon; había, cazador paciente, estado apuntando durante diez años, pero había fallado el tiro. Finalmente, la República impotente había triunfado sobre la valiente aristocracia, ¡y en plena Restauración! La forma triunfaba sobre el fondo, el espíritu era vencido por la materia, la diplomacia por la insurrección. ¡Última desgracia!: Una joven ofendida reveló el secreto de las andanzas nocturnas del caballero, y éste pasó por ser un libertino. Los liberales le atribuyeron los niños abandonados de Du Bousquier y el Faubourg Saint-Germain de Alençon los aceptó con mucho orgullo, y rió diciendo: «Ese buen caballero, ¿qué queríais que hiciera?» Compadeció al caballero, reanimó sus sonrisas y un odio espantoso se acumuló sobre la cabeza de Du Bousquier. Once personas se pasaron a los de Esgrignon y abandonaron el salón Cormon.

Esta boda tuvo sobre todo por efecto el de delimitar los partidos en Alençon. La casa de Esgrignon representó a la alta aristocracia, porque los Troisville, a su regreso, se adhirieron a ella. La casa Cormon representó bajo la hábil influencia de Du Bousquier aquella fatal opinión que, sin ser realmente liberal ni resueltamente realista, dio a luz a los 221, el día en que la lucha se precisó entre el poder más augusto, más grande, el único poder verdadero, la *realeza* y el más falso, el más cambiante, el más opresor, el poder llamado *parlamentario*, ejercido por las asambleas electivas. El salón Du Ronceret, secretamente aliado al salón Cormon, fue osadamente liberal.

A su regreso del Prébaudet, el abate de Sponde experimentó continuos



sufrimientos, que escondió en el fondo de su alma y sobre los cuales guardó silencio ante su sobrina; pero abrió su corazón a la señorita Armada, a la que confesó que, locura por locura, habría preferido al caballero de Valois antes que *al señor Du Bousquier*. Jamás habría tenido el caballero el mal gusto de contrariar a un pobre anciano al que no le quedaban más que unos días de vida. Du Bousquier había destruido todo lo de la casa. El abate dijo, con sus apagados ojos llenos de lágrimas:

—Señorita, ya no tengo el porche por el que me paseaba desde hace cincuenta años. Mis amados tilos han sido cortados. En el momento de mi muerte, la República me parece aún bajo la forma de un horrible trastorno a domicilio.

—Tenéis que perdonar a vuestra sobrina —dijo el caballero de Valois—. Las ideas republicanas constituyen el primer error de la juventud, que busca la libertad, pero que encuentra el más horrible de los despotismos, el de la chusma impotente. Vuestra pobre sobrina no es castigada por su pecado.

—¿Qué va a ser de mí, en una casa en la que danzan mujeres desnudas por las paredes? ¿Dónde volver a encontrar los tilos bajo los cuales yo leía mi breviario?

Semejante a Kant, que no pudo coordinar sus ideas cuando le hubieron cortado el pino que tenía costumbre de contemplar durante sus meditaciones, así tampoco pudo el bueno del abate obtener el mismo impulso en sus oraciones al caminar a través de unas avenidas sin sombra. Du Bousquier habla mandado plantar un jardín inglés

—Era mejor —decía la señora Du Bousquier sin pensarlo; pero el abate Couturier la había autorizado a cometer muchas tonterías para complacer a su marido.

Esta restauración quitó todo el lustre, toda la sencillez y aspecto patriarcal a la vieja mansión. Semejante al caballero de Valois, cuya incuria podía ser considerada como una abdicación, la majestad burguesa del salón de los Cormon dejó de existir cuando fue blanco y oro, amueblado con otomanas de caoba y tapizado de seda azul. El corredor, adornado a la moderna, hizo que los platos fuesen menos calientes y no se comía tan bien como antes. El señor Du Coudrai pretendía que se sentían los juegos de palabras detenidos en la garganta por las figuras pintadas en las paredes y que le miraban fijamente. En el exterior, la provincia respiraba todavía, pero el interior de la casa revelaba al abastecedor del Directorio. Fue el mal gusto del agente de cambio: columnas de estuco, puertas de vidrio, perfiles griegos, molduras secas, todos los estilos mezclados, una magnificencia fuera de lugar. La ciudad de Alençon habló durante quince días de aquel lujo, que parecía inaudito; luego, unos meses más tarde, sintióse orgullosa y algunos fabricantes ricos renovaron su mobiliario y se hicieron hermosos salones. Los muebles comenzaron a hacer su aparición en la ciudad. El abate de Sponde fue uno de los primeros en penetrar en las secretas desgracias que aquel matrimonio había de acarrear a la vida íntima de su sobrina bienamada. El carácter de noble sencillez que regía su común existencia perdióse desde el primer invierno, durante el cual Du Bousquier dio dos bailes al mes. ¡Oír los violines y la música profana de las fiestas mundanas en aquella santa casa! Mientras duraba todo este jolgorio, el abate rezaba de rodillas. Luego, el sistema político de

aquel grave salón fue pervertido lentamente. El vicario general se estremecía ante el tono imperioso de Du Bousquier; advirtió lágrimas en los ojos de su sobrina cuando ésta perdió el gobierno de su fortuna y cuando su marido le dejó únicamente la administración de la ropa blanca, de la mesa y de las cosas propias de las mujeres. Rosa ya no tenía órdenes que dar. La voluntad del señor era la única escuchada por Jacquelin, que había pasado exclusivamente a ser cochero; por Renato, el botones; por un jefe de personal, llegado de París, porque Marieta ya no se ocupó más que de la cocina. La señora Du Bousquier ya no tuvo que regentar más que a Joseta. ¿Sabe el lector lo que cuesta renunciar a las deliciosas costumbres del poder? Si el triunfo de la voluntad es uno de los placeres embriagadores de la vida de los grandes hombres, lo es todo para la vida de los seres limitados. Hace falta haber sido ministro y luego caer en desgracia para conocer el amargo dolor que embargó el alma de la señora Du Bousquier cuando se vio reducida al ilotismo más completo. A menudo montaba en el coche mal de su grado, veía a personas que no le agradaban; ya no tenía la administración de su querido dinero, ella que se había visto libre para gastar lo que quisiera y que entonces no gastaba nada. ¿Todo límite impuesto no inspira acaso el deseo de ir más allá? ¿Los sufrimientos más vivos no vienen por ventura del libre albedrío contrariado? Estos comienzos no fueron más que rosas. Cada concesión hecha a la autoridad marital fue entonces aconsejada por el amor de la pobre mujer hacia su esposo. Du Bousquier se portó al principio admirablemente con su mujer. Esta habitación, tanto tiempo desierta, oyó por la noche la voz de los dos cónyuges junto al fuego. Así, durante los dos primeros años de su matrimonio, la señora Du Bousquier se mostró muy satisfecha. Tenía aquel aire deliberado, alegre, que distingue a las jóvenes después de una boda por amor. La sangre ya no la atormentaba. Esta actitud desorientó a los burlones, desmintió los rumores que circulaban sobre Du Bousquier y desconcertó a los observadores del corazón humano. Rosa María Victoria temía tanto, al contrariar a su marido, verse privada de su compañía, que le habría sacrificado todo, incluso su tío. Las pequeñas y bobas alegrías de la señora Du Bousquier engañaron al pobre abate de Sponde, que soportó mejor sus sufrimientos personales al pensar que su sobrina era dichosa. Alençon pensó al principio como el abate. Pero había un hombre más difícil de engañar que toda la ciudad: el caballero de Valois, refugiado en el monte sagrado de la alta aristocracia, se pasaba la vida en casa de los de Esgrignon, escuchaba las maledicencias y los chismes, y pensaba de día y de noche en no morir sin venganza. Había abatido al hombre de los retruécanos, quería asestar a Du Bousquier una herida en el corazón. El pobre abate comprendió las cobardías del primer y único amor de su sobrina, y temblaba al adivinar el carácter hipócrita de su sobrino y sus pérfidas maniobras. Aunque Du Bousquier se hiciera fuerza a sí mismo al pensar en la sucesión de su tío y no quisiera darle ningún disgusto, le asestó un último golpe que lo llevó a la tumba. Si queréis cambiar la palabra *intolerancia* por la expresión *firmeza en los principios*; si no queréis condenar en el alma católica del antiguo

vicario general el estoicismo que Walter Scott os hace admirar en el alma puritana del padre de Jeanie Deans; si queréis reconocer en la Iglesia romana el *Potius mori quam foedari* que admiráis en la opinión republicana, comprenderéis el dolor que se apoderó del gran abate de Sponde cuando vio en el salón de su sobrino al sacerdote apóstata, renegado, relapso, herético, enemigo de la Iglesia, el cura fautor del juramento constitucional. Du Bousquier, cuya secreta ambición era la de gobernar la región, quiso, como primera prenda de su poder, reconciliar al ecónomo de San Leonardo con el cura párroco, y logró lo que se proponía. Su mujer creyó realizar una obra de paz allí donde, según el inmutable abate, había traición. El señor de Sponde se vio solo, abandonado en su fe. El obispo fue a casa de Du Bousquier y pareció satisfecho de que hubieran cesado las hostilidades. Las virtudes del abate Francisco lo habían vencido todo, excepto al romano católico capaz de exclamar con Corneille:

«¡Dios mío, cuántas virtudes me hacéis odiar!»

El abate murió cuando expiró la ortodoxia en la diócesis. En 1819, la sucesión del abate de Sponde hizo ascender las rentas territoriales de la señora Du Bousquier a veinticinco mil libras, sin contar el Prébaudet ni la casa de Val-Noble. Fue hacia esa época cuando Du Bousquier devolvió a su mujer el capital de las economías que ella le había entregado; lo hizo emplear en la adquisición de bienes contiguos al Prébaudet y convirtió así estas tierras en una de las fincas más considerables del departamento, porque las tierras que habían pertenecido al abate de Sponde lindaban con las del Prébaudet. Nadie conocía la fortuna personal de Du Bousquier y hacía valer sus capitales en casa de los Keller, en París, donde hacía cuatro viajes al año. Pero en aquella época pasaba por ser el hombre más rico del departamento del Orne. Este hombre hábil, el eterno candidato de los liberales, a quien constantemente faltaron siete u ocho votos en todas las batallas electorales libradas bajo la Restauración, y que ostensiblemente repudiaba a los liberales queriendo hacerse elegir como realista ministerial, sin poder nunca vencer las repugnancias de la administración, a pesar del auxilio de la congregación y de la magistratura; este republicano odioso, lleno de ambición, concibió la idea de luchar contra el realismo y la aristocracia en esta región, en el momento en que estaban triunfando. Du Bousquier se apoyó en el clero por medio de las engañosas apariencias de una piedad bien simulada: acompañó a su mujer a misa, dio dinero para los conventos de la ciudad, sostuvo la congregación del Sagrado Corazón, se pronunció en favor del clero en todas las ocasiones en que el clero combatió a la ciudad, al departamento o al Estado. Apoyado secretamente por los liberales, protegido por la Iglesia, permaneciendo realista constitucional, fue minando sin cesar la aristocracia del departamento para arruinarla, y la arruinó. Atento a las faltas cometidas por los personajes más conspicuos de la nobleza y por el gobierno, realizó, con la ayuda de la burguesía, todas las mejoras que la nobleza, la dignidad de par y el ministerio debían inspirar, dirigir, y que ellos obstaculizaban a causa de los estúpidos celos de los poderes de Francia. La opinión constitucional triunfó en el asunto del clero, en la

erección del teatro, en todas las cuestiones de ampliación presentadas por Du Bousquier, quien las hacía proponer por el partido liberal, al cual él se adhería en el más fuerte de los debates objetando el bien del país. Du Bousquier industrializó el departamento. Aceleró la prosperidad de la provincia odiada por las familias que vivían en la ruta de Bretaña. Preparaba de este modo su venganza contra los dueños de castillos, y sobre todo contra los de Esgrignon, en el seno de los cuales estuvo un día a punto de hundir un puñal envenenado. Dio fondos para reanimar las fábricas de punto de Alençon, reavivó el comercio de tejidos y la ciudad tuvo una fábrica de hilados. Al inscribirse así en todos los intereses y en el corazón de la masa, al hacer lo que la realeza no hacía, Du Bousquier no arriesgaba ni un centavo. Apoyado por su fortuna, podía aguardar las realizaciones que a menudo emprendedoras, pero apuradas, se ven obligadas a abandonar en manos de felices sucesores. Erigióse en banquero. Este Laffitte en tono menor era comanditario de todas las invenciones nuevas, tomando sus garantías. Realizaba muy bien sus negocios mientras obraba el bien público; era el promotor de los seguros, el protector de las nuevas empresas de coches públicos; sugería las peticiones para solicitar a la administración los caminos y los puentes necesarios. Así prevenido, el gobierno veía mía usurpación de su autoridad. Las luchas se efectuaban torpemente, porque el bien del país exigía que la prefectura cediese. Du Bousquier azuzaba la nobleza de provincia contra la nobleza de corte y contra los pares. En fin, preparó la terrible adhesión de una parte considerable del realismo constitucional a la lucha que sostuvieron el *Journal des Débats* y el señor de Chateaubriand contra el trono, ingrata oposición basada en intereses bastardos, y que fue una de las causas del triunfo de la burguesía y del periodismo en 1830. Así Du Bousquier, como las personas a las que representaba, tuvo la satisfacción de ver pasar el convoy de la realeza, sin que ninguna simpatía lo acompañase en la provincia desafecta por las mil causas que se encuentran todavía aquí enumeradas de un modo incompleto. El viejo republicano, cargado de misas, y que durante quince años había representado la comedia con objeto de satisfacer su *vendetta*, derribó él mismo la bandera blanca de la alcaldía bajo los aplausos del pueblo. Ningún hombre en Francia lanzó sobre el nuevo trono levantado en agosto de 1830 una mirada más ebria de gozosa venganza. Para él, el advenimiento de la rama menor constituía el triunfo de la Revolución. Para él, el triunfo de la bandera tricolor era la resurrección de la Montaña, que esta vez iba a abatir a los nobles por procedimientos más seguros que el de la guillotina, en el sentido de que su acción sería menos violenta. La dignidad de par sin sucesión hereditaria, la guardia nacional que pone en el mismo lecho de campaña al droguero de la esquina y al marqués, la abolición de los mayorazgos reclamada por un burgués abogado, la Iglesia católica privada de su supremacía, todas las invenciones legislativas de agosto de 1830 fueron para Du Bousquier la más sabia aplicación de los principios de 1793. A partir de 1830, este hombre fue recaudador general. Se apoyó para conseguir lo que se proponía en sus relaciones con el duque de Orleáns, padre del rey Luis Felipe, y con

el señor de Folmon, antiguo mayordomo de la duquesa viuda de Orleáns. Recibió ochenta mil libras de renta. A los ojos de su país, el señor Du Bousquier es un hombre de bien, un hombre respetable, invariable en sus principios, íntegro, servicial. Alençon le debe el haberse asociado al movimiento industrial que hace de la ciudad el primer eslabón mediante el cual la Bretaña se unirá quizás un día a lo que llaman la civilización moderna. Alençon, que en 1816 no contaba dos coches propios, vio en diez años circular por sus calles calesas, cupés, landos, cabriolés y tálburis sin asombrarse por ello. Los burgueses y los propietarios, asustados de momento al ver subir los precios de las cosas, reconocieron más tarde que este aumento tenía una reacción financiera en sus ingresos. Las palabras proféticas del presidente Du Ronceret, *Du Bousquier es un hombre muy fuerte*, fueron adoptadas por la región entera. Pero desgraciadamente para su mujer, esta frase es un horrible contrasentido. El marido no se parece en nada al hombre público y político. Este gran ciudadano, tan liberal fuera de casa, tan buena persona, animado de tanto amor para su país, es un déspota en el hogar y completamente desprovisto de amor conyugal. Este hombre tan perfectamente astuto, hipócrita redomado, este Cromwell de Val-Noble, se comporta en su casa como se comportaba con la aristocracia, a la que acariciaba para poderla degollar. Como su amigo Bernadotte, cubrió con un guante de terciopelo su mano de hierro. Su mujer no le dio hijos. Las palabras de Susana y las insinuaciones del caballero de Valois se hallaron así justificadas. Pero la burguesía liberal, la burguesía realista constitucional, los hidalgos de gotera y el «partido sacerdote», como decía *Le Constitutionnel*, echaron la culpa a la señora Du Bousquier. ¡El señor Du Bousquier se había casado con ella siendo tan vieja!, decían. Por otra parte, ¡qué suerte para esa pobre mujer, porque a su edad era tan peligroso tener hijos! Si la señora Du Bousquier confiaba llorando sus desesperaciones periódicas a la señora Du Coudrai y a la señora Du Ronceret, estas damas le decían:

—¡Pero vos estáis loca, querida! No sabéis lo que deseáis; un hijo sería vuestra muerte.

Además, muchos hombres que, como el señor Du Coudrai, ponían sus esperanzas en el triunfo de Du Bousquier, hacían entonar sus alabanzas a sus mujeres. La antigua solterona era asesinada por estas frases crueles:

—Habéis tenido mucha suerte, querida, de haberos casado con un hombre tan competente; evitaréis las desgracias de las mujeres que se han casado con hombres sin energía, incapaces de dirigir su fortuna y educar a sus hijos.

—Vuestro marido os convierte en la reina de la región, hermosa mía. Jamás os dejará en un apuro. Lleva a todo Aleaçon por donde quiere.

—Pero es que yo quisiera —decía la pobre mujer— que se ocupara menos del público, y que...

—Sois muy difícil de contentar, querida señora Du Bousquier; todas las mujeres os envidian el marido que tenéis.

Mal juzgada por el mundo, que empezó por echarle la culpa de todo, aquella

cristiana halló en su interior una amplia carrera en la que desplegar sus virtudes. Vivió en un mar de lágrimas y no cesó de ofrecer al mundo un semblante plácido. ¿No era un crimen, para un alma piadosa como la de ella, este pensamiento que de continuo le picoteaba el corazón: «Yo amaba al caballero de Valois y he aquí que soy la señora de Du Bousquier»? El amor de Atanasio se elevaba también bajo la forma de remordimiento y la perseguía en sus sueños. La muerte de su tío, cuyos pesares se habían hecho evidentes, hizo que su futuro fuese aún más doloroso, porque pensaba siempre en los padecimientos que su tío debió de experimentar al ver el cambio de las doctrinas políticas y religiosas de la casa Cormon. A menudo la desgracia se abate con la rapidez del rayo, como en casa de la señora Granson; pero en el caso de la ex solterona fue extendiéndose como una gota de aceite que no abandona la tela hasta después de haberla empapado lentamente.

El caballero de Valois fue el malicioso artesano del infortunio de la señora Du Bousquier. Habíase propuesto vengarse; porque el caballero, tan experto en amor, adivinó al Du Bousquier casado como había adivinado al Du Bousquier soltero. Pero el profundo republicano era difícil de sorprender: su salón estaba naturalmente cerrado al caballero de Valois como a todos aquellos que durante los primeros días de su boda habían renegado de la casa Cormon.

Además, estaba por encima del ridículo, poseía una inmensa fortuna, reinaba en Alençon y se preocupaba por su mujer tanto como Ricardo III se habría preocupado al ver reventar al caballo con ayuda del cual había ganado la batalla. Por complacer a su marido, la señora Du Bousquier había roto con la casa de Esgrignon, adonde ya no iba nunca; pero cuando su marido la dejaba sola, durante sus viajes a París, ella hacía entonces una visita a la señorita Armanda. Ahora bien, dos años después de su boda, precisamente a la muerte del abate de Sponde, la señorita Armanda abordó a la señora Du Bousquier al salir de San Leonardo, donde había oído una misa por el difunto abate. La generosa solterona creyó que en tales circunstancias debía consolar a la desolada heredera. Caminaron juntas, charlando sobre el caro difunto, desde San Leonardo hasta el Cours; y desde el Cours llegaron al hotel prohibido al cual la señorita Armanda arrastró a la señora Du Bousquier por el encanto de su conversación. Quizá la pobre mujer desolada quería conversar acerca de su tío con una persona a la que él tanto amó. Además, quiso recibir los cumplidos del anciano marqués, al que no había vuelto a ver desde hacía tres años aproximadamente. Era la una y media, y encontró allí al caballero de Valois, que había ido a comer, y el cual, al saludarla, le cogió ambas manos.

—Bien, mi querida y virtuosa dama —le dijo con voz conmovida—, hemos perdido a nuestro santo amigo; hemos compartido vuestro duelo; sí, vuestra pérdida ha sido tan profundamente sentida aquí como en vuestra casa...

Tras algunas palabras de oración fúnebre en la que cada cual hizo su frase, el caballero tomó galantemente el brazo de la señora Du Bousquier y lo puso encima del suyo, lo apretó adorablemente y llevó a la dama junto a una ventana.

—¿Sois feliz por lo menos? —le preguntó con voz paternal.

—Sí —dijo ella bajando los ojos.

Al oír este *sí*, la señora de Troisville, hija de la princesa Sherbellov, y la anciana marquesa de Casterán fueron a reunirse con el caballero, acompañadas de la señorita Armanda. Todas fueron a pasear por el jardín, aguardando la comida, sin que la señora Du Bousquier, atontada por el dolor, se diera cuenta de que las damas y el caballero llevaban una pequeña conspiración de curiosidad: «Ahora que la tenemos entre nosotros, hemos de descifrar el enigma», era una frase escrita en las miradas que aquellas personas se lanzaron las unas a las otras.

—Para que vuestra dicha fuera completa —dijo la señorita Armanda— os haría falta tener hijos, un guapo muchacho como mi sobrino...

Los ojos de la señora Du Bousquier se llenaron de lágrimas.

—He oído decir que en este asunto vos erais la única culpable —dijo el caballero—, que teníais miedo a un embarazo.

—¿Yo? —repuso ella ingenuamente—. ¡Pero si yo desearía un hijo a cambio de cien años de infierno!

Sobre esta base se promovió una discusión dirigida con perfecta delicadeza por la señora vizcondesa de Troisville y la anciana marquesa de Casterán, que embaucaron tan cabalmente a la pobre mujer, que ésta les reveló, sin darse cuenta, los secretos de su hogar. La señorita Armanda había cogido del brazo al caballero y se había alejado, con objeto de que las tres mujeres siguieran hablando del matrimonio. La señora Du Bousquier reveló entonces las mil decepciones de su matrimonio; y como seguía siendo tan tonta como antes, divirtió a sus confidentes con sus deliciosas ingenuidades. Aunque, en el primer instante, el casamiento de la señorita Cormon diera que reír a toda la ciudad, sin embargo, pronto iniciada en las maniobras de Du Bousquier, la señora Du Bousquier ganóse, el aprecio y las simpatías de todas las mujeres. En tanto que la señorita Cormon había corrido tras el matrimonio sin conseguirlo, todos se burlaban de ella; pero cuando se enteraron de la situación excepcional en que la colocaba la severidad de sus principios religiosos, todo el mundo la admiró. *Esa pobre señora Du Bousquier* sustituyó al *esa pobre señorita Cormon*. El caballero hizo así por algún tiempo que Du Bousquier se convirtiera en un ser odioso y ridículo, pero el ridículo acabó por atenuarse; y cuando cada cual hubo dicho lo suyo acerca de él, la maledicencia se cansó y le dejó en paz. Además, a los cincuenta y siete años de edad, el silencioso republicano parecía tener derecho, a los ojos de muchas personas, al retiro. Esta circunstancia emponzoñó de tal modo el odio que Du Bousquier profesaba contra la casa de Esgrignon, que le volvió implacable en el día de la venganza. La señora Du Bousquier recibió la orden de no volver a poner los pies nunca más en aquella casa. Como represalias por la mala pasada que le había jugado el caballero de Valois, Du Bousquier, que acababa de fundar el periódico *El Correo del Orne*, hizo insertar en éste el anuncio siguiente:

«Se entregará una inscripción de mil francos de renta a la persona que pueda demostrar la existencia de un tal señor de Pombreton, antes, durante o después de la emigración.»

Aunque su matrimonio fuese esencialmente negativo, la señora Du Bousquier vio en él ciertas ventajas: ¿no era mejor interesarse por el hombre más notable de la ciudad que vivir sola? Du Bousquier era aún preferible a los perros, a los gatos, a los canarios que adoran los solteros; profesaba a su mujer un sentimiento más real y menos interesado que el de las sirvientas, confesores y captadores de herencias. Más tarde vio en su marido el instrumento de la cólera celestial, porque reconoció pecados innumerables en todos sus deseos de casarse; se consideró como justamente castigada por las desdichas que había ocasionado a la señora Granson y por la muerte anticipada de su tío. Obedeciendo a esta religión que manda besar la vara con la cual se ha administrado la corrección, ella alababa a su marido y le aprobaba públicamente; pero en el confesonario o por la noche, en sus oraciones, a menudo lloraba pidiendo a Dios perdón por las apostasías de su marido, que pensaba lo contrario de lo que decía, que deseaba la muerte de la aristocracia y de la Iglesia, las dos religiones de la casa Cormon. Hallando en ella misma frustrados e inmolados todos sus sentimientos, pero obligada por el deber a hacer la felicidad de su esposo, a no perjudicarle en nada, y unida a él por un indefinible cariño que probablemente fue engendrado por la costumbre, su vida era un perpetuo contrasentido. Habíase casado con un hombre cuya conducta y opiniones ella odiaba, pero del que había de ocuparse con obligada ternura. A menudo sentíase como en el cielo cuando veía a Du Bousquier comer las confituras que ella hacía, cuando la comida le parecía buena; velaba porque sus menores deseos fueran satisfechos. Si olvidaba sobre una mesa la faja de su periódico, en vez de tirarla, la señora decía:

—Renato, dejad eso; el señor no lo ha dejado ahí sin alguna intención.

Si Du Bousquier iba de viaje, ella se preocupaba del abrigo y de la ropa blanca; tomaba para la felicidad material de su marido las más minuciosas precauciones. Si él iba a la finca del Prébaudet, ella consultaba el día antes el barómetro para saber si haría buen tiempo. Espiaba los deseos en su mirada, al modo en que un perro, aun durmiendo, oye y ve a su amo. Si el grueso Du Bousquier, vencido por este amor ordenado, la cogía de la cintura, la besaba en la frente y le decía: «¡Eres una buena mujer!», lágrimas de placer acudían a los ojos de aquella excelente criatura. Es probable que Du Bousquier se creyera obligado a indemnizaciones que le proporcionaran el respeto de Rosa María Victoria, porque la virtud católica no ordena un disimulo tan completo como el de la señora Du Bousquier. Pero a menudo la santa mujer permanecía silenciosa escuchando los discursos que en su casa pronunciaban las personas odiosas que se escondían bajo las opiniones realistas constitucionales. Se estremecía al prever la pérdida de la Iglesia; a veces se atrevía a emitir una frase



estúpida, una observación que Du Bousquier cortaba en dos con una mirada. Las contrariedades de esta existencia de tal modo tiranizada acabaron por ofuscar la mente de la señora Du Bousquier, quien encontró más sencillo y digno concentrar su inteligencia sin manifestarla, resignándose a llevar una vida puramente animal. Tuvo entonces una sumisión de esclava, y consideró como obra meritoria aceptar el rebajamiento que le impuso su marido. El cumplimiento de la voluntad marital no le ocasionó jamás el menor murmullo. Aquella oveja temerosa caminó desde entonces por el sendero que le trazó su pastor; no abandonó el seno de la Iglesia, y se entregó a las prácticas religiosas más severas, sin pensar en Satanás, ni en sus pompas ni en sus obras. Ofreció de este modo la reunión de las virtudes cristianas más puras, y Du Bousquier convirtióse desde luego en uno de los hombres más felices del reino de Francia y Navarra.

—Será tonta hasta el último suspiro —dijo el cruel conservador destituido, que, sin embargo, comía en casa de ellos dos veces por semana.

Esta historia quedaría extrañamente incompleta si no mencionásemos en ella la coincidencia de la muerte del caballero de Valois con la muerte de la madre de Susana. El caballero murió con la monarquía, en agosto de 1830. Fue a reunirse con el cortejo del rey Carlos X en Nonancourt y lo escoltó piadosamente hasta Cherburgo con todos los Troisville, los Casteran, los de Esgrignon, los Verneuil, etcétera. El anciano gentilhomme había tomado cincuenta mil francos, suma a la que ascendían sus ahorros y el precio de su renta; la ofreció a unos de los leales amigos de sus dueños para entregarla al rey, objetando su muerte próxima, diciendo que aquella suma provenía de las bondades de Su Majestad, que, en fin, el dinero del último de los Valois pertenecía a la corona. Se ignora si el favor dé su celo venció los escrúpulos del Borbón, que abandonaba su hermoso reino de Francia sin llevarse un centavo y que debió de sentirse conmovido por la abnegación del caballero; pero lo cierto es que Cesarina, heredera universal del señor de Valois, apenas obtuvo seiscientas libras de renta. El caballero volvió a Alençon tan cruelmente afectado por el dolor como por la fatiga, y expiró cuando Carlos X tocó tierra extranjera.

La señora de Val-Noble y su protector, que temía entonces las venganzas del partido liberal, congratuláronse de tener un pretexto para ir de incógnito al pueblo en que murió la madre de Susana. A la subasta que tuvo efecto como consecuencia del fallecimiento del caballero de Valois, Susana, deseando tener un recuerdo de su primer y buen amigo, asistió, ofreciendo por su cajita de rapé el considerable precio de mil francos. El retrato de la princesa Goritza valía por sí solo esta suma. Dos años más tarde, un joven elegante que coleccionaba hermosas tabaqueras del siglo pasado obtuvo de Susana la del caballero. Por consiguiente, la joya que era confidente de los más bellos amores del mundo y el placer de toda una vejez se halla expuesta en una especie de museo privado. Si los muertos saben lo que se hace después de su desaparición de este mundo, la cara del caballero debe en estos momentos sonrojarse en el lado izquierdo.

Aun cuando esta historia no tuviera otro efecto que el de inspirar a los dueños de algunas adoradas reliquias un santo temor, y de hacer que recurrieran a un codicilo para establecer inmediatamente la suerte de estos preciosos recuerdos de una felicidad que ya no existe, legándolas a manos fraternales, habría prestado con ello enormes servicios a la parte caballeresca y amorosa del público; pero encierra una moraleja mucho más elevada... ¿No demuestra acaso la necesidad de una enseñanza nueva? ¿No invoca, por ventura, de la solicitud tan esclarecida de los ministros de instrucción pública la creación de cátedras de antropología, ciencia en la cual Alemania nos aventaja? Los mitos modernos son aún menos comprendidos que los mitos antiguos, aunque seamos devorados por los mitos. Los mitos nos aprietan por todos los lados, sirven para todo, lo explican todo. Si son, según la escuela humana, las antorchas de la historia, salvarán a los imperios de toda revolución, por poco que los profesores de historia hagan penetrar hasta las masas provincianas las explicaciones que ellos ofrecen. Si la señorita Cormon hubiera sido una señorita docta, si hubiese existido en el departamento del Orne un profesor de antropología, en fin, si hubiera leído a Ariosto, ¿acaso habrían tenido lugar alguna vez las horribles desventuras de su vida conyugal? Quizás habría investigado por qué el poeta italiano nos presenta a Angélica prefiriendo a Medoro, que era un rubio caballero de Valois, antes que a Orlando, cuya yegua había muerto y no sabía hacer otra cosa más que ponerse furioso. ¿Acaso no sería Medoro la figura mítica de los cortesanos de la realeza femenina, y Orlando el mito de las revoluciones desordenadas, furiosas, impotentes, que todo lo destruyen sin producir nada? Publicamos, y declinamos la responsabilidad de ello, esta opinión de un discípulo del señor Ballanche.

No hemos obtenido ninguna información relativa a las cabecitas de negro en diamantes. Actualmente podéis ver a la señora de Val-Noble en la Ópera. Gracias a la primera educación que le dio el caballero de Valois, tiene casi el aspecto de una mujer como es debido, no siendo más que una mujer como las que debería haber.

La señora Du Bousquier vive todavía. ¿No equivale esto a decir que sigue sufriendo? Al llegar a la edad de sesenta años, época en la que las mujeres se permiten ciertas confesiones, dijo confidencialmente a la señora Du Coudrai, cuyo marido recobró su cargo en agosto de 1830, que no había podido soportar la idea de morir soltera.

París, octubre 1836.

# EL GABINETE DE ANTIGÜEDADES

Al señor barón  
*DE HAMMER PURGSTALL*  
consejero áulico, autor de la *Historia del Imperio otomano*.

*En Viena.*

*Os habéis interesado tan calurosamente por mi larga y vasta historia de las costumbres francesas del siglo XIX, y me habéis procurado tanto aliento en la realización de mi obra, que de este modo me habéis dado el derecho de unir vuestro nombre a uno de los fragmentos que formarán parte de ellas. ¿Acaso no sois uno de los más graves representantes de la concienzuda y estudiosa Alemania? ¿Por ventura vuestra aprobación no habrá de comportar también otras y proteger mi empresa? Estoy tan orgulloso de haberla obtenido, que he procurado merecerla prosiguiendo mis trabajos con la intrepidez que ha caracterizado vuestros estudios y la búsqueda de todos los documentos sin los cuales el mundo literario no habría contado con el monumento por vos erigido. Vuestra simpatía por unas fatigas que vos habéis conocido y habéis aplicado a los intereses de la sociedad oriental más esplendorosa ha sostenido a menudo el ardor de mis vigiliyas, ocupadas en los detalles de nuestra sociedad moderna. A vos, cuya ingenua bondad puede compararse con la de nuestro La Fontaine, ¿no habría de ocasionaros alegría saber esto?*

*Deseo, querido barón, que este testimonio de mi veneración hacia vos y hacia vuestra obra os encuentre en Dobling, y os recuerde allí, así como a todos los suyos, a uno de vuestros más sinceros admiradores y amigos.*

De Balzac.

Jardies, febrero 1839.

## I LOS DOS SALONES

En una de las prefecturas menos importantes de Francia, en el centro de la ciudad, en la esquina de una calle, hay una casa; pero los nombres de esta calle y de esta ciudad deben ser mantenidos aquí en secreto. Todos comprenderán los motivos de esta prudente discreción exigida por las conveniencias. Un escritor toca muchas llagas al erigirse en analista de su época... La casa se llamaba hotel De Esgrignon, pero haced como si De Esgrignon fuera un nombre convencional, sin más realidad que la que tienen los Belval, los Floricour, los Derville de la comedia, los Adalbert o

los Mombreuse de la novela. En fin, los nombres de los principales personajes también serán cambiados. Aquí el autor quisiera reunir las contradicciones y amontonar los anacronismos para sepultar la verdad bajo un cúmulo de inverosimilitud y cosas absurdas; pero, por mucho que se haga, siempre apuntará la verdad, como una vid mal arrancada vuelve a brotar vigorosamente en viñedo que ha sido labrado.

El hotel De Esgrignon era la casa donde vivía un anciano gentilhomme llamado Carlos María Víctor Angel Carol, marqués De Esgrignon, o Des Grignons, según antiguos títulos. La sociedad mercantil y burguesa de la ciudad había designado satíricamente como hotel la casa en que este noble vivía, y desde hacía unos veinte años, la mayor parte de los habitantes de la ciudad habían acabado por decir en serio *el hotel De Esgrignon* para referirse a la morada del marqués.

El nombre de Carol (los hermanos Thierry le habrían dado la ortografía de Karawl) era el nombre glorioso de uno de los más poderosos jefes llegados en otros tiempos del Norte para conquistar y feudalizar las Galias. Nunca los Carol habían doblado la cerviz ante la realeza, ni ante la Iglesia, ni ante el dinero. Encargados en otro tiempo de defender una Marca francesa, su título de marqués era a la vez un deber, un honor y no el simulacro de un cargo supuesto; el feudo De Esgrignon había pertenecido siempre a ellos. Verdadera nobleza provinciana, ignorada en la corte desde hacía dos siglos, pero pura de toda alianza y soberana en los estados, respetada por la gente del país al igual que una superstición y como una buena Virgen que cura los dolores de muelas, esta casa se había conservado en el fondo de la provincia como los postes carbonizados de algún puente de César se conservan en el fondo de un río. Durante mil trescientos años, las hijas habían sido casadas regularmente sin dote o metidas en un convento; los hijos menores habían aceptado constantemente las legítimas maternas, habíanse hecho soldados, obispos o se habían casado en la corte. Un hijo menor de la casa De Esgrignon fue almirante, nombrado duque y par, y murió sin posteridad. El marqués De Esgrignon, jefe de la rama mayor, nunca quiso aceptar el título de duque.

—Ocupo el marquesado De Esgrignon en las mismas condiciones que el rey ocupa el Estado de Francia —dijo al condestable de Lynes, que a sus ojos no era entonces más que un compañero insignificante.

Pensad que, durante los disturbios, hubo algunos De Esgrignon decapitados. La sangre franca se conservó, noble y orgullosa, hasta el año 1789. El actual marqués de Esgrignon no emigró; debía defender la Marca. El respeto que había inspirado a la gente de su región preservó su cabeza del cadalso; pero el odio de los verdaderos sans-culottes fue bastante poderoso para considerarlo como emigrado durante todo el tiempo que se vio obligado a esconderse. En nombre del pueblo soberano, el distrito deshonoró las tierras De Esgrignon, los bosques fueron vendidos a pesar de las reclamaciones personales del marqués, que a la sazón contaba cuarenta años de edad. La señorita De Esgrignon, que era menor de edad, salvó algunas porciones del feudo

por mediación de un joven administrador de la familia, que pidió el reparto de la presucesión en nombre de su cliente: el castillo y algunas tierras le fueron entregadas por la liquidación que hizo la República. El fiel Chesnel viese obligado a comprar en su nombre, con el dinero que le aportó el marqués, ciertas partes del dominio por las que el dueño sentía especial predilección, tales como la iglesia, casa parroquial y los jardines del castillo.

Habiendo pasado los lentos y rápidos años del Terror, el marqués de Esgrignon, cuyo carácter había inspirado sentimientos respetuosos a la región, quiso volver a habitar su castillo con su hermana, la señorita Esgrignon, con objeto de mejorar los bienes cuyo salvamento había procurado maese Chesnel, su antiguo administrador convertido en notario. Pero, ¡ay!, aquel castillo saqueado, sin muebles, ¿no era acaso demasiado vasto, demasiado costoso para un propietario cuyos derechos útiles habían sido todos ellos suprimidos, cuyos bosques habían sido divididos y que, por el momento, no podía obtener, más de nueve mil francos de las tierras conservadas de sus antiguos dominios?

Cuando el notario condujo de nuevo al marqués, en el mes de octubre de 1800, al viejo castillo feudal, no pudo evitar sentir una profunda emoción al verle inmóvil, en medio del patio, ante sus fosos llenos de agua, mirando sus torres demolidas a la altura de los techos. El franco contemplaba en silencio sucesivamente el cielo y el lugar donde antaño estaban las lindas veletas de las torrecillas góticas, como para pedir a Dios la razón de aquel desbarajuste social. Sólo Chesnel podía comprender el profundo dolor del marqués, llamado entonces el ciudadano Carol. Aquel gran De Esgrignon permaneció largo rato silencioso, aspiró el aire patrimonial que allí se respiraba y lanzó la más melancólica de las interjecciones.

—Chesnel —dijo—, más tarde volveremos aquí, cuando hayan terminado los disturbios; pero hasta que se promulgue el edicto de pacificación no podría habitar aquí, puesto que *ellos* me prohíben que vuelva a establecer mis armas.

Señaló el castillo, se volvió, subió de nuevo a su caballo y acompañó a su hermana, llegada en una mala tartana de mimbre que pertenecía al notario. En la ciudad ya no había hotel De Esgrignon. La noble casa había sido demolida y en su emplazamiento se habían levantado dos manufacturas. Maese Chesnel empleó el último saco de luses del marqués, en la compra, en la esquina de la plaza, de una vieja casa con veleta, torrecilla y palomar, en la que en otro tiempo estuvo establecida la bailía señorial y luego la presidencial, que pertenecía al marqués De Esgrignon. Mediante quinientos luses, el adquiriente nacional devolvió aquel viejo edificio al legítimo propietario. Fue entonces cuando, medio en burla, medio en serio, se dio a esta casa el nombre de *Hotel De Esgrignon*.

En 1800, algunos emigrados regresaron a Francia: la exclusión de los nombres inscritos en las fatales listas se obtenía con bastante facilidad. Entre las personas que fueron las primeras en regresar a la ciudad figuraban el barón de Nouastre y su hija: estaban arruinados. El señor de Esgrignon les ofreció generosamente un asilo, donde

el barón murió dos meses más tarde consumido por la tristeza. La señorita de Nouastre contaba veintidós años de edad; los Nouastre eran de la más pura sangre noble. El marqués De Esgrignon se casó con ella para continuar la sucesión de su casa; pero la joven falleció a consecuencia de parto, muerta por la falta de habilidad del médico, y dejó un hijo a los De Esgrignon. El pobre anciano (aunque el marqués no tuviera más que cincuenta y tres años, la adversidad y los acerbos dolores de su vida habían dado constantemente más de doce meses a los años), pues, perdió la alegría de sus días al ver expirar a la más linda de las criaturas humanas, una noble mujer en la que revivían las gracias, ahora imaginarias, de las figuras femeninas del siglo XVI. Recibió uno de esos golpes terribles cuya resonancia se repite en todos los momentos de la vida. Después de haber permanecido unos instantes en pie delante de la cama besó la frente de su mujer, que yacía en ella como una santa con las manos juntas; sacó su reloj, rompió la rueda y fue a colgarlo en la chimenea. Eran las once de la mañana.

—Señorita De Esgrignon, roguemos a Dios que esta hora no sea más fatal para nuestra casa. Mi tío, el arzobispo, fue asesinado en esta hora; en esta hora murió también mi padre.

Arrodillóse cerca de la cama, apoyando en ella la cabeza; su hermana le imitó. Luego, después de un momento, los dos se pusieron en pie; la señorita de Esgrignon estaba deshecha en llanto; el anciano marqués contemplaba a la criatura, la habitación y la muerta con ojos secos, sin lágrimas. A su tenacidad de franco unía aquel hombre una entereza cristiana.

Esto sucedía en el segundo año de nuestro siglo. La señorita De Esgrignon tenía veintisiete años y era hermosa. Un advenedizo, abastecedor de los ejércitos de la República, nacido en la región, rico de seis mil escudos de renta, obtuvo de maese Chesnel, tras haber vencido su resistencia, que hablase de boda en su favor a la señorita De Esgrignon. Tanto el hermano como la hermana se indignaron en extremo por tanta audacia. Chesnel se desesperaba al pensar que se había dejado convencer por el señor Du Croisier. A partir de aquel día ya no encontró en las maneras ni en las palabras del marqués de Esgrignon aquella cariñosa benevolencia que podía pasar por amistad. Desde entonces el marqués tuvo para con él un sentimiento de gratitud. Esta gratitud noble y sincera ocasionaba perpetuos dolores en el ánimo del notario. Hay corazones sublimes para los cuales la gratitud parece un pago enorme y prefieren la dulce igualdad de sentimientos que confieren la armonía de los pensamientos y la fusión voluntaria de las almas. Maese Chesnel había saboreado el placer de aquella honorable amistad; el marqués le había elevado hasta él. Para el anciano noble, aquel hombre era menos que un niño y más que un servidor; era el siervo voluntario unido por todos los lazos del corazón a su señor feudal. Ya no contaba con el notario; todo se equilibraba por medio de los continuos intercambios de un afecto verdadero. A los ojos del marqués, el carácter oficial que el notariado daba a Chesnel no significaba nada; su servidor le parecía disfrazado de notario. A los ojos de Chesnel, el marqués

era un ser que seguía perteneciendo a una raza divina; creía en la nobleza, recordaba sin avergonzarse que su padre abría las puertas del salón y decía: «El señor marqués está servido». Su interés por la noble casa arruinada no procedía de una fe, sino de un egoísmo; se consideraba como formando parte de la familia. Su pesar era profundo cuando se atrevió a hablar de su error al marqués, a pesar de la prohibición de éste.

—Chesnel —respondióle el anciano en tono grave—, tú no te habrías permitido estas injuriosas suposiciones antes de los disturbios. ¿Qué son, pues, las nuevas doctrinas, si ellas te han echado a perder?

Maese Chesnel tenía la confianza de la ciudad entera, estaba bien considerado; su gran probidad y considerable fortuna contribuían a realzar su importancia; tuvo desde entonces una decidida aversión por el señor Du Croisier. Aunque el notario fuese poco rencoroso, hizo que buen número de familias compartiesen sus repugnancias. Du Croisier, hombre odioso y capaz de incubar una venganza durante veinte años, concibió por el notario y por la familia De Esgrignon uno de aquellos odios sordos como los que se encuentran en provincias. Aquella negativa le mataba a los ojos de los maliciosos provincianos entre los que había ido a vivir y a los cuales quería dominar. Fue un desastre tan real y verdadero, que los efectos no tardaron en dejarse sentir. Du Croisier fue igualmente rechazado por una solterona a la que se dirigió desesperado. Así, los planes ambiciosos que habíase forjado al principio fallaron la primera vez por el rechazo de la señorita de Esgrignon, cuya alianza le habría dado entrada en el Faubourg Saint-Germain de la provincia; luego, el segundo rechazo lo desprestigió hasta tal punto, que tuvo que hacer grandes equilibrios para poder mantenerse en la segunda sociedad de la ciudad.

En 1805, el señor de la Roche-Buyon, el mayor de una de las familias más antiguas de la región, que en otro tiempo se había aliado a los De Esgrignon, hizo pedir para maese Chesnel la mano de la señorita De Esgrignon. La señorita María Armanda Clara de Esgrignon rehusó oír al notario.

—Deberíais haber adivinado que soy madre, mi querido Chesnel —dijo, cuando acababa de llevar a la cama a su sobrino, hermoso niño de cinco años de edad.

El anciano marqués se levantó de su asiento para ir al encuentro de su hermana, que volvía del lado de la cuna de su sobrino; le besó la mano respetuosamente; luego, volviendo a sentarse, dijo:

—Sois realmente una De Esgrignon, hermana mía.

La noble joven se estremeció y se echó a llorar. En su ancianidad, el señor De Esgrignon, padre del marqués, había contraído matrimonio con la nieta de un comerciante ennoblecido por Luis XIV. Este matrimonio fue considerado como una mala alianza por la familia, pero sin importancia, porque de él no resultó más que una hija. Armanda sabía esto. Aunque su hermana fuese excelente para con ella, la consideraba siempre como una extraña, y esta palabra la legitimaba. ¿Pero su respuesta no coronaba acaso admirablemente la noble conducta que ella había observado desde hacía once años, cuando, a partir de su mayoría de edad, cada una de

sus acciones fue marcada con el sello de la más completa abnegación? Rendía a su hermano una especie de culto.

—Moriré siendo señorita De Esgrignon —dijo sencillamente al notario.

—No hay para vos título más hermoso que éste —respondió Chesnel, creyendo hacerle un cumplido.

La pobre se sonrojó.

—Has dicho una tontería, Chesnel —replicó el anciano marqués, halagado por las palabras de su antiguo servidor y a la vez afligido por la pena que éste causaba a su hermana—. Una De Esgrignon puede casarse con uno Montmorency: nuestra sangre no está tan mezclada como la de ellos. Los De Esgrignon llevan *oro con dos bandas de gules*, y nada, desde hace novecientos años, ha cambiado en su escudo; sigue igual que el primer día.

«No recuerdo que ninguna otra mujer haya impresionado tanto mi imaginación como la señorita De Esgrignon —dice Blondet, a quien la literatura contemporánea debe, entre otras cosas, esta historia—. Yo era, a decir verdad, muy joven, era un niño, y quizá las imágenes que ella ha dejado en mi memoria daban la vivacidad de sus colores a la disposición que nos arrastra hacia las cosas maravillosas. Cuando la veía caminar desde lejos por el Cours, adonde yo iba a jugar con otros niños, y adonde ella llevaba a su sobrino Victurniano, yo experimentaba una emoción que guardaba una gran analogía con las sensaciones producidas por el galvanismo sobre los cuerpos muertos. Por muy joven que yo fuese entonces, me sentía como dotado de una nueva vida. La señorita Armada tenía los cabellos de un color rubio leonado; sus mejillas estaban cubiertas de una pelusilla muy fina con reflejos plateados que yo me complacía en contemplar de modo que el perfil de su rostro quedase iluminado por la luz, y me dejaba llevar por la fascinación de sus ojos de color de esmeralda, ojos soñadores, que arrojaban llamaradas de fuego cuando me miraban. Yo fingía, mientras jugaba, revolcarme sobre la hierba, para poder llegar hasta sus lindos pies y contemplarlos más de cerca. La suave blancura de su piel, la finura de sus rasgos, la pureza de líneas de su frente y la elegancia de su esbelto talle me sorprendían sin que yo me diese cuenta de la elegancia de su talle, ni de la belleza de su frente, ni del perfecto óvalo de su rostro. Yo la admiraba de la misma manera que se reza a mi edad, sin saber demasiado por qué. Cuando mis penetrantes miradas habían atraído finalmente las suyas y ella me decía con su voz melodiosa, que me parecía desplegar mayor volumen que todas las demás voces: “¿Qué haces ahí, pequeño? ¿Por qué me miras?”, yo me mordía los dedos, me sonrojaba y decía: “no lo sé”. Si por casualidad ella pasaba su blanca mano por mis cabellos preguntándome la edad, yo me iba corriendo y respondiéndole de lejos: “¡Once años!” Cuando, al leer las *Mil y una Noches*, veía yo aparecer una reina o un hada, les prestaba los rasgos y el andar de la señorita De Esgrignon. Cuando mi maestro de dibujo me hizo copiar cabezas de la antigüedad clásica, observé que estas cabezas estaban peinadas como la señorita De Esgrignon. Más tarde, cuando estas locas ideas fueron desvaneciéndose una tras otra,



la señorita Armanda, para quien los hombres se hacían respetuosamente a un lado en el Cours abriéndole paso, y contemplaban el movimiento de su largo vestido marrón hasta que la habían perdido de vista, la señorita Armanda permaneció vagamente en mi memoria como un prototipo. Sus formas exquisitas, cuya redondez era a veces revelada por una ráfaga de aire, y que yo sabía encontrar a pesar de la holgura de su vestido, volvieron a mi mente en mis sueños de joven. Luego, más tarde todavía, cuando pensé gravemente en algunos misterios del pensamiento humano, creí recordar que mi respeto me había sido inspirado por los sentimientos expresados por el rostro y por la actitud de la señorita De Esgrignon. La calma admirable de aquella cabeza ardiente interiormente, la dignidad de los movimientos y la santidad de los deberes cumplidos se conmovían y me impresionaban. Los niños son más accesibles de lo que generalmente se cree a los efectos invisibles de las ideas: nunca se burlan de una persona realmente impresionante; la verdadera elegancia los conmueve, porque son hermosos, y hay vínculos misteriosos entre las cosas de la misma naturaleza. La señorita De Esgrignon fue una de mis religiones. Hoy día, nunca mi loca imaginación sube por la escalera de caracol de una mansión antigua sin pintar en ella a la señorita Armanda como el genio del feudalismo. Cuando leo las antiguas crónicas, aparece a mis ojos con los rasgos de las mujeres célebres: ella es sucesivamente Inés, María Touchet y Gabriela; yo le presto todo el amor perdido en su corazón y que ella jamás manifestó. Esta figura celestial, vislumbrada a través de las brumosas ilusiones de la infancia, acude ahora en medio de las nubes de mis sueños.»

Acordaos de este retrato, fiel tanto en lo moral como en lo físico. La señorita De Esgrignon es una de las figuras más instructivas de esta historia: ella os enseñará lo que, por falta de inteligencia, las virtudes más puras pueden tener de perjudicial.

Durante los años 1804 y 1805, los dos tercios de las familias emigradas regresaron a Francia, y casi todas las de la provincia en que vivía el señor marqués De Esgrignon volvieron a establecerse en el suelo patrio. Pero hubo entonces defecciones. Algunos nobles se alistaron en el servicio, sea en los ejércitos de Napoleón, sea en su corte; otros concertaron alianzas con ciertos advenedizos. Todos aquellos que entraron en el movimiento imperial reorganizaron su fortuna y recuperaron sus bienes por la munificencia del emperador; muchos de ellos se quedaron en París, pero hubo ocho o nueve familias nobles que permanecieron fieles a la aristocracia proscrita y a sus ideas acerca de la monarquía caída: los Roche-Guyon, los Nouastre, los Verneuil, los Casteran, los Troisville, etc., éstos pobres, aquellos ricos; pero la mayor o menor cantidad de oro no era lo más importante: la antigüedad y la conservación de la raza lo era todo para ellos, absolutamente igual como para un anticuario el peso de la medalla es poca cosa en comparación con la nitidez de las letras y de la cabeza, y de la antigüedad del cuño. Estas familias tomaron como jefe al marqués De Esgrignon: su casa se convirtió en su cenáculo. Allí, el emperador y rey no fue nunca más que el señor de Buonaparte; allí, el

soberano era Luis XVIII, a la sazón en Mittau; allí, el departamento fue siempre la provincia, y la prefectura una intendencia. La admirable conducta, la lealtad del gentilhomme y la intrepidez del marqués De Esgrignon le valían sinceros homenajes; al igual que sus desgracias, su constancia y su inalterable adhesión a sus opiniones le merecían en la ciudad un general respeto. Esta admirable ruina poseía toda la majestad de las grandes cosas destruidas. Su delicadeza caballeresca era tan bien conocida, que en diversas circunstancias fue elegido por algunos litigantes como único árbitro de sus diferencias. Todas las personas educadas que pertenecían al sistema imperial, e incluso las autoridades, tenían para sus prejuicios tanta complacencia como consideraciones mostraban para su persona. Pero una gran parte de la sociedad nueva, las personas que bajo la Restauración habían de llamarse *liberales*, y al frente de las cuales se encontraba secretamente Du Croisier, se burlaban del oasis aristocrático en el que nadie podía entrar sin ser buen gentilhomme y de conducta irreprochable. Su animosidad fue tanto mayor cuanto que muchas personas honradas, dignos hidalgos de gotera, algunas personas de la alta administración se empeñaban en considerar el salón del marqués De Esgrignon como el único donde se reunía buena compañía. El prefecto, chambelán del emperador, hacía diligencias para ser recibido en él: enviaba a él humildemente a su mujer, que era una Grandlieu. Así, pues, por odio hacia ese pequeño Fauburg Saint-Germain de provincia, los que eran excluidos de él habían dado el remoquete de *Gabinete de Antigüedades* al salón del marqués De Esgrignon, al que llamaban señor Carol y al que el recaudador de contribuciones dirigía siempre su advertencia con este paréntesis: (antes. Des Grignons). Esta antigua forma de escribir el apellido constituía una burla, puesto que la ortografía D'Esgrignon era la que había prevalecido.

«En cuanto a mí —decía Emilio Blondet—, si quiero reunir mis recuerdos de la infancia, confesaré que la expresión de Gabinete de Antigüedades me daba siempre risa, a pesar de mi respeto, de mi amor por la señorita Armanda. El hotel De Esgrignon daba a dos calles, en la esquina de las cuales se hallaba situado, de suerte que el salón tenía dos ventanas en una y dos ventanas en la otra de estas dos calles, las de mayor tránsito de la ciudad. La plaza del Mercado se encontraba a quinientos metros del hotel. Este salón, que en otros tiempos era la sala de audiencias, se hallaba sobre un piso de cuevas de tragaluces con rejas, donde en otros tiempos yacían los criminales de la provincia, pero donde en la época que nos ocupa se hallaba la cocina del marqués. Yo no sé si la magnífica y alta chimenea del Louvre, tan mavarillosamente esculpida, me ha causado mayor asombro que el que experimenté al ver por vez primera la inmensa chimenea de ese salón, encima de la cual un gran retrato ecuestre de Enrique III (bajo cuyo gobierno, esta provincia, antiguo ducado de infantado, fue unida a la corona) con marco dorado. El techo estaba formado por vigas de castaño que componían artesones adornados interiormente por arabescos. Este magnífico techo había sido dorado en sus aristas, pero el dorado apenas se veía. Las paredes estaban cubiertas de tapices flamencos que representaban el Juicio de

Salomón en seis cuadros enmarcados por tirsos dorados en los que aparecían amorcillos y sátiros. El marqués había mandado entarimar este salón. Entre los restos de los castillos que se vendieron de 1793 a 1795, el notario habíase procurado unas consolas en el estilo del siglo de Luis XIV, un mueble tapizado, mesas, etcétera, que completaban de una manera maravillosa aquel enorme salón en desproporción con el resto de la casa, pero que afortunadamente tenía una antesala alta de techo, la antigua sala de los pasos perdidos del presidial, con la que comunicaba la sala de las deliberaciones, convertida en comedor. Bajo esos viejos restos de una época que ya no existía se agitaban en primera línea ocho o diez ancianas, secas y ennegrecidas como momias; las unas rígidas, inclinadas las otras, todas ellas dentro de un caparazón, de un vestido más o menos reñido con la moda; cabezas empolvadas, encajes descoloridos. Las pinturas más burlescas o las más serias no han alcanzado jamás la poesía extraña de aquellas mujeres, que retornan en mis sueños y hacen muecas en mis recuerdos tan pronto como yo encuentro a una anciana cuyo rostro o forma de arreglarse me evoca alguno de sus rasgos. Pero, sea que la desgracia me haya iniciado en todos los misterios de los infortunios, sea que haya comprendido todos los sentimientos humanos, sobre todo las nostalgias y la edad senil, nunca he podido encontrar en parte alguna, ni en los moribundos, ni entre los vivos, la palidez de ciertos ojos grises, la espantosa vivacidad de algunos ojos negros. En fin, ni Maturin ni Hoffmann, las dos imaginaciones más siniestras de esta época, me han causado el horror que me produjeron los movimientos automáticos de aquellos cuerpos desgarrados. El colorete de los actores no me ha sorprendido; yo había visto allá el colorete inveterado, el colorete de nacimiento, según decía uno de mis compañeros tan picaro como podía ser yo entonces. Agitábanse allí unas caras achatadas, pero surcadas por arrugas que semejaban los cascanueces tallados en Alemania. Veía unos cuerpos deformes, miembros mal ensamblados, de los que jamás intenté explicarme ni la economía ni la contextura; unas mandíbulas cuadradas y muy salientes, huesos exorbitantes, caderas lujuriantes. Cuando aquellas mujeres iban y venían no me parecían menos extraordinarias que cuando conservaban su inmovilidad mortuoria, que era cuando jugaban a las cartas. Los hombres de aquel salón ofrecían los colores grises y marchitos de las viejas tapicerías; su vida estaba marcada por el sello de la incertidumbre, pero su vestido se parecía mucho a la indumentaria en aquel entonces de moda; únicamente sus cabellos blancos, sus rostros marchitos, su piel de color de cera, sus frentes arruinadas y la palidez de sus ojos les daban a todos cierto parecido con las mujeres, parecido que era destruido por la realidad de su vestir. La seguridad de encontrar a esos personajes invariablemente sentados a las mesas o en las mismas horas acababa de conferirles a mis ojos un no sé qué de teatral, de pomposo, de sobrenatural. Desde entonces, jamás he entrado en esos famosos guardamuebles, en París, en Londres, en Viena, en Munich, donde viejos guardianes os enseñan los esplendores de épocas pasadas, sin que yo los poblase de las figuras del Gabinete de Antigüedades. A menudo, nosotros, escolares

de ocho a diez años, nos proponíamos, como una diversión, ir a ver aquellas rarezas bajo su jaula de vidrio. Pero tan pronto como yo veía a la dulce señorita Armada me estremecía, porque admiraba con un sentimiento de celos a aquel delicioso niño, Victurniano, en quien todos nosotros presentíamos una naturaleza superior a la nuestra. Aquella joven y lozana criatura, en medio de aquel cementerio de gente resucitada antes de tiempo, nos inspiraba un no sé qué de extraño. Sin darnos cuenta cabal de nuestras ideas, nos sentíamos burgueses y pequeños ante aquella corte orgullosa.»

Los desastres de 1813 y 1814, que abatieron a Napoleón, devolvieron la vida a los huéspedes del Gabinete de Antigüedades y sobre todo la esperanza de recobrar su antigua importancia; pero los acontecimientos de 1815, las desgracias de la ocupación extranjera y luego las oscilaciones del gobierno aplazaron hasta la caída del señor Descazes las esperanzas de estos personajes, tan bien descritos por Blondet. Esta historia no adquirió, pues, consistencia hasta el año 1822.

En 1822, a pesar de los beneficios que la Restauración trajo a los emigrados, la fortuna del marqués De Esgrignon no había aumentado. De todos los nobles afectados por las leyes revolucionarias, ninguno fue más maltratado que él. La mayor parte de sus ingresos consistía, antes de 1789, en derechos territoriales resultantes, como en el caso de algunas grandes familias, de la dependencia de sus feudos, que los señores procuraban detallar con objeto de aumentar el producto de su laudemio. Las familias que se encontraban en este caso fueron arruinadas sin esperanza de devolución, y el decreto por el cual Luis XVIII restituyó los bienes no vendidos a los emigrados no podía entregarles nada; y más tarde, la ley sobre la indemnización no había de indemnizarles. Todo el mundo sabe que sus derechos suprimidos fueron restablecidos, en provecho del Estado, bajo el nombre mismo de *dominios*. El marqués pertenecía necesariamente a aquella fracción del partido realista que no quería ninguna transacción con aquellos a los que él llamaba no los revolucionarios, sino los insurrectos, denominados de un modo más parlamentario liberales o constitucionales. Aquellos realistas, llamados extremistas por la oposición, tuvieron por jefes y por héroes a los valientes oradores de la derecha, quienes, desde la primera sesión real, trataron, como el señor de Polignac, de protestar contra la Carta de Luis XVIII, considerándola como un mal edicto, arrancado por la necesidad del momento, y sobre el cual la realeza había de volver. Así, lejos de asociarse a la renovación de costumbres que quería operar Luis XVIII, aguardando la restitución de su inmensa fortuna, y no admitiendo siquiera la idea de aquella indemnización que preocupó al ministerio del señor de Villèle, que había de consolidar el trono suprimiendo la fatal distinción, era mantenida entonces, a pesar de las leyes, entre las propiedades. Los milagros de la Restauración de 1814, los milagros aún mayores del regreso de Napoleón en 1815, los prodigios de la nueva fuga de la casa de Borbón y de su segundo retorno, esta frase casi fabulosa de la historia contemporánea sorprendió al marqués a los sesenta y siete años. A esa edad, los caracteres más

orgullosos de nuestro tiempo, menos abatidos que gastados por los acontecimientos de la Revolución y del Imperio, habían convertido, en el fondo de las provincias, su actividad en ideas apasionadas, inquebrantables; casi todos se habían atrincherado en la enervante y dulce costumbre de la vida propia de allí. ¿Acaso la mayor desgracia que pueda afligir a un partido no es la de estar representado por viejos, cuando ya sus ideas son tildadas de viejas? Por otra parte, cuando en 1818 el trono legítimo pareció sólidamente establecido, el marqués se preguntó qué iría a hacer en la corte un septuagenario; qué cargo, qué empleo podía ejercer en ella. El noble y orgulloso De Esgrignon tuvo que contentarse con el triunfo de la monarquía y de la religión, aguardando los resultados de aquella victoria inesperada, disputada, que fue simplemente un armisticio. Continuaba, pues, presidiendo entonces aquel salón, tan justificadamente llamado el Gabinete de Antigüedades. Bajo la Restauración, este sobrenombre de benévola ironía se agrió cuando los vencidos de 1793 fueron vencedores.

Esta ciudad no se vio más preservada que la mayor parte de las otras ciudades de provincia de los odios y de las rivalidades engendradas por el espíritu de partido. Contra todo lo que se esperaba. Du Croisier se había casado con la solterona que al principio le había rechazado, aunque tuviese como rival a su lado al niño mimado de la aristocracia de la ciudad, cierto caballero cuyo nombre ilustre quedará oculto si no lo designamos, siguiendo una antigua costumbre de la ciudad, más que por su título, porque era el «caballero», de la misma manera que en la corte el conde de Artois era el «señor». No solamente esta boda había engendrado una de esas guerras con todas las armas como las que se libran en las provincias, sino que incluso había acelerado la separación entre la alta y la pequeña aristocracia, entre los elementos burgueses y los elementos nobles reunidos un momento bajo la presión de la gran autoridad napoleónica: división repentina que tanto daño hizo a nuestro país. En Francia, lo que hay de más nacional es la vanidad. La masa de las vanidades heridas inspira la sed de igualdad; mientras que, posteriormente, los más ardientes innovadores hallarán que la igualdad es imposible. Los realistas pincharon en el corazón de los liberales en los puntos más sensibles. Sobre todo en provincias, los dos partidos se causaron recíprocamente daño y se calumniaron mutuamente. Cometiéronse entonces en política las acciones más negras para atraer a la opinión pública y captar los votos de esa platea imbécil que tiende sus brazos a las personas lo suficientemente hábiles para armarlos. Estos individuos, que se odiaban como enemigos políticos, convirtiéronse en enemigos privados. En provincias es difícil no llegar a las manos a propósito de cuestiones o intereses que en la capital aparecen bajo sus formas más generales, teóricas, y que desde entonces hacen crecer bastante a los campeones para que el señor Laffitte, por ejemplo, o Casimiro Perier, respeten al hombre en el señor de Villèle o en el señor de Peyronnet. El señor Laffitte, que mandó disparar contra los ministros, los habría escondido en su hotel si hubieran venido el 29 de julio de 1830. Benjamín Constant envió su libro sobre la religión al vizconde de Chateaubriand

acompañado de una carta adulatora en la que confiesa haber recibido algún bien del ministro de Luis XVIII. En París, los hombres son sistemas; en provincias, los sistemas se convierten en hombres, y hombres de pasiones incesantes, siempre presentes, espiándose en su interior, epilogando sus discursos, observándose como dos duelistas prestos a hundirse seis pulgadas de cuchillo en el costado a la menor distracción, y procurando ocasionarse distracciones, en fin, ocupados en su odio como jugadores sin piedad. Las sátiras, las calumnias alcanzan al hombre bajo el pretexto de alcanzar al partido. En esta guerra librada cortésmente y sin hiel en el Gabinete de Antigüedades, pero llevada en el hotel Du Croisier hasta el empleo de las armas emponzoñadas de los salvajes, la fina ironía, las ventajas de la inteligencia estaban en el lado de los nobles. Sabedlo bien, de todas las heridas, las que ocasionan la lengua y los ojos, la burla y el desdén, son incurables. El Caballero, desde el momento en que se atrincheró en el Monte Sacro de la aristocracia, abandonando los salones mixtos, dirigió sus dardos verbales contra el salón de Du Croisier; atizó el fuego de la guerra sin saber hasta dónde el espíritu de venganza podía llevar al salón de Du Croisier contra el Gabinete de Antigüedades. En el hotel De Esgrignon sólo entraban los puros, los aristócratas leales y las mujeres seguras las unas de las otras; allí no se cometía indiscreción alguna. Las palabras, las ideas buenas o malas, justas o equivocadas, bellas o ridículas, no daban nunca motivo de risa. Los liberales debían atenerse a las acciones políticas para ridiculizar a los nobles; mientras que los intermediarios, las personas administrativas, todos aquellos que cortejaban aquellos altos poderes les procuraban en el campo liberal hechos y frases que liaban mucho que reír. Esta inferioridad, vivamente sentida, redoblaba aún en los partidarios de Du Croisier su sed de venganza. En 1822, Du Croisier se puso al frente de la industria del departamento de la misma manera que el marqués De Esgrignon estaba al frente de la nobleza. Cada uno de ellos representó, pues, un partido. En lugar de declararse sin rebozo hombre de la izquierda puro, Du Croisier había adoptado ostensiblemente las opiniones que un día formularon los 221. De este modo podía reunir en su casa a los magistrados, a la administración y a las finanzas del departamento. El salón de Du Croisier, potencia por lo menos igual a la del Gabinete de Antigüedades, más numeroso, más joven, más activo, agitaba al departamento; mientras que el otro permanecía tranquilo y como unido al poder que este partido perjudicó a menudo, puesto que favoreció sus faltas e incluso exigió algunas que fueron fatales a la monarquía. Los liberales, que nunca habían podido elegir a uno de sus candidatos en este departamento rebelde a sus mandatos, sabían que después de su nombramiento Du Croisier ocuparía un sitio en el centro izquierda, lo más cerca posible de la izquierda pura. Los corresponsales de Du Croisier eran los hermanos Keller, tres banqueros, el mayor de los cuales brillaba entre los diecinueve de la izquierda, falange ilustrada por todos los periódicos liberales, y que eran partidarios de la alianza con el conde de Gondreville, par constitucional que continuaba gozando el favor de Luis XVIII. Así, la oposición constitucional estaba siempre dispuesta a dar

en el último momento sus votos, visiblemente concedidos a un candidato simulado, a Du Croisier, si obtenía suficiente número de votos realistas para alcanzar la mayoría. Cada elección, en la que los realistas rechazaban a Du Croisier, candidato cuya conducta era admirablemente adivinada, analizada, juzgada por los principales realistas que procedían de De Esgrignon, aumentaban todavía el odio del hombre y de su partido. Lo que más contribuye a promover la lucha entre las facciones es la inutilidad de una trampa cuya preparación ha costado grandes esfuerzos.

En 1822, las hostilidades, muy vivas durante los cuatro primeros años de la Restauración, parecían aletargadas. El salón de Du Croisier y el Gabinete de Antigüedades, después de haber reconocido el uno y el otro sus partes fuertes y sus partes débiles, aguardaban sin duda los efectos del azar, esa Providencia de los partidos. Los espíritus vulgares se contentaban con esta calma aparente que engañaba al trono; pero aquellos que vivían más íntimamente con Du Croisier sabían que en él, como en todos los hombres cuya vida reside en la cabeza solamente, la pasión de la venganza es implacable sobre todo cuando se basa en la ambición política. En aquellos momentos, Du Croisier, que antaño palidecía o se sonrojaba al oír el nombre de los De Esgrignon o del Caballero, que se estremecía al pronunciar o al oír pronunciar la expresión de Gabinete de Antigüedades, afectaba la gravedad de un salvaje. Sonreía a sus enemigos, odiados, observados hora tras hora cada vez más profundamente. Parecía haber decidido vivir tranquilamente, como si hubiera desesperado de la victoria. Uno de los que secundaban los cálculos de esta rabia contenida era el presidente del tribunal, el señor Du Ronceret, un hidalgo de gotera que había pretendido los honores del Gabinete de Antigüedades sin haberlos podido obtener.

La pequeña fortuna de los De Esgrignon, cuidadosamente administrada por el notario Chesnel, bastaba con dificultad a las necesidades de la vida de aquel digno gentilhomme, que vivía noblemente, pero sin el menor fausto. Aunque el preceptor del conde Victurniano de Esgrignon, esperanza de la casa, fuese un antiguo oratoriano proporcionado por el señor obispo, y habitase en el hotel, sin embargo, también había que pagarle. El sueldo de una cocinera, el de una doncella para la señorita Armanda, del viejo ayuda de cámara del señor marqués y de los otros dos criados, los gastos de una educación para la cual no se descuidó nada, absorbían totalmente los ingresos a pesar de las economías de la señorita Armanda, de la sabia administración de Chesnel y del afecto de los criados. El anciano notario no podía efectuar aún ninguna reparación en el castillo devastado; aguardaba el fin de los arriendos para hallar un aumento de las rentas, aumento debido a los nuevos métodos de la agricultura o bien a la disminución de los valores monetarios, y que había de producir su resultado al expirar los contratos en 1809. El marqués no estaba iniciado en los detalles del hogar ni en la administración de sus bienes. La revelación de las excesivas precauciones tomadas para *juntar los dos cabos del año* según la expresión de las amas de casa, habría sido para él un golpe terrible. Todos, al verle que pronto

llegaría al término de su carrera, dudaban en disipar sus errores. La grandeza de la casa De Esgrignon, en la que nadie pensaba en la corte ni en el Estado, la cual, más allá de las puertas de la ciudad y de algunas localidades del departamento era totalmente desconocida, revivía a los ojos del marqués y de sus partidarios con todo su esplendor. La casa De Esgrignon volvería a adquirir un nuevo grado de esplendor en la persona de Victurniano, en el momento en que los nobles expoliados recibieran de nuevo sus bienes e incluso cuando aquel guapo heredero pudiera aparecer en la corte para entrar al servicio del rey, y luego casarse, como hacían antaño los De Esgrignon, con una Navarreins, una Cadignan, una De Uxelles, una Beauséant, una Blamont-Chauvry, en fin, una joven que reuniera todas las distinciones de la nobleza, la hermosura, la inteligencia y el carácter. Las personas que iban a jugar su partida de naipes por la noche, el Caballero, los Troisville, los La Rouche-Guyon, los Casteran y el duque de Verneuil, acostumbrados desde hacía tiempo a considerar al gran marqués como un personaje inmenso, le alentaban en sus ideas. No había nada mentiroso en esta creencia, la cual habría sido exacta si hubieran podido borrarse los cuarenta años últimos de la historia de Francia. Pero las consagraciones más respetables, las más verdaderas del derecho, como Luis XVIII había intentado inscribirlas datando la Carta del año veintiuno de su reinado, no existen más que ratificadas por un consentimiento universal: les faltaba a los De Esgrignon el fondo de la lengua política actual, el dinero, ese gran apoyo de la aristocracia moderna; les faltaba también la continuación *de lo histórico*, esa fama que se adquiere tanto en la corte como en los campos de batalla, en los salones de la diplomacia como en la tribuna, con ayuda de un libro como por medio de una aventura, y que es como un frasco sagrado vertido sobre la cabeza de cada generación nueva. Una familia noble, inactiva y olvidada es una muchacha tonta, fea, pobre y prudente, los cuatro puntos cardinales de la desgracia. El casamiento de una señorita Troisville con el general Montcornet, lejos de dar lustre al Gabinete de Antigüedades, estuvo a punto de ocasionar una ruptura entre los Troisville y el salón De Esgrignon, que declaró que los Troisville se estaban *envileciendo*.

En medio de todas estas personas había una que no compartía estas ilusiones. Era el viejo notario Chesnel. Aunque su abnegación suficientemente probada por esta historia fuera absoluta para con esta gran familia, entonces reducida a tres personas, aunque aceptase todas estas ideas y le pareciesen de buena ley, tenía demasiado sentido común y realizaba demasiado bien los asuntos de la mayor parte de las familias del departamento para no seguir el inmenso movimiento de los espíritus y no reconocer el gran cambio operado por la industria y las costumbres modernas. El antiguo administrador veía cómo la Revolución había pasado de la acción devoradora de 1793, que había armado a hombres, mujeres y niños, levantado cadalsos, cortado cabezas y ganado batallas europeas, a la acción tranquila de las ideas que consagraban los acontecimientos. Después de la labranza y de la siembra venía la cosecha. Para él, la Revolución había integrado el espíritu de la generación nueva,



tocaba los hechos de la misma en el fondo de las mil llagas, los encontraba irrevocablemente cumplidos. Aquella cabeza de rey cortada, aquella reina ejecutada, aquel reparto de bienes de la aristocracia constituían a sus ojos unos compromisos que ataban demasiados intereses para que los interesados permitieran que fueran atacados los resultados. Chesnel veía claro. Su fanatismo para con los De Esgrignon era íntegro sin ser ciego, y así le confería una belleza mucho mayor. La fe que hace que un joven monje vea los ángeles del paraíso es inferior al poder del viejo monje que se los muestra. El antiguo mayordomo se parecía al viejo monje, habría dado su vida por defender un relicario carcomido. Cada vez que trataba de explicar, con mil precauciones, a su antiguo dueño las *novedades*, ora usando una forma burlona, ora afectando sorpresa o dolor, encontraba en los labios del marqués la sonrisa del profeta, y en su alma la convicción de que aquellas locuras pasarían como todas las otras. Nadie ha observado hasta qué punto los acontecimientos han contribuido a que esos nobles campeones de las ruinas persistieran en sus creencias. ¡Qué podía responder Chesnel cuando el viejo marqués hacía un gesto impresionante y decía: «Dios ha barrido a Bonaparte, a sus ejércitos y a sus nuevos grandes vasallos, a sus tronos y a sus vastas concepciones! ¡Dios nos libraré del resto!»

Chesnel bajaba con tristeza la cabeza sin atreverse a replicar: «¡Dios no querrá barrer a Francia!»

Los dos eran figuras hermosas: el uno irguiéndose contra el torrente de los hechos, como un antiguo bloque de granito cubierto de musgo en el fondo de un abismo alpestre; el otro observando el curso de las aguas y pensando en utilizarlas. El excelente y venerable notario gemía al observar los estragos irreparables que estas creencias efectuaban en el ánimo, en las costumbres y en las futuras ideas del conde Victurniano de Esgrignon.

Idolatrado por su tía y por su padre, aquel joven heredero era, en toda la acepción de la palabra, un niño mimado que, por otra parte, justificaba las ilusiones paternas, ya que su tía era realmente una madre para él; pero por muy previsora y cariñosa que sea una mujer soltera, siempre le faltará un no sé qué de maternidad. La segunda vista de una madre no se adquiere nunca. Una tía, castamente unida a su sobrino como la señorita Armada a Victurniano, puede amarlo tanto como lo amaría la madre; puede ser tan solícita, tan buena, tan delicada, tan indulgente como una madre; pero su corazón no tendrá aquellas súbitas advertencias, aquellas alucinaciones inquietas de las madres, en las cuales, aunque rotos, los lazos nerviosos o morales por los cuales el hijo está unido a ellas vibran todavía, y que, siempre en comunicación con él, reciben las sacudidas de todo dolor, se estremecen ante cualquier felicidad como ante un suceso de su propia vida. Si la naturaleza ha considerado a la mujer como un terreno neutro, físicamente hablando, no le ha prohibido en determinados casos identificarse completamente con su obra: cuando la maternidad moral se une a la maternidad natural, veis entonces esos admirables fenómenos, inexplicados más bien que inexplicables, que constituyen las preferencias maternas. La catástrofe de esta

historia demuestra, pues, una vez más esta conocida verdad: una madre es algo que no puede sustituirse. Una madre prevé el mal, mucho tiempo antes de que una joven como la señorita Armanda lo admita, incluso cuando se ha cumplido. La una prevé el desastre, la otra lo remedia. La maternidad ficticia de una soltera comporta, por otro lado, adoraciones demasiado ciegas para que pueda reprender a un niño hermoso e inteligente.

La práctica de la vida y la experiencia en los negocios habían dado al anciano notario una desconfianza observadora y perspicaz que le hacía aproximarse al presentimiento de las madres. Pero era tan poca cosa en aquella casa desde la especie de desgracia en que había incurrido a causa del casamiento que él había proyectado entre una De Esgrignon y Du Croisier, que desde entonces se había prometido a sí mismo seguir ciegamente las doctrinas de la familia. Simple soldado, fiel a su puesto y dispuesto a morir, su opinión no podía ser nunca escuchada, ni siquiera en lo más fuerte de la tempestad, a menos que el azar le colocase, como en el *Anticuario* el mendigo del rey a la orilla del mar, cuando el lord y su hija se encuentran allí sorprendidos por la marea.

Bu Croisier había visto la posibilidad de una horrible venganza en los contrasentidos de la educación dada a aquel joven noble. Esperaba, según una acertada expresión del autor que acabamos de citar, ahogar el cordero en la leche de su madre. Esta esperanza le había inspirado su resignación taciturna y puesto en sus labios una sonrisa de salvaje.

## II UNA MALA EDUCACIÓN

El dogma de su supremacía le fue inculcado al conde Victurniano tan pronto como una idea pudo penetrar en su cerebro. Fuera del rey, todos los señores del reino eran sus iguales. Por debajo de la nobleza no había para él más que inferiores, personas con las que no tenía nada en común, con las que no estaba unido por vínculo alguno; enemigos vencidos, conquistados, de los que no había que hacer el menor caso, cuyas opiniones habían de ser indiferentes a un gentilhombre y al que todos habían de manifestar respeto. Victurniano llevó estas opiniones desgraciadamente a un límite extremo, conducido por la lógica rigurosa que guía a los niños y a los jóvenes hacia las últimas consecuencias tanto del bien como del mal. Por otra parte, viose confirmado en sus creencias por sus ventajas exteriores. Niño de una belleza maravillosa, convirtiéndose en el joven más cabal que un padre pueda desear para su hijo. De mediana estatura, pero bien proporcionado, era esbelto, delicado en apariencia, pero musculoso. Tenía los ojos azules relucientes de los De Esgrignon, la nariz curva de esta familia, finamente modelada, el óvalo perfecto de su rostro, sus cabellos de un rubio ceniciento, su blancura de tez, su elegante continente, sus extremidades graciosas, unos dedos delgados, la distinción en las junturas del pie y de la muñeca, líneas felices y elegantes que indican la raza tanto en los hombres como en los caballos. Hábil y ágil en todos los ejercicios del cuerpo, tiraba admirablemente con la pistola y montaba a caballo como un paladín. Halagaba, en fin, todas las vanidades que los padres sienten por el aspecto externo de sus hijos, basados, por otra parte, en una idea justa, en la influencia excesiva de la belleza. Privilegio parecido al de la nobleza, la belleza no se puede adquirir, es reconocida en todas partes, vale a menudo más que la fortuna y que el talento, no tiene necesidad más que de mostrarse para poder triunfar, no se le pide sino que exista. Además, de estos dos grandes privilegios, la nobleza y la belleza, el azar había dotado a Victurniano de Esgrignon de una inteligencia ardiente, de una maravillosa aptitud para comprender todas las cosas y de una buena memoria. Su instrucción fue desde un principio perfecta. Era mucho más sabio de lo que son en general los jóvenes nobles de las provincias, que se convierten en cazadores, fumadores y propietarios muy distinguidos, pero que tratan algo desdeñosamente las ciencias y las letras, las artes y la poesía, todos los talentos cuya superioridad les ofusca. Estos dones de la naturaleza y esta educación debían bastar para realizar un día las ambiciones del marqués De Esgrignon; veía a su hijo mariscal de Francia si Victurniano quisiera ser militar, embajador si la diplomacia le atraía, ministro si le sonreía la administración; todo le pertenecía en el Estado. En fin, tal era el pensamiento halagador para un padre; aunque el conde no hubiera sido De Esgrignon, habría triunfado por sí mismo. Esta infancia feliz, esta dorada adolescencia no había encontrado jamás oposición a sus deseos. Victurniano

era el rey de la casa; nadie reprimía los deseos de aquel pequeño príncipe, que naturalmente se volvió egoísta como un príncipe, absoluto como el más fogoso cardenal de la Edad Media, impertinente y audaz, vicios que todos divinizaban viendo en ellos las cualidades esenciales del noble.

El Caballero era un hombre de la buena época en la que los mosqueteros desolaban los teatros de París, hacían mil y unas picardías y hallaban una sonrisa en los labios del rey con tal de que las cosas fueran divertidas. Este fascinante seductor, antiguo héroe de callejuela, contribuyó mucho al desdichado desenlace de esta historia. Aquel amable viejo, que no encontraba a nadie que le comprendiese, fue muy dichoso de encontrar a aquella admirable figura de Faublas en cierne que le recordaba su propia juventud. Sin darse cuenta de la diferencia de los tiempos, introdujo los principios de los enciclopedistas en aquel alma juvenil, narrando las anécdotas del reinado de Luis XV, glorificando las costumbres de 1750, refiriendo las orgías de las pequeñas casas y las locuras hechas para las cortesanas, así como las excelentes jugarretas hechas a los acreedores; en fin, toda la moralidad revelada por lo cómico de Dancourt y lo satírico de Beaumarchais. Desgraciadamente, esta corrupción, oculta bajo una excesiva elegancia, se adornaba de una inteligencia volteriana. Si el Caballero iba a veces demasiado lejos, ponía como correctivo las leyes de la buena compañía, a las que un gentilhomme debe siempre obedecer. Victurniano no comprendía de todos estos discursos lo que halagaba sus pasiones. De momento, sólo veía a su anciano padre regocijado con la compañía del Caballero. Los dos viejos consideraban el orgullo innato de un De Esgrignon como una barrera suficientemente fuerte contra todas las cosas inconvenientes, y nadie en la casa imaginaba que un De Esgrignon pudiera permitirse hechos contrarios al honor. El honor, ese gran principio monárquico, plantado en todos los corazones de aquella familia como un faro, iluminaba las menores acciones, animaba los menores pensamientos de los De Esgrignon. Esta hermosa enseñanza, que por sí sola habría debido hacer subsistir la nobleza: «Un De Esgrignon no debe permitirse tal o cual cosa; tiene un nombre que hace que el porvenir sea solidario del pasado», era como un estribillo con que el viejo marqués, la señorita Armanda, Chesnel y los contertulios habituales del hotel habían acunado la infancia de Victurniano. Así, el bien y el mal se encontraban en presencia y en fuerzas iguales en aquella alma juvenil.

Cuando, a la edad de dieciocho años, Victurniano se dejó ver en la ciudad, observó en el mundo exterior ligeras oposiciones con el mundo interior del hotel De Esgrignon, pero no buscó las causas de ello. Las causas estaban en París. Todavía no sabía que las personas tan audaces en ideas y en palabras por la noche en casa de su padre eran muy circunspectas en presencia de los enemigos con los cuales sus intereses les impedían estar en malas relaciones. Su padre se había conquistado su forma franca de hablar. Nadie pensaba contradecir a un anciano de setenta años y, por otra parte, todo el mundo perdonaba a un hombre tan violentamente despojado su

fideliad al antiguo orden de cosas. Engañado por las apariencias, Victurniano se comportaba de forma que equivalía a dar la espalda a toda la burguesía de la ciudad. En la caza tuvo dificultades llevadas demasiado lejos por su impetuosiad, las cuales culminaron con procesos graves, sofocados a fuerza de dinero por Chesnel y de las que la gente no se atrevía a hablar al marqués. Considerad el asombro del marqués si se hubiera enterado de que su hijo era acusado de haber cazado en sus tierras, en sus dominios, en sus bosques, bajo el reinado de un hijo de San Luis. Se temía demasiado lo que pudiera ocurrir si le iniciase en tales miserias, decía Chesnel. El joven conde se permitió en la ciudad algunas otras escapadas, tratadas de amoríos por el Caballero, pero que acabaron costando a Chesnel unas dotes dadas a jóvenes seducidas por imprudentes promesas de matrimonio: otros procesos, llamados en el Código *corrupción de menores*, los cuales, como consecuencia de la brutalidad de la nueva justicia, hubieran llevado no se sabe dónde al joven conde sin la prudente intervención de Chesnel. Estas victorias sobre la justicia burguesa hacen que Victurniano tenga cada vez más agallas. Acostumbrado a salir de sus malos pasos, el joven conde no retrocedía jamás ante una broma. Consideraba los tribunales como espantajos para el pueblo, que no podían hacerle nada a él. Lo que hubiera censurado en los plebeyos era un excusable pasatiempo para él. Esta conducta, este carácter, esta tendencia a menospreciar las leyes nuevas para no obedecer más que las máximas del Código aristocrático, fueron estudiados, analizados, probados por algunas personas hábiles pertenecientes al partido Du Croisier. Estas personas se basaron en ello para hacer creer al pueblo que las calumnias del liberalismo eran revelaciones, y que el retorno al antiguo orden de cosas en toda su pureza se encontraba en el fondo de la política ministerial. ¡Qué suerte para ellos, tener una media prueba de sus asertos! El presidente Du Ronceret se prestaba admirablemente, tanto como el procurador del rey, a todas las condiciones compatibles con los deberes de la magistratura; se prestaba a ellas incluso por cálculo más allá de los límites, contento de hacer gritar al partido liberal a propósito de una concesión excesivamente larga. Excitaba así las pasiones contra la casa De Esgrignon aun cuando parecía servir los intereses de la misma. Este traidor pensaba mostrarse incorruptible en el momento oportuno, cuando estuviera apoyado en un hecho grave y sostenido por la opinión pública. Las malas disposiciones del conde fueron pérfidamente alentadas por dos o tres jóvenes de los que componían su grupo, los cuales captaron sus simpatías haciéndole la corte, le halagaron y obedecieron a sus ideas tratando de confirmar su creencia en la supremacía del noble, en una época en la que el noble no habría podido conservar su poder más que empleando durante medio siglo una prudencia extrema. Du Croisier esperaba reducir a los De Esgrignon a la última miseria, ver abatido su castillo, sus tierras vendidas en pública subasta, a causa de su debilidad hacia aquel joven atolondrado, cuyas locuras habían de comprometerlo todo. No iba más lejos; no creía, como el presidente Du Ronceret, que Victurniano diera otros motivos para actuar la justicia. Por otra parte, la venganza de estos dos hombres estaba bien secundada por

el excesivo amor propio de Victurniano y por su amor a los placeres. El hijo del presidente Du Ronceret, joven de diecisiete años, al que el papel de agente provocador sentaba a maravilla, era uno de los compañeros y el más pérfido cortesano del conde. Du Groisier pagaba a este espía de un género nuevo, le adiestraba admirablemente en la caza de las virtudes de aquel niño noble y hermoso le dirigía burlonamente en el arte de estimular las malas disposiciones de su presa. Fabián du Ronceret era precisamente una naturaleza envidiosa e inteligente, un joven sofista al que agradaba semejante mixtificación y que hallaba en ella la gran diversión de que carecen en las provincias las personas ingeniosas.

De los dieciocho a los veintiún años, Victurniano costó casi ochenta mil francos al pobre notario, sin que ni la señorita Armanda ni el marqués fueran informados de ello. Los procesos sofocados formaban más de la mitad de esta suma, y el resto lo constituían las prodigalidades del joven. De las diez mil libras de renta del marqués, cinco mil eran necesarias para el mantenimiento de la casa; el sustento de la señorita Armanda, a pesar de su austeridad, y el del marqués requerían más de dos mil francos; la pensión del apuesto heredero presunto no llegaba, pues, a cien luises. ¿Qué significaban dos mil francos para presentarse convenientemente? La *toilette* requería ella sola esta renta. Victurniano mandaba traer de París su ropa blanca, sus trajes, sus guantes, sus perfumes. Victurniano había querido un hermoso caballo inglés para montar, un caballo de tálburi y un tálburi. El señor Du Croisier tenía un caballo inglés y un tálburi. ¿Acaso la nobleza podía dejarse eclipsar por la burguesía? Además, el joven conde había querido un criado con la librea de su casa. Halagando con la idea de dar el tono a la ciudad, al departamento, a la juventud, había entrado en el mundo de los caprichos y del lujo, que tanto desean los jóvenes guapos e inteligentes, Chesnel proveía a todo, no sin usar, como los antiguos parlamentos, el derecho de reconvencción, pero con suavidad angélica.

—Es una lástima que un hombre tan bueno sea tan fastidioso —decíase Victurniano cada vez que el notario aplicaba una suma a alguna llaga sangrante.

Viudo y sin hijos, Chesnel había adoptado al hijo de su antiguo señor en el fondo de su corazón; gozaba al verle atravesar la calle mayor de la ciudad, sentado en el doble cojín de su tálburi, látigo en mano, con una rosa en el ojal, lindo, bien vestido, envidiado por todo el mundo. Cuando, en una necesidad urgente, una pérdida en el juego en casa de los Troisville, en casa del duque de Verneuil, en la prefectura o en casa del recaudador general, Victurniano iba, con voz tranquila, mirada inquieta, al encuentro de su providencia, el viejo notario, en una modesta casa de la calle del Bercail, había triunfado con sólo dejarse ver.

—¡Hola!, ¿qué os ocurre, señor conde? —le preguntaba el anciano con voz alterada.

En las grandes ocasiones, Victurniano se sentaba, asumía un aire melancólico y soñador y se dejaba interrogar, haciendo mil melindres. Después de haber dado pie para las mayores ansiedades del buen hombre, que empezaba a temer las

consecuencias de una disipación tan sostenida, confesaba un pecadillo pagado con un billete de mil francos. Chesnel poseía alrededor de doce mil libras de renta. Este fondo no era inagotable. Los ochenta mil francos devorados constituían sus ahorros reservados para la época en que el marqués enviase a su hijo a París o para facilitarle una buena boda. Clarividente cuando Victurniano no se hallaba en su presencia, Chesnel perdía una a una las ilusiones que acariciaban el marqués y su hermana. Reconociendo en aquel muchacho una ausencia total de espíritu de conducta, deseaba casarle con alguna noble joven, inteligente y prudente. Preguntábase cómo un joven podía pensar tan bien y portarse tan mal, viendo que hacía mañana lo contrario de lo que había prometido el día antes. Pero nunca hay que esperar nada bueno de los jóvenes que confiesan sus faltas, se arrepienten de ellas y vuelven a cometerlas. Los jóvenes de un gran carácter sólo se confiesan sus faltas a sí mismos y ellos mismos se castigan por ellas. En cuanto a los débiles, vuelven a caer en el hoyo al encontrar demasiado difícil el sortearlo. Victurniano, en quien parecidos tutores, de consumo con sus compañeros y con sus hábitos, habían hecho flexible el resorte del orgullo secreto de los grandes hombres, había llegado repentinamente a la debilidad de los voluptuosos en el momento de su vida en que, para poder ejercitarse, su fuerza habría tenido necesidad del régimen de contrariedades y miserias que formó al príncipe Eugenio, a Federico II y a Napoleón. Chesnel advertía en Victurniano aquella indomable afición a los placeres que debe ser la herencia de los hombres dotados de grandes facultades y que sienten la necesidad de equilibrar el fatigoso ejercicio de éstas por iguales compensaciones a base de goces, pero que llevan al abismo a las personas que solamente sirven para los placeres. El buen hombre se alarmaba cada vez más; pero cada vez le tranquilizaban también las profundas ocurrencias y la gran inteligencia que hacían a aquel joven tan notable en muchos aspectos. Decíase a sí mismo lo que decía el marqués cuando el rumor de alguna escapada llegaba a sus oídos: «¡Hay que esperar a que pase la juventud!» Cuando Chesnel se quejaba al Caballero de la tendencia del joven conde a contraer deudas, el Caballero le escuchaba preparando una pulgarada de rapé con aire burlón.

—Explicadme, entonces, lo que es la Deuda pública, querido Chesnel —le respondía—. ¡Qué demontre! Si Francia tiene deudas, ¿por qué no habría de tenerlas también Victurniano? Hoy como siempre, los príncipes tienen deudas. ¿Querriais que por casualidad Victurniano os aportase economías? ¿Sabéis lo que hizo nuestro gran Richelieu, no el cardenal, que era un miserable que mataba a la aristocracia, sino el mariscal, cuando su nieto, el príncipe de Chinon, el último de los Richelieu, le dijo que no había gastado en la Universidad el dinero de sus placeres menudos?

—No —respondió Chesnel.

—Pues arrojó la bolsa por la ventana a un barrendero de la calle, diciendo a su nieto: «¿Es que aquí no te enseñan a ser príncipe?»

Chesnel bajaba la cabeza, sin decir una palabra. Luego, por la noche, antes de dormirse, el honrado anciano pensaba que estas doctrinas eran funestas en una época

en la que la policía correccional existía en todo el mundo: veía en ellas en germen la ruina de la gran casa De Esgrignon.

Sin estas explicaciones, que describen todo un aspecto de la historia de la vida provincial bajo el Imperio y la Restauración, hubiera sido difícil comprender la escena por la cual empieza esta aventura y que tuvo lugar hacia el fin del mes de octubre del año 1822, en el Gabinete de Antigüedades, una noche, junto al fuego, cuando los nobles asiduos, las viejas condesas, las jóvenes marquesas y las simples baronesas habían saldado sus cuentas. El anciano aristócrata se paseaba a lo largo del salón, donde la señorita De Esgrignon iba apagando ella misma las bujías en las mesas; no paseaba solo: estaba con el Caballero. Aquellos dos vestigios del siglo precedente hablaban de Victurniano.

—Sí, marqués —decía el caballero—, vuestro hijo está perdiendo aquí el tiempo y su juventud; es preciso que le enviéis a la corte.

—Siempre he pensado que, si mi edad avanzada me impedía ir a la corte, donde, dicho sea entre nosotros, no sé lo que haría al ver lo que sucede y en medio de gente nueva a la que recibe el rey, habría de enviar por lo menos a mi hijo a presentar nuestros homenajes a Su Majestad. El rey debe dar algo al conde, algo así como un regimiento, con objeto de ponerle en condiciones de ganarse sus espuelas. Mi tío el arzobispo sufrió un cruel martirio y yo peleé sin abandonar el campo como aquellos que creyeron su deber seguir a los príncipes: a mi modo de ver, el rey era Francia y su nobleza debía rodearle. Pues bien, nadie piensa en nosotros, siendo así que Enrique IV habría escrito ya a los De Esgrignon: *Venid, amigos míos; hemos ganado la partida*. En fin, somos algo mejor que los Troisville, y he aquí que dos Troisville han sido nombrados pares de Francia y otro es diputado de la nobleza (tomaba los grandes colegios electorales por las asambleas de su orden). Realmente, no se acuerdan de nosotros, como si no existiéramos. Yo aguardaba el viaje que los príncipes habían de hacer por aquí; pero los Príncipes no vienen a nosotros; es preciso, pues, ir a ellos.

—Estoy encantado de saber que pensáis presentar al mundo a nuestro querido Victurniano —dijo hábilmente el Caballero—. Esta ciudad es un hoyo en el que ese muchacho no debe enterrar su talento. Todo lo que aquí puede encontrar es alguna normanda tonta, fea y rica. ¿Qué haría de ella?... ¿Su mujer? ¡Santo Dios!

—Espero que no se casará antes de haber obtenido algún buen cargo del reino o de la corona —dijo el anciano marqués—. Pero hay dificultades graves.

He aquí las únicas dificultades que el marqués advertía en el ingreso de la carrera para su hijo:

—Mi hijo —prosiguió después de una pausa marcada por un suspiro—, el conde De Esgrignon, no puede presentarse descalzo; es preciso equiparle. ¡Ay!, ya no tenemos, como hace siglos, nuestros nobles de séquito. ¡Ah! Caballero, esta demolición de arriba abajo me encuentra siempre al día siguiente del primer martillazo dado por el señor de Mirabeau. Actualmente, ya no se trata más que de



tener dinero; es todo lo que veo de claro en los beneficios de la Restauración. El Rey no os pregunta si descendéis de los Valois, si sois uno de los conquistadores de la Galia; os pregunta si pagáis mil francos de impuestos. Por lo tanto, no podría enviar al conde a la corte sin unos veinte mil escudos...

—Sí, con esa bagatela —dijo el Caballero— podrá hacer una buena presentación.

—Bien —dijo la señorita Armada—, he rogado a Chesnel que viniese esta noche. ¿Creerías, caballero, que desde el día en que Chesnel me propuso que me casase con ese miserable de Du Croisier...

—¡Ah, fue realmente algo indigno, señorita! —exclamó el Caballero.

—¡Imperdonable! —dijo el marqués.

—Bien —repuso la señorita Armada—, mi hermano no ha podido resolverse nunca a pedirle algo a Chesnel.

—¿A vuestro antiguo criado? —repuso el Caballero—. ¡Ah!, marqués; pero si le haríais a Chesnel un honor, un honor por el que os quedaría agradecido hasta su último suspiro.

—No —respondió el aristócrata—, no parece digna la cosa.

—No se trata de dignidad; la cosa es necesaria —repuso el Caballero.

—¡Jamás! —exclamó el marqués, respondiendo con un gesto que decidió al Caballero a arriesgar un gran golpe para ilustrar al anciano.

—Bien —dijo el Caballero—, si no lo sabéis, os diré que Chesnel le ha dado ya algo a vuestro hijo, algo así como...

—Mi hijo es incapaz de haber aceptado nada de Chesnel —exclamó el anciano irguiéndose e interrumpiendo al Caballero—. Habrá podido pedirnos a vos veinticinco luises...

—Algo así como cien mil libras —prosiguió diciendo el Caballero.

—¡El conde De Esgrignon le debe cien mil libras a un Chesnel! —exclamó el anciano dando muestras de un profundo dolor—. ¡Ah!, si no fuese hijo único, esta noche partiría para las Islas con patente de capitán. Deber dinero a usureros con los cuales uno queda en paz por medio de grandes intereses, está bien; ¡pero a Chesnel, un hombre al que se está ligado por lazos de afecto!...

—Sí, nuestro adorable Victurniano se ha comido cien mil libras, querido marqués —repuso el Caballero, sacudiendo de su chaleco unos granos de tabaco que habían caído en él; es poco, ya lo sé. A su edad, yo... En fin, dejemos nuestros recuerdos, marqués. El conde se halla en provincias; no está mal, irá lejos; yo le veo los desórdenes de los hombres que más tarde realizan grandes cosas...

—¡Y está durmiendo ahí arriba sin haberle dicho nada de ello a su padre! —exclamó el marqués.

—Duerme con la inocencia de un niño que todavía no ha causado la desgracia más que de cinco o seis burguesitas, y al que ahora hacen falta duquesas —respondió el Caballero.

—Entonces está reclamando para sí la carta de sello.

—Ellos han suprimido las cartas de sello —dijo el Caballero—. Cuando se ha tratado de crear una justicia excepcional, sabéis como ha gritado la gente. No hemos podido mantener los tribunales prebostales llamados por el señor de Buonaparte *comisiones militares*.

—Bien, entonces, ¿qué va a ser de nosotros cuando tengamos hijos locos o que sean unos sujetos demasiado malos? ¿No podremos hacerlos encerrar, entonces? —dijo el marqués.

El Caballero contempló a aquel padre desesperado y no se atrevió a responderle: «Nos veremos obligados a educarlos bien...»

—Y vos no me habíais dicho nada de todo ello, señorita De Esgrignon —repuso el marqués interpelando a su hermana.

Estas palabras indicaban siempre que estaba indignado, porque generalmente la llamaba *hermana*.

—Pero, señor, cuando un joven lleno de vida permanece ocioso en una ciudad como ésta, ¿qué queréis que haga? —dijo la señorita De Esgrignon, que no comprendía la cólera de su hermano.

—¡Diantre!, deudas —repuso el Caballero—; juega, tiene pequeñas aventuras, caza; todo ello cuesta mucho en estos días.

—Vamos —dijo el marqués—, ya es hora de que le enviemos al rey. Mañana escribiré a nuestros parientes.

—Conozco un poco a los duques de Navarreins, de Lenoncourt, de Maufrigneuse, de Chaulieu —dijo el Caballero, que, sin embargo, se sabía bien olvidado.

—Querido caballero, no hay necesidad de tantas cosas para presentar a un De Esgrignon a la corte —interrumpióle el marqués—. ¡Cien mil libras! —se dijo—. ¡Ese Chesnel es muy osado! He ahí los efectos de esos malditos disturbios. ¡El señor Chesnel protegiendo a mi hijo! ¡Y es preciso que yo le pida!... No, hermana, vos arreglaréis este asunto. Chesnel recibirá garantías sobre nuestros bienes para el total. Luego lavaréis la cabeza a ese joven atolondrado, porque acabaría arruinándose.

Al Caballero y a la señorita De Esgrignon les parecían sencillas y naturales estas palabras, tan cómicas para cualquier otra persona que las hubiera oído. Lejos de esto, aquellos dos personajes quedaron muy emocionados por la expresión casi dolorosa que se pintó en las facciones del anciano. En aquel momento, el señor De Esgrignon se hallaba bajo el peso de algún presentimiento siniestro. Fue a sentarse en una poltrona, junto a la lumbre, olvidándose de Chesnel, que había de presentarse y al cual no quería pedirle nada.

El marqués De Esgrignon tenía entonces las facciones que quisieran que tuviera las imaginaciones algo poéticas. Su cabeza casi calva poseía aún unos cabellos blancos sedosos, en la parte posterior de la cabeza, cayendo en guedejas lisas, pero rizadas en sus extremos. Su hermosa frente llena de nobleza, aquella frente que se admira en la cabeza de Luis XV, en la de Beaumarchais y en la del mariscal de Richelieu, no ofrecía a la mirada ni la amplitud cuadrada del mariscal de Sajonia, ni

el círculo pequeño, duro, apretado y demasiado lleno de Voltaire, sino una graciosa forma convexa finamente modelada, de sienes suaves y doradas. Sus ojos brillantes proyectaban aquel valor y aquel fuego que no se extingue con la edad. Tenía la nariz de los Condé, la amable boca de los Borbones, de la que no salen más que palabras ingeniosas o de bondad, como las que siempre decía el conde de Artois. Sus mejillas, más bien hundidas que redondas, estaban en consonancia con su cuerpo enjuto, con sus piernas finas y su mano torneada. Tenía el cuello apretado por una corbata puesta como la de los marqueses representados en todos los grabados que exornan las obras del siglo pasado, y que veis en Saint-Preux como en Lovelace, en los héroes del burgués Diderot como en los del elegante Montesquieu (véase las primeras ediciones de las obras de estos autores). El marqués llevaba siempre un gran chaleco blanco bordado de oro, sobre el cual brillaban la banda de comendador de San Luis; un traje azul con grandes faldones flordelisados, singular indumentaria que había sido adoptada por el rey; pero el marqués no había abandonado el pantalón francés, ni las medias de seda blanca, ni las hebillas. Desde las seis de la tarde aparecía ataviado con sus mejores galas. No leía más que la *Quotidienne* y la *Gazette de France*, dos periódicos a los que las hojas constitucionales acusaban de oscurantismo, de mil enormidades monárquicas y religiosas, y que el marqués encontraba llenos de herejías y de ideas revolucionarias. Por exagerados que sean los órganos de una opinión, están siempre por debajo de los puros de su partido; de la misma manera que el pintor de este magnífico personaje será ciertamente tildado de haber rebasado lo verdadero, siendo así que atenúa algunos tonos demasiado crudos y apaga las partes demasiado ardientes de su modelo.

El marqués De Esgrignon había puesto sus codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Todo el rato que estuvo así meditando, la señorita Armanda y el Caballero se estuvieron mirando sin comunicarse sus ideas. ¿Es que el marqués sufría al pensar que debería el porvenir de su hijo a su antiguo administrador? ¿Dudaba de la acogida que se dispensaría al joven conde? Lamentaba no haber preparado nada para la entrada de su heredero en el mundo brillante de la corte, permaneciendo en un rincón de provincias, donde le había retenido su pobreza, ya que, ¿cómo habría podido presentarse a la corte? Dio un profundo suspiro al levantar la cabeza.

Este suspiro era uno de los que daba entonces la verdadera y leal aristocracia, la de los nobles de provincia, entonces tan postergados como la mayor parte de los que habían echado mano de la espada y resistido durante la tormenta.

—¿Qué se ha hecho por los Du Guénic, por los Fontaine, por los Bauvan, que jamás se sometieron? —dijose en voz baja—. ¡A los que lucharon más valerosamente se les han arrojado míseras pensiones, alguna lugartenencia de rey en una fortaleza, en la frontera!

Era evidente que el marqués dudaba de la realeza. La señorita De Esgrignon trataba de tranquilizar a su hermano sobre el porvenir de aquel viaje, cuando oyó sobre el pavimento de la calle, a lo largo de las ventanas del salón, unos pasos que

anunciaban la llegada de Chesnel. El notario apareció pronto a la puerta de Josefino, el viejo ayuda de cámara del conde, abrió sin anunciar.

—Chesnel, muchacho...

El notario contaba sesenta y nueve años de edad, poseía una cabeza robusta, un rostro cuadrado, venerable, llevaba unos pantalones de una anchura que habrían merecido de Sterne una descripción épica; zapatos con hebillas de plata, vestido en forma de casulla y un gran chaleco de tutor...

—... ¡Te has portado muy mal al prestar dinero al conde De Esgrignon! Merecerías que yo te lo devolviese ahora mismo y que no te volviéramos a ver nunca más, puesto que has dado alas a sus vicios.

Hubo un momento de silencio, como en la corte cuando el rey reprende públicamente a un cortesano. El viejo notario mantenía una actitud humilde y contrita.

—Chesnel; esa criatura me inquieta —repuso el marqués con bondad—; quiero enviarlo a París para servir al rey. Tú te entenderás con mi hermana para que haga allí una buena presentación... Ya arreglaremos cuentas...

El marqués se retiró gravemente, saludando a Chesnel con un gesto familiar.

—Doy las gracias al señor marqués por sus bondades —dijo el anciano, que permanecía en pie.

La señorita Armada se levantó para acompañar a su hermano; había hecho sonar la campanilla; el ayuda de cámara estaba junto a la puerta con una antorcha en la mano para llevar a su señor a la cama.

—Sentaos, Chesnel —dijo la solterona al volver.

Con su delicadeza femenina, la señorita Armada eliminaba toda la rudeza que pudiera haber en la forma en que el marqués trataba a su antiguo administrador, aun cuando bajo esta rudeza Chesnel adivinase un magnífico afecto. El afecto del marqués para con su antiguo servidor constituía una pasión parecida a la que el amo siente por su perro, y que le llevaría a pelearse con quien diera a éste una patada: lo considera como una parte integrante de su existencia, como una cosa que sin ser completamente él mismo, le representa en lo que más quiere, en sus sentimientos.

—Ya era hora de hacer que el señor conde abandonase esta ciudad —dijo sentenciosamente el notario.

—Sí —respondió ella—. ¿Se ha permitido alguna nueva travesura?

—No, señorita.

—Bien, entonces, ¿por qué le acusáis?

—Señorita, yo no le acuso. No, yo no le acuso. Estoy muy lejos de acusarle. ¡Nunca le acusaré, haga lo que haga!

La conversación decayó. El Caballero, eminentemente comprensivo, se puso a bostezar como un hombre espoleado por el sueño. Se disculpó elegantemente por tener que abandonar el salón y salió, teniendo tantas ganas de dormir como de ahogarse: el demonio de la curiosidad le hacía tener muy abiertos los ojos, y con su

mano delicada quitaba el algodón que llevaba en las orejas.

—Bien, Chesnel —dijo la señorita Armanda, estupefacta— ¿ocurre algo?

—Sí —repuso Chesnel—, se trata de cosas de las que es imposible hablar al ser marqués: caería fulminado por un ataque de apoplejía.

—Decid, pues —repuso la joven inclinando la hermosa cabeza sobre el respaldo de su poltrona y dejando caer los brazos a lo largo de su cintura como una persona que espera el golpe de la muerte sin ofrecer resistencia.

—Señorita, el señor conde, que es tan inteligente, es juguete de cierta gentuza que está acechando el momento de una gran venganza: quisieran vernos arruinados, humillados. El presidente del tribunal, señor Du Ronceret, tiene, como ya sabéis, las más altas pretensiones nobiliarias...

—Su abuelo era procurador —dijo la señorita Armanda.

—Lo sé —dijo el notario—; por ello no le habéis recibido en vuestra casa; tampoco va a casa de los señores de Troisville, ni a la del duque de Verneuil, ni a la del marqués de Casteran; pero es uno de los pilares del salón Du Croisier. El señor Fabián du Ronceret, con el cual vuestro sobrino puede ir sin comprometerse demasiado (le hacen falta compañeros), es el consejero de todas sus locuras; él y otros dos o tres que son del partido de vuestro enemigo, del enemigo del Caballero, de todo aquel que no respira venganza contra vos y contra toda la aristocracia. Todos esperan arruinarnos por medio de vuestro sobrino, verle caer en el fango. Esta conspiración está dirigida por ese sicofante de Du Croisier, que se las da de realista; su pobre mujer lo ignora todo, ya la conocéis; yo lo habría sabido antes si ella tuviese oídos para oír el mal. Durante algún tiempo esos jóvenes locos no estaban en el secreto; pero, a fuerza de reír, los que los dirigían se han comprometido, los tontos han comprendido, y desde las últimas travesuras del conde han dicho algunas palabras mientras estaban borrachos. Estas palabras me han sido comunicadas por personas a las que daba pena ver un joven tan guapo, tan noble y simpático perdiéndose en los placeres. En estos momentos le compadecen; dentro de unos días será... No me atrevo...

—Despreciado. ¡Decidlo, decidlo, Chesnel! —exclamó con acento dolorido la señorita Armanda.

—¡Ay!, ¿cómo queréis impedir que las mejores personas de la ciudad, que no saben qué hacer desde la mañana hasta la noche, controlen las acciones de su prójimo? Así, hay alguien que ha calculado las pérdidas del señor conde en el juego. He aquí que desde hace dos meses ha perdido treinta mil francos; y todo el mundo se pregunta de dónde los saca. Cuando alguien habla de ello delante de mí, los llamo al orden. «¡Ah!, pero... ¿creéis —les decía yo esta mañana— que porque les han arrebatado los derechos útiles y las tierras a los De Esgrignon, también se ha echado mano a sus tesoros? El joven conde tiene derecho a comportarse a su modo; y mientras no os deba a vosotros, no tenéis derecho a decir nada.»

La señorita tendió su mano, en la que el anciano notario puso un beso respetuoso.

—Mi buen amigo Chesnel..., ¿cómo haréis para encontrar el dinero para ese viaje? Victurniano no puede ir a la corte sin ocupar en ella el rango que le corresponde.

—¡Oh!, señorita, he tomado prestado...

—¡Cómo! ¿No teníais nada? Dios mío, ¿cómo haremos liara recompensaros? —exclamó.

—Aceptando los cien mil francos que tengo a vuestra disposición. Ya comprenderéis que el préstamo ha sido hecho en secreto para no desconsideraros. A los ojos de la ciudad, yo pertenezco a la casa De Esgrignon.

Los ojos de la señorita Armanda se llenaron de lágrimas; Chesnel, al verlas, cogió un pliegue del vestido de la noble joven y lo besó.

—Todo eso no será nada —dijo—. El trato con los bellos salones de París cambiará el curso de las ideas del joven. Y aquí, realmente, vuestros viejos amigos son los corazones más nobles, las personas más dignas del mundo, pero no son divertidos. El señor conde, para no aburrirse, se ve obligado a descender, y acabaría envileciéndose.

Al día siguiente, el viejo coche de viaje de la casa De Esgrignon fue llevado al guarnicionero para su reparación. El joven conde fue solemnemente advertido por su padre, después del desayuno, acerca de las intenciones concebidas con respecto a él: iría a la corte a pedir servicio al rey; mientras estuviera de viaje había de decidirse por una carrera: la marina o el ejército de tierra, los ministerios o las embajadas, la casa del rey; no tenía más que escoger, y todos los caminos le serían expeditos. El rey estaría sin duda agradecido a los De Esgrignon de que no le hubieran pedido nada, de haber reservado los favores del trono para el heredero de la casa.

Después de sus locuras, el joven De Esgrignon había atisbado los placeres del mundo parisiense y juzgado la vida real. Como para él se trataba de abandonar la provincia y la casa paterna, escuchó gravemente la alocución de su venerable padre, sin responderle que ya no se ingresaba ni en la marina ni en el ejército como antaño; que llegar a ser subteniente de caballería sin pasar por las escuelas especiales era casi imposible; que los hijos de las familias más ilustres iban a Saint-Cyr y a la escuela politécnica, ni más ni menos que los hijos de plebeyos, después de concursos públicos en los que los aristócratas se exponían a ser aventajados por los villanos. Al ilustrar a su padre, corría el peligro de no disponer del dinero necesario para una estancia en París; dejó, pues, que el marqués y su tía Armanda creyesen que tendría que subir a las carrozas del rey, aparecer en el rango que se atribuían los De Esgrignon actuales y codearse con los más grandes señores. Preocupado por no poder darle a su hijo más que un doméstico para que le acompañase, el marqués le ofreció su viejo ayuda de cámara Josefino, hombre de confianza que cuidaría de él, que velaría fielmente por sus asuntos y del cual el pobre padre se desembarazaba, esperando sustituirlo más tarde por un joven doméstico.

—Acordaos, hijo mío —le dijo—, de que sois un Carol, que vuestra sangre es una

sangre pura de toda mala alianza, que vuestro escudo tiene por divisa; ¡*Es nuestro!*, que os permite ir a todas partes con la cabeza alta y pretender incluso a reinas. Haced honor a vuestro padre, como yo hice al mío. Debemos al honor de nuestros antepasados el poder mirar todas las cosas frente a frente, y no tener que doblar la rodilla más que delante de Dios y del rey. He aquí el mayor de vuestros privilegios.

El bueno de Chesnel había asistido al almuerzo; no se había preocupado de las recomendaciones heráldicas ni de las cartas a las potencias del día; pero había pasado la noche escribiendo a uno de sus viejos amigos, uno de los notarios más antiguos de París. La paternidad facticia y real de Chesnel con respecto a Victurniano quedaría incomprendida si omitiéramos transcribir esta carta, comparable quizás al discurso de Dédalo. Ícaro. ¿Acaso no es preciso remontarse a la mitología para encontrar comparaciones dignas de este hombre verdaderamente clásico?

«Mi querido y respetable Sorbier,

»Recuerdo con agrado haber hecho mis primeras armas en nuestra honorable carrera en casa de tu padre, donde tú me amabas, siendo como era yo un pobre y pequeño pasante. A estos recuerdos, tan dulces a nuestros corazones, apelo para pedirte el único favor que te habré pedido en el transcurso de nuestra larga vida, surcada por catástrofes políticas a las cuales quizá debo el honor de llegar a ser colega tuyo. Este favor, amigo mío, te lo pido, hallándome al borde de la tumba, en nombre de mis canas, que caerían de dolor si no hicieras caso de mis ruegos. Sorbier, no se trata ni de mí ni de los míos. He perdido a la pobre señora Chesnel y no tengo hijos. ¡Ay!, se trata algo más que de mi familia, si tuviese una; se trata del hijo único del señor marqués De Esgrignon, de quien tuve el honor de ser administrador cuando salí del despacho al que su padre me había enviado, a sus expensas, con la intención de que me labrase un porvenir. Esta casa, en la que me he criado, ha sufrido todas las desdichas de la Revolución. He podido salvar algunos de sus bienes, pero ¿qué es ello en comparación de la opulencia perdida? Sorbier, no sabría cómo expresarte hasta qué punto me siento unido a esta gran casa, que he visto a punto de caer en el abismo del tiempo; la proscripción, la confiscación, la vejez y la falta de hijos. ¡Cuántas desgracias! El señor marqués se casó; su mujer murió al dar a luz al joven conde; actualmente no queda otro bien viviente más que este noble, querido y precioso pariente. El destino de esta casa reside en ese joven, el cual ha contraído algunas deudas divirtiéndose aquí. ¿Qué se puede hacer en provincias con cien miserables luises? Sí, amigo mío, cien luises; he ahí donde se encuentra la gran casa De Esgrignon. En este extremo, su padre ha sentido la necesidad de enviarle a París para reclamar allí el favor del rey. París es un lugar muy peligroso para la juventud. Hace falta la dosis de razón que nos hizo notarios para poder vivir en esa ciudad prudentemente. Por otra parte, yo me desesperaría si supiese que esa pobre criatura vive en las privaciones que nosotros conocimos. ¿Te acuerdas de la alegría con que compartiste mi bocadillo, en el Teatro Francés, cuando nos quedamos allí un día y una noche para ver la representación de *Los bodas de Fígaro*? ¡Qué tontos éramos!

Éramos pobres y felices, pero un noble no podría ser feliz en la indigencia. La indigencia de un noble es algo contra naturaleza. ¡Ah!, Sorbier, cuando uno ha tenido la dicha de haber detenido por su propia mano la caída de uno de los más hermosos árboles genealógicos del reino, es tan natural que se le profese cariño, que se le ame, riegue, quiera que vuelva a florecer, que no te asombrarás de las precauciones que me tomo y de que me oigas reclamar el concurso de tus luces para hacer llegar a buen término a nuestro joven. La casa De Esgrignon ha destinado la suma de cien mil francos a los gastos de viaje del señor conde. Ya verás cómo no hay en todo París un joven que pueda comparársele. Te interesarás por él como por un hijo único. En fin, estoy seguro de que la señora Sorbier no dudará en secundarte en la tutela moral de que quedas por mí investido. La pensión del conde Victurniano ha sido fijada en dos mil francos mensuales; pero empezarás por entregarle diez mil para sus primeros gastos, así, la familia ha provisto para dos años de estancia, aparte el caso de un viaje al extranjero, para el cual ya veríamos entonces de tomar nuevas medidas. Asóciate, mi viejo amigo, a esta obra, y ten los cordones de la bolsa un poco tirantes. Sin amonestar al señor conde, sométele tus consideraciones, reténle tanto como puedas y procura que no anticipe un mes sobre otro sin razones de peso, porque no convendría desesperarle en una circunstancia en que el honor quedase comprometido. Infórmate de sus pasos, de lo que hace, de las personas que frecuente; vigila sus relaciones. El Caballero me ha dicho que una bailarina de la Ópera resultaba a menudo menos cara que una mujer de la corte. Infórmate sobre este punto y dame tu respuesta. La señora Sorbier podría, si tú estás demasiado ocupado, saber lo que haga ese joven, adonde va y de dónde viene. Quizá le agrade la idea de convertirse en el ángel de la guarda de un muchacho tan simpático y noble. Dios le agradecerá el haber aceptado tan santa misión. Tal vez su corazón se estremezca al enterarse de los peligros que corra el señor conde Victurniano en París; ya lo veréis: es tan hermoso como joven, tan inteligente como confiado. Si se entusiasmase con alguna mala mujer, la señora Sorbier podría advertirle mejor que tú de todos los peligros. Va acompañado de un viejo doméstico que podrá contarte muchas cosas. Sondea a Josefino, al que he dicho que te consulte en las circunstancias delicadas. Pero ¿por qué habré de decirte más? Hemos sido pasantes y pillos; acuérdate de nuestras escapadas, amigo mío. Los sesenta mil francos te serán entregados en un bono del Tesoro por mano de un señor de nuestra ciudad que se dirige a París.» Etcétera.

Si la anciana pareja hubiera seguido las instrucciones de Chesnel, habríase visto obligada a pagar a tres espías para que vigilasen al conde De Esgrignon. Sin embargo, había una gran prudencia en la elección del depositario. Un banquero da fondos, en tanto los hay en su caja, a aquel que tiene crédito con él; mientras cada vez que el conde necesitase dinero tendría que acudir al notario, el cual ciertamente usaría del derecho de reprenderle si hiciera taita. Victurniano estuvo a punto de traicionar la alegría que sentía al enterarse de que dispondría de dos mil francos mensuales. No



sabía nada de París. Con este dinero creía poder llevar una vida de príncipe.

El joven príncipe partió al día siguiente, acompañado de las bendiciones de todos los asiduos del Gabinete de Antigüedades, abrazado por las señoras ancianas, colmada de buenos deseos de parte de los que le despidieron, seguido fuera de la ciudad por su anciano padre, por su hermana y por Chesnel, los cuales tenían los ojos llenos de lágrimas, Esta súbita partida fue objeto durante varias veladas de las conversaciones de la ciudad, y sobre todo preocupó a los corazones odiosos del salón Du Croisier. Después de haber jurado la ruina de los De Esgrignon, el antiguo abastecedor, el presidente y sus adeptos veían escapárseles la presa. Su venganza estaba basada en los vicios de aquel atolondrado joven, que ahora quedaba fuera de su alcance.

### III VICTURNIANO

Una tendencia natural al espíritu humano, que a menudo convierte en libertina a la hija de una devota, y en devota a la hija de una mujer ligera; la ley de los contrarios, que sin duda es *la resultante* de la ley de los similares, arrastraba a Victurniano hacia París por un deseo al cual habría sucumbido, rodeado de caras dulces y tranquilas que le sonreían, de excelentes sirvientes encariñados con sus dueños y en consonancia con el tono antiguo de aquella mansión, aquel niño no había visto más que a amigos respetables, Con excepción del caballero secular, todos los que le rodeaban eran de manera afectadas, palabras decentes y sentenciosas. Habíase visto acariciado por aquellas mujeres de vestido gris y mitones bordados que os ha descrito Blondet. El interior de la casa paterna estaba decorado con un viejo lujo que no inspiraba más que los pensamientos menos locos. En fin, instruido por un abate sin falsa religión, lleno de la amenidad de los ancianos a caballo sobre estos dos siglos que traen al maestro las rosas secas de su experiencia y la flor marchita de costumbres de su juventud, Victurniano, al que todo debiera haber modelado conforme a costumbres serias, a quien todo aconsejaba que continuase la gloria de una casa histórica, tomando su vida como algo grande y hermoso, daba oído a las más peligrosas ideas. Veía en su nobleza *un* estribo apto para elevarle por encima de las demás personas. Al golpear aquel ídolo incensado en la casa paterna, había percibido que estaba vacío por dentro. Habíase convertido en el más horrible de los seres sociales y el más fácil de encontrar, un egoísta consecuente. Llevado por la religión aristocrática del yo a seguir sus caprichos, alentado por los primeros que cuidaron de su infancia y por los primeros compañeros de sus locuras de adolescente, habíase acostumbrado a no apreciar más que aquello que le reportara placer y a ver cómo las almas buenas reparaban sus necedades, complacencia perniciosa que había de perderle. Su educación, por hermosa y piadosa que fuese, tenía el defecto de haberle aislado demasiado, de haberle ocultado el tren de vida de su época, que ciertamente no es el tren de vida de una ciudad provinciana: su verdadero destino le llevaba más arriba. Había contraído el hábito de no apreciar el hecho en su valor social, sino relativo; hallaba sus acciones buenas en razón de su utilidad. Como los déspotas, hacía la ley para la circunstancia; sistema que es a las acciones del vicio lo que la fantasía es a las obras de arte, una perpetua causa de irregularidad. Dotado de una ojeada penetrante y rápida, veía bien y exacto, pero obraba de prisa y mal. Un no sé qué de incompleto, que no se explica y que se encuentra en muchos jóvenes, alteraba su conducta. A pesar de su pensamiento activo, tan súbito en manifestaciones, tan pronto como la sensación hablaba, el cerebro oscurecido parecía haber dejado de existir. Habría asombrado a los prudentes y era capaz de asombrar a los necios. Su deseo, como una ráfaga tempestuosa, cubría en seguida los espacios lúcidos y claros

de su cerebro; luego, después de las disipaciones contra las cuales se encontraba sin fuerzas, caía en abatimientos de cabeza, corazón y cuerpo, en completas postraciones en las que quedaba casi como un idiota: carácter idóneo para arrastrar a un hombre por el fango cuando queda entregado a sí mismo, a conducirlo a la cúspide del Estado cuando se halla sostenido por la mano de un amigo sin piedad. Ni Chesnel, ni el padre, ni la tía habían podido penetrar en aquella alma que en tantos aspectos participaba de lo poético, pero afectaba de una espantosa debilidad en su centro.

Cuando Victurniano estuvo a algunas leguas de su ciudad natal no experimentó la menos nostalgia: ya no pensó en su anciano padre, que le amaba como a diez generaciones, ni en su tía, cuya abnegación era casi insensata. Aspiraba a París con una violencia fatal, habíase trasladado allá siempre con el pensamiento, como en un mundo fantástico, y había colocado allí la escena de sus más bellos sueños. Creía que allí gozaría de la misma preponderancia que en la ciudad y en el departamento, donde reinaba el nombre de su padre. Lleno no de orgullo, sino de vanidad, sus goces aumentan con toda la grandeza de París. Franquea la distancia rápidamente. Al igual que su pensamiento, su coche no puso transición alguna entre el horizonte limitado de su provincia y el mundo enorme de la capital. Bajó por la calle de Richelieu, hospedóse en un bello hotel cerca del bulevar y apresuróse a tomar posesión de París como un caballo hambriento se precipita hacia un prado. Pronto hubo percibido la diferencia entre los dos lugares. Asombrado más que intimidado por aquel cambio, reconoció, con la prontitud de su inteligencia, cuán poca cosa era él en medio de aquella enciclopedia babilónica, cuán grande insensatez sería oponerse al curso de las ideas y de las costumbres nuevas. Un solo hecho le bastó. El día antes había entregado la carta de su padre al duque de Lenoncourt, uno de los señores franceses que más gozaban del favor del rey. Le había encontrado en su magnífico hotel, en medio de esplendores aristocráticos; al día siguiente le encontró en el bulevar, a pie, con un paraguas en la mano, callejeando, sin ninguna distinción, sin su cordón azul que antaño ningún caballero podía abandonar. Aquel duque y par de Francia, primer gentilhomme de la cámara del rey, no había podido, a pesar de su gran cortesía, contener una sonrisa al leer la carta de su pariente el marqués. Aquella sonrisa había indicado a Victurniano que había más de sesenta leguas entre el Gabinete de Antigüedades y las Tullerías; había una distancia de varios siglos.

En cada época, el trono y la corte se han rodeado de familias favoritas sin ningún parecido de nombres ni de caracteres con las de otros reinados. En esta esfera parece ser que lo que se perpetúa es el hecho y no el individuo. Si la historia no estuviera ahí para probar esta observación, resultaría increíble. La corte de Luis XVIII ponía entonces de relieve a hombres casi extraños a los que exornaron la corte de Luis XV: los Rivière, los Blacas, los D'Avaray, los D'Ambray, los Vaublanc, Vitrolles, DAutichamp, la Rochejaquelein, Pasquier, Decazes, Lainé, De Villèle, la Bourdonnaye, etc. Si comparáis la corte de Enrique IV con la de Luis XIV, no encontraréis en ella cinco grandes casas que hayan subsistido: Villeroy, favorito de

Luis XIV, era el nieto de un secretario advenedizo bajo Carlos IX. El sobrino de Richelieu ya casi no contaba allí para nada. Los De Esgrignon, casi omnipotentes bajo los Valois, omnipotentes sin duda alguna bajo Enrique IV, carecían de oportunidades en la corte de Luis XVIII, que ni siquiera se acordaba de ellos. Actualmente, unos nombres tan ilustres como el de las casas soberanas, tales como los Foix-Grailly, los De Hérouville, por falta de dinero, que es el único poder de estos tiempos, se hallan en una oscuridad que equivale a la extinción. Tan pronto como Victumiano hubo juzgado este mundo, y no lo juzgó más que en este aspecto, sintiéndose ofendido por la igualdad parisiense, monstruo que bajo la Restauración acabó de devorar el último fragmento del estado social, quiso reconquistar su puesto con las armas peligrosas, aunque embotadas, que el siglo dejaba a la nobleza: imitó el comportamiento de aquellos a quienes París concedía su costosa atención, sintió la necesidad de tener caballos, bellos coches, todos los accesorios del lujo moderno. Como le dijo De Marsay, el primer dandy que él encontró en el primer salón en el que fue introducido, era preciso *colocarse a la altura de su época*. Para desgracia suya, cayó en el mundo de los libertinos parisienses, de los De Marsay, de los Ronquerolles, de los Máximo de Trailles, de los Lupeaulx, Rastignac, Vandenesse, Ajuda-Pinto, Beaudenord, La Roche-Hugon y de los Manerville que encontró en casa de la marquesa de Espard, de las duquesas de Grandlieu, de Carigliano, de Chaulieu, de las marquesas de Aiglemont y de Listomère, de la señora de Sérizy, en la Ópera, en las embajadas, por dondequiera que le llevaran su hermoso apellido y su aparente fortuna. En París, un apellido de alta nobleza, reconocido y adoptado por el Faubourg Saint-Germain, que conoce al dedillo sus provincias, es un pasaporte que abre las puertas que resultan más difíciles de hacer girar sobre sus goznes por los desconocidos y por los héroes de la sociedad secundaria. Victurniano halló a todos sus parientes amables y acogedores desde el momento en que no se presentó como pedigüeño: inmediatamente había observado que el medio de no obtener nada era pedir algo. En París, si el primer movimiento es el de mostrarse protector, el segundo, mucho más duradero, es el de despreciar al protegido. El orgullo, la vanidad, todos los sentimientos buenos y malos del joven conde, indujeron a éste a asumir, por el contrario, una actitud agresiva. Los duques de Verneuil, de Hérouville, de Lenoncourt, de Chaulieu, de Navarreins, de Grandlieu y de Maufrigneuse, y las príncipes de Cadignan y de Blamont-Chauvry, se complacieron en presentar al rey aquel encantador vestigio de una vieja familia. Victurniano llegó a las Tullerías con un coche en el que ostentaba el escudo de armas de su casa; pero su presentación le demostró que el pueblo daba demasiadas preocupaciones al rey para que éste pudiera pensar en la nobleza. Adivinó inmediatamente el ilotismo al que la Restauración, apoyada por sus vejestorios elegibles y por sus viejos cortesanos, había condenado a los jóvenes aristócratas. Comprendió que no había para él un lugar conveniente en la corte, ni en el Estado, ni en el ejército, en fin, en ninguna parte. Se lanzó, pues, al mundo de los placeres. Presentóse al Eliseo-Borbón, en casa de la duquesa de

Angulema, en el pabellón Marsan, y encontró en todas partes testimonios de cortesía superficial debidos al heredero de una antigua familia de la que se acordaron cuando le vieron. Todavía era mucho, un recuerdo. En la distinción con que honraban a Victurniano se encerraba la perspectiva de la dignidad de par de Francia y buena boda; pero su vanidad le impidió declarar su posición, y permaneció bajo las armas de su falsa opulencia. Por otra parte, fue tan cumplimentado por su aspecto, tan dichoso de su primer éxito, que una vergüenza experimentada por muchos jóvenes, la vergüenza de abdicar, le aconsejó que se mantuviera en su actitud. Tomó un pequeño apartamento en la calle del Bac, con una cuadra y todos los accesorios de la vida elegante, a la que se encontró en seguida condenado.

Esta puesta en escena exigió cincuenta mil francos, y el joven conde los obtuvo, contra todas las previsiones del prudente Chesnel, por un concurso de circunstancias imprevistas. La carta de Chesnel llegó ciertamente a despacho de su amigo, pero su amigo había fallecido. Al ver una carta de negocios, la señora Sorbier, viuda muy poco poética, la entregó al sucesor del difunto. El señor Cardot, el nuevo notario, dijo al joven conde que el mandato sobre el Tesoro sería nulo si era a la orden de su predecesor. En respuesta a la epístola tanto tiempo meditada por el viejo notario de provincia, el señor Cardot escribió una carta de cuatro líneas con el fin exclusivo de obtener la suma de que hablaba el señor Chesnel. Éste hizo el mandato en nombre del joven notario, el cual, poco susceptible de compaginar con el sentimentalismo de su corresponsal y encantado de ponerse a las órdenes del conde De Esgrignon, dio a Victurniano todo lo que éste le pedía. Los que conocen la vida de París saben que no son necesarios muchos muebles, coches, caballos y elegancia para alcanzar en gastos la suma de cincuenta mil francos; pero deben considerar que Victurniano tuvo para una veintena de miles de francos deudas en casa de sus proveedores, quienes de momento no quisieron su dinero, ya que su fortuna fue en seguida muy aumentada por la opinión pública y por Josefino, especie de Chesnel de librea.

Un mes después de su llegada, Victurniano viose obligado a pedir de nuevo unos diez mil francos a su notario; había jugado al *whist* en casa de los duques de Navarreins, de Chaulieu, de Lenoncourt y en el círculo. Tras haber ganado algunos miles de francos, pronto hubo perdido cinco o seis mil, y sintió la necesidad de hacerse una bolsa de juego. Victurniano tenía el carácter que agrada a la gente y que permite a los jóvenes de buena familia colocarse al nivel más elevado. No solamente fue admitido como un personaje en la banda de la juventud dorada, sino que incluso fue en ella envidiado. Cuando se vio objeto de envidia, experimentó una satisfacción embriagadora, poco apta para inspirarle reformas. A tal respecto se portó como un insensato. No quiso pensar en los medios; echó mano de sus recursos, cual si éstos no hubieran de agotarse nunca, y prohibióse a sí mismo reflexionar sobre lo que le ocurriría siguiendo este sistema. En este mundo disipado, en este torbellino de fiestas, se admite siempre a los actores bajo sus brillantes atavíos, sin preguntar por sus medios: no hay nada de peor gusto que discutirlos. Cada cual debe perpetuar sus

riquezas tal como la naturaleza perpetúa la suyas, en secreto. La gente habla de las desgracias acaecidas; se preocupa, en son de burla, de la fortuna de aquellos a quienes no conoce, pero ahí se detiene. Un joven como Victurniano, apoyado por los poderosos del Faubourg Saint-Germain, y a quien sus propios protectores concedían una fortuna superior a la que poesía, aunque no fuese más que para desembarazarse de él, todo esto muy finamente, muy elegantemente, por medio de una palabra, de una frase; en fin, un conde por casar, un hombre guapo, inteligente, ingenioso, cuyo padre poseía aún las tierras de su viejo marquesado y el castillo hereditario, ese joven es admirablemente acogido en todas las casas en las que hay mujeres jóvenes aburridas, madres acompañadas de hijas por casar o hermosas bailarinas sin dote. El mundo le atrajo, pues, sonriendo, hacia los primeros asientos de su teatro. Los asientos que los marqueses de antaño ocupaban en la escena existen todavía en París, donde cambian los nombres, pero no las cosas.

Victurniano encontró en la sociedad del Faubourg Saint-Germain al doble del Caballero en la persona del vidamo de Pamiers. El vidamo era un caballero de Valois elevado a la décima potencia y gozando de las ventajas de una elevada posición. Aquel vidamo era el depósito de todas las confidencias, la gaceta del barrio; discreto, sin embargo, y, como todas las gacetas, no diciendo más que lo que se puede publicar. Victurniano oyó profesar una vez más las doctrinas trascendentes del Caballero. El vidamo le dijo a De Esgrignon, sin ambages, que él tenía mujeres como es debido y le contó lo que él hacía a su edad. Lo que el vidamo de Pamiers se permitía en aquel entonces se halla tan lejos de las costumbres modernas, en las que el alma y la pasión desempeñan tan gran papel, que es inútil contarle a unas personas que no lo creerían. Pero aquel excelente vidamo hizo algo peor; dijo, a guisa de conclusión, a Victurniano:

—Mañana os invitó a comer en la taberna. Después de la Ópera, adonde iremos a hacer la digestión, os llevaré a una casa donde encontraréis personas que tienen el mayor deseo de veros.

El vidamo le ofreció una deliciosa comida en el *Rocher da Cancale*, donde encontró a tres invitados solamente: De Marsay, Rastignac y Blondet. Emilio Blondet era un paisano del joven conde, un escritor relacionado con la alta sociedad por medio de su amante, una encantadora joven llegada de la provincia de Victurniano, de la familia de Troisville, casada con el conde de Montcornet, uno de los generales de Napoleón que se había pasado a los Borbones. El vidamo profesaba una profunda aversión a las comidas en que el número de comensales era superior a seis. Según él, tales casos ya no había conversación, ni cocina, ni vinos saboreados con conocimiento de causa.

—Todavía no os he dicho adonde os llevaré esta noche —díjole a Victurniano cogiéndole las manos—. Iréis a casa de la señorita Des Touches, donde estarán reunidas todas las lindas jóvenes con pretensiones de inteligentes. La literatura, el arte, la poesía, en fin, todos los talentos se hallan allí representados. Es una de

nuestras antiguas oficinas de la inteligencia, pero con un barniz de moral monárquica, que es la librea de los tiempos actuales.

—A veces resulta fastidioso y molesto como un par de botas nuevas —dijo De Marsay—, pero en ese lugar hay mujeres con las cuales sólo allí es posible hablar con ellas.

—Si todos los poetas que van allí se parecieran a nuestro compañero —dijo Rastignac dando familiarmente unos golpecitos a la espalda de Blondet—, nos divertiríamos; pero la oda, la balada, las meditaciones de pequeños sentimientos y las novelas infestan algo en demasía la inteligencia y los canapés.

—Con tal de que no echen a perder a las mujeres y no corrompan a las jóvenes —dijo De Marsay—, yo no les tengo odio.

—Caballeros —dijo sonriendo Blondet—, estáis usurpando mi campo literario.

—¡Cállate! Tú nos has robado la mujer más encantadora del mundo —exclamó Rastignac—. Bien podemos nosotros robarte las menos brillantes de tus ideas.

—Sí, este bribonzuelo es feliz —dijo el vidamo cogiendo la oreja de Blondet y retorciéndosela—. Pero Victurniano será quizá más feliz esta noche...

—¿Ya? —exclamó De Marsay—. He aquí que acaba apenas de llegar; casi no ha tenido tiempo de sacudirse el polvo de su vieja mansión y limpiarse la salmuera en que le ha tenido en conserva su tía; apenas ha tenido un caballo inglés y un túburi de moda, un *groom*...

—No, no, no tiene *groom* —interrumpióle Rastignac—; tiene una especie de campesino que ha traído de *su pueblo* y al que Buisson, el sastre que más entiende en libreas, declaraba inepto para llevar una chaqueta.

—El hecho es que habríais debido —dijo gravemente el vidamo— modelaros sobre Beaudenord, que tiene sobre todos vosotros, mis pequeños amigos, la ventaja de poseer el verdadero tigre inglés...

—¡He ahí, pues, caballeros —exclamó Victurniano—, adonde han llegado los nobles de Francia! Para ellos lo importante es tener un tigre, un caballo inglés y unas fruslerías...

—¡Vaya! —dijo Blondet señalando a Victurniano—. El buen sentido del señor a veces me espanta. Bien, sí, joven moralista, estáis ahí. Ni siquiera tenéis la gloria de las profusiones que al querido vidamo le hicieron famoso hace cincuenta años. Nosotros vamos divertirnos a un segundo piso de la calle de Montorgeuil. Ya no hay guerra con el cardenal. En fin, conde De Esgrignon, cenáis con un tal señor Blondet, hijo menor de un triste juez de provincia, a quien vos no estrechabais la mano abajo y que dentro de diez años puede sentarse a vuestro lado entre los pares del reino. Después de esto, ¡creed en vos, si podéis!

—Bien —dijo Rastignac—, hemos pasado del hecho a la idea, de la fuerza bruta a la fuerza intelectual; hablamos...

—No hablemos de nuestros desastres —dijo el vidamo—; se ha decidido morir alegremente. Nuestro amigo no tiene necesidad de tigre; es de la raza de los leones.

—No puede prescindir de ellos —dijo Blondet—; hace demasiado poco tiempo que ha llegado.

—Aunque su elegancia sea todavía nueva, nosotros le adoptamos —repuso De Marsay—. Es digno de nosotros, comprende su época, es inteligente, noble y amable, le amaremos, le serviremos, le empujaremos...

—¿Dónde? —dijo Blondet.

—¡Curioso! —respondió Rastignac.

—¿Con quién va esta noche? —preguntó De Marsay.

—Con todo un serrallo —dijo el vidamo.

Después de cenar, Rastignac y De Marsay acompañaron al vidamo y a Victurniano a la Ópera para poder seguirlos a casa de la señorita Des Touches. Estos dos picaros se presentaron a la hora que calcularon habría de terminar la lectura de una tragedia, lo cual consideraban ellos como la cosa peor que pudiera oírse entre las once y las doce de la noche. Iban a espiar a Victurniano y molestarle con su presencia: verdadera malicia de colegial, pero agriada por la hiel del dandy celoso. Victurniano poseía este descaro de paje que contribuye mucho a la soltura en las maneras; así, al observar al recién venido efectuando su entrada, Rastignac se asombró de su rápida iniciación en las bellas maneras del momento.

—Ese pequeño De Esgrignon llegará lejos, ¿no te parece? —dijo a su compañero.

—Depende —dijo De Marsay—, pero por ahora va bien.

El vidamo presentó el vizconde a una de las duquesas más amables, más ligeras de esa época, y cuyas aventuras no hicieron explosión hasta cinco años más tarde. En todo el esplendor de su gloria, de la que ya se sospechaban algunas ligerezas, pero sin pruebas, obtenía entonces el relieve que tanto a una mujer como a un hombre le presta la calumnia parisiense: la calumnia no alcanza jamás a las mediocridades. Esta mujer era, en fin, la duquesa de Maufrigneuse, de la familia de Uxelles, que más tarde fue princesa de Cadignan. Amiga de la duquesa de Langeais y de la vizcondesa de Beauséant, dos glorias desaparecidas, era íntima amiga de la marquesa de Espard, a quien ella disputaba en aquellos momentos el frágil cetro de la moda. Pertenecía a esa clase de mujeres que, sin que se sepa qué, dónde ni cómo, devorarían las rentas de la tierra y las de la luna, si posible fuera. Su carácter comenzaba sólo a perfilarse en aquel entonces; únicamente De Marsay había profundizado en él. Al ver que el vidamo llevaba a Victurniano a aquella deliciosa persona, aquel temido dandy inclinóse hacia el oído de Rastignac.

—Amigo mío —le dijo—, ya verás cómo a ése se le silba como un polichinela por un cochero de punto.

Estas palabras horriblemente vulgares predecían admirablemente los acontecimientos de aquella pasión.

La duquesa de Maufrigneuse se había encaprichado de Victurniano después de haberlo examinado seriamente. Un enamorado que hubiese visto la mirada angelical con que ella dio las gracias al vidamo de Pamiers se habría sentido celoso de tal



expresión de amistad. Las mujeres son como caballos dejados sueltos en una estepa cuando se encuentran, como la duquesa en presencia de un vidamo, en un terreno exento de peligro: entonces se muestran naturales, parece como si les gustara ofrecer muestras de sus ternuras íntimas. Fue una mirada discreta, de ojo a ojo, sin repetición posible en ningún espejo y que nadie pudo sorprender.

—¡Cómo se ha preparado! —dijo Rastignac a De Marsay—. ¡Qué *toilette* de virgen, qué gracia de cisne en su cuello de nieve, qué miradas de madona inviolada, qué blanco vestido, qué cintura de jovencita! ¿Quién diría que tú has pasado por ahí?

—Precisamente por eso está así —respondió De Marsay con aire de triunfo.

Los dos jóvenes cambiaron una sonrisa. La señora de Maufrigneuse sorprendió esta sonrisa y adivinó lo que hablaban. Lanzó a los dos truhanes una de esas miradas que las francesas no conocían antes de la paz y que han sido importadas por las inglesas junto con las formas de su vajilla de plata, sus ameses, sus caballos y su montón de hielo británico que refresca un salón cuando se encuentran varias *ladies* reunidas. Los dos jóvenes se pusieron serios como unos dependientes que aguardan una gratificación después de la reprimenda que acaba de darles un director.

Al enamorarse de Victurniano, la duquesa había decidido representar aquel papel de Inés romántica que varias mujeres imitaron para desgracia de la juventud actual. La señora de Maufrigneuse acababa de hacer su improvisación de ángel, de la misma manera que pensaba volverse hacia la literatura y la ciencia cuando se aproximara a los cuarenta años de edad, en lugar de volverse hacia la devoción. Procuraba no parecerse a nadie. Creaba para sí misma actitudes y vestidos, gorros y opiniones, *toilettes* y formas de actuar originales. Después de su boda, cuando todavía era casi una jovencita, habíaselas dado de mujer instruida y casi perversa: habíase permitido frases comprometedoras ante personas superficiales, pero que a los verdaderos expertos demostraban su ignorancia. Como la época de su matrimonio le impedía disimular su edad, y se acercaba ya a los veintisiete años, inventó el hacerse la inmaculada. Apenas parecía tocar el suelo y agitaba las grandes mangas, cual si se tratara de alas. Su mirada volaba hacia el cielo ante una palabra, una idea o una mirada demasiado atrevida. La Madona de Piola, obra de ese gran pintor genovés, asesinado por celos, cuando se disponía a dar una segunda edición de Rafael; esta Madona, la más casta de todas, y que apenas se ve bajo su vidrio en una callejuela de Génova, esta Madona celestial era una Mesalina, comparada con la duquesa de Maufrigneuse. Las mujeres se preguntaban cómo aquella joven atolondrada se había convertido, en una sola *toilette*, en la seráfica belleza velada que parecía, según una expresión de moda, tener un alma blanca como la última nieve caída en los Alpes; cómo había resuelto tan rápidamente el problema jesuítico de mostrar tan bien unos senos más blancos que su alma ocultándolos bajo la gasa; cómo podía resultar tan inmaterial paseando su mirada de un modo tan asesino. Parecía prometer mil placeres con aquella mirada casi lasciva, cuando, con un suspiro ascético lleno de esperanza por una vida mejor, su boca parecía decir que no realizaría ninguna de tales

esperanzas. Algunos jóvenes ingenuos, pues los había en aquella época en la guardia real, se preguntaban si, incluso en las últimas intimidades, se tuteaba a esa especie de Dama blanca, vapor sideral caído de la vía láctea. Este sistema, que triunfó durante algunos años, fue muy útil a las mujeres que tenían su elegante pecho forrado de una filosofía fuerte y que cubrían grandes exigencias bajo aquellas pequeñas maneras de sacristía. Ni una sola de esas criaturas celestiales ignoraba lo que podía reportarles en buen amor el deseo que todo hombre bien nacido sentía de hacerlas bajar a la tierra. Esta moda les permitía permanecer en su Empíreo semicatólico y semiosiónico; podían y querían ignorar todos los detalles vulgares de la vida, lo cual arreglaba muchas cuestiones. La aplicación de este sistema adivinado por De Marsay explica sus últimas palabras a Rastignac, a quien vio casi celoso de Victurniano.

—Amigo —le dijo—, quédate en donde estás: nuestra Nucingen hará tu fortuna, mientras que la duquesa te arruinaría. Es una mujer demasiado cara.

Rastignac dejó que De Marsay partiera sin pedir más: él sabía lo que era París. Sabía que la mujer más preciosa, más noble, más desinteresada del mundo, a la que uno no podría aceptar más que un ramo de flores, se vuelve tan peligrosa para un joven como las artistas de Ópera de antaño. En efecto, las muchachas de la Ópera han pasado al estado mitológico. Las costumbres actuales de los teatros han hecho de las bailarinas y actrices algo tan divertido como una declaración de los derechos de la mujer, unas muñecas que por la mañana se pasean muy serias en calidad de madres de familia virtuosas y respetables, antes de enseñar por la noche sus piernas en pantalón apretado en un papel de hombre. Desde el fondo de su gabinete de provincia, el bueno de Chesnel había adivinado uno de los escollos contra los cuales podía ir a estrellarse el joven conde.

La aureola poética que rodeaba a la señora de Maufrigneuse deslumbró a Victurniano, que quedó encadenado inmediatamente, atado a aquella cintura de jovencita, enredado en aquellos bucles torneados por la mano de las hadas. Aquel muchacho ya tan corrompido creyó en aquel fárrago de virginidades en muselina, en aquella dulce expresión deliberada como una ley en las dos Cámaras. ¿No es suficiente con que aquel que debe creer en las mentiras de una mujer crea en ellas? El resto del mundo tiene el valor de los personajes de una tapicería para dos amantes. La duquesa era, sin cumplido, una de las diez mujeres más lindas de París, confesadas, reconocidas. Ya sabéis que en el mundo amoroso hay tantas *lindas mujeres de París como los libros más bellos de la época en la literatura*.

A la edad de Victurniano, la conversación que sostuvo con la duquesa puede sostenerse sin excesiva fatiga. Bastante joven y bastante poco hecho a la vida parisiense, no tuvo necesidad de estar en guardia ni de velar por sus menores palabras y miradas. Este sentimentalismo religioso, que se traduce en cada interlocutor en segundas intenciones, excluye toda familiaridad, el abandono inteligente de los antiguos coloquios franceses: se ama entre dos nubes. Victurniano poseía precisamente suficiente dosis de inocencia departamental para permanecer en un

éxtasis muy conveniente y no fingido que agradó a la duquesa, porque las mujeres no son más víctimas de las comedias que representan los hombres que de las que representan ellas mismas. La señora de Maufrigneuse calculó, no sin espanto, que el error del joven conde equivalía a seis buenos meses de amor puro. Estaba tan deliciosa en su aspecto de paloma, ahogando la luz de sus miradas bajo los bordes dorados de sus pestañas, que la marquesa de Espard, al venir a decirle adiós, comenzó a susurrarle al oído: «¡Bien, muy bien, querida!» Luego la hermosa marquesa dejó a su rival viajando sobre el mapa moderno del país del Amor, que no es una concepción tan ridícula como piensan algunas personas. Este mapa vuelve a imprimirse siglo tras siglo con otros nombres y conduce siempre a la misma capital. En una hora de entrevista pública, en un rincón, en un diván, la duquesa llevó a De Esgrignon a las generosidades escipionescas, a las abnegaciones amadísimas, a los desintereses de la Edad Media que entonces empezaba a mostrar sus dagas, sus barbacanas, sus cotas, sus lorigas, sus zapatos de punta retorcida y todos los detalles románticos de cartón pintado. Por otra parte, estuvo admirable de ideas inexpresadas y que fue clavando en el corazón de Victurniano como alfileres en un acerico, una a una, de un modo distraído y discreto. Estuvo maravillosa de reticencias, encantadora de hipocresía, pródiga de promesas sutiles que se derretían al examen como el hielo al sol después de haber refrescado la esperanza, en fin, muy pérfida de deseos concebidos e inspirados. Aquel hermoso encuentro terminó por medio del lazo corredizo de una invitación para que fuera a verla, echado con aquellas maneras de mosquita muerta que la escritura impresa no podrá jamás reproducir.

—¡Me olvidaréis! —decía la joven—. Veréis a tantas mujeres dispuestas a haceros la corte... Pero volveréis a mí desengañado. ¿Vendréis antes?... No. Como queráis. Yo confieso ingenuamente que vuestras visitas me agradarían mucho. Las personas de sentimientos son tan raras, y yo creo en vos. Vamos, adiós; la gente acabaría hablando de nosotros si habláramos más rato.

Dicho esto, remontó literalmente el vuelo. Victurniano no se quedó mucho rato después de que la duquesa hubiera salido, pero el suficiente, sin embargo, para dejar adivinar su felicidad por medio de aquella actitud de las personas dichosas, que participa a la vez de la discreción serena de los inquisidores y de la beatitud concentrada de las devotas que salen absueltas del confesonario.

—La señora de Maufrigneuse ha ido directa a su objetivo esta noche —dijo la duquesa de Grandlieu cuando no quedaron más que seis personas en el salón de la señorita Des Touches: Des Lupeaulx, un relator del Consejo de Estado, Vandenesse, la vizcondesa de Grandlieu, Canalis y la señora de Sérizy.

—De Esgrignon y Maufrigneuse son dos apellidos que deberían unirse —respondió la señora de Sérizy, que tenía la pretensión de ser ingeniosa.

—Desde hace unos días se ha puesto de un platonismo subido —dijo Des Lupeaulx.

—Arruinará a ese pobre inocente —dijo Carlos de Vandenesse.

—¿De qué modo? —preguntó la señorita Des Touches.

—¡Oh!, moral y financieramente, no hay duda —repuso la vizcondesa poniéndose en pie.

Estas palabras crueles correspondieron a crueles realidades para el joven conde de Esgrignon.

A la mañana siguiente escribió a su tía una carta en la que le describía sus primeros pasos en el mundo del Faubourg Saint-Germain bajo los vivos colores que proyecta el prisma del amor. Explicó la acogida que recibía en todas partes, de modo que pudiera satisfacer el orgullo de su padre. El marqués se hizo leer dos veces esta larga carta y se frotó las manos mientras oía el relato de la comida ofrecida por el vidamo de Pamiers, un antiguo conocido suyo, y de la presentación de su hijo a la duquesa; pero perdióse en conjeturas sin poder comprender la presencia del hijo menor de un juez, del señor Blondet, que había sido acusador público durante la Revolución. Aquella noche hubo fiesta en el Gabinete de Antigüedades: se habló de los éxitos del joven conde. Hubo tanta discreción acerca de la señora de Maufrigneuse, que el Caballero fue el único hombre al que se hizo esta confidencia. Esta carta iba sin postdata financiera, sin la conclusión desagradable relativa al nervio de la guerra que todo joven añade en semejante caso. La señorita Armada comunicó la carta a Chesnel. Chesnel se sintió dichoso sin hacer la menor objeción. Era evidente que, como decían el Caballero y el marqués, un joven amado por la duquesa de Maufrigneuse iba a convertirse en un héroe de la corte. Las viejas refirieron todas las historias galantes de las Maufrigneuse desde Luis XIII hasta Luis XVI, pasando por alto los reinados anteriores. Se alabó mucho a la señora de Maufrigneuse por interesarse por Victurniano. El cenáculo del Gabinete de Antigüedades habría sido digno de ser escuchado por un autor dramático que hubiera querido escribir una verdadera comedia. Victurniano recibió cartas muy amables de su padre, de su tía y del Caballero, que a propósito del vidamo, con quien había ido a Spa con ocasión del viaje que emprendió en 1778, se acordaba de una célebre princesa húngara. Chesnel escribió también. En todas las páginas florecía la adulación a la que estaba acostumbrado aquel desdichado muchacho. La señorita Armada parecía participar a medias de los placeres de la señora de Maufrigneuse.

#### IV LA BELLA MAUFRIGNEUSE

Contento con la aprobación de su familia, el joven conde entró vigorosamente en el sendero peligroso y dispendioso del dandismo. Tuvo cinco caballos; fue moderado: De Marsay tenía catorce. Devolvió al vidamo, a De Marsay, a Rastignac e incluso a Blondet la comida recibida. Esta comida costó quinientos francos. El provinciano fue festejado por aquellos señores en el mismo nivel que ellos, a lo grande. Jugó mucho, y desgraciadamente, al *whist*, el juego de moda. Organizó su ociosidad de un modo que estuviera siempre ocupado. Victurniano fue todas las mañanas, de las doce a las tres de la tarde, a casa de la duquesa; después volvía a encontrarla en el bosque de Bolonia, él a caballo, ella en coche. Si esta encantadora pareja hacía algunas partidas a caballo, se efectuaban durante algunas mañanas en que hacía buen tiempo. Por la noche, la gente, los bailes, las fiestas y los espectáculos se repartían las horas del joven conde. Victurniano brillaba en todas partes, en todas partes arrojaba las perlas de su ingenio, juzgaba con palabras profundas a los hombres, las cosas, los acontecimientos: habrías dicho que era un árbol frutal que sólo daba flores. Llevó esa vida fatigosa en la que se disipa más alma aún que dinero, en que se entierran los más bellos talentos, en que fenecen las probidades más incorruptibles, en que se enervan las voluntades mejor templadas. La duquesa, esta criatura tan blanca, tan frágil, tan angelical, complacía en la vida disipada de los jóvenes; le gustaba ver los estrenos, las cosas divertidas, lo imprevisto. De Esgrignon quiso llevarla al *Rocher du Cancale*, con la sociedad de los amables truhanes que ella frecuentaba moralizándolos, y que fue de una alegría, de un ingenio comparable al precio de la cena. Esta partida trajo otras. Sin embargo, ello fue para Victurniano una pasión angelical. Sí, la señora de Maufrigneuse seguía siendo un ángel al que las corrupciones de la tierra no afectaban: un ángel en las Variedades, delante de aquellas farsas medio obscenas y populacheras que la hacían reír, un ángel en medio de los fuegos convergentes de las bromas deliciosas y de las crónicas escandalosas que se decían en las reuniones elegantes, un ángel en el Vaudeville, un ángel al comentar las actitudes de las bailarinas de la Ópera, un ángel en la Porte-Saint-Martin, un ángel en los pequeños teatros del bulevar, un ángel en el baile de máscaras, donde ella se divertía como un colegial; un ángel que quería que el amor viviese de privaciones, de heroísmo, de sacrificios, y que hacía que De Esgrignon cambiase un caballo que no le gustaba y que quería verlo con todo lo que corresponde a un lord inglés rico de un millón de renta. Era un ángel en el juego. Ciertamente, ninguna burguesa habría sabido decir de un modo tan angelical como ella le decía a De Esgrignon: «Jugad por mí». Estaba tan divinamente loca cuando hacía una locura, que era como para vender el alma al diablo para poder mantener a aquel ángel en la afición por los goces terrestres.

Después de su primer invierno, el joven conde había sacado de casa del señor Cardot, que se guardaba muy bien de hacer uso de su derecho de reconvenir al joven conde, la bagatela de treinta mil francos más allá de la suma enviada por Chesnel. Una negativa sumamente cortés del notario a una nueva petición de dinero advirtió de la deuda a Victurniano, que tuvo un disgusto a causa de tal negativa, sobre todo porque había perdido seis mil francos en el club y le era preciso devolverlos para poder volver a él. Después de haberse hecho cargo de la negativa del señor Cardot, que había tenido para con él una confianza de treinta mil francos, escribiendo a Chesnel, pero que hacía sonar muy alto esta pretendida confianza ante el favorito de la bella duquesa de Maufrigneuse, De Esgrignon viose obligado a preguntarle qué debía hacer, puesto que se trataba de una deuda de honor.

—Firmad unas letras de cambio sobre el banquero de vuestro padre, llevadlas a su corresponsal, quien las descontará sin duda; luego escribid a vuestra familia para que mande el dinero a ese banquero.

En el apuro en que se encontraba, el joven conde oyó una voz interior que le pronunció el nombre de Du Croisier, cuyas disposiciones para con la aristocracia, ante la cual le había visto arrodillado, le eran totalmente desconocidas. Escribió, pues, a ese banquero una carta en la que le decía que giraba una letra de cambio de diez mil francos, cuyo fondo le sería remitido al recibir su carta por el señor Chesnel o por la señorita Armanda de Esgrignon. Luego escribió dos cartas conmovedoras a Chesnel y a su tía. Cuando se trata de precipitarse en un abismo, los jóvenes son de una habilidad, de una destreza singulares. Victurniano encontró aquella mañana la dirección de los banqueros parisienses que estaban en relación con Du Croisier, los Keller, que le indicó De Marsay. Éste estaba enterado de todo en París. Los Keller entregaron a De Esgrignon, sin decir una palabra, bajo descuento, el importe de la letra de cambio: debían dinero a Du Croisier. Esta deuda de juego no era nada comparada con el estado de las cosas en su casa. Sobre Victurniano llovían las facturas.

—¡Toma! ¿Tú te preocupas por eso? —díjole una mañana riendo Rastignac—. ¡No te creía tan burgués!

—Amigo mío, hay que pensar en ello; se trata de más de veinte mil francos.

De Marsay, que iba a buscar a De Esgrignon para asistir a una carrera de caballos, sacó de su bolsillo una elegante cartera, extrajo de ella veinte mil francos y los ofreció al conde.

—He aquí la mejor manera de no perderlos. Hoy estoy doblemente encantado de haberlos ganado ayer a mi honorable padre, lord Dudley.

Este rasgo de elegancia francesa sedujo en extremo a De Esgrignon, el cual creyó en la amistad, no pagó sus facturas y se sirvió de este dinero para sus placeres. De Marsay, según una expresión de la lengua de los dandys, veía con indecible satisfacción cómo se *hundía* De Esgrignon; complacíase en apoyar el brazo sobre su hombro, con todas las expresiones de afecto de la amistad, para pesar sobre él y

hacerle desaparecer más pronto, porque tenía celos del interés que la duquesa se tomaba por De Esgrignon, siendo así que para él había dejado la puerta cerrada. Por otra parte, era uno de esos seres que se complacen en el mal como las mujeres turcas se complacen en el baño. Así, cuando hubo ganado el premio de la carrera y los apostadores estuvieron reunidos en un restaurante, donde almorzaron y donde hallaron unas buenas botellas de vino, De Marsay dijo riendo a De Esgrignon:

—Esas facturas por las que te preocupas no son ciertamente las tuyas.

—¡Ah! ¿Se preocupa por ellas? —dijo Rastignac.

—¿Y de quién habrían de ser entonces? —preguntó De Esgrignon.

—¿Es que no conoces la situación de la duquesa? —dijo De Marsay volviendo a montar a caballo.

—No —respondió De Esgrignon, intrigado.

—Bien, querido —dijo De Marsay—, ahí tienes: treinta mil francos en casa de Victorina, dieciocho mil francos en casa de Houbigant, una cuenta en casa de Herbault, en casa de Natier, en casa de Nourtier, en casa de las pequeñas Latour; en total, cien mil francos.

—¿Un ángel? —dijo De Esgrignon levantando los ojos al cielo.

—¡He ahí la cuenta de sus alas! —exclamó irónicamente Rastignac.

—Todo eso debe, querido —respondió De Marsay—, precisamente porque es un ángel; pero todos hemos encontrado ángeles en esas situaciones —añadió mirando a Rastignac—. Las mujeres son sublimes en esto de que no entienden nada de dinero, no se ocupan de ello, esto no les interesa; se las invita al *banquete de la vida*, según dijo no sé qué poeta que murió en el hospital.

—¿Cómo sabéis esto, siendo así que yo no lo sé? —dijo ingenuamente De Esgrignon.

—Serás el último en saberlo, como ella será la última en alterarse de que tienes deudas.

—Yo creía que ella tenía cien mil libras de renta —dijo De Esgrignon.

—Su marido —repuso De Marsay— se separó de ella y vive en su regimiento, donde hace economías, porque también él tiene sus deudillas, nuestro querido duque. ¿De dónde venís? Aprended, pues, como nosotros, a hacerles las cuentas a vuestros amigos. La señorita Diana (yo la amé por su nombre), Diana de Uxelles, se casó con sesenta mil libras de renta de ella; es evidente que en estos momentos sus tierras están todas hipotecadas más de lo que valen; un buen día será preciso fundir la campana y el ángel será puesto en fuga por..., ¿habrá que decirlo?, por unos funcionarios que tendrán la desvergüenza de agarrar a un ángel como si se tratase de uno de nosotros.

—¡Pobre ángel!

—¡Caramba! Cuesta muy caro permanecer en el paraíso terrenal; hay que blanquearse la piel y las alas todas las mañanas —dijo Rastignac.

Como a De Esgrignon se le había ocurrido confesar sus apuros a su querida Diana, sintió una especie de estremecimiento al pensar que ya debía sesenta mil

francos y que le esperaban facturas por valor de otros diez mil. Volvió bastante triste. Su mal disimulada preocupación fue advertida por sus amigos, quienes se dijeron durante la comida:

—Ese pequeño De Esgrignon se está hundiendo. Carece de estilo parisiense, y acabará levantándose la tapa de los sesos. Es un tonto, etc.

El joven conde fue pronto consolado. Su ayuda de cámara le entregó dos cartas. Primero una carta de Chesnel, impregnada del olor rancio de la fidelidad gruñona y de las frases rubricadas de probidad; la respetó, la guardó para la noche. Luego, una segunda carta en la que leyó con fruición infinita las frases ciceronianas por medio de las cuales Du Croisier, de rodillas ante él como Sganarelle delante de Geronte, le suplicaba que en lo sucesivo le ahorrara la afrenta de hacer depositar por adelantado el dinero de las letras de cambio que se dignara girar sobre él. Esta carta terminaba con una frase que se parecía tanto a una caja abierta y llena de escudos al servicio de la noble casa De Esgrignon, que Victurniano hizo el gesto de Sganarelle, de Mascarilla y de todos aquellos que sienten comezón de conciencia en la punta de los dedos. Al saber que estaba en posesión de un crédito ilimitado en casa de los Keller, abrió alegremente la carta de Chesnel; esperaba las cuatro páginas llenas con reconvenciones desbordando por los cuatro costados; estaba viendo ya las habituales palabras de prudencia, de honor, espíritu de conducta, etc. Tuvo vértigo al leer las siguientes palabras:

«Señor conde:

»No me quedan, de toda mi fortuna, más que doscientos mil francos; os suplico que no rebaséis esta suma, si me hacéis el honor de aceptarlos del más abnegado servidor de vuestra familia y que os presenta sus respetos.

»CHESNEL.»

«Es un personaje de Plutarco», díjose Victurniano, arrojando la carta sobre la mesa.

Sentía despecho, veíase pequeño ante tanta grandeza.

»Vamos, hay que reforzarse», se dijo.

En lugar de comer en el restaurante, donde gastaba cada vez entre cincuenta y sesenta francos, hizo la economía de ir a comer a casa de la duquesa de Maufrigneuse, a la que contó la anécdota de la carta.

—Me gustaría ver a ese hombre —dijo haciendo brillar sus ojos como dos estrellas fijas.

—¿Qué haríais con él?

—Le encomendaría mis asuntos.

Diana iba divinamente arreglada; quiso hacer honor de su *toilette* a Victurniano, el cual quedó hechizado por la ligereza con que ella trataba sus negocios o, por mejor decir, sus deudas. La linda pareja fue a los Italianos. Jamás pareció esta bella y



seductora mujer más seráfica y etérea. Nadie en la sala habría podido creer en las deudas cuya cifra había sido indicada aquella misma mañana por De Marsay a De Esgrignon. Ninguna de las preocupaciones de la tierra llegaba a aquella frente sublime, llena de los orgullos femeninos mejor situados. En ella, un aire soñador parecía ser el reflejo del amor terreno noblemente sofocado. La mayor parte de los hombres creían que el guapo Victurniano pagaba los gastos de ella, contrariamente a algunas mujeres que estaban seguras de la derrota de su rival y que la admiraban como Miguel Ángel admiraba a Rafael, *in petto*. Según algunas mujeres, Victurniano amaba a Diana por sus cabellos, porque poseía la más hermosa cabellera rubia de Francia; según otras, su mérito principal era la blancura; según otras, De Esgrignon la amaba por su pie, lo único que valía la pena en ella. Pero —lo cual describe asombrosamente las costumbres actuales de París—, por un lado, los hombres decían que la duquesa proporcionaba el lujo a Victurniano; por otro, las mujeres daban a entender que Victurniano pagaba, como decía Rastignac, las alas de aquel ángel.

Al regresar, Victurniano, a quien las deudas de la duquesa preocupaban más que las propias, tuvo veinte veces a flor de labios una pregunta con la cual iniciar este capítulo; pero veinte veces la pregunta expiró ante la actitud de aquella divina criatura a la luz de las linternas de su cupé, seductora de aquellas voluptuosidades que en ella parecían arrancadas siempre violentamente a su pureza de virgen. La duquesa no cometía el error de hablar de su virtud ni de su condición de ángel como las mujeres de provincia que la han imitado; era mucho más hábil que todo eso; hacía pensar en ello a aquel por el cual ella efectuaba tan grandes sacrificios. Al cabo de seis meses daba al más inocente beso en la mano el aspecto de un pecado capital, practicaba la extorsión de los favores con un arte tan consumado, que era imposible no creerla más ángel después que antes. Sólo las parisienses son lo bastante listas como para dar siempre a la luna un nuevo atractivo y romanizar las estrellas, para revolcarse siempre en el mismo saco de carbón y salir siempre cada vez más blancas. En esto estriba el último grado de la civilización intelectual y parisiense. Las mujeres de más allá del Rin o de la Mancha creen en todas estas zarandajas cuando hablan de ellas; en tanto que las parisienses hacen que crean en ellas sus amantes para hacerlos más felices halagando todas sus vanidades temporales y espirituales. Algunas personas han querido disminuir el mérito de la duquesa pretendiendo que ella era la primera víctima engañada por sus propios sortilegios. ¡Infame calumnia! La duquesa no creía más que en sí misma.

Al comenzar el invierno, entre los años de 1823 y 1824, Victurniano tenía en casa de los Keller una deuda por valor de doscientos mil francos, de la que ni Chesnel ni la señorita Armanda sabían nada. Para mejor ocultar la fuente en donde se abastecía, habíase hecho enviar de vez en cuando dos mil escudos por Chesnel; escribió letras mentirosas a su pobre padre y a su tía, que vivían felices, engañados como la mayor parte de las personas felices. Una sola persona estaba en el secreto de la horrible catástrofe que la fascinación de la vida parisiense había preparado a esta grande y

noble familia. Du Croisier, al pasar por la noche delante del Gabinete de Antigüedades, se frotaba las manos de alegría, esperando llegar a su objetivo. Su objetivo ya no era la ruina, sino la deshonra de la casa De Esgrignon; tenía entonces el instinto de su venganza, ya la estaba oliendo. Finalmente estuvo seguro de ella cuando supo que el joven conde tenía deudas bajo el peso de las cuales aquella joven alma había de sucumbir. Comenzó por asesinar a aquel de sus enemigos que le era más antipático, el venerable Chesnel.

Este buen anciano vivía en la calle del Bercail en una casa de techos muy altos, con un pequeño patio empedrado, a lo largo de cuyos muros subían unos rosales hasta el primer piso. Detrás había un jardincillo de provincia, rodeado de paredes húmedas y sombrías, dividido en arriates por medio de unos bordes de boj. La puerta, gris y bastante limpia, presentaba aquella parte calada, con campanillas, que declara, lo mismo que el escudo de escribanía: «Aquí vive un notario». Eran las cinco y media de la tarde, momento en el que el anciano digería su comida. Chesnel se hallaba sentado en su viejo sillón de cuero negro, delante de la chimenea; habíase calzado la armadura de cartón pintado, que representaba una bota, con la cual preservaba del fuego sus piernas. El buen hombre tenía la costumbre de apoyar los pies en la barra y atizar la lumbre mientras hacía la digestión, pues siempre comía demasiado: le gustaba la buena mesa. ¡Ay!, sin este pequeño defecto ¿no habría sido quizá más perfecto de lo que le está permitido a un ser humano? Acababa de tomar su taza de café; su vieja ama se había retirado llevándose la bandeja que servía para tal uso desde hacía veinte años; esperaba a sus pasantes antes de ir a hacer su partida. Estaba pensando. No preguntéis en quién o en qué. Raras veces transcurría un día sin que se dijera: «¿Dónde estará? ¿Qué hará?» Le creía en Italia en compañía de la bella Maufrigneuse.

Uno de los más dulces goces de los hombres que poseen una fortuna adquirida y no transmitida es el recuerdo de las fatigas que ha costado y del porvenir que dan a sus escudos: gozan en todos los tiempos del verbo. Así, este hombre, cuyos sentimientos se resumían en un afecto único, tenía doble goce al pensar que sus tierras, tan bien escogidas, tan bien cultivadas, tan penosamente compradas, acrecentarían los dominios de la casa De Esgrignon. Cómodamente sentado en su viejo sillón, recreábase en sus esperanzas: contemplaba sucesivamente el edificio levantado por medio de las tenazas con las ascuas y el edificio de la casa De Esgrignon reorganizada merced a sus cuidados. Congratulábase por el sentido que había dado a su vida, imaginando feliz al joven conde. Chesnel no carecía de inteligencia; su alma no era lo único que obraba en esta gran abnegación; también tenía su orgullo; parecíase a esos nobles que reconstruyen pilares en las catedrales y en ellos inscriben sus nombres: él se inscribía en la memoria de la casa De Esgrignon. En ella se hablaría del viejo Chesnel.

En aquel momento, su vieja ama entró dando muestras de una excesiva inquietud.  
—¿Ocurre algo malo, Brígida? —preguntó Chesnel.

—Creo que sí —respondió la mujer—. Ahí está el señor Du Croisier, que quiere hablar con vos...

—¡El señor Du Croisier! —repitió el enciano, tan cruelmente herido en el corazón por la fría cuchillada de la sospecha, que dejó caer las tenazas—. «¡El señor Du Croisier está aquí —pensó—, nuestro mortal enemigo!»

El señor Du Croisier entraba entonces con los andares de un gato que ha olido un plato de leche. Saludó, tomó el sillón que le ofrecía el notario, se sentó suavemente en él y presentó una cuenta de doscientos veintisiete mil francos, comprendidos los intereses, formando el total del dinero adelantado a Victurniano en letras de cambio libradas sobre él y de las cuales Du Croisier reclamaba el pago so pena de perseguir inmediatamente con el último rigor al presunto heredero de la casa De Esgrignon. Chesnel tomó en sus manos aquellas letras fatales y preguntó el secreto de ellas al enemigo de la familia. El enemigo prometió callar si se le pagaba en el plazo de cuarenta y ocho horas: dijo que pasaba por un gran apuro económico. Du Croisier inició aquella serie de mentiras pecuniarias que no engañan ni a los que toman dinero prestado ni a los notarios. El buen hombre tenía los ojos empañados, retenía a duras penas las lágrimas, no podía pagar más que hipotecando sus bienes por el resto de su valor. Al enterarse de la dificultad que entrañaría el pago de este dinero, Du Croisier no se inmutó, ya no tuvo necesidad de dinero, y propuso inmediatamente al viejo notario comprarle sus propiedades. Esta venta fue firmada y consumada en dos días. El pobre Chesnel no pudo soportar la idea de que el hijo de la casa fuera encarcelado por deudas durante cinco años. Unos días más tarde, al notario no le quedaba, pues, más que su despacho y su casa. Chesnel se paseó, despojado de sus bienes, bajo el artesonado de encina negro de su gabinete, mirando las vigas de castaño de bordes tallados, sin pensar más en sus tierras ni en su finca del Jard, nada de todo esto.

«¿Qué será de él? Habrá que llamarle y casarle con una rica heredera», decía con los ojos empañados por las lágrimas y la cabeza pesada.

No sabía cómo abordar a la señorita Armanda ni en qué términos ponerla al corriente de lo sucedido. Él, que acababa de saldar la cuenta de las deudas en nombre de la familia, temblaba al tener que hablar de estas cosas. Al ir de la calle del Bercail al hotel De Esgrignon, el viejo notario iba con el corazón palpitando, como una joven que huye de la casa paterna para no volver a ella más que en el estado de madre desolada.

La señorita Armanda acababa de recibir una carta encantadora de hipocresía, en la que su sobrino parecía ser el hombre más feliz del mundo. Después de haber ido a tomar las aguas y a Italia con la señora de Maufrigneuse, Victurniano enviaba a su tía el diario de su viaje. El amor respiraba en todas sus frases. Tan pronto eran una encantadora descripción de Venecia y sugestivas apreciaciones de las obras maestras del arte italiano; tan pronto eran páginas divinas sobre la Catedral de Milán, sobre Florencia; aquí la pintura de los Apeninos, contrapuesta a la de los Alpes; allá, unas aldeas, como la de Chiavari, donde uno encontraba a su alrededor la felicidad

completa. Todo ello fascinaba a la pobre tía, que veía planear a través de aquellas regiones de amor a un ángel cuya ternura prestaba a estas hermosas cosas un aire inflamado. La señorita Armanda saboreaba esta carta poco a poco, como debía hacerlo una joven prudente, madurada en el fuego de las pasiones reprimidas, víctima de los deseos ofrecidos en holocausto en el altar doméstico con gozo constante. No parecía un ángel como la duquesa; se parecía entonces a esas estatuillas derechas, delgadas, de color amarillento, que los maravillosos artistas de las catedrales han puesto en ciertos ángulos, al pie de las cuales la humedad permite a la correhuela crecer y coronarlas con una linda campanilla azul. En aquel momento, la campanilla se abrió a los ojos de aquella santa; la señorita Armanda amaba fantásticamente a aquella hermosa pareja; no le parecía condenable el amor de una mujer casada para con Victurniano; lo habría censurado en cualquier otro caso, pero en éste el crimen sería no amar a su sobrino. Las tías, las madres y las hermanas tienen una jurisprudencia particular para sus sobrinos, sus hijos y sus hermanos. Véase, pues, en medio de los palacios construidos por las hadas a ambos lados del gran canal, en Venecia. Ella se encontraba en la góndola de Victurniano, que le decía cuán feliz había sido de sentir en su mano la hermosa mano de la duquesa y de ser amado viajando sobre el seno de aquella hermosa reina de los mares italianos. En aquel momento de angélica beatitud apareció, en el extremo de la avenida, Chesnel. ¡Ay!, la arena chirriaba bajo sus pies, como la que cae del reloj de arena de la muerte, y que ésta tritura con sus pies descalzos. Este ruido y la vista de Chesnel dieron a la solterona la cruel emoción que ocasiona el llamar a los sentidos enviados por el alma en los países imaginarios.

¿Qué ocurre? —exclamó Armanda como si acabara de recibir una herida en el corazón.

—¡Todo está perdido! —dijo Chesnel—. El señor conde deshonrará la casa si no ponemos remedio a ello.

Mostró las letras de cambio, pintó las torturas que había sufrido desde hacía cuatro días, en pocas palabras sencillas, pero enérgicas y conmovedoras.

—¡El desdichado nos está engañando! —exclamó la señorita Armanda, cuyo corazón se dilató bajo la influencia de la sangre que a él llegaba en grandes oleadas.

—Digamos nuestro *mea culpa*, señorita —repuso con voz fuerte el anciano—; nosotros le hemos acostumbrado a hacer su voluntad; le hacía falta un guía severo, y éste no podía ser ni vos, que sois soltera, ni yo, de quien no hacía caso: no ha tenido madre.

—Hay terribles fatalidades para las razas nobles que decaen —dijo la señorita Armanda, anegada en llanto.

En aquel momento apareció el marqués. El anciano volvía de su paseo, leyendo la carta que le había escrito a su regreso, describiéndole su viaje desde el punto de vista aristocrático. Victurniano había sido recibido por las más grandes familias italianas en Génova, Turín, Milán, Florencia, Venecia, Roma y Nápoles; había debido su

halagadora acogida a su apellido, y quizá también a la duquesa. En fin, se había mostrado allí magníficamente, como correspondía a un De Esgrignon.

—Ya habrás hecho de las tuyas, Chesnel —di jóle al viejo notario.

La señorita Armanda hizo una seña a Chesnel, seña ardiente y terrible, igualmente bien comprendida por los dos. Aquel pobre padre, aquella flor de honor feudal, debía morir con sus ilusiones. Un pacto de silencio y de abnegación entre notario y la noble joven fue concluido por una simple inclinación de cabeza.

—¡Ah!, Chesnel, no es absolutamente de este modo como los De Esgrignon fueron a Italia hacia el siglo xv, cuando el mariscal Trivulce, al servicio de Francia, servía bajo un De Esgrignon que tenía a Bayardo a sus órdenes: otros tiempos, otros placeres. Por otra parte, la duquesa de Maufrigneuse bien vale la marquesa de Spinola.

El anciano, posado en su árbol genealógico, se balanceaba con aire presumido, como si él hubiera tenido a la marquesa de Spinola y como si poseyera a la duquesa moderna. Cuando los dos afligidos quedaron solos, sentados en el mismo banco, reunidos en un mismo pensamiento, dijéronse durante algún rato uno a otro palabras vagas, insignificantes, mirando a aquel padre feliz que se iba gesticulando como si hablara consigo mismo.

—¿Qué va a ser de él? —decía la señorita Armanda.

—Du Croisier ha dado orden a los señores Keller de que no se le entregue más dinero sin títulos —respondió Chesnel.

—Tiene deudas —repuso la señorita Armanda.

—Temo que sí.

—Si carece de recursos ¿qué va a hacer?

—No me atrevo a contestarme a mí mismo.

—Pero hay que arrancarle a esa clase de vida, traerlo acá, porque llegará a faltarle todo.

—Y a faltar a todo —repitió lúgubrementemente Chesnel.

La señorita Armanda no comprendió todavía, no podía comprender el sentido de esta frase.

—¿Cómo sustraerle a esa mujer, a esa duquesa, que quizá le arrastra? —preguntó.

—Cometerá crímenes para poder permanecer a su lado —dijo Chesnel, tratando de llegar por medio de transiciones soportables a una idea insoportable.

—¡Crímenes! —repitió la señorita Armanda—. ¡Ah!, Chesnel, esa idea sólo se os puede ocurrir a vos —añadió lanzándole una mirada abrumadora, la mirada por la cual la mujer puede fulminar a los dioses—. Los aristócratas no cometen otros crímenes que los llamados de alta traición, y entonces se les corta la cabeza sobre un paño negro, como a los reyes.

—Los tiempos han cambiado mucho —dijo Chesnel meneando la cabeza, de la que Victurniano había hecho caer los últimos cabellos—. Nuestro Rey Mártir no murió como Carlos de Inglaterra.

Esta reflexión calmó la magnífica cólera de la joven noble; se estremeció, sin creer aún en la idea de Chesnel.

—Mañana tomaremos una determinación —dijo—; hemos de reflexionar. Tenemos nuestros bienes en caso de desgracia.

—Sí —repuso Chesnel—, podéis hipotecar sin decir nada al marqués; vuestra parte de la herencia es la más considerable.

Durante la velada, los jugadores y las jugadoras de *whist*, de *boston* y de tablas reales observaron alguna agitación en los rasgos, de ordinario tan serenos y puros, del semblante de la señorita Armanda.

—¡Pobre criatura sublime! —dijo la vieja marquesa de Casteran—. Debe sufrir aún. Una mujer no sabe nunca a qué se compromete al hacer los sacrificios que ha hecho ella por su casa.

Al día siguiente quedó decidido con Chesnel que la señorita Armanda iría a París para sacar a su sobrino de la perdición. Si alguien podía efectuar el rapto de Victurniano, ¿no era por ventura la mujer que tenía para él entrañas maternales? La señorita Armanda, decidida a ir a encontrar a la duquesa de Maufrigneuse, quería explicárselo todo a esta mujer. Pero hacía falta un pretexto para justificar este viaje a los ojos del marqués y de la ciudad. La señorita arriesgó todos sus pudores de joven virtuosa dejando creer que cierta enfermedad que padecía requería una consulta de médicos hábiles y renombrados. Dios sabe si la gente comentó este caso. La señorita veía que estaba en juego un honor mucho más importante que el suyo. Partió. Chesnel le trajo su última bolsa de luisas; ella la cogió sin prestar siquiera atención a ello, tal como su capote blanco y sus mitones de redecilla.

—¡Joven generosa! ¡Qué elegancia! —dijo Chesnel al instalarla en el coche, lo mismo que a su doncella, que parecía una hermana gris.

Du Croisier había calculado su venganza como la gente de la provincia lo calcula todo. No hay en el mundo como los salvajes, los campesinos y la gente de provincia para estudiar a fondo sus asuntos en todos los sentidos; así, cuando llegan del pensamiento al hecho, encontráis las cosas completas. Los diplomáticos son unos niños al lado de estas tres clases de mamíferos, que tienen el tiempo por delante ese elemento que falta a las personas obligadas a pensar en varias cosas, obligadas a dirigirlo todo, a prepararlo todo en los grandes asuntos humanos. ¿Era que Du Croisier había sondeado tan bien el corazón del pobre Victurniano, que había previsto la facilidad con que se prestaría a su venganza, o bien se aprovechó de una casualidad espía durante varios años? Verdaderamente hay un detalle que demuestra cierta habilidad en la forma en que se preparó el golpe. ¿Quién advertía a Du Croisier? ¿Eran los Keller? ¿Era el hijo del presidente Du Ronceret que acababa su carrera de Derecho en París? Du Croisier escribió a Victurniano una carta para anunciarle que había prohibido a los Keller que le adelantaran en lo sucesivo ninguna suma, en el momento en que sabía que la duquesa de Maufrigneuse se hallaba en sus últimos apuros, y el conde De Esgrignon, devorado por una miseria tan espantosa como

sabiamente disimulada. Aquel desgraciado joven desplegaba su ingenio fingiendo opulencia. Esta carta, que decía a la víctima que los Keller no le entregarían nada sin valores, dejaba, entre las fórmulas de un respeto exagerado y la firma, un espacio bastante ancho. Cortando aquel fragmento de carta, era fácil convertirlo en un efecto para una suma considerable. Aquella carta infernal se extendía hasta el anverso de la segunda hoja; estaba sin sobre; el dorso estaba en blanco.

Cuando llegó esta carta, Victurniano rodaba en los abismos de la desesperación. Después de dos años pasados en la vida más feliz, la más sensual, la menos pensadora, la más lujosa, veíase frente a frente de una inexorable miseria, ante una imposibilidad absoluta de tener dinero. El viaje no se había efectuado sin algunos sacrificios pecuniarios. El conde había sacado, con ayuda de la duquesa, varias sumas a los banqueros. Estas sumas, representadas por letras de cambio, iban a eruirse ante él en todo su rigor, con las intimaciones implacables de la Banca y de la jurisprudencia comercial. A través de sus últimos goces, aquella desdichada criatura sentía la punta de la espada del Comendador. En medio de sus cenas oía, como don Juan, el ruido sordo de la estatua que subía la escalera. Experimentaba el escalofrío indescriptible que produce el *siroco* de las deudas. Contaba con un azar. Había ganado siempre a la lotería desde hacía cinco años; su bolsa había vuelto a llenarse siempre. Decíase que después de Chesnel había venido Du Croisier, que después de Du Croisier brotaría otra mina de oro. Por otra parte, ganaba considerables sumas en el juego. El juego le había salvado ya de varios malos pasos. A menudo, en una loca esperanza, iba a perder en el salón de los Extranjeros lo que ganaba en el círculo o en sociedad jugando al *whist*. Su vida, desde hacía dos años, se parecía al inmortal final de *Don Juan* de Mozart. Esta música debe causar escalofríos en ciertos jóvenes que han llegado a la situación en que se debatía Victurniano. Si algo puede probar el inmenso poder de la música, ¿no será esta sublime traducción del desorden, de los apuros que surgen en una vida exclusivamente voluptuosa, esta pintura espantosa de la resolución de aturdirse con las deudas, los duelos, los engaños, las malas ocasiones? Mozart es, en este fragmento, el feliz rival de Moliere. Este terrible final, ardiente, vigoroso, lleno de horribles fantasmas y mujeres picarescas, marcado por una última tentativa iluminada por los vinos de la cena y por una defensa rabiosa, todo este poema infernal lo estaba representando Victurniano él solo. Se veía solo, abandonado, sin amigos, delante de una piedra en la que estaba escrita, como en el extremo de un libro fascinante, la palabra «fin». Sí, todo iba a terminar para él. Veía la mirada fría y burlona, la sonrisa por la cual sus compañeros acogerían el relato de su desastre. Sabía que entre ellos, que exponían sumas tan importantes en los tapetes verdes que París levanta en la Bolsa, en los salones, en los círculos, en todas partes, nadie sacaría un billete de banco para salvar a un amigo. Chesnel debía estar arruinado. Victurniano había devorado a Chesnel. Todas las furias estaban en su corazón y se lo repartían cuando él sonreía a la duquesa, en los Italianos, en aquel palco donde su felicidad daba envidia a toda la sala. En fin, para explicar hasta dónde

rodaba en el abismo de la duda, de la desesperación y de la incredulidad, él, que amaba la vida hasta convertirse en cobarde para conservarla (¡aquel ángel se la hacía tan bella!), miraba sus pistolas y llegaba incluso a concebir el suicidio; él, aquel voluptuoso y mal sujeto, indigno de su apellido. Él, que no habría tolerado la sombra de una injuria, se dirigía aquellas horribles reconvenciones que uno no puede oír más que de boca de sí mismo. Dejó la carta de Du Croisier abierta sobre su cama; eran las nueve cuando Josefino se la entregó, y él había dormido a su regreso de la Ópera, aunque sus muebles estuvieran embargados; pero había pasado por el voluptuoso reducto donde la duquesa y él volvían a encontrarse por algunas horas después de las fiestas de la Corte, después de los bailes más esplendorosos, las veladas más magníficas. Las apariencias quedaban salvadas con gran habilidad. Aquel reducto era una buhardilla, vulgar en apariencia, pero que las hadas de la India habían decorado, y donde la señora de Maufrigneuse veíase obligada, al entrar, a bajar la cabeza cargada de plumas o de flores. La víspera de su perdición, el conde había querido decir adiós a aquel nido elegante, construido por él, que lo había convertido en un poema digno de su ángel, y en el que los huevos encantados, rotos por la desgracia, no se abrirían ya para dar paso a blancas palomas, flamencos rosa, mil aves fantásticas que vuelan sobre nuestras cabezas durante los últimos días de la vida. ¡Ay!, dentro de tres días era preciso huir, habiendo llegado a su último plazo las diligencias judiciales para unas letras dadas a unos usureros.

Cruzó por su cerebro una idea atroz; huir con la duquesa, ir a vivir a un rincón ignorado, a la América del Norte o del Sur; pero huir con una fortuna, dejando a los acreedores con sus títulos.

Para realizar este plan bastaba con cortar la parte baja de aquella carta firmada por Du Croisier, convertirlo en un efecto y llevarlo a casa de los Keller. Fue un combate horrible, donde se vertieron lágrimas y en el que triunfó el honor de la raza, pero bajo condición. Victurniano quiso estar seguro de la hermosa Diana y subordinó la ejecución de su plan al asentimiento que ella diera a la fuga de ambos.

Fue a la casa de la duquesa, en la calle del Faubourg Saint-Honoré; la encontró con uno de esos trajes de mañana coquetones que le costaban tanto cuidado como dinero y que le permitían iniciar su papel de ángel desde las once de la mañana.

La señora de Maufrigneuse estaba medio pensativa: las mismas inquietudes la devoraban, pero las soportaba con ánimo. Entre las organizaciones diversas que los fisiólogos han observado en las mujeres hay una que posee un no sé qué de terrible, que comporta un vigor moral, una gran lucidez en las ideas, una rapidez de decisión, una despreocupación, o más bien una resolución de antemano abrazada sobre ciertas cosas de las que un hombre se espantaría. Estas facultades se hallan ocultas bajo las apariencias externas de la debilidad más graciosa. Estas mujeres, únicas entre las mujeres, ofrecen la reunión o más bien el combate de dos seres que Buffon sólo reconocía como existentes en el hombre. Las otras mujeres son enteramente mujeres; son enteramente tiernas, enteramente madres, enteramente abnegadas, enteramente



nulas o fastidiosas; sus nervios van de acuerdo con su sangre y la sangre con su cabeza; pero las mujeres como la duquesa pueden llegar a todo lo que la sensibilidad tiene de más elevado, a hacer gala de la más egoísta insensibilidad. Una de las glorias de Moliere es haber pintado admirablemente, de un solo lado únicamente, estas naturalezas femeninas en la más grande figura que él haya tallado en mármol: ¡Celimena! Celimena, que representa a la mujer aristocrática, como Fígaro, esa segunda edición de Panurgo, representa al pueblo. Así, abrumada bajo el peso de deudas enormes, la duquesa habíase ordenado a sí misma, exactamente como Napoleón olvidaba y tomaba de nuevo a voluntad el fardo de sus pensamientos, a no pensar en aquel alud de preocupaciones más que en un solo momento y para tomar un partido decisivo. Poseía la facultad de separarse de sí misma y contemplar el desastre a unos pasos, en lugar de dejarse enterrar debajo. Era ciertamente algo grande, pero horrible en una mujer. Entre la hora de su despertar, en la que había vuelto a encontrar todas sus ideas, y la hora en que se había puesto a hacer su toilette había contemplado el peligro en toda su extensión, la posibilidad de una caída espantosa. Meditaba: la huida a un país extranjero; o ir al rey y declararle su deuda; o seducir a un Du Tillet, un Nucingen y pagar, jugando a la Bolsa, con el oro que él le daría, el banquero burgués sería lo bastante ingenioso como para no aportar más que beneficios y no hablar nunca de pérdidas, delicadeza que lo paliaría todo. Estos diversos medios, esta catástrofe, todo había sido deliberado fríamente, con calma, sin trepidación. De la misma manera que un naturalista coge el más maravilloso de los lepidópteros y lo clava sobre el algodón con un alfiler, la señora de Maufrigneuse había arrojado su amor de su corazón para pensar en la necesidad del momento, dispuesta a tomar de nuevo su hermosa pasión sobre su guata immaculada cuando hubiera salvado su corona de duquesa. Nada de esas vacilaciones que Richelieu no confiaba más que al padre José, que Napoleón ocultó al principio a todo el mundo; ella se decía: «O esto, o aquello». Se hallaba en el rincón de la chimenea, arreglándose para ir al Bosque, si el tiempo lo permitía, cuando entró Victurniano.

A pesar de su decisión, el conde se hallaba como debiera haberse hallado aquella mujer: tenía palpitaciones en el corazón, sudaba en su arnés de dandy, no se atrevía aún a llevar la mano a una piedra angular que, una vez retirada, haría que se derrumbase la pirámide de la existencia de ambos. ¡Le costaba tanto el llegar a una certidumbre! Los hombres más fuerte gustan de engañarse a sí mismos sobre ciertas cosas en las que la verdad conocida les humillaría, les ofendería. Victurniano obligó a su propia incertidumbre a venir sobre el terreno soltando una frase comprometedora.

—¿Qué tenéis? —fueron las primeras palabras de Diana de Maufrigneuse al ver a su querido Victurniano.

—Querida Diana, me encuentro en tan grave apuro, que un hombre en el fondo del agua es feliz comparado conmigo.

—¡Bah! —dijo ella—. ¿De qué miserias me estáis hablando? Sois un niño. Veamos, ¿qué ocurre?

—Estoy abrumado de deudas, al borde del abismo.

—¿No es más que eso? —dijo sonriendo la joven—. Todos los asuntos de dinero se arreglan de un modo o de otro; sólo son irreparables los desastres del corazón.

Tranquilizado por esta comprensión súbita de su situación, Victurniano desplegó la brillante tapicería de su vida durante aquellos treinta meses, pero al revés, y, por otra parte, con talento, sobre todo con ingenio. Desplegó en su relato esa poesía del momento, de la que no carece nadie en las grandes crisis, y supo barnizarla de un elegante desdén por las cosas y por las personas. Fue algo aristocrático. La duquesa escuchaba como ella sabía escuchar, con el codo apoyado en su rodilla, muy alta. Tenía el pie sobre un taburete. Sus dedos estaban lindamente agrupados alrededor de su barbilla. Mantenía los ojos clavados en los del conde; pero miríadas de sentimientos pasaban bajo su azul como resplandores de tormenta entre dos nubes. Tenía serena la frente, la boca seria de atención, seria de amor, pendiente de lo que estaba diciendo Victurniano. Ser escuchado de este modo era creer que el amor divino emanaba de aquel corazón. Así, cuando el conde hubo propuesto la huida a aquella alma unida a la suya, viose obligado a exclamar:

—¡Sois un ángel!

La bella Maufrigneuse respondía sin haber hablado aún.

—Bien, bien —dijo la duquesa, que en lugar de hallarse entregada al amor que expresaba, se hallaba entregada a profundas combinaciones que guardaba para sí—; no se trata de eso, amigo mío (el *ángel* ya no era más que *eso*). Pensemos en vos. Sí, partiremos, cuanto antes, mejor. Arregladlo todo: yo os seguiré. Está bien dejar ahí a París y el mundo. Voy a hacer mis preparativos de forma que nadie pueda sospechar nada.

Estas palabras, *¡Yo os seguiré!*, fueron dichas como las habría dicho en esa época la Mars para emocionar a dos mil espectadores. Cuando una duquesa de Maufrigneuse ofrece con semejante frase tal sacrificio al amor, ya ha pagado su deuda. ¿Es posible hablarle de detalles innobles? Victurniano pudo tanto más por ello ocultar los medios que contaba emplear, y Diana se guardó bien de interrogarle sobre este punto: siguió estando invitada, como decía De Marsay, al banquete coronado de rosas que todo hombre debía prepararle. Victurniano no quiso marcharse sin que esta promesa quedara sellada: tenía necesidad de buscar valor en su felicidad para resolverse a una acción que sería, decía a sí mismo, mal interpretada; pero contó, y esto fue su razón determinante, con su tía y su padre para sofocar el asunto; contaba todavía incluso con Chesnel para inventar alguna transacción. Por otra parte, *este negocio* era el único medio de tomar un empréstito sobre las tierras de la familia. Con trescientos mil francos, el conde y la duquesa irían a vivir felices, ocultos, a un palacio de Venecia; olvidaría el universo entero. Se contaron uno a otro su idilio por anticipado.

Al día siguiente, Victurniano hizo una orden de pago de trescientos mil francos y la llevó a casa de Keller. Los Keller pagaron; tenían, en aquel momento, fondos de

Du Croisier, pero previnieron a éste, por medio de una carta, que no girara más sobre ellos sin aviso. Du Croisier, muy sorprendido, pidió su cuenta y se la enviaron. Esta cuenta lo explicó todo; había llegado el momento de consumir su venganza.

Cuando Victurniano tuvo el dinero, lo llevó a casa de la señora de Maufrigneuse, la cual guardó en su secreter los billetes de banco y quiso decir adiós al mundo viendo una última vez la Ópera. Victurniano empezaba a reflexionar. Pensaba que su presencia en el palco de la duquesa podía costarle caro, que lo mejor sería, después de haber puesto los trescientos mil francos a buen recaudo, correr a arrojarse a los pies de Chesnel y confesarle sus apuros. Antes de salir, la duquesa no pudo por menos de lanzar a Victurniano una adorable mirada en la que ardía el deseo de despedirse otra vez de aquel nido que ella tanto amaba. El joven conde, demasiado joven, perdió una noche. Al día siguiente, a las tres, se encontraba en el hotel de Maufrigneuse, y venía a avisar a la duquesa para partir juntos a medianoche.

—¿Por qué habríamos de partir? —dijo la joven—. He pensado mucho en este proyecto. La vizcondesa de Beauséant y la duquesa de Langeais han desaparecido. Mi fuga tendría algo de muy vulgar. Haremos frente a la tempestad. Será mucho más hermoso. Estoy segura del éxito.

Victurniano sintió vértigo, parecióle que su piel se disolvía y que su sangre fluía por todas partes.

—¿Qué tenéis? —exclamó la bella Diana advirtiendo una vacilación que las mujeres jamás perdonan.

A todos los caprichos de las mujeres, los hombres hábiles deben decir de momento que sí, y sugerirles los motivos del no, dejándoles el ejercicio de su derecho de cambiar hasta el infinito sus ideas, sus resoluciones y sus sentimientos. Por primera vez, Victurniano tuvo un acceso de cólera, la cólera de las personas débiles y poéticas, tempestad mezclada de lluvias y relámpagos, pero sin rayo. Trató muy mal a aquel ángel en la fe del cual había expuesto más que su vida: había expuesto el honor de su familia.

—He aquí, pues —dijo la joven—, lo que encontramos después de dieciocho meses de cariño. Me hacéis daño, mucho daño. ¡Marchaos! No quiero volveros a ver. Creí que me amabais, pero no me amáis.

—¿Que no os amo? —preguntó el conde, fulminado por este reproche.

—No, señor.

—¿Y lo repetís? —exclamó—. ¡Ah, si supierais lo que acabo de hacer por vos!

—¿Y qué es todo lo que habéis hecho por mí, caballero? —dijo la duquesa—. ¿Cómo si no fuera preciso hacerlo todo por una mujer que tanto ha hecho por vos!

—¡No sois digna de saberlo! —exclamó Victurniano furioso.

Después de este sublime *¡ah!*, Diana inclinó la cabeza, la puso en su mano y, permaneció fría, inmóvil, implacable, como deben de ser los ángeles que no comparten ninguno de los sentimientos humanos. Cuando Victurniano vio a aquella mujer en esta actitud terrible, olvidóse del peligro que corría. ¿Acaso no acababa de

maltratar a la criatura más angelical del mundo? Quería su perdón; arrojóse a los pies de Diana de Maufrigneuse y se los besó; imploró, lloró. El desventurado estuvo allí dos horas haciendo mil locuras; encontró siempre un rostro frío y unos ojos de los que resbalan lágrimas de vez en cuando, lagrimones silenciosos, que en seguida ella secaba, para impedir que el indigno amante las recogiese. La duquesa fingía uno de esos dolores que hacen augustas y sagradas a las mujeres. Dos horas sucedieron a las otras dos horas anteriores. El conde obtuvo entonces la mano de Diana; la encontró fría y sin alma. Aquella hermosa mano, llena de tesoros, semejaba una madera flexible: no expresaba nada; él la había cogido, no era que ella se la hubiese dado. El conde ya no vivía, ya no pensaba. ¿Qué hacer?

En tales ocasiones, para conservar su sangre fría, un hombre debe estar constituido como aquel condenado a trabajos forzados que, después de haber estado robando durante toda la noche las medallas de oro de la Biblioteca Nacional, va por la mañana a pedirle a su honrado hermano que las funda, y al preguntarle éste: «¿Qué hay que hacer?», él le responde: «Hazme café». Pero Victurniano cayó en un estado de estupor cuyas tinieblas envolvieron su mente. Sobre estas brumas grises pasaban, semejantes a aquellas figuras que Rafael pintó sobre fondos negros, las imágenes de los placeres a los que había querido decir adiós.

Inexorable y desdeñosa, la duquesa jugaba con un extremo de su echarque y lanzando miradas irritadas a Victurniano, coqueteaba con sus recuerdos mundanos, hablaba a su amante de sus rivales, como si esta cólera la decidiera a sustituir por uno de ellos a un hombre capaz de desmentir en un momento dieciocho meses de amor.

—¡Ah! —decía la duquesa—, no sería ese encantador Félix de Vandenesse, tan fiel a la señora de Mortsauf, el que se permitiría semejante escena; ¡ése sí que ama! De Marsay, el terrible De Marsay, al que todos encuentran tan salvaje, es uno de esos hombres fuertes que tratan con rudeza a los hombres, pero que guardan todas sus delicadezas para las mujeres. Montriveau ha quebrantado bajo su pie a la duquesa de Langeais, como Otelo mata a Desdémona, en un acceso de cólera que por lo menos da fe del exceso de su amor; eso no era mezquino como una querrela. ¡Se encuentra placer en ser tratada así! Los hombres rubios, pequeños, delgados y flojos gustan de atormentar a las mujeres; sólo pueden reinar sobre esas pobres y débiles criaturas; aman para poder tener un motivo de creerse hombres. La tiranía del amor es su única oportunidad de poder.

La duquesa no sabía por qué se había puesto bajo el dominio de un hombre rubio. De Marsay, Montriveau, Vandenesse, aquellos guapos morenos, tenían un rayo de sol en los ojos.

Fue un diluvio de sátiras que pasaron silbando como balas. Diana lanzaba tres flechas en una palabra: humillaba, picaba; ella sola hería como saben herir diez salvajes cuando quieren hacer sufrir a su enemigo atado a un poste.

El conde gritó en un acceso de impaciencia: «¡Estáis loca!», y salió, sabe Dios en qué estado. Conducía su caballo como si jamás hubiera conducido. Rozaba los coches

y dio contra un guardacantón en la plaza de Luis XV; no sabía dónde iba. El caballo, al no sentirse sujeto, huyó por el muelle de Orsay hacia su cuadra. Al doblar la esquina de la calle de la Universidad, el cabriolé fue detenido por Josefino.

—Señor —díjole el anciano, azorado—, no podéis volver a casa; la justicia ha venido para prenderos...

Victurniano atribuyó este arresto a la orden de pago, que aún no podía haber llegado a manos del procurador del rey, y no lo atribuyó a sus verdaderas letras de cambio, que desde hacía días se agitaban en forma de juicios en regla, y que la mano de los guardianes del comercio ponía en escena con acompañamiento de espías, alguaciles, jueces de paz, comisarios de policía, gendarmes y otros representantes del orden social. Como la mayor parte de los delincuentes, Victurniano no pensaba más que en su delito.

—¡Estoy perdido! —exclamó.

—No, señor conde; id al hotel del *Bon La Fontaine*, calle de Grenelle. Allí encontraréis a la señorita Armanda, que ha llegado; los caballos están enganchados a su coche; ella os aguarda y os sacará de aquí.

Lleno de angustia, Victurniano se agarró a esta rama que se le ofrecía al alcance de la mano en medio de aquel naufragio; corrió a aquel hotel, abrazó a su tía, que lloraba como una Magdalena: habríase dicho que era la cómplice de las faltas de su sobrino. Los dos montaron en el coche, y unos instantes más tarde se encontraron fuera de París, en la ruta de Brest. Victurniano, anonadado, permanecía en un profundo silencio. Cuando la tía y el sobrino hablaron, fueron ambos víctimas del fatal quid pro quo que había arrojado sin reflexión a Victurniano en brazos de la señorita Armanda: el sobrino pensaba en su falsificación; la tía pensaba en las deudas y en las letras de cambio.

—¿Lo sabéis todo, tía? —le dijo.

—Sí, pobrecito hijo mío, pero estamos aquí. En este momento no te regañaré; vuelve a tener buen ánimo.

—Tendré que esconderme.

—Tal vez... Sí, esta idea es excelente.

—Si pudiera entrar en casa de Chesnel sin ser visto, calculando que nuestra llegada se efectuara en medio de la noche...

—Será mejor; quedaremos en mayor libertad para ocultarlo todo a mi hermano. ¡Pobre ángel, cómo sufre! —dijo la señorita Armanda acariciando a aquella indigna criatura.

—¡Oh!, ahora comprendo el deshonor, y éste ha enfriado mi amor.

—Desventurada criatura, ¡tanta felicidad y tanta miseria!

La señorita Armanda sostenía sobre su pecho la cabeza ardiente de su sobrino y besaba aquella frente sudorosa a pesar del frío, como las santas mujeres debieron de haber besado la frente de Jesucristo al envolverle en el sudario.

Conforme a su excelente cálculo, aquel hijo pródigo fue introducido de noche en

la apacible casa de la calle del Bercail; pero quiso el azar que al hacerlo se le arrojase, según una expresión proverbial, en la boca del lobo. Chesnel había tratado el día anterior del traspaso de su despacho con el primer pasante del señor Lepressoir, el notario de los liberales, tal como él era el notario de la aristocracia. Aquel joven pasante pertenecía a una familia lo suficientemente rica como para poder entregar a Chesnel una importante suma a cuenta, cien mil francos.

—Con cien mil francos —decíase en aquel momento el viejo notario, frotándose las manos— puede hacer callar a los acreedores. El joven tiene deudas usureras; le encerraremos aquí. Yo iré allá a hacer capitular a aquellos perros.

Chesnel, el honrado Chesnel, el virtuoso Chesnel, el digno Chesnel llamaba *perros* a los acreedores de su hijo de amor, el conde Victurniano.

El futuro notario abandonaba la calle del Bercail cuando la calesa de la señorita Armanda entraba en ella. La curiosidad natural de todo joven que hubiera visto, en aquella ciudad, a aquella hora, detenerse una calesa a la puerta del viejo notario, quedaba suficientemente despierta para hacer que el primer pasante permaneciera escondido en el hueco de una puerta, desde donde vio a la señorita Armanda.

«¡La señorita Armanda de Esgrignon a estas horas! ¿Qué ocurre, pues, en casa de los De Esgrignon?», se dijo.

Al ver a la señorita, Chesnel la recibió con bastante misterio. Cuando vio a Victurniano, a las primeras palabras que la señorita le dijo al oído, el buen hombre lo comprendió todo; miró hacia la calle, la encontró silenciosa y tranquila, hizo una seña, y el conde pasó rápidamente de la calesa a la corte. Todo estaba perdido; el refugio de Victurniano era conocido del sucesor de Chesnel.

—¡Ah, señor conde! —exclamó el ex notario cuando Victurniano estuvo instalado en una habitación contigua al gabinete de Chesnel y a la que no se podía penetrar más que pasando por encima del cuerpo del buen hombre.

—Sí —respondió el joven, comprendiendo la exclamación de su viejo amigo—, no os he escuchado, y me encuentro en el fondo de un abismo en el que habré de perecer.

—No, no —dijo el notario, mirando triunfalmente a la señorita Armanda y al conde—. He vendido mi despacho. Hacía mucho tiempo que trabajaba y pensaba retirarme. Mañana, a mediodía, tendré cien mil francos con los cuales pueden arreglarse muchas cosas. Señorita —dijo—, estáis fatigada; volved a montar en el coche y entrad para acostaros. Dejemos los asuntos para mañana.

—¿Está seguro aquí? —dijo la señorita Armanda señalando a Victurniano.

—Sí —dijo el anciano.

La señorita besó a su sobrino, dejándole unas lágrimas en la frente, y se fue.

—Mi buen Chesnel, ¿de qué servirán vuestros cien mil francos en la situación en que me encuentro? —dijo el conde a su viejo amigo cuando se pusieron a hablar de sus asuntos. No conocéis, me parece, la extensión de mis desgracias.

Victurniano le explicó lo que había hecho. Chesnel quedóse estupefacto. Sin la

fuerza de su abnegación habría sucumbido bajo aquel golpe. Dos ríos de lágrimas brotaron de aquellos ojos que alguien habría creído secos para siempre. Por unos instantes volvió a ser un niño. Durante unos momentos fue insensato como un hombre que viese arder su casa y, a través de una ventana, llamear la cuna de sus hijos y crepitar sus cabellos al consumirse. Se irguió pareció como si aumentara su estatura, levantó sus viejas manos y las agitó con gestos desesperados y enloquecidos.

—¡Que vuestra madre muera sin saber nunca nada, muchacho! Ya es bastante ser falsario. ¡No seáis parricida! ¿Huir? No, os condenarían por contumacia. Desdichado, ¿por qué no era la mía la firma que falsificasteis? Yo habría pagado, yo no habría llevado el título al procurador del rey. Ya no soy capaz de nada. ¡Me habéis arrojado al último hoyo del infierno Du Croisier! ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué vamos a hacer? Si hubieseis dado muerte a alguien, esto puede aún disculparse; ¡pero una falsificación, una falsificación! Y el tiempo, el tiempo que vuela presuroso —dijo señalando su viejo reloj de pared con gesto amenazador. Ahora hace falta un pasaporte falso; el crimen llama al crimen. Es preciso... —dijo haciendo una pausa— salvar ante todo la casa De Esgrignon.

—Pero —exclamó Victurniano— el dinero está todavía en casa de la señora de Maufrigneuse.

—¡Ah! —exclamó Chesnel—. ¡Bien! Hay alguna esperanza, bien débil, sin embargo: ¿podremos ablandar a Du Croisier, podremos comprarle? Tendrá, si quiere, todos los bienes de la casa. Voy a su casa, voy a despertarle, a ofrecérselo todo. Por otra parte, no seréis vos quien habrá hecho la falsificación; seré yo. Iré a galeras; he pasado ya la edad para ir a galeras; sólo podrán encerrarme en la cárcel.

—Pero fui yo quien escribió la orden de pago —dijo Victurniano, sin asombrarse de aquella insensata abnegación.

—¡Imbécil!... Perdón, señor conde. Era preciso hacer que lo escribiera Josefino —exclamó el anciano notario, encolerizado—. Es un buen muchacho; habría cargado con todo. Todo ha acabado; el mundo se desploma —añadió el anciano, que, agotado, se sentó—. Du Croisier es una fiera; guardémonos de despertarle. ¿Qué hora es? ¿Dónde está la orden de pago? En París podría comprársela a los Keller, los cuales se avendrían a ello. ¡Ah!, es un asunto en el que todo es peligro; un solo paso en falso puede perdernos. En todo caso, hace falta dinero. Vamos, nadie sabe que estéis aquí; vivid enterrado en el sótano si es preciso. Yo me voy a París inmediatamente; oigo que llega el correo de Brest.

En aquel momento el anciano recobró las facultades de su juventud, su agilidad, su vigor; hizo un paquete de viaje, tomó dinero, puso un pan de seis libras en la pequeña habitación y encerró en ella a su hijo de adopción.

—No hagáis ruido —le dijo—; quedaos aquí hasta mi regreso, sin luz por la noche, ¡o de lo contrario, vais a presidio! ¿Me oís, señor conde? Sí, a presidio, si, en una ciudad como la nuestra, alguien supiera que estéis aquí.

Luego salió Chesnel de su casa después de ordenar al ama que dijera que estaba

enfermo, que no recibiera a nadie, que despidiera a todo el mundo y que aplazara para tres días toda clase de negocios. Se marchó a seducir al director del correo; le contó una historia, porque tuvo el talento de un hábil novelista: obtuvo, para el caso en que hubiera un sitio, que se le aceptara sin pasaporte, y logró que se le prometiera guardar el secreto de aquella partida precipitada. El coche correo llegó, por fortuna, vacío.



Al día siguiente, por la noche, Chesnel llegó a París y a las nueve de la mañana se encontraba en casa de los Keller. Allí se enteró de que la fatal orden de pago había sido devuelta al cabo de tres días a Du Croisier; pero, aunque obteniendo sus informaciones, no dijo nada comprometedor. Antes de salir de la casa de los banqueros les preguntó si, restableciendo los fondos, podían ellos mandar enviar de nuevo aquella pieza. Francisco Keller respondió que la pieza pertenecía a Du Croisier, que solamente éste era dueño de guardarla o volver a enviarla. El anciano, desesperado, fue a ver a la duquesa. A aquella hora la señora de Maufrigneuse no recibía a nadie. Chesnel, que sentía el valor del tiempo, sentóse en la antesala, escribió unas líneas y las mandó entregar a la señora de Maufrigneuse, seduciendo, fascinando, interesando, mandando a los domésticos más insolentes, los más inaccesibles del mundo. Aunque todavía estaba en la cama, la duquesa, con gran asombro de parte de la servidumbre, recibió en su aposento al anciano.

—¿Qué ocurre, caballero? —dijo la duquesa—. ¿Qué desea de mí aquel ingrato?

—Ocurre, señora duquesa —exclamó el buen hombre—, que vos tenéis cien mil escudos que son nuestros.

—Sí —respondió ella—, ¿qué Significa?...

—Esa suma es resultado de una falsificación que nos lleva a las galeras, y que hemos hecho por amor a vos —dijo vivamente Chesnel—. ¿Cómo no lo habéis adivinado, vos que sois tan inteligente? En lugar de regañar al joven conde, habríais tenido que interrogarle, y salvarle deteniéndole a tiempo. Ahora, ¡quiera Dios que la desgracia no sea irreparable! Vamos a tener necesidad de todo vuestro crédito cerca del rey.

A las primeras palabras que le explicaron el asunto, la duquesa, avergonzada de su conducta con un amante tan apasionado, temió incurrir en sospechas de complicidad. En su deseo de mostrar que había conservado el dinero sin tocarlo, olvidó toda conveniencia y no tuvo en cuenta, por otra parte, que aquel notario fuese un hombre: arrojó a un lado su edredón con un movimiento violento, lanzóse hacia el secreter pasando por delante del notario como uno de esos ángeles que cruzan por las viñetas de Lamartine y volvió a meterse en la cama, confusa, después de haber entregado los cien mil escudos a Chesnel.

—Sois un ángel, señora —dijo (¡al parecer, era un ángel para todo el mundo!)— Pero no será esto todo —añadió el notario—; cuento con vuestro apoyo para salvarnos.

—¡Salvaros! Lo lograré o pereceré. Hay que amar mucho para no retroceder ante un delito. ¿Por qué mujer ha hecho cosa semejante? ¡Pobre niño! Vamos, no perdáis tiempo, señor Chesnel. Contad conmigo como con vos mismo.

—¡Señora duquesa, señora duquesa!

El anciano no pudo decir más que estas palabras, tan emocionado estaba. Lloraba, sentía deseos de bailar, pero tuvo miedo de volverse loco, y se contuvo.

—Vos y yo, los dos, le salvaremos —dijo mientras se iba.

Chesnel fue a ver en seguida a Josefino, quien le abrió el secreter y la mesa en la que estaban los papeles del conde, y encontró afortunadamente allí algunas cartas de Du Croisier y de los Keller que podían resultar útiles. Luego tomó una plaza en una diligencia que partía inmediatamente. Dio dinero a los postillones para que hicieran correr el pesado coche tan de prisa como el correo, porque encontró a dos viajeros con tanta prisa como él y que acordaron comer en el interior del coche durante el viaje. El coche parecía devorar la carretera. El notario volvió a entrar en la calle del Bercail después de tres días de ausencia. Aunque fueran las once de la noche, era demasiado tarde. Chesnel vio a unos gendarmes a la puerta de su casa, y cuando llegó al umbral vio en su patio al joven conde arrestado. Ciertamente, si hubiera tenido poder para ello, habría dado muerte a todos los agentes de la justicia y a los soldados, pero no pudo hacer otra cosa más que arrojarle al cuello de Victurniano.

—Si no consigo sofocar el asunto, será preciso que os matéis antes de que se levanta acta de acusación —le dijo al oído.

Victurniano se hallaba en tal estado de estupor, que miró al notario sin comprenderle.

—¿Matarme? —repitió.

—¡Sí! Si tuvierais valor para ello, hijo mío, contad conmigo —le dijo Chesnel estrechándole la mano.

Quedóse, a pesar del dolor que le causaba aquel espectáculo, plantado sobre sus piernas, que le temblaban, mirando al hijo de su corazón, al conde De Esgrignon, heredero de aquella gran casa, que caminaba entre los gendarmes, entre el comisario de la policía de la ciudad, el juez de paz y un alguacil. El anciano sólo recobró su decisión y su presencia de ánimo cuando toda aquella gente hubo desaparecido y ya no oía el rumor de los pasos y el silencio fue restablecido.

—Señor, vais a resfriaros —exclamó Brígida.

—¡Que el diablo te lleve! —gritó el notario, exasperado.

Brígida, que no había oído nada semejante durante los veintinueve años en que servía a Chesnel, dejó caer la bujía; pero sin hacer caso del susto del alma, Chesnel echó a correr en dirección a Val-Noble.

—Está loco —pensó Brígida—. Después de todo, hay motivos para ello. Pero ¿adonde va? Me es imposible seguirle. ¿Qué va a ser de él? ¿Irá a ahogarse?

Brígida despertó al primer pasante y le mandó inspeccionar las orillas del río, que se habían hecho tristemente célebres desde el suicidio de un joven lleno de porvenir y de la reciente muerte de una muchacha seducida. Chesnel se dirigía al hotel de Du Croisier. No le quedaba más esperanza que aquélla. Los delitos de falsificación solamente pueden ser perseguidos por querrela privada. Si Du Croisier quería

prestarse a ella, aún era posible hacer pasar la queja por un mal entendido. Chesnel tenía aún la esperanza de poder comprar a aquel hombre.

Durante aquella velada había más gente que de costumbre en casa del señor y de la señora Du Croisier. Aunque este asunto hubiera sido mantenido en secreto entre el presidente del tribunal, señor Du Ronceret; el señor Sauvager, primer sustituto del procurador del rey, y el señor Du Coudrai, el antiguo conservador de las hipotecas destituido por haber votado mal, las señoras Du Ronceret y Du Coudral lo habían confiado bajo promesa de secreto a una o dos amigas íntimas. La noticia había corrido, pues, entre la sociedad medio noble, medio burguesa, que se daba cita en casa del señor Du Croisier. Todos comprendían la gravedad de un asunto semejante y nadie se atrevía a hablar de él abiertamente. Las simpatías de la señora Du Croisier para con la alta aristocracia, por otra parte, eran tan notorias, que apenas se atrevió nadie a cuchichear acerca de la desgracia que había caído sobre los De Esgrignon. Los principales interesados aguardaron, para hablar de ello, la hora en que la buena de la señora Du Croisier se retiraba a su dormitorio, donde se entregaba a sus prácticas religiosas lejos de las miradas de su marido.

En el momento en que la dueña de la casa desapareció, los partidarios de Du Croisier que conocían el secreto y los planes de aquel gran industrial eran contados y vieron que en el salón quedaban todavía algunas personas cuyas opiniones o intereses las hacían sospechosas. Continuaron jugando. Hacia las once y media ya no quedaron más que los íntimos: el señor Sauvager, el señor Camusot, el juez de instrucción y su mujer, el señor y la señora Du Ronceret, su hijo Fabián, el señor y la señora Du Coudrai, y José Blondet, hijo mayor de un anciano juez; en total, diez personas.

Cuentan que Talleyrand, en una noche fatal, a las tres de la madrugada, jugando en casa de la duquesa de Luynes, interrumpió el juego, puso su reloj de bolsillo encima de la mesa y preguntó a los jugadores si el príncipe de Condé tenía algún otro hijo además del duque de Enghien.

—¿Por qué preguntáis una cosa que vos sabéis perfectamente? —le dijo la señora de Luynes.

—Es que, si el príncipe no tiene otro hijo, la casa de Condé se ha acabado —contestó.

Tras un momento de silencio reanudaron el juego.

Con un movimiento semejante procedió el presidente Du Ronceret, sea que conociese este rasgo de la historia contemporánea, sea que las pequeñas inteligencias se parecen a las grandes en las expresiones de la vida política. Consultó el reloj y dijo, interrumpiendo el juego de *boston*:

—En este momento están deteniendo al señor conde De Esgrignon, y esa casa tan orgullosa ha quedado deshonrada para siempre.

—Entonces, ¿habéis conseguido poner la mano sobre ese muchacho? —exclamó con alegría Du Coudrai.

Todos los presentes, menos el presidente, el sustituto y Du Croisier, manifestaron

una súbita sorpresa.

—Acaba de ser detenido en casa de Chesnel, donde se había escondido —dijo el sustituto asumiendo el aire de un hombre competente e incomprendido que debería ser ministro de la policía.

Aquel señor Sauvager, primer sustituto, era un joven de veinticinco años, flaco y alto, de rostro largo y aceitunado, de cabello negro y rizado, ojos hundidos y bordeados por debajo por un ancho círculo marrón, repetido por encima por sus párpados arrugados. Poseía una nariz de ave de rapiña, las mejillas sumidas por el estudio y la ambición. Ofrecía el tipo de esos seres secundarios, que se apoyan en las circunstancias, dispuestos a todo para poder alcanzar sus fines, pero manteniéndose en los límites de lo posible y en el decoro de la legalidad. Su aire importante revelaba admirablemente su facundia servil. El secreto del refugio del joven conde le había sido revelado por el sucesor de Chesnel. Esta noticia pareció sorprender vivamente al juez de instrucción, señor Camusot, el cual, por petición de Saúvager, había decretado la orden de arresto, tan prontamente ejecutada. Camusot era un hombre de unos treinta años de edad, bajito, ya obeso, rubio, de carnes blandas, tez lívida como la de casi todos los magistrados que viven encerrados en sus gabinetes o en sus salas de audiencia. Tenía unos ojillos de un color amarillo claro, llenos de aquella desconfianza que pasa por astucia.

La señora Camusot miró a su marido como para decirle: «¿No tenía razón?»

—¿De modo que el asunto tendrá lugar? —dijo el juez de instrucción.

—¿Acaso podéis dudarlo? —repuso Du Coudrai—. Todo ha acabado, puesto que se tiene al conde.

—Hay el jurado —dijo el señor Camusot—. Para este asunto, el señor prefecto sabrá arreglar las cosas de modo que con las recusaciones ordenadas al tribunal y las del acusado no queden en el jurado más que personas favorables a la absolución. Mi parecer será transigir —dijo dirigiéndose a Du Croisier.

—¡Transigir! —dijo el presidente.

—Absuelto o condenado, el conde no será por ello menos deshonrado —dijo el sustituto.

—Yo soy parte civil —dijo Du Croisier—; tendré a Dupin, el mayor. Ya veremos cómo la casa De Esgrignon se libra de sus garras.

—Sabrá defenderse y elegir un abogado en París; os opondrá a Berryer —dijo la señora Camusot—. A buena gata, buena rata.

Du Croisier, el señor Sauvager y el presidente Du Ronceret miraron al juez de instrucción, ocupados por el mismo pensamiento. El tono y la manera en que la joven emitió su proverbio frente a las ocho personas que tramaban la ruina de la casa De Esgrignon produjeron emociones que cada una de ellas disimuló como saben disimular las personas de provincias, acostumbradas por su continua coherencia a las astucias de la vida monacal. La pequeña señora Camusot observó el cambio de semblantes, los cuales se compusieron tan pronto como se advirtió la probable

oposición del juez a las intenciones de Du Croisier. Al ver que su marido revelaba el fondo de su pensamiento, ella había querido sondear la profundidad de aquellos odios y adivinar por qué interés se había atraído Du Croisier al primer sustituto, que había actuado tan precipitadamente y de modo tan contrario a los puntos de vista de la autoridad.

—De todas maneras —dijo—, si en este caso vienen de París abogados célebres, ello nos promete sesiones de audiencia de lo criminal muy interesantes; pero el asunto expirará entre el tribunal y la corte real. Hay que creer que el gobierno hará secretamente cuanto pueda por salvar a un joven que pertenece a una gran familia y que tiene por amiga a la duquesa de Maufrigneuse. Por lo tanto, no creo que tengamos escándalo en Landerneau.

—¿Creéis, señora —repuso severamente el presidente— que el tribunal que instruirá la causa y la juzgará al principio pueda ser influido por consideraciones ajenas a la justicia?

—El sucesor prueba lo contrario —dijo ella con malicia mirando al sustituto y al presidente, que le dirigieron una fría mirada.

—Explicaos, señora —dijo el sustituto—. Habláis como si nosotros no hubiésemos cumplido con nuestro deber.

—Las palabras de la señora no tienen ninguna importancia.

—¿Pero las del señor presidente no han prejuzgado acaso una cuestión que depende de la instrucción —repuso la señora—, y sin embargo, la instrucción todavía tiene que hacerse y el tribunal aún no se ha pronunciado?

—No estamos en el Palacio de Justicia —respondióle el sustituto con acritud—, y por otra parte, nosotros sabemos todo esto.

—El señor procurador del rey lo ignora todo todavía —repuso ella mirándole con ironía—. Va a volver de la Cámara de los Diputados a toda prisa. Le habéis dado que hacer, y sin duda él mismo será quien decida.

El sustituto frunció sus pobladas cejas, y los interesados vieron grabados en su frente tardíos escrúpulos. Hízose entonces un profundo silencio durante el cual sólo se oyó cómo se echaban y recogían las cartas. El señor y la señora Camusot, que se vieron tratados con suma frialdad, salieron para dejar a los conspiradores a sus anchas.

—Camusot —le dijo su mujer cuando estuvieron en la calle—, te has adelantado demasiado. ¿Por qué dejar que esa gente sospeche que no participas en sus planes? Te van a jugar una mala pasada.

—¿Qué pueden contra mi? Yo soy el único juez de instrucción.

—¿No pueden calumniarte solapadamente y provocar tu destitución?

En aquel momento, la pareja tropezóse con Chesnel. El viejo notario reconoció al juez de instrucción. Con la lucidez de las personas bregadas en los asuntos, comprendió que el destino de la casa De Esgrignon estaba en manos de aquel joven.

—¡Ah!, señor —exclamó el buen hombre—, vamos a tener necesidad de vos.

Sólo quiero decir unas palabras. Disculpadme, señora —dijo a la mujer del juez, llevándose aparte a su marido.

Como buena conspiradora, la señora Camusot miró hacia la casa de Du Croisier con objeto de advertir a los dos hombres en caso de que saliera alguien de la casa; pero con razón consideró que los enemigos estaban ocupados en discutir el incidente que ella había provocado. Chesnel llevóse al juez a un rincón oscuro, a lo largo del muro, y se acercó a su oído.

—El crédito de la duquesa de Maufrigneuse, el del príncipe de Cadignan, de los duques de Navarreins, de Lenoncourt, el guardasellos, el canciller, el rey, todo es para vos si os inclináis por la casa De Esgrignon —le dijo—. Yo llego de París, yo lo sabía todo, he corrido a explicarlo todo a la corte. Contamos con vos y os guardaré el secreto. Si vos os constituís en enemigo nuestro, mañana mismo vuelvo a París y entrego a su ilustrísima una querrela en sospecha legítima contra el tribunal, algunos miembros del cual sin duda estaban esta noche en casa de Du Croisier, comiendo y bebiendo en ella, contrariamente a las leyes, y que, por otra parte, son amigos suyos.

Chesnel habría hecho intervenir al Padre Eterno si hubiera tenido poder para ello; dejó al juez sin aguardar respuesta, y corrió como un gamo hacia la casa de Du Croisier. Requerido por su mujer para que le revelara las confidencias de Chesnel, el juez obedeció y fue asaltado por ese «¿No tenía yo razón, amigo mío?» que las mujeres dicen también cuando no tienen razón, pero menos dulcemente. Al llegar a su casa, Comusot había confesado la superioridad de su mujer y reconoció la felicidad de pertenecer a ella, confesión que sin duda deparó una feliz noche a los dos esposos, Chesnel encontró al grupo de sus enemigos que salían de la casa de Du Croisier, y tuvo miedo de encontrarle acostado, cosa que habría considerado como una desgracia, porque se encontraba en una de aquellas circunstancias que exigen rapidez.

—¡Abrid, en nombre del rey! —gritó al criado que cerraba el vestíbulo.

Acababa de hacer llegar al rey al lado de un pequeño juez ambicioso, había conservado esta palabra en sus labios, se embrollaba, delirada. Le abrieron. El notario se lanzó como un rayo hacia la antesala.

—Muchacho —dijo al criado—, cien escudos para ti si puedes despertar a la señora Du Croisier y enviármela al instante. Dile lo que quieras.

Chesnel estaba sereno al abrir la puerta del brillante salón en el que Du Croisier se paseaba solo a grandes zancadas. Aquellos dos hombres se midieron entonces un instante con una mirada cuya profundidad era de veinte años de odio y enemistad. El uno tenía el pie en el corazón de la casa De Esgrignon; el otro se adelantaba con la fuerza de un león para arrancársela.

—Señor —dijo Chesnel—, os saludo humildemente. ¿Vuestra querrela ha sido presentada?

—Sí, señor.

—¿Desde cuando?

—Desde ayer.

—¿No se ha procedido más que a la orden de arresto?

—Así lo creo —repuso Du Croisier.

—Vengo para tratar.

—La justicia seguirá su curso; nada puede detenerla.

—No nos ocupemos de esto; estoy a vuestras órdenes, a vuestros pies.

El viejo Chesnel cayó de rodillas y tendió sus manos suplicantes hacia Du Croisier.

—¿Qué queréis? ¿Queréis nuestros bienes, nuestro castillo? Tomadlo todo, pero retirad la demanda; no nos dejéis más que la vida y el honor. Además de lo que os ofrezco, seré vuestro servidor y dispondréis de mí.

Du Croisier dejó al anciano de rodillas y él se sentó en un sillón.

—Vos no sois vengativo, vos sois bueno, vos no nos guardáis tanto rencor como para no prestaros a un arreglo —dijo el anciano—. Antes de que amanezca, el joven debería estar en libertad.

—Toda la ciudad está enterada de su detención —dijo Du Croisier, que estaba saboreando su venganza.

—Es una gran desgracia; pero si no hay juicio ni pruebas, lo arreglaremos todo.

Du Croisier reflexionaba. Chesnel creyó que estaba luchando con su interés y tuvo la esperanza de retener a su enemigo por medio de este gran móvil de las acciones humanas. En aquel supremo instante, la señora Du Croisier se presentó.

—Venid, señora; ayudadme a convencer a vuestro querido esposo —dijo Chesnel, aún de rodillas.

La señora Du Croisier levantó del suelo al anciano, manifestando la más profunda sorpresa. Chesnel le refirió el asunto. Cuando la noble hija de los servidores de los duques de Alençon supo de lo que se trataba, volvióse con los ojos llenos de lágrimas hacia Du Croisier.

—¡Ah!, señor, ¿podéis vacilar? ¡Los De Esgrignon, el honor de la provincia! —le dijo.

—¡Sí, de eso se trata! —exclamó Du Croisier, poniéndose en pie y reanudando su agitado paseo por la estancia.

—¿Y de qué se trata entonces?... —dijo Chesnel asombrado.

—¡Señor Chesnel, se trata de Francia! ¡Se trata del país, del pueblo, se trata de enseñarles a los señores vuestros nobles que hay una justicia, unas leyes, una burguesía, una pequeña nobleza que vale lo mismo que ellos! No se lleva el deshonor a las familias seduciendo a pobres muchachas, no se hace burla de la gente honrada sin que estos hechos aumenten, produzcan aludes, y que estos aludes caigan, aplasten, entierren a los señores nobles. Vosotros queréis volver al antiguo orden de cosas, queréis rasgar el pacto social, esta Carta en la que nuestros derechos están escritos...

—¿Y después? —dijo Chesnel.

—¿No constituye acaso una sagrada misión la de ilustrar al pueblo? —exclamó

Du Croisier—. El pueblo abrirá los ojos a la moralidad de vuestro partido cuando vea que los nobles, como Pedro o como Jaime, son juzgados. Dirá que la gente humilde con honor vale más que la gente noble que se deshonra. La audiencia de lo criminal es para todo el mundo. Yo soy aquí el defensor del pueblo, el amigo de las leyes. Vos mismo me arrojasteis al lado del pueblo por dos veces, primero al rehusar mi alianza y luego al proscribirme de vuestra sociedad. Vos recogéis ahora lo que antes sembrasteis.

Estas palabras asustaron a Chesnel tanto como a la señora Du Croisier. Aquélla mujer adquiriría con ellas un horrible conocimiento del carácter de su marido; fue una luz que le iluminaba no solamente el pasado, sino también el futuro. Parecía imposible hacer capitular a aquel coloso; pero Chesnel no retrocedió ante lo imposible.

—¡Cómo!, señor, ¿No seríais capaz de perdonar? Entonces, ¿no sois cristiano? — dijo la señora Du Croisier.

—Yo perdono como perdona Dios, señora, con condiciones.

—¿Cuáles? —preguntó Chesnel, que creyó percibir un rayo de esperanza.

—Va a haber elecciones; quiero los votos de que disponéis.

—Los tendréis —dijo Chesnel.

—Quiero —continuó Du Croisier— ser recibido, mi mujer y yo, familiarmente, todas las noches, con amistad, en apariencia, por lo menos, por el señor marqués De Esgrignon y por los suyos.

—No sé cómo lo arreglaremos, pero seréis recibido.

—Quiero una hipoteca de cuatrocientos mil francos basada en una transacción escrita sobre este asunto, con objeto de tener siempre un cañón apuntando hacia vuestro corazón.

—De acuerdo —dijo Chesnel, sin confesar todavía que llevaba encima los cien mil escudos—, pero estará en terceras manos y devuelta a la familia después de vuestra elección y del pago.

—No, sino después de la boda de mi sobrina, la señorita Duval, que quizás un día reunirá cuatro millones. Esta joven será instituida heredera mía y de mi mujer; vos haréis que se case con vuestro joven conde.

—¡Jamás! —dijo Chesnel.

—¿Jamás? —repuso Du Croisier, ebrio por su triunfo—. Buenas noches.

«¡Qué imbécil soy! —dijose Chesnel—. ¿Por qué retrocedo ante una mentira, tratándose de un hombre así?»

Du Croisier se retiró, complaciéndose en anularlo todo en nombre de su orgullo ofendido, después de haber gozado de la humillación de Chesnel, de haber amenazado el destino de la soberbia casa en la que se resumía la aristocracia de la provincia e impreso la marca de su pie en las entrañas de los De Esgrignon. Volvió a subir a su habitación, dejando a su mujer a solas con Chesnel. En su embriaguez, no veía obstáculo a su victoria y creía firmemente que los cien mil escudos habían sido



disipados; para encontrarlos, la casa De Esgrignon tenía necesidad de vender o de hipotecar sus bienes; a sus ojos, la audiencia de lo criminal era, pues, inevitable. Los asuntos de falsificación pueden siempre arreglarse cuando se restituye la suma. Las víctimas de este delito son generalmente personas ricas que no tienen interés alguno en ser la causa de la deshonra de un hombre imprudente. Pero Du Croisier no quería renunciar a sus derechos más que con pleno conocimiento. Acostóse, pues, pensando en la magnífica realización de sus esperanzas, sea por medio de la audiencia de lo criminal, sea por medio de aquella boda, y gozaba al oír la voz de Chesnel lamentándose con la señora Du Croisier. Profundamente religiosa y católica, realista y adicta a la nobleza, la señora Du Croisier compartía las ideas de Chesnel en lo referente a los De Esgrignon. Por lo tanto, todos sus sentimientos acababan de ser cruelmente lastimados. Aquella buena realista había oído el aullido del liberalismo, que, en opinión de su director espiritual, deseaba la ruina, del catolicismo. Para ella, las izquierdas eran 1793 con la sublevación y el cadalso.

La señora Du Croisier no respondió más que por medio de gruesas lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—Señora, vos habéis sido ya la causa de la muerte de un pobre muchacho y del eterno duelo de su madre —repuso Chesnel, observando cuán certero era su golpe, y habría golpeado hasta romper aquel corazón para poder salvar a Victurniano—. ¿Queréis asesinar a la señorita Armanda, que no sobreviviría ocho días a la deshonra de su casa? ¿Queréis asesinar al pobre Chesnel, a vuestro viejo notario, que matará al conde en su prisión antes de que le acusen, y que se dará luego muerte a sí mismo para no ir ante el tribunal como culpable de homicidio?

—¡Basta, basta, amigo mío! Soy capaz de todo para sofocar semejante asunto, pero hasta hace unos instantes no he conocido por entero al señor Du Croisier... ¡A vos ya puedo confesároslo! No hay solución alguna.

—¿Y si la hubiese? —dijo Chesnel.

—Yo daría la mitad de mi sangre para que la hubiese —respondió la señora Du Croisier con una inclinación de cabeza en la que se reflejaba su buena voluntad.

Semejante al primer cónsul, que, vencido en los campos de Marengo hasta las cinco de la tarde, a las seis obtuvo la victoria por el ataque desesperado de Desaix y por la terrible carga de Kellermann, Chesnel advirtió los elementos del triunfo en medio de las ruinas. Era preciso ser Chesnel, era preciso ser viejo notario, viejo administrador, haber sido pequeño pasante del señor Sorbier padre, era preciso contar con las súbitas iluminaciones de la desesperación para ser tan grande como Napoleón, más grande que él incluso: esta batalla no era Marengo, sino Waterloo, y Chesnel quería vencer a los prusianos al ver que habían llegado.

—Señora, vos, de quien he llevado los asuntos durante veinte años; vos, que sois el honor de la burguesía, como los De Esgrignon son la nobleza de esta provincia, sabed que ahora depende exclusivamente de vos el salvar la casa De Esgrignon. Ahora, responded: ¿dejaréis deshonrar a los manes de vuestro tío, a los De Esgrignon,

al pobre Chesnel? ¿Queréis matar a la señorita Armanda, que está deshecha en llanto? ¿Queréis reparar vuestros errores alegrando a vuestros antepasados, los administradores de los duques de Alençon, consolando a los manes de nuestro querido abate, que, si pudiera salir de su tumba, os ordenaría que hicierais lo que yo os suplico de rodillas?

—¿Qué es ello? —exclamó la señora Du Croisier.

—Bien, he aquí los cien mil escudos —dijo sacando del bolsillo los fajos de billetes de banco—. Aceptadlos y todo habrá concluido.

—Si no se trata más que de eso —repuso la señora Du Croisier—, y si no puede resultar nada malo para mi marido...

—Sólo algo bueno —dijo Chesnel—. Vos le ahorraréis las venganzas eternas del infierno al precio de una ligera contrariedad aquí abajo.

—¿No se verá comprometido? —preguntó la señora Du Croisier, mirando a Chesnel.

Chesnel leyó entonces en el alma de aquella pobre mujer. La señora Du Croisier vacilaba entre dos religiones, entre los mandamientos que la Iglesia ha señalado a los cónyuges y sus deberes para con el trono y el altar: parecía que su marido era digno de censura, pero no se atrevía a consultarle; habría querido salvar a los De Esgrignon, y no quería hacer nada en contra de los intereses de su marido.

—En nada —dijo Chesnel—; vuestro viejo notario os lo jura por los santos Evangelios...

A Chesnel ya no le quedaba más que su salvación eterna que ofrecer a la casa De Esgrignon, y la arriesgó profiriendo una horrible mentira; pero era preciso engañar a la señora Du Croisier o perecer. Inmediatamente redactó y dictó a la señora Du Croisier un recibo de cien mil escudos con fecha de cinco días antes de la fatal letra de cambio, en una época en la que se acordó de una ausencia de Du Croisier, que había ido a la finca de su mujer para ordenar en ella ciertas mejoras.

—Tenéis que jurarme —dijo Chesnel cuando la señora Du Croisier tuvo los cien mil escudos y él tuvo el recibo— que declararéis ante el juez de instrucción que habéis recibido esta suma el día antes indicado.

—¿No será eso una mentira?

—Oficiosa —dijo Chesnel.

—No podría decírla sin antes consultar a mi director espiritual, el señor abate Couturier.

—Bien —dijo Chesnel—, guíaos enteramente por sus consejos en este asunto.

—Os lo prometo.

—No entreguéis la suma al señor Du Croisier hasta que hayáis comparecido ante el juez de instrucción.

—Bien —dijo la señora Du Croisier—. ¡Ay!, que Dios me dé fuerzas para comparecer ante la justicia humana y sostener una mentira.

Después de haber besado la mano de la señora Du Croisier, Chesnel se irguió

majestuosamente como uno de los profetas pintados por Rafael en el Vaticano.

—El alma de vuestro tío se estremece de alegría; habéis borrado para siempre el error de haberos casado con el enemigo del trono y del altar.

Estas palabras impresionaron profundamente el alma timorata de la señora Du Croisier. Chesnel pensó inmediatamente en asegurarse al abate Couturier, el director de la conciencia de la señora Du Croisier. Sabía la tenacidad que la gente devota pone en el triunfo de sus ideas una vez que se han decidido a luchar por su partido, y quiso envolver lo más rápidamente posible a la Iglesia en esta lucha poniéndola de su lado; fue, pues, al hotel De Esgrignon, despertó a la señorita Armanda, la puso al corriente de los sucesos de la noche y la lanzó a la ruta del obispado para hacer que el propio prelado acudiera al campo de batalla.

—¡Dios mío, debes salvar a la casa De Esgrignon! —exclamó Chesnel cuando regresaba con paso lento—. El asunto se convierte ahora en una lucha judicial. Nos encontramos en presencia de hombres que tienen pasiones e intereses y todo podemos obtenerlo de ellos. Este Du Croisier se ha aprovechado de la ausencia del procurador del rey, que nos es adicto, pero que, desde la apertura de las Cámaras, se halla en París. ¿Qué han hecho, entonces, para apoderarse del primer sustituto, que ha dado curso a la demanda sin haber consultado a su jefe? Mañana por la mañana será preciso penetrar este misterio, estudiar el terreno, y quizá, después de haber cogido los hilos de esta trama, regresaré a París con objeto de poner en juego las altas potencias por medio de la señora de Maufrigneuse.

Tales eran los razonamientos del pobre viejo atleta, que veía las cosas certeramente, y que se acostó casi muerto bajo el peso de tantas emociones y fatigas. Sin embargo, antes de dormirse arrojó sobre los magistrados que componían el tribunal una ojeada escrutadora que abarcaba los pensamientos secretos de sus ambiciones, con objeto de averiguar cuáles eran sus oportunidades en esta lucha y de qué modo podían ser influidos. Al dar una forma sucinta al largo examen de las conciencias que hizo Chesnel, daremos quizás al lector un cuadro de la magistratura de provincias.

## VI UN TRIBUNAL DE PROVINCIAS

Los jueces y la gente del rey, obligados a iniciar su carrera en provincias, donde se agitan las ambiciones judiciales, van todos a París en sus comienzos; todos aspiran a brillar en este vasto teatro en el que se tratan las grandes causas políticas y dónde la magistratura está vinculada a los intereses palpitantes de la sociedad. Pero este paraíso de gente de justicia admite pocos escogidos, y las nueve décimas partes de los magistrados deben, tarde o temprano, quedarse para siempre en las provincias. Así, todo tribunal provinciano ofrece dos partidos bien definidos: el de las ambiciones cansadas de esperar, contentas con la excesiva consideración concedida en provincias al papel que en ellas desempeñan los magistrados, o sea, el de las ambiciones dormidas por una vida tranquila, y el de los jóvenes y verdaderos talentos, a los cuales el deseo de subir, deseo no atemperado por decepción alguna, o espoleado de continuo por el afán de subir, confiere una especie de fanatismo para con su sacerdocio.

En esa época, el realismo animaba a los jóvenes magistrados contra los enemigos de los Borbones. El menor de los sustitutos soñaba con todas las fuerzas de su alma con esos procesos políticos que ponían el celo de manifiesto, llamaban la atención del ministerio y promovían el ascenso de las gentes del rey. ¿Quién, de entre los magistrados, no sentía celos de la corte en cuya jurisdicción estallaba una conspiración bonapartista? ¿Quién no ansiaba encontrar un Caron, un Berton? Estas ardientes ambiciones, estimuladas por la gran lucha de los partidos, apoyadas en la razón de Estado y en la necesidad de monarquizar a Francia, eran lúcidas, previsoras, perspicaces; efectuaban con rigor actos policíacos, espiaban las poblaciones y las empujaban por el camino de la obediencia, del cual no habían de salir. La justicia, entonces fanatizada por la fe monárquica, reparaba los errores de los antiguos parlamentos y caminaba de acuerdo con la religión, quizá de un modo demasiado ostensible. Fue entonces más diligente que hábil, pecó menos por maquiavelismo que por la sinceridad de sus puntos de vista, que parecieron hostiles a los intereses generales del país, que ella trataba de poner al abrigo de las revoluciones. Pero, tomada en su conjunto, la justicia contenía aún demasiados elementos burgueses, era aún demasiado accesible a las pasiones mezquinas del liberalismo, debía hacerse tarde o temprano constitucional y colocarse al lado de la burguesía el día en que se produjera una lucha. En este gran cuerpo, como en la administración, hubo hipocresía o, por mejor decir, un espíritu de imitación que induce a Francia a modelarse constantemente sobre la corte y a engañarla así de un modo muy inocente.

Estas dos clases de fisonomías judiciales existían en el tribunal en el que iba a decidirse la suerte del joven De Esgrignon. El señor presidente Du Ronceret y un anciano juez llamado Blondet representaban allí a esos magistrados resignados a no

ser más que lo que eran y encasillados para siempre en esa ciudad. El partido joven y ambicioso contaba con el señor Camusot, el juez de instrucción, y con el señor Michu, nombrado juez suplente por la protección de la casa Cinq-Cygne, y que, a la primera ocasión, había de entrar en la jurisdicción de la corte real de París.

Puesto al abrigo de toda destitución por la inamovilidad judicial, y no viéndose acogido por la aristocracia conforme a la importancia que él mismo se daba, el presidente Du Ronceret había tomado partido por la burguesía, dando a su contrariedad el barniz de independencia, sin saber que sus opiniones le condenaban a seguir siendo presidente toda su vida. Una vez lanzado por esta senda, fue llevado por la lógica de las cosas a poner su esperanza de promoción en el triunfo de Du Croisier y de las izquierdas. No era más grato a la prefectura que a la corte real. Obligado a la circunspección para con el poder, resultaba sospechoso a los liberales. Por consiguiente, no tenía lugar en ningún partido. Obligado a dejar la candidatura electoral a Du Croisier, veíase sin influencia y desempeñaba un papel secundario. Lo falso de su situación repercutía en su carácter, y se mostraba agriado y descontento. Cansado de su ambigüedad política, había decidido secretamente ponerse al frente del partido liberal y de este modo dominar a Du Croisier. Su comportamiento en el asunto del conde De Esgrignon fue su primer paso en esta carrera. Representaba ya admirablemente a aquella burguesía que con sus pequeñas pasiones ofuscaba los grandes intereses del país, caprichosa en política, hoy en favor, mañana en contra del poder, que todo lo comprometía y no salvaba nada, desesperada del mal que había hecho, pero que seguía haciéndolo, sin querer reconocer su mezquindad, y obstaculizando el poder mientras aseguraba ser su sirvienta, a la vez humilde y arrogante, pidiendo al pueblo una subordinación que ella no concedía a la realeza, envidiosa de los superiores que deseaba rebajar a su mismo nivel, como si la grandeza pudiera ser pequeña o el poder pudiera existir sin la fuerza.

Este presidente era un hombre alto, flaco, de cabello castaño, los ojos de un color distinto cada uno y labios apretados. Su voz apagada dejaba oír el silbido del asma. Tenía por esposa una alta criatura solemne y desgarrada, que vestía de un modo ridículo y se engalanaba excesivamente. La presidenta se daba aires de reina, llevaba colores vivos y nunca iba al baile sin adornar su cabeza con aquellos turbantes tan queridos de las inglesas y que la provincia cultivaba con amor. Ricos los dos de cuatro a cinco mil libras de renta, reunían, con los honorarios de la presidencia una docena de miles de francos. A pesar de su tendencia a la avaricia, recibían invitados un día a la semana con el fin de satisfacer su vanidad. Fieles a las viejas costumbres de la ciudad, en la que Du Croisier introducía el lujo moderno, el señor y la señora Du Ronceret no habían efectuado, desde que se casaron, ninguna modificación en la casa que habitaban, que pertenecía a la señora. Esta casa, que tenía una fachada que daba al patio y otra que daba a un pequeño jardín, presentaba en la parte de la calle un frontispicio triangular y grisáceo con una ventana en cada piso. El patio y el jardín estaban encajonados por un alto muro, a lo largo del cual se extendían por el jardín

una avenida de castaños y las dependencias en el patio. Por el lado de la calle que se extendía a lo largo del jardín levantábase una verja de hierro devorada por la herrumbre, y en el patio, entre dos entrepaños de pared, había una gran puerta cochera rematada por una inmensa concha. Esta concha se encontraba encima de la puerta de la fachada. Allí todo era sombrío, sofocado, sin aire. La pared medianera ofrecía unos ventanucos con barrotes, como las ventanas de una cárcel. Las flores parecían aburrirse en los pequeños parterres de aquel pequeño jardín, en el que los transeúntes podían ver a través de la reja lo que se hacía. En la planta baja, después de una gran antesala que daba al jardín, se entraba en el salón, una de cuyas ventanas daba a la calle y tenía una escalinata de puerta con vidriera que daba a) jardín. El comedor, de tamaño igual al del salón, estaba al otro lado de la antesala. Estas tres piezas armonizaban con aquel conjunto melancólico. Los techos, todos cortados por aquellos pesadas vigas pintadas, adornadas en medio por algunos rombos esculpidos, quebraban la mirada. Las pinturas, de tonos chillones, eran viejas y ahumadas. El salón, decorado por grandes cortinas de seda roja comida por el sol, poseía unos muebles de madera pintada de blanco y cubiertos con vieja tapicería de Beauvais de tonos descoloridos. En la chimenea, un reloj de la época de Luis XV veíase entre candeleras extravagantes cuyas velas amarillas sólo alumbraban en los días en que la presidenta despojaba de su envoltura verde una vieja araña de almendras de cristal de roca. Tres mesas de juego cubiertas con un raído tapete verde bastaban para entretenimiento de la compañía, a la que la señora Du Ronceret ofrecía sidra, pastelillos, castañas, vasos de agua azucarada y horchata hecha en casa. Desde hacía algún tiempo había adoptado cada quince días un té con pastas de calidad algo mejor que en otras ocasiones. Cada trimestre, los Du Ronceret ofrecían una gran comida de tres platos, pregonada en la ciudad, servida en una detestable vajilla, pero confeccionada con la ciencia que distingue a las cocineras de provincias. El presidente trataba entonces de competir mediante una abundancia de avaro con la elegancia de Du Croisier. Así la vida y sus accesorios concordaban con el carácter y la falsa posición del presidente; en su casa se encontraba a disgusto, sin saber por qué, pero no se atrevía a hacer ningún gasto para cambiar el estado de las cosas, demasiado satisfecho de poder poner a un lado todos los años siete u ocho mil francos para establecer con holgura a su hijo Fabián, que no había querido ser magistrado, ni abogado, ni administrador, y cuya holgazanería le desesperaba. El presidente rivalizaba en este punto con su vicepresidente señor Blondet, viejo juez que desde hacía algún tiempo tenía a su hijo en relaciones con la familia Blandureau. Estos ricos comerciantes de tejidos tenían una hija única con la cual el presidente deseaba casar a su hijo Fabián. Como la boda de José Blondet dependía de su nombramiento para las funciones de juez suplente que el viejo Blondet esperaba obtener al presentar la dimisión, el presidente Du Ronceret contrariaba los pasos del juez y hacía trabajar a los Blandureau en secreto. Así, sin el asunto del joven conde De Esgrignon, quizá los Blondet habrían sido suplantados por el astuto presidente, cuya fortuna era muy

superior a la de su rival.

La víctima de las maniobras de este presidente maquiavélico, el señor Blondet, una de esas curiosas figuras sepultadas en la provincia como las viejas medallas en una cripta, contaba por aquel entonces unos setenta años de edad y llevaba muy bien los años que tenía; era de elevada estatura y su aspecto recordaba los canónigos de la buena época. Su rostro, perforado por los mil agujeros de la varicela, que le había deformado la nariz, no carecía de expresión; estaba cubierta uniformemente por un color rojo y animada por un par de ojillos vivos, generalmente sardónicos, y por cierto movimiento satírico de sus labios violáceos. Abogado antes de la Revolución, había sido nombrado acusador público; pero fue el más suave de estos terribles funcionarios. Blondet había amortiguado la acción revolucionaria asintiendo a todo y no ejecutando nada. Obligado a encarcelar a algunos nobles, había puesto tanta lentitud en el proceso, que les hizo aguardar hasta el 9 de thermidor con una habilidad que le había granjeado la estima general. Ciertamente, Blondet habría tenido que ser el presidente del tribunal; pero al reorganizarse los tribunales fue separado por Napoleón, cuyo alejamiento de los republicanos reaparecía en los menores detalles de su gobierno. La calificación de antiguo acusador público, inscrita al margen del nombre de Blondet, hizo que el emperador preguntase si no había en el país algún vástago de una vieja familia parlamentaria para poner en su lugar. Fue nombrado, pues, Du Ronceret, cuyo padre había sido consejero en el Parlamento. A pesar de la repugnancia del emperador, el archicanciller, en interés de la justicia, mantuvo a Blondet en el cargo de juez, diciendo que el viejo abogado era uno de los jurisconsultos más competentes de Francia. El talento del juez, sus conocimientos en el derecho antiguo y más tarde en la nueva legislación deberían haberle llevado muy lejos; pero, semejante en esto a algunos grandes espíritus, despreciaba sus conocimientos jurídicos y se ocupaba casi exclusivamente de una ciencia extraña a su profesión y para la cual reservaba sus pretensiones, su tiempo y su talento. El buen hombre amaba apasionadamente la horticultura, mantenía correspondencia con lo más célebres aficionados, tenía la ambición de crear nuevas especies, se interesaba por los descubrimientos de la botánica y vivía, en fin, en el mundo de las flores. Como todos los floricultores, tenía su predilección por una planta escogida entre todas, y su favorita era el pelaronio. El tribunal con sus procesos y su vida real no eran, pues, nada en comparación con la vida fantástica y llena de emociones que llevaba el anciano, cada vez más enamorado de sus inocentes sultanas. Los cuidados que requería su jardín y las agradables costumbres del horticultor clavaron a Blondet en su invernadero. Sin esta pasión habría sido nombrado diputado bajo el Imperio y habría, sin duda, brillado en el cuerpo legislativo. Su matrimonio fue otro motivo de la vida oscura que llevaba. A la edad de cuarenta años cometió la locura de casarse con una joven de dieciocho, de la cual tuvo en el primer año de matrimonio un hijo llamado José. Tres años después, la señora Blondet, a la sazón la mujer más linda de la ciudad, inspiró al prefecto del departamento una pasión que sólo se extinguió con

su muerte. Ella tuvo del prefecto, con conocimiento de toda la ciudad y del propio y anciano Blondet, un segundo hijo llamado Emilio. La señora Blondet, que habría podido espolpear la ambición de su marido, que habría podido triunfar sobre las flores, favoreció la afición del juez por la botánica, y no quiso abandonar la ciudad, de la misma manera que el prefecto no quiso cambiar de prefectura mientras vivió su amante. Incapaz de sostener a su edad una lucha con una mujer joven, el magistrado se consoló en su invernadero, y tomó una sirvienta muy linda para que cuidara de su serrallo de beldades incesantemente diversificadas. Mientras el juez trasplantaba, regaba, acodaba, injertaba, casaba y mezclaba sus flores, la señora Blondet gastaba su dinero en vestidos y modas para brillar en los salones de la prefectura; un solo interés, la educación de Emilio, que ciertamente formaba aún parte de su pasión, podía arrancarla a los cuidados de esta hermosa afición, que la ciudad acabó por admirar. Este hijo del amor era tan bello como torpe y feo era José. El anciano juez, ciego por el amor paternal, amaba tanto a José como su mujer amaba a Emilio. Durante doce años el señor Blondet fue de una resignación perfecta; cerró los ojos a los amores de su mujer conservando una actitud noble y digna, como la de los grandes señores del siglo XVIII; pero, como todas las personas de aficiones tranquilas, abrigaba un profundo odio contra su hijo menor. En 1818, a la muerte de su esposa, expulsó al intruso, enviándolo a estudiar leyes a París sin otra ayuda que una pensión de mil doscientos francos, a la cual ningún grito de desesperación consiguió que se añadiera un solo óbolo. Sin la protección de su verdadero padre, Emilio Blondet habría estado perdido. La casa del juez es una de las más bellas de la ciudad. Situada casi frente a la prefectura, tiene sobre la calle principal un pequeño patio, separado de la calzada por medio de una vieja verja de hierro entre dos pilastras de ladrillo. Entre cada una de estas pilastras y la casa vecina se encuentran otras dos verjas encima de unos pequeños muros igualmente de ladrillo y a la altura del pecho. Este patio, de diez toesas de anchura y veinte de longitud, se halla dividido en dos macizos de flores por el pavimento de ladrillo que lleva de la verja a la puerta de la casa. Estos dos macizos, renovados con esmero, ofrecen a la pública admiración sus triunfantes ramilletes en cada estación del año. Desde la parte baja y hasta el entrepaño de las paredes de las dos casas vecinas se extiende un magnífico manto de plantas trepadoras. Las pilastras se hallan envueltas por madreselvas y adornadas por dos jarrones de barro cocido, en los que unos cactus aclimatados presentan a las miradas asombradas de los ignorantes sus monstruosas hojas erizadas de aquellas picantes defensas que parecen debidas a una enfermedad botánica. La casa, de ladrillo, presenta una fachada sencilla, a la que unas persianas de un verde intenso dan una nota de alegría. Su puerta de vidriera permite ver, por un largo corredor a cuyo extremo se encuentra otra puerta con vidriera, la avenida principal de un jardín de unos dos arapendes. Los macizos de este jardín pueden verse a menudo por las ventanas del salón y del comedor, que se corresponden entre sí como las del corredor. Por el lado de la calle, el ladrillo ha adquirido desde hace dos siglos un matiz de



herrumbre y de musgo mezclado con tonos verdosos en armonía con la lozanía de los macizos y sus arbustos. Es imposible que el viajero que pasa por la ciudad no quede prendado de esta casa florida, cubierta de musgo hasta los tejados, decorados por dos frontispicios de cerámica.

Además de esta vieja casa, de la cual nada había cambiado desde hacía más de un siglo, el juez poseía unas cuatro mil libras de renta en tierras. Su venganza, asaz legítima, consistía en dejar en herencia esta casa, las tierras y su cargo a su hijo José, y la ciudad entera conocía sus intenciones. Había hecho un testamento en favor de este hijo, por medio del cual le favorecía en todo aquello que el Código permite a un padre dar a uno de sus hijos en detrimento del otro. Además, el buen hombre atesoraba desde hacía quince años a fin de dejar a este necio la suma necesaria para reembolsar a su hermano Emilio la porción que no se le podía quitar. Expulsado de la casa paterna, Emilio Blondet había sabido conquistarse en París una posición distinguida, pero más moral que efectiva. Su pereza y su despreocupación habían desesperado a su verdadero padre, el cual, destituido en una de las reacciones ministeriales tan frecuentes bajo la Restauración, había muerto casi arruinado, dudando del porvenir de un hijo dotado por la naturaleza de las más brillantes cualidades. Emilio Blondet estaba apoyado por la amistad de una señorita de Troisville, casada con el conde de Montcornet y que él había conocido antes de que contrajese matrimonio. Su madre vivía aún en el momento en que los Troisville volvieron de la emigración. La señora Blondet estaba unida a esta familia por vínculos lejanos, pero suficientes para introducir en ella a Emilio. La pobre mujer presentía el futuro de su hijo; le veía huérfano, pensamiento que hacía que su muerte le resultase doblemente amarga; por lo tanto, le buscó protectores. Supo relacionar a Emilio con la mayor de las señoritas de Troisville, a la cual él agradó extraordinariamente, pero con la que no podía casarse. Esta relación fue parecida a la de Pablo y Virginia. La señora Blondet trató de dar duración a este mutuo afecto, que había de pasar como pasan generalmente estas niñerías, mostrando a su hijo un apoyo en la familia Troisville. Cuando, ya moribunda, la señora Blondet se enteró de la boda de la señorita de Troisville con el general Montcornet, fue a rogarle solemnemente que nunca abandonara a Emilio y que le protegiese en el mundo parisiense, en el que la fortuna del general la llamaba a brillar. Afortunadamente para Emilio, éste se protegió a sí mismo. A los veinte años de edad alcanzó un lugar preeminente en el mundo de las letras. Su éxito no fue menor en la sociedad en la que le introdujo su padre, que de momento pudo atender a los numerosos gastos del joven. Esta fama precoz y la apostura de Emilio estrecharon quizá los lazos de amistad que le unían a la condesa. Tal vez la señora de Montcornet, que tenía en las venas sangre rusa, pues su madre era hija de la princesa Sherbellov, habría renegado de su amigo pobre de la infancia y que luchaba con todas sus fuerzas contra los obstáculos de la vida parisiense y literaria; pero cuando llegaron las dificultades de la vida aventurera de Emilio, su apego era inalterable de una parte y de otra. En aquellos

momentos, Blondet, a quien el joven De Esgrignon había encontrado en París en su primera cena, era considerado como uno de las lumbreras del periodismo. Se le concedía una gran superioridad en el mundo político, y él dominaba su reputación. El bueno de Blondet ignoraba completamente el poder que el gobierno constitucional había dado a los diarios; a nadie se le ocurría hablarle de un hijo del cual él no quería oír hablar; no sabía, pues, nada de aquel hijo maldito ni de su porvenir.

La integridad del juez igualaba su pasión por las flores: sólo conocía el derecho y la botánica. Recibía a los litigantes, les escuchaba, conversaba con ellos y les enseñaba sus flores; aceptaba de ellos semillas preciosas; pero, una vez en el tribunal, convertíase en el juez más imparcial del mundo. Su modo de proceder era tan conocido, que los litigantes sólo iban a verle para entregarle piezas que pudieran ilustrar su religión; nadie trataba de engañarle. Su saber, sus luces y su indiferencia hacia su propio talento le hacían tan indispensable a Du Ronceret, que, sin sus razones matrimoniales, el presidente habría contrariado aún secretamente por todos los medios posibles la demanda del viejo juez en favor de su hijo; porque, si el sabio anciano abandonaba el tribunal, el presidente no podía formular un juicio. El bueno de Blondet no sabía que en unas pocas horas su hijo Emilio podía realizar sus deseos. Vivía con una sencillez digna de los héroes de Plutarco. Por la tarde examinaba los procesos, por la mañana cuidaba sus flores y durante el día juzgaba. La linda sirvienta, que se había vuelto madura y arrugada como una ciruela pasa, cuidaba la casa, gobernada según los usos y costumbres de una avaricia rigurosa. La señorita Cardot tenía siempre sobre sí las llaves de los armarios y de la despensa; era infatigable: iba ella misma al mercado, hacía las habitaciones y la cocina, y nunca dejaba de oír la misa por la mañana. Para dar una idea de la vida interior de aquel hogar, bastará decir que el padre y el hijo nunca comían más que fruta pasada, debido a la costumbre que tenía la señorita Cardot de dar siempre para postre la más avanzada; que se ignoraba lo que era comer pan tierno, y que se guardaban los ayunos ordenados por la Iglesia. El jardinero era racionado como un soldado y vigilado constantemente por aquella vieja, la cual era tratada con tanta deferencia que comía en la misma mesa con los dueños. Así, durante las comidas, trotaba continuamente del comedor a la cocina. La boda de José Blondet con la señorita Blandureau había sido condicionada por el padre y la madre de esta heredera al nombramiento de aquel pobre abogado sin causa para el cargo de juez suplente. En su deseo de hacer a su hijo capaz de ejercer sus funciones, el padre se esforzaba en martillarle la cabeza a golpes de lecciones. Blondet hijo pasaba casi todas sus veladas en casa de su pretendida, a la que, desde su regreso de París, había sido admitido Fabián du Ronceret, sin que el viejo ni el joven Blondet concibieran por ello el menor temor. Los principios económicos que presidían esta vida, medida con una exactitud digna del Pesador de oro de Gerardo Dow, en la que no entraba un grano de sal en demasía y no se echaba en saco roto ninguna ventaja o provecho, cedían, sin embargo, a las exigencias del invernadero y de la jardinería. El jardín era la manía del

señor, decía la señorita Cardot, la cual profesaba a José un ciego amor; ella compartía para con este muchacho la predilección del padre; le mimaba, le zurcía las medias, y habría querido ver empleado en su provecho el dinero gastado en la horticultura. Aquel jardín, maravillosamente cuidado por un solo jardinero, tenía avenidas enarenadas con arena de río, continuamente rastrilladas, y de cada lado de las cuales ondeaban los arriates llenos de las flores más raras. Allí estaban todos los perfumes, todos los colores, miríadas de pequeños tiestos expuestos al sol, lagartijas en las paredes, almocafres regimentados, en fin, los pertrechos de las cosas inocentes y el conjunto de las graciosas producciones que justifican esta simpática pasión. En el extremo del invernadero, el juez había establecido un vasto anfiteatro, en el que sobre unas gradas había cinco o seis mil macetas de pelargonio, magnífica y célebre asamblea que la ciudad y muchas personas de los departamentos circunvecinos iban a ver durante su floración. A su paso por esta ciudad, la emperatriz María Luisa había honrado con su visita este curioso invernadero, y quedó tan sorprendida de semejante espectáculo, que habló de él a Napoleón, y el emperador concedió una cruz al anciano juez. Como el sabio horticultor no frecuentaba ninguna sociedad, salvo la de la casa Blandureau, ignoraba los pasos efectuados con sordina por el presidente. Aquellos que habían podido penetrar las intenciones de Du Ronceret temían demasiado a éste para advertir a los inofensivos Blondet.

En cuanto a Michu, este joven poderosamente protegido se ocupaba mucho más de agradar a las mujeres de la sociedad más elevada, en la que las recomendaciones de la familia de Cinq-Cygne habían conseguido introducir, que de los asuntos sumamente sencillos de un tribunal de provincias. Rico de unas doce mil libras de renta, era cortejado por las madres y llevaba una vida de placeres. Efectuaba sus asuntos del tribunal como hace un alumno sus deberes del colegio; a todo decía «Sí, señor presidente» Pero bajo esta apariencia de despreocupación ocultaba la inteligencia superior de un hombre que había estudiado en París y que ya se había distinguido como sustituto. Acostumbrado a tratar ampliamente todos los temas, hacía rápidamente lo que ocupaba mucho tiempo al viejo Blondet y al presidente, a los cuales resumía a menudo las cuestiones difíciles de resolver. En las coyunturas delicadas, el presidente y el vicepresidente consultaban a su juez suplente, le confiaban sus deliberaciones espinosas y siempre se maravillaban de su rapidez en traerles un trabajo en el que el viejo Blondet no encontraba nada que censurar. Protegido por la aristocracia más arisca, joven y rica, el juez suplente vivía al margen de las intrigas y de las mezquindades departamentales. Indispensable en todas las excursiones al campo, caminaba con las personas jóvenes, cortejaba a las madres, tomaba parte en el baile y jugaba como un financiero. Él cumplía a la perfección con su papel de magistrado *fashionable*, aunque, sin embargo, sin comprometer su dignidad, que, como hombre inteligente, sabía hacer intervenir oportunamente. Resultaba infinitamente agradable por el modo franco con que había adoptado las costumbres de provincias sin criticarlas. Por lo tanto, procuraba hacerle soportable el

tiempo de su exilio.

El procurador del rey, magistrado de extraordinario talento, pero enzarzado en la alta política, imponía respeto al presidente. De no haber sido por su ausencia, el asunto de Victurniano no habría tenido efecto. Su destreza y su habilidad lo habrían previsto todo. El presidente y Du Croisier habían aprovechado que se encontraba en la Cámara de los Diputados, en la cual era uno de los oradores más notables, para urdir sus tramas, considerando, con cierta habilidad, que, una vez hubiera intervenido la justicia y el asunto hubiera sido conocido, ya no habría remedio. En efecto, en ningún tribunal, en esa época, los magistrados habrían acogido sin un prolongado examen y quizá sin someterla a la consideración del procurador general una querrela por falsificación contra el hijo mayor de una de las familias más nobles del reino. En semejante circunstancia, la gente de la justicia, de acuerdo con la autoridad, habría buscado mil transacciones para sofocar una demanda que podía enviar a un joven imprudente a galeras. Quizás habrían obrado de la misma manera tratándose de una familia liberal considerada, a menos que no fuera demasiado abiertamente enemiga del trono y del altar. Así, pues, no había sido fácil que fuera acogida la demanda de Du Croisier y que el joven conde fuera detenido. He aquí lo que hicieron el presidente y Du Croisier para llegar a sus fines.

El señor Sauvager, joven abogado realista, que había llegado al grado judicial de primer sustituto a fuerza de servilismo ministerial, reinaba en el estrado en ausencia de su jefe. Dependía de él el proponer una petición admitiendo la demanda de Du Croisier. Sauvager, hombre insignificante y sin ninguna clase de fortuna, vivía de su plaza. Así, el poder contaba enteramente con un hombre que todo lo esperaba del poder. El presidente explotó esta situación. Tan pronto como la pieza falsificada obró en poder de Du Croisier, aquella misma tarde, la señora presidenta Du Ronceret, instigada por su marido, tuvo una larga conversación con el señor Sauvager, a quien hizo observar cuán incierta era su posición: un capricho ministerial, una sola falta, podían matar el porvenir de un hombre.

—Sed un hombre de conciencia, emitid vuestras conclusiones contra el poder cuando éste carece de razón, y estáis perdido. Podéis —le dijo— aprovecharos en este momento de vuestra situación para realizar una buena boda que os pondrá para siempre al abrigo de la adversidad, dándoos una fortuna por medio de la cual podréis ocupar un cargo fijo en la magistratura. La ocasión es buena. El señor Du Croisier no tendrá nunca hijos, todo el mundo sabe por qué; su fortuna y la de su mujer irán a parar a su sobrina, la señorita Duval. El señor Duval es un maestro de forja cuya bolsa tiene ya cierto volumen, y su padre, que aún vive, posee bienes. El padre y el hijo Duval tienen entre los dos un millón; lo doblarán, ayudados por Du Croisier, ahora relacionado con la alta banca y los grandes industriales de París. El señor y la señora Duval darán ciertamente su hija al hombre que será presentado por su tío Du Croisier, en consideración a las dos fortunas que él debe dejar a su sobrina, porque Du Croisier hará sin duda que en el contrato figure la señorita Duval como heredera

de toda la fortuna de su mujer, que no tiene herederos. Ya conocéis el odio de Du Croisier hacia los De Esgrignon; hacedle un favor, sed su hombre, aceptad una demanda por falsificación que va a presentaros contra el joven De Esgrignon y perseguid judicialmente en seguida al conde sin consultar al procurador del rey. Luego rogad a Dios que, por haber sido magistrado imparcial contra la voluntad del poder, el ministro os destituya, porque vuestra fortuna habrá sido hecha. Tendréis una encantadora mujer y treinta mil libras de renta como dote, sin contar cuatro millones dentro de diez años.

En dos noches, el primer sustituto había sido ganado. El presidente y el señor Sauvager mantuvieron en secreto el asunto para el anciano juez, para el juez suplente y para el segundo sustituto. Seguro de la imparcialidad de Blondet, el presidente tenía la mayoría, sin contar a Camusot. Pero todo fallaba por la defección imprevista del juez de instrucción. El presidente quería un juicio de acusación antes de que el procurador del rey fuese advertido. ¿No irían a prevenirle Camusot o el segundo sustituto?

## VIII EL JUEZ DE INSTRUCCIÓN

Ahora, al explicar la vida del juez de instrucción Camusot, quizá comprenderá el lector las razones que permitían a Chesnel considerar a aquel joven magistrado como adicto a los De Esgrignon, así como haber tenido la audacia de sobornarle en plena calle. Camusot, hijo de la primera mujer de un ilustre comerciante de sedas de la calle de Bourdonnais, objeto de la ambición de su padre, había sido destinado a la magistratura.

Al casarse con su mujer, habíase casado con la protección de un ujier del gabinete del rey, protección sorda, pero eficaz, que ya le había valido su nombramiento de juez y más tarde la de juez de instrucción. Al casarle, su padre no le había dado más que seis mil francos de renta, la fortuna de su difunta madre; la señorita Thirion no le había aportado más de veinte mil francos de dote. Este hogar conocía las desgracias de una pobreza oculta, porque los honorarios de un juez de provincias no se elevan más allá de mil quinientos francos; sin embargo, los jueces de instrucción tienen un suplemento de unos mil francos por los gastos y los trabajos extraordinarios de sus funciones. A pesar de las fatigas que dan, estas plazas son bastante codiciadas, pero son revocables; por ello la señora Camusot acababa de reprender a su marido por haber descubierto su pensamiento al presidente.

María Cecilia Amelia Thirion, después de tres años de matrimonio, se había dado cuenta de la bendición de Dios por la regularidad de dos partos felices, el de una hija y el de un hijo; pero suplicaba a Dios que no la bendijera ya tanto en lo sucesivo. Otras bendiciones más, y su estrechez se convertiría en miseria. La fortuna del señor Camusot padre había de hacerse esperar mucho tiempo. Por otra parte, esta rica herencia no podía dar más de ocho a diez mil francos de renta a los hijos del negociante, que eran cuatro, y de dos matrimonios. Además, cuando se realizase aquello que todos los hacedores de matrimonios llaman *las esperanzas*, ¿acaso el juez no tendría hijos por establecer? Por consiguiente, fácil es concebir la situación de una mujercita llena de buen sentido y de resolución como la señora Camusot; habíase dado cuenta demasiado bien de la importancia de un mal paso dado por su marido en su carrera, para no mezclarse en unos asuntos judiciales.

Hija única de un antiguo servidor del rey Luis XVIII, criado que le había seguido a Italia, Curlandia e Inglaterra, y al que el rey había recompensado con la única plaza que podía desempeñar, la de ujier de su gabinete, Amelia había recibido en su casa una especie de reflejo de la corte. Thirion le describía los grandes señores, los ministros, los personajes que él anunciaba, introducía y veía pasar y volver a pasar. Aquella joven, criada, como quien dice, a la puerta de las Tullerías, había adquirido un barniz de las máximas que allí se practican y adoptado el dogma de la obediencia absoluta al poder. Así, había juzgado sabiamente que al ponerse de parte de los De

Esgrignon, su marido sería del agrado de la señora duquesa de Maufrigneuse, dos poderosas familias sobre las cuales su padre, en un momento oportuno, se apoyaría en relación con el rey.

A la primera ocasión, Camusot podía ser nombrado juez en la jurisdicción de París; luego, más tarde, en París mismo. Este ascenso soñado, deseado en todo momento, había de proporcionar seis mil francos de honorarios, la comodidad de un alojamiento en casa de su padre o en casa de los Camusot, y todas las ventajas de las dos fortunas paternas. Si el adagio de *Ojos que no ven, corazón que no siente* es cierto para la mayor parte de las mujeres, es cierto sobre todo en cuanto a sentimientos de familia y de protecciones ministeriales y reales. Siempre se ha visto que las personas que sirven personalmente a los reyes prosperan mucho en sus asuntos: la gente se interesa por una persona, aunque no fuese más que un criado, cuando se la ve todos los días.

La señora Camusot, que se consideraba sólo como de paso, había alquilado una casa pequeña en la calle del Cisne. La ciudad no era de tal suerte que en ella pudiera ejercerse la industria de los apartamentos amueblados. Por otra parte, aquel hogar no era lo suficientemente rico como para vivir en un hotel, como el señor Michu. Así, pues, la parisiense se había visto obligada a aceptar los muebles del país. Lo módico de sus ingresos la había obligado a alquilar aquella casa notablemente fea, pero que no carecía de cierta ingenuidad de detalles. Apoyada en la casa vecina de forma que su fachada daba al patio, sólo tenía en cada piso una ventana que daba a la calle. El patio, bordeado en su longitud por dos muros adornados de rosales y alaternos, tenía al fondo, frente a la casa, un cobertizo asentado sobre dos arcadas de ladrillo. Un pequeño postigo daba acceso a esta oscura casa, aún más ensombrecida por un gran nogal plantado en medio del patio. En la planta baja, a la que se subía por una escalinata de doble rampa y balaustradas de hierro muy trabajádo, pero roído por la herrumbre, se encontraban, dando a la calle, un comedor y al otro lado la cocina. El fondo del corredor que separaba estas dos piezas estaba ocupado por una escalera de madera. El primer piso sólo se componía de dos piezas, una de las cuales servía de gabinete para el magistrado y la otra de dormitorio. El segundo piso, en forma de buhardilla, contenía igualmente dos habitaciones, una para la cocina y la otra para la doncella, que tenía con ella a los niños. Las dos habitaciones del primer piso y la sala de abajo tenían esos artesones de formas redondeadas en los que se ejerció la paciencia de los carpinteros del siglo pasado. Estas partes de madera, pintadas de un gris sucio, eran del más triste aspecto. El gabinete del juez era el de un abogado de provincias: una gran mesa escritorio y un sillón de caoba, la librería del estudiante de derecho y sus muebles mezquinos traídos de París. La habitación de la señora era indígena: tenía unos adornos azules y blancos, una alfombra, uno de esos mobiliarios heteróclitos que parecen estar de moda y son sencillamente los muebles cuyas formas no han sido adoptadas en París. En cuanto a la sala de la planta baja, era lo que es una sala de provincias, desnuda, fría, adornada con papeles húmedos y viejos.

Era en esta habitación mezquina, sin otra vista más que la de aquel nogal, aquellos muros de follaje oscuro y la calle casi desierta, donde pasaba todas sus jornadas una mujer vivaz y ligera, acostumbrada a los placeres y al movimiento de París, sola la mayor parte del tiempo, o recibiendo visitas fastidiosas y tontas que le hacían preferir la soledad a unas charlas vacías, en las que el menor rasgo de ingenio a que ella solía dar rienda suelta originaba interminables comentarios y envenenaba su situación. Ocupada de sus hijos, menos por gusto que por poner un interés en su vida casi solitaria, no podía ejercitar su pensamiento más que en las intrigas que se concertaban a su alrededor, en los manejos de la gente de provincia, en sus ambiciones encerradas en círculos estrechos. Así, penetraba en seguida ciertos misterios que escapaban a la atención de su marido. Su cobertizo lleno de leña, en el que su doncella hacía la colada, no era lo que hería sus miradas cuando, sentada a la ventana de su habitación, tenía en las manos algún bordado interrumpido: contemplaba París, donde todo es placer y todo está lleno de vida, soñaba con las fiestas y deploraba tener que encontrarse en aquella fría prisión de provincia. Se desesperaba al encontrarse en una región apacible, en la que nunca habría una conspiración ni un asunto importante. Veíase para mucho tiempo a la sombra de aquel nogal.

La señora Camusot es una mujercita gorda, fresca, rubia, con una frente muy convexa, boca sumida, barbilla tirando hacia arriba, rasgos que la juventud vuelve soportables, pero que deben darle muy pronto un aire de ancianidad. Sus ojos vivos e inteligentes, pero que expresan algo con exceso su inocente afán de prosperar y los celos que le ocasiona su inferioridad presente, arden como dos luces en su rostro vulgar y lo hacen destacar por medio de cierta fuerza de sentimiento que el éxito habría de apagar posteriormente. Usaba en aquel entonces de mucha habilidad en su arreglo personal; inventaba adornos y ella misma se los bordaba; meditaba sus atavíos con su doncella, venida con ella de París, y mantenía así la reputación de las parisienses en provincias. Su causticidad la hacía temible. No gozaba de simpatías. Con la inteligencia sutil e investigadora que distingue a las mujeres desocupadas, obligadas a emplear en algo su jornada, había acabado por descubrir las opiniones secretas del presidente; así, aconsejaba desde hacía algún tiempo a Camusot que le declarase la guerra. El asunto del joven conde era una excelente ocasión. Antes de ir a pasar la velada a casa del señor Du Croisier no le había costado mucho trabajo demostrar a su marido que en este asunto el primer sustituto actuaba contra las intenciones de sus superiores. ¿El papel de Camusot no consistía en hacer un estribo de aquel proceso criminal, favoreciendo a la casa De Esgrignon, mucho más poderosa que el partido de Du Croisier?

—Sauvager no se casará jamás con la señorita Duval, que le habrán mostrado en perspectiva. Ese hombre será la víctima del engaño de los Maquiavelos de Val-Noble, a los cuales va a sacrificar su posición. Camusot, este asunto tan desgraciado para los De Esgrignon y tan pérfidamente iniciado por el presidente en provecho de Du



Croisier, no será favorable más que a ti —habíale dicho ella al volver a su casa.

Esta astuta parisiense había adivinado igualmente las maniobras secretas del presidente cerca de Blandureau y los motivos que él tenía de frustrar los esfuerzos del viejo Blondet, pero no veía provecho alguno en advertir al hijo o al padre sobre el peligro de la situación; gozaba con esta comedia iniciada, sin sospechar de qué importancia podía resultar el secreto sorprendido por ella de la petición hecha a los Blandureau por el sucesor de Chesnel en favor de Fabián du Ronceret. En el caso de que la posición de su marido se viese amenazada por el presidente, la señora Camusot sabía el modo de amenazar a su vez al presidente llamando la atención del horticultor hacia el raptó de la flor que él quería trasplantar a su casa.

Sin penetrar, como la señora Camusot, los medios por los cuales Du Croisier y el presidente habían ganado al primer sustituto, Chesnel, examinando estas diversas existencias y estos intereses agrupados alrededor de las flores de lis del tribunal, contó con el procurador del rey, con Camusot y con M. Michelin. Dos jueces para los De Esgrignon lo paralizarían todo. En fin, el notario conocía demasiado bien los deseos del viejo Blondet para no saber que, si su imparcialidad claudicaba, sería en beneficio de la obra de toda su vida, el nombramiento de su hijo para el cargo de juez suplente. De este modo Chesnel se durmió lleno de confianza, prometiéndose ir a ver al señor Blondet para ofrecerle realizar las esperanzas que abrigaba desde hacía tanto tiempo, poniéndole al corriente de las perfidias del presidente Du Ronceret. Después de haber ganado al anciano juez iría a parlamentar con el juez de instrucción, al que esperaba poder probar, si no la inocencia, por lo menos la imprudencia de Victurniano y reducir el asunto a una mera acción irreflexiva propia de un joven.

## VIII BATALLA JUDICIAL

Chesnel no durmió ni apaciblemente ni mucho rato, porque, antes de que amaneciera, su ama le despertó para presentarle al personaje más seductor de esta historia, la criatura más adorable del mundo, la señora duquesa de Maufrigneuse, que llegó sola en calesa y vestida de hombre.

—Llegó para salvarle o morir con él —le dijo al notario, que creía estar soñando—. Traigo cien mil francos que el rey me ha dado para comprar la inocencia de Victurniano si su adversario es corruptible. Si fracasamos, tengo veneno para sustraerlo a todo, incluso a la acusación. Pero no fracasaremos. El procurador del rey, al que he hecho advertir de lo que sucede, me sigue; no ha podido ir conmigo; ha querido acatar las órdenes del guardasellos.

Chesnel correspondió con otro efecto dramático a la dramática escena que le ofrecía la duquesa: envolvióse en su bata y cayó a sus pies, que besó, no sin pedirle perdón por el olvido en que la alegría hacía incurrir.

—¡Estamos salvados! —exclamó dando órdenes a Brígida para que preparase aquello de que pudiese tener necesidad la duquesa después de una noche pasada viajando.

Apeló al valor de la hermosa Diana, demostrándole la necesidad de ir a ver al juez de instrucción cuando amaneciese, con objeto de que nadie estuviera en el secreto de estos pasos y ni siquiera pudiese sospechar que la duquesa de Maufrigneuse hubiera llegado.

—¿Acaso no tengo un pasaporte en regla? —dijo mostrándole una hoja en la que se la designaba como si fuera el señor vizconde Félix de Vandenesse, relator del Consejo de Estado y secretario particular del rey—. ¿Acaso no sé representar bien mi papel de hombre?

—¡Ah, señora duquesa, sois un ángel! —exclamó Chesnel, con los ojos llenos de lágrimas. (¡Debe ser siempre un ángel, incluso vestida de hombre!)—. Abrochaos la levita, arrebujaos en el abrigo, cogedme del brazo y vayamos en seguida a la casa de Camusot antes de que alguien pueda encontrarnos.

—Entonces, ¿voy a ver a un hombre que se llama Camusot? —dijo la duquesa.

—Y que tiene la nariz de su nombre —respondió Chesnel.

Aunque el viejo notario tuviera la muerte en el alma, consideró necesario obedecer a todos los caprichos de la duquesa, reír cuando ella riese y llorar con ella; pero le dolió la ligereza de una mujer que, mientras realizaba una gran obra, encontraba, sin embargo, en ella tema para bromear. ¡Qué no habría hecho él mismo para salvar al joven conde! Mientras Chesnel se vestía, la señora de Maufrigneuse degustó la taza de café con leche que Brígida le sirvió, y convino en la superioridad de las cocineras de provincia sobre los jefes de cocina de París, que desdeñan esos

pequeños detalles tan importantes para los gastrónomos. Gracias a la previsión requerida por las aficiones de su señor con respecto a la buena mesa, Brígida había podido ofrecer a la duquesa una excelente colación. Chesnel y su compañero se dirigieron a la casa del señor y de la señora Camusot.

—¡Ah!, ¿de modo que hay una señora Camusot? —dijo la duquesa—. El asunto podrá arreglarse.

—Tanto mejor —le respondió Chesnel—, cuanto que la señora se aburre de un modo harto visible entre nosotros, los provincianos, porque es de París.

—Entonces, ¿no hemos de tener secretos para con ella?

—Vos seréis juez de lo que sea preciso callar o revelar —dijo humildemente Chesnel—. Creo que se sentirá muy halagada de dar hospitalidad a la duquesa de Maufrigneuse. Para no comprometer nada, sin duda será preciso que os quedéis en casa de ella hasta la noche, a menos que hallarais inconvenientes.

—¿Qué tal es la señora Camusot? —preguntó la duquesa con aire de suficiencia.

—Es un poco reina de su casa —respondió el notario.

—Entonces debe ocuparse de los asuntos de palacio —repuso la duquesa—. Sólo ocurre en Francia que las mujeres, querido señor Chesnel, se casen, junto con sus maridos, con las funciones, comercio o trabajos de éstos. En Italia, en Inglaterra y en España las mujeres dejan a sus maridos que luchan ellos solos con los negocios; ellas ponen en ignorarlos la misma perseverancia que despliegan nuestras burguesas francesas para estar al corriente de los asuntos de la comunidad. De unos celos increíbles en materia de política conyugal, las francesas quieren saberlo todo. Así, en las menores dificultades de la vida, en Francia, sentís la mano de la mujer que aconseja, guía, ilustra a su marido. A la mayor parte de los hombres, esto no les va mal, por supuesto. En Inglaterra, un hombre casado podría estar veinticuatro horas encarcelado por deudas, mientras que su mujer, al volver a casa, aún le haría una escena de celos.

—Hemos llegado sin haber encontrado a nadie —dijo Chesnel—. Señora duquesa, debéis ejercer aquí un imperio tanto mayor cuanto que el padre de la señora Camusot es un ujier del gabinete del rey llamado Thirion.

—¡Y el rey no ha pensado en ello! ¡No piensa en nada! —exclamó la joven—. Thirion nos introdujo al príncipe de Cadignan, al señor de Vandenesse y a mí. Aquí somos los amos. Combinadlo todo bien con el marido mientras yo voy a hablar con la mujer.

La doncella, que lavaba y vestía a los niños, introdujo a los dos extraños en la salita.

—Id a llevar esta carta a vuestra señora —dijo la duquesa al oído de la doncella —y hacer que no la lea nadie más que ella. Si sois discreta, se os recompensará, pequeña.

La doncella quedóse atónita al oír aquella voz de mujer y ver aquella deliciosa figura de hombre joven.

—Despertad al señor Camusot —le dijo Chesnel— y decidle que le espero para un asunto importante.

La doncella subió la escalera. Unos instantes más tarde, la señora Camusot se lanzó en peinador a través de la escalera e introdujo al guapo forastero después de haber hecho entrar, empujándolo, a Camusot, en camisa, en su gabinete, con toda su ropa, ordenándole que se vistiera allí dentro y la esperase. Este golpe teatral había sido producido por la tarjeta en la que se hallaba impreso: «La señora duquesa de Maufrigneuse». La hija del ujier del gabinete del rey lo había comprendido todo.

—Bien, señor Chesnel—, ¿no se diría que acaba de caer aquí un rayo? —exclamó en voz baja la doncella—. El señor se está vistiendo en su gabinete; podéis subir a él.

—Guardad silencio sobre todo esto —respondió el notario.

Chesnel, sintiéndose apoyado por una gran dama que contaba con el asentimiento verbal del rey a las medidas a adoptar para salvar al conde de Esgrignon, asumió un aire de autoridad que le sirvió cerca de Camusot mucho mejor que el aire humilde con que habría conversado con él si hubiera ido solo y sin recursos.

—Señor —le dijo—, mis palabras de ayer por la noche quizás os sorprendieron, pero las dije muy en serio. La casa de Esgrignon cuenta con vos para instruir una causa de la cual debe salir sin mancha.

—Señor —respondió el juez—, no voy a poner de manifiesto lo que hay de ofensivo para mí y para la justicia en vuestras palabras, porque, hasta cierto punto, vuestra situación cerca de la casa De Esgrignon le excusa; pero...

—Señor, disculpadme si os interrumpo —dijo Chesnel—. Vengo a deciros cosas que vuestros superiores piensan y no se atreven a confesar, pero que las personas inteligentes adivinan, y vos sois un hombre inteligente. Suponiendo que el joven hubiese obrado imprudentemente, ¿creéis que el rey, la corte y el ministerio se sentirían halagados de ver un apellido como el de los De Esgrignon llevado a la audiencia de lo criminal? ¿Es de interés del reino, es de interés del país que las casas históricas caigan? La igualdad, que hoy día es el lema de la oposición?, ¿no encuentra acaso una garantía en la existencia de una alta aristocracia consagrada por el tiempo? Bien, no sólo no ha habido la menor imprudencia, sino que somos unos inocentes que hemos caído en una trampa.

—Siento curiosidad por saber en qué forma —dijo el juez.

—Señor —repuso Chesnel—, durante dos años el señor Du Croisier ha permitido constantemente que el señor conde Esgrignon librara contra él letras de cambio por elevadas sumas. Presentaremos letras por un valor superior a cien mil escudos, constantemente pagadas por él y cuyas sumas yo mismo entregué... Fijaos bien en esto: ya sea antes, ya sea después de la fecha de vencimiento. El señor conde De Esgrignon puede presentar un recibo de la suma girada por él, anterior al efecto supuestamente falsificado. ¿No reconoceréis entonces en la querrela una acción llena de odio y una resolución tomada de antemano? ¿Acaso no es una odiosa calumnia esa acusación formulada por los adversarios más peligrosos del trono y del altar contra el

heredero de una antigua familia? En este asunto no ha habido más falsificación que en mi despacho. Mandad llamar a la señora Du Croisier, la cual ignora todavía la querrela por falsificación, y os declarará que yo le llevé el dinero y que lo guardó para entregárselo a su marido ausente, el cual no se lo reclama. Interrogad a Du Croisier a este respecto: os dirá que yo le había entregado el dinero a la señora Du Croisier.

—Caballero —repuso el juez de instrucción—, vos podéis emitir tales asertos en el salón del señor de Esgrignon o ante personas que no conocen los asuntos, y darán crédito a vuestras palabras; pero un juez de instrucción, a menos que sea un imbécil, no creerá que una mujer tan sumisa para con su marido como es la señora Du Croisier conserve en estos momentos en su secreter cien mil escudos sin decir nada de ello a su marido, ni que un viejo notario no haya informado al señor Du Croisier de esa entrega cuando regresó a la ciudad.

—El viejo notario fue a París, caballero, para poner coto a las dilapidaciones del joven conde.

—Todavía no he interrogado al conde De Esgrignon —repuso el juez—; sus respuestas contribuirán a que forme mi propia opinión.

—¿Está incomunicado? —preguntó el notario.

—Sí —respondió el juez.

—Caballero —exclamó Chesnel, que vio el peligro—, la instrucción puede llevarse en favor o en contra de nosotros; pero habréis de elegir entre comprobar, después de la deposición de la señora Du Croisier, la entrega de los valores efectuada antes de que se librase la letra, o interrogar a un pobre joven inculpado, el cual, en su tribulación, es posible que no se acuerde de nada e incurra en contradicciones. Vos escogeréis lo más digno de crédito: el olvido de una mujer ignorante en asuntos judiciales o la falsificación efectuada por un De Esgrignon.

—No se trata de nada eso —repuso el juez—; se trata de saber si el señor conde De Esgrignon convirtió en una letra de cambio la parte inferior de una carta que le envió Du Croisier.

—¡Ah!, podía hacerlo —exclamó de pronto la señora Camusot, que entró precipitadamente, seguida del guapo desconocido—, porque el señor Chesnel había entregado la suma.

Luego, inclinándose hacia su marido, le dijo al oído:

—Serás juez suplente en París a la primera vacante que se produzca; tú sirves al rey mismo en este asunto, estoy seguro de ello, y no te olvidarán. En ese joven debes ver a la duquesa de Maufrigneuse; procura no decir nunca que la has visto, y haz todo lo que puedas por ese joven, valientemente.

—Caballeros —dijo el juez—, aun cuando la instrucción se llevase en el sentido favorable a la inocencia del joven conde, ¿puedo responder del juicio? El señor Chesnel y tú misma, querida, conocéis las disposiciones del señor presidente.

—¡Ta, ta, ta! —dijo la señora Camusot—. Ve tú mismo esta mañana a ver al señor Michu e infórmale de la detención del joven conde; seréis ya dos contra dos;

respondo de ello. Michu es de París, y ya conoces sus simpatías por la aristocracia. De casta le viene al galgo el ser rabilargo.

En aquel momento la señorita Cardot dejó oír su voz en la puerta diciendo que traía una carta urgente. El juez salió y luego volvió a entrar leyendo estas palabras:

«El señor vicepresidente del tribunal ruega al señor Camusot que ocupe su puesto en el día de hoy y en los días siguientes para que el tribunal esté completo durante la ausencia del señor presidente. Le saluda atentamente.»

—¡Ya no hay instrucción en la causa De Esgrignon! —exclamó la señora Camusot— ¿No te había advertido que te harían una mala pasada? El presidente ha ido a calumniarte ante el procurador general y el presidente del tribunal. Antes de que puedas instruir la causa te habrán cambiado. ¿Está bien claro?

—Os quedaréis, caballero —dijo la duquesa—; espero que el procurador del rey llegará oportunamente.

—Cuando venga el procurador del rey —dijo con vehemencia la pequeña señora Camusot— debe encontrarlo todo concluido. Sí, querido —dijo mirando a su marido, estupefacto—. ¡Ah, viejo hipócrita de presidente, quieres ser más listo que nosotros! ¡Ya nos las pagarás! Quieres servirnos una muestra de tu oficio; pues encontrarás dos de ellas, preparadas por la mano de tu servidora Cecilia Amelia Thirion. ¡Pobre señor Blondet! Afortunadamente para él, el presidente no puede mandar destituimos porque está de viaje; su gran imbécil de hijo podrá casarse con la señorita Blandureau. Tú, Camusot, ve a casa del señor Michu mientras la señora duquesa y yo vamos a ver al tío Blondet. Debes contar con que oirás comentar en toda la ciudad que esta mañana he estado paseando con un amante.

La señora Camusot dio el brazo a la duquesa y la llevó por los lugares desiertos de la ciudad para llegar a la puerta del anciano juez. Chesnel fue entretanto a hablar con el joven en la cárcel, adonde le hizo entrar Camusot secretamente. Las cocineras, los criados y otras personas que se habían levantado temprano y que vieron a la señora Camusot y a la duquesa por caminos apartados, tomaron al joven por un amante llegado de París. Como había previsto Cecilia Amelia, por la noche circulaba por la ciudad la noticia de sus devaneos amorosos y daba pie a la maledicencia. La señora Camusot y su pretendido amante encontraron al viejo Blondet en su invernadero; saludó a la mujer de su colega y compañero lanzando hacia aquel joven encantador una mirada inquieta y escrutadora.

—Tengo el honor de presentaros a uno de los primos de mi marido —díjole al señor Blondet indicándole la duquesa—, uno de los horticultores más distinguidos de París, que regresa de Bretaña, y no puede pasar más que el día de hoy con nosotros. El caballero ha oído hablar de vuestras llores y arbustos, y yo me he tomado la libertad de venir por la mañana temprano.

—¡Ah!, el caballero es horticultor —dijo el anciano juez.

La duquesa se inclinó sin hablar.

—Ahí tenéis —dijo el juez— mi cafeto y mi árbol de té.

—¿Por qué —dijo la señora Camusot— se ha marchado el presidente? Apostaría a que su ausencia guarda relación con el señor Camusot.

—Precisamente... Ahí tenéis, caballero, el cacto más original que existe —dijo mostrándole en una maceta una planta que parecía un bejuco cubierto de lepra—; viene de Nueva Holanda. Sois muy joven, caballero, para ser horticultor.

—Dejad vuestras flores, querido señor Blondet —dijo la señora Camusot—; se trata de vos, de la boda de vuestro hijo con la señorita Blandureau. Sois víctima del engaño del presidente.

—¡Bah! —dijo el juez con aire de incredulidad.

—Sí —repuso la joven—; si cultivaseis un poco más a las personas y un poco menos vuestras flores, sabríais que la dote y las esperanzas que habéis plantado, regado y rastrillado están a punto de ser recogidas por manos astutas.

—¡Señora!

—¡Ah!, no hay en la ciudad nadie que se atreva a enemistarse con el presidente advirtiéndooos de este peligro. Yo, que no soy de la ciudad y que gracias a pedido formalmente la mano de Clara Blandureau para el pequeño Du Ronceret, a quien sus padres dan cincuenta mil escudos. En cuanto a Fabián, promete hacerse abogado para poder ser nombrado juez.

El viejo juez dejó caer la maceta que tenía en la mano para enseñársela a la duquesa.

—¡Ah, mi cacto! ¡Ah, mi hijo! ¡La señorita Blandureau!... ¡Oh, la flor del cacto se ha roto!

—No, todo puede arreglarse —díjole riendo la señora Camusot—. Si queréis ver convertido a vuestro hijo en juez dentro de un mes, vamos a deciros lo que tenéis que hacer.

—Caballero, venid por aquí; quiero mostrarles mis pelargonios, un espectáculo mágico cuando florecen. ¿Por qué —añadió— me habláis de estos asuntos delante de vuestro primo?

—Todo depende de él —respondió la señora Camusot—. El nombramiento de vuestro hijo está perdido para siempre si habláis una sola palabra acerca de este joven.

—¡Bah!

—Este joven es una flor.

—¡Ah!

—Es la duquesa de Maufrigneuse, enviada por el rey para salvar al joven De Esgrignon, detenido ayer a consecuencia de una demanda por falsificación presentada por Du Croisier. La señora duquesa tiene la palabra del guardasellos y ratificará las promesas que nos hará...

—¡Mi cacto está salvado! —dijo el juez, examinando su planta preciosa—.

Decid, os escucho.

—Consultad con Camusot y con Michu para sofocar cuanto antes el asunto, y vuestro hijo recibirá el nombramiento llegará entonces con la suficiente oportunidad para permitirnos burlar las intrigas de los Du Ronceret cerca de los Blandureau. Vuestro hijo será más que juez suplente; tendrá la sucesión del señor Camusot este mismo año. Hoy llega el procurador del rey; sin duda el señor Sauvager se verá obligado a presentar su dimisión a causa de su conducta en este asunto. Mi marido os mostrará en el Palacio de Justicia unos documentos que establecen la inocencia del conde y demuestran que la falsificación es una trampa preparada por Du Croisier.

El viejo juez entró en el círculo olímpico de sus seis mil pelargonios y saludó allí a la duquesa.

—Caballero —dijo—, si lo que queréis es legal, podrá hacerse.

—Caballero —respondió la duquesa—, presentad mañana la dimisión al señor Chesnel, y os prometo que dentro de esta semana haré que os envíen el nombramiento de vuestro hijo, pero no la presentéis hasta que hayáis oído al señor procurador del rey confirmaros mis palabras. Vosotros, las personas de justicia, os entendéis mejor. Únicamente hacedle saber que la duquesa de Maufrigneuse os ha dado su palabra. No habléis del viaje que he hecho hasta aquí —añadió.

El viejo juez le besó la mano y se puso a arrancar sin piedad las más hermosas flores para ofrecérselas.

—¿Qué hacéis? Dádselas a la señora —le dijo la duquesa—; no es natural ver que lleva flores un hombre que da el brazo a una linda mujer.

—Antes de ir al Palacio —díjole la señora Camusot—, id a informaros ante el sucesor de Chesnel de las proposiciones hechas por él en nombre del señor y la señora Du Ronceret.

El anciano juez, perplejo ante la doblez del presidente, quedóse de pie, inmóvil, junto a su verja, mirando a las dos mujeres, que se alejaron por caminos apartados. Veía desplomarse el edificio tan laboriosamente construido durante diez años para su hijo querido. ¿Era posible? Sospechó algún ardid y corrió a ver al sucesor de Chesnel. A las nueve y media, antes de la audiencia, el vicepresidente Blondet, el juez Camusot y Michu encontráronse con notable puntualidad en la cámara del consejo, cuya puerta fue cerrada con cuidado por el viejo juez al ver entrar a Camusot y a Michu, que vinieron juntos.

—Bien, señor vicepresidente —dijo Michu—, el señor Sauvager ha requerido una orden de arresto contra cierto conde De Esgrignon, sin consultar al procurador del rey, para servir a la pasión de un tal Du Croisier, enemigo del gobierno del rey. Es un verdadero desorden. El presidente, por su lado, se marcha y de este modo aplaza la instrucción de la causa. ¿Es que por casualidad querían forzarnos la mano?

—He aquí que es lo primero que oigo referente a este asunto —dijo el viejo juez, furioso por los pasos efectuados por el presidente cerca de los Blandureau.

El sucesor de Chesnel, hombre adicto a Du Ronceret, que acaba de ser víctima de



una astucia tramada por el viejo juez para saber la verdad, había confesado el secreto.

—Afortunadamente os hablamos nosotros de ello —dijo Camusot a Blondet—; de lo contrario, habríais podido renunciar a sentar a vuestro hijo sobre las flores de lis y a casarlo con la señorita Blandurea.

—Pero no se trata de mi hijo ni de su boda —dijo el juez—; se trata del joven conde de Esgrignon. ¿Es o no culpable?

—Parece ser —dijo Michu— que el dinero fue entregado a la señora Du Croisier por Chesnel; han convertido en un delito una simple irregularidad. Según la demanda, el joven se apoderó de la parte inferior de una carta en la que estaba la firma de Du Croisier para convertirla en una letra de cambio sobre los Keller.

—Una imprudencia —dijo Camusot.

—Pero, si Du Croisier había recibido la suma —dijo Blondet—, ¿por qué se ha quejado?

—Todavía no sabe que la suma ha sido entregada a su mujer, o bien finge no saberlo —dijo Camusot.

—Venganza de gente de provincia —dijo Michu.

—Sin embargo, esto tiene las apariencias de una falsificación —dijo el viejo Blondet, en quien ninguna pasión era capaz de oscurecer la conciencia judicial.

—¿Eso creéis? —dijo Camusot—. Pero, ante todo, suponiendo que el joven conde no haya tenido derecho de girar sobre Du Croisier, no habría imitación de firma. Creyó poseer este derecho porque Chesnel le había comunicado que había efectuado una entrega de dinero él mismo, Chesnel.

—¡Bien! ¿Dónde veis, entonces, una falsificación? —dijo el viejo juez—. La esencia de la falsificación, en materia civil, consiste en representar un daño para otra persona.

—¡Ah! Es evidente, teniendo por verdadera la versión de Du Croisier, que la firma fue desviada de su destino con objeto de cobrar la suma, desdeñando una prohibición hecha por Du Croisier a sus banqueros —dijo Camusot.

—Esto, caballero —dijo Blondet—, me parece una miseria, una fruslería. Vosotros teníais la suma y yo debía esperar quizás una letra de vuestra parte; pero yo, conde De Esgrignon, estaba en una necesidad urgente. ¡En vuestra demanda, pues, hay pasión, hay venganza! Para que haya falsificación, el legislador ha previsto la intención de sustraer una suma, de atribuirse una propiedad cualquiera a la cual no tuviera derecho. No hubo falsificación en los términos de la ley romana ni en el espíritu de la jurisprudencia actual, ateniéndonos siempre a lo civil, porque no se trata aquí de una falsificación en escritura pública o auténtica. En materia privada, la falsificación entraña una intención de robar; pero aquí, ¿dónde está el robo? ¿En qué época vivimos, señores? El presidente nos abandona para que no se produzca una instrucción que ya debería estar terminada. Sólo conozco de hoy al señor presidente, pero le pagaré los atrasos de mi error; en lo sucesivo hará él mismo la minuta de sus juicios. Debéis poner en esto la mayor rapidez, señor Camusot.

—Sí —dijo Michu—, opino que en lugar de poner a ese joven en libertad bajo fianza, hay que sacarlo inmediatamente de prisión. Todo depende de las preguntas que haya que hacer a Du Croisier y a su mujer. Podéis mandarles llamar durante la audiencia, señor Camusot, recibir sus deposiciones antes de las cuatro, hacer vuestra relación esta noche, y juzgaremos el asunto mañana antes de la audiencia.

—Mientras los abogados efectúen su labor, nosotros hablaremos del camino a seguir —dijo Blondet a Camusot.

Los tres jueces se sentaron para deliberar después de haberse revestido de sus togas.

A mediodía, el obispo y la señorita Armanda habían llegado al hotel De Esgrignon, donde se encontraban ya Chesnel y el señor Couturier. Después de una conferencia bastante breve entre el director espiritual de la señora Du Croisier y el prelado, el sacerdote dirigióse inmediatamente a la casa de su penitencia.

A las once de la mañana, Du Croisier recibió una orden de citación que le mandaba presentarse, entre la una y las dos, en el gabinete del juez de instrucción. Llegó allí con justificadas sospechas. El presidente, incapaz de prever la llegada de la duquesa de Maufrigneuse, la del procurador del rey, ni la confederación súbita de los tres jueces, había olvidado trazar a Du Croisier un plan de conducta en el caso de que se iniciase la instrucción. Ni el uno ni el otro creyeron en tanta rapidez. Du Croisier se apresuró a obedecer la orden de citación, con objeto de conocer las disposiciones de Camusot. Viose, pues, obligado a responder. El juez le dirigió en forma sumaria las seis preguntas siguientes:

«El efecto del que se afirma que es una falsificación ¿no llevaba acaso una firma verdadera? ¿Antes de este efecto hubo otras causas judiciales con el señor conde De Esgrignon? ¿El conde De Esgrignon no había girado sobre él unas letras de cambio con o sin aviso? ¿No había escrito una carta por la que autorizaba al señor De Esgrignon para que le pidiera siempre dinero mediante letras de cambio? ¿No había liquidado Chesnel ya varias veces sus cuentas? ¿No se encontraba ausente en aquellos momentos?»

Estas preguntas fueron contestadas afirmativamente por Du Croisier. A pesar de las explicaciones muy prolijas, el juez reducía siempre al banquero a la alternativa de un sí o de un no. Cuando las preguntas y respuestas quedaron consignadas en el proceso verbal, el juez terminó por medio de esta interrogación fulminante:

—¿Sabía Du Croisier que el dinero del efecto acusado de falsificación se hallaba depositado en su casa, según una declaración de Chesnel y una carta de aviso del susodicho Chesnel al conde De Esgrignon, cinco días antes de la fecha del efecto?

Esta última pregunta asustó a Du Croisier. Preguntó qué significaba tal interrogatorio. ¿Acaso era él el culpable, y el señor conde De Esgrignon era el demandante? Hizo observar que, si el dinero hubiera estado en su casa, él no habría presentado querrela alguna.

—La justicia tiene necesidad de informarse —dijo el juez despidiéndole, no sin

antes haber comprobado esta última observación de Du Croisier.

—Pero, señor, el dinero...

—El dinero está en vuestra casa —dijo el juez.

Chesnel, igualmente citado, compareció para explicar el asunto. La veracidad de sus afirmaciones fue corroborada por la deposición de la señora Du Croisier. El juez ya había interrogado al conde De Esgrignon, el cual, inspirado por Chesnel, sacó la primera carta por la cual Du Croisier le escribía que librase sobre él, sin hacerle la ofensa de que entregase el dinero por adelantado. Luego presentó una carta escrita por Chesnel en la que el notario le prevenía de que había depositado los cien mil escudos en casa del señor Du Croisier. Con tales elementos, la inocencia del joven conde había de triunfar ante el tribunal. Cuando Du Croisier regresó del Palacio a su casa, su rostro estaba blanco de cólera y en sus labios se estremecía la ligera espuma de una rabia concentrada. Encontró a su mujer sentada en su salón, en el rincón de la chimenea, haciéndole unas zapatillas; la mujer tembló al levantar los ojos hacia él, pero ya había decidido lo que tenía que hacer.

—Señora —exclamó Du Croisier con palabra entrecortada—, ¿qué declaración habéis hecho ante el juez? ¡Me habéis deshonrado, traicionado!

—Os he salvado, señor —le respondió ella—. Si tenéis el honor de aliaros un día con los De Esgrignon, mediante la boda de vuestra sobrina con el joven conde, a mí me lo deberéis por mi comportamiento de hoy.

—¡Milagro! ¡La burra de Balaam ha hablado! —exclamó Du Croisier—; ya no me asombraré de nada. ¿Y dónde están los cien mil escudos que el señor Camusot ha dicho que estaban en mi casa?

—Aquí —respondió la mujer, sacando el paquete de billetes de barco de debajo del almohadón de su poltrona—. No he cometido ningún pecado mortal al declarar que el señor Chesnel me los había entregado.

—¿En mi ausencia?

—No estabais aquí.

—¿Me lo juráis por vuestra eterna salvación?

—Lo juro —dijo ella con voz tranquila.

—¿Por qué no me dijisteis nada? —preguntó Du Croisier.

—En eso hice mal —respondió su mujer—, pero mi falta redunda en vuestro provecho. Vuestra sobrina será algún día marquesa De Esgrignon, y quizá vos seréis diputado, si os portáis bien en esta causa. Habéis ido demasiado lejos; sabed volver sobre vuestros pasos.

Du Croisier se paseó por el salón, presa de una horrible agitación, y su esposa aguardó, con igual agitación, el resultado de este paseo. Finalmente, Du Croisier tiró del cordón de la campanilla.

—No recibiré a nadie esta noche; cerrad la puerta principal —dijo a su ayuda de cámara—. A todo el que venga le diréis que la señora y yo estamos en el campo. Partiremos inmediatamente después de comer; comeremos media hora antes que de

costumbre.

Aquella tarde, todos los salones, los pequeños industriales, los pobres, la nobleza, el comercio, en fin, toda la ciudad, comentaba la gran noticia: el conde De Esgrignon había sido detenido porque se sospechaba que había cometido una falsificación. El conde De Esgrignon iría a la audiencia de lo criminal y sería condenado, marcado. La mayor parte de las personas que apreciaban el honor de la casa De Esgrignon negaban el hecho. Cuando se hizo de noche, Chesnel fue a recoger a casa de la señora Camusot al joven desconocido, al que condujo al hotel De Esgrignon, donde le aguardaba la señorita Armanda. La pobre joven llevó a su aposento a la hermosa Maufrigneuse. El señor obispo ocupaba la habitación de Victurniano. Cuando la noble Armanda se vio a solas con la duquesa le lanzó la más triste de sus miradas.

—Realmente, teníais obligación de socorrer a la pobre criatura que se ha perdido por vos, señora —le dijo—; una criatura por la cual aquí todo el mundo se sacrifica.

La duquesa había paseado ya su mirada de mujer por la habitación de la señorita De Esgrignon, y había visto en ella la imagen de la vida de aquella soltera sublime; habríais dicho que se trataba de la celda de una religiosa al ver aquella pieza desnuda, fría y sin lujo. La duquesa, emocionada al contemplar el pasado, el presente y el futuro de aquella existencia, reconociendo el contraste inaudito que causaba en ella su presencia, no pudo retener las lágrimas que rodaron por sus mejillas y le sirvieron de respuesta.

—¡Ah, he hecho mal! ¡Perdonadme, señora duquesa! —añadió la cristiana, que triunfó sobre la tía de Victurniano—. Vos ignorabais nuestra miseria; mi sobrino era incapaz de confesároslo. Por otra parte, al vemos, todo se concibe, ¡incluso el crimen!

La señorita Armanda, delgada, pálida, pero hermosa como una de esas figuras alargadas y severas que sólo han sabido realizar los pintores alemanes, tenía también los ojos húmedos por las lágrimas.

—Tranquilizaos, ángel querido —dijo finalmente la duquesa—; ya está salvado.

—Sí, ¡pero el honor, su porvenir! Chesnel me lo ha dicho: el rey sabe la verdad.

—Procuraremos reparar el mal —dijo la duquesa.

La señorita bajó al salón y encontró lleno de gente el Gabinete de Antigüedades. Todos los asiduos contertulios habían venido tanto para festejar al obispo como para hacer compañía al marqués De Esgrignon. Chesnel, apostado en la antesala, recomendaba a todos los que llegaban el más profundo silencio sobre aquel asunto, con objeto de que el venerable marqués no se enterase nunca de nada. Aquel franco habría sido capaz de matar a su hijo o de matar a Du Croisier. Por un singular azar, el marqués, feliz por el regreso de su hijo de París, habló de Victurniano más que de costumbre. Victurniano iba pronto a recibir un cargo de manos del rey. Por fin el rey se ocupaba de los De Esgrignon. Cada cual, con la muerte en el alma, ensalzaba la buena conducta de Victurniano. La señorita Armanda preparaba el camino a la súbita aparición de su sobrino, diciendo a su hermano que Victurniano iría sin duda a verles y que debía ya encontrarse en camino.

—¡Bah! —dijo el marqués, de pie delante de la chimenea—, si lleva bien sus asuntos allí donde está, debe permanecer allí, y no pensar en la alegría que tendría su padre al verle. El servicio del rey ante todo.

La mayor parte de los que oyeron esta frase se estremecieron. El proceso podía entregar un De Esgrignon al verdugo para que lo marcara con su hierro. Hubo un momento de horrible silencio. La vieja marquesa de Casteran no pudo contener una lágrima, que derramó sobre el colorete que cubría sus mejillas, volviendo la cabeza hacia un lado.

## IX EL CASAMIENTO DESIGUAL

Al día siguiente, a mediodía, con un tiempo magnífico, toda la población se hallaba, formando grupos, dispersa por la calle que cruzaba la ciudad, y no se hablaba más que de aquel asunto importante. El joven conde ¿estaba o no en la cárcel? En aquel momento vieron el túburi bien conocido del conde De Esgrignon que bajaba por la calle de San Blas y venía de la prefectura. El túburi iba conducido por el conde, acompañado de un encantador joven desconocido, los dos alegres, risueños, conversando, luciendo rosas de Bengala en el ojal. Fue éste uno de esos golpes teatrales que resultan imposibles de describir. A las diez, un juicio de sobreseimiento, perfectamente motivado, había devuelto la libertad al joven conde. Du Croisier quedó fulminado por la declaración de que el conde De Esgrignon tenía ahora derecho a demandarle por calumnia. El viejo Chesnel subía, como por casualidad, la Calle Mayor, y decía a todo aquel que quería oírle que Du Croisier había tendido la más infame de las trampas al honor de la casa De Esgrignon, y que si no era demandado como calumniador debía esta condescendencia a la nobleza de sentimientos que animaba a los De Esgrignon. En la noche de aquella dichosa jornada, cuando el marqués De Esgrignon ya había ido a acostarse, el joven conde, la señorita Armanda y el lindo paje que se disponía a partir de nuevo se encontraron a solas con el Caballero, al cual no se le pudo ocultar el sexo de aquel simpático joven y fue el único en la ciudad, aparte los tres jueces y la señora Camusot, que supo de la presencia de la duquesa.

—La casa De Esgrignon está salvada —dijo Chesnel—, pero no se recuperará de este golpe de aquí a cien años. Ahora es preciso pagar las deudas, y ya no podéis, señor conde, hacer otra cosa más que casaros con una heredera.

—Y la tomará donde la encuentre —dijo la duquesa.

—¡Un segundo casamiento desigual! —exclamó la señorita Armanda.

La duquesa se echó a reír.

—Vale más casarse que morir —dijo sacando del bolsillo de su chaleco un frasquito que le había dado el farmacéutico del castillo de las Tullerías.

La señorita hizo un gesto de espanto; el viejo Chesnel cogió la mano de la bella Maufrigneuse y se la besó sin permiso.

—Entonces, ¿es que aquí estáis locos? —repuso la duquesa—. ¿Queréis permanecer en el siglo xv, cuando estamos en el siglo xix? Amigos míos, ya no hay nobleza; no hay más que aristocracia. El Código civil de Napoleón ha matado los pergaminos como el cañón había dado ya muerte al feudalismo. Seréis mucho más nobles que ahora cuando tengáis dinero. Casaos con quien queráis, Victurniano; ennobleceréis a vuestra mujer; he ahí el más sólido de los privilegios que le quedan a la nobleza francesa. ¿Acaso el señor de Talleyrand no se casó con la señora Grandt

sin comprometerse? Recordad que Luis XIV se casó con la viuda Scarron.

—Pero no se casó con ella por dinero —dijo la señorita Armanda.

—Si la condesa De Esgrignon fuese la sobrina de un Du Croisier, ¿la recibiríais? —dijo Chesnel.

—Quizá —respondió la duquesa—; pero el rey, sin duda alguna, la vería con agrado. ¿Es que no sabéis lo que sucede? —dijo al ver el asombro pintado en todos los rostros—. Victurniano ha venido a París; él sabe cómo van allí las cosas. Éramos más poderosos en tiempo de Napoleón. Victurniano, casaos con la señorita Duval; ella será marquesa De Esgrignon, de la misma manera que yo soy duquesa de Maufrigneuse.

—¡Todo se ha perdido, incluso el honor! —dijo el caballero, haciendo un gesto.

—Adiós, Victurniano —dijo la duquesa besándole en la frente. Ya no volveremos a vemos. Lo mejor que podéis hacer es vivir en vuestras tierras, porque el aire de París no os sienta bien.

—¡Diana! —exclamó el joven conde con acento de desesperación.

—Caballero, estáis en una confusión —dijo fríamente la duquesa, abandonando su papel de hombre y de amante y volviendo a ser no solamente ángel, sino también duquesa; no solamente duquesa, sino la Celimena de Moliere.

La duquesa de Maufrigneuse saludó dignamente a aquellos cuatro personajes y obtuvo del caballero la última lágrima de admiración que éste tuvo para el bello sexo.

—¡Cómo se parece a la princesa Goritza! —exclamó en voz baja.

Diana había desaparecido. El látigo del postillón decía a Victurniano que el hermoso idilio de su primera pasión había concluido. En el peligro, Diana aún había podido ver en el joven conde a su amante; pero una vez salvado, la duquesa le despreciaba como un hombre débil que era.

Seis meses más tarde, Camusot fue nombrado juez suplente en París, y posteriormente juez de instrucción. Michu llegó a ser procurador del rey. El señor Blondet pasó a ser consejero de la corte real; estuvo allí el tiempo necesario hasta obtener el retiro, y entonces volvió a vivir a su linda casita. José Blondet obtuvo el cargo de su padre en el tribunal para el resto de sus días, pero sin ninguna oportunidad de progreso, y fue el marido de la señorita Blandureau, la cual se aburre hoy en esa casa de ladrillo y de flores como una carpa en una piscina de mármol. En fin, Michu y Camusot recibieron la Cruz de la Legión de Honor, y el viejo Blondet recibió la de oficial. En cuanto al primer sustituto del procurador del rey, señor Sauvager, fue enviado a Córcega, con gran satisfacción de Du Croisier, quien ciertamente no quería darle a su sobrina.

Du Croisier, inducido por el presidente Du Ronceret, apeló en la corte real contra el juicio de sobreseimiento, y perdió. En todo el departamento, los liberales sostuvieron que el pequeño De Esgrignon había cometido una falsificación. Los realistas, por su parte, refirieron las horribles tramas que la venganza había hecho urdir al *infame Du Croisier*. Hubo un duelo entre Du Croisier y Victurniano. El azar

de las armas favoreció al ex abastecedor, el cual infirió una peligrosa herida al joven conde y se mantuvo en sus trece. La lucha entre los dos partidos estuvo aún envenenada por este asunto, que los liberales sacaban a relucir en todo momento. Du Croisier, cada vez rechazado en las elecciones, no veía ninguna oportunidad de hacer casar a su sobrina con el joven conde, sobre todo después de su duelo.

Un mes después de la confirmación del juicio en la corte real, Chesnel, agotado por esta lucha horrible, en la que sus fuerzas morales y físicas viéronse sacudidas violentamente, murió en su triunfo como un viejo perro fiel que ha sido mordido en el vientre por los colmillos de un jabato. Murió dejando la casa casi arruinada y al joven conde en la miseria, lleno de hastío, sin ninguna oportunidad de mejorar su suerte. Este cruel pensamiento, unido a su abatimiento, aceleró sin duda el fallecimiento del pobre anciano. En medio de tantas ruinas, abrumado por tantos pesares, obtuvo un gran consuelo: el viejo marqués, a instancias de su hermana, le devolvió toda su amistad. Aquel gran personaje fue a la casita de la calle del Bercail y sentóse a la cabecera de la cama de su viejo servidor, cuyos sacrificios le eran desconocidos. Chesnel se incorporó y recitó el cántico de Simeón; el marqués accedió a su deseo de enterrarlo en la capilla del castillo, con el cuerpo de través, y en la parte inferior de la fosa en la que había de ser sepultado el penúltimo de los De Esgrignon.

Así murió uno de los últimos representantes de aquella bella y grande domesticidad, palabra que a menudo se toma a la mala parte y a la que aquí damos su significado real, haciendo que exprese el apego feudal del servidor al señor. Este sentimiento, que ya no existía más que en el fondo de la provincia y en algunos ancianos servidores de la monarquía, honraba por igual a la nobleza que inspiraba semejantes afectos y a la burguesía que los concebía. Esta noble y magnífica abnegación es actualmente imposible. Las casas nobles ya no tienen servidores, de la misma manera que tampoco hay rey de Francia ni pares hereditarios, ni bienes inmutables fijos en las casas históricas para perpetuar sus esplendores nacionales. Chesnel no era solamente uno de esos grandes hombres desconocidos de la vida privada; era, pues, también algo grande. La continuidad de sus sacrificios ¿no le confiere algo grande y sublime? ¿No sobrepasa el heroísmo de la buena acción, que siempre es un esfuerzo momentáneo? La virtud de Chesnel pertenece esencialmente a las clases situadas entre las miserias del pueblo y las grandezas de la aristocracia, que pueden así unir las modestas virtudes del burgués a las sublimes ideas del noble, iluminándolas con las antorchas de una sólida instrucción.

Victurniano, juzgado desfavorablemente en la corte, no podía encontrar allí mujer rica ni empleo. El rey se negó constantemente a conceder la dignidad de par a los De Esgrignon, la única merced que habría podido sacar a Victurniano de la miseria. En vida de su padre era imposible casar al joven conde con una heredera burguesa, y tuvo que vivir mezquinamente en la casa paterna con los recuerdos de sus dos años de esplendor parisiense y de amor aristocrático. Triste y taciturno, vegetaba entre su padre, desesperado, que atribuía a una enfermedad de languidez el estado en que veía



a su hijo, y su tía, devorada por la melancolía. Chesnel ya no estaba allí. El marqués murió en 1830 después de haber visto al rey Carlos X pasar por Nonancourt, adonde fue aquel grande De Esgrignon, seguido de la nobleza válida del Gabinete de Antigüedades, a rendirle honores y unirse al escaso cortejo de la monarquía vencida; acto de valor que hoy parecerá muy sencillo, pero que el entusiasmo de la revuelta hizo entonces sublime.

—¡Los galos triunfan! —fueron las últimas palabras del marqués.

La victoria de Du Croisier fue entonces completa, porque el nuevo marqués De Esgrignon, ocho días después de la muerte de su anciano padre, aceptó a la señorita Duval por esposa; ella tenía tres millones de dote. Du Croisier y su mujer aseguraban su fortuna a la señorita Duval en el contrato. Durante la ceremonia de la boda dijo Du Croisier que la casa De Esgrignon era la más honorable de todas las casas notables de Francia. Todos los inviernos puede verse al marqués De Esgrignon, que un día deberá reunir más de cien mil escudos de renta, en París, donde lleva la vida alegre de los solteros, no conservando de los grandes señores de antaño más que su indiferencia por su mujer, de la cual no se preocupa en absoluto.

«En cuanto a la señorita De Esgrignon —decía Emilio Blondet, al que debemos los detalles de esta aventura—, si ya no se parece a la figura celestial que yo vislumbré en mi infancia, es ciertamente, a los sesenta y siete años de edad, la figura más dolorosa y más interesante del Gabinete de Antigüedades, en donde aún sigue presidiendo. La vi durante el último viaje que hice a mi región, donde fui a buscar los documentos necesarios para mi boda. Cuando mi padre se enteró de quien era la mujer con quien me casaba, quedóse estupefacto y no recobró el habla hasta el momento en que le dije que yo era prefecto.

»—¡Tú naciste prefecto! —me respondió sonriendo.

»Al dar una vuelta por la ciudad encontré a la señorita Armanda, que me pareció más grande que nunca. Pareció como si viese a Mario en las ruinas de Cartago. ¿Acaso esa mujer no sobrevive a sus religiones, a sus creencias destruidas? Ya no cree más que en Dios. Generalmente triste, silenciosa, no conserva de su antigua belleza más que unos ojos de fulgor sobrenatural. Cuando la vi que se dirigía a la iglesia, con el libro en la mano, no pude por menos de pensar que está pidiendo a Dios que la saque cuanto antes de este mundo.»

Jardies, julio 1837.



# **ILUSIONES PERDIDAS**



## LOS DOS POETAS

En la época en que comienza esta historia, la prensa de Stanhope y los cilindros para distribuir la tinta no funcionaban aún en las pequeñas imprentas de provincias. A pesar de la especialidad que la coloca en relación con la tipografía parisiense, Angulema seguía sirviéndose de las prensas de madera, a las cuales el idioma debe la expresión de «hacer gemir la prensa», actualmente sin aplicación. La atrasada imprenta empleaba allí todavía las bolas de cuero con que los estampadores daban tinta a los caracteres. El dispositivo movable sobre el cual se coloca la *forma* llena de letras, a la que se aplica la hoja de papel, era todavía de piedra, y justificaba el nombre de *mármol* que se le daba. Las devoradoras prensas mecánicas han hecho que hoy día quedara tan olvidado este mecanismo, al que, a pesar de sus imperfecciones, debemos los hermosos libros de Elzevier, de los Plantin, de los Aldo y de los Didot, que es preciso mencionar los viejos instrumentos a los que Jerónimo Nicolás Séchard profesaba un supersticioso afecto; porque desempeñan un papel en esta gran pequeña historia.

Este Séchard era un antiguo oficial impresor de los que en su argot tipográfico los obreros encargados de juntar las letras dan el nombre de «osos». El movimiento de vaivén, que se parece bastante al de un oso enjaulado, con él que los impresores van del tintero a la prensa y de la prensa al tintero, fue lo que sin duda les valió este remoquete. En desquite, los osos han llamado «monos» a los cajistas, a causa del continuo ejercicio que efectúan estos operarios para atrapar las letras en las ciento cincuenta y dos casillas en que se encuentran contenidas. En la desastrosa época de 1793, Séchard, a la edad de unos cincuenta años, se encontró casado. Su edad y su matrimonio hicieron que se librara de la gran requisición que se llevó a los ejércitos a casi todos los obreros. El viejo impresor quedó solo en la imprenta, cuyo dueño, apodado el «Ingenuo», acababa de morir dejando una viuda sin hijos. El establecimiento pareció amenazado de destrucción inmediata: el oso solitario era incapaz de transformarse en mono; porque en su calidad de impresor, nunca supo leer ni escribir. Sin tener en cuenta su incompetencia, un Representante del Pueblo, teniendo prisa por esparcir los bellos decretos de la Convención, invistió al impresor de la patente de maestro impresor, y puso su imprenta en requisición. Después de aceptar esta peligrosa patente, el ciudadano Séchard indemnizó a la viuda de su patrón entregándole los ahorros de su mujer, con los que pagó el material de la imprenta por la mitad de su valor. No importaba. Era preciso imprimir sin falta ni retraso los decretos republicanos. En esta difícil coyuntura, Jerónimo Nicolás Séchard tuvo la suerte de encontrar un noble marsellés que no quería emigrar, para no perder sus tierras, ni dejarse ver, para no perder la cabeza, y que no podía comer pan si no era a cambio de un trabajo cualquiera. El señor conde de Maucombe se puso, pues, la blusa de un regente de imprenta de provincia: componía, leía y corregía él mismo los decretos que condenaban a la pena de muerte a los ciudadanos que tenían escondido

en sus casas algún noble; el oso convertido en ingenuo imprimía estos decretos y los mandaba pegar en las paredes; y los dos quedaron sanos y salvos. En 1795, al pasar la furia del Terror, Nicolás Séchard viose obligado a buscar otro maestro impresor que pudiera ser cajista, corrector y regente. Un abate que, posteriormente, bajo la Restauración, fue obispo, y que a la sazón se negaba a prestar el juramento constitucional, sustituyó al conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restableció la religión católica. El conde y el obispo volvieron a encontrarse más tarde en el mismo banco de la Cámara de los Pares. Si en 1802 Jerónimo Nicolás Séchard no sabía leer y escribir mejor que en 1793, había sabido en cambio sacar adelante su negocio como para poder pagar un regente de imprenta. Aquel oficial tan despreocupado en cuanto a su porvenir, habíase vuelto muy temible para sus monos y sus osos. La avaricia empieza donde cesa la pobreza. El día en que el impresor vislumbró la probabilidad de labrarse una fortuna, el interés desarrolló en él una inteligencia material de su estado, pero una inteligencia ávida, suspicaz y penetrante. Su práctica despreciaba la teoría. Había terminado por calcular de una ojeada el precio de una página o de un folio según cada clase de carácter. Demostraba a sus ignorantes parroquianos que las letras gruesas costaban más de manejar que las finas; y si se trataba de finas, decía que era más difícil trabajar con ellas que con las gruesas. Siendo la composición la parte tipográfica de la que él no entendía nada, tenía tanto miedo de equivocarse, que nunca hacía más que tratos comerciales leoninos. Si sus cajistas trabajaban a tanto la hora, sus ojos no cesaban de vigilarles. Si sabía que había un fabricante en apuros económicos, le compraba el papel a un precio vil y lo almacenaba. De este modo, poseía ya entonces la casa en que la imprenta estaba alojada desde tiempo inmemorial. Le favoreció toda clase de suerte: quedó viudo y no tuvo más que un hijo; lo mandó al instituto de la ciudad, menos para darle una educación que para prepararse un sucesor; lo trataba con severidad con objeto de prolongar la duración de su potestad paterna; así, cuando estaba de vacaciones, le hacía trabajar en la caja diciéndole que aprendiera a ganarse la vida para poder un día recompensar a su pobre padre, que se estaba desangrando para educarle. Al marcharse el abate, Séchard escogió como regente a aquel de sus cuatro cajistas que el futuro obispo le indicó como el que poseía tanta honradez como inteligencia. De esta forma, el buen hombre estuvo en condiciones de aguardar el momento en que su hijo pudiera dirigir el establecimiento, que entonces se ampliaría bajo manos jóvenes y hábiles. David Séchard realizó en el instituto de Angulema los más brillantes estudios. Aunque fuera un oso, que había prosperado sin conocimientos ni educación, y por ello despreciara considerablemente la ciencia, el señor Séchard envió a su hijo a París para que estudiara allí la alta tipografía; pero le hizo tan grande recomendación de acumular una buena fortuna en un lugar que él denominaba el paraíso de los obreros, diciéndole que no contase para nada con el bolsillo paterno, que veía sin duda un medio para llegar a sus fines en aquella estancia en *el país de la Sapiencia*. A la par que aprendía su oficio, David completó

su educación en París. El regente de los Didot convirtiéndose en un erudito. A fines del año 1819, David Séchard abandonó París, sin haberle costado su estancia un centavo a su padre, que le llamaba para poner en sus manos el timón de los negocios. La imprenta de Nicolás Séchard poseía entonces el único periódico de anuncios judiciales que existía en el departamento, la parroquia de la Prefectura y la del Obispado, tres clientelas que habían de procurar una gran fortuna a un joven activo.

Precisamente en esa época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron la segunda patente de impresor de la ciudad de Angulema, que hasta entonces el viejo Séchard había sabido reducir a la más completa inacción, al amparo de las crisis militares que, bajo el Imperio, reprimieron todo movimiento industrial. Por esta razón, no la había adquirido él, y su parsimonia fue una de las causas por las cuales se arruinó la vieja imprenta. Al enterarse de esta noticia, el viejo Séchard pensó alegremente que la lucha que se entablaría entre su establecimiento y los Cointet sería sostenida por su hijo y no por él.

«Yo habría sucumbido —se dijo—, pero un joven que se ha formado con los señores Didot, saldrá de apuros.»

El septuagenario suspiraba esperando el momento en que pudiera vivir a su modo. Si poseía escasos conocimientos de alta tipografía, era en cambio muy ducho en un arte muy apreciado por el divino autor de *Pantagruel*, pero cuyo cultivo, perseguido por las sociedades llamadas de *templanza*, va siendo cada día más abandonado.

Jerónimo Nicolás Séchard, fiel al destino que su apellido le había creado, se hallaba dotado de una sed inextinguible. Su mujer, durante muchos años, había contenido en sus justos límites aquella pasión por el mosto, afición tan natural a los osos que el señor de Chateaubriand lo ha observado en los verdaderos plantígrados de América; pero los filósofos han observado que las costumbres de la juventud retornan con vigor en la vejez del hombre. Séchard confirmaba esta ley moral: cuanto más envejecía, más le gustaba beber. Su pasión dejaba en su fisonomía ursina unas marcas que la volvían original: su nariz había asumido el desarrollo y la forma de una A mayúscula, y sus dos mejillas, surcadas de venas, parecían esas hojas de vid cubiertas de gibosidades violáceas y purpurinas; habrías dicho que se trataba de una trufa monstruosa, envuelta en los pámpanos del otoño. Ocultos bajo dos grandes cejas semejantes a dos matas cubiertas de nieve, sus ojillos grises, en los que centelleaba la astucia de una avaricia que todo lo mataba en él, hasta la paternidad, conservaban su inteligencia incluso en medio de la embriaguez. Su cabeza calva, pero ceñida de cabellos grisáceos, todavía un poco rizados, evocaban a aquellos franciscanos de los *Cuentos de la Fontaine*. Era bajito y regordete, con bastante vientre, como muchas de esas viejas lámparas que consumen más aceite que mecha; porque los excesos en todo empujan al cuerpo por el camino que les es propio. La embriaguez, como el estudio, engorda al hombre gordo y enflaquece al hombre flaco. Jerónimo Séchard llevaba desde hacía treinta años el famoso tricornio municipal, que, en algunas provincias, se

encuentra aún en la cabeza del tambor de la ciudad. Su chaleco y su pantalón eran de terciopelo verdoso. En fin, vestía una vieja levita marrón, medias de algodón de varios colores y zapatos con hebillas de plata. Esta indumentaria, en la que el obrero se encuentra todavía dentro del burgués, compaginaba tanto con sus vicios y con sus costumbres y expresaba tan bien su vida, que aquel buen hombre parecía haber sido creado vestido: no habríais podido imaginarle sin sus ropas, de la misma manera que no podemos imaginar una cebolla sin su piel. Si el viejo impresor no hubiera dado, desde hacía tiempo, la medida de su ciega avidez, su abdicación bastaría para describir su carácter. A pesar de los conocimientos que su hijo había de traer de la gran escuela de los Didot, se propuso realizar con él el buen negocio que estaba meditando desde hacía mucho tiempo. Si el padre hacía buen negocio, el hijo había de hacerlo malo. Si al principio había visto en David a su hijo único, más tarde vio en él un comprador natural cuyos intereses eran opuestos a los suyos: él quería vender caro, David tenía que comprar barato; su hijo se convertía, pues, en un enemigo que había de ser vencido. Esta transformación del sentimiento en interés personal, ordinariamente lenta, tortuosa e hipócrita en las personas bien educadas, fue rápida y directa en el viejo oso. Cuando llegó su hijo, el buen hombre le testimonió el cariño comercial que las personas hábiles manifiestan para con sus víctimas: se ocupó de él como un amante se habría ocupado de su querida; le dio el brazo y le indicó donde debía poner los pies para no ensuciarse de barro; había hecho que le calentaran la cama, encendieran lumbre y preparasen la cena. Al día siguiente, después de haber tratado de emborrachar a su hijo durante una cena pantagruélica, Jerónimo Nicolás Séchard, lleno de vino como un odre, le dijo:

—¿Vamos a hablar de negocios?

Esta frase se produjo tan singularmente entre dos hipos, que David le rogó aplazar los negocios hasta el día siguiente. El viejo oso sabía demasiado bien el modo de sacar partido de su borrachera para abandonar una batalla preparada desde hacía tanto tiempo. Por otra parte, después de haber arrastrado los grilletos, decía, durante cincuenta años, no quería llevarlos ni una hora más. Mañana, su hijo sería el «ingenuo».

Aquí tal vez sea necesario decir algunas palabras acerca del establecimiento. La imprenta, situada en el lugar en que la calle de Beaulieu desemboca en la plaza de Mûrier, habíase establecido en aquel edificio hacia finales del reinado de Luis XIV. Así, desde hacía algún tiempo, aquellos lugares habían sido dispuestos para la explotación de esta industria. La planta baja formaba una inmensa pieza iluminada hacia la calle por una vieja vidriera, y por una gran ventana que daba a un patio interior. Por otra parte, podía llegarse al despacho del dueño a través de un pasillo. Pero en provincias, los procedimientos de la tipografía son siempre objeto de una curiosidad tan viva, que los clientes preferían entrar por una puerta con vidrios practicada en la parte delantera que daba a la calle, aunque fuera preciso bajar algunos peldaños, ya que el suelo del taller se encontraba por debajo del nivel de la

calzada. Los curiosos clientes no se preocupaban jamás de los inconvenientes que ofrecía el tener que pasar a través de los desfiladeros del taller. Si miraban las bóvedas formadas por las hojas tendidas sobre cuerdas atadas al techo, tropezaban con las cajas, o se hacían despeinar por las barras de hierro que sujetaban las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un cajista al coger sus letras de los ciento cincuenta y dos cajetines de su mesa, leyendo la copia, volviendo a leer la línea en su componedor, deslizándose en ella una interlínea, daban con una resma de papel o su cadera tropezaba contra el ángulo de un banco; todo lo cual provocaba la hilaridad de los monos y los osos. Nunca había llegado nadie sin accidente hasta las dos grandes jaulas situadas al extremo de aquella caverna, que formaban dos miserables pabellones sobre el patio, y donde estaban sentados, a un lado el regente y al otro el maestro impresor. En el patio, las paredes estaban agradablemente decoradas por unas parras que, dada la reputación del dueño, presentaban un gran color local. Al fondo, y adosado a una negra pared medianera, se elevaba un cobertizo en ruinas en el que se humedecía el papel y se le daba forma. Allí estaba el fregadero en el que se lavaban, antes y después del tiraje, las formas, o para emplear el lenguaje vulgar, las planchas de los caracteres. De allí se escapaba una decocción de tinta mezclada con las aguas de la casa, lo cual hacía creer a los campesinos llegados allí en los días de mercado, que en aquel edificio se lavaba el diablo. Este cobertizo lo flanqueaban la cocina, por un lado, y un montón de leña por el otro. El primer piso de aquella casa encima del cual no había más que dos habitaciones de buhardilla, contenía tres piezas. La primera, tan larga como el pasillo, menos la caja de la vieja escalera de madera que recibía la luz de la calle por una pequeña ventana rectangular, y del patio por un ojo de buey, servía a la vez de antesala y comedor. Pura y simplemente blanqueada con cal, hacía notar por la cínica sencillez de la avaricia comercial: el sucio vidrio no había sido lavado nunca, el mobiliario constaba de tres malas sillas, una mesa redonda y un bufete situado entre dos puertas que daban acceso a un dormitorio y a un salón; las ventanas y la puerta estaban grasientas de mugre; y llena casi siempre de papeles blancos o impresos; a menudo el postre, las botellas y las fuentes de la cena de Jerónimo Nicolás Séchard se veían encima de los fardos. El dormitorio, cuya ventana recibía la luz del patio, estaba adornado con uno de esos viejos tapices que en provincias se ven en los balcones el día del Corpus. Había una gran cama con columnas provista de cortinas, una colcha de sarga roja, dos sillones, un par de sillas de madera de nogal, tapizadas, un viejo escritorio y, en la chimenea, un reloj. Esta habitación, en la que se respiraba un ambiente patriarcal, lleno de matices pardos, había sido arreglada por el señor Rouzeau, predecesor y patrón de Jerónimo Nicolás Séchard. El salón, modernizado por la difunta señora Séchard, ofrecía horribles revestimientos de madera pintados de azul; los entrepaños estaban decorados con un papel que representaba escenas orientales, pintadas de color pardusco sobre fondo blanco; el mobiliario consistía en seis sillas tapizadas de badana azul, cuyos respaldos tenían forma de lira. Las dos ventanas, desde las que se divisaba la plaza del Mûrier,

carecían de visillos, y en la chimenea no había candelabros, reloj, ni espejo. La señora Séchard había fallecido en medio de sus proyectos de embellecimiento, y el oso no adivinaba la utilidad de unas mejoras que no reportaban producto alguno, y por ello las había abandonado. Fue allí adonde, *pede titubante*, Jerónimo Nicolás Séchar llevó a su hijo y le mostró, sobre la mesa redonda, un inventario del material de su imprenta, realizado, bajo su dirección, por el regente.

—Lee esto, hijo mío —dijo Jerónimo Nicolás Séchard dirigiendo sus ojos borrachos desde el papel a su hijo y desde su hijo al papel—, y verás qué joya de imprenta e regalo.

—Tres prensas de madera sostenidas por barras de hierro...

—Una mejora que yo he hecho —dijo el viejo Séchard interrumpiendo a su hijo.

—Con todos sus utensilios: tinteros, bancos, etc., ¡mil seiscientos francos! Pero, padre —dijo David Séchard, dejando caer el inventario—, vuestras prensas son unos zuecos viejos que no valen cien escudos, y que sólo tienen utilidad como leña para quemar.

—¿Viejos zuecos?... exclamó el viejo Séchard—, ¿viejos zuecos, estás diciendo? ... ¡Coge el inventario y bajemos! Vas a ver si vuestros inventos de mala cerrajería trabajan tan bien como esos viejos instrumentos bien probados. Entonces no tendrás valor para insultar a unas honradas prensas que ruedan como coches de posta, y que seguirán funcionando durante toda tu vida sin necesitar la más mínima reparación. ¡Zuecos! Sí, unos zuecos de los que tú has vivido, que tu padre ha manejado durante veinte años y que le han servido para hacer de ti lo que ahora eres.

El padre bajó la escalera gastada, temblando, sin tropezar; abrió la puerta del pasillo que daba al taller, se precipitó hacia la primera de sus prensas astutamente untadas con aceite y limpiadas, mostró las fuertes jimgas de madera de encina frotada por su aprendiz.

—¿No es una joya de prensa? —dijo.

En ella había una «participación de boda». El viejo oso bajó la frasqueta sobre el tambor y éste sobre la platina, que hizo rodar bajo la prensa; levantó la barra, desenrolló la cuerda para acercar la platina, y volvió a levantar el tambor y la frasqueta con la agilidad que habría desplegado un joven oso. La prensa de tal modo maniobrada lanzó un grito que habríase dicho era el de un pájaro que hubiera ido a chocar contra un vidrio y luego hubiera huido.

—¿Hay alguna prensa inglesa capaz de funcionar así? —dijo el padre a su hijo, que estaba asombrado.

El viejo Séchard corrió sucesivamente a la segunda, a la tercera prensa, en cada una de las cuales efectuó la misma maniobra con igual habilidad. La última ofreció a sus ojos enturbiados por el vino un lugar que había sido descuidado por el aprendiz; el borracho, después de jurar mucho, cogió la punta de su levita para frotarla, como un chalán que da lustre al pelo de un caballo que quiere vender.

—Con esas tres prensas, sin regente, puedes ganar tus nueve mil francos anuales,



David. En calidad de asociado tuyo, me opongo a que las sustituyas por esas malditas prensas de fundición que gastan los caracteres. Os habéis quedado maravillado al ver la invención de ese maldito inglés, enemigo de Francia, que ha querido labrar la fortuna de los fundidores. ¡Oh, habéis querido tener Stanhopes! Quedaos con vuestras Stanhopes, que cuestan cada una dos mil quinientos francos, casi el doble de lo que valen mis tres joyas juntas, y que os estropean la letra por falta de elasticidad. No soy instruido como tú, pero fíjate en esto: la vida de las Stanhopes es la muerte de las letras. Estas tres prensas te serán muy útiles, la obra quedará muy bien impresa, y los de Angulema no te exigirán más. Tanto si imprimes con hierro, como con madera, oro o plata, no te pagarán un céntimo más de lo que te pagan.

—*Item* —dijo David—, quinientas mil libras de caracteres, procedentes de la fundición del señor Vaflard...

Al leer este apellido, el discípulo de los Didot no pudo por menos de sonreír.

—¡Sí, ríete, ríete! Al cabo de doce años, los tipos todavía están nuevos. ¡A eso lo llamo yo ser un buen fundidor! El señor Vaflard es un hombre honrado que suministra material duro; y a mi modo de ver, el mejor fundidor es aquel a cuya casa ha de irse con menos frecuencia.

—Diez mil francos —prosiguió David—; pero esto es a cuarenta sueldos la libra, y los señores Didot no venden su cicero nuevo más que a treinta sueldos la libra. Vuestras cabezas de clavo no valen más que el precio de la fundición, diez sueldos la libra.

—Das el nombre de cabezas de clavo a las bastardillas, a las ligadas, a las redondas del señor Gillé, que fue impresor del Emperador, caracteres que valen a seis francos la libra, obras maestras de grabado compradas hace cinco años, y varias de las cuales conservan aún el blanco de la fundición, fíjate.

Diciendo esto, Séchard cogió algunos tipos que no habían sido usados nunca, y se los mostró.

—No soy ningún sabio, no sé leer ni escribir, pero aún sé lo suficiente para adivinar que los caracteres de escritura de la casa Gillé fueron los padres de las inglesas y de tus señores Didot. Ahí tienes una redonda —dijo señalando una caja y cogiendo una M—, una *redonda* de cicero que aún no ha sido desengomada.

David se dio cuenta de que no había medio de discutir con su padre. Era preciso admitirlo todo o rechazarlo todo, se encontraba entre un no y un sí. El viejo oso había incluido en el inventario hasta las cuerdas del tendero. La más pequeña resmilla, los tablones de madera, los cuencos, los cepillos para lavar, todo estaba cifrado con el escrúpulo de un avaro. El total ascendía a treinta mil francos, incluida la patente de maestro impresor y la clientela. David se preguntaba a sí mismo si el negocio era o no factible. Al ver que su hijo guardaba silencio, el viejo Séchard se inquietó; porque prefería una discusión violenta a una aceptación silenciosa. En esta clase de negocio, la discusión anuncia la presencia de un negociante competente que defiende sus intereses. El que se aviene a todo, decía el viejo Séchard, no paga nada. Mientras

espiaba el pensamiento de su hijo, nombrándole los malos utensilios necesarios para la explotación de una imprenta de provincias; condujo a David sucesivamente ante una prensa de satinar y ante una guillotina, y le alabó su utilidad y solidez.

—Los instrumentos viejos son siempre los mejores —dijo—. En imprenta, habría que pagarlos más caros que los nuevos, como se hace en el caso de los batidores de oro.

Algunas espantosas viñetas que representaban Cupidos, muertos que levantaban sus losas sepulcrales describiendo una V o una M, enormes cuadros de máscaras para los anuncios de espectáculos, convirtiéndose, por efecto de la elocuencia vinosa de Jerónimo Nicolás, en objetos de extraordinario valor. Dijo a su hijo que las costumbres de las personas de provincias estaban tan arraigadas, que en vano trataría él de darles cosas más bellas. ¡Él, Jerónimo Nicolás Séchard, había intentado venderles almanaques mejores que el *Double Liégeois* impreso en papel de azúcar!, pues, bien, el verdadero *Double Liégeois* había sido preferido a los almanaques más hermosos. David se daría cuenta bien pronto de la importancia de aquellos vejestorios de máquinas al venderlos más caros que las más costosas novedades.

—Hijo mío, la provincia es la provincia, y París es París. Si un hombre del Houmeau viene a encargarte que le hagas su participación de boda, y no le imprimes un Cupido con guirnaldas, creerá que no está casado, y te la devolverá si no ve en ella más que una M, como en casa de tus señores Didot, que son la gloria de la tipografía, pero cuyas invenciones no serán jamás adoptadas antes de cien años en las provincias.

Las personas generosas son malos comerciantes. David era una de esas naturalezas púdicas y tiernas que se asustan de una discusión, y que ceden en el momento en que el adversario les toca un poco la fibra sensible. Sus elevados sentimientos y el dominio que el viejo borracho había conservado sobre él, le hacían aún más inepto para sostener una discusión de dinero con su padre, sobre todo porque creía que abrigaba las mejores intenciones, ya que de momento atribuyó la voracidad del interés al apego que el impresor profesaba a sus instrumentos. Sin embargo, como Jerónimo Nicolás Séchard había obtenido todo aquello de manos de la viuda Ronzeau, por diez mil francos en asignados, y en el estado actual de cosas treinta mil francos eran un precio exorbitante, el hijo exclamó:

—¡Padre, me estáis ahogando!

—¿Yo, que te he dado la vida?... —dijo el viejo borracho, levantando la mano hacia el tendedero—. Pero, David, ¿qué valor le das a la patente? ¿Sabes lo que vale el *Journal d'Annonces* a diez sueldos la línea, privilegio que, él solo, produjo quinientos francos el mes pasado? Muchacho, abre los libros, mira lo que producen los anuncios y los registros de la Prefectura, la clientela de la Alcaldía y la del Obispado. Eres un holgazán que no quiere labrar su fortuna. Estás regateando el caballo que ha de conducirte a alguna hermosa finca como la de Marsac.

A este inventario iba unida un acta de sociedad entre padre e hijo. El buen padre

arrendaba a la sociedad su casa por una suma de mil doscientos francos, aunque no la hubiese comprado más que por seis mil libras, y se reservara en ella una de las dos habitaciones practicadas en las buhardillas. En tanto que David Séchard no hubiera reembolsado los treinta mil francos, los beneficios se repartirían a medias; el día en que hubiera reembolsado esta suma a su padre, llegaría a ser el único y exclusivo propietario de la imprenta. David consideró la patente, la clientela y el periódico, sin ocuparse de los instrumentos; creyó poder liberarse y aceptó aquellas condiciones. Acostumbrado a los melindres del campesino, y no sabiendo nada de los grandes cálculos de los parisienses, el padre quedóse asombrado ante una conclusión tan rápida.

—¿Es que mi hijo se habrá enriquecido? —se dijo a sí mismo—. ¿O estará tramando no pagarme?

Ante esta idea, le interrogó para saber si traía el dinero, con objeto de tomarle una cantidad a cuenta. La curiosidad del padre despertó la desconfianza del hijo. David quedó abrochado hasta la barbilla. Al día siguiente, el viejo Séchard mandó transportar por su aprendiz a la habitación del segundo piso sus muebles, que pensaba enviar al campo. Entregó las tres habitaciones del primer piso completamente vacías a su hijo, y también le puso en posesión de la imprenta sin darle un centavo con que pagar a sus obreros. Cuando David rogó a su padre, en calidad de socio, que contribuyese con el dinero necesario para la explotación en común, el viejo impresor se hizo el ignorante. Él no se había obligado, dijo, a dar dinero al entregar su imprenta; su inversión de capital ya había sido hecha. Acorralado por la lógica de su hijo, respondióle que, cuando él compró la imprenta a la viuda Rouzeau, supo salir de apuros sin un céntimo. Si él, pobre obrero sin estudio había salido adelante, las cosas aún le irían mejor a un discípulo de Didot. Por otra parte, David había ganado dinero que procedía de la educación pagada con el sudor de la frente de su anciano padre, bien podía emplearlo hoy.

—¿Qué has hecho de tu dinero? —le dijo volviendo a la carga, con objeto de esclarecer el problema que su hijo había dejado sin solución el día antes.

—¿Pero, es que no tenía que vivir? ¿No tuvo que comprar libros? —respondió David, indignado.

—¡Ah! ¿Comprabas libros? Harás malos negocios. Las personas que compran libros no son muy aptos para imprimirlos —respondió el oso.

David experimentó la más horrible de las humillaciones, la que ocasiona el envilecimiento de un padre: le fue preciso soportar el flujo de las razones viles, lacrimosas, cobardes, comerciales, con las cuales el viejo avaro formuló su negativa. Escondió sus dolores en lo más íntimo de su alma, viéndose solo, sin apoyo, hallando un especulador en la persona de su padre, al que, por curiosidad filosófica, había querido conocer a fondo. Le hizo ver que jamás le había pedido cuentas de la fortuna de su madre. Si aquella fortuna no podía entrar en compensación del precio de la imprenta, por lo menos debía servir para la explotación en común.

—¿La fortuna de tu madre? —dijo el viejo Séchard—. Era su inteligencia y su belleza.

Ante esta respuesta, David adivinó a su padre por entero, y comprendió que, para obtener una cantidad a cuenta, haría falta intentar contra él un proceso interminable, costoso y deshonroso. Aquel noble corazón aceptó el fardo que iba a pesar sobre él, porque sabía con cuánto trabajo podría cumplir con los compromisos contraídos con su padre.

«Trabajaré —pensó—. Después de todo, si paso apuros, el buen hombre los ha pasado también. Por otra parte, ¿no será trabajar para mí mismo?»

—Te dejo un tesoro —dijo el padre, inquieto por el silencio de su hijo.

David preguntó cuál era aquel tesoro.

—Marión —dijo el padre.

Marión era una joven campesina, gruesa, indispensable para la explotación de la imprenta: humedecía el papel y lo cortaba con la guillotina, hacía los recados y la cocina, lavaba la ropa, descargaba los carros del papel, iba a cobrar y limpiaba los tampones. Si Marión hubiera sabido leer, el viejo Séchard le habría confiado el trabajo de cajista.

El padre partió a pie para su casa de campo. Aunque estaba muy contento con la venta, disfrazada bajo el nombre de asociación, se hallaba inquieto por el modo como iba a ser pagado. Después de las angustias de la venta, vienen siempre las de la realización. Todas las pasiones son esencialmente jesuíticas. Aquel hombre, que consideraba inútil la instrucción, esforzábese en creer en la influencia de la instrucción. Hipotecaba sus treinta mil francos sobre las ideas de honor que la educación debía haber desarrollado en su hijo. Como joven bien educado, David sudaría sangre y agua para pagar sus compromisos, sus conocimientos le harían encontrar recursos, habíase mostrado lleno de hermosos sentimientos, y pagaría. Muchos padre, que obran así, creen haber procedido paternalmente, como el viejo Séchard había terminado por convencerse a sí mismo de ello cuando llegó a su viña, situada en Marsac, pequeña aldea a cuatro leguas de Angulema. Aquella finca, en la que el anterior propietario había construido una linda casita, había aumentado de año en año desde 1809, época en que el viejo oso la había adquirido. Trocó los cuidados de la prensa de imprenta por los de la prensa de lagar.

Aquellos treinta mil francos inesperados le embriagaban aún más que el vino, los manoseaba con la imaginación. A menudo se trasladaba de Marsac a Angulema, llevado de estas inquietudes. Subía la peña en lo alto de la cual se halla construida la ciudad y entraba en el taller para ver si su hijo salía de apuros. Ahora bien, las prensas estaban en su sitio. El único aprendiz, con la cabeza cubierta con un gorro de papel, desengrasaba los tampones. El viejo oso oía gemir una prensa sobre alguna participación de boda, reconocía sus viejos tipos, veía a su hijo y al regente, cada uno de ellos en su casilla, leyendo un libro que el oso creía pruebas de imprenta, y después de cenar con David, volvía a su finca de Marsac, rumiando sus temores. La

avaricia tiene, como el amor, un don de segunda vista sobre las futuras contingencias, las huele, las presiente. Lejos del taller donde la vista de sus instrumentos le fascinaba, volviéndole a los días en los que hacía fortuna, el viñador encontraba en su hijo inquietantes síntomas de inactividad. El nombre de *Cointet hermanos* le asustaba, ya le veía dominando al de *Séchard e hijo*. En fin, el anciano presentía el viento de la desgracia. Este presentimiento estaba justificado: la desgracia se cernía sobre la casa Séchard. Pero los avaros tienen un dios. Por un concurso de circunstancias imprevistas, aquel dios había de hacer ingresar en la bolsa del borracho el precio de su venta usurera. He aquí por qué la imprenta Séchard estaba en decadencia, a pesar de sus elementos de prosperidad.

Indiferente a la reacción religiosa que producía la Restauración en el gobierno, pero igualmente despreocupado frente al liberalismo, David guardaba la más perjudicial de las neutralidades en materia política y religiosa. Se encontraba en una época en la que los comerciantes de provincia habían de profesar una opinión con objeto de tener parroquianos, porque era preciso optar entre la clientela de los liberales y la de los realistas. Un amor que llegó al corazón de David, sus preocupaciones científicas y su noble carácter, le impidieron poseer aquel desmesurado afán de lucro que caracteriza al verdadero comerciante, y que le habría hecho estudiar las diferencias que distinguen la industria provinciana de la industria parisiense. Los matices tan marcados en provincias desaparecen en el gran movimiento de París. Los hermanos Cointet se pusieron al unísono con las opiniones monárquicas, guardaban ostensiblemente los días de ayuno y abstinencia, frecuentaban la catedral, cultivaban a los sacerdotes, y reimprimieron los primeros libros religiosos cuya necesidad se hacía sentir. Los Cointet tomaron así la delantera en esta rama lucrativa y calumniaron a David Séchard, acusándole de liberalismo y ateísmo.

—¿Cómo —decían— dar trabajo a un hombre que tiene por padre a un borracho, que ha tomado parte en el degüello de presos políticos en el mes de septiembre de 1792, un bonapartista, un viejo avaro que dejará tarde o temprano montones de oro? Nosotros somos pobres y estamos cargados de familia, mientras que David es soltero y algún día será muy rico.

Influidos por estas acusaciones contra David, la Prefectura y el Obispado terminaron por dar el privilegio de sus impresiones a los hermanos Cointet. Pronto estos ávidos antagonistas, animados por la incuria de su rival, crearon un segundo periódico de anuncios. La vieja imprenta quedó reducida a las impresiones de la ciudad, y el producto de su hoja de anuncios disminuyó en la mitad. Enriquecida con las considerables ganancias realizadas con los libros de iglesia y de piedad, la casa Cointet propuso pronto a los Séchard comprarles su periódico, con objeto de conseguir los anuncios del departamento y las inserciones judiciales sin tener que compartirlas. Tan pronto como David hubo transmitido esta noticia a su padre, el viejo viñador, asustado ya por los progresos de la casa Cointet, lanzóse desde Marsac

hasta la plaza del Mûrier con la rapidez de un cuervo que ha olido los cadáveres de un campo de batalla.

—Déjame que maneje yo a los Cointet, no te inmiscuyas en este asunto —le dijo a su hijo.

El anciano adivinó pronto el interés de los Cointet y los asustó con su sagacidad. Su hijo cometía una tontería, que él venía a impedir, decía. ¿En qué se basará nuestra clientela, si cede nuestro periódico? Los abogados, los notarios, todos los negociantes del Houmeau serán liberales; los Cointet han querido perjudicar a los Séchard, acusándoles de liberalismo, les han preparado así una tabla de salvación, los anuncios de los liberales seguirán estando en manos de los Séchard. ¿Vender el periódico?... ¡Equivaldría a vender el material y la patente! Pedía entonces a los Cointet sesenta mil francos para no arruinar a su hijo: amaba a su hijo, defendía a su hijo. El viñador se sirvió de su hijo como los campesinos se sirven de sus mujeres: su hijo quería o no quería, según las proposiciones que iba arrancando una tras otra a los Cointet, y los indujo, no sin esfuerzo, a dar una suma de veintidós mil francos por el *Journal de la Charente*. Pero David tuvo que comprometerse a no imprimir jamás ninguna clase de diario, so pena de tener que pagar por daños y perjuicios una indemnización de treinta mil francos. Esta venta era el suicidio de la imprenta Séchard; sin embargo, el viñador no se preocupaba por ello. Después del robo viene siempre el asesinato. El buen hombre pensaba aplicar aquella suma al pago de sus tierras; y para poder cobrarla, habría regalado incluso a su propio hijo, tanto más cuanto que éste tenía derecho a la mitad de aquel tesoro inesperado. Como indemnización, el generoso padre le cedió la imprenta, pero manteniendo el famoso alquiler de dos mil dcientos francos por la casa.

Después de la venta del periódico a los Cointet, el viejo raras veces iba a la ciudad, pretextando su edad avanzada; pero la razón verdadera era el escaso interés que sentía por una imprenta que ya no le pertenecía. No obstante, le fue imposible repudiar por completo el viejo afecto que profesaba a sus instrumentos de trabajo. Cuando sus asuntos le llevaban a Angulema, habría sido muy difícil determinar lo que más le atraía de su casa, si eran las prensas de madera o si era su hijo, al que en realidad venía a pedir el dinero del alquiler. Su antiguo regente, que se había convertido en el regente de la imprenta de los Cointet, sabía a qué atenerse acerca de esta generosidad paternal; decía que aquel astuto zorro se ahorraba de este modo el derecho de intervenir en los negocios de su hijo, convirtiéndose en acreedor privilegiado por la acumulación de los alquileres.

La incuria de David Séchard tenía unas causas que pueden describir el carácter de aquel joven. Unos días después de haberse instalado en la imprenta paterna, había encontrado a uno de sus amigos de colegio, que a la sazón se encontraba en la más profunda miseria. El amigo de David Séchard era un joven, que entonces contaba veintiún años, llamado Luciano Chardon, y era hijo de un ex cirujano mayor de los ejércitos republicanos, puesto fuera de servicio por una herida que había recibido. La

naturaleza había hecho un químico del señor Chardon padre, y el azar le había establecido como farmacéutico en Angulema. La muerte le sorprendió en medio de los preparativos necesarios para un lucrativo descubrimiento en cuya investigación había consumido varios años de estudios científicos. Quería curar toda clase de gota. La gota es la enfermedad de los ricos, y los ricos pagan cara la salud cuando se ven privados de ella. Por ello el farmacéutico había elegido para resolver este problema de entre todos aquellos que se habían ofrecido a su meditación. Colocado entre la ciencia y el empirismo, el malogrado Chardon comprendió que sólo la ciencia podía labrar su fortuna: había estudiado, pues, las causas de la enfermedad, y basado su remedio en cierto régimen que fuera adecuado a cada temperamento. Murió durante una estancia en París, adonde había ido para solicitar la aprobación de la Academia de Ciencias, y de este modo perdió el fruto de sus trabajos. Presintiendo su destino, el farmacéutico no había descuidado en nada la educación de su hijo y de su hija, de suerte que el mantenimiento de su familia devoró constantemente los productos de su farmacia. Así, no solamente dejó a sus hijos en la miseria, sino que incluso, para desgracia de ellos, los había criado en la esperanza de brillantes destinos, que se desvanecieron con su muerte. El ilustre Desplein, que le prodigó sus cuidados, le vio morir en medio de convulsiones de rabia y desesperación. Esta ambición tuvo por principio el violento amor que el ex cirujano profesaba a su mujer, último vástago de la familia de Rubempré, milagrosamente salvada por él del cadalso en 1793. Sin que la joven hubiera querido consentir en esta mentira, él había ganado tiempo diciendo que estaba encinta. Después de haberse creado en cierto modo el derecho de casarse con ella, llevó a cabo su enlace, a pesar de su común pobreza. Sus hijos, como todos los hijos del amor, tuvieron por toda herencia la maravillosa belleza de su madre, presente que a menudo resulta fatal, cuando la miseria lo acompaña. Estas esperanzas, esos trabajos, estas desesperaciones, habían alterado profundamente la belleza de la señora Chardon, de la misma manera que las lentas degradaciones de la indigencia habían alterado sus costumbres; pero su valor y el de sus hijos igualó a su infortunio. La pobre viuda vendió la farmacia, situada en la calle mayor del Houmeau, barrio principal de Angulema. El precio de la farmacia le permitió constituirse trescientos francos de renta, suma insuficiente para su propio sustento; pero ella y su hija aceptaron su posición sin sonrojarse, y dedicáronse a trabajos mercenarios.

Para evitar a su hijo la contrariedad de ver a su madre en tal situación, había tomado el nombre de señora Carlota. Las personas que reclamaban sus cuidados se dirigían al señor Postel, sucesor del señor Chardon. La hermana de Luciano trabajaba en casa de una vecina mujer muy honrada y bien considerada en el Houmeau, llamada señora Prieur, lavandera de ropa fina, y ganaba unos quince sueldos diarios. Dirigía a las obreras, y gozaba en el taller de una especie de supremacía que la hacía salir un poco de la clase de las grisetas. El escaso producto de su trabajo, unido a las trescientas libras de renta de la señora Chardon, ascendía a unos ochocientos francos

anuales, con los cuales aquellas tres personas debían vivir, vestirse y pagar el alojamiento. La estricta economía de aquel hogar apenas hacía suficiente esta suma, absorbida casi enteramente por Luciano. La señora Chardon y su hija Eva creían en Luciano como la mujer de Mahoma creyó en su marido; el interés por su porvenir no conocía límites. Aquella pobre familia ocupaba en el Houmeau una vivienda que por una módica suma les había alquilado el sucesor del señor Chardon, situada al fondo de un patio interior, encima del laboratorio. Luciano tenía en ella una miserable habitación en la buhardilla. Estimulado por un padre que, apasionado por las ciencias naturales, le había inducido al principio a entrar por este sendero, Luciano fue uno de los alumnos más brillantes del colegio de Angulema, donde se hallaba estudiando el tercer curso cuando Séchard terminaba sus estudios.

Cuando el azar hizo que los dos camaradas de colegio volvieran a encontrarse, Luciano, cansado de beber en el vaso ordinario de la miseria, se hallaba a punto de tomar una de esas determinaciones extremas por las que uno se decide cuando cuenta veinte años de edad. Cuarenta francos al mes que David dio generosamente a Luciano ofreciéndose a enseñarle el oficio de regente de imprenta, aunque un regente le resultara completamente superfluo, salvó a Luciano de su desesperación. Los lazos de esta amistad de colegio de tal modo reanudados, volvieron a estrecharse pronto por las semejanzas de sus destinos y por las diferencias de sus caracteres. Los dos, dotados de gran talento, poseían aquella inteligencia que hace que un hombre se sienta al mismo nivel que todas las personas encumbradas, pero se veía relegados al fondo de la sociedad. Esta injusticia de la suerte fue para ellos un nudo poderoso. Además, ambos habían llegado a la poesía desde dos vertientes distintas. Aunque destinado a las especulaciones más elevadas de las ciencias naturales, Luciano tendía con ardor hacia la gloria literaria; mientras que David, al que su talento reflexivo predisponía a la poesía, se inclinaba por sus aficiones a las ciencias exactas. Esta interposición de los papeles engendró una especie de fraternidad espiritual. Luciano comunicó pronto a David las altas ideas que había recibido de su padre sobre las aplicaciones de la ciencia a la industria, y David hizo ver a Luciano los nuevos senderos por los que debía entrar en la literatura para conquistar en ella un nombre y una fortuna. La amistad de estos jóvenes convirtiéndose poco a poco en una de esas pasiones que no surgen más que al salir de la adolescencia. David vislumbró pronto a la hermosa Eva y se enamoró de ella con el enamoramiento propio de los espíritus melancólicos y meditabundos. El *Et nunc et semper et in saecula saeculorum* de la liturgia es la divisa de esos sublimes poetas desconocidos, cuyas obras consisten en magníficas epopeyas nacidas y perdidas entre dos corazones. Cuando el amante hubo penetrado en el secreto de las esperanzas que la madre y la hermana de Luciano ponían en aquella hermosa frente de poeta, cuando su ciega abnegación le fue conocida, encontró agradable acercarse más a la mujer amada para compartir sus inmolaciones y esperanzas. Luciano fue, pues, para David, un hermano escogido. Como los extremistas que querían ser más monárquicos que el rey, David exageró la



fe que la madre y la hermana de Luciano tenían en el genio de éste, y le mimó como una madre mimada a su hijo. Durante una de aquellas conversaciones en las que, apremiados por la falta de dinero que les ataba las manos, meditaban, como todos los jóvenes, los medios de realizar una rápida fortuna sacudiendo todos los árboles ya despojados por los que habían llegado antes que ellos sin obtener los frutos, Luciano se acordó de dos ideas manifestadas por su padre.

El señor Chardon había hablado de reducir a la mitad el precio del azúcar por medio del empleo de un nuevo agente químico, y de disminuir de la misma manera el precio del papel, trayendo de América ciertas materias vegetales análogas a aquellas de las cuales se sirven los chinos y que costaban poco dinero. David, que conocía la importancia de esta cuestión, debatida ya en casa de los Didot, se apoderó de la idea, viendo en ella una fortuna, y consideró a Luciano como un bienhechor al que jamás podría pagar la deuda con él contraída.

El lector adivinará perfectamente cuán poco idóneos para regir una imprenta les hacían las ideas dominantes y la vida interior de los dos amigos. Lejos de reportar de quince a veinte mil francos, como la de los hermanos Cointet, impresores-libreros del Obispado, propietarios del *Cemrier de la Charente*, ahora el único diario del departamento, la imprenta de Séchard hijo producía apenas trescientos francos al mes, de los que había que deducir el sueldo del regente, el de Marión, los impuestos y el alquiler; lo cual dejaba reducidos los recursos de David a un centenar de francos al mes. Unos hombres activos e industrioses habrían renovado los tipos, comprado prensas de hierro, habríanse procurado en la librería parisiense obras que ellos habrían impreso a precios bajos; pero el dueño y el regente, perdidos en los absorbentes trabajos de la inteligencia, se contentaban con los encargos que les hacían sus últimos clientes. Los hermanos Cointet habían terminado por conocer el carácter y las costumbres de David, ya no le calumniaban; al contrario, una sabia política les aconsejaba dejar vegetar aquella imprenta y mantenerla en una honrada mediocridad, para que no cayese en manos de un temible competidor; ellos mismos les cedían las llamadas obras de ciudad. Así, sin saberlo, David Séchard no existía, comercialmente hablando, más que por un hábil cálculo de sus rivales. Felices de lo que ellos llamaban su manía, los Cointet tenían para con él unos procedimientos en apariencia llenos de rectitud y lealtad; pero actuaban, en realidad, como la administración de las Mensajerías, cuando ésta simula una competencia para evitar otra verdadera.

El exterior de la casa Séchard estaba en consonancia con la crasa avaricia que reinaba en el interior, en el que el viejo oso jamás había reparado nada. La lluvia, el sol, las intemperies de cada estación, habían dado el aspecto de un viejo tronco de árbol a la puerta de la calle, hasta tal punto se hallaba ésta surcada de grietas desiguales. La fachada, mal construida en piedras y ladrillos mezclados sin simetría, parecía doblegarse bajo el peso de un tejado carcomido, sobrecargado de aquellas tejas huecas que componen todos los tejados en el sur de Francia, Habría sido difícil

encontrar en todo Angulema una casa tan maltrecha como aquélla, que sólo se sostenía por la fuerza del cimientó. Imaginad aquel taller claro en los dos extremos, oscuro en el medio, sus paredes cubiertas de anuncios, sucios en la parte baja por el contacto de los obreros que se habían movido allí durante treinta años, las cuerdas atadas al techo, sus pilas de papel, sus viejas prensas, sus hileras de cajas y, en el extremo, las dos garitas en las que, cada cual por su lado, se hallaban encerrados el dueño y el regente; entonces podréis comprender la existencia de los dos amigos.

En 1821, en los primeros días del mes de mayo, David y Luciano se encontraban cerca de la puerta del patio en el momento en que, hacia las dos, sus cuatro o cinco obreros abandonaron el taller para ir a comer. Cuando el dueño vio que su aprendiz cerraba la puerta con campanilla que daba a la calle, llevóse a Luciano al patio, como si el olor de los papeles, de los tinteros, de las prensas y de las viejas maderas se le hubiera hecho insoportable. Los dos se sentaron bajo un cenador desde el que podían ver a cualquiera que entrase en el taller. Los rayos del sol que se reflejaban en los pámpanos de la parra acariciaban a los dos poetas, envolviéndoles con su luz como una aureola. El contraste producido por la oposición de aquellos dos caracteres y de aquellos dos rostros, quedó entonces tan acentuado, que habría seducido el pincel de un gran pintor. David poseía las formas que la naturaleza confiere a los seres destinados a grandes luchas, manifiestas o secretas. Su ancho busto estaba flanqueado por fuertes hombros en armonía con la plenitud de todas sus formas. Su cara, morena, sonrosada, llena, sostenida por un cuello recio, enmarcada por una frondosa selva de cabello negro, parecía de momento la cara de los canónigos cantados por Boileau; pero un segundo examen revelaba en los surcos de sus labios gruesos, en el hoyuelo de la barbilla, en el perfil de una nariz cuadrada y, sobre todo, en los ojos, el fuego continuo de un amor único, la sagacidad del pensador, la ardiente melancolía de un espíritu que podía abarcar las dos extremidades del horizonte, penetrando en todas sus sinuosidades, y que fácilmente se hastiaba de sus goces ideales al llevar a ellos la luz del análisis. Si bien se adivinaba en aquel rostro los fulgores del genio que se manifiesta, veíanse también las cenizas junto al volcán; la esperanza se apagaba en un profundo sentimiento de la nada social, en la que el oscuro nacimiento y la falta de fortuna mantienen a tan gran número de espíritus superiores. Cerca del pobre impresor, a quien su condición, a pesar de hallarse tan cerca del reino de la inteligencia, daba náuseas, al lado de aquel Sileno pesadamente apoyado en sí mismo, que bebía a grandes sorbos en el cáliz de la ciencia y de la poesía, embriagándose para olvidar las desgracias de la vida de provincias, Luciano se mantenía en la actitud graciosa hallada por los escultores para el Baco indio. Su rostro poseía la distinción de las líneas de la belleza clásica: una frente y una nariz griegas, la blancura aterciopelada de las mujeres, unos ojos que de tan azules llegaban a parecer negros, llenos de amor, y cuyo blanco competía con el de un niño por su lozanía. Aquellos hermosos ojos estaban sombreados por unas cejas que parecían trazadas por un pincel chino y bordeados por largas pestañas de color castaño. En sus mejillas brillaba una

sedosa pelusilla cuyo color armonizaba con el de una rubia cabellera naturalmente rizada. Sus sienes, de un blanco dorado, respiraban una suavidad divina. Una incomparable nobleza se hallaba impresa en su barbilla corta, levantada un poco hacia arriba, sin brusquedad. La sonrisa de los ángeles tristes vagaba en sus labios de coral realzados por hermosos dientes. Poseía las manos del hombre de noble cuna, manos elegantes, a una seña de las cuales los hombres debían obedecer y que inspiraban a las mujeres el deseo de besarlas. Luciano era delgado y de mediana estatura. Al ver sus pies, un hombre habríase visto aún más tentado a creer que se trataba de una joven disfrazada, porque, semejante a la mayor parte de los hombres sutiles, por no decir astutos, tenía las caderas conformadas como las de una mujer. Este indicio, raramente engañoso, era cierto en el caso de Luciano, al que la inclinación de su inteligencia inquieta llevaba a menudo, cuando analizaba el estado actual de la sociedad, al terreno de la depravación particular a los diplomáticos que creen que el éxito es la justificación de todos los medios, por vergonzosos que éstos sean. Una de las desgracias a las que se encuentran sometidas las grandes inteligencias, es la de comprender forzosamente todas las cosas, tanto los vicios como las virtudes.

Aquellos dos jóvenes juzgaban la sociedad con tanto mayor rigor cuanto que se hallaban situados en muy bajo nivel de ella, porque los hombres cuyos méritos no son reconocidos, se vengan de la bajeza de su posición por la altura de sus miras. Pero también su desesperación resultaba tanto más amarga, cuanto que de este modo iban más rápidamente hacia donde les arrastraba su verdadero destino. Luciano había leído mucho, había comparado mucho; David había pensado y meditado mucho también. A pesar de las apariencias de una salud vigorosa y rústica, el impresor era una inteligencia melancólica y enfermiza, dudaba de sí mismo; mientras que Luciano, dotado de espíritu emprendedor, pero movable, poseía una audacia poco en consonancia con su constitución suave, casi débil, pero llena de gracias femeninas. Luciano poseía en el más alto grado el carácter gascón, atrevido, aventurero, que a sus mismos ojos exagera el bien y atenúa el mal, que no retrocede ante una falta si ha de reportarle algún provecho, y que se burla del vicio si le sirve de estribo para sus ambiciones. Estas disposiciones de hombre ambicioso estaban entonces reprimidas hacia los nobles medios que los hombres amantes de la gloria emplean con preferencia a todos los demás. No tenía que luchar aún más que con sus deseos, y no con las dificultades de la vida, con su propio poder, y no con la cobardía de los hombres, que es de un ejemplo funesto para los espíritus movibles. Intensamente seducido por la brillante inteligencia de Luciano, David le admiraba, aunque rectificando los errores en los que le hacía incurrir la furia francesa. Aquel hombre justo poseía un carácter tímido, en desacuerdo con su fuerte constitución, pero no carecía de la persistencia de los hombres del Norte. Si vislumbraba todas las dificultades, prometíase vencerlas sin rebelarse; y si poseía la firmeza de una virtud realmente apostólica, la atemperaba con las gracias de una inagotable indulgencia. En

esta amistad ya vieja, uno de los dos hombres amaba con idolatría, y éste era David. Así, pues, Luciano era el que mandaba, como una mujer que se sabe amada. David obedecía con placer. La belleza física de su amigo comportaba una superioridad que él aceptaba al encontrarse a sí mismo pesado y vulgar.

—Al buey, la paciente agricultura, al pájaro la vida despreocupada —decíase el impresor—. Yo seré el buey, Luciano será el águila.

Desde hacía, pues, unos tres años, los dos amigos habían fundido en uno solo sus destinos tan brillantes en el futuro. Leían las grandes obras que aparecieron desde la paz en el horizonte literario y científico, las obras de Schiller, de Goethe, de Lord Byron, de Walter Scott, de Juan Pablo, de Berzelius, de Davy, de Cuvier, de Lamartine, etc. Calentaban su inteligencia a la lumbre de aquellos grandes autores, probaban fortuna literaria en obras abortadas o conseguidas, dejadas y vueltas a tomar con entusiasmo. Trabajaban de continuo con las inagotables fuerzas de la juventud. Igualmente pobres, pero devorados por el amor al arte y a la ciencia, olvidaban la miseria presente ocupándose en construir los cimientos de su futura fama.

—¿Sabes, Luciano, lo que acabo de recibir de París? —dijo el impresor sacando de su bolsillo un pequeño volumen en octavo—. ¡Escucha!

David leyó, como saben leer los poetas, el idilio de Andrés de Chénier titulado *Nèère*, luego, el del *Joven enfermo*, después, la elegía sobre el suicidio y los dos últimos yambos.

—¡He ahí, lo que es Andrés de Chénier! —exclamó Luciano varias veces—. Es desesperante —repetía por tercera vez, cuando David, demasiado emocionado para continuar leyendo, le dejó coger el volumen—. Un poeta encontrado por un poeta —dijo al ver la firma del prefacio.

—Después de haber producido este volumen —repuso David—, Chénier creía que no había hecho nada que fuese digno de ser publicado.

Luciano leyó a su vez el épico fragmento del *Ciego* y varias elegías. Cuando llegó a esta frase: «Si no tienen felicidad, ¿es qué la, felicidad existe en la tierra?», besó el libro, y los dos amigos lloraron, porque los dos amaban con idolatría. Los pámpanos habían adquirido color, los viejos muros de la pared, agrietados, habían quedado revestidos, por las manos de un hada, de acanaladuras, de bajos relieves y de innumerables obras maestras de no sé qué arquitectura. La Fantasía había dejado caer sus flores y sus rubíes sobre aquel pequeño patio oscuro. La Camila de Andrés Chénier, habíase convertido para David en su Eva adorada, y para Luciano en una gran dama a la que cortejaba. La Poesía había sacudido los pliegues de su vestido cubierto de estrellas sobre el taller en que hacían sus muecas los monos y los osos de la tipografía. Daban las cinco, pero los dos amigos no sentían hambre ni sed; la vida era para ellos un sueño dorado, tenían todos los tesoros de la tierra a sus pies, distinguían aquel ángulo del horizonte azulado indicado por el dedo de la Esperanza a aquellos para quienes la vida es tempestuosa, y a los cuales su voz de sirena les dice: «Id, volad, escaparéis a la desgracia por este espacio de oro, plata y azur». En aquel

momento, un aprendiz llamado Cérizet, al que David había hecho venir de París a Angulema, abrió la pequeña vidriera que daba del taller al patio, y señaló los dos amigos a un desconocido que se adelantó hacia ellos saludándoles.

—Caballero —dijo a David, sacando de su bolsillo una enorme libreta—, he aquí una memoria que desearía hacer imprimir. ¿Podrías decirme cuánto habría de costar?

—Caballero, nosotros no imprimimos manuscritos tan considerables —respondió David sin mirar la libreta—. Id a ver a los señores Cointet.

—Sin embargo, tenemos un tipo de letra muy bello que podría ir bien para el caso —dijo Luciano, cogiendo el manuscrito—. Sería conveniente que tuvierais la bondad de volver mañana, y dejamos vuestra obra para calcular los gastos de impresión.

—¿No es quizás el señor Luciano Chardon con quien tengo el honor...?

—Sí, señor —respondió el regente de imprenta.

—Me alegro mucho, caballero —dijo el autor—, de haber podido encontrar a un joven poeta de tan risueño porvenir. He sido enviado por la señora de Bargeton.

Al oír este nombre, Luciano se ruborizó y balbuceó unas palabras para expresar su agradecimiento por el interés que hacia él demostraba la señora de Bargeton. A David no le pasó inadvertido el sonrojo y la perplejidad de su amigo, al que dejó conversando con el noble rural, autor de una memoria sobre la cría de los gusanos de seda, y a quien la vanidad impulsaba a hacerla imprimir para poder ser leída por sus colegas de la sociedad de agricultura.

—Bien, Luciano —dijo David cuando el noble se hubo marchado—, ¿es que estás enamorado de la señora de Bargeton?

—¡Locamente!

—Pero es que estáis separados uno de otro por los prejuicios, más que si os encontraseis, ella en Pekín y tú en Groenlandia.

—La voluntad de dos amantes todo lo vence —dijo Luciano bajando los ojos.

—Vas a olvidarte de nosotros —repuso el temeroso enamorado de la hermosa Eva.

—Quizá, por el contrario —exclamó Luciano—, te he sacrificado mi amante.

—¿Qué quieres decir?

—Que a pesar de mi amor, a pesar de los diversos intereses que me llevan a su casa, le he dicho que no volvería jamás si un hombre cuyo talento es superior al mío, cuyo porvenir habría de ser glorioso, si David Séchard, mi hermano, mi amigo, no fuera recibido en ella. Cuando llegue a casa, debo encontrar una respuesta. Pero, aunque todos los aristócratas estén invitados esta noche para oírme leer versos, si la respuesta es negativa, jamás volveré a poner los pies en casa de la señora de Bargeton.

David estrechó efusivamente la mano de Luciano, después de haberse secado los ojos. Dieron las seis.

—Eva debe estar intranquila, adiós —dijo de improviso Luciano.

Se marchó apresuradamente, dejando a David presa de una de aquellas emociones

que uno no siente tan cabalmente más que en aquella edad, sobre todo en la situación en que se encontraban aquellos dos jóvenes cisnes, a los que la vida provinciana aún no había cortado las alas.

—¡Corazón de oro! —exclamó David siguiendo con la mirada a Luciano, que atravesaba el taller.

Luciano descendió hacia el Houmeau por el hermoso paseo de Beaulieu, la calle del Minage y la puerta de Saint-Pierre. Si tomaba así el camino más largo, ya podéis suponer que era porque la casa de la señora de Bargeton se encontraba situada en esta ruta. Experimentaba tanto placer en pasar bajo las ventanas de aquella mujer, incluso sin darse cuenta cabal de ello, que desde hacía dos meses ya no volvía al Houmeau por la Porte-Palet.

Al llegar bajo los árboles de Beaulieu, contempló la distancia que separaba Angulema del Houmeau. Las costumbres de la región habían levantado fronteras morales más difíciles de franquear que las pendientes por las que bajaba Luciano. El joven ambicioso que acababa de introducirse en el palacio de Bargeton arrojando la gloria como un puente volante entre la ciudad y el arrabal, estaba inquieto por la decisión de su amante como un favorito que teme caer en desgracia después de haber intentado ensanchar su poder. Estas palabras sin duda parecerán oscuras a los que aún no han observado las costumbres particulares de las ciudades divididas en alta y baja, pero es tanto más necesario entrar aquí en algunas explicaciones sobre Angulema, cuanto que ayudarán a comprender a la señora de Bargeton, uno de los personajes más importantes de esta historia.

Angulema es una vieja ciudad, construida en la cima de una roca en forma de pan de azúcar que domina los prados por los que discurre el Charenta. Esta roca está unida hacia el Perigord a una larga colina a la que pone fin bruscamente en la carretera de París a Burdeos, formando una especie de promontorio dibujado por tres pintorescos valles. La importancia que tenía esta ciudad en los tiempos de las guerras de religión, está atestiguada por sus murallas, por sus puertas y por los restos de una fortaleza asentada en el picacho de la roca. Su situación hacía de ella un punto estratégico tan precioso para los católicos como para los calvinistas, pero su fuerza de antaño constituye su actual debilidad: al impedir que se extendiera por el Charenta, sus muros y el declive demasiado pronunciado de la roca la han condenado a la más funesta inmovilidad. Por la época en que sucedió esta historia, el gobierno trataba de hacer avanzar la ciudad hacia el Perigord, construyendo a lo largo de la colina el palacio de la prefectura, una escuela de marina, establecimientos, militares y algunas carreteras. Pero el comercio había tomado sus bases en otras partes. Desde hacía mucho tiempo, el barrio del Houmeau habíase extendido como una capa de hongos al pie de la roca y en las márgenes del río, a lo largo del cual corre la gran carretera de París a Burdeos. Nadie ignora la fama de las fábricas de papel de Angulema, que, desde hacía tres siglos, habíanse establecido a orillas del Charenta y de sus afluentes, donde encontraron saltos de agua. El Estado había fundado en Ruelle su más

importante fundición de cañones para la marina. El tráfico de vehículos, el correo, las posadas, el transporte, las empresas de coches públicos, todas las industrias que viven merced a la carretera y al río, se agruparon en la parte baja de Angulema, para evitar las dificultades que presentan sus accesos. Naturalmente, las curtidurías, las blanquerías, todas las industrias acuáticas, permanecieron al alcance del Charenta; además, los almacenes de aguardiente, los depósitos de todas las materias primas transportadas a través del río, en fin, todo el tránsito bordeó el Charenta con sus establecimientos. El arrabal del Houmeau convirtiéndose, pues, en una ciudad industrial y rica, en una segunda Angulema, que llegó a tener celos de la ciudad alta, en la que permanecieron el gobierno, el obispado, la justicia y la aristocracia. De este modo, el Houmeau, a pesar de su activo y creciente poder, no fue más que un anexo de Angulema. Arriba, la nobleza y el poder, abajo, el comercio y el dinero; dos zonas sociales constantemente enemigas en todas partes. De ahí que resultara difícil adivinar cuál de las dos ciudades odiaba más a su rival. La Restauración había agravado este estado de cosas bastante tranquilo en la época del Imperio. La mayor parte de las casas de la Alta Angulema están habitadas o por familias nobles o por antiguas familias burguesas que viven de sus rentas y componen una especie de nación autóctona en la que los extranjeros jamás son recibidos. A duras penas si, al cabo de doscientos años de residencia, o después de una alianza con una de las familias principales, una familia venida de alguna provincia vecina se ve adoptada; a los ojos de los indígenas, parece como si hubiera llegado ayer a la región. Los prefectos, los recaudadores generales, las administraciones que se han sucedido a lo largo de cuarenta años, han tratado de civilizar a estas viejas familias encaramadas en su roca como cuervos desafidores: las familias aceptaron sus fiestas y sus banquetes; pero en cuanto a admitirlos junto a ellas, se negaron constantemente. Burlonas, denigrantes, celosas, avaras, se casan entre sí, forman en batallón cerrado para no dejar entrar ni salir a nadie; las creaciones del lujo moderno, las ignoran; para ellas, enviar un hijo a París, es querer perderlo. Esta prudencia pinta las costumbres atrasadas de estas familias afectadas de un monarquismo ininteligente, imbuidas de devoción más bien que religiosas, las cuales viven todas ellas inmóviles como su ciudad y su roca. Sin embargo, Angulema goza de una gran reputación en las provincias adyacentes, por la educación que en ella se recibe. Las ciudades vecinas envían a sus hijas a los pensionados y conventos de Angulema. Es fácil concebir hasta qué punto el espíritu de casta influye en los sentimientos que dividen a Angulema y el Houmeau. El comercio es rico, la nobleza es generalmente pobre. El uno se venga del otro con un desprecio igual por ambas, partes. La burguesía de Angulema abraza esta querrela. El comerciante de la ciudad alta dice de un negociante del arrabal, con acento indefinible: «Es un hombre del Houmeau». Al perfilar la posición de la nobleza en Francia y dándole esperanzas que no podían realizarse sin una convulsión general, la Restauración extendió la distancia moral que separaba, aún en mayor grado que la distancia local, a Angulema del Houmeau. La

sociedad noble, unida entonces al gobierno, volvióse allí más exclusiva que en cualquier otro lugar de Francia. El orgullo de la nobleza cortesana hizo que la nobleza provinciana perdiera su afición al trono, de la misma manera que esta última perdía el afecto de la burguesía al herir todas sus vanidades. Un hombre del Houmeau, hijo de un farmacéutico, introducido en casa de la señora de Bargeton, constituía, pues, una pequeña revolución. ¿Quiénes eran sus autores? Lamartine y Víctor Hugo, Casimiro Delavigne y Canalis, Béranger y Chateaubriand, Villemain y Aignan, Soumet y Tissot, Etienne y De Avrigny, Benjamín Constant y La Mennais, Cousin y Michaud, en fin, tanto las viejas personalidades literarias como las nuevas, los liberales como los realistas. La señora de Bargeton amaba las artes y las letras, gusto extravagante, manía altamente deplorada en Angulema, pero que es preciso justificar trazando un bosquejo de la vida de aquella mujer nacida para ser famosa, mantenida en la oscuridad por fatales circunstancias, y cuya influencia determinó el destino de Luciano.

El señor de Bargeton era el bisnieto de un *jurat* de Burdeos llamado Mirault, ennoblecido bajo Luis XIII como consecuencia del largo ejercicio de su cargo. Bajo Luis XIV, su hijo, convertido en Mirault de Bargeton, fue oficial en la Guardia de la Sublime Puerta, y efectuó una boda por dinero tan importante, que, bajo Luis XV, su hijo fue llamado lisa y llanamente, señor de Bargeton. Este señor de Bargeton, nieto del señor Mirault-le-Jurat, se empeñó tanto en comportarse como un aristócrata, que devoró todos los bienes de la familia y contuvo el crecimiento de su fortuna. Dos de sus hermanos, tíos del Bargeton actual, volvieron a convertirse en negociantes, de suerte que se encuentran algunos Mirault en el comercio de Burdeos. Como la tierra de Bargeton, situada en Angoumois, en la dependencia del feudo de La Rochefoucauld, así como una casa de Angulema, llamada el hotel de Bargeton, constituían fideicomiso, el nieto del señor de Bargeton «el devorador» heredó aquellos dos bienes. El 1789 perdió en ellos sus derechos útiles, no tuvo más que el producto de la tierra que valía unas diez mil libras de renta. Si su abuelo hubiera seguido los gloriosos ejemplos de Bargeton I y de Bargeton II, Bargeton V, que puede ostentar el sobrenombre de «el Mudo», habría sido marqués de Bargeton; si se hubiera aliado a alguna gran familia, habríase encontrado duque y par de Francia como tantos otros; mientras que en 1805, sintióse muy halagado de casarse con la señorita María Luisa Anaís de Nègrepelisse, hija de un hidalgo olvidado desde hacía mucho tiempo en su solar, por más que perteneciese a la rama menor de una de las familias más antiguas del Sur de Francia. Hubo un Nègrepelisse entre los rehenes de San Luis; pero el jefe de la rama mayor lleva el nombre ilustre de Espard, adquirido bajo Enrique IV merced a un matrimonio con la heredera de esta familia. Este hidalgo, hijo menor de un hijo menor, vivía en las tierras de su mujer, pequeña finca situada cerca de Barbezieux que él explotaba a maravilla, yendo a vender su trigo al mercado, haciéndose él mismo el vino, y riéndose de las burlas de los demás, con tal de poder amontonar escudos y ensanchar sus dominios.



Unas circunstancias bastante raras en provincias habían inspirado a la señora de Bargeton la afición a la música y a la literatura. Durante la Revolución, un tal abate Niollant, el mejor discípulo del abate Roze, se encendió en el pequeño castillo de Escarbas, trayendo consigo su bagaje de compositor. Había pagado con creces la hospitalidad del anciano hidalgo educando a su hija, Anaís, llamada Naís para abreviar, y quien, a no ser por esta aventura, habría quedado abandonada a sí misma o, en caso de mayor desgracia, en manos de alguna mala doncella. El abate no era solamente músico, sino que poseía extensos conocimientos de literatura, sabía el italiano y el alemán. Enseñó, pues, estas dos lenguas y el contrapunto a la señorita de Nègrepelisse; le explicó las grandes obras literarias de Francia, Italia y Alemania, interpretando con ella la música de todos los maestros. En fin, para combatir el ocio de la profunda soledad a que les condenaban los acontecimientos políticos, le enseñó el griego y el latín y le dio cierto barniz de ciencias naturales. La presencia de una madre no modificó esta educación varonil en una joven ya de por sí demasiado inclinada a la independencia por la vida campesina. El abate Niollant, alma entusiasta y poética, era sobre todo notable por el espíritu peculiar de los artistas, que comporta algunas cualidades dignas de elogio, pero que se eleva por encima de las ideas burguesas con la libertad de sus juicios y la amplitud de sus horizontes. Si en el mundo este espíritu se hace perdonar sus temeridades por su original profundidad, puede parecer perjudicial en la vida privada por las diferencias que inspira. El abate no carecía de corazón, sus ideas fueron, pues, contagiosas para una joven en quien la exaltación natural a su edad se encontraba corroborada por la soledad de la vida campestre. El abate Niollant comunicó su audacia en el examen y su facilidad de juicio a su alumna, sin pensar que estas cualidades, tan necesarias en un hombre, se convierten en defectos en una mujer destinada a humildes menesteres de una madre de familia. Aunque el abate recomendaba continuamente a su alumna que fuera tanto más amable y modesta cuanto mayor era su saber, la señorita de Nègrepelisse adquirió una excelente opinión de sí misma y concibió un olímpico desdén por la humanidad. Al no ver a su alrededor más que inferiores y personas que se afanaban por obedecerla, tuvo la altivez de las grandes damas, sin tener los encantadores ardidés de su cortesía. Halagada en todas sus vanidades por un pobre abate que se admiraba en ella como un autor en su obra, tuvo la desdicha de no encontrar ningún punto de comparación que la ayudase a juzgarse a sí misma. La falta de compañía es uno de los mayores inconvenientes de la vida del campo. Al no verse reprimida por el contacto con la sociedad, la audacia de las ideas de la señorita de Nègrepelisse pasó a sus maneras, a su mirada; adquirió aquel aire altivo que de momento parece original, pero que sólo sienta bien a las mujeres de vida aventurera. Así, aquella educación, cuyas asperezas habrían sido limadas en las altas regiones sociales, había de volverla ridícula en Angulema, cuando sus adoradores cesaran de divinizar unos errores que sólo resultan graciosos durante la juventud. En cuanto al señor de Nègrepelisse, habría dado todos los libros de su hijo para salvar un buey enfermo; porque era tan

avaro, que no le habría concedido un par de ochavos más allá de los ingresos a que ella tenía derecho, aun cuando se hubiera tratado de comprarle la bagatela más necesaria a su educación. El abate falleció en 1802, antes de que se casara su querida niña, matrimonio que sin duda habría desaconsejado. Cuando el abate hubo muerto, el viejo hidalgo no sabía qué hacer con su hija. Sentíase demasiado débil para sostener la lucha que iba a estallar entre su avaricia y el espíritu independiente de su desocupada hija. Como todas las jóvenes que se han salido de la ruta trillada por la que deben caminar las mujeres, Naís había juzgado el matrimonio y apenas se preocupaba de él. Mostrábase reacia a someter su inteligencia y su persona a los hombres sin valor y sin grandeza personal que había podido encontrar. Quería mandar y veíase obligada a obedecer. Entre obedecer a caprichos groseros, a espíritus sin indulgencia para sus aficiones, y huir con un amante que le agradase, no habría vacilado. El señor de Nègrepelisse era aún lo suficientemente hidalgo como para creer en una mala alianza. Como muchos padres, decidió casar a su hija, menos por ella misma que para su propia tranquilidad. Necesitaba un noble o un hidalgo poco inteligente, incapaz de disputar acerca de la cuenta de tutela que él quería dar a su hija, bastante tonto y falto de voluntad para que Naís pudiera comportarse según sus antojos, y lo suficiente desinteresado para casarse con ella sin dote. Pero, cómo encontrar un yerno que conviniese tanto al padre como a la hija? Semejante hombre era el fénix de los yernos. En este doble interés, el señor de Nègrepelisse estudió los hombres de la provincia, y el señor de Bargeton le pareció el único que respondía a su programa. El señor de Bargeton, cuadragenario muy maltrecho por las disipaciones amorosas de su juventud, era acusado de una notable carencia de inteligencia; pero le quedaba precisamente la suficiente dosis de buen sentido para administrar su fortuna, y bastantes buenas maneras para permanecer en la sociedad de Angulema sin cometer en ella torpezas ni tonterías. El señor de Nègrepelisse explicó sin ambages a su hija el valor negativo del marido modelo que le proponía, y le hizo ver el partido que podía sacar de él para su propia felicidad: se casaba con un escudo de armas que databa ya de dos siglos. El escudo de los Bargeton es *cuartelaje de oro con tres cabezas de ciervo de gules, dos y uno cruzados de tres encuentros de buey de sable, uno y dos y fajado de argent de seis piezas, el azur cargado de seis conchas de oro, tres dos y uno*. Provista de un marido que le sirviera de tapadera, manejaría a su antojo su fortuna, al amparo de una razón social y con la ayuda de las relaciones que su inteligencia y su belleza le procurarían en París. Naís fue seducida por las perspectivas de semejante libertad. El señor de Bargeton creyó hacer un brillante matrimonio, calculando que su suegro no tardaría en dejarle las tierras que estaba redondeando con tanta afición; pero en aquellos momentos, el señor de Nègrepelisse parecía dispuesto a escribir el epitafio de su yerno.

La señora de Bargeton contaba entonces treinta y seis años, y su marido cincuenta y ocho. Esta disparidad llamaba tanto más la atención cuanto que el señor de Bargeton parecía tener setenta años, mientras que su mujer podía impunemente

representar el papel de muchacha, vestida de color de rosa o peinarse como una niña. Aunque su fortuna no excediese de las doce mil libras de renta, estaba clasificada entre las seis más considerables de la vieja ciudad, exceptuados los negociantes y los administradores. La necesidad de cultivar a su padre, cuya herencia estaba esperando la señora de Bargeton para ir a París —y que se hizo esperar tanto, que su yerno murió antes que él—, obligó al señor y a la señora de Bargeton a vivir en Angulema, donde las brillantes cualidades de inteligencia y los tesoros en bruto escondidos en el corazón de Naís, habían de perderse sin fruto y convertirse, con el tiempo, en ridículas. En efecto, nuestros ridículos están en gran parte ocasionados por un hermoso sentimiento, por virtudes o facultades llevados al extremo. El orgullo que no es modificado por la sociedad, se convierte en rigidez al desplegarse en pequeñeces en lugar de ampliarse en un círculo de sentimientos elevados. La exaltación, esta virtud dentro de la virtud, que engendra las santas, que inspira las abnegaciones ocultas y las hermosas poesías, se vuelve exageración al aplicarse a las personas insignificantes de la provincia. Lejos del centro en el que brillan las grandes inteligencias, en que el aire está cargado de ideas, donde todo se renueva, la instrucción envejece y el gusto se corrompe como el agua encharcada. Por falta de ejercicio, las pasiones se empequeñecen al hacer que crezcan las cosas mínimas. En ello reside la razón de la avaricia y del comadreo que infestan la vida de provincia. La imitación de las ideas estrechas y de las maneras mezquinas llega pronto a adueñarse de la persona más distinguida. Así es como parecen hombres que nacieron grandes, y mujeres que, formadas en las enseñanzas del mundo y por espíritus superiores, habrían sido encantadoras. La señora de Bargeton cogió la lira con el menor pretexto, sin distinguir las poesías personales de las poesías públicas. Hay, en efecto, sensaciones incomprendidas que es preciso guardar para uno mismo. Ciertamente, una puesta de sol es un gran poema, pero una mujer, ¿no resulta ridícula al describirla con palabras altisonantes delante de personas materialistas? Hay en ello unos placeres que sólo pueden saborear dos personas, de poeta a poeta, de corazón a corazón. Tenía el defecto de emplear aquellas frases ampulosas que el periodismo suministra todos los días a sus abonados y que, aunque sean poco digestivas, los lectores tragan por lo menos. Prodigaba desmesuradamente superlativos que recargaban la conversación, en la que las cosas más insignificantes adquirían proporciones gigantescas. A partir de aquella época, empezaba a *tipificar, sintetizar, dramatizar, superiorizar, analizar, individualizar, poetizar, prosaizar, angelizar, neologizar y tragiquizar* todas las cosas; porque es preciso violar por un momento la lengua con objeto de pintar las manías de algunas mujeres. Su espíritu, por otra parte, se inflamaba lo mismo que su lenguaje. El ditirambo se encontraba tanto en su corazón como en sus labios. Palpitaba, se pasmaba, se entusiasmaba por todo: por la abnegación de una hermana de la caridad y por la ejecución de los hermanos Faucher, por la Ipsiboé del señor de Arlincourt como por la Anaconda de Lewis, por la evasión de Lavalette como por una de sus amigas, que había puesto en fuga a unos ladrones hablándoles con voz cavernosa.

Para ella, todo era sublime, extraordinario, exótico, divino, maravilloso. Se animaba, se encolerizaba, se abatía sobre sí misma, se lanzaba, volvía a caer, miraba el cielo o la tierra; sus ojos se llenaban de lágrimas. Consumía su vida en perpetuas admiraciones y en extraños desdenes. Comprendía muy bien al bajá de Janina, habría querido luchar con él en su serrallo, y encontraba algo grande en ser cosida dentro de un saco y arrojada al agua. Sentía deseos de hacerse religiosa de santa Camila e ir a morir de fiebre amarilla a Barcelona, cuidando enfermos: ¡esto era un destino grande, un destino noble! En fin, tenía sed de todo lo que no fuese el agua clara de su vida, oculta entre las hierbas. Adoraba a lord Byron, a Juan Jacobo Rousseau, todas las existencias poéticas y dramáticas. Tenía lágrimas para todas las desgracias y charangas para todas las victorias. Simpatizaba con Napoleón vencido, y con Mehemet-Ali dando muerte a los tiranos de Egipto. Finalmente, revestía de aureola a las personas de talento, y creía que vivían de luz y de perfume. A muchas personas les parecía una loca inofensiva, pero, ciertamente, a cualquier perspicaz observador, estas cosas le habrían parecido los restos de un magnífico amor derrumbado tan pronto como había sido construido, las ruinas de una Jerusalén celestial, en fin, el amor sin el amante. Y era verdad. La historia de los primeros dieciocho años del matrimonio de la señora de Bargeton pueden describirse en pocas palabras. Durante algún tiempo vivió de su propia substancia y de lejanas esperanzas. Luego, después de haber reconocido que la vida de París, a la que aspiraba, le estaba vedada por la mediocridad de su fortuna, empezó a examinar las personas que la rodeaban, y tuvo miedo de su soledad. No encontraba a su alrededor ningún hombre que pudiera inspirarle una de aquellas locuras a las que las mujeres se entregan, impulsadas por la desesperación que les causa una vida sin salida, sin acontecimientos, sin interés. No podía contar con nada, ni siquiera con el azar, porque hay vidas sin azar. En la época en que el Imperio brillaba con toda su gloria, en la época en que Napoleón pasó por España, adonde enviaba la flor de sus tropas, las esperanzas de aquella mujer, burladas hasta entonces, volvieron a despertarse. La curiosidad la indujo naturalmente a contemplar a aquellos héroes que conquistaban Europa y que renovaban las fabulosas hazañas de la antigua vida caballeresca. Las ciudades más avariciosas y más refractarias veíanse obligadas a festejar a la Guardia imperial, delante de la cual iban los alcaldes y los prefectos, con un arenga en la boca, como para la Monarquía. La señora de Bargeton, que había asistido a una fiesta ofrecida por un regimiento a la ciudad, se enamoró de un aristócrata, simple subteniente a quien el astuto Napoleón había mostrado el bastón de mariscal de Francia. Aquella pasión contenida, noble, grande, y que contrastaba con las pasiones que entonces se hacían y deshacían con tanta facilidad, fue castamente consagrada por la mano de la muerte. En Wagram, una bala de cañón aplastó sobre el corazón del marqués de Cante-Croix el único retrato que atestiguaba la belleza de la señora de Bargeton. Lloró mucho tiempo a aquel joven apuesto, que en dos campañas había llegado a coronel, animado por la gloria y el amor, y que colocaba una carta de Naís por

encima de las distinciones imperiales. El dolor arrojó sobre el rostro de aquella mujer un velo de tristeza. Esta nube no se disipó más que en la edad terrible en que la mujer empieza a echar de menos sus hermosos años pasados, sin haber gozado de ellos, en que ve marchitarse sus rosas, y en que los deseos del amor renacen con el afán de prolongar las últimas sonrisas de la juventud. Todas sus superioridades hirieron su alma en el momento en que el frío de la provincia se adueñaba de ella. Como el armiño, habría muerto de pena si, por casualidad, se hubiera manchado por el contacto con hombres que no pensaban más que en jugar algunos céntimos por la noche, después de haber cenado bien. Su orgullo la preservó de los tristes amores de la provincia. Entre la nulidad de los hombres que la rodeaban y la nada, una mujer tan superior tuvo que preferir la nada. El matrimonio y el mundo fueron, pues, para ella un monasterio. Vivió por la poesía, como la carmelita vive por la religión. Las obras de los ilustres extranjeros hasta entonces desconocidos, que se publicaron de 1815 a 1821, los grandes tratados del señor de Bonald y los del señor de Maistre, esas dos águilas pensadoras, en fin, las obras menos grandiosas de la literatura francesa, que con tanto vigor echó sus primeros retoños, le embellecieron la soledad, pero no dieron flexibilidad ni a su inteligencia ni a su persona. Permaneció derecha y firme como un árbol que ha sostenido el golpe de un rayo sin haber sido abatido. Su dignidad se llenó de engreimiento, y aquella mujer se volvió preciosista y quintaesenciada. Como todos aquellos que se dejan adorar por unos cortesanos cualesquiera, ella gobernaba con sus defectos. Tal era el pasado de la señora de Bargeton, historia fría, que era necesario contar para hacer comprender sus relaciones con Luciano, que fue presentado en su casa en forma harto singular. Durante aquel último invierno, había llegado a la ciudad una persona que animó la vida monótona de la señora de Bargeton. La plaza de director de contribuciones indirectas había quedado vacante, y el señor de Barante envió para que la ocupara un hombre cuyo destino aventurero abogaba bastante en su favor para que la curiosidad femenina le sirviera de pasaporte cerca de la reina de la región.

El señor de Châtelet, venido al mundo como Sixto Châtelet a secas, pero que desde el año 1806 había tenido la buena idea de cualificarse, era uno de aquellos jóvenes agradables que, bajo Napoleón, escaparon a todos los reclutamientos permaneciendo junto al sol imperial. Había iniciado su carrera con la plaza de secretario de órdenes de una princesa imperial. El señor de Châtelet poseía todas las ineptitudes requeridas por su cargo. De apuesta figura, guapo, buen bailarín, hábil jugador de billar, ducho en todos los ejercicios, mediocre actor de sociedad, cantor de romanzas, aplaudidor de frases ingeniosas, dispuesto a todo, flexible, envidioso, todo lo sabía y todo lo ignoraba. Ignorante en cuanto a música, acompañaba mal que bien al piano a una mujer que quería cantar por complacencia una romanza aprendida con mil trabajos durante un mes. Incapaz de sentir la poesía, pedía audazmente permiso para pasearse durante diez minutos a fin de hacer una improvisación, alguna cuarteta sin inspiración, en la que la rima sustituía a la idea. El señor de Châtelet estaba

también dotado del talento de llenar los tapices cuyas flores habían sido comenzadas por la princesa; sostenía con infinita gracia las madejas de seda que ella estaba ovillando. Ignorante en pintura, sabía copiar un paisaje, dibujar con lápiz un perfil, esbozar un vestido y pintarlo. En fin, poseía todos esos pequeños talentos que constituían tan grandes medios de fortuna en una época en la que las mujeres han tenido más influencia de lo que se cree en los negocios. Pretendíase muy ducho en diplomacia, la ciencia de aquellos que no poseen ninguna, y que son profundos por los vacíos; ciencia, por otra parte, muy cómoda, en el sentido de que se demuestra por el ejercicio mismo de sus altos empleos; de que, queriendo hombres discretos, permite a los ignorantes no decir nada, atrincherarse tras unos gestos misteriosos con la cabeza; y que, en fin, el hombre más hábil en esta ciencia es aquel que va nadando con la cabeza por encima de las aguas del río de los acontecimientos que entonces parece él mismo dirigir, lo cual se convierte en una cuestión de ligereza específica. Allí, como en todas las artes, se encuentran mil medianías por cada hombre de talento. A pesar de su servicio ordinario y extraordinario cerca de la Alteza Imperial, el crédito de su protectora no había podido colocarle en el Consejo de Estado: no es que no hubiera resultado un delicioso relator como tantos otros, sino que la princesa le encontraba mejor situado junto a ella que en ninguna otra parte. Sin embargo, fue nombrado barón, vino a Cassel como enviado extraordinario, y realmente pareció muy extraordinario. Dicho de otro modo, Napoleón se valió de él, en medio de una crisis, como de un correo diplomático. En el momento en que el Imperio cayó, el barón de Châtelet contaba con la promesa de ser nombrado ministro en Westfalia, cerca de Jerónimo. Después de haber fracasado lo que llamaba una embajada de familia, la desesperación se adueñó de él; emprendió un viaje a Egipto con el general Armando de Montriveau. Separado de su compañero por extraños acontecimientos, había andado de desierto en desierto, de tribu en tribu, cautivo de los árabes que se lo revendían los unos a los otros sin poder sacar el menor partido de sus talentos. En fin, llegó a los dominios del imán de Mascate, mientras Montriveau se dirigía a Tánger; pero tuvo la suerte de encontrar en Mascate un barco inglés que se hacía a la mar, y pudo regresar a París un año antes que su compañero de viaje. Sus desgracias recientes, algunas relaciones trabadas en fecha antigua, unos servicios prestados a personajes a la sazón en boga, le recomendaron al presidente del Consejo, quien le situó cerca del señor de Barante, en espera de la primera dirección vacante. El papel desempeñado junto a Su Alteza Imperial, su fama de mujeriego, los sucesos singulares del viaje y sus padecimientos, todo excitó la curiosidad de las mujeres de Angulema. Habiéndose enterado de las costumbres de la ciudad alta, el señor barón Sixto de Châtelet obró en consecuencia. Hízose el enfermo, representó el papel de hombre hastiado de todo. Con cualquier pretexto, se cogía la cabeza, como si sus sufrimientos no le dejasen punto de reposo, pequeña maniobra que evocaba su viaje y le hacía interesante. Visitó a las autoridades superiores, al general, al prefecto, al recaudador general y al obispo; pero en todas partes se mostró cortés, frío,

ligeramente desdeñoso como los hombres que no están en su sitio y que esperan los favores del poder. Dejó adivinar sus talentos de sociedad, que salieron ganando con la circunstancia de no ser conocidos; luego, después de haberse hecho desear, sin haber cansado la curiosidad de nadie, después de haber reconocido la nulidad de los hombres y examinado a las mujeres durante varios domingos en la catedral, reconoció en la señora de Bargeton a la persona cuya intimidad le convenía. Contó con la música para abrir las puertas de aquel palacio impenetrable a los extranjeros. Procuróse secretamente una misa de Miroir, la estudió al piano; luego, un hermoso domingo en el que toda la sociedad de Angulema estaba en la iglesia, extasió a los ignorantes tocando el órgano, y aumentó el interés que había despertado su persona haciendo circular indiscretamente su nombre por la gente del bajo clero. Al salir de la iglesia, la señora de Bargeton le felicitó, lamentando no haber tenido ocasión de hacer música con él; durante este encuentro buscado, se hizo naturalmente ofrecer el pasaporte que no habría obtenido si lo hubiera pedido. El hábil barón fue a casa de la reina de Angulema, a la que prodigó unas atenciones comprometedoras. Aquel viejo guapo, pues contaba cuarenta y cinco años, reconoció en aquella mujer toda una juventud que reanimar, unos tesoros que hacer valer, quizás una viuda rica en potencia, con perspectivas de boda, en fin, una alianza con la familia de los Nègrelisse, que le permitiría abordar en París a la marquesa de Espard, cuyo crédito podía volver a abrirle la carrera política. A pesar del muérdago sombrío y exuberante que echaba a perder aquel hermoso árbol, decidió arrimarse a él, cultivarlo y recoger sus hermosos frutos. La Angulema noble clamó contra la introducción de un cristiano en la Casbah, porque el salón de la señora de Bargeton era el Cenáculo de una sociedad pura de toda mezcla. Sólo el obispo iba habitualmente a él, el prefecto era recibido allá dos o tres veces al año; el recaudador general no penetraba allí jamás; la señora de Bargeton iba a sus veladas, a sus conciertos, y nunca cenaba en su casa. No recibir al recaudador general y aceptar a un simple director de las contribuciones, este trastorno de la jerarquía pareció inconcebible a las autoridades desdeñadas.

Los que pueden iniciarse por medio del pensamiento en las pequeñeces que por otra parte se encuentran en cada esfera social, deben comprender hasta qué grado el palacio de Bargeton resultaba impresionante dentro de la burguesía de Angulema. En cuanto al Houmeau, las grandezas de aquel Louvre en tono menor, la gloria de aquel palacio de Rambouillet angulemense brillaba a una distancia solar. Todos los que allí se reunían eran las mentes más deplorables, las inteligencias más mezquinas, los más pobres diablos de veinte leguas a la redonda. La política se evaporaba en banalidades verbosas y apasionadas; *La Quotidienne* aparecía allí tibia, Luis XVIII era tratado de jacobino. En cuanto a las mujeres, la mayoría de ellas tontas y sin gracia, vestían mal, todas tenían alguna imperfección que las falseaba, nada era allí completo, ni las conversaciones ni el arreglo personal, ni el espíritu ni la carne. Sin sus proyectos sobre la señora de Bargeton, Châtelet no habría podido resistir todo aquello. Sin

embargo, las maneras y el espíritu de casta, el aire de hidalgo, el orgullo del noble de pequeño castillo y el conocimiento de las leyes de la cortesía cubrían todo aquel vacío. La nobleza de los sentimientos era allí más real que en la esfera de las grandezas parisienses; manifestábase una respetable adhesión a los Borbones, *a pesar de todo*. Aquella sociedad podía compararse, si es admisible la imagen, a una vajilla de plata de vieja forma, ennegrecida, pero pesada. La inmovilidad de sus opiniones políticas se parecía a la fidelidad. El espacio interpuesto entre ella y la burguesía y la dificultad de llegar hasta ella, simulaban una especie de elevación y le daban un valor convencional. Cada uno de aquellos nobles tenía su precio para los habitantes, como el cauri representa el dinero entre los negros del Bambarra. Varias mujeres halagadas por el señor de Châtelet, que reconocían en él unas superioridades de las que carecían los hombres de su sociedad, calmaron la insurrección de los amores propios: todas esperaban adueñarse de la sucesión de la Alteza Imperial. Los puristas pensaron que se vería al intruso en casa de la señora de Bargeton, pero que no sería recibido en ninguna otra casa. El señor de Châtelet tuvo que soportar algunas impertinencias, pero se mantuvo en su posición cultivando el clero. Luego acarició los defectos que el terruño había dado a la reina de Angulema, le trajo todos los libros nuevos y le leía las poesías que se publicaban. Juntos se extasiaban con las obras de los jóvenes poetas, ella de buena fe, él aburriéndose, pero aceptando con paciencia a los poetas románticos, que como hombre de la escuela imperial, comprendía poco. La señora de Bargeton, entusiasmada con el renacimiento debido a la influencia de los lises, amaba al señor de Chateaubriand porque había llamado a Víctor Hugo niño sublime. Contristada por no conocer el genio más que de lejos, suspiraba pensando en París, donde vivían los grandes hombres. El señor de Châtelet creyó entonces hacer algo grande al decirle que había en Angulema *otro niño sublime*, un joven poeta que, sin saberlo, sobrepasaba en fulgor el corto sideral de las constelaciones parisienses. ¡Un futuro gran hombre había nacido en el Houmeau! El director del instituto había mostrado admirables versos al barón. Pobre y modesto, el niño era un Chatterton sin cobardía política, sin el odio feroz contra las grandesas sociales que impulsó al poeta inglés a escribir panfletos contra sus bienhechores. En medio de las cinco o seis personas que compartían su afición por las artes y las letras, ésta porque raspaba un violín, aquélla porque manchaba más o menos de sepia el papel blanco, la una en su calidad de presidente de la sociedad de agricultura, la otra en virtud de una voz de bajo que le permitía cantar a modo de grito de caza el *Se fiato in corpo avete*; entre aquellas figuras extravagantes, la señora de Bargeton se encontraba como un hambriento delante de una comida de teatro, en la que los manjares son de cartón. Así, nada podría describir su alegría en el momento en que se enteró de esta noticia. Quiso ver a aquel poeta, ¡a aquel ángel! Volvióse loca ante esta idea, se entusiasmó, habló de ello durante horas enteras. Al cabo de dos días, el ex correo diplomático había negociado por medio del director del instituto la presentación de Luciano en casa de la señora de Bargeton.



¡Sólo vosotros, pobres ilotas de provincia, para quienes las distancias son más largas que para los parisienses, a los ojos de los cuales se acortan de día en día, vosotros, sobre quienes pesan tan duramente las rejas entre las cuales cada uno de los diferentes mundos se anatematiza y se llama *raca*¡, ¡sólo vosotros comprenderéis la revolución que se operó en el cerebro y en el corazón de Luciano Chardon, cuando su impresionante director del instituto le dijo que las puertas del palacio de Bargeton iban a abrirse ante él!, ¡la gloria las había hecho girar sobre sus goznes!, sería bien acogido en aquella casa cuya vieja fachada atraía sus miradas cuando se paseaba por la noche con David, diciéndose que sus nombres quizá nunca llegarían a aquellos oídos duros a la ciencia cuando ésta partía de tan bajo. Solamente su hermana fue iniciada en este secreto. Como buena ama de casa, como divina adivinadora, Eva sacó algunos luses del tesoro para ir a comprar a Luciano unos zapatos finos en el mejor zapatero de Angulema, un traje nuevo en casa del mejor sastre. Puso a su mejor camisa una chorrera que lavó y plisó ella misma. ¡Qué alegría, cuando le vio de tal modo vestido!, ¡cuán orgullosa estuvo de su hermano!, ¡cuántas recomendaciones! Adivinó mil insignificancias. El impulso de la meditación había dado a Luciano la costumbre de apoyarse de codos tan pronto como estaba sentado, llegaba incluso al extremo de atraer hacia sí una mesa para acodarse en ella; Eva le prohibió que en el santuario aristocrático se dejara llevar por tales movimientos descuidados. Le acompañó hasta la puerta de Saint-Pierre, llegó casi frente a la catedral, le miró como se dirigía por la calle de Beaulieu hacia el Paseo donde le esperaba el señor de Châtelet. Luego, la pobre muchacha quedóse emocionada cual si acabara de realizarse algún gran acontecimiento. Para Eva, Luciano en casa de la señora de Bargeton era la aurora de la fortuna. La santa criatura ignoraba que allí donde la ambición empieza, cesan los sentimientos ingenuos.

Al llegar a la calle del Minage, las cosas exteriores ya no dejaron asombrado a Luciano. Aquel Louvre tan engrandecido por sus ideas, era un edificio construido en una piedra peculiar de la región y dorado por el tiempo. El aspecto, bastante triste en la calle, era en su interior muy sencillo: el patio de provincia, frío y limpio; una arquitectura sobria, casi monástica, bien conservada. Luciano subió por una vieja escalera de balaustres de castaño cuyos peldaños cesaban de ser de piedra a partir del primer piso. Después de atravesar una antesala mezquina y un gran salón poco iluminado, encontró a la soberana en un saloncito con revestimientos de madera tallada según el gusto del siglo pasado y pintada de gris. Las pinturas de la parte superior de las puertas eran en camafeo, y un viejo damasco rojo decoraba las paredes. Los muebles de forma anticuada estaban ocultos bajo unas fundas de cuadros rojos y blancos.

El poeta vio a la señora de Bargeton sentada en un canapé, delante de una mesa redonda, cubierta con un tapete verde e iluminada por una luz de dos bujías con pantalla. La reina no se levantó, se recogió en su asiento, sonriendo al poeta, al que aquel movimiento serpentino emocionó grandemente, y le pareció sumamente

distinguido.

La extraordinaria belleza de Luciano, la timidez de sus maneras, su voz, todo cautivó a la señora Bargeton. El poeta mismo era ya poesía. El joven examinó, con discretas ojeadas, a aquella mujer que le pareció en armonía con la fama de que gozaba; no destruía ninguna de las ideas que él se había forjado sobre la gran dama. La señora de Bargeton llevaba, conforme a una moda nueva, una boina acuchillada de terciopelo negro. Este tocado comporta una evocación de la edad media, que impresiona a un joven amplificando, por así decir, a la mujer; se escapaba de la boina una cabellera de un rubio rojo, dorada a la luz, ardiente y llameante en el perfil de los bucles. La noble dama poseía una tez de deslumbradora blancura, con la que una mujer compensa los pretendidos inconvenientes de aquel color. Sus ojos grises brillaban intensamente, su frente ya arrugada los coronaba con su masa blanca audazmente tallada; estaban sombreados por un borde nacarado en el que, a cada lado de la nariz, dos venas azules hacían resaltar la blancura de aquel delicado marco. La nariz presentaba una curva borbónica, que aumentaba el fuego de un rostro alargado, ofreciendo una especie de punto brillante en el que se reflejaba la majestuosa arrogancia de los Condé. Los cabellos no ocultaban enteramente el cuello. El vestido, negligentemente cruzado, dejaba ver un pecho de nieve, en el que los ojos adivinaban unos senos intactos y bien formados.

Con sus dedos delgados y cuidados, pero un poco secos, la señora de Bargeton hizo al joven poeta un gesto amistoso, para indicarle una silla que se hallaba cerca de ella. El señor Du Châtelet cogió un sillón. Luciano se dio cuenta entonces de que estaban solos.

La conversación de la señora de Bargeton embriagó al poeta del Houmeau. Las tres horas pasadas cerca de ella fueron para Luciano uno de esos sueños que se quisiera fueran eternos. Encontró a aquella mujer más bien enflaquecida que flaca, amorosa sin amor, enfermiza a pesar de su energía; sus defectos, que aquellas maneras exageraban, le agradaron, porque los jóvenes empiezan por amar la exageración, esa mentira de las almas bellas. No advirtió lo marchito de aquellas mejillas, a las que las horas de tedio y algunos sufrimientos habían dado un color de ladrillo. Su imaginación se apoderó ante todo de sus ojos de fuego, de aquellos bucles elegantes en donde resplandecía la luz, de aquella deslumbrante blancura, puntos luminosos en los que quedó cautivado como una mariposa ante la llama de las bujías. Además, aquel alma habló demasiado a la suya, para que pudiera juzgar a la mujer. El entusiasmo de aquella exaltación femenina, el ardor de las frases un poco viejas que desde hacía tiempo repetía la señora de Bargeton, pero que a él le parecieron nuevas, le fascinaron tanto más cuanto que quería encontrarlo todo bien. No había traído ninguna poesía para leer; había olvidado sus versos para tener el derecho de volver; la señora de Bargeton no habló de ello, para invitarle a efectuar alguna lectura otro día. ¿No era acaso una primera toma de contacto? El señor Sixto de Châtelet quedó descontento de aquella recepción. Advirtió tardíamente un rival en aquel hermoso

joven, al que acompañó hasta el recodo de la primera cuesta debajo de Beaulieu, con la intención de someterle a su diplomacia. Luciano no se quedó poco asombrado al oír como el director de las contribuciones indirectas se jactaba de haberlo presentado y por ello se creía con derecho a darle consejos.

Ojalá fuera tratado mejor que él, decía el señor de Châtelet. La corte era menos impertinente que aquella sociedad de imbéciles. En ella se recibían heridas mortales y se recogían horribles desdenes. La revolución de 1789 volvería a empezar si aquella gente no se reformaba. En cuanto a él, si continuaba yendo a aquella casa, era por afición a la señora de Bargeton, la única mujer un poco limpia que había en Angulema, a la cual había hecho la corte por no saber qué hacer, y de la que se había enamorado locamente. Pronto la poseería, era amado, todo se lo hacía presagiar. La sumisión de esa reina orgullosa sería la única venganza que obtendría de aquellos hidalgos de gotera.

Châtelet manifestaba su pasión en términos de un hombre capaz de dar muerte a un rival si llegara a encontrarlo. La vieja mariposa imperial cayó con todo su peso sobre el pobre poeta, tratando de aplastarlo bajo su peso e intimidarlo. Se acreció contando los peligros aumentados de su viaje; pero si impresionó la imaginación del poeta, no asustó en modo alguno al amante.

Después de esta velada, a pesar del viejo fatuo, de sus amenazas y de su actitud de espadachín burgués, Luciano había vuelto a casa de la señora de Bargeton, primero con la discreción de un hombre del Houmeau, luego se familiarizó pronto con lo que al principio le había parecido un extraordinario favor, y fue a verla cada vez con mayor frecuencia. El hijo de un farmacéutico fue tomado, por las personas de aquella sociedad, como un ser sin importancia. Al principio, si algún hidalgo o algunas damas que llegaban de visita a la casa de Naís encontraban a Luciano, todos tenían para con él la abrumadora cortesía de que hacen gala las personas distinguidas con sus inferiores. Luciano encontró de momento muy amable aquella sociedad; pero más tarde reconoció el sentimiento de donde procedían aquellas miradas falaces. Pronto sorprendió ciertos aires protectores que removieron su hiel y le confirmaron en las odiosas ideas republicanas con que muchos de aquellos futuros patricios claman contra la alta sociedad. Pero, cuántos sufrimientos no habría soportado por Naís, a la que oía llamar así, porque entre ellos, los íntimos de aquel clan, al igual que los grandes de España y los personajes que constituyen la flor y nata de Viena, se llamaban unos a otros por sus diminutivos, último matiz inventado para introducir un rasgo de distinción en el seno de la aristocracia angulemense.

Naís fue amada como todo hombre joven ama a la primera mujer que le adula, porque Naís pronosticaba un gran porvenir, una gloria inmensa a Luciano, la señora de Bargeton usó de toda su destreza para establecer en su casa a su poeta: no sólo le ensalzaba con exceso, sino que le presentaba como un niño sin fortuna al que ella quería situar; lo empequeñecía para hacerse grande ella misma; lo convirtió en su lector, en su secretario; pero le amaba más de lo que creía poder amar después de la

horrible desgracia que le había ocurrido. En su interior, se trataba muy mal a sí misma, diciéndose que sería una locura amar a un joven de veinte años, que por su posición estaba ya tan lejos de ella. Sus familiaridades eran caprichosamente desmentidas por el orgullo que le inspiraban sus escrúpulos. Mostrábase sucesivamente altiva y protectora, cariñosa y halagadora. Intimidado al principio por el alto rango de aquella mujer, Luciano tuvo, pues, todos los terrores, las esperanzas y desesperaciones que martillean el amor y lo introducen tan profundamente en el corazón por los golpes dados alternativamente por el dolor y el placer. Durante dos meses vio en ella a una bienhechora que iba a ocuparse de él maternalmente. Pero comenzaron las confidencias. La señora de Bargeton llamó a su poeta «querido Luciano»; luego, «querido», a secas. El poeta, animado por ello, llamó Naís a aquella gran señora. Ante esta familiaridad, ella tuvo uno de esos accesos de cólera que tanto seducen a un niño; le reprochó que usara el nombre del que se servía todo el mundo. La orgullosa y noble Nègrepelisse ofreció a tan bello ángel aquel de sus nombres que aún estaba nuevo, quiso ser Luisa para él. Luciano alcanzó el tercer cielo del amor. Una noche, habiendo entrado Luciano mientras Luisa estaba contemplando un retrato, que ella guardó inmediatamente, quiso verlo. Para calmar la desesperación de un primer acceso de celos, Luisa mostró el retrato del joven Cante-Croix y refirió, no sin lágrimas, la dolorosa historia de sus amores, tan puros y tan cruelmente malogrados. ¿Es que ensayaba para una infidelidad a su difunto, o había tenido la idea de hacer para Luciano un rival de aquel retrato? Luciano era demasiado joven para analizar a su amante, se desesperó ingenuamente, porque ella abrió la campaña durante la cual las mujeres hacen que se batan en brecha ciertos escrúpulos más o menos ingeniosamente atrincherados. Sus discusiones sobre los deberes, las conveniencias y la religión, son como otras tantas plazas fuertes que ellas gustan ver tomadas por asalto. El inocente Luciano no tenía necesidad de estas coqueterías, habría peleado igualmente sin ellas.

—Yo no moriré, viviré para vos —dijo audazmente una noche Luciano, que quiso acabar de una vez con el señor de Cante-Croix y lanzó a Luisa una mirada en la que se reflejaba una pasión incontenible.

Asustada ante los progresos que aquel nuevo amor hacía en ella y en su poeta, le pidió los versos prometidos para la primera página de su álbum, buscando un tema de querrela en el hecho de que él tardara en hacerlos. ¿Cuál no sería su asombro, al leer estas dos estrofas siguientes, que halló naturalmente más bellas que las mejores del poeta de la aristocracia, Canalis?

Le magique pinceau, les muses mensongères  
N'omeront pas toujours de mes feuilles légères  
Le fidèle vélin;  
Et le crayon furtif de ma belle maîtresse  
Me confira souvent sa secrète allégresse

Ou son muet chagrín.  
Ah! quand ses doigts plus loudrs à mes pages fanées  
Demanderont raison des riches destinées  
Que lui tient l'avenir;  
Alors veuille l'Amour que de ce beau voyage  
Le fécond souvenir  
Soit doux à contempler comme un ciel sans nuage!

El mágico pincel, las mentirosas musas — no siempre adornarán con mis hojas livianas — la fiel vitela;

Y el furtivo lápiz de mi hermosa amante — a menudo me conferirá su secreta alegría — o su muda tristeza.

¡Ah!, cuando sus dedos, más pesados, pidan a mis páginas marchitas — la razón de los bellos destinos — que le reserva el porvenir;

¡Quiera entonces el Amor que el fecundo recuerdo — de ese hermoso viaje — Sea tan agradable como un cielo sin nubes!

—¿De veras os he inspirado yo esos versos? —dijo Luisa.

Esta duda, hija de la coquetería de una mujer que se complacía jugando con fuego, hizo acudir una lágrima a los ojos de Luciano; le tranquilizó besándole en la frente por primera vez. Decididamente, Luciano fue un gran hombre al que ella quería formar; pensó enseñarle el italiano y el alemán y perfeccionar sus maneras; encontró en ello pretextos para tenerle siempre en su casa, ante las narices de sus aburridos cortesanos. ¡Qué interés para su vida! Volvió a la música para su poeta, al que reveló el mundo musical, tocó para él algunos hermosos fragmentos de Beethoven, y le entusiasmó; feliz con su alegría, le decía hipócritamente al verle extasiado:

—¿Verdad que uno puede contentarse con esta felicidad?

El pobre poeta respondía ingenuamente:

—Sí.

En fin, las cosas llegaron a tal punto que Luisa había invitado a Luciano, la semana precedente, a cenar con ella y con el señor de Bargeton. A pesar de esta precaución, toda la ciudad estuvo enterada de ello, y tuvo este hecho por algo tan monstruoso, que todos se preguntaban si era cierto. Fue un rumor espantoso. A varias personas parecióles que la sociedad estaba en vísperas de una revolución. Otros exclamaron:

—¡He ahí el fruto de las doctrinas liberales!

El celoso Châtelet reveló entonces que la señora Carlota, que atendía a las parturientas, era la señora Chardon, madre del Chateaubriand del Houmeau, expresión que pasó por una frase chistosa. La señora de Chandour fue la primera en acudir a casa de la señora de Bargeton.

—¿Sabéis, querida Naís, de lo que está hablando todo Angulema? —le dijo—. Ese poetastro tiene como madre a la señora Carlota, que hace dos meses asistió en su parto a mi cuñada.

—Querida —dijo la señora de Bargeton adoptando un aire completamente regio—, ¿qué tiene eso de extraordinario? ¿No es acaso la viuda de un boticario? Triste destino para una señorita de Rubempré. Supongamos que no tuviéramos un ochavo... ¿Qué haríamos nosotros para vivir? ¿Cómo daríais de comer a vuestros hijos?

La sangre fría de la señora de Bargeton mató las lamentaciones de la nobleza. Las grandes almas están siempre dispuestas a hacer de una desgracia una virtud. Luego, en la persistencia en hacer un bien que la gente censura, se hallan irresistibles atractivos: la inocencia posee la gracia picante del vicio. Aquella noche el salón de la señora de Bargeton estuvo lleno de amigos que habían acudido para llenarla de reconvenciones. La joven desplegó toda la causticidad de su ingenio: dijo que si los hidalgos no podían ser ni Molière, ni Racine, ni Rousseau, ni Voltaire, ni Massillon, ni Beaumarchais, ni Diderot, era preciso aceptar a los tapiceros, a los relojeros y a los cuchilleros, cuyos hijos se convertían en grandes hombres. Dijo que el genio era siempre aristocrático. Reprendió a los hidalgos de gotera por la poca comprensión que manifestaban por sus propios intereses verdaderos. En fin, dijo necedades que habrían ilustrado a personas menos necias, pero ellos hicieron honor a su originalidad. Conjuró, pues, la tormenta a cañonazos. Cuando Luciano, llamado por ella, entró por primera vez en el viejo salón marchito, donde se jugaba al *whist* en cuatro mesas, hízole una graciosa acogida, y le presentó como reina que quería ser obedecida. Llamó al director de las contribuciones, señor Châtelet y le petrificó al darle a entender que conocía la ilegal redundancia de su partícula. Luciano fue desde aquella noche introducido violentamente en la sociedad de la señora de Bargeton; pero fue aceptado en ella como una sustancia venenosa que cada cual se prometió expulsar sometiéndola a los reactivos de la impertinencia. A pesar de este triunfo, Naís perdió parte de su imperio: hubo disidentes que trataron de emigrar. Por consejo del señor Châtelet, Amelia, que era la señora de Chandour, decidió levantar altar contra altar recibiendo en su casa los miércoles. La señora de Bargeton abría su salón todas las noches, y las personas que iban a su casa eran tan rutinarias, estaban tan acostumbradas a encontrarse delante de los mismos tapices, a jugar a los mismos juegos de tablas reales, a ver a las personas, los candeleros, a ponerse los abrigos, sus dobles zapatos y sus sombreros en el mismo pasillo, que amaban a los peldaños de la escalera tanto como a la dueña de la casa. Todos se resignaron a soportar el jilguero del bosque sagrado, frase de Alejandro de Brébian, otro ocurrente. En fin, el presidente de la sociedad de agricultura apaciguó la sedición con una observación magistral.

—Antes de la Revolución —dijo—, los más grandes señores recibían a Duclos, a Grim, a Crébillon, personas todas ellas que, como ese pequeño poeta del Houmeau, carecían de importancia; pero no admitían a recaudadores de contribuciones, que es

lo que viene a ser, después de todo, Châtelet.

Du Châtelet pagó por Chardon: todos le mostraron frialdad. Al sentirse atacado, el director de las contribuciones, que, desde el momento en que ella le había llamado Châtelet a secas, se había jurado a sí mismo poseer a la señora de Bargeton, entró en las miras de la dueña de la casa; sostuvo al joven poeta declarándose amigo suyo. Este gran diplomático, del cual prescindió con tan poca habilidad el Emperador, acarició a Luciano, díjose su amigo y, para lanzarlo, dio un banquete en el que se encontraron el prefecto, el recaudador general, el coronel del regimiento de guarnición, el director de la Escuela de Marina, el presidente del Tribunal, en fin, todas las eminencias administrativas. El pobre poeta fue festejado tanto, que cualquier otro que no hubiera sido un joven de veintidós años, habría sospechado que había mixtificación en los elogios por medio de los cuales abusaron de él. En el momento de los postres, Châtelet hizo recitar a su rival una oda de Sardanápalo moribundo, obra maestra de aquellos momentos. Al oírlo, el rector del colegio aplaudió, hombre flemático, diciendo que Juan Bautista Rousseau no había hecho nada mejor. El barón Sixto Châtelet pensó que el pequeño versificador reventaría tarde o temprano en el caliente invernadero de las alabanzas, o que, en la embriaguez de su gloria anticipada, se permitiría alguna impertinencia que le haría volver a su primitiva oscuridad. Aguardando la muerte de aquel genio, pareció inmolar sus pretensiones a los pies de la señora de Bargeton; pero con la habilidad de los bribones, había trazado su plan, y siguió con una atención estratégica la marcha de los dos amantes, espionando la ocasión de examinar a Luciano. Elevóse entonces en Angulema y en los contornos un sordo rumor que proclamaba la existencia de un gran hombre angulemense. La señora de Bargeton era universalmente alabada por los cuidados que prodigaba a aquel aguilucho. Una vez aprobada su conducta, quiso obtener una sanción general, y anunció por el departamento una velada con sorbetes, pasteles y té, gran innovación en una ciudad en la que el té se vendía todavía en las farmacias, como una droga contra las indigestiones. La flor de la aristocracia fue invitada para escuchar una gran obra que iba a leer Luciano.

Luisa había ocultado las dificultades vencidas a su amigo, pero dijo algunas palabras referentes a la conjura tramada contra él por el mundo; porque no quería dejarle en la ignorancia de los peligros de la carrera que deben recorrer los hombres de talento y en la que se encuentran obstáculos infranqueables para los valores mediocres. Con sus blancas manos le mostró la gloria comprada por los continuos suplicios, le habló de la hoguera de los mártires que él debía cruzar, le cubrió de mantequilla sus más bellas rebanadas de pan y se las adornó con sus más pomposas expresiones. Fue una imitación de las improvisaciones que engalanan la novela de Corina. Luisa se encontró a sí misma tan sublime en su elocuencia, que amó todavía más al Benjamín que se la inspiraba; le aconsejó que repudiase audazmente a su padre adoptando el apellido de Rubempré, sin preocuparse de los aspavientos que suscitaría un cambio que, por otra parte, el rey legitimaría. Emparentada con la

marquesa de Espard, una señorita de Blamont-Chauvry, que gozaba de mucho crédito en la corte, se encargaría de alcanzarle este favor. Al oír estas palabras, hablar del rey, de la marquesa de Espard y de la corte, Luciano vio como unos fuegos artificiales, y la necesidad de aquel bautismo le fue demostrada.

—Pequeño mío —le dijo Luisa con voz tiernamente burlona—, cuanto antes se haga, tanto más de prisa será sancionado.

Levantó una tras otra las capas sucesivas del estado social, hizo contar al poeta los peldaños que él franqueaba de pronto por medio de aquella hábil determinación. En un instante hizo abjurar a Luciano de sus ideas populacheras sobre la quimérica igualdad de 1793, despertó en él la sed de las distinciones que la fría razón de David había calmado, le mostró la alta sociedad como el único teatro sobre el cual había de sostenerse. El odioso liberal convirtiéndose en monárquico *in petto*. Luciano mordió la manzana del lujo aristocrático y de la gloria. Juró que depositaría a los pies de su dama una corona, aunque fuera ensangrentada; la conquistaría costase lo que costase, *quibuscumque viis*. Para demostrar su valor, contó los sufrimientos actuales, que había mantenido ocultos a Luisa, aconsejado por aquel pudor indefinible que va unido a los primeros sentimientos, y que prohíbe al joven exhibir sus grandezas, tanto le agrada ver apreciar su alma en su *incógnito*. Describió los apuros de una miseria soportada con orgullo, sus trabajos en casa de David y sus noches consagradas al estudio. Este ardor juvenil evocó en la mente de la señora de Bargeton, cuya mirada se enterneció, el recuerdo del coronel de veintiséis años. Al ver que la debilidad vencía a su imponente amante, Luciano le tomó una mano que ella se dejó coger y la besó con la furia del poeta, del hombre joven, del amante. Luisa llegó incluso al extremo de permitir al hijo del boticario que alcanzase su frente e imprimiera en ella sus labios palpitantes.

—¡Pequeño mío, si alguien nos viera, haría yo un papel bien ridículo! —dijo la señora de Bargeton despertando de un extático sopor.

Durante aquella velada, la inteligencia de la señora de Bargeton ocasionó grandes estragos en lo que ella llamaba los prejuicios de Luciano. De hacerle caso, los hombres de genio no tenían ni hermanos ni hermanas, ni padres ni madres; las grandes obras que habían de edificar les imponían un aparente egoísmo, obligándoles a sacrificarlo todo a su grandeza. Si la familia sufría al principio a causa de las devoradoras exacciones de un cerebro gigantesco, más tarde recibiría el ciento por uno de los sacrificios de todo género exigidos por las primeras luchas de una realeza contrariada, compartiendo el fruto de la victoria: él era el único juez de sus medios, porque sólo él conocía el fin; debía, pues, ponerse por encima de las leyes, puesto que estaba destinado a rehacerlas; por otra parte, el que se apodera de su siglo, puede cogerlo todo, arriesgarlo todo, porque todo le pertenece. Citaba los comienzos de la vida de Bernardo de Palissy, de Luis XI, de Fox, de Napoleón, de Cristóbal Colón, de César, de todos los ilustres jugadores, primero acribillados de deudas o miserables, incomprensidos, tenidos por locos, por malos hijos, malos padres y malos hermanos,



pero que más tarde se convertían en el orgullo de la familia, del país y del mundo.

Estos razonamientos abundaban en los vicios secretos de Luciano y anticipaban la corrupción de su corazón; porque, en el ardor de sus deseos, admitía los medios *a priori*. Pero no triunfar constituye un delito de lesa majestad social. ¿Acaso un vencido no ha asesinado entonces todas las virtudes burguesas sobre las cuales descansa la sociedad que expulsa con horror a los Marios sentados ante sus ruinas? Luciano, que no sabía que se encontrase entre la infamia de los presidios y las palmas del genio, planeaba sobre el Sinaí de los profetas, sin ver abajo, en el mar Muerto, el horrible sudario de Gomorra.

Luisa supo tan bien desembarazar el corazón y la mente del poeta de los pañales en que los había envuelto la vida provinciana, que Luciano quiso experimentar a la señora de Bargeton, con objeto de saber si podía, sin sentir la vergüenza de una negativa, conquistar aquella importante presa. La anunciada velada le dio ocasión para intentar aquella prueba. La ambición se mezclaba a su amor. Amaba y quería elevarse, doble deseo muy natural en los jóvenes que tienen un corazón que satisfacer y la indigencia que combatir. Al invitar hoy a todos sus hijos a un mismo festín, la sociedad despierta sus ambiciones desde la aurora de la vida. Despoja la juventud de sus gracias y corrompe la mayor parte de sus sentimientos generosos al mezclar el cálculo en ellos. La poesía quisiera que esto fuera de otro modo; pero los hechos vienen a menudo a desmentir la ficción en la cual quisiera uno creer, para que pueda permitirse el representar al joven de un modo distinto a como es en el siglo XIX. El cálculo de Luciano le pareció en beneficio de un hermoso sentimiento, de su amistad por David.

Luciano escribió una larga carta a su Luisa, porque encontróse más audaz con la pluma en la mano que con la palabra en la boca. En doce hojas copiadas tres veces, refirió el talento de su padre, sus esperanzas fallidas y la horrible miseria de que se encontraba presa. Describió a su hermana como un ángel, a David como a un Cuvier en ciernes, que, antes de ser un grande hombre, era un padre, un hermano y un amigo para él; creeríase indigno de ser amado por Luisa, su primera gloria, si no le pidiera que hiciese por David lo que ella hacía para él mismo. Renunciaría a todo antes que traicionar a David Séchard, quería que David asistiera a su éxito. Escribió una de aquellas cartas locas en las que los jóvenes oponen la pistola a una negativa, en las que se encuentra el casuismo de la infancia, en que habla la lógica insensata de las almas hermosas; deliciosa palabrería bordada con aquellas declaraciones ingenuas escapadas del corazón sin que el escritor se dé cuenta de ello, y que tanto agrada a las mujeres. Después de haber entregado esta carta a la doncella, Luciano fue a pasar la jornada corrigiendo pruebas, dirigiendo algunos trabajos y poniendo en orden los pequeños asuntos de la imprenta, sin decir nada a David. En los días en que el corazón es todavía niño, los jóvenes tienen estas sublimes discreciones. Por otra parte, Luciano empezaba quizás a temer el hacha de Foción, que tan bien sabía manejar David; quizá temía la claridad de una mirada que llegaba al fondo del alma.

Después de la lectura de Chénier, su secreto había pasado de su corazón a sus labios, alcanzado por un reproche que él sintió como el dedo que pone un médico en una llaga.

Ahora abarcad las ideas que debieron asaltar a Luciano mientras bajaba de Angulema al Houmeau. ¿Aquella gran dama se habría enojado? ¿Recibiría a David en su casa? ¿Por ventura el ambicioso sería precipitado a su agujero del Houmeau? Aunque, antes de besar a Luisa en la frente, Luciano hubiera podido medir la distancia que separa a una reina de su favorito, no se decía a sí mismo que David no pudiese franquear en un abrir y cerrar de ojos el espacio que él había tardado cinco meses en recorrer. Ignorando cuán absoluto era el ostracismo pronunciado sobre las personas de poco más o menos, no sabía que una segunda tentativa de aquel género sería la pérdida de la señora de Bargeton. Alcanzada y convicta de haberse encanallado, Luisa veríase obligada a abandonar la ciudad, donde su casta evitaría su contacto como en la Edad Media se evitaba el de los leprosos. El clan de la aristocracia y el mismo clero defenderían a Naís contra todos, en el caso en que ella se permitiera una falta; pero el delito de ir en mala compañía no le sería jamás perdonado; porque si se excusan las faltas del poder, se condena después su abdicación. Ahora bien, recibir a David, ¿no era abdicar? Si Luciano no comprendía este aspecto de la cuestión, su instinto aristocrático le hacía presentir muchas otras dificultades que le asustaban. La nobleza de los sentimientos no confiere inevitablemente la nobleza de las maneras. Si Racine tenía el aire de los más nobles cortesanos, Corneille guardaba una gran semejanza con un comerciante de bueyes. Descartes parecía un buen negociante holandés. A menudo, al encontrar a Montesquieu con su rastrillo en el hombro y el gorro de dormir en la cabeza, los visitantes de La Brède le tomaron por un vulgar hortelano. El trato del mundo, cuando no es un don de alto linaje, una ciencia mamada con la leche o transmitida por la sangre, constituye una educación que el azar debe secundar por medio de cierta elegancia de formas, por una distinción en los rasgos, por un timbre de voz. Todas estas grandes pequeñeces brillaban por su ausencia en David, mientras que la naturaleza había dotado de ellas a su amigo. Luciano tenía incluso el pie alto y curvo del franco, mientras que David Séchard tenía los pies planos de los meridionales y la figura de su padre el impresor. Luciano oía con la imaginación las burlas que lloverían sobre David, parecía estar viendo la sonrisa que reprimiría la señora de Bargeton. En fin, sin que se avergonzara precisamente de su hermano, prometíase a sí mismo no volver a escuchar de tal modo su primer impulso del corazón y discutirlo en lo sucesivo. Ya que, después de la hora de la poesía y de la abnegación, después de una hora de lectura que acababa de mostrar a los dos amigos las campañas literarias iluminadas por un nuevo sol, la hora de la política y de los cálculos sonaba para Luciano. Al volver al Houmeau, arrepentíase de la carta que había escrito, habría querido volver a apoderarse de ella; porque de pronto se le aparecían las despiadadas leyes del mundo. Al adivinar hasta qué extremo la fortuna favorecía la ambición,

costábale trabajo retirar el pie del primer peldaño de la escala con la que había de subir para tomar las grandezas al asalto. Además, las imágenes de su vida sencilla y tranquila, engalanada con las más bellas flores del sentimiento; aquel David lleno de talento que tan noblemente le había ayudado, que, en caso necesario, daría por él la vida; su madre, tan gran señora en medio de su escasa fortuna, y que le creía tan bueno como inteligente; su hermana, aquella joven tan graciosa en su resignación, su infancia tan pura y su conciencia blanca todavía; sus esperanzas, que ningún viento había agostado aún, todo volvía a florecer en su recuerdo. Decíase entonces que era más hermoso atravesar los compactos batallones de la turba aristocrática o burguesa a golpes de éxito que triunfar por medio de los favores de una mujer. Su talento brillaría tarde o temprano como el de tantos hombres, sus predecesores, que habían domado a la sociedad; ¡entonces le amarían las mujeres! El ejemplo de Napoleón, tan fatal en el siglo XIX por las pretensiones que inspira a tantas personas mediocres, apareciósele a Luciano, el cual arrojó sus cálculos al viento mientras se los reprochaba. Así era Luciano, pasaba del mal al bien y del bien al mal con la misma facilidad. En lugar del amor que el sabio profesa a su retiro, Luciano experimentaba desde hacía un mes una especie de vergüenza al ver la tienda en la que se leía en letras amarillas sobre fondo verde:

Farmacia de *POSTEL*, sucesor de *CHARDON*.

El nombre de su padre, escrito así en un lugar por el que pasaban todos los coches, le hería la vista. La tarde en que franqueó su puerta con una pequeña verja de barrotes de mal gusto, para presentarse en Beaulieu, entre los jóvenes más elegantes de la ciudad alta, dando el brazo a la señora de Bargeton, había deplorado extrañamente el desacuerdo que él reconocía entre aquella vivienda y su buena fortuna.

«Amar a la señora de Bargeton, quizá poseerla dentro de poco, y vivir en ese nido de ratas», decíase a sí mismo al entrar en el pequeño patio en el que varios paquetes de hierbas hervidas estaban extendidas a lo largo de las paredes, donde el aprendiz limpiaba los calderos del laboratorio, donde el señor Postel, con el delantal del preparador y una retorta en la mano, examinaba un producto químico, lanzando ojeadas de vez en cuando hacia la tienda; y si mirara con mucha atención la droga, tenía el oído pendiente de la campanilla de la puerta.

El olor de la camomila, de la menta, de varias plantas destiladas, llenaba el patio y el modesto apartamento al cual subía él por una de aquellas escaleras empinadas que llaman escaleras de molinero, sin más barandilla que un par de cuerdas. Encima se encontraba la única habitación en forma de buhardilla, que era donde vivía Luciano.

—Buenos días, muchacho —le dijo el señor Postel, que era el verdadero tipo del boticario de provincias—. ¿Cómo va esa salud? Acabo de hacer un experimento con

la melaza, pero haría falta vuestro padre para encontrar lo que yo ando buscando. ¡Qué hombre tan sabio! Si yo hubiera conocido su secreto contra la gota, los dos iríamos hoy en carroza.

No había semana en la que el farmacéutico, tan bruto como buena persona, no diera una puñalada a Luciano al hablarle de la fatal discreción de su padre con relación al descubrimiento que había realizado.

—Ha sido una gran desgracia —respondió brevemente Luciano, que ya empezaba a encontrar muy vulgar al discípulo de su padre, después de haberlo bendecido a menudo; porque más de una vez el honrado Postel había socorrido a la viuda y a los hijos de su maestro.

—¿Qué os sucede? —inquirió el señor Postel dejando la probeta encima de la mesa del laboratorio.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?

—¡Sí, una que huele como bálsamo! Está al lado de mi pupitre, en el mostrador.

¡La carta de la señora Bargeton mezclada con los bocales de la farmacia! Luciano se precipitó al interior del establecimiento.

—¡Apresúrate, Luciano! La comida te espera desde hace una hora —gritó suavemente una linda voz a través de una ventana entreabierta, y que Luciano no oyó siquiera.

—Vuestro hermano, señorita, está un poco loco —dijo Postel levantando la nariz.

Aquel soltero, bastante parecido a una barrica de aguardiente sobre la cual la fantasía de un pintor hubiera colocado una gruesa cara salpicada de varicela y enrojecida, asumió al mirar a Eva un aire ceremonioso y amable que demostraba que pensaba casarse con la hija de su predecesor, sin poder dar fin al combate que el amor y el interés libraban en su corazón. Así, decía a menudo a Luciano, sonriendo, la frase que le repitió cuando el joven volvió a pasar por su lado.

—Es endiabladamente linda vuestra hermana. Vos tampoco estáis mal. Vuestro padre hacía bien todas las cosas.

Eva era una muchacha alta y morena, de negros cabellos y ojos azules. Aunque presentara los síntomas de un carácter varonil, era dulce, cariñosa y abnegada. Su candor, su ingenuidad, su tranquila resignación a una vida laboriosa y su prudencia, que no era atacada por ninguna maledicencia, debieron seducir a David Séchard. Desde su primera entrevista, una sorda y simple pasión habíase desencadenado entre ambos, a la alemana, sin manifestaciones ruidosas ni declaraciones vehementes. Cada uno de ellos había pensado secretamente en el otro, como si estuvieran separados por algún marido celoso a quien este sentimiento hubiera ofendido. Los dos se ocultaban a Luciano, a quien quizá creían perjudicar de algún modo. David tenía miedo de no agrandar a Eva, la cual, por su parte, se dejaba arrastrar por la timidez de la indigencia. Una verdadera obrera hubiérase sentido atrevida, pero una joven bien educada y venida a menos conformábase con su triste suerte. Eva, modesta en apariencia, pero orgullosa en realidad, no quería ir en pos del hijo de un hombre que pasaba por ser

rico. En aquellos momentos, la gente que estaba al corriente de las propiedades, calculaba en más de ochenta mil francos la finca de Marsac, sin contar las tierras que el viejo Séchard, rico en economías, afortunado en sus cosechas y hábil en la venta, debía de añadir espiando las ocasiones propicias. David era quizá la única persona que nada sabía de la fortuna de su padre. Para él Marsac era una finca comprada en 1810 por quince o dieciséis mil francos, a la que iba una vez al año en la época de la vendimia, y por donde su padre le paseaba a través de las viñas, alabándole las cosechas que el impresor no veía jamás, y de las que se preocupaba muy poco. El amor de un sabio acostumbrado a la soledad que aumenta los sentimientos al exagerar a sus propios ojos sus dificultades, quería ser alentado; porque para David, Eva era una mujer más impresionante que una gran dama para un simple oficinista. Torpe e inquieto al lado de su ídolo, con tanta prisa por marcharse como por llegar, el impresor reprimía su pasión en lugar de expresarla. A menudo, por la noche, después de haber inventado algún pretexto para consultar a Luciano, bajaba de la plaza del Mûrier hasta el Houmeau, por la puerta Palet; pero al llegar a la puerta verde con barrotes de hierro, huía, temiendo llegar demasiado tarde o parecer inoportuno a Eva, que sin duda se hallaría acostada. Aunque este gran amor sólo se revelase por medio de pequeños detalles, Eva lo había comprendido; sentíase halagada en su orgullo al verse objeto del profundo respeto impreso en las miradas y en las maneras de David; pero la mayor seducción del impresor era su fanatismo por Luciano: había adivinado el mejor modo de resultar agradable a Eva. Para decir en qué se diferenciaban las mudas delicias de aquel amor de las pasiones tumultuosas, habría que compararlo con las flores silvestres, opuestas a las espléndidas flores de los jardines. Eran miradas dulces y delicadas como los nenúfares azules que flotan sobre las aguas, expresiones fugaces como los suaves perfumes del escaramujo, tiernas melancolías como el terciopelo de los musgos; flores de dos hermosas almas que nacen de una tierra rica, fecunda, inmutable. Eva había adivinado ya varias veces la fuerza escondida bajo aquella debilidad; tenía tan en cuenta aquello que David no se atrevía a hacer, que el más ligero incidente podía ocasionar una más íntima unión de sus almas.

Luciano encontró la puerta abierta por Eva, y se sentó, sin decir nada, junto a una mesita colocada encima de una X, sin mantel, donde estaba puesto su cubierto. El pobre hogar no poseía más que tres cubiertos de plata. Eva los utilizaba todos para su hermano querido.

—¿Qué estás leyendo ahí? —díjole una vez colocada encima de la mesa una fuente que retiró del fuego, y después de haber apagado su hornillo portátil, cubriéndolo con el apagador.

Luciano no respondió. Eva cogió un pequeño plato coquetonamente arreglado con hojas de vid, y lo puso encima de la mesa con un cuenco lleno de nata.

—Toma Luciano, te he comprado fresas.

Era tanta la atención que Luciano prestaba a su lectura, que no oyó lo que su hermana le decía. Eva fue entonces a sentarse junto a él, sin murmurar una sola

palabra de disgusto; porque en el sentimiento de una hermana para con su hermano entra un placer inmenso de verse tratada sin cumplidos.

—Pero ¿qué es lo que te ocurre? —exclamó al ver que los ojos de su hermano estaba húmedos de lágrimas.

—Nada, nada, Eva —dijo cogiéndola por la cintura, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente y en los cabellos, y luego en el cuello, con una sorprendente vehemencia.

—Tú me ocultas algo.

—Pues bien, has de saber que ella me ama.

—Ya sabía que no era a mí a quien estabas besando —dijo en tono burlón la pobre hermana, ruborizándose.

—Todos seremos felices —exclamó Luciano engullendo la comida a grandes cucharadas.

—¿Todos? —repitió Eva.

Inspirada por el mismo presentimiento que se había adueñado de David, añadió:

—Ahora nos vas a querer menos.

—¿Cómo puedes creer tal cosa, conociéndome como me conoces?

Eva tendió la mano para estrechar la de su hermano; luego quitó el plato vacío, la sopera de barro, y presentó la fuente que había preparado. En lugar de comer, Luciano volvió a leer la carta de la señora de Bargeton, que la discreta Eva no le pidió que le enseñase, tanto era el respeto que sentía por su hermano. Si éste quería comunicársela, ella debía aguardar; y si él no quería, ¿acaso podía exigírselo? Eva aguardó. La carta decía lo siguiente:

«Amigo mío, ¿por qué habría yo de negarle a vuestro hermano en ciencia el apoyo que a vos os he prestado? A mis ojos, los talentos poseen derechos iguales; pero ignoráis los prejuicios de las personas que componen mi sociedad. No conseguiremos que reconozcan la nobleza de la inteligencia aquellos que son la aristocracia de la ignorancia. Si no soy bastante poderosa para imponerles al señor David Séchard, os haré gustosa el sacrificio de esas pobres personas. Será como una hecatombe de tiempos antiguos. Pero, querido amigo, sin duda no querréis obligarme a aceptar la compañía de una persona cuya inteligencia o cuyas maneras pudieran no agradarme. ¡Vuestras lisonjas me han enseñado hasta qué grado puede cegarnos la amistad! ¿Me guardáis rencor, si pongo a mi consentimiento una restricción? Quiero ver a vuestro amigo, juzgarlo, saber por mí misma, en interés de vuestro porvenir, si no os equivocáis. ¿Acaso no se trata de uno de esos cuidados que debe tener para con vos, mi querido poeta,

LUISA DE NÈGREPELISSE?»

Luciano ignoraba con qué arte el sí se emplea en la buena sociedad para llegar al no, y el no para traer un sí. Esta carta fue un triunfo para él. David iría a casa de la

señora de Bargeton, brillaría en ella con la majestad del genio. En la embriaguez que le causaba una victoria que le hizo creer en el poder de su ascendiente sobre las personas, adoptó una actitud tan orgullosa, tantas esperanzas se reflejaron en su rostro, produciendo en él un fulgor radiante, que su hermana no pudo por menos de decirle que estaba hermoso.

—Si esa mujer es inteligente, ¡es forzoso que te ame! Y entonces esta noche estará preocupada, porque las mujeres van a hacerte mil coqueterías. Estarás muy guapo leyendo tu San Juan en Patmos. Quisiera ser un ratón para introducirme en esa casa. Ven, he preparado lo que has de ponerte en la habitación de nuestra madre.

Aquella habitación denotaba una miseria decente. Había una cama de madera de nogal, con cortinas blancas, y al pie de la cual se extendía una delgada alfombra verde. Una cómoda con la parte superior de madera, adornada con un espejo, y unas sillas de nogal completaban el mobiliario. Encima de la chimenea, un reloj recordaba los días de la vida cómoda y desahogada que se habían esfumado. Las paredes estaban tapizadas con un papel gris de flores también grises. El suelo, de ladrillos pintados con almagre, y fregado por Eva, resplandecía de limpio. En el centro de este aposento había un velador, en el cual, sobre una bandeja roja con flores doradas, veíanse tres tazas y un azucarero de porcelana de Limoges. Eva dormía en un gabinete contiguo que contenía una cama estrecha, una vieja poltrona y una mesa para labores junto a la ventana. La exigüidad de este camarote de marino exigía que la vidriera permaneciese siempre abierta con objeto de que le diera el aire. A pesar de la escasez que se reflejaba en todos los detalles, la modestia de una vida estudiosa respiraba en aquella estancia. Para quienes conocían a la madre y a los hijos, aquel espectáculo ofrecía armonías conmovedoras.

Luciano se estaba poniendo la corbata cuando los pasos de David se dejaron oír en el pequeño patio, y el impresor apareció en seguida con el aire y las maneras de un hombre que tiene prisa en llegar.

—¡David! —exclamó el ambicioso—. ¡Triunfamos! ¡Esa mujer me ama! ¡Irás!

—No —dijo el impresor con aire confuso—, vengo a darte las gracias por esta prueba de amistad que me ha inducido a graves reflexiones. Mi vida, Luciano, se ha detenido. Yo soy David Séchard, impresor del rey en Angulema, y cuyo nombre se lee en todas las paredes al pie de los anuncios. Para las personas de esa casta, yo soy un artesano, un negociante, si quieres, pero un industrial establecido en una tienda, en la calle de Beaulieu, esquina a la plaza del Mûrier. Todavía no tengo ni la fortuna de un Keller, ni la fama de un Desplein, dos clases de poder que los nobles tratan aún de negar, pero que, en esto estoy de acuerdo con ellos, no son nada sin el don de gentes y las maneras del gentilhomme. ¿Con qué medios puedo yo legítimar esta súbita elevación? Haría que se burlasen de mí tanto los burgueses como los nobles. Tú te encuentras en una situación distinta. Un director de imprenta no está comprometido a nada. Trabajas para adquirir conocimientos indispensables para triunfar, puedes explicar tus ocupaciones actuales por tu porvenir. Por otra parte, mañana puedes

emprender otra cosa, estudiar leyes, diplomacia o entrar en la Administración. En fin, no estás encasillado. Aprovechate, de tu virginidad social, camina solo y echa mano de los honores. Saborea todos los placeres, incluso aquellos que la vanidad procura. Sé feliz, yo gozaré con tus éxitos, verás en mí a un segundo tú mismo. Sí, mi imaginación me permitirá vivir de tu vida. Para ti las fiestas, el esplendor del mundo y los rápidos resortes de sus intrigas. Para mí la vida sobria y laboriosa del comerciante, y las lentas ocupaciones de la ciencia. Tú serás nuestra aristocracia — dijo mirando a Eva—. Cuando vaciles, encontrarás mi brazo para sostenerte. Si has de lamentarte de alguna traición, podrás refugiarte en nuestros corazones, encontrarás en ellos un amor inalterable. La protección, el favor, la buena voluntad de las personas, divididos sobre nuestras cabezas, podrían cansarse, nos perjudicaríamos los dos; camina delante, tú me remolcarás si es preciso. Lejos de envidiarte, yo me consagraré a ti. Lo que acabas de hacer por mí, arriesgándote a perder a tu bienhechora, tu amante quizás, antes que abandonarme, antes que renegar de mí, esta cosa tan sencilla y tan grande, Luciano, me unirá aún más a ti, si no fuésemos ya como dos hermanos. No tengas remordimientos ni te preocupe el que parezca que eliges la parte más fuerte. Este reparto a la Montgomery, entra en mis gustos. En fin, aunque me ocasionarás algunos tormentos, ¿quién sabe si no habré de estarte eternamente agradecido?

Diciendo estas palabras, deslizó la más tímida de las miradas hacia Eva, quien tenía los ojos llenos de lágrimas, porque todo lo adivinaba.

—En fin —dijo a Luciano, asombrado—, eres guapo, elegante, sabes vestir bien, pareces un noble con tu traje azul con botones amarillos, con un simple pantalón de mahón; en cambio, yo, parecería un obrero en medio de esas gentes, sería desmañado, estaría cohibido, diría tonterías o no diría nada en absoluto: tú, para obedecer al prejuicio de los apellidos, puedes tomar el de tu madre, hacerte llamar Luciano de Rubempré; yo soy y seguiré siendo siempre David Séchard. Todo te sirve a ti y a mí todo me perjudica en la sociedad a la que vas. Tú has sido hecho para triunfar en ella. Las mujeres adorarán tu cara de ángel. ¿No es cierto, Eva?



Luciano saltó al cuello de David y le besó. Aquella modestia ponía fin a muchas dudas, a muchas dificultades. ¿Cómo no habría de redoblar su cariño por un hombre que llegaba a hacer por amistad las mismas reflexiones que él acababa de hacer por ambición? El ambicioso y el enamorado veían allanado el camino, el corazón del joven y del amigo sentíanse inundados de gozo. Fue uno de aquellos raros momentos de la vida en los que todas las fuerzas se ponen suavemente tensas, en que todas las cuerdas vibran al dar sonidos llenos y vigorosos. Pero aquella sabiduría de un alma hermosa excitaba aún en Luciano la tendencia que induce al hombre a atribuirlo todo a sí mismo. Todos decimos, más o menos, como Luis XV: ¡el Estado soy yo! La exclusiva ternura de su madre y de su hermana, la abnegación de David y la costumbre que tenía de verse objeto de los esfuerzos secretos de aquellos tres seres, le daban los vicios del hijo de familia, engendraban en él aquel egoísmo que devora al noble, y que la señora de Bargeton alentaba incitándole a olvidar sus obligaciones para con su hermana, su madre y David. Todavía no ocurría nada, pero ¿no había que temer que, al extender a su alrededor el círculo de su ambición, viérase obligado a no pensar más que en él y sólo en él?

Pasada esa emoción, David hizo observar a Luciano que su poema de San Juan en Patmos era quizá demasiado bíblico para ser leído delante de una sociedad para la cual la poesía apocalíptica debía ser poco familiar. Luciano, que se presentaba ante el público más difícil del Chareta, pareció inquieto. David le aconsejó que se llevara el libro de Andrés de Chénier, y que sustituyera un placer dudoso por uno cierto. Luciano leía a la perfección, agradaría necesariamente y mostraría una modestia que sin duda habría de serle útil. Como la mayor parte de los jóvenes, daban a la gente de mundo su inteligencia y sus virtudes. Si la juventud, que no ha fracasado todavía, carece de indulgencia para las faltas de los demás, también les presta sus magníficas creencias. Es preciso haber tenido una gran experiencia de la vida antes de reconocer que, según una frase ocurrente de Rafael, comprender es igualar. En general, el sentido necesario para comprender la poesía es raro en Francia, donde la inteligencia seca en seguida la fuente de las santas lágrimas del éxtasis, donde nadie quiere tomarse la molestia de buscar lo sublime, de sondearlo para descubrir lo infinito. Luciano iba a tener su primera experiencia de las ignorancias y de las frialdades mundanas. Pasó por casa de David para coger el volumen de poesías.

Cuando los dos amantes se encontraron solos, David se halló más cohibido que en ningún otro momento de su vida. Presa de mil terrores, deseaba y temía un elogio, quería huir, porque el pudor tiene también su coquetería. El pobre amante no se atrevía a decir una palabra que tuviera la apariencia de buscar una frase de gratitud; encontraba comprometedoras todas las palabras, y se mantenía callado, guardando una actitud de criminal. Eva, que adivinaba las torturas de aquella modestia, complacióse en gozar de aquel silencio; pero cuando David cogió el sombrero para marcharse, la joven sonrió.

—Señor David —le dijo—, si vos no pasáis la velada en casa de la señora de

Bargeton, nosotros podemos pasarla juntos. Hace muy buen tiempo, ¿queréis que vayamos a dar un paseo a la orilla del Charenta? Hablaremos de Luciano.

David sintió deseos de prosternarse ante aquella deliciosa joven. Eva había puesto en el sonido de su voz recompensas inesperadas; había, con la ternura del acento, resuelto las dificultades de aquella situación; su proposición era más que un elogio, era el primer favor del amor.

—Solamente —dijo al ver un gesto que hizo David— dejadme unos instantes para que me vista.

David, que nunca había sabido lo que era una tonada, salió canturreando, lo cual sorprendió al honrado Postel y le inspiró violentas sospechas acerca de las relaciones de Eva y el impresor.

Las más pequeñas circunstancias de aquella velada influyeron mucho en Luciano, al que su carácter inducía a escuchar las primeras impresiones. Como todos los amantes inexpertos, llegó tan temprano, que Luisa no estaba aún en el salón. El señor de Bargeton se encontraba allí solo. Luciano había iniciado ya su aprendizaje de las pequeñas cobardías por las cuales el amante de una mujer casada compra su felicidad y que dan a las mujeres la medida de lo que ellas pueden exigir; pero todavía no se había encontrado cara a cara con el señor de Bargeton.

Aquel hidalgo era una de esas cortas inteligencias establecidas entre la inofensiva nulidad que todavía comprende y la orgullosa estupidez que no quiere aceptar ni entender nada. Penetrado de sus deberes para con la sociedad, y esforzándose por serle agradable, había adoptado la sonrisa del bailarín como único lenguaje. Contento o descontento, sonreía. Sonreía ante una noticia desastrosa y al anuncio de un fausto acontecimiento. Aquella sonrisa respondía a todo por las expresiones que le confería el señor de Bargeton. Si era absolutamente necesaria una aprobación directa, reforzaba su sonrisa con una risa complaciente, no soltando una palabra más que en último extremo. Una entrevista cara a cara le hacía experimentar el único apuro que complicaba su vida vegetativa, veíase entonces obligado a buscar algo en la inmensidad de su vacío interior. La mayor parte del tiempo salía de apuros recordando las ingenuas costumbres de su infancia: pensaba en voz alta, os iniciaba en los menores detalles de su vida; os manifestaba sus necesidades, sus pequeñas sensaciones que, para él, parecíanse a ideas. No hablaba de la lluvia ni del buen tiempo; no daba en los lugares comunes de la conversación por los cuales se salvan los imbéciles, dirigíase a los más íntimos intereses de la vida.

—Por complacencia hacia la señora de Bargeton —decía—, he comido esta mañana ternera, que a ella tanto le gusta, y me ha dolido mucho el estómago. Sabía que me pasaría esto y, sin embargo, la he comido. ¿Podrías explicármelo?

O bien:

—Tendré que llamar para que me traigan un vaso de agua azucarada, ¿queréis vos también uno, para la misma ocasión?

Otras veces:

—Mañana montaré a caballo y me iré a ver a mi suegro.

Estas pequeñas frases, que no soportaban la discusión, arrancaban un no o un sí al interlocutor, y la conversación languidecía. El señor de Bargeton imploraba entonces la asistencia de su visitante apuntando hacia el oeste con su nariz de viejo dogo asmático; os miraba con sus grandes ojos de color diferente, de un modo que significaba: *¿Decíais?* Los fastidiosos que ansiaban hablar de sí mismos, él los quería mucho, les escuchaba con una proba y delicada atención que le granjeaba entre ellos gran estima, de forma que los charlatanes de Angulema le atribuían una socarrona inteligencia, y pretendían que se le juzgaba mal. Así, cuando no tenían otros oyentes, aquellas personas venían a terminar sus relatos o sus razonamientos en compañía del gentilhombre, seguros de encontrar su sonrisa encomiástica. Estando siempre lleno el salón de su mujer, generalmente se encontraba en él a gusto. Se ocupaba de los detalles más insignificantes: miraba al que entraba, saludaba sonriendo y conducía ante su mujer al recién llegado; espiaba a los que se marchaban, y les acompañaba acogiendo sus despedidas con su eterna sonrisa. Cuando la velada era animada y veía que cada cual estaba ocupado en sus cosas, el feliz mudo permanecía sobre sus altas piernas como una cigüeña sobre sus patas, pareciendo escuchar una conversación política; o bien iba a estudiar las cartas de un jugador sin comprender nada, porque no sabía ningún juego; o se paseaba tomando rapé y haciendo la digestión penosamente. Naís era el lado bueno de su vida, le daba goces infinitos. Cuando ella desempeñaba su papel de dueña de la casa, él se repantigaba en una poltrona, admirándola; porque ella hablaba por él; además, había hallado un placer en buscar el sentido de sus frases, y como a menudo no las comprendía más que al cabo de mucho rato de haber sido pronunciadas, se permitía sonrisas que partían como balas enterradas y que luego despiertan. Por otra parte, el respeto que profesaba a su mujer rayaba en la adoración. Una adoración cualquiera ¿no basta para ser feliz en la vida? Como persona inteligente y generosa, Naís no había abusado de sus ventajas reconociendo en su marido la naturaleza fácil de un niño que sólo requiere ser gobernado. Había cuidado de él como se cuida un abrigo; lo mantenía limpio, lo cepillaba, lo guardaba, lo ahorraba; y sintiéndose de tal modo tratado, el señor de Bargeton había contraído por su mujer un afecto canino. ¡Es tan fácil dar una felicidad que no cuesta nada! La señora de Bargeton, no conociendo en su marido ningún otro placer más que el de la buena mesa, hacía que gozase de excelentes comidas, tenía compasión de él, nunca se quejaba; y algunas personas, al no comprender el silencio de su orgullo, prestaban al señor de Bargeton virtudes escondidas. Por otra parte, Naís le había disciplinado militarmente, y la obediencia de aquel hombre a la voluntad de su mujer era pasiva. Ella le decía: «Haz una visita al señor o a la señora tal o cual», y él iba disciplinado como un soldado. Así, delante de ella se mantenía en actitud rígida e inmóvil. En aquellos momentos se hablaba de nombrar diputado a aquel mudo. Luciano no hacía mucho tiempo que frecuentaba la casa para haber levantado el velo bajo el cual se escondía aquel carácter inimaginable. El señor de Bargeton, sepultado en su poltrona,

pareciendo verlo y comprenderlo todo, haciendo una dignidad de su silencio, le parecía extraordinariamente imponente. En lugar de tomarle por un guardacantón de granito, Luciano hizo de aquel hombre una esfinge temible, como consecuencia de la tendencia que a las personas imaginativas induce a aumentarlo todo o a prestar un alma a todas las formas, y creyó necesario halagarle.

—He llegado el primero —dijo saludando con un poco más de respeto que el que generalmente se le concedía a aquel hombre.

—Es natural —respondió el señor de Bargeton;

Luciano interpretó esta frase como la indirecta de un marido celoso, púsose colorado y se miró en el espejo, buscando el modo de recobrar su serenidad.

—Vos vivís en el Houmeau —dijo el señor de Bargeton—; las personas que viven lejos llegan siempre antes que las que viven cerca.

—¿A qué será debido? —dijo Luciano asumiendo un aire simpático.

—No lo sé —respondió el señor de Bargeton, que volvió a su inmovilidad.

—No habréis querido investigarlo —repuso Luciano—. Un hombre capaz de hacer la observación puede encontrar la causa.

—¡Ah! —dijo el señor de Bargeton—. Las causas finales. ¡Je, je!

Luciano se devanó los sesos para reanimar la conversación que allí se estancó.

—La señora de Bargeton se estará vistiendo sin duda, ¿no? —dijo, estremeciéndose ante la necesidad de esta pregunta.

—Sí, se está vistiendo —respondió con naturalidad el marido.

Luciano levantó los ojos para mirar las dos vigas salientes, pintadas de gris, y cuyo vacío estaba techado a cielo raso, sin encontrar una frase adecuada; vio entonces, no sin terror, la pequeña araña de almendras de cristal, despojada de su gasa y guarnecida de bujías. Las fundas de los muebles habían sido quitadas y la seda roja mostraba sus flores marchitas. Estos preparativos anunciaban una reunión extraordinaria. El poeta concibió ciertas dudas respecto a su atuendo, porque iba con botas. Fue a mirar, con el estupor del miedo, un jarrón japonés que adornaba una consola de guirnaldas de la época de Luis XV; luego temió desagradar a aquel marido si no le cortejaba un poco, y decidió investigar si el hombre tenía alguna afición que él pudiera halagar.

—Raras veces salís de la ciudad, ¿verdad, señor de Bargeton? —dijo acercándose a él.

—Raras veces.

De nuevo el silencio. El señor de Bargeton espiaba como una gata recelosa los menores movimientos de Luciano, que estaba turbando su reposo. Cada uno de ellos tenía miedo del otro.

«¿Habrás concebido sospechas a cerca de mis asiduidades? —pensó Luciano—. Porque me parece sumamente hostil.»

En aquel momento, afortunadamente para Luciano, que se hallaba muy cohibido al tener que sostener las miradas inquisitas con las que el señor de Bargeton le

examinaba mientras él iba y venía, el viejo criado, que se había puesto una librea, anunció a Du Châtelet. El barón entró con gran soltura, saludó a su amigo Bargeton e hizo a Luciano una ligera inclinación de cabeza, que entonces estaba de moda, pero que al poeta le pareció sumamente impertinente. Sixto du Châtelet vestía un pantalón de blancura deslumbradora, con trabillas interiores que lo mantenían en sus pliegues, llevaba zapatos finos y medias de hilo escocés, y sobre su blanco chaleco flotaba la cinta negra de su monóculo. En fin, su levita negra era notable por su corte y forma parisienses. Era el lechuguino al que sus antecedentes ya anunciaban; pero la edad le había dotado de un pequeño vientre redondo bastante difícil de contener dentro de los límites de la elegancia. Teñíase el cabello y las patillas blanqueadas por los sufrimientos de su viaje, la cual le daba un aire duro. Su tez, en otro tiempo delicada, había adquirido el color cobrizo de las personas que vuelven de las Indias; pero sus movimientos, aunque ridículos por las pretensiones que conservaban, revelaban, sin embargo, al agradable secretario de una Alteza Imperial. Cogió el monóculo, miró el pantalón de mahón, las botas y el chaleco azul de Luciano, confeccionado en Angulema, en fin, a todo su rival de pies a cabeza. Luego volvió a poner el monóculo en el bolsillo de su chaleco, como si hubiera dicho: «Estoy satisfecho». Abrumado por la elegancia del financiero, Luciano pensó que tendría su desquite cuando mostrase a la reunión su rostro animado por la poesía; pero no por ello dejó de experimentar un intenso sufrimiento, que continuó el malestar interior que la pretendida hostilidad del señor de Bargeton le había ocasionado. El barón parecía como si dejara caer sobre Luciano todo el peso de su fortuna, para mejor humillar aquella miseria. El señor de Bargeton, que contaba con que no tendría que decir ya ni una sola palabra más, quedóse consternado ante el silencio que guardaron los dos rivales al examinarse el uno al otro; sin embargo, cuando se encontraba al cabo de sus esfuerzos, tenía siempre una pregunta que se reservaba como una pera para la sed, y juzgó necesario soltarla entonces, adoptando un aire preocupado.

—Bien, caballero —dijo a Châtelet—: ¿qué hay de nuevo? ¿Se dice algo por ahí?

—Bueno —respondió con mala intención el director de las contribuciones—, lo nuevo es el señor Chardon. Dirigios a él. ¿Nos traéis algún lindo poema? —preguntó el travieso barón arreglándose un ricitito de la sien que se le antojó fuera de su sitio.

—Para saber si he triunfado, habría tenido que consultaros —respondió Luciano—. Vos habéis practicado la poesía antes que yo.

—¡Bah! Algún que otro sainete hecho por pasar el rato, canciones de circunstancias, romanzas que la música ha hecho resaltar, mi gran epístola a una hermana de Bonaparte (¡el muy ingrato!), no constituyen títulos para la posteridad.

En aquel momento, la señora de Bargeton apareció en todo el esplendor de una *toilette* estudiada. Lucía un turbante judío enriquecido con una horquilla oriental. Alrededor del cuello llevaba graciosamente una echarpe de gasa bajo la cual brillaban los camafeos de un collar. El vestido de muselina estampada, de manga corta, permitíale exhibir varios brazaletes en sus hermosos brazos de nivea blancura. Este

atuendo teatral encantó a Luciano. El señor Du Châtelet dirigió galantemente a aquella reina unos cumplidos nauseabundos que la hicieron sonreír de placer, tan dichosa se sintió al verse elogiada en presencia de Luciano. No cambió más que una mirada con su caro poeta, y respondió al director de las contribuciones mortificándole con una cortesía que le dejaba excluido de su intimidad.

En aquel momento empezaron a llegar las personas invitadas. En primer lugar aparecieron el obispo y su vicario, dos figuras dignas y solemnes, pero que formaban un violento contraste: monseñor era alto y delgado, su acólito era bajito y gordo. Los dos tenían brillantes los ojos, pero el obispo estaba pálido y su vicario ofrecía un rostro colorado rebosante de salud. Tanto en el uno como en el otro, los gestos eran raros. Ambos parecían prudentes, su reserva y su silencio intimidaban, pasaban por ser muy inteligentes.

Los dos sacerdotes fueron seguidos por la señora de Chandour y su marido, personajes extraordinarios, que parecían inverosímiles a las personas que desconocen las provincias. El marido de Amelia, la mujer que se las daba de antagonista de la señora de Bargeton, el señor de Chandour, al que llamaban Estanislao, era un joven todavía delgado a los cuarenta y cinco años de edad, y cuya cara parecía una criba. Su corbata estaba siempre anudada de forma que presentaba dos puntas amenazadoras, la una a la altura de la oreja derecha, la otra bajada hacia la cinta roja de su cruz. Los faldones de su levita estaban violentamente revueltos. El chaleco, muy abierto, dejaba ver una camisa hinchada, cerrada por agujas sobrecargadas de orfebrería. En fin, todo su atuendo poseía un carácter exagerado que le daba tan grande semejanza con las caricaturas, que al verle los forasteros no podían reprimir una sonrisa. Estanislao se miraba continuamente con una especie de satisfacción, de arriba abajo, comprobando el número de los botones de su chaleco, siguiendo las líneas sinuosas dibujadas por su estrecho pantalón, y acariciando sus piernas con una mirada que se detenía amorosamente en las puntas de sus botas. Cuando cesaba de contemplarse de este modo, sus ojos buscaban un espejo, examinaba si sus cabellos conservaban el ondulado; interrogaba a las mujeres con mirada feliz, inclinándose hacia atrás, metiendo uno de sus dedos en el bolsillo de su chaleco, y colocando su cabeza un poco ladeada, marrullerías de gallo que tenían éxito en la sociedad aristocrática de la que él era el guapo. La mayoría de las veces sus frases contenían obscenidades como las que se decían en el siglo XVIII. Este detestable género de conversación le procuraba algunos éxitos con las mujeres, a las que hacía reír. El señor Du Châtelet comenzaba a inspirarle inquietudes. En efecto, intrigadas por el desdén del fatuo de las contribuciones indirectas, estimuladas por su afectación en pretender que era imposible hacerle salir de su marasmo, y picadas por su tono de sultán orgulloso, las mujeres le buscaban aún más afanosamente que en la época de su llegada, después de que la señora de Bargeton se había enamorado del Byron de Angulema. Amelia era una mujer bajita, gorda, blanca, de negros cabellos, que todo lo exageraba, que hablaba alto, moviendo la cabeza, como un pavo real mueve la cola, una cabeza

recargada de plumas en verano y de flores en invierno; bella habladora, pero que no podía acabar su período verbal sin darle como acompañamiento los silbidos de un asma inconfesado.

El señor de Saintot, llamado Astolfo, presidente de la sociedad de agricultura, hombre de buenos colores, alto y grueso, apareció remolcado por su mujer, especie de figura bastante parecida a un helecho seco, a la que llamaban Lili, abreviación de Elisa. Este nombre, que suponía en la persona algo pueril, contrastaba con el carácter y las maneras de la señora de Saintot, mujer solemne, sumamente devota, y jugadora difícil y quisquillosa. Astolfo pasaba por ser un sabio de primer orden. Ignorante como una carpa, había escrito, sin embargo, los artículos *Azúcar* y *Aguardiente* en un diccionario de agricultura, dos obras plagiadas en detalle de todos los artículos de los periódicos y todas las obras antiguas en las que se trataba de estos dos productos. Todo el departamento le creía ocupado en un tratado sobre la agricultura moderna. Aunque permaneciese toda la mañana encerrado en su gabinete, todavía no había escrito dos páginas desde hacía doce años. Si alguien iba a verle, se dejaba sorprender emborronando papeles, buscando una nota extraviada o cortando la pluma; pero se pasaba en tonterías todo el tiempo que permanecía en su gabinete: leía largo rato el periódico, esculpía taponos con el cortaplumas, trazaba dibujos fantásticos en una hoja de papel, hojeaba Cicerón para coger al vuelo una frase o pasajes cuyo sentido pudiera aplicarse a los acontecimientos del día; luego, por la noche, procuraba llevar la conversación hacia un tema que le permitiese decir;

—Se encuentra en Cicerón una página que parece haber sido escrita para lo que sucede actualmente.

Entonces recitaba su pasaje con gran asombro de parte de los oyentes, que decían entre sí:

—Verdaderamente, Astolfo es un pozo de ciencia.

Este curioso hecho se refería en toda la ciudad, y la mantenía en su halagadora opinión acerca del señor de Saintot.

Después de esta pareja, vino el señor de Bartas, llamado Adriano, el hombre que cantaba las tonadas de bajo y que tenía enormes pretensiones en lo que a la música se refiere. El amor propio le había establecido sobre el solfeo; había comenzado por admirarse a sí mismo mientras cantaba, luego se había puesto a hablar de música y había terminado por ocuparse de ella de un modo exclusivo. El arte musical habíase convertido para él en una monomanía; no se animaba más que cuando hablaba de música, y padecía durante una velada hasta que le pedían que cantase. Una vez había comenzado a cantar, su vida comenzaba también: se exhibía, se alzaba sobre los talones al recibir felicitaciones, hacía el modesto; pero, no obstante, iba de grupo en grupo para cosechar elogios; luego, cuando todo había sido dicho, volvía a la música iniciando una discusión a propósito de las dificultades de su canción o alabando al compositor.

El señor Alejandro de Brebian, el héroe de la sepia, el dibujante que infestaba las

habitaciones de sus amigos con producciones ridículas y echaba a perder todos los álbumes del departamento, acompañaba al señor de Bartas. Cada uno de ellos daba el brazo a la mujer del otro. Según la crónica escandalosa, esta transposición era completa. Las dos mujeres, Lolota (señora Carlota de Brebian) y Fifina (señora Josefina de Bartas), igualmente preocupadas por un alfiler, por un adorno, o por algunos colores heterogéneos, vivían devoradas por el deseo de parecer parisienses, y descuidaban la propia casa, donde todo andaba mal. Si las dos mujeres, apretadas como muñecas dentro de unos vestidos económicamente confeccionados, ofrecían en ellas una exposición de colores insolentemente peregrinos, los maridos se permitían, en su calidad de artistas, un desaliño provinciano que hacía que resultaran curiosos a la vista. Sus trajes raídos les daban el aspecto de los comparsas que en los teatrillos representan a la alta sociedad invitada a las bodas.

Entre las figuras que desembocaron en el salón, una de las más originales fue la del conde de Senonches, aristocráticamente llamado Jacobo, gran cazador, altivo, enjuto, pálido, amable como un jabalí, arrogante como un veneciano, celoso como un moro, y que vivía en buena inteligencia con el señor Du Hautoy, de otro modo llamado Francis, el amigo de la casa.

La señora de Senonches (Ceferina) era alta y hermosa, pero cubierta ya de barrillos por cierto ardor de hígado que la hacía pasar por mujer exigente. Su talle esbelto y sus delicadas proporciones le permitían unas maneras lánguidas que olían a afectación, pero que reflejaban la pasión y los caprichos siempre satisfechos de una persona amada.

Francis era un hombre asaz distinguido, que había abandonado el consulado de Valencia y sus esperanzas en la diplomacia, para irse a vivir a Angulema al lado de Ceferina, llamada también Zizina. El ex cónsul cuidaba de la casa, se encargaba de la educación de los niños, les enseñaba las lenguas extranjeras, y dirigía la fortuna del señor y de la señora de Senonches con entera abnegación. La Angulema noble, la Angulema administrativa, la Angulema burguesa, habían comentado desde hacía mucho tiempo la perfecta unidad de aquel hogar de tres personas, pero, a la larga, aquel misterio de trinidad conyugal pareció tan raro y tan lindo, que el señor Du Hautoy habría parecido enormemente inmoral si hubiera manifestado intenciones de casarse. Por otra parte, la gente empezaba a sospechar misterios inquietantes en el apego excesivo de la señora de Senonches por una ahijada, llamada señorita de La Haye, que le servía de dama de compañía, y a pesar de ciertas imposibilidades aparentes ofrecidas por las fechas, se encontraban parecidos asombrosos entre Francisca de La Haye y Francis du Hautoy. Cuando Jacobo salía a cazar por los contornos, todo el mundo le preguntaba por Francis, y él contaba las pequeñas indisposiciones de su intendente voluntario, que le daban pie para estar con su mujer. Esta ceguedad parecía tan curiosa en un hombre celoso, que sus amigos disfrutaban haciéndola resaltar y la anunciaban a aquellos que no conocían el misterio, con objeto de divertirles. El señor Du Hautoy era un precioso *dandy* cuyos pequeños cuidados



personales habían degenerado hacia el amaneramiento y la puerilidad. Se ocupaba de su tos, de su sueño, de su digestión y de su comer. Ceferina había hecho que su factótum se convirtiera en un melindroso; ella le enguataba, le encapillaba, le medicaba, le atiborraba de manjares escogidos; le recetaba o le prohibía tal o cual alimento, le bordaba chalecos, cabos de corbata, y pañuelos; había terminado por acostumbrarle a llevar cosas tan lindas, que le metamorfoseaba en una especie de ídolo japonés. Su armonía era, por otra parte, completa. Zizina miraba con cualquier pretexto a Francis, y éste parecía extraer sus ideas de los ojos de Zizina. Criticaban, sonreían juntos, y parecían consultarse hasta para decir los más sencillos buenos días.

El más rico propietario de los contornos, el hombre por todos envidiado, el señor marqués de Pimentel y su mujer, que reunían entre los dos cuarenta mil libras de renta, y pasaban el invierno en París, llegaron del campo en calesa con sus vecinos, el señor barón y la señora baronesa de Rastignac, acompañados de la tía de la baronesa y de sus hijas, dos encantadoras jóvenes, muy educadas, pobres, pero vestidas con aquella sencillez que tanto hace resaltar los encantos naturales. Aquellas personas, que ciertamente constituían la minoría selecta de la reunión, fueron recibidas con un frío silencioso y un respeto preñado de celos, sobre todo cuando vieron la distinción de la acogida que les dispensaba la señora de Bargeton. Aquellas dos familias pertenecían al pequeño grupo de personas que en las provincias se mantienen por encima de los comadros, no frecuentan ninguna sociedad, viven en un retiro silencioso y guardan una imponente dignidad. El señor de Pimentel y el señor de Rastignac eran interpelados por sus títulos; ninguna familiaridad mezclaba a sus mujeres ni a sus hijas en la alta sociedad de Angulema, estaban demasiado próximos a la nobleza de corte para perder el tiempo en las bobadas provincianas.

El prefecto y el general llegaron los últimos, acompañados del hidalgo rural que por la mañana había llevado a la imprenta de David su memoria sobre los gusanos de seda. Era sin duda algún alcalde de distrito recomendable por sus buenas propiedades; pero su modo de hablar y de vestir revelaban que carecía del hábito de frecuentar la sociedad; sentíase cohibido dentro de su ropa, no sabía dónde poner las manos, giraba alrededor de su interlocutor mientras hablaba, se levantaba y volvía a sentarse para responder cuando le dirigían la palabra, parecía dispuesto a prestar un servicio doméstico; mostrábase sucesivamente obsequioso, inquieto, grave, se apresuraba a reír un chiste, escuchaba de un «modo servil, y a veces adoptaba un aire socarrón creyendo que se burlaban de él. Varias veces durante la velada, impulsado por su memoria, trató de hablar de gusanos de seda; pero el desdichado señor de Séverac fue a caer en manos del señor de Bartas, que le contestó hablando de música, y en las del señor de Saintot, que le citó a Cicerón. Hacia la mitad de la velada, el pobre alcalde terminó por entenderse con una viuda y su hija, la señora y la señorita Du Brossard, que no eran las dos figuras menos interesantes de aquella sociedad. Una sola palabra lo dirá todo: eran tan pobres como nobles. Presentaban en su atuendo aquella pretensión al lujo que revela una secreta miseria. La señora Du Brossard

alababa con muy poca habilidad y en todo momento a su alta y gruesa hija, de veintisiete años de edad, que pasaba por ser muy hábil tocando el piano; le hacía compartir oficialmente todas las aficiones de los jóvenes por casar, y en su deseo de colocar a su querida Camila, en una misma velada había pretendido que a ésta le encantaba la vida errante de las guarniciones y la vida sosegada de los propietarios que cultivan sus tierras. Las dos poseían aquella dignidad agrídulce de las personas a las que todo el mundo se complace en compadecer, por quienes la gente se interesa por egoísmo, y que han sondeado el vacío de las frases consoladoras con las que el mundo extrae un placer del hecho de acoger a los desgraciados. El señor de Séverac contaba cincuenta y nueve años, era viudo y no tenía hijos; madre e hija escucharon con devota admiración los detalles que él les dio acerca de sus criaderos de gusanos de seda.

—A mi hija siempre le han gustado los animales —dijo la madre—. Además, como la seda que hacen esos animalitos interesa a las mujeres, os pediré permiso para ir a Séverac a mostrarle a mi Camila cómo se cosecha eso. Es tan inteligente, que en seguida comprenderá todo lo que le digáis. ¿Acaso no comprendió en un día la razón inversa del cuadrado de las distancias?

Esta frase puso fin gloriosamente a la conversación entre el señor de Séverac y la señora Du Brossard, después de la lectura de Luciano.

Algunos contertulios se deslizaron familiarmente en medio de la reunión, así como dos o tres hijos de familia, tímidos, silenciosos, engalanados como relicarios, felices por haber sido invitados a aquella solemnidad literaria y el más atrevido de los cuales charló mucho rato con la señorita de La Haye. Todas las mujeres se alinearon, muy serias, formando un círculo alrededor del cual los hombres se quedaron de pie. Aquella asamblea de personas extrañas, de indumentaria heteróclita, de caras serias, llegó a ser impresionante para Luciano, cuyo corazón palpitó cuando se vio objeto de todas las miradas. Por muy audaz que fuese, no sostuvo fácilmente aquella prueba, a pesar del aliento que le infundía su amante, quien desplegó el fausto de sus reverencias y sus más preciosas gracias al recibir a los conspicuos personajes del Angoumois. El malestar que experimentaba fue prolongado por una circunstancia fácil de prever, pero que debía asustar a un joven todavía poco familiarizado con la táctica del mundo. Luciano, todo ojos y oídos, oíase llamar señor de Rubempré por Luisa, por el señor de Bargeton, por el obispo y por algunos complacientes de la dueña de la casa, y señor Chardon por la mayor parte de aquel público tan temido. Intimidado por las miradas interrogadoras de los curiosos, presentía su apellido burgués al solo movimiento de los labios, y adivinaba los juicios anticipados que se formulaban acerca de él con aquella franqueza provinciana a menudo rayana en la descortesía. Aquellos continuos alfilerazos le indispusieron aún más consigo mismo. Aguardó con impaciencia el momento de dar comienzo a su lectura, con objeto de asumir una actitud que pusiera fin a su suplicio interior; pero Jacobo refería su última partida de caza a la señorita de Pimentel; Adriano hablaba del último astro musical,

de Rossini, con la señorita Laura de Rastignac; Astolfo, que se había aprendido de memoria de una revista la descripción de un nuevo arado, hablaba de esto con el barón. Luciano, pobre poeta, no sabía que ninguna de aquellas inteligencias, salvo la de la señora de Bargeton, era incapaz de comprender la poesía. Todas aquellas personas, faltas de emociones, habían acudido engañándose a sí mismas sobre la naturaleza del espectáculo que les aguardaba. Hay palabras que, semejantes a las trompetas, a los címbalos, a los tambores de los saltimbanquis, atraen siempre al público. Las palabras belleza, gloria, poesía, tienen sortilegios que seducen a los espíritus más bastos.

Cuando todo el mundo hubo llegado, cuando las charlas hubieron tocado a su fin, no sin mil advertencias dadas a los interruptores por el señor de Bargeton, al que su mujer envió como un suizo de iglesia que hace resonar el bastón sobre las losas, Luciano se sentó ante la mesa redonda, al lado de la señora de Bargeton, experimentando una violenta conmoción en el alma. Anunció, con voz trémula, que, para no defraudar la expectación de nadie, iba a leer las obras maestras recientemente descubiertas de un gran poeta desconocido. Aunque las poesías de Andrés de Chénier hubieran sido publicadas el año 1819, nadie en Angulema había oído hablar aún de este poeta. Todo el mundo quiso ver en tal anuncio una artimaña de la señora de Bargeton para no herir el amor propio del poeta y para que los oyentes se encontraran más a sus anchas. Luciano leyó primero *El joven enfermo*, que fue acogido con frases aduladoras pronunciadas en voz baja. Luego *El ciego*, poema que a aquellos espíritus mediocres les pareció largo. Durante su lectura, Luciano fue presa de uno de aquellos sufrimientos infernales que sólo pueden ser comprendidos por eminentes artistas o por aquellas personas a quienes el entusiasmo y una gran inteligencia colocan a su mismo nivel. Para ser traducida por la voz, así como para ser captada, la poesía requiere una atención sagrada. Es preciso que se establezca entre el lector y el auditorio una íntima alianza, sin la cual no pueden tener efecto las eléctricas comunicaciones de los sentimientos. Si falta esta coherencia de las almas, el poeta se encuentra entonces como un ángel que tratara de entonar un himno celestial en medio de las risas y burlas del infierno. Ahora bien, en la esfera en que se desarrollan sus facultades, los hombres inteligentes poseen la vista circunspecta del caracol, el olfato del perro y el oído del topo; ven, huelen y oyen todo a su alrededor. El músico y el poeta se saben admirados o incomprendidos con la misma rapidez con que una planta se agosta o se reanima en una atmósfera amiga u hostil. Los susurros de los hombres que sólo habían acudido allá por sus mujeres, y que hablaban unos con otros de sus negocios, resonaban en el oído de Luciano por las leyes de esa peculiar acústica; de la misma manera que veía los hiatos simpáticos de algunas mandíbulas violentamente entreabiertas, y cuyos dientes le hacían befa. Cuando, semejante a la paloma del diluvio, buscaba un rincón favorable donde su mirada pudiera posarse, encontraba los ojos impacientes de personas que evidentemente pensaban aprovecharse de aquella reunión para interrogarse acerca de algunos intereses positivos. Con excepción de

Laura de Rastignac, de dos o tres jóvenes y del obispo, todos los asistentes se aburrían. En efecto, aquellos que comprenden la poesía, tratan de desarrollar en su alma lo que el autor ha puesto en germen en sus versos; pero aquellos oyentes gélidos, lejos de aspirar el alma del poeta, ni siquiera escuchaban sus acentos. Luciano experimentó, pues, un desaliento tan profundo, que un sudor frío empapó su camisa. Una mirada de fuego disparada por Luisa, hacia la cual se volvió, le dio el valor suficiente para concluir; pero su corazón sangraba por mil heridas.

—¿Encontráis muy divertido todo esto, Fifina? —dijo a su vecina la flaca Lili, que quizás esperaba asistir a un espectáculo circense.

—No me preguntéis mi opinión, querida, los ojos se me cierran tan pronto como oigo leer algo.

—Espero que Naís no nos dará a menudo versos, por la noche —dijo Francis—. Cuando oigo leer después de cenar, la atención que me veo obligado a prestar perturba mi digestión.

—Pobre gatito mío —le dijo Ceferina en voz baja— tomaos un vaso de agua con azúcar.

—Está muy bien declamado —dijo Alejandro—, pero yo prefiero el *whist*.

Al oír esta respuesta, que pasó por ingeniosa a causa del significado inglés de la palabra, algunas jugadoras pretendieron que el lector tenía necesidad de descansar. Con este pretexto, una o dos parejas se escabulleron hacia el gabinete. Luciano, suplicado por Luisa, por la encantadora Laura de Rastignac y por el obispo, volvió a despertar la atención, gracias al brío contrarrevolucionario de los Yambos, que varias personas, seducidas por el calor con que fueron declamados, aplaudieron sin comprenderlos. Esa clase de gente es influible por la vociferación, de la misma manera que los paladares groseros son excitados por los licores fuertes. Durante un instante en que se tomaron sorbetes, Ceferina envió a Francis a que viese el volumen, y dijo a su vecina Amelia que los versos leídos por Luciano estaban impresos.

—Es muy sencillo —respondió Amelia con visible gozo—, el señor de Rubempré trabaja en una imprenta. Es —dijo mirando a Lolota— como si una mujer hermosa se hiciera ella misma los vestidos.

—Él mismo ha imprimido sus poesías —dijéronse las mujeres.

—¿Por qué se llama entonces señor de Rubempré? —preguntó Jacobo—. Cuando un noble trabaja con sus propias manos, debe renunciar a su apellido.

—Ha renunciado efectivamente al suyo, que era plebeyo —dijo Zizina—, pero para tomar el de su madre, que es noble.

—Puesto que sus versos se hallan impresos, podemos leerlos nosotros mismos —dijo Astolfo.

Esta estupidez complicó la cuestión hasta que Sixto du Châtelet se dignó decir a aquella ignorante concurrencia que el anuncio no había sido una precaución oratoria, y que aquellas hermosas poesías pertenecían a un hermano monárquico del revolucionario María José Chénier. La sociedad de Angulema, con excepción del

obispo, de la señora de Rastignac y de sus dos hijas, a quienes aquella gran poesía había cautivado, creyóse engañada y se ofendió a causa de tamaña superchería. Elevóse un sordo murmullo; pero Luciano no lo oyó. Aislado de aquel mundo odioso por la embriaguez que le era producida por una melodía interior, esforzábale en repetirla, y veía las caras como a través de una nube. Leyó la lúgubre elegía sobre el suicidio, compuesta en estilo clásico, en la que se respira una sublime melancolía; luego aquella en la que se encuentra este verso:

*Tes vers sont doux, j'aime à les répéter.*

Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.

Finalmente terminó por el suave idilio titulado *Néère*.

Sumida en un delicioso sueño de la fantasía, con una mano en sus bucles, que había deshecho sin darse cuenta, otra mano dejada colgando, con los ojos distraídos, sola en medio del salón, la señora de Bargeton sentíase por primera vez en su vida transportada a la esfera que le era propia. Considerad cuán desagradablemente vino a distraerla Amelia, que se había encargado de comunicarle los deseos públicos.

—Naís, nosotros habíamos venido para oír las poesías del señor Chardon, y vos nos dais versos impresos. Aunque esos fragmentos sean muy lindos, por patriotismo esas señoras preferirían vino de la región.

—¿No os parece que la lengua francesa se presta poco a la poesía? —dijo Astolfo al director de las contribuciones—. Encuentro mil veces más poética la prosa de Cicerón.

—La verdadera poesía francesa es la poesía ligera, la canción —respondió Châtelet.

—La canción demuestra que nuestra lengua es muy musical —dijo Adriano.

—A mí me gustaría conocer los versos que han ocasionado la pérdida de Naís —dijo Ceferina—; pero la forma en que ha acogido la petición de Amelia, indica que no está dispuesta a ofrecernos de ellos una muestra.

—Ella se debe a sí misma al hacérselos recitar —repuso Francisco—, porque el talento de ese hombrecito es su justificación.

—Vos, que habéis sido diplomático, alcanzadnos esto —dijo Amelia al señor Du Châtelet.

—Nada más fácil —contestó el barón.

El ex secretario de la princesa, acostumbrado a aquellos pequeños manejos, fue al encuentro del obispo y supo ponerle al corriente de lo que se trataba. Rogada por monseñor, Naís viose obligada a pedir a Luciano algún fragmento que supiese de memoria. El rápido éxito del barón en esta negociación le valió una lánguida sonrisa de Amelia.

—Decididamente, ese barón es muy ingenioso —dijo a Lolota.

Lolota se acordaba de la frase agrídulce de Amelia acerca de las mujeres que sé

hacían ellas mismas los vestidos.

—¿Desde cuándo reconocéis a los barones del Imperio? —díjole sonriendo.

Luciano había intentado deificar a su amante en una oda que le dedicó bajo un título inventado por todos los jóvenes al salir del instituto. Esta oda, tan complacientemente acariciada, embellecida por todo el amor que sentía en su corazón, parecióle la única obra capaz de competir con la poesía de Chénier. Miró con aire bastante fatuo a la señora de Bargeton diciendo: ¡A ELLA! Luego se dispuso muy ufano a desarrollar aquella pieza ambiciosa, porque su amor propio de autor se sentía a sus anchas tras las faldas de la señora de Bargeton. En aquel momento, Naís dejó escapar su secreto a los ojos de las mujeres. A pesar de la costumbre que tenía de dominar a aquella sociedad desde la altura de su inteligencia, no pudo por menos de temblar por Luciano. Sintióse cohibida, sus miradas pidieron en cierto modo indulgencia; luego viose obligada a permanecer con los ojos bajos, a medida que iban desgranándose las estrofas siguientes.

### A ELLE

*Du sein de ces torrents de gloire et de lamière,*

*Où, sus des sistres d'or, les anges attentifs,*

*Aux pieds de Jéhova redisent la prière*

*De nos astres plaintifs;*

*Souvent un chérubin à chevelure blonde,*

*Voilant l'éclat de Dieu sur son front arrêté,*

*Laisse aux parvis des cieus son plumage argenté,*

*Et descend sur le monde.*

*Il a compris de Dieu le bienfaisant regard:*

*Du génie aux abois il endort la souffrance;*

*Jeune filie adorée, il berce le vieillard*

*Dans les fleurs de l'enfance;*

*Il inscrit des méchants les tardifs repentirs;*

*A la mère inquiète, il dit en rêve. Espère!*

*Et, le coeur plein de joie, il compte les soupirs*

*Qu'on donne à la misère.*

*De ces beaux messagers un seul est parmi nous,*

*Que la terre amoureuse arrête dans sa route;*

*Mais il pleure, et poursuit d'un regard triste et doux*

*La paternelle vouête.*

*Ce n'est point de son front l'éclatante blancheur*

*Qui m'a dit le secret de sa noble origine,*

*Ni l'éclair de ses yeux, ni la féconde ardeur*

*De sa vertu divine.*

*Mais par tant de lueur mon amour ébloui  
A tenté de s'unir à sa sainte nature,  
Et du terrible archange il a heurté sur lui  
L'impénétrable armure.  
Ah! gardez, gardez bien de lui laisser revoir  
Le brillant séraphin qui vers les cieux revole;  
Trop tôt il en saurait la magique parole  
Qui se chante le soir!  
Vous verriez alors, des nuits perçant les voiles,  
Comme un point de Vaurore, atteindre les étoiles  
Par un vol fraternel;  
Et le marin qui veille, attendent un présage,  
De leurs pieds lumineux montrerait le passage,  
Comme un phare éternel.*

### A ELLA

Desde el seno de aquellos torrentes de gloria y de luz,— donde, con sistros de oro, los ángeles atentos, — a los pies de Jehová repiten la plegaria — de nuestros astros quejumbrosos;

A menudo un querubín de rubia cabellera, — velando el fulgor de Dios en su frente, — deja en los atrios celestiales su plateado plumaje, — y al mundo descende.

Ha comprendido de Dios la mirada bienhechora: —del genio en cierne mitiga el sufrimiento; — joven adorada, acuna al anciano — en las flores de la infancia;

Inscribe de los malvados el tardío arrepentimiento; — a la madre inquieta le dice en sueños: ¡Espera! — y, con el corazón lleno de gozo, cuenta los suspiros — que se dan a la miseria.

De esos bellos mensajeros uno sólo se halla entre nosotros, — al que la tierra amorosa detiene en su camino; — pero él llora, y con mirada triste y dulce contempla — la paternal bóveda.

No es en modo alguno la blancura deslumbrante de su frente — quien me ha revelado el secreto de su noble origen — ni el fulgor de sus ojos, ni el fecundo ardor — de su virtud divina.

Pero deslumbrado, mi amor por tanta luz — ha tratado de unirse a su santa naturaleza, — y del terrible arcángel ha tropezado — con la impenetrable armadura.

¡Ah!, guardaos muy bien de dejar que vuelva a contemplar— al brillante serafín que hacia los cielos remonta el vuelo; — ¡tarde o temprano sabría la mágica palabra — que por la noche se canta! — Entonces le veríais atravesando el velo de la noche — como un punto de la aurora, llegar a las estrellas — con vuelo fraternal; — y el marino que vela, aguardando un presagio, — de sus pies luminosos mostraría la estela, — cual eterno faro.

—¿Vos comprendéis ese retruécano? —dijo Amelia al señor Du Châtelet con una mirada llena de coquetería.

—Son versos como todos nosotros, quien más, quien menos, hemos hecho al salir del colegio —respondió el barón con un aire aburrido, para obedecer a su papel de juzgador al que nada asombra—. En otro tiempo nos daba por las brumas osiánicas. Se trataba de Malvinas, de Fingales, de apariciones vagas y nebulosas, y de guerreros que salían de sus tumbas con estrellas en lo alto de sus cabezas. Actualmente este baturrillo poético es sustituido por Jehová, por los sistros, los ángeles, las plumas de los serafines y por todo el guardarropa del cielo remendado con las palabras inmenso, infinito, soledad e inteligencia. Se trata de lagos, de palabras de Dios, una especie de panteísmo cristianizado, enriquecido con rimas raras, muy rebuscadas, como gladiolo y Mausolo. En fin, hemos cambiado de latitud; en lugar de encontrarnos al Norte, estamos a Oriente, pero no por ello son más densas las tinieblas.

—Si la oda es oscura —dijo Ceferina—, la declaración se me antoja muy clara.

—Y la armadura del arcángel es un vestido de muselina bastante ligero —añadió Francis.

Aunque la cortesía exigiese que se encontrase la oda sumamente fascinante a causa de la señora de Bargeton, las mujeres, furiosas por no tener poeta a su servicio para que las tratase de ángeles, se levantaron como aburridas, murmurando con aire glacial: *muy bien, muy lindo, perfecto*.

—Si me amáis, no felicitaréis ni al autor ni a su ángel —dijo Lolota a su caro Adriano con un aire despótico al que éste tuvo que obedecer.

—Después de todo, se trata de frases —murmuró Ceferina Francis—, y el amor es una poesía en acción.

—Acabáis de decir, Zizina, una cosa que yo pensaba, pero que no habría sabido expresar en forma tan delicada —repuso Estanislao, examinándose a sí mismo de arriba abajo con mirada acariciadora.

—Yo no sé lo que daría —murmuró Amelia a Du Châtelet— para que se le rebajasen los humos a Naís, que se hace tratar de arcángel, como si fuera más que nosotras, y que nos está encanallando con el hijo de un boticario y de una enfermera, que trabaja en una imprenta y cuya hermana es una planchadora.

—Ya que su padre vendía galletas contra las lombrices —dijo Jacobo—, tenía que haber hecho que su hijo comiera de ellas.

—Continúa el oficio de su padre, porque lo que acaba de darnos nos parece una medicina —repuso Estanislao, asumiendo una de sus actitudes más provocativas—. Medicina por medicina, yo preferiría otra cosa.

En un momento, todos se habían puesto de acuerdo para humillar a Luciano con alguna frase de ironía aristocrática. Lilí, la devota, vio una acción caritativa en el acto de decir que ya era hora de aconsejar a Naís, la cual estaba a punto de hacer una locura. Francis, el diplomático, se encargó de llevar a buen término aquella estúpida



conspiración en la que toda aquella gente mediocre se interesó como en el desenlace de un drama, y en la que vieron una aventura que contar al día siguiente. El ex cónsul, que se preocupaba poco por tener que batirse con un joven que, en presencia de su amante, se pondría furioso al oír una palabra insultante, comprendió que era preciso asesinar a Luciano con un hierro sagrado contra el cual la venganza fuera imposible. Imitó el ejemplo que le había dado el hábil Du Châtelet cuando se trató de lograr que Luciano dijese versos suyos. Fue a charlar con el obispo fingiendo compartir el entusiasmo que la oda había inspirado a Su Ilustrísima; luego le engañó haciéndole creer que la madre de Luciano era una mujer superior y de extraordinaria modestia, que suministraba a su hijo los temas de todas sus composiciones. El mayor placer para Luciano era ver que se hacía justicia a su madre, a la que adoraba. Una vez inculcada esta idea al obispo, Francis confió en el azar de la conversación para lograr que se pronunciara la palabra ofensiva que él había meditado hacer decir a Monseñor. Cuando Francis y el obispo volvieron al círculo en cuyo centro se encontraba Luciano, la atención subió de punto entre las personas que ya le estaban haciendo beber la cicuta a pequeños sorbos. Completamente ajeno a las maniobras de los salones, el pobre poeta sólo sabía mirar a la señora de Bargeton y responder torpemente a las torpes preguntas que le dirigían. Ignoraba los nombres y las cualidades de la mayor parte de las personas presentes, y no sabía qué clase de conversación había de sostener con unas mujeres que le decían unas tonterías de las cuales él se sentía avergonzado. Por otra parte, sentíase a mil leguas de aquellas divinidades angulemenses, al oírse llamar ora señor Chardon, ora señor de Rubempré, mientras que ellas se llamaban Lolota, Adriano, Astolfo, Lilí y Fifina. Su confusión llegó al colmo cuando, habiendo tomado Lilí por apellido, llamó señor Lilí al brutal señor de Senonches. Aquel Nemrod interrumpió a Luciano con un: «¿Señor Lulú?» que hizo a la señora de Bargeton sonrojarse hasta las orejas.

—Hace falta haber estado muy ciega para admitir aquí y presentamos a ese pobre diablo —dijo a media voz.

—Señora marquesa —dijo Ceferina a la señora de Pimentel, en voz baja, pero de forma que se la oyese—, ¿no encontráis un gran parecido entre el señor Chardon y el señor de Cante-Croix?

—El parecido es ideal —respondió sonriendo la señora de Pimentel.

—La gloria tiene seducciones que uno puede confesar —dijo la señora de Bargeton a la marquesa—. Hay mujeres que se enamoran de la grandeza como otras se enamoran de la pequeñez —añadió mirando a Francis.

Ceferina no comprendió, porque encontraba muy alto a su cónsul, pero la marquesa se puso del lado de Naís al echarse a reír.

—Sois muy afortunado, señor —dijo a Luciano el señor de Pimentel, que se corrigió para llamarle señor de Rubempré, después de haberle llamado Chardon—, vos no debéis aburriros nunca, ¿verdad?

—¿Trabajáis rápidamente? —le preguntó Lolota, con el mismo aire con que podía

haber preguntado a un carpintero: «¿Tardáis mucho tiempo en hacer una caja?»

Luciano quedóse desconcertado ante este golpe brutal; pero levantó la cabeza al oír que la señora de Bargeton respondía sonriendo:

—Querida, la poesía no brota de la cabeza del señor de Rubempré como la hierba en nuestros patios.

—Señora —dijo el obispo a Lolota—, nunca sería bastante el respeto que pudiéramos sentir para las nobles inteligencias en las que Dios pone uno de sus rayos. Sí, la poesía es cosa santa. Quien dice poesía, dice sufrimiento. ¡Cuántas noches silenciosas no habrán valido las estrofas que vos admiráis! Saludad con amor al poeta, que casi siempre lleva una vida desgraciada, y a quien Dios ha reservado sin duda un lugar en el cielo entre sus profetas. Este joven es un poeta —añadió apoyando su mano en la frente de Luciano—, ¿no veis alguna fatalidad impresa en esta hermosa frente?

Feliz de verse tan noblemente defendido, Luciano saludó al obispo con una dulce mirada, sin saber que el digno prelado iba a ser su verdugo. La señora de Bargeton lanzó contra el círculo enemigo miradas llenas de triunfo, que se hundieron, como otros tantos dardos, en el corazón de sus rivales, cuya rabia fue en aumento.

—¡Ah! Monseñor —respondió el poeta, esperando golpear aquellas cabezas imbéciles con su cetro de oro—, el vulgo no tiene ni vuestra inteligencia ni vuestra caridad. Nuestros dolores son ignorados, nadie sabe de nuestros trabajos. El minero encuentra menos dificultad en extraer el oro de la mina que nosotros en arrancar nuestras imágenes a las entrañas de la más ingrata de las lenguas. Si el fin de la poesía consiste en poner las ideas en el punto preciso en que todo el mundo pueda verlas y sentir las, el poeta debe recorrer incesantemente la escala de las inteligencias humanas con objeto de satisfacerlas a todas; debe esconder bajo los más vivos colores la lógica y el sentimiento, dos poderes enemigos; necesita encerrar todo un mundo de ideas en una sola palabra, resumir filosofías enteras en una descripción; en fin, sus versos son semillas cuyas flores deben abrirse en los corazones, buscando los surcos cavados por los sentimientos personales. ¿No hace falta haberlo sentido todo, para poder expresarlo todo? Y sentir intensamente, ¿no es acaso sufrir? Así, las poesías sólo nacen después de penosos viajes emprendidos por las vastas regiones del pensamiento y de la sociedad. ¿No fueron trabajos inmortales aquellos a los que debemos criaturas cuya vida se vuelve más auténtica que la de los seres que vivieron realmente, como *Clarisa* de Richardson, *Camila* de Chénier, *Delia* de Tíbulo, *Angélica* del Ariosto, *Aloestes* de Molière, *Fígaro* de Beaumarchais, y *Don Quijote* de Cervantes?

—Y vos, ¿qué es lo que vais a crearnos? —preguntó Du Châtelet.

—Anunciar tales concepciones —respondió Luciano—, ¿no es darse patente de hombre genial? Por otra parte, estos alumbramientos sublimes requieren una larga experiencia del mundo, un estudio de las pasiones y de los intereses humanos que yo no puedo haber realizado; pero ya estoy empezando —dijo con amargura, lanzando

una mirada vengativa hacia aquel círculo—. El cerebro lleva desde hace mucho tiempo...

—Vuestro parto será laborioso —dijo el señor Du Haurtoy interrumpiéndole.

—Vuestra excelente madre podrá ayudaros —añadió el obispo.

Esta frase tan hábilmente preparada, esta venganza esperada encendió en todos los ojos un relámpago de alegría. En todas las bocas apareció una sonrisa de satisfacción aristocrática, aumentada por la imbecilidad del señor de Bargeton que se echó a reír al cabo de un rato.

—Monseñor, sois demasiado profundo para nosotros en este momento, y esas damas no os comprenden —dijo la señora de Bargeton, que con estas solas palabras paralizó las risas y atrajo sobre ella las asombradas miradas—. Un poeta que toma todas sus inspiraciones de la Biblia, tiene en la Iglesia una verdadera madre. Señor de Rubempré, recitadnos *San Juan en Palmos*, o el *Banquete de Baltasar*, para mostrar a monseñor que Roma sigue siendo la *Magna parens* de Virgilio.

Las mujeres cambiaron una sonrisa al oír que Naís decía estas dos palabras latinas.

Al principio de la vida, los ánimos más valerosos no están exentos de momentos de abatimiento. Aquel golpe había precipitado de pronto a Luciano al fondo del agua; pero golpeó con el pie, y volvió a la superficie, jurándose a sí mismo que dominaría a aquella sociedad. Como el toro herido por mil dardos, irguióse furioso, y se disponía a obedecer a la voz de Luisa, declamando el *San Juan en Palmos*; pero la mayor parte de las mesas de juego habían atraído a sus jugadores, que volvían a caer en la rutina de sus costumbres, encontrando en ella un placer que la poesía no les había dado. Además, la venganza de tantos amores propios irritados no habría sido completa sin el desdén negativo que testimoniaron para la poesía indígena abandonando a Luciano y a la señora de Bargeton. Todos parecieron preocupados: éste fue a hablar de un camino cantonal con el prefecto, aquél habló de variar los placeres de la tertulia haciendo un poco de música. La alta sociedad de Angulema, sintiéndose mal juez en cuestiones de poesía, sentía especial curiosidad por conocer la opinión de los Rastignac y de los Pimentel acerca de Luciano, y varias personas fueron al grupo de éstos. La alta influencia que esas dos familias ejercían en el departamento era siempre reconocida en las grandes circunstancias; todos les tenían celos y les cortejaban, porque todo el mundo preveía que habría de tener necesidad de su protección.

—¿Qué os parece nuestro poeta y su poesía? —dijo Jacobo a la marquesa en cuya propiedad cazaba.

—Para ser versos de provincias —dijo sonriendo—, no están mal, por otra parte, un poeta tan guapo no puede hacer mal ninguna cosa.

Todos encontraron adorable esta sentencia, y corrieron a repetirla atribuyéndole peor intención de la que en realidad había tenido la marquesa al pronunciarla. Du Châtelet fue entonces invitado a acompañar al señor de Bartas, que asesinó la sublime música de Fígaro. Una vez abierta la puerta a la música, fue preciso escuchar la

romanza caballescica compuesta bajo el Imperio por Chateaubriand, cantada por Du Châtelet. Luego vinieron las piezas a cuatro manos, ejecutadas por unas niñas, y reclamados por la señora Du Brossard, que quería hacer brillar el talento de su querida Camila a los ojos del señor de Séverac.

La señora de Bargeton, herida por el desprecio que todos testimoniaban a su poeta, pagó desdén con desdén, yendo a su gabinete y permaneciendo en él todo el tiempo que en el salón estuvieron haciendo música. Fue seguida del obispo, a quien su vicario había explicado la profunda ironía de su involuntario epigrama, y que deseaba arreglar la cosa. La señorita de Rastignac, a quien la poesía había cautivado, deslizóse al interior del gabinete, a escondidas de su madre. Al sentarse en su canapé, al cual arrastró a Luciano, Luisa pudo, sin ser oída ni vista, decirle al oído:

—¡Ángel querido, no te han comprendido! Pero...

«Tus versos son dulces, me gusta repetirlos.»

Luciano, consolado por este halago, olvidóse por un momento de sus dolores.

—No hay gloria a precio vil —le dijo la señora de Bargeton estrechándole la mano—. Sufrid, sufrid, amigo mío, seréis grande, vuestros dolores serán el precio de vuestra inmortalidad. Yo quisiera tener que soportar los trabajos de una lucha. Dios os guarde de una vida insípida y sin combates, donde las alas del águila no encuentran suficiente espacio. Yo envidio vuestros sufrimientos, porque vos, por lo menos, vivís. Desplegaréis vuestras fuerzas y esperaréis una victoria. Vuestra lucha será gloriosa. Cuando hayáis llegado a la esfera imperial en la que gobiernan las grandes inteligencias, acordaos de las pobres personas desheredadas de la fortuna, cuya inteligencia se aniquila bajo la opresión de un azote moral y que perecen después de haber sabido constantemente lo que era la vida sin poder vivir, que tuvieron ojos penetrantes y nada vieron, cuyo olfato era delicado y sólo percibieron el hedor de flores pestilentes. Cantad entonces la planta que se seca al fondo de una selva, sofocada por las lianas, por vegetaciones voraces, tupidas, sin haber sido amada por el sol, y que muere sin haber florecido. ¿No sería un poema de horrible melancolía, un tema muy fantástico? ¿Qué composición tan sublime la descripción de una joven nacida bajo los cielos del Asia o de alguna hija del desierto transportada a un frío país de Occidente, llamando a su sol bienamado, muriendo de dolores incomprensibles, igualmente anonadada de frío y de amor! Sería el trasunto de muchas existencias.

—Vos describiríais así el alma que se acuerda del cielo —dijo el obispo—, un poema que ya hace tiempo debiera haberse escrito, y que me ha complacido tener un fragmento de él en el Cantar de los cantares.

—Arriesgaos a esa empresa —dijo Laura de Rastignac, expresando una ingenua fe en el talento de Luciano.

—Francia necesita un gran poema sacro —dijo el obispo—. Creedme, la gloria y la fortuna pertenecerán al hombre de talento que trabaje para la religión.

—Lo hará, monseñor —dijo la señora de Bargeton, con énfasis—. ¿No veis la

idea del poema, asomando ya como una llama de la aurora en sus ojos?

—Naís nos trata muy mal —decía Fifina—. ¿Qué estará haciendo?

—¿No la oís? —respondió Estanislao—. Está montada a caballo sobre sus grandes frases que no tiene pies ni cabeza.

Amelia, Fifina, Adriano y Francis aparecieron en la puerta del gabinete, acompañando a la señora de Rastignac, que iba a buscar a su hija para marcharse.

—Naís —dijeron las dos mujeres, encantadas de poder turbar la conversación del gabinete—, ¿seríais tan amable de interpretarnos alguna pieza?

—Querida —respondió la señora de Bargeton—, el señor de Rubempré va a recitarnos su *San Juan en Patmos*, un magnífico poema bíblico.

—¡Bíblico! —repitió Fifina, asombrada.

Amelia y Fifina volvieron al salón, llevando esta palabra como un tema para burlas. Luciano se excusó de recitar el poema, objetando su falta de memoria. Cuando reapareció, ya no despertó el menor interés. Todos charlaban o jugaban. El poeta había sido despojado de todos sus rayos, los propietarios no veían en él nada útil, las personas con pretensiones le consideraban como un poder hostil a su ignorancia, las mujeres celosas de la señora de Bargeton, la Beatriz de aquel nuevo Dante, según el vicario, le lanzaban miradas fríamente desdeñosas.

«He aquí, pues, el mundo», díjose Luciano descendiendo al Houmeau por las cuestas de Beaulieu, porque hay instantes en la vida en que se desea tomar el camino más largo, para mantener caminando el movimiento de las ideas en las que uno se encuentra y a cuya corriente quiere entregarse. Lejos de desanimarle, la rabia del ambicioso rechazado daba a Luciano nuevas fuerzas. Como todas las personas llevadas por su instinto a una esfera elevada a la que llegan antes de poderse sostener en ella, prometíase sacrificarlo todo para permanecer en la alta sociedad. Caminando, iba arrancándose uno tras otro los dardos envenenados que había recibido, hablaba consigo mismo en voz alta, reprendía a los necios con quienes había tenido que vérselas; encontraba respuestas ingeniosas para las necias preguntas que se le habían hecho, y se desesperaba de tener tanto ingenio cuando había pasado la ocasión. Al llegar a la carretera de Burdeos, que discurre serpenteando por el pie de la montaña y costea las orillas del Charenta, creyó ver, al claro de luna, a Eva y a David sentados sobre un tronco, junto al río, cerca de una fábrica, y descendió hacia ellos por un sendero.

Mientras Luciano corría hacia su suplicio en casa de la señora de Bargeton, su hermana se había puesto un vestido de percalina rosa de mil rayas, el sombrero de paja y un pequeño chal de seda; sencillo atuendo que hacía creer que iba muy engalanada, como les sucede a todas las personas en quienes una grandeza natural realza los más pequeños accesorios. Así, cuando se quitaba su vestido de obrera, intimidaba extraordinariamente a David. Aunque el impresor hubiera decidido hablar de sí mismo, no halló nada para decir cuando dio el brazo a la hermosa Eva para atravesar el Houmeau. El amor se complace en estos respetuosos terrores, parecidos a

los que la gloria de Dios causa en los fieles. Los dos amantes caminaron en silencio hacia el puente de Santa Ana, para llegar a la orilla izquierda del Charenta. Eva, a quien pareció embarazoso aquel silencio, se detuvo hacia la mitad del puente para contemplar el río, que, desde allí hasta el lugar en que se estaba construyendo la fábrica de pólvora, forma un largo manto en el que el sol poniente proyectaba entonces una alegre estela de luz.

—¡Qué tarde tan hermosa! —dijo buscando un tema de conversación—. El aire es a la vez tibio y fresco, las flores embalsaman el ambiente, y el cielo es magnífico.

—Todo habla al corazón —respondió David tratando de llegar a su amor por analogía—. Para las personas que aman hay un placer infinito en encontrar en los accidentes de un paisaje, en la transparencia del aire, en los perfumes de la tierra, la poesía que ellas tienen en el alma. La naturaleza habla por ellos.

—Y también les suelta la lengua —dijo Eva riendo—. Estabais muy silencioso cuando atravesábamos el Houmeau. ¿Sabéis que me sentía molesta...?

—Es que os encontraba tan hermosa, que estaba como fascinado —respondió ingenuamente David.

—Entonces, ¿es que soy menos hermosa en este momento? —le preguntó la joven.

—No, pero soy tan feliz al pasear a solas con vos, que...

Se detuvo, confuso, y miró hacia las colinas por donde desciende la carretera de Saintes.

—Si encontráis algún placer en este paseo, estoy encantada por ello, porque me creo obligada a daros una velada a cambio de la que vos me habéis sacrificado a mí. Al negaros a ir a casa de la señora de Bargeton, habéis estado tan generoso como Luciano al arriesgarse a que ella se enojase a causa de su petición.

—No generoso, sino prudente —respondió David—. Puesto que estamos a solas bajo la bóveda del cielo, sin otros testigos más que las cañas y las matas que bordean el Charenta, permitidme, querida Eva, que os exprese algunas de las inquietudes que me ocasiona el paso que acaba de dar Luciano. Después de lo que acabo de deciros, mis temores os parecerán, así lo espero, un refinamiento de la amistad. Vos y vuestra madre habéis hecho todo para colocarle por encima de su posición; pero al excitar su ambición, ¿no le habéis destinado imprudentemente a grandes sufrimientos? ¿Cómo va a sostenerse en el mundo hacia el cual le llevan sus aficiones? ¡Le conozco! Tiene tendencia a querer las cosechas sin el trabajo. Los deberes de la sociedad le devorarán su tiempo, y el tiempo es el único capital de las personas que sólo tienen su inteligencia por fortuna; le gusta brillar, el mundo irritará sus deseos, deseos que ninguna suma podrá satisfacer, gastará dinero y no lo ganará; en fin, le habéis acostumbrado a creerse grande; pero, antes de reconocer una superioridad cualquiera, el mundo exige éxitos ruidosos. Ahora bien, los éxitos literarios sólo se conquistan en la soledad y por medio de una labor obstinada. ¿Qué es lo que dará la señora de Bargeton a vuestro hermano a cambio de tantas horas pasadas a sus pies? Luciano es

demasiado orgulloso para aceptar la ayuda de esa mujer, y nosotros sabemos que aún es demasiado pobre para continuar viendo su sociedad, que es doblemente ruinosa. Tarde o temprano esa mujer abandonará a nuestro querido hermano, después de haberle hecho perder la afición al trabajo, de haber desarrollado en él la afición al lujo, el desprecio de nuestra vida sobria, el amor de los placeres y su inclinación a la ociosidad, ese desenfreno propio de las almas poéticas. Sí, mucho me temo que esa gran dama se esté divirtiendo con Luciano como si fuera un juguete: o le ama sinceramente y hará que él se olvide de todo, o no le ama y le hará desgraciado, porque está loco por ella.

—Me heláis el corazón —dijo Eva, deteniéndose en la presa del Charenta—. Pero mientras mi madre tenga fuerzas para ejercer su penoso oficio y mientras yo viva, el producto de nuestro trabajo bastará quizá para los gastos de Luciano, y le permitirán aguardar el momento en que empiece su fortuna. Jamás me faltará el valor, porque la idea de trabajar para una persona amada —dijo Eva animándose—, le quita al trabajo toda su amargura y su lado enojoso. Soy feliz al pensar para quien me estoy buscando tantas molestias, si es que en realidad se trata de molestias. Sí, no temáis, ganaremos el dinero suficiente para que Luciano pueda frecuentar la buena sociedad. En ella está su fortuna.

—En ella está también su ruina —repuso David—. Escuchadme, querida Eva. La lenta ejecución de las obras geniales exige una fortuna considerable o el sublime cinismo de una vida pobre. Creedme, Luciano tiene tanto horror a las privaciones debidas a la miseria, ha saboreado con tanta complacencia el aroma de los festines y el incienso de los éxitos, y su amor propio se ha desarrollado hasta tal punto en el gabinete de la señora de Bargeton, que lo intentará todo antes de caer de la situación en que se encuentra; además, el producto de vuestro trabajo jamás estará en relación con sus necesidades.

—¡Entonces, no sois más que un falso amigo! —exclamó Eva desesperada—. De otro modo no me desanimaríais así.

—¡Eva, Eva! —respondió David—. Yo quisiera ser el hermano de Luciano. Solamente vos podéis darme ese título, que le permitiría aceptarlo todo de mí, y que me daría el derecho de consagrarme a él con todo el santo amor que vos ponéis en vuestros sacrificios, pero llevando a ellos el discernimiento del calculador. Eva, querida niña mía, ¡haced que Luciano tenga un tesoro del que pueda disponer sin tener que avergonzarse! La bolsa de un hermano, ¿acaso no será como la de él mismo? ¡Si supierais todas las reflexiones que me ha sugerido la nueva situación de Luciano! Si quiere ir a casa de la señora de Bargeton, el pobre muchacho ya no debe ser mi regente de imprenta, ni puede vivir en el Houmeau; vos no debéis continuar siendo obrera, ni vuestra madre seguir desempeñando su profesión. Si vos consintierais en ser mi mujer, todo resultaría más fácil: Luciano podría vivir en el segundo piso de mi casa, mientras yo le construyera un apartamento encima del cobertizo al fondo del patio, a menos que mi padre quiera levantar otro piso. De este

modo le arreglaríamos una vida sin preocupaciones, una vida independiente. Mi deseo de ayudar a Luciano me dará para hacer fortuna unos ánimos que yo no tendría si solamente se tratara de mí; pero depende de vos el autorizar mi abnegación. Quizás un día vaya a París, el único teatro donde él pueda salir a escena, y donde su talento será apreciado y recompensado. La vida en París está muy cara, y nosotros tres no seremos demasiados para ayudarlo a residir allá. Por otra parte, tanto a vos como a vuestra madre, ¿no os faltará un apoyo? Eva, casaos conmigo por amor hacia Luciano. Más tarde quizá me amaréis al ver los esfuerzos que yo haré para servirle y para haceros dichosa. Nosotros dos somos igualmente modestos en nuestros gustos, necesitaremos poca cosa; la felicidad de Luciano será nuestro objeto principal, y su corazón será el tesoro en el que pondremos fortuna, sentimientos, sensaciones, ¡todo!

—Las conveniencias sociales nos separan —dijo Eva, conmovida, viendo cuán pequeño se hacía aquel gran amor—. Vos sois rico y yo soy pobre. Es preciso amar mucho para pasar por encima de semejante dificultad.

—Entonces, ¿no me amáis aún lo suficiente? —exclamó David, aterrado.

—Quizá vuestro padre se opondría...

—Bien, si no se trata más que de consultar a mi padre —respondió David—, vos seréis mi esposa. ¡Eva, querida Eva! En un instante acabáis de hacer que mi vida me resulte muy fácil. ¡Ay!, tenía el corazón muy cargado de sentimientos que no podía ni sabía expresar. Decidme solamente que me amáis un poco, y cobraré el valor necesario para hablaros de todo lo demás.

—En realidad —contestó Eva—, hacéis que me sienta cohibida; pero, puesto que nos confiamos mutuamente nuestros sentimientos, os diré que en mi vida no había pensado en otro hombre más que en vos. He visto en vos a uno de esos hombres a los cuales una mujer puede sentirse orgullosa de pertenecer, y yo, pobre obrera, no me atrevía a esperar tan alto destino.

—Basta, basta —dijo David, sentándose en el borde de la presa, a la cual habían vuelto, porque iban y venían como locos, recorriendo el mismo espacio.

—¿Qué os sucede? —preguntó Eva, expresando por primera vez aquella inquietud tan encantadora que las mujeres experimentan para un ser que les pertenece.

—Nada que no sea magnífico —repuso David—. Al ver toda una vida feliz, el espíritu queda como deslumbrado, el alma está abrumada. ¿Por qué soy yo el más dichoso? —dijo con una expresión de melancolía—. Pero lo sé muy bien.

Eva miró a David con aire coquetón y de duda, como pidiendo una explicación.

—Querida Eva, yo recibo más de lo que doy. Así, siempre os amaré yo más a vos que vos a mí, porque tengo más razones para amaros: vos sois un ángel y yo soy un hombre.

—Yo no soy tan sabia —respondió Eva sonriendo—. Os amo mucho...

—¿Tanto como a Luciano? —la interrumpió David.

—Lo suficiente para ser vuestra esposa, para consagrarme a vos y tratar de no



daros ningún disgusto en la vida, de momento algo penosa, que habremos de llevar.

—¿Os disteis cuenta, querida Eva, que os amé desde el primer día en que os vi?

—¿Cuál es la mujer que no se siente amada? —inquirió la joven.

—Dejadme, pues, que os disipe los escrúpulos que os causa mi pretendida fortuna. Yo soy pobre, querida Eva. Sí, mi padre se ha complacido en arruinarme, ha especulado con mi trabajo, ha hecho como muchos supuestos bienhechores con las personas por ellos favorecidas en apariencia. Si llego a ser rico, será por vos. Éstas no son palabras de amante, sino la reflexión de un pensador. Debo daros a conocer mis defectos, y éstos son enormes en un hombre obligado a labrar su fortuna. Mi carácter, mis costumbres, las ocupaciones que me agradan me hacen inadecuado para todo lo que sea comercio y especulación, y sin embargo, no podemos llegar a ser ricos más que por medio del ejercicio de alguna industria. Si bien soy capaz de descubrir una mina de oro, soy singularmente inepto para explotarla. Pero vos, que por amor a vuestro hermano habéis descendido a los más pequeños detalles, que poseéis el talento de la economía y la paciente atención del verdadero comerciante, vos recogeréis la cosecha que yo haya sembrado. Nuestra situación, porque desde hace mucho tiempo me he introducido en el seno de vuestra familia, me oprime de tal modo el corazón, que he consumido mis días y mis noches buscando una ocasión de hacer fortuna. Mis conocimientos de química y la observación de las necesidades del comercio me han puesto sobre la pista de un descubrimiento lucrativo. Todavía no puedo deciros nada de ello, pues estoy previendo muchos retrasos. Quizá sufriremos aún durante algunos años; pero terminaré por hallar los procedimientos industriales tras los cuales voy en estos momentos, y en cuya pista yo no ando solo, y si llego el primero, nos procurarán una gran fortuna. No he dicho nada a Luciano, porque su carácter ardiente lo echaría todo a perder, convertiría mis esperanzas en realidades, viviría como un gran señor y quizá contraería deudas. Por lo tanto, guardadme el secreto. Vuestra dulce y amada compañía será lo único que pueda consolarme durante estas largas pruebas, de la misma manera que el deseo de enriqueceros a vos y a Luciano me dará constancia y tenacidad...

—Yo también había adivinado —dijo Eva interrumpiéndole— que vos erais uno de esos inventores que necesitan, como mi pobre padre, una mujer que cuide de ellos.

—¿Me amáis, entonces? ¡Ah! Decídmelo sin temor, a mí, que he visto en vuestro nombre un símbolo de mi amor. Eva era la única mujer que había en el mundo, y lo que era materialmente cierto para Adán lo es moralmente para mí. ¡Dios mío! ¿Me amáis?

—Sí —respondió Eva, alargando esta sencilla sílaba por el modo como la pronunció, como para describir la profundidad de sus sentimientos.

—Bien, vamos a sentarnos allá —dijo conduciéndola por la mano hacia una larga viga que se encontraba en el suelo, junto a una fábrica de papel—. Dejadme respirar el aire del atardecer, que escuche el canto de los grillos, que admire los rayos de la luna que tiemblan sobre las aguas; dejadme que me apodere de esta naturaleza en la

que creo ver mi felicidad escrita en todas las cosas, y que se me aparece por primera vez en su esplendor, iluminada por el amor, embellecida por vos. Eva, ¡amada mía!, he aquí el primer momento de puro gozo que la suerte me haya concedido. Dudo que Luciano sea tan feliz como yo.

Al sentir la mano de Eva húmeda y trémula en la suya, David dejó caer en ella una lágrima.

—¿No puedo conocer el secreto? —dijo Eva con voz zalamera.

—Tenéis derecho a ello, porque vuestro padre ya se ocupó de esta cuestión que ahora va a convertirse en un asunto importante. He aquí por qué; la caída del Imperio va a hacer que sea casi general el uso de la tela de algodón, a causa de la baratura de este tejido, comparado con el de lino. En estos momentos, el papel se hace todavía con desechos de cáñamo y de lino; pero este ingrediente es caro, y su alto precio retrasa el gran movimiento que la prensa francesa adquirirá necesariamente. Ahora bien, no puede forzarse la producción de trapos, puesto que son el resultado del uso que se hace de la ropa de lino, y la población de un país sólo da una cantidad determinada, que únicamente puede aumentar con la cifra de los nacimientos. Para producirse un cambio sensible en su población, un país requiere un cuarto de siglo y grandes revoluciones en las costumbres, en el comercio o en la agricultura; de modo que si las necesidades de la papelería llegan a hacerse superiores a lo que Francia produce en cuanto a trapos, sea el doble, sea el triple, será preciso, para mantener el papel a un precio bajo, introducir en la fabricación del papel un elemento que no sean los trapos. Este razonamiento se basa en un hecho que ocurre aquí: las fábricas de papel de Angulema, las últimas en las que se fabricará papel con trazo de hilo, ven como el algodón está invadiendo la pasta en una progresión espantosa.

A una pregunta que le hizo la joven obrera, que no sabía lo que quería decir aquello de papel Pot, David le dio acerca de su fabricación unas explicaciones que en modo alguno estarán fuera de lugar en una obra cuya existencia material es debida tanto al *papel* como a la *prensa*; pero este largo paréntesis entre los dos amantes ganará sin duda con que lo resumamos.

El papel, producto no menos maravilloso que la impresión a la cual sirve de base, existía desde hacía mucho tiempo en la China cuando, por las vías subterráneas del comercio, llegó al Asia Menor, donde, hacia el año 750, según algunas tradiciones, se usaba un papel de algodón triturado y reducido a pasta. La necesidad de sustituir el pergamino, cuyo precio era excesivo, hizo que se inventase, por una imitación del *papel bombiciano* (tal fue el nombre del papel de algodón en Oriente) el papel de trapos, los unos dicen en Basilea, en 1170, por unos griegos refugiados; otros afirman que en Padua, en 1301, por un italiano llamado Pax. De este modo, el papel fue perfeccionándose lenta y oscuramente, pero es seguro que ya en tiempos de Carlos VI se fabricaba en París la pasta para hacer naipes. Cuando los inmortales Faust, Coster y Gutenberg hubieron inventado EL LIBRO, unos artesanos, desconocidos como tantos otros grandes artistas de aquella época, adaptaron la fabricación del papel a las

necesidades de la tipografía. En aquel siglo xv, tan vigoroso y tan ingenuo, las denominaciones de los diferentes formatos de papel, lo mismo que los nombres dados a los tipos de letra, llevaron el sello del candor de aquel tiempo. Así, el Raisin, el Jesús, el Colombier, el papel Pot, el Ecu, el Coquille, el Couronne, fueron llamados de esta manera a causa de las uvas, de la imagen de Nuestro Señor, de la corona, del escudo, del pote, en fin, de la filigrana marcada en medio de la hoja, como más tarde, en tiempos de Napoleón, se puso un águila: de ahí el papel denominado Grand-Aigle. Asimismo se llamó caracteres Cicero, Saint-Augustin, Gros Canon, de los libros de liturgia, de las obras teológicas y de los tratados de Cicerón en los que estos caracteres se emplearon por vez primera. La letra *itálica* fue inventada por los Aldo, en Venecia, y ésta es la razón de tal nombre. Antes de la invención del papel mecánico, cuya largura es ilimitada, los mayores formatos eran el Grand-Jésus o el Grand Colombier; y aun éste no se utilizaba apenas más que para los atlas o los grabados. En efecto, las dimensiones del papel de imprimir estaban sometidas a las de las platinas de la prensa. En el momento en que hablaba David, la existencia del papel continuo parecía en Francia una quimera, aunque ya Dionisio Roberto de Essonne, hacia el año 1799, hubiese construido para fabricarlo una máquina que posteriormente trató de perfeccionar Didot-Saint-Léger. El papel vitela, inventado por Ambrosio Didot, sólo data de 1780. Estos datos demuestran en forma irrefutable que todas las grandes adquisiciones de la industria y de la inteligencia se hicieron con excesiva lentitud y por agregaciones inadvertidas, absolutamente igual a como procede la Naturaleza. Para llegar a su perfección, la escritura, ¡quizá también el lenguaje!..., hubieron de pasar por los mismos tanteos que la tipografía y que la fabricación del papel.

—Los traperos andan por toda Europa recogiendo trapos y compran los restos de toda clase de tejidos —dijo, al concluir, el impresor—. Estos residuos, clasificados, se almacenan por los comerciantes de trapo al por mayor, quienes abastecen a las fábricas de papel. Para daros una idea de este comercio, habéis de saber, señorita, que en 1814 el banquero Cardon, propietario de los almacenes de Buges y de Langlée, donde Léorier de l'Isle intentó desde 1776 la solución del problema que ocupó a vuestro padre, tenía un proceso con un tal señor Proust, a causa de un error de dos millones en trapo en una cuenta de diez millones de libras, alrededor de cuatro millones de francos. El fabricante lava los trapos y los reduce a una pasta clara, que se hace pasar, de la misma manera que una cocinera hace pasar la salsa por el tamiz, por un bastidor de hierro llamado *forma*, y cuyo interior contiene una tela metálica en medio de la cual se encuentra la filigrana que da su nombre al papel. Del tamaño de la *forma* depende entonces el tamaño del papel. En la época en que yo estaba en casa de los señores Didot, se acupaban ya de esta cuestión, y se están ocupando, todavía ahora; porque el perfeccionamiento que buscaba vuestro padre es una de las necesidades más imperiosas de estos tiempos. Voy a deciros por qué. Aunque la duración del lino, comparada con la del algodón, haga que, en definitiva, el lino sea

menos caro que el algodón, como para los pobres se trata siempre de desembolsar la menor suma posible, prefieren dar menos que más, y sufren, en virtud del *vae victis!*, enormes pérdidas. La clase burguesa actúa como los pobres, y por ello hay falta de tela de hilo. En Inglaterra, donde el algodón ha sustituido al lino en las cuatro quintas partes de la población, ya no se fabrica más que papel de algodón. Este papel, que ante todo tiene el inconveniente de cortarse y romperse, se disuelve en agua tan fácilmente, que un libro de papel de algodón quedaría reducido a pasta sólo con permanecer en ella un cuarto de hora, mientras que un libro viejo no se echaría a perder aunque estuviese en remojo por espacio de dos horas enteras. Se pondría a secar el libro viejo; y aunque amarillento, el texto sería aún legible, la obra no habría quedado destruida. Llegamos a una época en que, al disminuir las fortunas por su igualación, todo se empobrecerá; queremos ropa y libros baratos, de la misma manera que la gente empieza a querer cuadros pequeños, por falta de espacio para colocar cuadros grandes. Las camisas y los libros no durarán nada, ésta será la consecuencia. La solidez de los productos desaparece en todas partes. Así, el problema a resolver es de la mayor importancia para la literatura, para las ciencias y para la política. Hubo, pues, un día en mi despacho una viva discusión acerca de los ingredientes de que se sirven en China para fabricar el papel. Allí, merced a las materias primas, la fabricación del papel ha alcanzado, desde su origen, una perfección de la que carece la nuestra. Entonces se hablaba mucho del papel de la China, al que su ligereza y finura hacen muy superior al nuestro, porque estas preciosas cualidades no le impiden que sea consistente; y aunque sea muy delgado, no presencia transparencia alguna. Un corrector muy instruido (en París se encuentran sabios entre los correctores: ¡Fourier y Pedro Leroux son en estos momentos correctores en casa de Lachevardière!...), el conde de Saint-Simon, que a la sazón era, como digo, corrector, vino a vernos en medio de la discusión. Nos dijo entonces que, según Kempfer y Du Halde, el *broussonatia* suministraba a los chinos el material para su papel, enteramente vegetal, como el nuestro, por otra parte. Otro corrector sostuvo que el papel de la China se fabricaba principalmente con una sustancia animal, la seda, tan abundante en aquel país. Hízose una apuesta delante de mí. Como los señores Didot son los impresores del Instituto, el debate fue sometido a unos miembros de esta asamblea de sabios. El señor Marcel, antiguo director de la Imprenta imperial, designado como árbitro en el asunto, mandó a los dos correctores al abate Grozier, bibliotecario del Arsenal. Ante el juicio del abate Grozier, los dos correctores perdieron la apuesta. El papel de la China no se fabrica ni con la seda ni con el *broussonatia*: su pasta procede de las fibras del bambú trituradas. El abate Grozier poseía un libro chino, obra a la vez iconográfica y tecnológica, en la que se encontraban numerosas figuras que representaban la fabricación del papel en todas sus fases, y nos mostró los tallos de bambú amontonados en el rincón de un taller de papel muy bien dibujado. Cuando Luciano me dijo que tu padre, con una especie de intuición peculiar en los hombres de talento, había vislumbrado el medio de sustituir

los desechos de la ropa blanca por una materia vegetal muy común, tomada directamente de la producción territorial, como hacen los chinos al servirse de tallos fibrosos, yo clasifiqué todos los intentos realizados por mis predecesores y finalmente me puse a estudiar la cuestión. La mano de obra no vale nada en la China, una jornada vale tres sueldos: así los chinos pueden, al sacarla de la forma, aplicar su papel, hoja a hoja, entre unas tablas de porcelana blanc calentadas, por medio de las cuales lo prensan y le dan el lustre, la consistencia y esa ligereza y suavidad del raso que hacen de él el primer papel del mundo. Pues bien, hay que sustituir los procedimientos del chino por medio de alguna máquina, ya que con éstas se puede resolver el problema de la baratura que proporciona a la China el bajo precio de su mano de obra. Si llegásemos a fabricar a bajo precio papel de una calidad parecida al de aquel país, disminuiríamos en más de la mitad el peso y el espesor de los libros. Un Voltaire encuadernado que, con nuestros papeles vitela, pesa doscientas cincuenta libras, no pesaría más de cincuenta en papel de la China. Y he ahí, ciertamente, una conquista. El lugar necesario para las bibliotecas será una cuestión cada vez más difícil de resolver en una época en que el general empequeñecimiento de las cosas y de las personas lo invade todo, hasta los lugares donde éstas moran. En París, los grandes hoteles y los grandes apartamentos serán demolidos tarde o temprano; pronto desaparecerán las fortunas que estén en consonancia con las construcciones de nuestros padres. ¡Qué vergüenza para nuestra época fabricar libros que no tienen duración! Diez años aún, y el papel de Holanda, es decir, el papel hecho de trapos de lino, será totalmente imposible. Ahora bien, vuestro generoso hermano me ha comunicado la idea que tuvo vuestro padre de emplear ciertas plantas fibrosas para la fabricación del papel, ya veis que si salgo airoso de mi empeño, tendréis derecho a...

En aquel momento, Luciano dirigió la palabra a su hermana, interrumpiendo la generosa proposición de David.

—No sé —dijo—, si os ha parecido bella esta tarde, pero la mía ha sido muy cruel para mí.

—Pobre Luciano, ¿qué es lo que te ha ocurrido? —dijo Eva, fijándose en la animación del rostro de su hermano.

El poeta, irritado, refirió sus angustias, vertiendo en aquellos corazones amigos el raudal de ideas que le asaltaban. Eva y David escucharon a Luciano en silencio, afligidos al ver pasar aquel torrente de dolores que revelaba tanta grandeza como mezquindad.

—El señor de Bargeton —dijo Luciano, al terminar— es un viejo que sin duda se irá pronto al otro mundo a consecuencia de una indigestión; pues bien, yo dominaré entonces esa sociedad orgullosa, ¡me casaré con la señora de Bargeton! Esta tarde he leído en sus ojos un amor igual al mío. Sí, ella ha sentido mis heridas y ha calmado mis sufrimientos; es tan noble y tan grande como encantadora y hermosa. No, jamás me traicionará.

—¿No es hora ya de que le labremos una existencia tranquila? —dijo en voz baja

David a Eva.

Eva apretó en silencio el brazo de David, el cual, comprendiendo sus pensamientos, apresuróse a contarle a Luciano los proyectos que había meditado. Los dos amantes estaban tan llenos de sí mismos como Luciano lo estaba también de sí; de modo que Eva y David, ansiosos de hacer que aprobara su dicha, no advirtieron el movimiento de sorpresa que hizo el amante de la señora de Bargeton al enterarse de que su hermana y David pensaban casarse. Luciano, que soñaba con una hermosa alianza para su hermana cuando él hubiera alcanzado una situación elevada, con objeto de consolidar su ambición con los medios que le reportarían una familia poderosa, quedó desolado al ver en tal unión un obstáculo más a sus éxitos en el mundo.

«¡Si la señora de Bargeton consiente en convertirse en la señora de Rubempré, jamás querrá ser la cuñada de David Séchard! —esta frase es la fórmula neta y precisa de las ideas que atenazaron el corazón de Luciano—. Luisa tiene razón —pensó con amargura—, las personas que poseen un brillante porvenir jamás son comprendidas por su familia.»

Si aquella unión le hubiera sido anunciada en un momento en que con la imaginación no acabara de asesinar al señor de Bargeton, sin duda le hubiera hecho prorrumpir en exclamaciones de alegría. Al reflexionar acerca de su situación actual e interrogar el destino de una joven bella y sin fortuna, de Eva Chardon, habría considerado aquella boda como una dicha inesperada. Pero vivía uno de esos sueños de oro en que los jóvenes, cabalgando en vagas probabilidades de éxito, franquean todas las barreras. Acababa de verse dominando a la sociedad, por lo cual el poeta sufría al caer tan pronto en la realidad. Eva y David pensaron que su hermano guardaba silencio abrumado por tanta generosidad. Para aquellas dos almas, su aceptación silenciosa era la prueba de una verdadera amistad. El impresor comenzó a describir con elocuencia dulce y cordial la dicha que les aguardaba a los cuatro. A pesar de las interjecciones de Eva, amuebló su primer piso con el lujo de un enamorado; construyó con ingenua buena fe el segundo para Luciano y la parte superior del cobertizo para la señora Chardon, hacia la cual quería desplegar todos los cuidados de una filial solicitud. En fin, hizo tan feliz a la familia y a su hermano tan independiente, que Luciano, fascinado por la voz de David y por las caricias de Eva, olvidó bajo las sombras del camino, a lo largo del Charenta tranquilo y brillante, bajo la estrellada bóveda y en la tibia atmósfera de la noche, la punzante corona de espinas que la sociedad le había clavado en la cabeza. El señor de Rubempré reconoció, en fin, a David. La volubilidad de su carácter volvió a sumirle pronto en la vida pura, laboriosa y burguesa que había llevado hasta entonces; la vio embellecida y libre de preocupaciones. El ruido del mundo aristocrático se alejó cada vez más. Finalmente, cuando llegó al Houmeau, el ambicioso estrechó la mano de su hermano y se puso al unísono con los dos felices enamorados.

—Con tal que tu padre no se oponga a esta boda... —dijo a David.

—Ya sabes que no se preocupa por mí; mi padre vive para él; sin embargo, mañana iré a verle a Marsac, aunque no sea más que para pedirle que haga las construcciones que necesitamos.

David acompañó al hermano y a la hermana hasta la casa de la señora Chardon, a quien pidió la mano de Eva, con la prisa de un hombre que no quiere esperar ni un solo instante más. La madre cogió la mano de su hija, la puso entre las de David con alegría, y el amante, alentado por ello, besó en la frente a su hermosa prometida, la cual le sonrió ruborizándose.

—Éstos son los esponsales de los pobres —dijo la madre levantando los ojos como implorando la bendición divina—. Sois muy valiente, hijo mío —dijo a David—, porque vivimos en la desgracia, y temo que ésta sea contagiosa.

—Seremos ricos y dichosos —dijo gravemente David—. Para empezar, vos ya no ejerceréis vuestra profesión de cuidar enfermos, y vendréis a vivir con vuestra hija y Luciano a Angulema.

Los tres hijos se apresuraron entonces a contarle a la madre, asombrada, su hermoso proyecto, entregándose a una de aquellas locas pláticas de familia en que sus miembros se complacen en almacenar todas las semillas y gozar por anticipado de todas las alegrías. Fue preciso poner a David a la puerta; él habría querido que aquella velada fuese eterna. Dio la una de la madrugada cuando Luciano acompañó, a su futuro cuñado hasta la Puerta Palet. El honrado Postel, inquieto por aquellos movimientos extraordinarios, estaba de pie detrás de la persiana; había abierto la ventana y se decía, viendo luz a aquellas horas en casa de Eva:

—¿Qué sucederá en casa de los Chardon?

Luego, al ver regresar a Luciano, le preguntó:

—¿Qué os Ocorre, muchacho? —Acaso tenéis necesidad de mí?

—No, señor —respondió el poeta—, pero como sois nuestro amigo, puedo decir de qué se trata: mi madre acaba de conceder a David Séchard la mano de mi hermana;

Por toda respuesta, Postel cerró bruscamente la ventana, desesperado por no haber pedido antes la mano de la señorita Chardon.

En lugar de volver a Angulema, David tomó el camino de Marsac. Fue paseando hasta la casa de su padre, y llegó al huerto cercano a la casa en el momento en que salía el sol. El enamorado vio bajo un almendro la cabeza del viejo oso que se elevaba por encima de un seto.

—Buenos días, padre —dijo David.

—¡Cómo! ¿Eres tú, muchacho? ¿Por qué azar te encuentras de viaje a estas horas? Entra por ahí —dijo el viñador indicando a su hijo una pequeña cancilla—. Mis vides han echado flor todas ellas, ni una sola cepa se ha helado. Habrá más de veinte toneles por arapende; ¡y en la forma en que se ha estercolado!

—Padre, vengo a hablaros de un asunto importante.

—Bueno, ¿y cómo van nuestras prensas? ¡Debes ganar mucho dinero!

—Lo ganaré, padre, pero de momento no soy rico.

—Todos me reprochan aquí el modo de abonar las tierras —respondió el padre—. Los burgueses, es decir, el señor marqués, el señor conde, todos pretenden que le quito calidad al vino. ¿De qué os sirve la educación? ¿Para perturbaros el entendimiento? ¡Escucha! Esos señores cosechan siete, a veces ocho toneles por arapende, y los venden a sesenta francos el tonel, lo que representa a lo sumo cuatrocientos francos por arapende en los años buenos. Yo cosecho veinte toneles y los vendo a treinta francos, en total seiscientos francos! ¿Dónde están los tontos? ¡La calidad, la calidad! ¿Qué me importa a mí la calidad? ¡Que guarden para ellos la calidad, los señores marqueses! Para mí, la calidad son los escudos. ¿Decías?...

—Padre, me caso, venía a pedirlos...

—¿Pedirme? ¡Qué! Nada en absoluto, muchacho. Cásate, te doy mi consentimiento; pero para darte algo, me encuentro sin un céntimo. Los jornales me han arruinado. Desde hace dos años pago jornales por adelantado, impuestos, gastos de todas clases; el gobierno se lo lleva todo, lo mejor se lo lleva el gobierno. He aquí que los pobres viñadores no hacen nada. Este año no se presenta mal, pues, bien, ¡mis picaros toneles valen ya once francos! Sólo se cosechará para el tonelero. ¿Por qué has de casarte antes de la vendimia?

—Padre, yo sólo vengo a pedirlos vuestro consentimiento.

—¡Ah!, eso ya es otro asunto. ¿Con quién te casas, hijo mío, y esto sin curiosidad?

—Con la señorita Eva Chardon.

—¿Quién es? ¿De dónde ha salido esa mujer?

—Es la hija del difunto señor Chardon, el farmacéutico del Houmeau.

—Te casas con una muchacha del Houmeau, ¡tú, un burgués! ¡Tú, impresor del rey en Angulema! ¡He ahí los frutos de la educación! ¡Llevad, pues, vuestros hijos al instituto! ¡Ah!, ¿y es muy rica esa muchacha, hijo mío? —dijo el viejo viñador, acercándose a su hijo con aire zalamero—. Porque si te casas con una muchacha del Houmeau, debe tener mucho dinero. Bien, me pagarás mis alquileres. Sabes, muchacho, que ya me debes dos años y tres meses de alquiler, lo cual asciende a dos mil setecientos francos, que me vendrían muy bien para pagar al tonelero. A cualquier otro que no fuese mi hijo, estaría en el derecho de exigirle intereses; porque, después de todo, los negocios son los negocios; pero te los dispense. Bueno, ¿qué es lo que tiene esa muchacha?

—Tiene lo que tenía mi madre.

El viejo viñador iba a decir: «Entonces no tiene más que diez mil francos». Pero se acordó de que había negado rendir cuentas a su hijo y exclamó:

—¡No tiene nada!

—La fortuna de mi padre era su inteligencia y su hermosura.

—¡Ve, entonces, con eso al mercado, y verás lo que te dan! ¡Qué desgraciados son los padres con sus hijos! David, cuando yo me casé, tenía por toda fortuna un



gorro de papel en la cabeza y estos dos brazos, era un pobre oso de imprenta; pero con la buena imprenta que te he *dado*, con tu industria y con tus conocimientos, debes casarte con una burguesa de la ciudad, una mujer rica de treinta a cuarenta mil francos. ¡Deja tu pasión, y verás como yo te caso! Tenemos a una legua de aquí a una viuda de treinta y dos años, molinera, que tiene cien mil francos en tierras; ése es tu negocio. Puedes unir sus bienes a los de Marsac, pues están muy cerca unos de otros. ¡Ah, qué finca tendríamos, y cómo la administraría yo! Dicen que va a casarse con Courtois, su primer mozo, ¡tú vales aún más que él! Yo me encargaría del molino, mientras ella viviría en Angulema...

—Padre, ya estoy comprometido...

—David, tú no entiendes nada de comercio, te veo arruinado. Sí, si te casas con esa muchacha del Houmeau, tendrás que vértelas conmigo, te demandaré para que me pagues mis alquileres, porque no te auguro nada bueno. ¡Ah, mis pobres prensas, mis prensas! Hacía falta dinero para engrasarlos, para mantenerlos y hacerlos trabajar. Sólo un año de buena cosecha podría consolarme de todo esto.

—Padre, me parece que hasta el momento presente, os he dado pocas ocasiones para que estuvierais apesadumbrado...

—Y tampoco me has pagado mis alquileres —respondió el viñador.

—Además del consentimiento para mi boda, venía a pedirlos que mandaseis levantar el segundo piso de vuestra casa y construir un alojamiento encima del cobertizo.

—¡Ni lo sueñes! Ya te he dicho que no tengo un centavo. Por otra parte, sería como tirar el dinero, porque ¿qué es lo que esto me reportaría? ¡Ah!, tú madrugas mucho para venir a pedirme unas construcciones que arruinarían a un rey. Aunque te hayan puesto el nombre de David, yo no tengo los tesoros de Salomón. Pero, ¿estás loco? Me han transformado a mi hijo en nodriza. ¡Ésa sí que producirá uvas! —dijo interrumpiéndose para mostrar a Davir una cepa—. ¡Estos sí que son hijos que no frustran las esperanzas de sus padres: les echáis estiércol, y os dan producto! Yo te puse en el instituto, pagué sumas enormes para hacer de ti un sabio, y te envié a estudiar en casa de los Didot; ¡y todo ello es para que me des como nuera a una hija del Houmeau, sin un céntimo de dote! Si no hubieses estudiado, y hubieras permanecido bajo mi vista, te habrías portado como yo hubiera querido, y hoy te casarías con una molinera que tiene cien mil francos, sin contar el molino. ¡Ah! ¿Para eso te sirve tu inteligencia? ¿Para creer que te recompensaré por ese hermoso sentimiento, mandando que te construyan palacios?... ¿Acaso diría la gente que desde hace doscientos años, la casa en que vives no ha albergado más que cerdos, y que la hija del Houmeau no puede dormir bajo su techo? Vamos, ¿es que se cree la reina de Francia?

—Bueno padre, construiré el segundo piso a mis expensas, será el hijo quien enriquezca al padre. Aunque esto sea el mundo al revés, no es la primera vez que se ven casos semejantes.

—¡Cómo, muchacho! ¿Tienes dinero para construir, y no lo tienes para pagar los alquileres? ¡Pillastre, estás abusando de tu padre!

La cuestión planteada de este modo resultaba difícil de resolver, porque el viñador estaba encantado de poner a su hijo en una situación que le permitiese no darle nada, mientras parecía paternal. Así, David no pudo alcanzar de su padre más que un consentimiento escueto para que se casara y el permiso para construir, a sus expensas, todo cuanto quisiera en la casa. El viejo oso, modelo de padres conservadores, hizo a su hijo el favor de no exigirle sus alquileres y de no quitarle los ahorros que había tenido la imprudencia de dejarle ver. David regresó triste: comprendió que en caso de desgracia no podía contar con el auxilio de su padre.

En todo Angulema no se habló más que de las palabras del obispo y de la respuesta de la señora de Bargeton. Los hechos más insignificantes quedaron tan deformados, aumentados y embellecidos, que el poeta convirtiéndose en el héroe del momento. De la esfera en que se desencadenó aquella borrasca, algunas gotas fueron a caer en la burguesía. Cuando Luciano pasó por Beaulieu para ir a casa de la señora de Bargeton, advirtió la atención envidiosa con que varios jóvenes le miraron, y oyó algunas frases que le enorgullecieron.

—He ahí un hombre feliz —decía un pasante de procurador llamado Petit-Calud, compañero de colegio de Luciano, muy feo, y con el cual Luciano asumía aires de protector.

—Sí, ciertamente, es un muchacho guapo, tiene talento, y la señora de Bargeton está loca por él —respondía un hijo de familia que había asistido a su lectura.

Había aguardado impacientemente la hora en que sabía encontraría a Luisa a solas, tenía necesidad de hacer aceptar el casamiento de su hermana a aquella mujer, que se había convertido en el árbitro de sus destinos. Después de la velada anterior, Luisa se mostraría quizá más cariñosa, y este cariño podría traer un momento de felicidad. No se había engañado: la señora de Bargeton le recibió con un énfasis de sentimiento que a aquel novato en el amor le pareció un conmovedor progreso en la pasión. La señora de Bargeton abandonó sus hermosos cabellos de oro, sus manos y su cabeza a los besos inflamados del poeta que tanto había sufrido la víspera.

—¡Si hubieras visto tu rostro mientras estabas leyendo! —le dijo, porque el día anterior habían llegado al tuteo, a esta caricia del lenguaje, cuando, en el canapé, Luisa había secado con su blanca mano las gotas de sudor que por anticipado ponían perlas en la frente en que ella depositaba una corona—. Se escapaban chispas de tus hermosos ojos. Veía salir de tus labios las cadenas de oro que suspenden los corazones de la boca de los poetas. Tú me leerás a Chénier entero, es el poeta de los amantes. Ya no sufrirás, no lo quiero. Sí, querido ángel, yo te haré un oasis en el que vivirás toda tu vida de poeta, activa, muelle, indolente, laboriosa y pensativa sucesivamente; pero no olvidéis que vuestros laureles son debidos a mí, que ello será la recompensa por los sufrimientos que habrán de sobrevenirme. Pobre amado mío, ese mundo no me perdonará más que a ti, se venga de todas las felicidades que él no

comparte. Sí, siempre seré objeto de celos y de envidias. ¿No os disteis cuenta anoche? ¿No visteis con qué presteza esas moscas chupadoras de sangre acudieron a abrevarse en las picaduras que ellas mismas habían causado? ¡Pero yo era dichosa! ¡Hace tanto tiempo que no han vibrado todas las cuerdas de mi corazón!

Por las mejillas de Luisa corrían las lágrimas, Luciano le cogió una mano, y por toda respuesta la besó largo rato. La vanidad de aquel poeta fue, pues, acariciada por aquella mujer, como, antes lo había sido por su madre, por su hermana y por David. Todos continuaban alzando el pedestal imaginario en que él se colocaba. Mantenido por todo el mundo, tanto amigos como enemigos, en sus ambiciosas creencias, caminaba en una atmósfera llena de espejismos. Las jóvenes imaginaciones son tan naturalmente cómplices de estas alabanzas y de estas ideas, todo se apresura tanto a servir a un joven bien parecido, que hace falta más de una lección fría y amarga para disipar tales prestigios.

—Entonces, mi hermosa Luisa, ¿quieres ser mi Beatriz, pero una Beatriz que se deje amar?

La señora de Bargeton levantó sus hermosos ojos, que había mantenido bajos hasta entonces, y dijo desmintiendo sus palabras con una angelical sonrisa:

—¡Si lo merecéis... más tarde! ¿No sois feliz? ¡Tener un corazón que os pertenece!, poder decirlo todo con la seguridad de ser comprendido, ¿no es acaso la felicidad?

—Sí —respondió el poeta haciendo un mohín de enamorado contrariado.

—¡Criatura! —dijo ella en tono burlón—. Vamos, ¿no tenéis algo que decirme? Has entrado preocupado, Luciano.

Luciano confió tímidamente a su amada el amor de David por su hermana, el de ésta por David, y el proyectado casamiento.

—¡Pobre Luciano —dijo la señora de Bargeton—, tiene miedo de que le peguen o le regañen, cual si fuera él quien tuviera que casarse! Pero, ¿qué mal hay en ello? —continuó, pasando las manos por los cabellos de Luciano—. ¿Qué me importa la familia en la cual tú eres una excepción? Si mi padre se casara con su criada, ¿te preocuparía mucho? Hijo mío, los amantes constituyen ellos solos toda su familia. ¿Tengo yo en el mundo otro interés que no seas tú? Sé grande, esfuérate por conquistar la gloria. Estos son nuestros asuntos.

Luciano fue el hombre más dichoso de la tierra ante esta egoísta respuesta. En el momento en que escuchaba las insensatas razones por las cuales Luisa le demostraba que estaban solos en el mundo, entró el señor de Bargeton. Luciano frunció el entrecejo y sintióse cohibido. Luisa le hizo una seña y le rogó que se quedase a cenar con ellos, pidiéndole que leyera a Andrés Chénier hasta que llegasen los jugadores y los contertulios.

—No sólo causaréis placer a ella —dijo el señor de Bargeton—, sino también a mí. Nada me va mejor que oír leer después de la cena.

Mimado por el señor de Bargeton y por Luisa, y servido por los criados con el

respeto que manifiestan para con los favoritos de sus amos, Luciano permaneció en el palacio identificándose con todos los goces de una fortuna cuyo usufructo le era entregado. Cuando el salón estuvo lleno de gente, sintióse tan seguro de la estupidez del señor de Bargeton y del amor de Luisa, que adoptó un aire dominador que su amante procuró alentar. Saboreó los placeres del despotismo conquistado por Naís, que ésta se complacía en compartir con él. En fin, durante aquella velada trató de desempeñar el papel de héroe de pequeña ciudad. Al ver la nueva actitud de Luciano, algunas personas pensaron que había progresado mucho en sus relaciones con la señora de Bargeton. Amelia, que llegó con el señor Du Châtelet, afirmaba esta gran desgracia en un rincón del salón donde se hallaban reunidos los celosos y los envidiosos.

—No hagáis a Naís responsable de la vanidad de un jovenzuelo orgulloso de encontrarse en un mundo en el que jamás había soñado poder entrar —dijo Du Châtelet—. ¿No veis que ese Chardon toma como favores las frases amables de una mujer de mundo, y que aún no sabe distinguir el silencio que guarda la pasión verdadera, del lenguaje protector que le merecen su belleza, su juventud y su talento? Las mujeres serían dignas de compasión si fueran culpables de todos los deseos que ellas nos inspiran. Él está ciertamente enamorado, pero en cuanto a Naís...

—¡Oh! Naís —repitió la pérfida Amelia—, Naís está muy satisfecha con esa pasión. ¡A su edad, el amor de un joven ofrece tantas seducciones! Una se vuelve joven a su lado, adquiere los escrúpulos de una doncella, las maneras de ella, no piensa en el ridículo... ¿Lo veis? el hijo de un farmacéutico se da aires de dueño en casa de la señora de Bargeton.

—El amor no conoce esas distancias —dijo Adriano, canturreando.

Al día siguiente, no hubo en Angulema una sola casa en la que no se discutiera el grado de intimidad en que se encontraban al señor Chardon, *alias* de Rubempré, y la señora de Bargeton: apenas culpables de algunos besos, todo el mundo les acusaba ya de la más criminal felicidad. La señora de Bargeton estaba expiando su realeza. Entre las cosas extrañas de la sociedad, ¿no habéis reparado en los caprichos de sus juicios y en la locura de sus exigencias? Hay personas a las que todo está permitido: pueden hacer las cosas más irrazonables; en ellas, todo está bien visto, todas sus acciones serán justificadas. Pero hay otra para las cuales el mundo es de una increíble severidad: éstas deben hacerlo todo bien, nunca equivocarse ni fallar, ni siquiera cometer una tontería; diríais que se trata de estatuas admiradas a las que se baja de su pedestal tan pronto como el invierno les ha hecho caer un dedo o roto la nariz; no se les permite nada humano, créese que están obligadas a ser siempre divinas y perfectas. Una sola mirada de la señora de Bargeton a Luciano equivalía a los doce años de felicidad de Zizina y de Francis. Un apretón de manos entre los dos amantes iba a conjurar sobre sus cabezas todos los rayos del Charenta.

David había traído de París un peculio secreto que destinaba a los gastos exigidos por su boda y para la construcción del segundo piso de la casa paterna. Ampliar

aquella casa, ¿no era trabajar para él?, tarde o temprano le pertenecía, pues su padre contaba ya setenta y ocho años de edad. El impresor mandó construir en entramado el apartamento de Luciano, para no recargar las viejas paredes de aquella casa resquebrajada. Complacióse en decorar y en amueblar elegantemente el apartamento del primer pisó, donde la bella Eva había de pasar su vida. Fue un tiempo de alegría y felicidad completas para los dos amigos. Aunque estaba cansado de las mezquinas proporciones de la existencia provinciana, y fatigado de aquella sórdida economía que hacía de una moneda de cien sueldos una suma enorme, Luciano soportó sin lamentarse los cálculos de la miseria y sus privaciones. Su sombría melancolía había dejado paso a la radiante expresión de la esperanza. Veía brillar una estrella por encima de su cabeza; soñaba con una bella existencia estableciendo su felicidad sobre la tumba del señor de Bargeton, que de vez en cuando tenía difíciles las digestiones. Y la feliz manía de considerar la indigestión de su almuerzo como una enfermedad que había de curarse con la de la cena.

A comienzos del mes de septiembre, Luciano ya no era regente de imprenta, era el señor de Rubempré, alojado magníficamente, en comparación de la mísera buhardilla en la que Chardon vivía en el Houmeau; ya no era el hombre del Houmeau, vivía en la Alta Angulema, y comía aproximadamente cuatro veces por semana en casa de la señora de Bargeton. Admitido en la amistad de monseñor, era recibido en el palacio episcopal. Sus ocupaciones le situaban entre las personas más elevadas. En fin, un día había de ocupar su sitio entre los ilustres personajes de Francia. Ciertamente, al recorrer un lindo salón, un encantador dormitorio y un gabinete lleno de buen gusto, podía consolarse de percibir treinta francos al mes de los salarios tan penosamente ganados por su hermana y por su madre; porque estaba ya vislumbrando el día en que la novela histórica en la que estaba trabajando desde hacía dos años, *El arquero de Carlos IX*, y un volumen de poesías titulado *Las Margaritas*, difundirían su nombre en el mundo literario, dándole el suficiente dinero para saldar sus cuentas con su madre, su hermana y David. Así, hallándose engrandecido, prestando oído atento al eco de su nombre en el futuro, aceptaba ahora aquellos sacrificios con una noble seguridad; sonreía ante sus estrecheces, gozaba de sus últimas miserias. Eva y David habían antepuesto la felicidad de su hermano a la de ellos mismos. La boda había sido aplazada durante el tiempo que exigieran todavía los obreros para terminar los muebles, las pinturas y los papeles destinados a tapizar el primer piso: porque los asuntos de Luciano habían tenido la primacía. El que conociera a Luciano, no se habría extrañado de aquella abnegación; ¡era tan seductor!, ¡sus maneras eran tan mimosas!, ¡expresaba de un modo tan encantador su impaciencia y sus deseos!, siempre había ganado su causa antes de abrir la boca para hablar. El número de jóvenes a los que pierde este fatal privilegio es mayor que el de aquellos a quienes salva. Acostumbrados a los agasajos inspirados por una hermosa juventud, satisfechos con la egoísta protección que el mundo dispensa a un ser que les agrada, tal como da limosna a un pordiosero que inspira un sentimiento y le da una

emoción, muchos de esos niños grandes gozan de este favor en lugar de explotarlo. Engañados en cuanto al sentido y los móviles de las relaciones sociales, creen siempre encontrar halagadoras sonrisas; pero llegan desnudos, calvos, despojados, sin valor ni fortuna, en el momento en que, como viejas coquetas y viejos andrajos, el mundo les deja a la puerta de un salón o junto a una esquina. Por otra parte, Eva había deseado aquel aplazamiento, quería establecer económicamente las cosas necesarias a un joven hogar. ¿Qué podían negarle dos amantes a un hermano que, viendo trabajar a su hermana, decía con un acento salido del corazón: «¡Si yo supiera coser!» Además, el grave y observador David había sido cómplice de aquella abnegación. Sin embargo, desde el triunfo de Luciano en casa de la señora de Bargeton, tuvo miedo de la transformación que se operaba en aquél; temió verle despreciar las costumbres burguesas. En el deseo de probar a su hermano, David le puso a veces en la disyuntiva de elegir entre los goces patriarcales de la familia y los placeres del gran mundo, y al ver que Luciano les sacrificaba sus vanidosas satisfacciones, había exclamado:

—¡No lograrán corrompérselo!

Varias veces los tres amigos y la señora Chardon salieron a divertirse como suele hacerse en provincias: iban a pasear a los bosques cercanos de Angulema y que bordean el Charenta; comían sobre la hierba las provisiones que el aprendiz de David llevaba a cierto lugar y a una hora convenida; luego regresaban al atardecer, algo fatigados, sin haber gastado tres francos siquiera. En las grandes circunstancias, cuando comían en lo que se llama un *restaurât*, especie de restaurante campestre que ocupa el lugar intermedio entre el *bouchon* de provincias y la *guinguette* parisiense, llegaban a cien sueldos divididos entre David y los Chardon. David agradecía infinito a Luciano el que, en aquellas excursiones, olvidase las satisfacciones que encontraba en casa de la señora de Bargeton y las suntuosas comidas de sociedad. Todos querían entonces festejar al gran hombre de Angulema.

En tales coyunturas, en el momento en que casi no faltaba nada para el futuro hogar, durante un viaje que David hizo a Marsac para alcanzar de su padre que asistiera a su boda, esperando que el hombre, seducido por la belleza y las maneras de su nuera, contribuiría a los enormes gastos requeridos por el arreglo de la casa, ocurrió uno de aquellos acontecimientos que, en una pequeña ciudad, cambian completamente el aspecto de las cosas.

Luciano y Luisa tenían en Du Châtelet un espía íntimo que acechaba, con la persistencia de un odio mezclado con pasión y avaricia, la ocasión de provocar un escándalo. Sixto quería obligar a la señora de Bargeton a pronunciarse de un modo tan claro en favor de Luciano, que quedase lo que se llama *perdida*. Se las daba de humilde confidente de la señora de Bargeton; pero si bien admiraba a Luciano en la calle Du Minage, le criticaba en cualquier otra parte. Había conquistado insensiblemente las pequeñas entradas en casa de Naís, la cual ya no desconfiaba de su antiguo adorador; pero éste había ido demasiado lejos en sus conjeturas acerca de

los dos amantes, cuyo amor seguía siendo platónico, con gran desesperación de Luisa y de Luciano. Hay, en efecto, pasiones que se embarcan bien o mal, como se quiera. Dos personas se arrojan a la táctica del sentimiento, hablan en vez de actuar, y se batan en campo abierto en lugar de efectuar un asedio. De este modo se enervan a menudo, fatigando sus deseos en el vacío. Dos amantes se dan entonces tiempo para reflexionar, para juzgarse. A menudo algunas pasiones que entraron en campaña con las banderas desplegadas, pimpantes, con un ardor capaz de derribarlo todo, terminan entonces por volverse a su casa, sin victoria, avergonzadas, desarmadas, confusas a causa del vano ruido que habían producido. Estas fatalidades se explican a veces por la timidez de la juventud y por las contemporizaciones en que se complacen las mujeres que empiezan, porque esta especie de engaños mutuos no les ocurren ni a los fatuos que conocen la práctica, ni a las coquetas acostumbradas a las maniobras de la pasión.

La vida de provincias es, por otra parte, singularmente opuesta a las satisfacciones del amor, y favorece los debates intelectuales de la pasión, como también los obstáculos que opone al dulce comercio que ata a tantos amantes, precipitan a las almas ardientes en bandos opuestos. Esa vida se basa en un espionaje tan meticuloso, en una transparencia tan grande de los interiores, admite tan poco la intimidad, que consuela sin ofender la virtud, las relaciones más puras son criticadas de un modo tan irrazonable, que muchas mujeres se ven censuradas a pesar de su inocencia. Algunas de ellas se arrepienten entonces de no saborear todas las delicias de una falta, cuyas desgracias les abruman con su peso. La sociedad que censura o critica sin ningún examen serio los hechos patentes a que abocan largas luchas secretas, es de este modo originariamente cómplice de tales desenlaces ruidosos; pero la mayor parte de las personas que clamaron contra los pretendidos escándalos ofrecidos por algunas mujeres calumniadas sin razón, jamás pensaron en las causas que determinan en ellas una resolución pública. La señora de Bargeton iba a encontrarse en aquella extraña situación en que se encontraron muchas mujeres, que sólo se perdieron después de haber sido acusadas injustamente.

Al comienzo de la pasión, los obstáculos asustan a las personas inexpertas; y los que encontraban los dos amantes se parecían mucho a los lazos con que los liliputienses habían atado a Gulliver. Se trataba de insignificancias multiplicadas, que hacían imposible todo movimiento y anulaban los más violentos deseos. Por ello, la señora de Bargeton veíase obligada a permanecer siempre visible. Si hubiera mandado cerrar la puerta en las horas que llegaba Luciano, todo habría sido dicho, tanto le hubiera valido fugarse con él. Es verdad que le recibía en aquel gabinete al que el joven se había acostumbrado tanto, que se creía el amo de la casa; pero las puertas permanecían concienzudamente abiertas y todo se desarrollaba en la forma más virtuosa del mundo. El señor de Bargeton paseaba por su casa como un abejorro, sin creer que su mujer quisiera estar a solas con Luciano. Si no hubiera habido más obstáculos que su marido, Naís habría podido muy bien hacerle salir de la casa o

tenerle ocupado en algo; pero estaba abrumada de visitas, y tenía tantos más visitantes cuanto más se estaba despertando la curiosidad de la gente. Las personas provincianas tienen tendencia a hacer rabiar a los demás, les agrada contrariar las pasiones nacientes. Los criados iban y venían por la casa sin que se les llamara y sin avisar su llegada, como consecuencia de antiguos hábitos contraídos y que una mujer que nada tenía que ocultarles había dejado que adquiriesen. Cambiar las costumbres interiores de su casa, ¿no equivalía a confesar el amor del que aún dudaba todo Angulema? La señora de Bargeton no podía poner el pie fuera de su casa sin que la ciudad supiera adonde iba. Pasear a solas con Luciano por las afueras de la ciudad, habría sido sumamente imprudente: resultaría menos peligroso encerrarse con él en la casa. Si Luciano se hubiera quedado en casa de la señora de Bargeton pasada la medianoche, sin otra compañía, al día siguiente, todo el mundo habría comentado el hecho. Así, tanto dentro como fuera, la señora de Bargeton vivía siempre en público. Estos detalles describen la vida en provincias: en ellas, las faltas o son confesadas o son imposibles.

Luisa, como todas las mujeres arrastradas por una pasión sin tener la experiencia, reconocía una por una las dificultades de su situación, y se asustaba por ello. Su temor repercutía entonces en aquellas amorosas discusiones que roban las más bellas horas en las que dos amantes se encuentran a solas. La señora de Bargeton no poseía una finca a la cual pudiera llevar a su querido poeta, como hacen algunas mujeres que, con un pretexto hábilmente forjado, van a enterrarse en un rincón de la campiña. Cansada de vivir en público, exasperada por aquella tiranía más dura que dulces sus placeres, pensaba en la finca del Escarbas, y meditaba en la conveniencia de ir a ver allá a su anciano padre, tanto le irritaban aquellos mezquinos obstáculos.

Châtelet no creía en tanta inocencia. Espiaba las horas en que Luciano iba a casa de la señora de Bargeton, y se dirigía a ella unos instantes después, haciéndose acompañar siempre del señor de Chandour, el hombre más indiscreto del grupo de amigos, y al que cedía el paso para entrar, esperando siempre una sorpresa, buscando con tanta testarudez una casualidad. Su papel y el buen éxito de su plan resultaban tanto más difíciles, cuanto que él había de permanecer neutral, con objeto de dirigir a todos los actores del drama que deseaba hacer representar. Así, para adormecer a Luciano, al que lisonjeaba, y a la señora de Bargeton, que no carecía de perspicacia, habíase hecho amigo, para despistar, de la celosa Amelia. Para mejor espiar a Luisa y a Luciano, había conseguido desde hacía algunos días establecer entre el señor de Chandour y él una controversia acerca de los dos enamorados. Du Châtelet pretendía que la señora de Bargeton se burlaba de Luciano, que era demasiado orgullosa y lo bastante bien nacida para descender hasta el hijo de un farmacéutico. Este papel de incrédulo formaba parte del plan que se había trazado, porque deseaba pasar por el defensor de la señora de Bargeton. Estanislao sostenía que Luciano no era un amante desdichado. Amelia aguijoneaba la discusión deseando saber la verdad. Cada cual daba sus razones. Como sucede en las pequeñas ciudades, a menudo algunos íntimos



de la casa Chandour llegaban en medio de una conversación en la que Du Châtelet y Estanislao justificaban a porfía su opinión por medio de excelentes observaciones. Era muy difícil que cada adversario no buscara partidarios al preguntar a su vecino: «Y vos, ¿cuál es vuestra opinión?» Esta controversia no perdía nunca de vista a la señora de Bargeton y a Luciano. En fin, un día, Du Châtelet hizo observar que cada vez que el señor de Chandour y él se presentaban en casa de la señora de Bargeton y Luciano se encontraba en ella, ningún indicio revelaba relaciones sospechosas: la puerta del gabinete estaba abierta, los criados iban y venían y nada misterioso anunciaba los lindos delitos del amor. Estanislao, que no carecía de cierta dosis de estupidez, prometióse llegar al día siguiente de puntillas, a lo cual la pérfida Amelia le animó grandemente.

El día siguiente fue para Luciano uno de aquellos en los que los jóvenes se arrancan algunos cabellos, jurándose a sí mismos que no habrán de continuar el estúpido papel de adorador. Habíase acostumbrado a su posición. El poeta, que con tanta timidez había cogido una silla en el sagrado gabinete de la reina de Angulema, habíase metamorfoseado en enamorado exigente. Seis meses habían sido suficientes para que se creyera el igual de Luisa, y quería entonces ser su dueño. Salió de su casa prometiéndose a sí mismo ser muy irrazonable, poner en juego su vida, emplear todos los recursos de una elocuencia enardecida, decir que no sabía dónde tenía la cabeza, que era incapaz de concebir una idea ni de escribir una sola línea. Hay en algunas mujeres cierto horror a los planes preconcebidos que hace honor a su delicadeza, les gusta ceder a los transportes de la pasión, y no a las conveniencias. Generalmente, a nadie le agrada un placer que quieran imponerle. La señora de Bargeton observó en la frente de Luciano, en sus ojos, en su fisonomía y en sus maneras, aquel *aire agitado* que revela una resolución adoptada de antemano: y se propuso burlar tal resolución, un poco por espíritu de contradicción, pero también por un noble principio del amor. Como mujer exagerada, aumentaba el valor de su persona. A sus propios ojos, la señora de Bargeton era una soberana, una Beatriz, una Laura. Se sentaba, como en la Edad Media, bajo el dosel del torneo literario, y Luciano había de merecerla después de varias victorias, tenía que eclipsar al *joven sublime*, a Lamartine, a Walter Scott, a Byron. Aquella noble criatura consideraba su amor como un principio generoso: los deseos que inspiraba a Luciano debían ser causa de gloria para él. Este *quijotismo* femenino es un sentimiento que da al amor una consagración respetable, lo utiliza, lo engrandece y lo honra. Empeñada en representar el papel de Dulcinea en la vida de Luciano durante siete u ocho años, la señora de Bargeton quería, como muchas mujeres de provincias, hacer comprar su persona por medio de una especie de servidumbre, por un tiempo de constancia que le permitiera juzgar a su amigo.

Cuando Luciano hubo iniciado su lucha con uno de aquellos enfados de los que se ríen las mujeres que aún son libres, y que sólo contristan a las mujeres amadas, Luisa adoptó un aire digno, y comenzó uno de sus largos discursos repletos de palabras altisonantes.

—¿Es eso lo que me habíais prometido, Luciano? —dijo al terminar—. No pongáis en un presente tan dulce unos remordimientos que más tarde emponzoñarían mi vida. ¡No echéis a perder el porvenir! Y lo digo con orgullo, ¡no estropeéis tampoco el presente! ¿Acaso no tenéis mi corazón por entero? ¿Qué os falta, entonces? ¿Es que vuestro amor se dejaría influir por los sentidos, siendo así que el más bello privilegio de una mujer amada es el de imponerles silencio? ¿Por quién me tomáis, pues? ¿Es que ya no soy vuestra Beatriz? Si no soy para vos algo más que una mujer, quiere decir que soy menos que una mujer.

—No le diríais otra cosa a un hombre a quien no amaseis —exclamó Luciano, furioso.

—Si no sentís todo lo que hay de verdadero amor en mis ideas, jamás seréis digno de mí.

—Ponéis en duda mi amor para dispensaros a vos misma de responder a él —dijo Luciano arrojándose a sus pies, llorando.

El pobre muchacho lloró muy en serio al verse tanto tiempo a la puerta del paraíso. Fueron lágrimas de poeta que se creía humillado en su poder, lágrimas de niño desesperado al ver que le niegan el juguete que pedía.

—¡Nunca me habéis amado! —exclamó.

—Vos mismo no creéis lo que estáis diciendo —respondió la señora de Bargeton, halagada por aquella vehemencia.

—Demostradme, entonces, que sois mía —dijo Luciano, con el pelo en desorden.

En aquel momento, llegó Estanislao sin ser oído, y vio a Luciano medio tumbado en el suelo, con lágrimas en los ojos y la cabeza apoyada en las rodillas de Luisa. Satisfecho por este cuadro suficientemente sospechoso, corrió a reunirse con Du Châtelet, que se hallaba a la puerta del salón. La señora de Bargeton se levantó apresuradamente, pero no alcanzó a los dos espías, que se habían retirado con precipitación, como personas inoportunas.

—¿Quién ha venido? —preguntó a sus criados.

—Los señores de Chandour y Du Châtelet —respondió Gentil, su anciano ayuda de cámara.

La señora de Bargeton volvió a su gabinete pálida y temblorosa.

—Si os han visto así, estoy perdida —dijo a Luciano.

—¡Tanto mejor! —exclamó el poeta.

La señora de Bargeton sonrió al oír este grito de egoísmo lleno de amor. En provincias, semejante aventura se agrava por el modo como es referida. En un santiamén, todo el mundo supo que Luciano había sido sorprendido en las rodillas de Naís. El señor de Chandour, satisfecho de la importancia que le daba este asunto, fue primero a contar el gran acontecimiento al Círculo, después de casa en casa. Du Châtelet se apresuró a decir por todas partes que él no había visto nada; pero al colocarse así al margen de los hechos, inducía a Estanislao a que hablase, le hacía descender a los más nimios detalles; y Estanislao, encontrándose ingenioso, añadía

nuevos detalles a cada relato. Por la noche, la sociedad afluyó a casa de Amelia, pues a aquella hora las versiones más exageradas circulaban ya en la Angulema noble, donde cada narrador había imitado a Estanislao. Mujeres y hombres estaban impacientes por conocer la verdad. Las mujeres que se cubrían el rostro dando mayores muestras de estar escandalizadas y que hablaban de perversidad, eran precisamente Amelia, Ceferina, Fifina y Lolota, todas las cuales eran más o menos sospechosas de felicidades ilícitas. El cruel tema se variaba en todos los tonos.

—Bueno —decía la una—, esa pobre Naís, ¿sabéis—, yo no lo creo, porque tiene ante sí toda una vida irreprochable; es demasiado orgullosa para ser otra cosa que la protectora del señor Chardon. Pero si eso es verdad, la compadezco de todo corazón.

—Es tanto más de compadecer, por cuanto ha caído en un espantoso ridículo; porque podría ser la madre del señor Lulú, como le llamaba Jacobo. Ese poetastro cuenta a lo sumo veintodós años, y Naís, dicho sea entre nosotras, bien tendrá sus cuarenta.

—Yo —decía Châtelet— creo que la situación misma en que se encontraba el señor de Rubempré demuestra la inocencia de Naís. Uno no se pone de rodillas para volver a pedir lo que ya tiene.

—¡Depende! —dijo Francis con un aire picante, que le valió de Ceferina una mirada de reprobación.

—Pero contadnos bien lo que ha sucedido —preguntaban a Estanislao, constituyéndose en comité secreto en un rincón del salón.

Estanislao había terminado por componer un pequeño cuento lleno de obscenidades, y lo acompañaba con gestos y actitudes que incriminaban extraordinariamente el asunto.

—Es increíble —repetía la gente.

—A mediodía —decía una.

—Naís es la última de quien yo hubiera sospechado.

—¿Qué va a hacer ahora?

Luego, comentarios, suposiciones sin fin... Du Châtelet defendía a la señora de Bargeton, pero lo hacía tan mal, que atizaba el fuego del chismorreó en vez de apagarlo.

Lilí, desolada por la caída del más hermoso ángel del Olimpo angulemense, fue a llevar la noticia al Obispado. Cuando la ciudad entera estuvo completamente enzarzada en tales rumores, el afortunado Du Châtelet fue a casa de la señora de Bargeton, donde no había, ¡ay!, más que una sola mesa de *whist*; pidió diplomáticamente a Naís permiso para ir a conversar con ella en su gabinete. Los dos se sentaron en el pequeño canapé.

—Sin duda sabréis —dijo Du Châtelet en voz baja— de lo que está hablando toda Angulema...

—No —dijo la señora de Bargeton.

—Bien —repuso él— soy demasiado buen amigo vuestro para permitir que sigáis

ignorándolo. Debo ponerlos en condiciones de hacer cesar unas calumnias que sin duda ha inventado Amelia, que tiene la fatuidad de creerse vuestra rival. Yo venía esta mañana a veros con ese mico de Estanislao, que me precedía algunos pasos, cuando, al llegar ahí —dijo mostrando la puerta del gabinete—, pretende haberos visto con el señor de Rubempré, en una situación que no le permitía entrar; volvió junto a mí muy azorado, arrastrándome, sin que yo pudiera darme cuenta de nada; y estábamos en Beaulieu, cuando me dijo la razón por la cual se había retirado. Si yo la hubiera conocido, no me habría movido de vuestra casa, con objeto de esclarecer este asunto en vuestro provecho; pero el volver a vuestra casa después de haber salido de ella, no probaba ya nada. Ahora bien, tanto si Estanislao ha visto mal como si tiene razón, *no debe tener razón*. Querida Naís, no permitáis que vuestra vida, vuestra honra y vuestro porvenir estén en manos de un tonto; imponedle silencio al instante. ¿Conocéis aquí mi situación? Aunque tenga necesidad de todo el mundo, estoy enteramente a vuestras órdenes. Disponed de una vida que os pertenece. Aunque hayáis rechazado mi cariño, mi corazón será siempre vuestro, y en toda ocasión os demostraré cuánto os amo. Sí, velaré por vos como un fiel servidor, sin esperanza de recompensa, únicamente por el placer de servirlos, incluso sin que vos lo sepáis. Esta mañana yo he dicho en todas partes que me hallaba a la puerta del salón y que no vi nada. Si os preguntan quién os ha puesto al corriente de los rumores que circulan sobre vuestra persona, servios de mí. Me sentiré orgulloso de ser vuestro abogado defensor; pero, entre nosotros, el señor de Bargeton es el único que puede pedir cuentas a Estanislao... Aun cuando ese pequeño Rubempré hubiera hecho alguna locura, la honra de una mujer no podría estar a merced del primer atolondrado que se arroja a sus pies. Eso es todo.

Naís dio las gracias a Du Châtelet con una inclinación de cabeza y quedóse pensativa. Estaba cansada, sentía hastío de la vida de provincias, y a las primeras palabras de Du Châtelet, había puesto los ojos en París. El silencio de la señora de Bargeton colocaba a su sabio adorador en una situación embarazosa.

—Disponed de mí —dijo Du Châtelet—, os lo repito.

—Gracias —respondió ella.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ya veré.

Una pausa prolongada,

—¿Tanto amáis, pues, a ese pequeño Rubempré?

La señora de Bargeton dejó escapar una desdeñosa sonrisa y se cruzó de brazos mirando las cortinas del gabinete. Du Châtelet salió sin haber podido descifrar aquel corazón de mujer altiva. Cuando se hubieron marchado Luciano y los cuatro fieles ancianos que habían llegado para hacer su partida de *whist* sin preocuparse de aquellos problemáticos cuentos, la señora de Bargeton detuvo a su marido, que se disponía a acostarse y abría ya la boca para decir buenas noches a su mujer.

—Venid, querido, tengo que hablaros —le dijo con cierta solemnidad.

El señor de Bargeton siguió a su mujer al gabinete.

—Amigo mío —le dijo—, quizá no he obrado bien al poner en mi solicitud protectora para con el señor de Rubempré un calor tan mal comprendido por las estúpidas personas de esta ciudad como por él mismo. Esta mañana, Luciano se arrojó a mis pies, ahí, haciéndome una declaración de amor. Estanislao entró en el momento en que yo hacía que se levantara ese niño. Con menosprecio de los deberes que la cortesía impone a un hidalgo para con una mujer en toda clase de circunstancias, ha pretendido haberme visto en una situación equívoca con ese muchacho, al que entonces yo trataba como se merece. Si ese joven atolondrado supiera las calumnias a que su locura está dando lugar, iría, lo sé muy bien, a insultar a Estanislao y le obligaría a batirse. Esta acción sería como una pública confesión de su amor. No necesito deciros que vuestra mujer es pura; pero pensaréis que hay algo de deshonroso para vos y para mí en el hecho de que sea el señor de Rubempré quien la defienda. Id en seguida a casa de Estanislao, y pedidle seriamente razón de las insultantes frases que ha dicho sobre mí; pensad que no debéis consentir que el asunto se arregle, a menos que se retracte en presencia de testigos numerosos e importantes. Conquistaréis de este modo la estima de todas las personas honradas; os comportaréis como hombre inteligente, como hombre galante, y tendréis derecho a mi aprecio. Voy a hacer que Gentil parta a caballo hacia el Escarbas, mi padre debe ser vuestro testigo; a pesar de sus años, sé que es hombre capaz de pisotear a ese muñeco que mancilla la reputación de una Nègrepelisse. A vos corresponde la elección de las armas, batios a pistola, disparáis a maravilla.

—Ahora mismo voy —dijo el señor de Bargeton, cogiendo el bastón y el sombrero.

—Bien, amigo —dijo su esposa, conmovida—, así me gustan los hombres. Sois un verdadero hidalgo.

Le ofreció la frente para que se la besara, y el anciano puso en ella un beso, feliz y ufano. Aquella mujer, que profesaba una especie de sentimiento maternal a aquel niño grande, no pudo reprimir una lágrima al oír resonar la puerta cochera.

«¡Cuánto me quiere! —pensó—. El pobre hombre aprecia la vida, y sin embargo, la perdería sin vacilar por mi causa.»

El señor de Bargeton no se preocupaba por tener que enfrentarse al día siguiente con un hombre y mirar fríamente el cañón de una pistola apuntando hacia él; no, lo que le preocupaba era una sola cosa, y temblaba a causa de ella al dirigirse a casa del señor de Chandour.

«¿Qué voy a decir? —pensaba—. ¡Bien habría podido Naís prepararme un tema!»

Y se devanaba los sesos con el fin de formular algunas frases que no resultaran ridículas.

Pero las personas que viven, como vivía el señor de Bargeton, en un silencio impuesto por la estrechez de su inteligencia y por su escaso alcance, tienen en las grandes circunstancias de la vida una completa solemnidad. Hablando poco, se les

escapan, naturalmente, pocas tonterías; además, al reflexionar mucho sobre lo que deben decir, su extrema desconfianza de sí mismos les lleva a estudiar tan bien sus discursos, que se expresan a maravilla por un fenómeno semejante al que desató la lengua de la burra de Balaam. Así, el señor de Bargeton se portó como un hombre superior. Justificó la opinión de aquellos que le consideraban como un filósofo de la escuela de Pitágoras. Entró en casa de Estanislao a las once de la noche, y encontró en ella numerosa compañía. Fue a saludar silenciosamente a Amelia, y ofreció a todos su estúpida sonrisa, que en las circunstancias presentes pareció profundamente irónica. Hízose entonces un gran silencio, como en la naturaleza cuando se aproxima una tormenta. Du Châtelet, que había regresado, miró sucesivamente de un modo muy significativo al señor de Bargeton y a Estanislao, a quien el marido ofendido abordó con cortesía.

Du Châtelet comprendió el sentido de una visita hecha a una hora en la que aquel anciano estaba siempre acostado: era evidente que Naís agitaba aquel brazo débil; y como su posición cerca de Amelia le daba derecho a inmiscuirse en los asuntos de la casa, se levantó, rogó al señor de Bargeton que le acompañara a varios pasos de distancia, y le dijo:

—¿Queríais hablar con Estanislao?

—Sí —dijo el hombre, contento de encontrar un entremetido que quizá se encargaría de hablar por él.

—Bien, id al dormitorio de Amelia —respondióle el director de las contribuciones, satisfecho de aquel duelo que podía volver viuda a la señora de Bargeton impidiéndole al mismo tiempo que se casara con Luciano, la causa del duelo.

—Estanislao —dijo Du Châtelet al señor de Chandour—, Bargeton viene sin duda a pedirnos cuenta de lo que andáis hablando sobre Naís. Venid a la habitación de vuestra mujer, y portaos los dos como hidalgos. No hagáis ruido, afectad gran cortesía, en fin, tened toda la frialdad de una dignidad británica.

Estanislao y Du Châtelet fueron en seguida al encuentro de Bargeton.

—Caballero —dijo el marido ofendido—, ¿vos pretendéis haber encontrado a la señora de Bargeton en una situación equívoca con el señor de Rubempré?

—Con el señor Chardon —repuso irónicamente Estanislao, que no creía que Bargeton fuese un hombre fuerte.

—Sea —dijo el marido—. Si no desmentís esas palabras en presencia de la sociedad que se encuentra en vuestra casa en este momento, os ruego que elijáis un testigo. Mi suegro, el señor de Nègrepelisse, vendrá a buscaros a las cuatro de la mañana. Hagamos cada cual nuestras disposiciones, porque el asunto sólo puede arreglarse en la forma que acabo de indicar. Yo escojo la pistola, soy el ofendido.

Durante el camino, el señor de Bargeton había meditado este discurso, el más largo que hiciera en su vida, y lo dijo sin pasión, con el aire más simple del mundo. Estanislao palideció y dijo para su capote:

«¿Qué es lo que he visto, después de todo?»

Pero, entre la vergüenza de desmentir sus palabras delante de toda la ciudad, en presencia de aquel mundo que parecía no querer saber nada de burlas, y el miedo, el terrible miedo que le atenazaba el Cuello con sus ardientes manos, optó por el peligro más remoto.

—Está bien. Hasta mañana —dijo al señor de Bargeton, pensando que el asunto podría arreglarse.

Los tres hombres salieron del dormitorio, y todo el mundo estudió sus fisonomías: Du Châtelet sonreía, el señor de Bargeton estaba exactamente cual que si se encontrase en su propia casa; pero Estanislao se mostró lívido. Al verle, algunas mujeres adivinaron el objeto de la conferencia. Las palabras «¡Van a batirse!» circularon de oído en oído. La mitad de la concurrencia pensó que Estanislao no tenía razón, su palidez y su actitud delataban una mentira; la otra mitad admiró el aire del señor de Bargeton. Du Châtelet se hizo el grave y el misterioso. Después de haberse quedado unos instantes examinando las caras, el señor de Bargeton se retiró.

—¿Tenéis pistolas? —dijo Châtelet al oído de Estanislao, que se estremeció de pies a cabeza.

Amelia lo comprendió todo y se sintió indispuesta, las mujeres se apresuraron a llevarla a su habitación. Produjose un barullo terrible, todo el mundo hablaba a la vez. Los hombres permanecieron en el salón y declararon con voz unánime que el señor de Bargeton estaba en su derecho.

—¿Habríais creído a ese hombre capaz de comportarse de este modo? —dijo el señor de Saintot.

—En su juventud —dijo el implacable Jacobo— era uno de los más hábiles en el manejo de las armas. Mi padre me habló a menudo de las hazañas de Bargeton.

—¡Bah! Los colocaréis a veinte pasos y fallarán la puntería si cogéis pistolas de caballería —dijo Francisca a Du Châtelet.

Cuando todo el mundo se hubo marchado, Du Châtelet trató de tranquilizar a Estanislao y a su mujer explicándoles que todo iría bien, y que en un duelo entre un hombre de sesenta años y otro de treinta y seis, éste tenía todas las ventajas.

A la mañana siguiente, en el momento en que Luciano desayunaba con David, que había regresado de Marsac sin su padre, la señora Chardon entró muy azorada.

—Luciano, ¿sabes la noticia que se está comentando hasta en el mercado? El señor de Bargeton casi ha dado muerte al señor de Chandour, esta mañana a las cinco, en el prado del señor Tulloye. Parece ser que el señor de Chandour dijo ayer que te había sorprendido con la señora de Bargeton.

—¡Es falso! La señora de Bargeton es inocente —exclamó Luciano.

—Un hombre del campo a quien he oído contar los detalles, lo ha visto todo desde su carro. El señor de Nègrelisse vino a las tres de la madrugada para asistir al señor de Bargeton, y dijo al señor de Chandour que si le ocurría alguna desgracia a su yerno, se encargaba de vengarle. Un oficial del regimiento de caballería ha prestado

sus pistolas, que fueron probadas varias veces por el señor de Nègrepelisse. El señor Du Châtelet quería oponerse a que las pistolas fueran probadas; pero el oficial, a quien tomaron como árbitro en el duelo, dijo que a menos que se comportaran como niños, había que servirse de armas en toda regla. Los testigos colocaron a los dos adversarios a veinticinco pasos uno de otro, y el señor de Bargeton, que parecía estar allí como si hubiera ido de paseo, tiró primero y alojó una bala en el cuello del señor de Chandour, que cayó sin poder disparar. El cirujano del hospital ha declarado que el señor de Chandour tendrá el cuello torcido para el resto de sus días. He venido a comunicarte el resultado de ese duelo para que no vayas a casa de la señora de Bargeton, o para que no te dejes ver por Angulema, porque algunos amigos del señor de Chandour podrían provocarte.

En aquel momento, Gentil, el ayuda de cámara del señor de Bargeton, entró conducido por el aprendiz de la imprenta, y entregó a Luciano una carta de Luisa, redactada en estos términos:

«Sin duda os habréis enterado del resultado del duelo entre Chandour y mi marido. No recibiremos hoy a nadie; sed prudente, no os dejéis ver, os lo pido en nombre del afecto que me profesáis. ¿No os parece que el mejor empleo de esta luctuosa jornada es venir a escuchar a vuestra Beatriz, cuya vida ha quedado totalmente cambiada por este acontecimiento, y que tiene mil cosas que deciros?»

—Afortunadamente —dijo David—, mi boda ha sido fijada para pasado mañana; así tendrás ocasión para frecuentar menos la casa de la señora de Bargeton.

—Querido David —respondió Luciano—, me pide que vaya hoy a verla; creo que debo obedecerle, ella sabrá mejor que nosotros cómo debo comportarme en las presentes circunstancias.

—Entonces, ¿todo está a punto aquí? —preguntó la señora Chardon.

—Venid a verlo —exclamó David, satisfecho de poder mostrar la transformación que había experimentado el apartamento del primer piso, donde todo aparecía fresco y nuevo.

Allí se respiraba aquel suave espíritu que reina en los jóvenes hogares donde las flores de azahar y el velo de la desposada coronan todavía la vida interior, donde la primavera del amor se refleja en las cosas, donde todo es blanco, limpio y florido.

—Eva estará aquí como una princesa —dijo la madre—; pero habéis gastado demasiado dinero, ¡habéis hecho locuras!

David sonrió sin responder, porque la señora Chardon había puesto el dedo en lo más vivo de una llaga secreta que hacía sufrir cruelmente al pobre amante: sus previsiones habían sido rebasadas hasta tal punto por la ejecución de todas aquellas obras, que le resultaba imposible edificar encima del cobertizo. Su suegra tendría que esperar mucho tiempo para tener el apartamento que él quería ofrecerle. Los espíritus generosos experimentan los más intensos dolores al tener que faltar a esta clase de



promesas, que en cierto modo constituyen las pequeñas vanidades del cariño. David ocultaba cuidadosamente su preocupación, con objeto de no herir el corazón de Luciano, que habría podido encontrarse abrumado por los sacrificios que por él se hacían.

—Eva y sus amigas también han trabajado mucho por su parte —decía la señora Chardon—. El ajuar, la ropa blanca, todo está a punto. Esas señoritas la quieren tanto, que, sin que ella lo supiese, le han recubierto los colchones con fustán blanco, con bordes de color de rosa. ¡Es muy bonito; ¡Dan ganas de casarse!

La madre y la hija habían empleado todos sus ahorros en proveer a la casa de David de todas aquellas cosas en que los hombres nunca piensan. Sabiendo cuán grande era el lujo que él desplegaba, porque se trataba de un servicio de porcelana pedido a Limoges, habían procurado que armonizara lo que ellas traían con lo que David compraba. Esta pequeña lucha de amor y de generosidad había de ser causa de que los dos esposos se encontraran cohibidos desde el comienzo de su vida matrimonial, en medio de todos los síntomas de una holgura burguesa, que podía pasar por lujo en una ciudad atrasada como era entonces Angulema. En el momento en que Luciano vio que su madre y David pasaban al dormitorio, cuyo tapizado azul y blanco, cuyos lindos muebles ya le eran conocidos, se escabulló hacia la casa de la señora de Bargeton. Encontró a Naís desayunando con su marido, el cual, habiendo cobrado apetito con su paseo matinal, comía sin preocuparse por lo que había sucedido. El anciano hidalgo campesino, el señor de Nègrelisse, aquella figura impresionante, vestigio de la vieja nobleza francesa, se hallaba al lado de su hija. Cuando Gentil anunció al señor de Rubempré, el anciano de blancos cabellos le lanzó la mirada inquisitiva de un padre que siente vivo interés por juzgar al hombre a quien su hija ha distinguido. La extraordinaria belleza de Luciano le sorprendió tan intensamente, que no pudo reprimir una mirada de aprobación; pero parecía ver en las relaciones de su hija unos amoríos más que una pasión, un capricho más que una pasión duradera. El desayuno tocaba a su fin, Luisa pudo levantarse, y dejando a su padre y al señor de Bargeton, hizo una seña a Luciano indicando que la siguiera.

—Amigo mío —dijo con voz triste y gozosa al mismo tiempo—, me voy a París, y mi padre se lleva a Bargeton al Escarbas, donde permanecerá durante mi ausencia. La señora de Espard, una dama de la casa de Blamont-Chauvry con quien estamos emparentados a través de los de Espard, rama mayor de los Nègrelisse, es en estos momentos muy influyente por ella misma y por sus padres. Si se digna reconocernos, voy a cultivar mucho su amistad; ella puede obtenernos con su influencia un cargo para Bargeton. Mis peticiones podrán hacer que la corte le apoye como diputado del Charenta, lo cual ayudará a su nombramiento aquí. La diputación podrá más tarde favorecer las diligencias que yo efectúe en París. Eres tú, querido, quien me ha inspirado este cambio de existencia. El duelo de esta mañana me obliga a cerrar mi casa por algún tiempo, porque habrá personas que tomarán partido por los Chandour contra nosotros. En la situación en que nos encontramos, y en una ciudad pequeña,

una ausencia es siempre necesaria para que los odios se aplaquen. Pero, o saldré con la mía y no volveré a Angulema, o, si no logro mi propósito, aguardaré el momento en que pueda pasar todos los veranos en el Escarbas y los inviernos en París. Es la única vida de una mujer como es debido, he tardado demasiado en emprenderla. Hoy será suficiente para hacer todos nuestros preparativos, partiré mañana por la noche y vos me acompañaréis, ¿verdad? Saldréis antes que yo. Entre Mansle y Ruffec, os recogeré en mi coche y pronto estaremos en París. Allí, querido, es donde viven las personas superiores. Uno no se encuentra a gusto más que con sus iguales, en cualquier otra parte se padece. Además, París, capital del mundo intelectual, es el teatro de vuestros éxitos. Franquead pronto el espacio que de ella os separa, no dejéis que vuestras ideas se vuelvan rancias en la provincia, poneos en seguida en contacto con los grandes hombres que habrán de representar al siglo XIX. Acercaos a la corte y al poder. Ni las distinciones ni las dignidades salen al encuentro del talento que se marchita en una pequeña ciudad. Por otra parte, mencionadme las hermosas obras que hayan sido ejecutadas en provincias. Ved, por el contrario, al sublime y pobre Juan Jacobo, invenciblemente atraído por ese sol moral, que crea las glorias caldeando las inteligencias por medio del frotamiento de las rivalidades. ¿Acaso no debéis ocupar vuestro puesto en la pléyade que se produce en cada época? No podríais creer cuán útil le es a un joven talento el que la alta sociedad le haga brillar. Yo haré que se os reciba en casa de la señora de Espard; nadie tiene fácilmente acceso en su salón, donde encontraréis a los grandes personajes, a los ministros y embajadores, a los oradores de la Cámara, los pares más influyentes y personas ricas o famosas. Haría falta ser muy poco hábil para no suscitar su interés, cuando uno es guapo, joven y lleno de talento. Los grandes talentos carecen de mezquindad, os prestarán su apoyo. Cuando se os sepa bien situado, vuestras obras adquirirán un valor inmenso. Para los artistas, el gran problema a resolver es hacerse visibles. Allí se encontrarán para vos mil ocasiones de fortuna, de sinecuras y una pensión sobre el tesoro particular del rey. ¡A los Borbones les agrada tanto favorecer las letras y las artes! No solamente esto irá bien, sino que haréis fortuna. ¿Es la opinión, el liberalismo, el que da los cargos, las recompensas, y el que labra la fortuna de los escritores? Así, emprended el buen camino y llegad adonde van todos los «hombres de talento. Tenéis mi secreto, guardad el más profundo silencio y disponeos a seguirme. ¿No queréis? —añadió, sorprendida por la silenciosa actitud de su amante.

Luciano, estupefacto por la rápida ojeada que lanzó sobre París, al escuchar aquellas seductoras palabras, creyó no haber gozado hasta entonces más que de la mitad de su cerebro; parecióle que la otra mitad se descubría, tanto se agrandaron sus ideas; viose en Angulema como una rana bajo la piedra, al fondo de un pantano. París y sus esplendores, París, que aparece ante todas las imaginaciones provincianas como un Eldorado, apareciósele con su vestido de oro, con la cabeza ceñida de pedrerías reales, con los brazos abiertos para los talentos. Las personas ilustres iban a darle el espaldarazo fraternal. Allí todo le sonreía al genio. Allí no había ni hidalgüelos

celosos que lanzasen palabras ofensivas para humillar al escritor, ni necia indiferencia para la poesía. De allí surgían las obras de los poetas, allí eran pagadas y se las hacía brillar. Después de haber leído las primeras páginas de *El Arquero de Carlos IX*, los libreros abrirían sus cajas y le dirían: «¿Cuánto queréis?» Comprendía, por otra parte, que, después de un viaje en el que serían casados por las circunstancias, la señora de Bargeton sería enteramente para él, que vivirían juntos.

A estas palabras; «¿No queréis?», respondió con una lágrima, cogió a Luisa por el talle, la estrechó contra su corazón y le cubrió el cuello de besos apasionados. Luego se detuvo de pronto, como herido por un recuerdo, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Mi hermana se casa pasado mañana!

Este grito fue el último suspiro del joven noble y puro. Los vínculos que atan los jóvenes corazones a su familia, a su primer amigo, a todos los sentimientos primitivos, iban a recibir un terrible hachazo.

—¡Bien! —exclamó la altiva Nègrepelisse—. ¿Qué tiene que ver la boda de vuestra hermana con el desarrollo de nuestro amor? ¿Tanto os interesa ser el corifeo de estas bodas de burgueses y obreros que no podéis sacrificarme sus nobles goces? ¡Vaya sacrificio! —dijo con desprecio—. ¡Yo he enviado esta mañana a mi marido a batiros a causa de vos! ¡Id, señor, dejadme! Me he equivocado.

Dejóse caer en el canapé. Luciano la siguió allá, pidiéndole perdón, maldiciendo a su familia, a David y a su hermana.

—¡Yo creía tanto en vos! —dijo la señora de Bargeton—.

El señor de Cante-Croix tenía una madre a la que idolatraba, pero para obtener una carta en la que yo le dijera: *¡Estoy contenta!*, murió en medio del fuego. ¡Y vos, cuando se trata de viajar conmigo, no sois capaz de renunciar a una comida de boda!

Luciano quiso matarse, y su desesperación fue tan verdadera, tan profunda, que Luisa perdonó, pero dando a entender a Luciano que tendría que expiar aquella falta.

—Id, pues —dijo finalmente—, sed discreto, y encontraos mañana a medianoche a un centenar de pasos más allá de Mansle.

Luciano sintió que la tierra se hundía bajo sus pies, volvió a casa de David seguido de sus esperanzas como Orestes por las furias, porque vislumbró mil dificultades que se resumían todas en estas palabras terribles: «¿Y dinero?» La perspicacia de David le daba tanto miedo que se encerró en su lindo gabinete para recobrase del aturdimiento que le causaba su nueva situación. Era, pues, preciso abandonar aquel apartamento con tanto cariño establecido, y hacer inútiles tantos sacrificios. Luciano pensó que su madre podría alojarse allí, David ahorraría de este modo la costosa edificación que había proyectado hacer al fondo del patio. Aquella partida debía favorecer a su familia, encontró mil razones perentorias a su fuga, porque no hay nada tan jesuítico como un deseo. En seguida corrió al Houmeau, al encuentro de su hermana, para comunicarle su nuevo destino y ponerse de acuerdo con ella. Al llegar ante la tienda de Postel, pensó que si no había otros medios, pediría prestada al sucesor de su padre la suma necesaria para su estancia en París durante un

año.

—Si vivo con Luisa, un escudo diario será para mí como una fortuna, y ello no representa más que mil francos en un año —se dijo—. Ahora bien, dentro de seis meses seré rico.

Eva y su madre oyeron, bajo la promesa de un profundo secreto, las confidencias de Luciano. Las dos lloraron escuchando al ambicioso; y cuando quiso saber la causa de aquella pena, le dijeron que todo cuanto poseían había sido absorbido por la mantelería y por la ropa blanca, por el ajuar de Eva, por una multitud de adquisiciones en las que David no había pensado, y que ellas estaban contentas de haber efectuado, porque el impresor reconocía a Eva una dote de diez mil francos. Luciano les comunicó entonces su idea de pedir dinero prestado y la señora Chardon se encargó de pedir al señor Postel mil francos por un año.

—Luciano —dijo Eva con el corazón oprimido—, ¿no vas a asistir a mi boda? ¡Oh, vuelve, aguardaré unos días! Ella te dejará que vuelvas dentro de quince días, una vez que la hayas acompañado. ¡Bien nos concederá ocho días, a nosotras que te hemos criado para ella! Nuestra unión no será afortunada si tú no estás presente... Pero, ¿tendrás bastante con mil francos? —dijo de pronto, interrumpiéndose—. Aunque tu traje te sienta muy bien, sólo tienes uno. No te quedan más que dos camisas finas, y las otras seis son de tela burda. Solamente tienes tres corbatas de batista, las otras tres son de chaconada corriente; y además, tus pañuelos no valen nada. ¿Encontrarás en París una hermana que te lave la ropa el día que la necesites? Te hace falta más. No tienes más que un pantalón de mahón hecho este año, los del año pasado te van estrechos, será, pues, preciso que te vistas en París, y los precios de allí no son los de Angulema. Sólo tienes dos chalecos blancos que puedas llevar, los otros ya los he arreglado. Toma, te aconsejo que te lleves dos mil francos.

En aquel momento, David, que entraba, pareció oír estas últimas dos palabras, examinó al hermano y a la hermana guardando silencio.

—No me ocultéis nada —dijo.

—Bien —murmuró Eva—, se va con ella.

—Postel —dijo la señora Chardon entrando sin ver a David—, consiente en prestar los mil francos, pero solamente por seis meses, y quiere una letra de cambio aceptada por tu cuñado, porque dice que tú no ofreces ninguna garantía.

La madre se volvió, vio a su yerno y aquellas cuatro personas guardaron un profundo silencio. La familia Chardon comprendía cuánto había estado abusando de David. Todos estaban avergonzados. Una lágrima brilló en los ojos del impresor.

—¿No estarás, entonces, presente a nuestra boda? —dijo—. ¿No te quedarás con nosotros? ¡Y yo que he gastado todo lo que tenía! ¡Ah, Luciano, yo que le traía a Eva sus pobres joyas de novia —dijo enjugándose los ojos y sacando unos estuches del bolsillo—, no sabía que habría de lamentar el haberlas comprado.

Depositó encima de la mesa, ante la suegra, varias cajitas cubiertas de tafilete.

—¿Por qué pensáis tanto en mí? —dijo Eva con una sonrisa angelical.

—Querida mamá —dijo el impresor—, id a decirle al señor Postel que consiento en dar mi firma, porque veo en tu cara, Luciano, que estás decidido a partir.

Luciano inclinó lentamente la cabeza, añadiendo con tristeza:

—No me juzguéis mal, ángeles míos.

Cogió a Eva y a David, los besó y estrechó contra su pecho, diciendo:

—Aguardad los resultados, y sabréis cuánto os quiero. David, ¿de qué nos servirían nuestras elevadas miras, si no nos permitieran hacer abstracción de las pequeñas ceremonias en las cuales envuelven los sentimientos? A pesar de la distancia, ¿acaso mi alma no estará aquí presente? ¿No tengo un destino que cumplir? ¿Vendrán a buscar aquí los librereros mi *Arquero de Carlos IX* y *Las Margaritas*? Un día u otro, no debo hacer lo que hago hoy, podré encontrar jamás circunstancias más favorables? ¿No constituye toda mi fortuna entrar en el salón de la marquesa de Espard nada más llegar a París?

—Tiene razón —dijo Eva—. ¿No me decíais vos mismo que debía ir a París cuanto antes?

David cogió a Eva de la mano, la llevó al pequeño gabinete donde la joven dormía desde hacía siete años, y le dijo al oído:

—¿Decías que tiene necesidad de dos mil francos, amor mío? Postel no presta más que mil.

Eva miró a su prometido con una mirada angustiada que reflejaba todos sus sufrimientos.

—Escucha, Eva adorada, vamos a empezar mal nuestra vida. Sí, mis gastos han absorbido cuanto poseía. No me quedan más que dos mil francos, y la mitad es indispensable para hacer marchar la imprenta. Dar mis francos a tu hermano es dar nuestro pan, es comprometer nuestra tranquilidad. Si yo fuera solo, ya sé lo que haría; pero somos dos. Decide.

Eva, como enloquecida, arrojóse en los brazos de su amante, le besó tiernamente y le dijo al oído, deshecha en llanto:

—Haz como si fueras solo. ¡Yo trabajaré para recobrar esa suma!

A pesar del más ardiente beso que dos prometidos hayan cambiado jamás, David dejó a Eva abatida, y volvió al encuentro de Luciano.

—No te preocupes —le dijo—, tendrás tus dos mil francos.

—Id a ver a Postel —dijo la señora Chardon—, porque los dos tenéis que firmar el papel.

Cuando ambos amigos volvieron, sorprendieron a Eva y a su madre de rodillas, rezando. Si bien sabían cuántas esperanzas había de realizar el retorno, comprendían en aquel momento todo lo que ellas perdían con aquella despedida; porque hallaban demasiado cara la felicidad venidera con una ausencia que iba a quebrantar su vida y arrojarlas a un abismo de temores sobre el destino de Luciano.

—Si llegases a olvidar esta escena —dijo David al oído de Luciano—, serías el más despreciable de los hombres.

El impresor juzgó sin duda necesarias estas graves palabras, la influencia de la señora de Bargeton no le asustaba menos que la funesta volubilidad del carácter que podía llevar a Luciano tanto por un camino bueno como por un camino malo. Eva hizo en seguida el paquete de Luciano. Aquel Hernán Cortés literario se llevaba muy poca cosa. Se puso su mejor levita, su mejor chaleco y una de sus dos camisas finas. Toda su ropa blanca, su traje, sus efectos y sus manuscritos formaron un paquete tan pequeño, que, para esconderlo a las miradas de la señora de Bargeton, David propuso enviarlo por la diligencia a su corresponsal, un comerciante en papel, a quien escribiría para que lo tuviera a disposición de Luciano.

A pesar de las precauciones tomadas por la señora de Bargeton para ocultar su partida, el señor Du Châtelet se enteró de ella y quiso saber si emprendía el viaje sola o acompañada de Luciano; envió a su ayuda de cámara a Rufrec, con la misión de examinar todos los coches que tomasen caballos de refresco en la posta,

—Si rapta a su poeta —pensó—, ha caído en mis manos. Luciano partió al día siguiente de madrugada, acompañado de David, quien se había procurado un cabriolé y un caballo, anunciando que iba a tratar de negocios con su padre, pequeña mentira que, en aquellas circunstancias era probable. Los dos amigos dirigieron a Marsac, donde pasaron parte del día en casa del viejo oso; luego, por la tarde, fueron más allá de Mansle, a esperar a la señora de Bargeton, que llegó al amanecer. Al divisar la vieja calesa sexagenaria que tantas veces había visto en la cuadra, Luciano experimentó una de las más vivas emociones de su vida y arrojóse en los brazos de David, el cual le dijo:

—¡Quiera Dios que sea por tu bien!

El impresor volvió a montar en su mal cabriolé, y desapareció con el corazón oprimido, porque tenía horribles presentimientos acerca del destino de Luciano en París.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.